

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
FRANCISCO DE
BORJA PAVÓN
I

ACADÉMICOS en el recuerdo 1

J. M. ESCOBAR
F. S. MÁRQUEZ
COORDINADORES



2017

ACADÉMICOS en el recuerdo 1



Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección Francisco de Borja Pavón

ACADÉMICOS en el recuerdo 1

Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

**REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CORDOBA**

2017

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 1
Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador científico:

José Manuel Escobar Camacho, académico numerario

Coordinador editorial:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Retrato de don Francisco de Borja Pavón y López realizado por
Enrique Romero de Torres para el Ayuntamiento de Córdoba

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-948019-5-2

Dep. legal: CO 2.620-2017

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com – Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

Académicos en el recuerdo

1

Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820)

Francisco de Borja Pavón y López (1814-1904)

Luis Maraver y Alfaro (1815-1886)

Ricardo de Montis y Romero (1871-1941)

Manuel Enríquez Barrios (1877-1956)

José María Rey Díaz (1891-1963)

Rafael Castejón y Martínez de Arizala (1893-1986)

Juan Carandell y Pericay (1893-1937)

María Teresa García Moreno (1910-2003)

José María Ortiz Juárez (1915-2001)

Índice

JOSÉ COSANO MOYANO	
Presentación	9
JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO	
FRANCISCO SOLANO MÁRQUEZ	
Prólogo	13
ANTONIO CRUZ CASADO	
Manuel María de Arjona y Cubas, el fundador de la Real Academia de Córdoba (1771-1820)	21
JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO	
Francisco de Borja Pavón y López, “patriarca de las letras cordobesas” (1814-1904)	69
MANUEL PELÁEZ DEL ROSAL	
El polifacético don Luis Maraver y Alfaro (1815-1886)	133
ROSA LUQUE REYES	
Ricardo de Montis y Romero, el gran periodista que prefería ser escritor (1871-1941)	177
JUAN DÍEZ GARCÍA	
Don Manuel Enríquez Barrios y la Real Academia de Córdoba (1877-1956)	223
MANUEL TORIBIO GARCÍA	
José María Rey Díaz, cronista de tiempos tristes (1891-1963)	253

ENRIQUE AGUILAR GAVILÁN
Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala,
figura de la cultura cordobesa del siglo XX (1893-1986) 289

JULIÁN GARCÍA GARCÍA
Don Juan Carandell y Pericay,
su vida y obra (1893-1937) 319

JUAN MIGUEL MORENO CALDERÓN
María Teresa García Moreno,
una vida para la música (1910-2003) 353

MANUEL GAHETE JURADO
José María Ortiz Juárez:
la voluntad del sabio (1915-2001) 381

PRESENTACIÓN

*Si vivir es olvidar
quién sabe si morir sea
recordar.*

.....
Memoria que se recrea.
Juan Rejano

El recuerdo espolea casi siempre nuestra imaginación y solaza nuestra memoria configurando nuevos proyectos culturales como apunta el exiliado pontanés en su *Canción Tercera*. Secuela de este vuelo figurado ha sido la materialización de una nueva línea de publicación –incrementando las ya alumbradas por nuestra institución– dedicada a reactualizar la vida, obra y proyección social de nuestros académicos ya desaparecidos.

Se inicia esta con el libro que ahora ve la luz; libro al que deseamos todos los miembros de la casa tenga larga andadura. En sus páginas se recogen los trabajos de investigación realizados sobre una decena de hombres ilustres de esta Real Academia.

El espigado y espléndido fruto de estas investigaciones supera con creces no solo la simple biografía de corte primigenio plutarquiano, alejada de la verdad histórica, sino también la renacentista vasariana a la que debe su moderna condición, lo que ha sido posible gracias a la profusa y exhaustiva utilización de las fuentes documentales y bibliográficas empleadas por cada uno de sus autores. Igualmente se distancian aquellas del modelo histórico totalizador y estructural, que le asignó un papel de segundo orden.

Es la vuelta hoy día a la vigencia del método biográfico que aporta conocimiento y comprensión de los hechos al corpus histórico la que ha hecho posible el comienzo de este proyecto de académicos en el recuerdo.

Las aportaciones insertas se desparrraman a lo largo de las más de cuatrocientas páginas que conforman el volumen. En todas y cada una de ellas se detecta su sintonía con el modelo de biografía contemporánea en su doble condición: histórica y literaria.

No podíamos elegir nombre mejor para la colección que el de *Francisco de Borja Pavón*. Este patriarca de las letras cordobesas, que vio la luz de dos siglos y llenó con su presencia el panorama de la cultura decimonónica cordobesa merced a su notoria proyección social

tanto por los cargos desempeñados en nuestra institución –censor, secretario y director– como por su larga obra en los campos de la crítica, la historia y la literatura, presenció además antes de su óbito –acontecido cuando en lontananza se vislumbraba una profunda sequía en nuestras tierras– la pugna entre absolutismo y liberalismo en guerras, reformas constitucionales, pronunciamientos, revoluciones, triunfos republicanos y gobiernos restauradores monárquicos.

Por último, hemos de sentirnos doblemente satisfechos por esta nueva colección y por la aparición de su primer libro. Pero no basta con ello si olvidamos expresar gratitud y reconocimiento hacia todos aquellos que lo hicieron posible. En primer lugar, debemos gratitud a los autores que han proporcionado generosamente la sustancia, los mimbres, para aumentar con otro ejemplar nuestra línea editorial. En segundo, a sus coordinadores, especialmente a Francisco Solano Márquez Cruz, que ha tenido a cargo su edición, por la absoluta dedicación y pericia de conducirlo a buen puerto. Enhorabuena a todos.

JOSÉ COSANO MOYANO
Director
Real Academia de Córdoba

PRÓLOGO

El presente libro, que como se ha dicho en la presentación corresponde al volumen I de la colección *Francisco de Borja Pavón*, dedicada al recuerdo de nuestros académicos fallecidos a lo largo de los más de doscientos años de existencia de la Real Academia de Córdoba desde su fundación en 1810, recoge diez biografías de académicos que vivieron en diferentes momentos de la misma, dispuestas por orden cronológico. Uno nace en el siglo XVIII, siete en el siglo XIX y dos en el XX. De ellos, tan solo dos mueren en la década decimonónica, seis en el siglo XX y dos en los primeros años del actual.

El libro comienza, como no podía ser de otra forma, con la figura del fundador de la Real Academia de Córdoba: Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820). En este caso es el académico numerario, Antonio Cruz Casado, quien nos aproxima desde su visión literaria al conocimiento de este clérigo afrancesado. Para ello parte de la escasa presencia y mayor ausencia de su nombre en el panorama actual de los estudios críticos, lo que le llevará, después de hacer referencia a lo tratado en su elogio póstumo el 18 de agosto de 1820, a realizar –en palabras suyas– “un breve apunte de lo que pudiera parecer más valioso e interesante de su creación, desde una perspectiva actual”. A continuación dedica los dos siguientes apartados al estudio de la poesía y del tema religiosos en la lírica de Arjona, considerando que para el año 2020, fecha en la que se cumple el segundo centenario de su muerte, sería preciso preparar un libro en el que se recogiese su vida y su obra, así como una edición comentada de su producción literaria.

La segunda biografía corresponde al académico Francisco de Borja Pavón y López (1814-1904), cuyo nombre –conocido erróneamente por una mayoría de cordobeses– llena toda una época de la cultura de Córdoba del siglo XIX. En este caso es José Manuel Escobar Camacho, académico numerario, quien aborda el estudio del que fue censor, secretario y director de esta Real Academia de Córdoba, que por sus numerosos estudios históricos y trabajos literarios y críticos, así como por su protección hacia los escritores jóvenes, fue conocido como el

“patriarca de las letras cordobesas”. Para dar a conocer a este insigne cordobés el autor parte de la trayectoria histórica de la ciudad de Córdoba en el siglo decimonónico, época en la que vive y desarrolla su labor cultural, para a continuación realizar un retrato biografiado, desde su nacimiento hasta su muerte, analizando las distintas facetas de su vida profesional y cultural. Termina el estudio con un apartado dedicado a conocer lo que piensan de él sus contemporáneos.

El académico don Luis Maraver y Alfaro (1815-1886) es la siguiente biografía que recoge este libro, cuyo autor es Manuel Peláez del Rosal, académico numerario, quien presenta –según sus propias palabras– “la radiografía biográfica de uno de los cordobeses provincianos más polifacéticos de toda su historia, a quien la fuerza del destino le dio fama y celebridad, tras numerosas vicisitudes, destacando entre todas ellas en el periodismo satírico”. El autor analiza en su trabajo diversas facetas del personaje para darnos un conocimiento global del mismo. De esta forma nos aproximamos a su persona a través de su labor como cronista de la provincia, como arqueólogo, como médico, como profesor y académico y como fundador del semanario satírico *El Cencerro*. A continuación, y tras referirse a su marcha a Madrid, se centra en su labor como poeta, como historiador y literato y como político, finalizando con el recuerdo de sus últimos días. El trabajo finaliza con un pequeño apéndice documental.

El gran periodista que prefería ser escritor, o lo que es lo mismo, Ricardo de Montis y Romero (1871-1941) es el cuarto académico biografiado, de la pluma –en este caso– de otra periodista: Rosa Luque Reyes, académica correspondiente en Córdoba. A través de diversos apartados, la autora nos traza una panorámica de su vida, de su profesión y de su obra. Desde sus atormentados orígenes hasta sus últimos días, la autora va desgranando los distintos momentos por los que atraviesa nuestro académico de la primera mitad del siglo XX: la tranquilidad de su juventud, la desesperanza de la muerte de su padre, que le llevaría a sus inicios periodísticos, su llegada al *Diario de Córdoba*, del que fue director y alma de su redacción, el tono jocosos de sus escritos con su alias “Triquiñuelas”, la aparición de sus *Notas cordobesas*, su vinculación y su relación de amor con la Real Academia de Córdoba, los títulos y honores recibidos, aspectos de su vida íntima y, por último, su despedida como escritor por la ceguera.

El también académico correspondiente en Córdoba Juan Díez García es el autor del quinto académico biografiado: don Manuel Enríquez Barrios (1877-1956), del que ofrece una síntesis de su vida en la

que destaca principalmente dos facetas: la educativa y la académica. En la primera analiza las mejoras educativas que propició Enríquez Barrios como director general de Primera Enseñanza durante tres cursos, así como su repercusión en Córdoba (aumento de escuelas, creación del Museo Pedagógico, de campos de recreo y club de niños, de roperos y cantinas escolares, aumento de subvenciones para colonias escolares y ayudas para instituciones educativas). En la segunda se centra en la labor realizada en la Real Academia de Córdoba: III Centenario de la muerte de don Luis de Góngora, celebración de la Semana Califal, V Centenario del nacimiento del Gran Capitán, conferencia sobre don Juan Valera y discursos pronunciados como director de la misma, así como otras actividades de su vida.

El estudio biográfico de José María Rey Díaz (1891-1963) está a cargo de Manuel Toribio García, profesor del IES Luis de Góngora, quien cimienta su dimensión cultural en la defensa del patrimonio monumental cordobés, su atracción por la Historia y la necesidad de transmitirla. Aspectos destacadas de su semblanza son la amplia formación universitaria y su dedicación profesional como archivero y bibliotecario municipal a lo largo de 44 años, labor que compaginó con diversas responsabilidades, entre ellas profesor del Instituto Góngora y director de la Escuela Normal y del Tribunal Tutelar de Menores, sin olvidar su larga vinculación a la Real Academia de Córdoba, de la que fue censor e impulsor del *Boletín*. Alma de memorables centenarios conmemorativos destaca también por su obra historiográfica, en la que figuran su serie *Los Grandes de Córdoba*, la *Historia de Córdoba* y un estudio sobre los cordobeses vinculados con el Descubrimiento de América. Como apéndice el autor incluye un texto inédito sobre el antiguo Monasterio de San Jerónimo.

El séptimo estudio biográfico exalta la trayectoria de don Rafael Castejón (1893-1986) en la pluma del numerario Enrique Aguilar Gavilán, que analiza su trayectoria universitaria y científica, sus escarceos políticos en las filas del movimiento andalucista, su vasta proyección cultural y su dilatada dedicación a la Real Academia: correspondiente en 1914, numerario desde 1919, creador del *Boletín* –fuente de consulta obligada– y director entre 1957-1980, casi un cuarto de siglo, marcándola con su impronta de sabio profesor, erudito, arqueólogo y amante de la historia, sin olvidar sus libros divulgativos sobre Córdoba ni su actividad de conferenciante, cronista oficial y articulista. El autor recorre su trayectoria de veterinario e investigador, en la que se inscriben la Yeguada Militar y luego Nacional, la creación del

Instituto de Higiene y Patología Comparada –que desarrolló nuevas vacunas–, la cátedra de Enfermedades Infecciosas, la dirección de la Escuela de Veterinaria, facultad desde 1943, y la puesta en marcha de la Estación Pecuaria regional.

El numerario Julián García García firma la octava semblanza biográfica, correspondiente a don Juan Carandell y Pericay (1893-1937), geólogo nacido en Figueras cuya vida y docencia estuvo ligada largos años a Cabra y a Córdoba como catedrático de Historia Natural. Tras posesionarse de la cátedra de Cabra, en 1918 contrajo matrimonio con Silveria Zurita, cordobesa de Bujalance, que le dio dos hijos. En ambas ciudades desarrolló una intensa labor investigadora sobre geografía y geología, recogida en más de trescientos trabajos, algunos en colaboración con personalidades como Obermaier y Hernández-Pacheco. Tuvo activa participación en la organización del XIV Congreso Geológico Internacional. En 1930 ingresó en la Real Academia de Córdoba con el discurso “Andalucía: ensayo geográfico”, y en 1935 fue nombrado correspondiente de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Una salud quebradiza desencadenó la temprana muerte en 1937, a los 44 años, de este “buen profesor y mejor hombre de ciencia”.

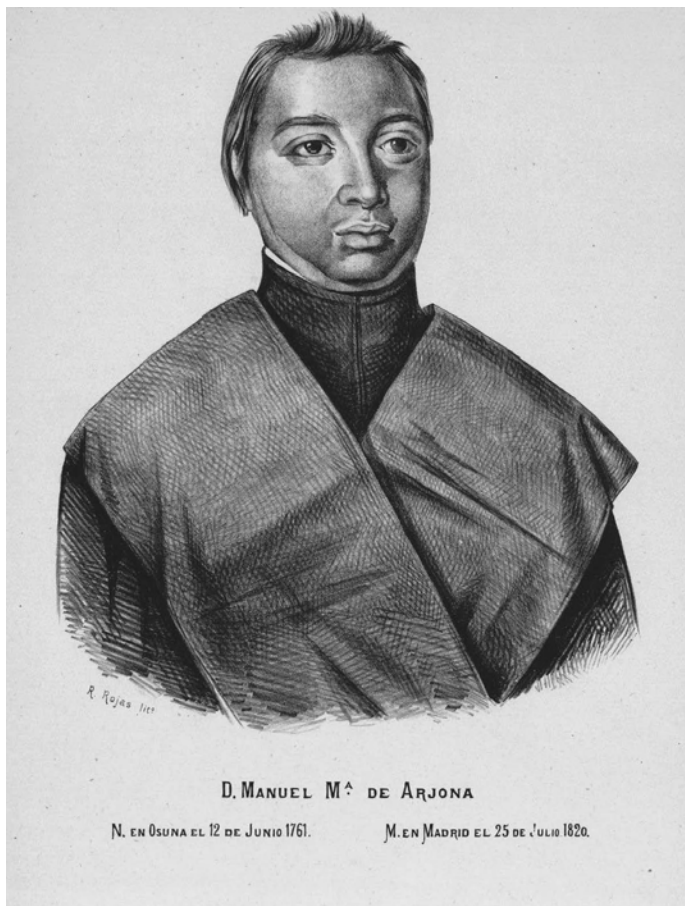
La biografía de la pianista y catedrática de Piano María Teresa García Moreno (1910-2003) es obra del numerario y catedrático del instrumento Juan Miguel Moreno Calderón, que fue además alumno suyo. El autor aborda su formación en Madrid, donde acabó la carrera de Piano a los trece años con Diploma de primera clase y se tituló en Composición y Folclore. Una beca le permitió ampliar estudios en París, donde tuvo como maestra a Marguerite Long, figura destacada del pianismo francés, pero a su regreso, la cruenta Guerra Civil y la muerte de su padre truncaron una prometedora carrera de concertista. En 1941 se asentó en Córdoba tras ganar la cátedra de Solfeo y Piano, que ocupará hasta su jubilación en 1981. Su labor docente queda patente “en las varias generaciones de alumnos que salieron de su aula magistral”. Fue la primera mujer numeraria de la Real Academia, institución a la que perteneció durante sesenta años, que se enriqueció con su labor de concertista y conferenciante, y a la que legó sus bienes.

El numerario Manuel Gahete Jurado es el autor de la última semblanza del libro, que corresponde al académico don José María Ortiz Juárez (1915-2001). Tras estudiar Magisterio y licenciarse en Filosofía y Letras impartió la docencia en una decena de centros, entre ellos

el instituto Luis de Góngora, donde alcanzó la cátedra de Lengua y Literatura. En 1944 contrajo matrimonio con doña María Dolores de Andrés, que le dio nueve hijos, en los que fomentó el sentir cristiano y el placer del conocimiento. Una de sus pasiones fue la Real Academia de Córdoba, en la que ingresó como numerario en 1962 con un discurso sobre “Bibliófilos cordobeses”. En 1989 creó en su seno el Instituto de Estudios Gongorinos, que dirigió. En conferencias, pregones y artículos –dos millares, muchos recopilados en los libros *Córdoba en unas notas* y *Cordobeses en unas notas*– hace gala de fecunda erudición, que se complace especialmente en la historia de Córdoba, la obra de Góngora, la epopeya americanista y el fervor por la Inmaculada.

Son diez de los muchos “académicos en el recuerdo” que esmaltan la bicentenaria trayectoria de la institución cultural más antigua de Córdoba, a los que seguirán, en próximos libros de la colección *Francisco de Borja Pavón*, otros muchos con biografías ejemplares que merecen ser recobradas como reconocimiento y ejemplo.

JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO
FRANCISCO SOLANO MÁRQUEZ
Coordinadores



Cortesía Biblioteca Nacional de España

**MANUEL MARÍA DE ARJONA Y CUBAS,
EL FUNDADOR DE LA REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA (1771-1820)**

por

ANTONIO CRUZ CASADO
Académico Numerario

In memoriam

D. José María Ocaña Vergara (1935-2016),
Académico y amigo

I. Presencia y ausencia de Manuel María de Arjona en el panorama actual de los estudios críticos

Si consultamos los repertorios bibliográficos o la versión que de estos instrumentos de investigación vemos en internet, comprobamos, con cierta desolación, que la presencia de Manuel María de Arjona, en lo que se refiere a los estudios literarios o históricos recientes, es bastante escasa. Citemos, por ejemplo, las entradas que se le dedican¹ en *dialnet*, la muy conocida y útil página de la Universidad de Logroño. De un total de más de cinco millones y medio de documentos o referencias bibliográficas de todo tipo que incluye este buscador, sólo nos resultan aceptables, o útiles para nuestra tarea, seis o siete entradas, muchas de ellas, y eso nos congratula, procedentes de nuestro boletín y, cuando no, obra de relevantes estudiosos cordobeses.

En un orden cronológico aproximado las aportaciones localizadas e incluidas allí son las siguientes:

1984. Ramón Morillo Velarde-Pérez, “El *Plan para una historia filosófica de la poesía española* de Manuel María de Arjona” (*Alfinge*, 2).

1989. Juan Naveros Sánchez, *Vida y obra de D. Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820)*, que es una tesis doctoral, de 458 pp., también consultable *on line*, en facsímil, en la Universidad de Granada, que es el origen del libro del mismo autor *El fundador de la Real Academia de Córdoba, D. Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820)*, (Córdoba, Real Academia, 1991).

¹ Consulta realizada el día 5 de junio de 2017.

1992. Luis Palacios Bañuelos, “Manuel María de Arjona, un clérigo posibilista” (*BRAC*, 122). José María Ocaña Vergara, “El fundador de la Real Academia de Córdoba, D. Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820)” (*ibid.*), que es, en parte, una reseña del libro de Naveros o palabras de presentación en nuestra institución del citado volumen.

2003. Pedro Ruiz Pérez, “Manuel María de Arjona, entre la escuela sevillana y la Academia cordobesa” (*Actas La época de la Ilustración, Estepa*).

2011. Antonio Cruz Casado, “La poesía de Manuel María de Arjona, fundador de la Real Academia de Córdoba” (*BRAC*, 160). Juan Rafael Vázquez Lesmes, “Reflexiones del fundador de la Real Academia de Córdoba sobre la postura de la iglesia en el Misterio de la Concepción” (*ibid.*)

Pero ni siquiera su presencia en nuestro boletín corresponde a la realidad del mismo, a lo que de manera efectiva se encuentra en sus páginas, porque hay diversas referencias y textos que se han omitido, como la atención que se le dedica en el número 1, retrato y semblanza de Arjona (1922); el texto, en la sección de artículos reproducidos, “La Real Academia de Córdoba fue patrocinada por Ali Bey. Se fundó bajo el dominio francés por el canónigo afrancesado Arjona. En la corporación ingresan también mujeres” (1945, *BRAC*, 54, pp. 345-348); el discurso de presentación de Soledad Rubio Sánchez, “Semblanza universitaria del Dr. Manuel María de Arjona” (1975, *BRAC*, 95, pp. 155-170), o el muy documentado artículo de José Cebrián García, “Plan filosófico de Manuel María de Arjona” (1989, *BRAC*, 117, pp. 327-336), y quizás haya otras referencias que será necesario redescubrir mediante una revisión atenta de nuestro anuario, ahora, por suerte, plenamente consultable en el facsímil que alberga el repertorio Arjona y Cubas de nuestra Academia. Hay cosas, como ésta, que se hacen muy bien y que nos satisface poner de relieve.

Tampoco está referenciado en casi ningún sitio nuestro estudio “La poesía religiosa de Manuel María de Arjona y Cubas: presentación y textos” (2013), incluido en la recopilación *La Real Academia de Córdoba [...] en su bicentenario*,² lo que puede resultar indicativo de que

² La referencia bibliográfica completa es la siguiente: “De una vida fugaz formo mil vidas: La poesía religiosa de Manuel María de Arjona y Cubas, fundador de la Real Academia de Córdoba. Presentación y textos”, en COSANO MOYANO, José, y CRIADO COSTA, Joaquín, *La Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, en su bicentenario (1810-2010)*, Córdoba, Universidad / Real

el interesante y denso volumen del bicentenario no se ha difundido lo suficiente. Podríamos añadir a lo apuntado la presencia de Arjona, como autor ficticio del relato, en una novela histórica reciente: *Barmínán. Las hogueras del inquisidor Lucero* (Granada, 2017), de Juan Naveros Sánchez, que queremos presentar este otoño en Córdoba y que será interesante, sin duda, puesto que Naveros es, como hemos indicado, el crítico que ha prestado mayor atención a nuestro personaje, tanto en su tesis doctoral de 1989, en la Universidad de Granada, como en su volumen de 1991, editado por nuestra Academia, obviamente deudor, como hemos indicado antes, de su investigación doctoral.

Para el año 2020, segundo centenario de la muerte del canónigo y fundador de nuestra docta casa, sería preciso preparar un volumen de estudios monográficos, en los que se analicen los aspectos de su vida y de su obra que se consideren pertinentes, e incluso una edición comentada de su producción literaria o parte de ella, la que parezca más significativa. Eso le daría actualidad e interés. Claro que, como dice el adagio clásico, *ars longa, vita brevis*, y si llegamos a la celebración citada, haremos lo que podamos en beneficio de la memoria de nuestro fundador.

II. Esperanzas y desvelos de un clérigo afrancesado

De nuestra frágil vida
las glorias desaparecen,
más tenues ¡oh Licino!
que el vientecillo leve (p. 532)³.

Academia, 2013, pp. 507-528. Retomamos en esta aproximación la mayor parte de aquel trabajo con diversas actualizaciones.

³ ARJONA, Manuel María de, *Poesías*, en Leopoldo Augusto de Cueto, ed., *Poetas líricos del siglo XVIII*, Madrid, Rivadeneira, 1871, tomo II, pp. 499-550. Todas las referencias a poemas, salvo indicación contraria, se hacen por esta edición, mediante la mención de la página correspondiente, puesto que nos parece la más completa de las consultadas con relación a las poesías de Arjona. Para el estudio de la obra de este escritor es básica la bibliografía de AGUILAR PIÑAL, Francisco, *Bibliografía de autores del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1981, tomo I, pp. 382-387. Nótese, de paso, en este comienzo del poema dedicado “A la virtud”, la recurrencia al tópico “Sic transit gloria mundi”, de tan amplio espectro en la cultura del Barroco.

A favor de la humanidad, y más de la humanidad doliente, se debe trabajar bajo todo gobierno⁴.

Cuando fallece don Manuel María de Arjona y Cubas (Osuna, 1771-Madrid, 1820), a la temprana edad de 49 años, la Real Academia de Córdoba le dedica un sentido elogio póstumo, preludiando tal vez lo que luego serían las sesiones necrológicas que recuerdan las diferentes aportaciones de los académicos fallecidos. La sesión se celebró el 18 de agosto de 1820 (Arjona había fallecido el 25 de julio y la Academia cordobesa llevaba por entonces unos nueve años escasos de andadura) y en la citada conmemoración participaron el censor don José Luis de los Heros, a quien se había encargado la tarea académica, y el presidente don José Meléndez y Fernández, que leyó un texto en latín. La edición de estas intervenciones fue acompañada luego por una tercera composición en español, obra del académico don Cayetano Lanuza, y el texto así dispuesto, que no alcanza las cuarenta páginas, vio la luz en Córdoba, en la Imprenta Real, en el año indicado de 1820.

El elogio de don José Luis de los Heros se basa en la consabida idea de que los elementos negativos dominan el mundo de manera habitual, en tanto que los positivos, los buenos, son transitorios y perecederos. El tono patético inherente al acto luctuoso nos parece conseguido, puesto que en él encontramos textos como el siguiente: “ella [se refiere a la naturaleza] nos ha arrebatado prematuramente y contra el tenor de nuestras esperanzas al hombre bueno que valía por muchos: nos ha arrebatado al teólogo, al canonista, al filósofo, al jurisconsulto, al poeta, al fisiólogo, al político, al médico, al versado en idiomas, al sociable, al benéfico, al mejor de los amigos, al ¡con qué dolor lo recuerdo! a nuestro querido Presidente, Manuel María de Arjona”⁵. Incluye luego el académico alguna referencia curiosa, a la hora de determinar las deudas literarias y el ambiente lírico de la época, al poeta Edward Young, el conocido autor de las *Noches* o *Pensamientos nocturnos*, muy influyente en la época del prerromanticismo español, que es donde debe situarse literariamente este discurso. Pero lo que

⁴ *Manifiesto que el doctor don Manuel María de Arjona, Canónigo Penitenciario de Córdoba, hace de su conducta política a la nación española*, Córdoba, Imprenta Real, 1814, p. 9.

⁵ *Elogios a la memoria del doctor don Manuel María de Arjona*, Canónigo Penitenciario de Córdoba, Córdoba, Imprenta Real, 1820, pp. 4-5. Actualizamos grafías en éste y en todos los textos decimonónicos.

nos interesa resaltar en sus palabras es que la creación poética, el poeta, es sólo una más de las cualidades que adornaron en su sentir al difunto Arjona.

Insiste luego el orador en algunos de los aspectos antes apuntados, todos valiosos y muy ponderados, aunque nos parece significativo en esta ocasión el que se refiere a sus conocimientos del mundo clásico y a su creación poética, cosa que hace en estos términos:

¿Y cómo admiraremos suficientemente su desmedida lectura en los poetas griegos, latinos, italianos, españoles, franceses e ingleses? ¿Y cómo la propiedad con que manejaba todos estos idiomas? Y por último, ¿con qué expresiones ponderaremos su encantadora arte de hacer versos? Recordad, señores, su Oda dirigida a cantar el Calvario, recordad sus Ruinas de Roma, sus infinitos idilios, sus himnos, sus odas a la nobleza española, a Bailén, a la memoria de Padilla, y hallareis que puede ser comparado con los Homeros, Virgilio y Horacios, o con los Racines, los Tassos y Miltons⁶.

Entre los lamentos necrológicos del académico, que siguen a este párrafo, nos parece percibir algún eco gongorino (“y ya es polvo, sombra, nada”)⁷, en tanto que en sus palabras encontramos resumidos muchos de los rasgos de la creación poética de Arjona, así como las referencias a algunos de sus poemas más conocidos.

Si volvemos ahora los ojos a la situación que ocupa actualmente Arjona en el ámbito de los estudios y de las ediciones literarias, podemos constatar que, sin ser excesivamente mala, es manifiestamente mejorable, sobre todo si lo comparamos con algunos de los poetas de su generación y de su contexto histórico, marcadamente sevillano, como Alberto Lista, el abate Marchena o José María Blanco White. Nos parece que el fundador de esta institución cordobesa no vive en el país del olvido absoluto, y en esto influyen los estudios que desde instancias académicas o respaldados por esta Academia, se le han dedicado en la segunda mitad del pasado siglo XX y comienzos del actual siglo XXI, como hemos señalado al principio. No obstante, hay que indicar también que en todos los panoramas críticos y antologías de la poesía del siglo XVIII figura (o debe figurar por derecho) la aportación de Manuel María de Arjona.

⁶ *Ibid.*, pp. 9-10.

⁷ *Ibid.*, p. 10.

Dicho esto, pretendemos esbozar un breve apunte de lo que pudiera parecer más valioso o interesante de su creación, desde una perspectiva actual, teniendo en cuenta que todavía hay que volver a consultar ediciones y textos muy antiguos para la mayoría de sus composiciones, como sucede con los tres volúmenes que el marqués de Valmar dedicó a la poesía dieciochesca (1871), en cuyo tomo segundo figura Arjona con una buena semblanza biográfica, obra de Luis María Ramírez y de las Casas Deza, junto con la que creemos más amplia colección poética de nuestro fundador.

Son en total algo más de cien composiciones, de desigual extensión y calidad, las que integran su obra poética conocida, casi todas de rasgos neoclásicos, con algunos atisbos prerrománticos ocasionales, un tanto intrascendentes e inocuas en su mayoría, aunque alguna de ellas le provocó auténticos dolores de cabeza, llegando incluso a formar parte, como materia de delito, de un proceso en su contra, algo que casi le hizo temer por su vida. Es lo que sucede con la oda titulada *La Bética coronando al rey nuestro señor don José Napoleón I*, (cuyo título se cambió luego por el de “Al rey intruso José Napoleón cuando entró en Córdoba en 1810”, p. 514), que apareció originariamente impresa en Córdoba⁸, con el nombre de “don Manuel María de Arjona, Canónigo Penitencial de Córdoba”, en el año 1810, lo que implicaba que el poeta estaba ligado visiblemente al bando de los intelectuales afrancesados, donde también se encontraban por entonces otros prestigiosos personajes de su época, como su amigo el abate Marchena⁹.

⁸ ARJONA, Manuel María de, *La Bética coronando al rey nuestro señor don José Napoleón*, Córdoba, Imprenta Real, 1810; las citas del poema se hacen por esta edición (de cinco páginas más la portada), mediante la indicación de la página correspondiente, aunque ésta no aparece indicada expresamente en el pequeño impreso.

⁹ Suele este poema figurar también entre las obras del abate Marchena, porque parece haber sido compuesto o aderezado en parte por este personaje, como indica también Arjona. Además de los conocidos y clásicos estudios de Menéndez Pelayo, como las *Obras literarias de José Marchena*, Sevilla, Rasco, 1892, tomo I (donde figura el poema dedicado a José Bonaparte, pp. 133-136, con la nota: “Esta oda es realmente obra de dos ingenios: el abate Marchena y el Penitenciario de la Catedral de Córdoba D. Manuel M. de Arjona”), cfr. el estudio más moderno de FUENTES, Juan Francisco, “Aproximación a la cronología de la obra poética de José Marchena y edición de un poema inédito”, *Anales de Literatura Española*, 6, 1988, p. 270, en el que se indica lo siguiente: “Oda a José Napoleón. Compuesta por Marchena y Manuel M^a. Arjona en Agosto de 1810, con motivo de la visita de José I a Córdoba en esa fecha. Se trata en realidad de un refrito de los versos que el propio Arjona

Además Arjona había sido objeto de una distinción francesa, la Orden Real de España, tal como aparece recogido en la prensa de la época¹⁰.

Esta oda no ofrece nada especial, desde la perspectiva actual; es un simple poema de encomio al monarca francés, entonces rey de España, con los usuales recursos mitológicos y retóricos. Comienza así:

De rosas y de mirto coronadas
canten del Betis las festivas drías
al sol benigno, que de luces pías
viene a dorar sus márgenes sagradas;
sol de más dulce encanto
que al que de luz fulgente
visten las bellas horas áureo manto:
y al grato rayo de su ardor clemente
la hermosa turba en danzas extendida
nuevo amor las inflame y nueva vida [p. 1].

Hasta aquí podría ser un poema dedicado a cualquier cosa, aunque más adelante se hace patente el elogio a José Napoleón, cuyo nombre campea también en la portada:

dedicara a Carlos IV en 1796 con ocasión, asimismo, de un viaje regio a Córdoba. La oda a José Bonaparte constituyó el cargo principal en la causa formada contra el poeta cordobés por su conducta política durante el reinado del Intruso. En un manifiesto publicado en 1814, Arjona se defenderá de este cargo atribuyendo a Marchena todo el mérito de esta *transfusión poética*, como él mismo la llama”.

¹⁰ He aquí el decreto tal como se inserta en la *Gazeta de Madrid*, del jueves, 1 de febrero de 1810, p. 132: “GRAN CANCELLERÍA DE LA REAL ORDEN DE ESPAÑA

Don José Napoleón, por la gracia de Dios y por la constitución del Estado, Rey de las Españas y de las Indias.

Oído nuestro gran consejo de la Orden Real de España, hemos decretado y decretamos lo siguiente:

Artículo I. Nombramos caballeros de la Orden Real de España al Marqués de Guardia Real, don José Muñoz de Velasco y don Lorenzo Basabru, tenientes retirados de caballerías; a don Rafael de Tena, don Rodrigo de Mesa y don José Setién, veinticuatro de esta ciudad; a don Diego Gordo, doctoral de esta santa iglesia catedral, don Manuel Arjona, penitenciario de ella, y a don Francisco Armenta, don José Roncali y don Francisco Muñoz de Colmena, prebendados de la misma. YO EL REY. Por S. M. como miembro del gran consejo de la Orden, encargado de la gran cancellería, en ausencia del Excmo. Sr. Duque del Campo Alange, el Conde de Montarco. Madrid, 31 de enero [de 1810]”.

Reinará la abundancia, y en su seno
verás domar al piélagos tus robles;
y no quebrados tus intentos nobles
tu nombre antiguo gozarás de lleno:
dos siglos son pasados,
oh España, que no existes,
cuando a impulso de genios elevados
te ves nacer de entre fragmentos tristes.
Por tanta hazaña, oh Palas, ya previenes
el más digno laurel de regias sienes.
Y así, oh gran rey, a su región te llama,
en que solo ser puedes coronado,
donde el Betis del Tíber envidiado
por los tartesios campos se derrama [p. 4].

Claro que, conforme avanzaba el tiempo, la oda empezaba a convertirse en un artefacto peligroso ante los cambios surgidos a raíz de la nueva situación política, de tal manera que Arjona tiene que defenderse de haberla escrito, en una recusación de 1814, cosa que hace en los términos siguientes:

Informado el rey José de mi *Oda en honor de los vencedores de Bailén*¹¹, y exigiéndome su ministro de policía otra en indemnización de aquélla, encargué a un alojado mío, bastante conocido en Francia y en España (don José Marchena) que amalgamase como pudiese otra Oda con que yo había celebrado la venida de Carlos IV a las Andalucías, y la redujese a un parabién en que se congratulara al conquistador. Mi salud, a causa de la enfermedad de que antes he hablado, se hallaba entonces tan débil que ni aun podía soportar el leve trabajo de esta transfusión poética; pero mi alojado la desempeñó por mí, y de esta manera salí yo de mi apuro. Esta relación, más que suficiente para responder a tal cargo, resulta com-

¹¹ El poema no se incluye en la edición de Cueto, sin embargo se encuentra recogido, procedente de los poemas inéditos de Arjona existentes en la Hispanic Society of America de Nueva York, en el libro de NAVEROS SÁNCHEZ, Juan, *El fundador de la Real Academia de Córdoba, D. Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820)*, Córdoba, Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba / Excma. Diputación Provincial de Córdoba, 1991, pp. 220-221.

probada en autos por cuatro testigos presenciales y de mayor excepción¹².

A lo que añade a continuación:

Considérese después de esto que se tiraron muy pocos ejemplares de la *Oda*, pues luego que repartí los poquísimos que bastaba para salir de mi conflicto, recogí yo mismo toda la edición. Reflexiónese que la *Oda* se reduce a un cumplimiento insignificante, y tanto que el célebre don Juan Meléndez Valdés dijo en la corte del intruso que yo me había esmerado muy poco en aquella composición. Añádase que está escrita en un lenguaje, si no correcto, a lo menos rigurosamente poético, y por lo mismo inteligible sólo para muy pocas personas. Advuértase por último que se publicó en febrero de 1810, cuando el terror y la consternación se habían apoderado de todos los ánimos¹³.

En el mismo sentido, resta importancia a la condecoración de que fue objeto:

Siendo público en esta ciudad que se me había dado la insignia de la llamada Orden Real de España, era preciso que se me hubiese hecho de esto algún cargo en los autos. Pero afortunadamente era no menos público que en el mismo día de la entrada del rey intruso en Córdoba se me había conferido esta insignia, no sólo sin solicitud mía previa, sino lo que es más, aun ignorando yo la existencia de tal orden. Miré con tanto desprecio esta condecoración que ni aun presté el juramento acostumbrado a su ingreso, hasta que después de dos años se me exigió imperiosamente por mandato del que se titulaba Gran Canciller de la Orden¹⁴.

Pero hay que añadir que, junto a este poema bastante divulgado, existe otro, parecido en su intención y quizás más explícito, sobre el

¹² *Manifiesto que el doctor don Manuel María de Arjona, Canónigo Penitenciario de Córdoba, hace de su conducta política a la nación española*, Córdoba, Imprenta Real, 1814, p. 6.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 10.

que no se ha fijado apenas la atención de la crítica¹⁵, texto que se publicó en la *Gazeta de Madrid*, del jueves 22 de febrero de 1810, bajo el epígrafe siguiente: “La presencia del rey [José Bonaparte] en Andalucía ha despertado [sic] la musa de varios poetas distinguidos. La siguiente oda ha sido compuesta por don Manuel María de Arjona, penitenciario de la Catedral de Córdoba”.

Comienza así:

No siempre Marte
da los imperios,
que también de Minerva
vienen los cetros.
Ya pues desciende,
oh diosa sabia,
a coronar al Rey
de las Españas.
Y en este de la diosa suelo amado
donde Betis corona sus riberas
del árbol a sus cultos consagrado,
las musas placenteras
te impondrán, oh gran Rey, digna guirnalda,
y ya envidia a los montes Marianos
habrá del Pindó la esmaltada falda¹⁶.

El elogio personal del rey es muy explícito, como puede comprobarse en el fragmento que sigue:

Pasó el terror helado,
y el español dichoso
te ofrece generoso
eterna su lealtad.
Más que el cañón tronante,
más que la ardiente espada,
más que la Francia armada,
conquista tu bondad¹⁷.

¹⁵ Entre los conocedores de este poema, que a veces se confunde con la Oda, está DUFOUR, Gerard, “La *Gazeta* afrancesada de *Madrid* (1808-1813)”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 16, 2010, p. 25, que da la localización exacta del texto.

¹⁶ *Gazeta de Madrid*, jueves 22 de febrero de 1810, pp. 220-221, grafía actualizada. Se inicia el texto con la indicación: “Sevilla, 11 de febrero”.

¹⁷ *Ibid.*, p. 221.

Y concluye con los versos siguientes (aunque omitimos unos fragmentos poco significativos):

Así la España
que triste yace,
en llanto baña
su hermosa faz.
Mas se complace,
mas se reanima,
y a tu presencia,
oh Rey piadoso,
goza en reposo
ya la influencia
de la alma paz¹⁸.

El periódico madrileño anunciaba al final lo siguiente: “Se preparaba un concierto en Córdoba para cantar delante de S. M. esta letra, y que honrase a las habilidades que hay en aquella ciudad oyéndolas; pero la pronta partida de S. M. para Sevilla no permitió lograr esta satisfacción”¹⁹.

Este aparente o real afrancesamiento de Arjona (nos inclinamos más por la segunda opción) resultaría luego muy impopular en determinados círculos cordobeses, puesto que en la ciudad se documenta en varias ocasiones un decidido rechazo del invasor francés, en términos un tanto extravagantes, como el que aparece en una curiosa hoja suelta, que parece corresponder a la fecha de 1808 y en la que se ponen en boca de un supuesto moro acusaciones terribles contra los franceses, sobre todo en el ámbito de la religión:

Saber pues, Papa Obispa, que franceses son muy perros, y en Córdoba cortar a María la cabeza y sacar ojos con espadas. Ellos ser pícaros, y a Cristo, que vosotros creer en la hostia, pisar, escupir y vender por una piseta; y mear en los jarros de facer misa. ¡Ah, Papa! Nosotros moros no estar pícaros y creer mucho a españoles, no burlar vuestra religión y arrodillar cuando pasar tu Dios; pedir, pues, en justicia por tu Alá, quitar pronto los moros que Santiago tener bajo el caballo y poner franceses endiños, por ser más malos

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*

que los moros, que no pisar, no escupir, ni cortar la cabeza a María²⁰.

El resultado de todo ello es que Arjona, que además había dirigido el *Correo político y militar*, de 1810 a 1812, de inspiración francesa en esos años²¹, y que había sido comisionado por las autoridades francesas para la extinción del tribunal de la Inquisición en Córdoba²², en los primeros meses del año 1810, tiene que hacer numerosos méritos para que su actitud vuelva a ser creíble ante los ojos de la sociedad española y de los patriotas. De esta forma, publica un folleto de exculpación de sus errores, reales o hipotéticos, transformados ya en acusaciones, el *Manifiesto que el doctor don Manuel María de Arjona, Canónigo Penitenciario de Córdoba, hace de su conducta política a la nación española*, de 1814, y además con cualquier motivo va a dar señales de afición extrema a la monarquía de Fernando VII y sus componentes, como se comprueba en diversos poemas (“Al rey, nuestro señor, don Fernando VII de Borbón, con motivo del laborioso primer alumbramiento de la reina, nuestra señora, doña Isabel de Braganza”, p. 517-518, “Al natalicio de la reina”, p. 516; “Al rey, nuestro señor, en 28 de abril de 1814”, p. 533), e incluso en un sermón de alabanza a las víctimas del 2 de mayo, titulado precisamente *Oración*

²⁰ Apud VALDENEBRO Y CISNEROS, José María de, *La imprenta en Córdoba. Ensayo bibliográfico*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1900, p. 395 b.

²¹ Cfr. GARCÍA-CUEVAS VENTURA, José, “Actividad periodística del clero capitular cordobés”, *Anales de Historia Contemporánea*, 11, 1995-1996, p. 282. Sobre la exculpación que ofrece Arjona con respecto a esta cuestión, cfr. *Manifiesto que el doctor don Manuel María de Arjona, Canónigo Penitenciario de Córdoba, hace de su conducta política a la nación española*, op. cit., pp. 11-12.

²² El encargo se había hecho conjuntamente a tres personajes relevantes: el abate Marchena, Manuel María de Arjona y José Garrido, éste último también Prebendado de la Santa Iglesia Catedral, aunque en la práctica parece haber sido Arjona el que se encargó de todas las tareas, y así informa el 20 de febrero de 1810: “Se han entregado a las llamas todas las causas criminales, y sólo he reservado algunas otras que podrán conducir para la historia literaria, y de ellas he mandado formar índice particular. He reservado las pruebas de limpieza porque tal vez contienen documentos útiles para algunas familias. Se han inventariado todos los bienes”, etc., apud RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael, *Ensayo de un catálogo de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1922, tomo II, p. 76 b. En este volumen se transcribe prácticamente todo el expediente de extinción de la Inquisición cordobesa en esa fecha. Al mismo asunto se refiere Arjona en su *Manifiesto*.

*fúnebre de las víctimas del 2 de mayo de 1808*²³, en el que afirma, por ejemplo, refiriéndose a Napoleón: “Tirano de Francia, tú has excitado y debes excitar eternamente la execración de las almas virtuosas”²⁴. Además parece haber compuesto una tragedia, ambientada en la Córdoba de la Guerra de la Independencia, titulada *Córdoba generosa*, de la que nos han llegado algunos fragmentos con ideas patrióticas bastante exaltadas, como si quisiera borrar de alguna manera la nefasta oda napoleónica. Algunos de sus versos dicen así:

¿Cómo sufres, oh España, tanta afrenta?
¿Cómo así te abandonas, patria mía? [...] (p. 549)

En tanto que recuerda luego a uno de los grandes generales cordobeses, el Gran Capitán, como hipotético triunfador del invasor francés:

¡Oh, de Córdoba honor, que eterno brillas,
como del cielo el astro soberano!
Gonzalo ilustre, que nombrado humillas
no menos al francés que al italiano;
hoy de tu Betis gocen las orillas
triunfo que emule el tuyo en Garellano,
y tu gloriosa sombra el númen sea
que intimide al francés en la pelea (*ibid.*)

Como podemos comprobar en los textos señalados, Arjona se manifiesta como el más devoto y patriota de los españoles, partidario de Fernando VII. Claro que, si se hubiera marchado con otros afrancesados al exilio, se hubiera ahorrado muchos de los problemas que le acarrearon los textos en alabanza del rey José. El mismo escritor lo expresa así, en la parte final de su justificación:

Lo que yo puedo asegurar es que emigrando no me hubiera visto perseguido por los franceses y por empleados del rey José con ejecuciones militares, con injustos y gravosos alojamientos²⁵.

²³ ARJONA, Manuel María de, *Oración fúnebre de las víctimas del 2 de mayo de 1808*, en HERNÁNDEZ, Vicente, y DURÁ, José Vicente, *Colección de sermones panegíricos originales*, Madrid, José Félix Palacios, 1848, tomo VI, p. 164 y ss.

²⁴ *Ibid.*, p. 168.

²⁵ *Manifiesto que el doctor don Manuel María de Arjona, Canónigo Penitenciario de Córdoba, hace de su conducta política a la nación española*, op. cit., p. 12.

III. La poesía de Manuel María de Arjona, fundador de la Real Academia de Córdoba

Pero, además de esas composiciones de circunstancias, ya citadas, marcadas por el ritmo de la historia, podemos señalar otras aportaciones líricas menos comprometidas. En realidad, junto a la poesía académica, política y religiosa, lo más alabado, citado y antologado de Arjona en el ámbito de la lírica ha sido el poema “La diosa del bosque”, especialmente por su carácter innovador en cuanto a la métrica se refiere. Se emplea en este texto una invención estrófica poco seguida luego, llamada octava aguda²⁶, en la cual los versos cuarto y octavo son más cortos que el resto de la composición, que emplea los endecasílabos, de tal manera que esa especie de bordón de siete sílabas sugiere en el lector un ritmo más marcado, igual que sucede con los pies quebrados de otras composiciones más conocidas y conseguidas. El poema resulta artificioso, bastante latinizante y un tanto agradable al oído. He aquí los primeros versos:

¡Oh, si bajo estos árboles frondosos
se mostrase la célica hermosura
que vi algún día de inmortal dulzura
este bosque bañar!
Del cielo tu benéfico descenso
sin duda ha sido, lúcida belleza;
deja, pues, diosa, que mi grato incienso
arda sobre tu altar.
Que no es amor mi tímido alborozo,
y me acobarda el rígido escarmiento
que, ¡oh Piritoo!, condenó tu intento,
y tu intento Ixión.
Lejos de mí, sacrílega osadía;
bástame que con plácido semblante
acceptes, diosa, en tus altares, pía,
mi ardiente adoración (p. 507)

²⁶ Vid. al respecto, PALOMARES EXPÓSITO, Catalina y José, “La Octava real y la épica renacentista española. Notas para un estudio”, *Lemir*, 8, 2004, p. 6; consulta on line. Para una descripción técnica de la estrofa, *cfr.* el clásico estudio de NAVARRO TOMÁS, Tomás, *Métrica española*, Madrid, Guadarrama, 1974, p. 308.

Los comentarios elogiosos de este poema fueron frecuentes en su momento, desde Quintana²⁷ a Hermosilla. Éste último señala al respecto:

Sobre el artificio métrico de esta composición ya dijo lo bastante el señor Quintana: es nuevo y gracioso. Sólo siento que las consonancias agudas en ar estén repetidas dos veces: debieron emplearse una sola. En lo demás es magnífica y sin el menor descuido en el lenguaje, el estilo y la versificación²⁸.

Otro intento de renovación de la métrica castellana, menos atendido por la crítica que el anterior, es el que emplea en su poema “La amapola”, compuesto sólo con versos heptasílabos y que acompañó a una de las intervenciones del mismo Arjona en la academia cordobesa. Su comunicación se tituló “Memoria sobre el verso castellano de siete sílabas”, y en ella “el autor [proponía, según sus propias palabras], que se compongan los versos de siete sílabas, cargando siempre el acento sobre la cuarta sílaba o por lo menos sobre la segunda, mas de ningún modo sobre la tercera. Esta es la regla de metrificación –añade– que en los versos de siete sílabas abrazan los italianos, y aunque es difícil seguirla en la lengua española, con todo no lo es tanto como se cree, en prueba de lo cual ofrece el autor su idilio de la *Amapola*”²⁹.

El proyecto indicado no tuvo, al parecer, muchos seguidores y, en realidad, comprobamos que no son frecuentes en ninguna época los poemas que utilizan sólo los versos heptasílabos, salvo en algunos

²⁷ Quintana había comentado en nota al poema: “Las estrofas de esta oda son inventadas por el autor: su artificio consiste en formar con un esdrújulo el hemistiquio de los dos versos primeros, el tercero es un sáfico, el cuarto uno corto y agudo; el segundo miembro de la estrofa tiene la misma cadencia y los consonantes se enlazan de modo que forman entre los dos un período poético, que agrada por su novedad y aun por su extrañeza”, QUINTANA, Manuel José, *Tesoro del parnaso español. Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días*, París, Baudry, 1861, 2ª ed., p. 578. La misma nota en el poema citado en los textos recogidos por OCHOA, Eugenio de, *Apuntes para una biblioteca de escritores contemporáneos en prosa y en verso*, París, Baudry, 1840, tomo I, p. 53.

²⁸ GÓMEZ HERMOSILLA, José, *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, Valencia, Mallén, 1840, tomo II, p. 314.

²⁹ ARJONA, Manuel María de, *Actas abreviadas de la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, desde su instalación en 11 de noviembre de 1810 hasta igual día de 1813*, Córdoba, Imprenta Real de don Rafael García Rodríguez, 1814, p. 22.

autores dieciochescos, pero el resultado no parece inhábil, como puede percibirse en los primeros versos de la composición indicada, que además nos ha llegado incompleta:

Aquella primavera,
que fue al pastor Dalmiro
invierno tenebroso
de llantos y suspiros,
enfrente de la choza
de Doris, su martirio,
una amapola bella
brotó el estéril risco,
en cuyas rojas tintas
miraba enternecido
la imagen del incendio
que abrasa sus sentidos;
como la fiera roca
lo era del ceño esquivo
que hallaba en su zagala
su amor enardecido (p. 534)

Sin embargo, nuestro poeta presenta otros registros distintos a los habituales de poesía patriótica y religiosa, como este soneto de amor en el que está presente el yo lírico del creador y que nos parece poco conocido, a pesar de que se trata de una composición correcta y de especial intensidad, en la que ya se advierten algunos rasgos prerrománticos:

Triste cosa es gemir entre cadenas,
sufriendo a un dueño bárbaro y tirano;
triste cosa sulcar el océano
cuando quebranta mástiles y entenas;
triste el pisar las líbicas arenas,
y el patrio nido recordar lejano;
y aún es más triste suspirar en vano,
sembrando el aire de perdidas penas.
Mas ni dura prisión, ni ola espantosa,
ni destierro en el Níger encendido,
ni sin fin esperanza fatigosa,
es ¡oh cielos! el mal de mí temido;
la pena más atroz, más horrorosa,
es de veras amar, sin ser creído (p. 506).

O, en el mismo sentido, el poemilla “Si tú me quisieras”, que entra dentro de la convención pastoril de moda en la época y que acaba con la característica llamada al “Carpe diem”:

Se inicia así:

Si tú me quisieras,
mi adorado bien,
verías mi alma
nadar en placer (p. 528).

Y concluye con el tópico indicado antes:

La azucena y rosa
mezcladas se ven
al lirio y al nardo,
al mirto y clavel.
De tan dulce encanto
gocemos, mi bien;
gocemos, que el tiempo
no vuelve después (*ibid.*)

Añadamos otro ejemplo, en este caso un villancico de corte popular, algo un tanto infrecuente en la poesía de Arjona, en el que una muchacha se queja de la desaparición de un duendecillo. Se titula “El duende”:

*Madre mía, murió el duende;
ya no tenemos con qué
poder asombrar al niño
cuando rabiare, ¿qué haré?*

Se asomaba al postiguillo
y los dientes le enseñaba,
y le sacaba la lengua,
y el niño al punto callaba.

*Pero ahora, madre mía,
ya no tenemos con qué
poder asombrar al niño
cuando rabiare, ¿qué haré?*

Otras veces se vestía
de fraile o de sacristán,
y el pobre niño pensaba
que lo iban a enterrar.

*Pero ahora, madre mía,
ya no tenemos con qué
poder asombrar al niño
cuando rabiare, ¿qué haré?*

También yo estaba contenta,
porque el duende era mi amigo,
y nunca a mí me asombraba,
sino [que] me hacía cariños.

Mire usted, los tales duendes
a los hombres intimidan;
mas para nosotras, todos
son de mercocha y almíbar (pp. 547-548).

Un registro similar encontramos en la siguiente cantilena, en la que no parece ausente el sentimiento religioso, con el simbolismo del pastor y el alma perdida en la selva, quizás en referencia al pecado. Recordemos aquí sólo los primeros versos:

Pastorcito del alma,
no me abandones;
que cercan mi camino
mil salteadores.
Esta selva vecina
llena está de leones,
y sus fieros rugidos
estremecen los bosques.
¡Ay! qué difícil,
¡ay! qué intrincada
es esta senda toda,
pastor del alma (p. 527).

Fue Arjona un hombre admirado y respetado por sus contemporáneos; de él nos han dejado numerosas valoraciones positivas, e incluso alguna descripción física, como la que nos transmitió Luis María Ramírez de las Casas Deza, que lo conoció personalmente y que dice así:

Era don Manuel María de Arjona de buena estatura y de medianas carnes; sus facciones bien proporcionadas y su color blanco, el pelo muy negro y cerrado de barba, los ojos grandes, prominentes, la vista torcida. En su trato era llano, atento, afable, jovial y a veces

picante³⁰ y satírico; descuidado y negligente en orden al porte y aseo de su persona, su conversación amena e instructiva”³¹.

Se trata, pues, a nuestro entender, de un poeta neoclásico interesante, inmerso en un mundo conflictivo³² y perteneciente al grupo de los grandes líricos de la escuela sevillana dieciochesca³³, cuya obra tendría que revisarse, editarse y estudiarse con alguna periodicidad, y quizás valorarse en su conjunto algo más de lo que se hace habitualmente, siquiera sea por haber sido don Manuel María de Arjona y Cubas el fundador de nuestra Academia.

IV. El tema religioso en la lírica de Arjona. Presentación y textos

¡Cuán divino es el don de la memoria!
Por ella se engrandece el ser humano
y llega a hacerse el hombre ciudadano
del anchuroso imperio de la historia.
Vence siglos y edades, y escogiendo

³⁰ En la parte conocida de su obra no es frecuente este aspecto, aunque fue muy cultivado por los ingenios españoles del siglo XVIII, como se sabe. Sin embargo, aparece esporádicamente en alguna composición, como sucede en la titulada “Jácarra”, a la que pertenecen estos versos:

“Sólo os advierto, muchachas,
que no caigáis hacia atrás,
que en damas tan principales
esa caída es mortal” (p. 548).

³¹ RAMÍREZ DE LAS CASAS DEZA, Luis María, “Don Manuel Arjona”, *Semanario Pintoresco Español*, 7 de abril de 1844, p. 107. Una versión del mismo texto biográfico se incluye en el volumen II de la edición del Marqués de Valmar, *Poetas líricos del siglo XVIII*.

³² Sobre el contexto histórico cordobés, en los comienzos del siglo XIX, *vid.* el importante estudio de DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luis, *José Napoleón en el sur de España. Un viaje regio por Andalucía (enero-mayo 1810)*, Córdoba, Cajasur, 2008, y, del mismo autor, también sobre José Bonaparte, *Cartas josefinas: epistolario de José Bonaparte al Conde de Cabarrus (1808-1810)*, Sevilla, Falcata, 2003.

³³ Se ha llamado alguna vez a este grupo de escritores, “la generación sevillana de 1808”, *cfr.* REY, Juan, “Los escritores sevillanos en el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen”, *Cauce. Revista de Filología y su didáctica*, 13, 1990, p. 149.

el tiempo que le agrada,
hace en él su morada.
Así mortales límites trasciendo,
y, de mi fuerza y libertad unidas,
de una vida fugaz formo mil vidas.

Manuel María de Arjona,
“A la memoria”³⁴

No parece improcedente la inserción en estas páginas de una selección breve, pero significativa, de la creación literaria del fundador de nuestra Real Academia, don Manuel María de Arjona y Cubas (Osuna, 1771-Madrid, 1820), si se tiene en cuenta, que la poesía de Arjona, sin ser por completo desconocida para el crítico especializado (mucho más lo es para el lector habitual de poesía), va cayendo poco a poco en ese espacio casi vacío de los lugares comunes de la lírica dieciochesca, como la obra de un creador ilustrado más, sin especial trascendencia, entre los que componen la llamada por algunos críticos “escuela sevillana”, que enlaza los siglos XVIII y XIX.

Independientemente de su valor y de su variedad, elementos que son considerables en su obra, a nuestro entender la poesía de Arjona precisa de ediciones recientes, comentarios y análisis de los contextos en los que se creó y se difundió, y esa labor debe ser una más de las tareas de la Academia cordobesa, puesto que, a fin de cuentas, somos herederos agradecidos de lo que hicieron a lo largo de estos dos últimos siglos una serie de intelectuales cordobeses, o asentados en Córdoba, patria acogedora siempre y madre ejemplar donde las haya. Y entre las personalidades que apoyaron el inicio de tan larga y fructífera andadura académica pocos hay tan cualificados en el ámbito de las bellas letras como este religioso ursonense que fue canónigo penitenciario de la Catedral de Córdoba durante un largo período de su vida; precisamente en ese momento tiene lugar la fundación de esta Academia en la que se han conjugado siempre de manera armónica las ciencias, en sus variadas especialidades, las letras y las artes.

³⁴ ARJONA, Manuel María de, *Poesía*, prólogo Luis María Ramírez de las Casas Deza, en *Poetas líricos del siglo XVIII*, ed. Leopoldo Augusto de Cueto, Madrid, Rivadeneira, 1871, tomo II, p. 548; todas las referencias a la poesía de Arjona, salvo indicación contraria, se hacen por esta edición, mediante la mención del número de página correspondiente. El poeta tiene otra composición, una oda, más extensa que ésta, pero de igual título.

Como sobre la personalidad³⁵ y la obra de Manuel María de Arjona son accesibles todavía algunos estudios especializados y relativamente recientes, como ya señalábamos, procuraremos ahora dar una visión general de este escritor, basándonos en varios estudios y antologías un tanto cercanas al momento de su existencia, al mismo tiempo que añadimos, con ánimo divulgativo, una breve selección de sus poemas, recurriendo en esta ocasión a la temática religiosa, porque nos parece bastante olvidada y no es, para nosotros, en absoluto deleznable, sino que, al contrario, por su interés y sentido estético y espiritual, puede equipararse a otras tendencias más atendidas del poeta, como la clasicista, de honda raíz horaciana³⁶; la política, tan ligada a las variadas intercadencias de la vida del autor; la académica, inherente a la personalidad de este inquieto personaje, fundador y frecuentador de estas instituciones ilustradas; o la amorosa, llena de las delicuescencias pastoriles y eróticas características del preciosismo dieciochesco, desliziándose ya hacia la nueva sensibilidad que anuncia el Prerromanticismo.

³⁵ De los antecedentes familiares del personaje obtenemos variada información en el volumen manuscrito *Informaciones de legitimidad y limpieza de sangre de Manuel María de Arjona y Cubas, para la obtención de una Beca canonista de entrada en el Colegio de Santa María de Jesús*, de Sevilla, correspondientes al año 1790, texto accesible en internet, por el que conocemos los nombres y lugares de origen de los familiares inmediatos, padres y abuelos. De esta forma, sabemos que los padres eran don Zoilo de Arjona y Prospiglioci [lectura insegura], natural de la Villa de Olvera, y doña Andrea de Cuevas y Verdugo, natural de la Villa de la Campana; los abuelos paternos: don Patricio de Arjona y Prospiglioci, natural de la Villa de Morón, y doña Catalina de Arjona y Toledo, natural de la Villa de Osuna; los abuelos maternos: don Gabriel de Cuevas y Melo, natural de la Ciudad de Plasencia, y doña Ana Verdugo y Calero, natural de la Villa de Utrera. El hermano menor de Manuel María fue también un personaje importante, José Manuel Arjona y Cubas (Osuna, 1781-Madrid, 1850), que fue Alcalde del crimen en Extremadura, Alcalde de Casa y Corte, Superintendente general de vigilancia pública y Asistente en Sevilla, además de otros cargos. Para la biografía de José Manuel, cfr. “José Manuel Arjona y Cubas”, de RUIZ JIMÉNEZ, Marta, en *Diccionario biográfico español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009, tomo V, pp. 405-408; a continuación, en el mismo volumen, figura la biografía de Manuel María de Arjona y Cubas.

³⁶ Por otra parte, el poeta había traducido una oda de Horacio, la XVI, del libro II, “*Otium Divos rogat in patenti*”, cfr. MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Odas de Q. Horacio Flaco traducidas e imitadas por ingenios españoles*, Barcelona, E. Domenech, 1882, pp. 141-142; además, Menéndez Pelayo considera de imitación horaciana al menos dos poemas de Arjona, “A la memoria” y “La diosa del bosque”.

Un episodio que recuerda Luis María Ramírez de las Casas Deza, y que él sitúa en el año 1810, en plena ocupación de Córdoba por las tropas francesas, nos da idea del talante humanitario del personaje que analizamos. Dice Ramírez, en sus *Memorias*, que su padre fue acusado injustamente de haber colocado un pasquín en contra de los ocupantes extranjeros, acusación en la que se vio auxiliado por Arjona:

Inmediatamente [mi padre] fue a casa del penitenciario Don Manuel María de Arjona, y le contó lo que le pasaba, y éste, que se había adquirido por sus letras un gran concepto entre los franceses y un gran ascendiente sobre sus jefes [nótese, de paso, la expresión dulcificada de un asunto tan espinoso en su momento como el afrancesamiento de Arjona], se puso al momento los hábitos y acompañó a mi padre a casa del General. Éste trató a mi padre muy mal, dando por supuesto que había sido el autor del pasquín; pero el penitenciario templó al francés, volvió por la inocencia de mi padre y salió su fiador, tomándolo bajo su responsabilidad. El penitenciario, después de largo rato que estuvo hablando con el General, salió, tranquilizó a mi padre y lo acompañó hasta su casa. Desde entonces, este sabio y virtuoso varón se interesó mucho por mi padre e intercedió para que no se pusiese en la puerta de mi casa una tarjeta que, así como hubiera sido honorífica para mi familia, así que hubiera caído el gobierno del intruso Rey José, durante éste, hubiera sido causa de pena y de insulto por parte de los franceses³⁷.

Ya en el ámbito de la apreciación literaria de que era objeto la obra de Arjona, recordemos que el Penitenciario de Córdoba figura en una de las antologías más importantes y tempranas del siglo XIX, la de José Manuel Quintana, *Poesías selectas castellanas* (1807, con varias reediciones más)³⁸, en la que se insertan hasta quince composiciones

³⁷ RAMÍREZ DE LAS CASAS DEZA, Luis María, *Biografía y memorias especialmente literarias* de don [...], entre los Arcades de Roma, RamilíoTartesiaco, individuo correspondiente de la Real Academia Española, prólogo José Manuel Cuenca Toribio, Córdoba, Universidad, 1977, p. 21.

³⁸ Para las ediciones y reediciones de esta antología, *cfr.* BONNEVILLE, Henri, “Sur la poésie à Seville au Siècle d’Or”, *Bulletin Hispanique*, tome 66, 1964, p. 315, n. 12; nosotros hemos manejado la edición de 1829-1830, en cuatro volúmenes. A Arjona se le ha incluido también en la llamada generación sevillana de 1808, *cfr.* REY, Juan, “Los escritores sevillanos en el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen”, *Cauce, Revista de Filología y su didáctica*, num. 13, 1990, p. 149 y ss.

del lírico dieciochesco y una nota biográfica, en la que leemos un resumen de los datos esenciales de su vida:

Nació en Osuna en 12 de junio de 1771, y estudió en aquella universidad y en la de Sevilla la filosofía, jurisprudencia civil y canónica, recibiendo sus grados en estas facultades. Fue luego colegial del mayor de Santa María de Jesús de Sevilla, doctoral de la Real Capilla de San Fernando de esta ciudad, y canónigo penitenciario de la Catedral de Córdoba. Su instrucción en los idiomas sabios, especialmente en el griego, su talento y afición para las humanidades y otros ramos de literatura, le abrieron entrada en casi todos los cuerpos literarios de estos pueblos y en algunos de la corte; en Sevilla fue uno de los más estimables individuos de la Academia de Letras humanas, de que daremos noticia más adelante; en la cual leyó gran parte de los versos que publicamos. En 1797, siendo doctoral de la Capilla de San Fernando, acompañó al Señor Arzobispo de Sevilla, don Antonio Despuig y Dameto, en su viaje a Roma, y fue nombrado por la Santidad de Pío VI su capellán secreto supernumerario. Murió en Madrid, a 25 de julio de 1820. Ha dejado inéditas muchas poesías y memorias académicas sobre Humanidades, Historia Eclesiástica y Derecho canónico, la *Historia de la Iglesia Bética*, y una defensa e ilustración latina del Concilio Iliberitano³⁹.

Pero sin duda, la labor analítica más importante por lo que se refiere a la biografía y a la obra de Arjona es la que lleva a cabo el Marqués de Valmar, don Leopoldo Augusto de Cueto, en una amplísima antología de la poesía del siglo XVIII (1869-1871), recopilación en tres nutridos volúmenes que aún mantienen gran parte de su valor inicial. En la sección dedicada a nuestro personaje, contó Cueto con la ayuda inestimable de Luis María Ramírez de las Casas Deza, que había publicado una amplia semblanza del escritor⁴⁰ y que la incluiría, ampliada y corregida, según indica, como prólogo al apartado de sus

³⁹ QUINTANA, Manuel José, *Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días*, Madrid, M. de Burgos, 1830, tomo IV, pp. 577-578.

⁴⁰ RAMÍREZ DE LAS CASAS DEZA, Luis María, "Biografía Española. Manuel María de Arjona", *Semanario Pintoresco Español*, año IX, 31 de marzo y 7 de abril de 1844, pp. 101-104 y 107-109, respectivamente. Este artículo, dividido en dos, incluye además al principio un grabado que representa a Arjona, nada bueno, y su firma autógrafa.

Poesías; de esta introducción y de estos textos han bebido la mayoría de los que se han ocupado del Fundador de la Academia Cordobesa.

Volvería Cueto a ocuparse de Arjona en un amplio estudio, también en tres volúmenes (1893), dedicado a la poesía del XVIII, donde sintetiza algunos de los aspectos de la personalidad del escritor, tratados con más desarrollo por Ramírez. Así escribe, entre otras apreciaciones:

Fue D. Manuel María de Arjona excelente humanista, filósofo, jurista civil y canónico, teólogo muy versado en los escritos de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, y en la historia civil y eclesiástica, y además poseía las lenguas sabias y muchas de las vulgares. No le adornaban dotes externas de orador, pero sus discursos eran en sí mismos elocuentes y sublimes, y su lenguaje puro y castizo. Cultivó la poesía, empleando en ella su elevado ingenio y lozana imaginación, de que son fruto las pocas composiciones que han salido a luz, ora sueltas, ora en periódicos, o bien en la última edición de poesías selectas castellanas de D. Manuel José Quintana, habiendo quedado inéditas muchas más⁴¹

Cuando, en el mismo siglo XIX, se intentan sistematizar las corrientes poéticas sevillanas y los autores insertos de ellas, Arjona es también un referente ineludible; es lo que sucede con el crítico Ángel Lasso de la Vega, al historiar autores y tendencias en su libro *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana de los siglos XVIII y XIX* (1876), que tiene en cuenta las aportaciones de Ramírez y de Cueto, en su edición de 1871, pero que profundiza en algunas cuestiones temáticas y analiza con más detenimiento determinados poemas.

Tras ocuparse de varios poemas, los que considera más significativos y conseguidos, el crítico concluye con una apreciación bastante fundamentada de su poesía:

Dado el gusto y los preceptos seguidos por la misma Escuela —escribe—, preciso es confesar que en ella sin duda sobresalía por sus dotes no comunes. Quizás otros se acerquen más en su imitación al caudillo de aquella en el siglo de oro de las letras patrias; pero su tendencia constante en los asuntos que exigen cierta eleva-

⁴¹ CUETO, Leopoldo Augusto de, Marqués de Valmar, *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1893, tomo III, p. 343.

ción, es ofrecer el pensamiento engalanado con una versificación majestuosa, y revestido de formas brillantes. Laudable empeño, pocas veces descuidado, es para los vates de Sevilla, mostrar siempre puro y correcto el lenguaje de las musas: si algunas veces Arjona parece no haber pulido sus versos todo lo necesario para darle por completo tal sello característico, se explica fácilmente esta falta, por no haber sufrido sus obras el examen y corrección que con la experiencia pudiera haber hecho aquél, como otros no menos conceptuados lo verificaron en las suyas. Desgraciadamente el ilustre canónigo no alcanzó la larga vida de algunos de los que con él son partícipes de las glorias conquistadas por la moderna Escuela de Sevilla⁴².

En contraposición a la atención más o menos continuada de que fue objeto en el siglo XIX, en el periodo más reciente de nuestras letras el escritor tiende a ser desatendido en muchos de los estudios y antolo-

⁴² LASSO DE LA VEGA, Ángel, *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana de los siglos XVIII y XIX*, Madrid, Manuel Tello, 1876, pp. 58-59. Un poco antes, el mismo crítico había consignado una serie de elogios que nos parece interesante divulgar: “Fuera difícil y detenida tarea enumerar los pasajes de esta obra dignos de ser admirados, a no hacer un estudio exclusivo de las que produjo el numen de su autor. / Con gran estima era considerado Arjona como poeta, por sus compañeros en el instituto literario a que perteneció en su juventud; no siendo en este caso exagerado afecto de la amistad apasionada. Un ilustrado escritor, que a su vez le juzga más favorablemente que a otros cultivadores de las musas de su tiempo en la capital de Andalucía, recuerda los juicios que mereció de Lista y Blanco su numen poético. “Muchos años después, dice [Leopoldo Augusto de Cueto], Blanco evocando en Londres los sabrosos recuerdos de la mocedad, escribía estas palabras: “Por desgracia de sus amigos y de la literatura española, ha fallecido D. Manuel María de Arjona, poeta tan fecundo y elegante ingenio, que ninguno le excedía en aquella época”. Lista admiraba a Arjona no menos que Blanco, y solía decir cuando de él hablaba que “sus poesías eran tan delicadas como las más célebres de Grecia”. / Otro consocio de Arjona en la misma Academia, y unido a él en distinto género de trabajos literarios, en ocasión de formular su juicio sobre Forner como poeta, refiriéndose a la colección de sus sátiras, odas y epigramas, que considera como su obra clásica, “he creído, dice, manifestar mi juicio sobre todas ellas, lo cual he hecho con tanta mayor satisfacción, cuanto es conforme al de uno de los mejores poetas de nuestra nación, el cual, aunque por nuestra fatalidad apenas es conocido fuera de los muros de Sevilla, es muy apreciado en Italia, y aun en la misma Roma, donde actualmente se halla”. / En tal concepto era, pues, tenido el discreto Arjonio por algunos de los más ilustrados escritores de aquel tiempo. No menos autorizado es el juicio del moderno crítico a que nos referimos, que le considera, entre sus compañeros de la Escuela sevillana, el que tenía estro más fácil y espontáneo”, *ibid.*, p. 57-58.

gías dedicados a la poesía dieciochesca; es lo que constatamos, por ejemplo, en el libro de Joaquín Arce, *La poesía del siglo ilustrado* (1981)⁴³, en el que sólo encontramos tres menciones sueltas, poco significativas, y ninguna aproximación específica a su poesía; en la antología de John Polt, *Poesía del siglo XVIII* (1973)⁴⁴ se le incluye con una sola composición, la “Jácara”, de tipo popular, lo que no da idea de la poesía habitualmente cultivada por Arjona, a la que acompañan unas cinco líneas de datos biográficos, en tanto que está por completo ausente en el volumen *Poesía española del siglo XVIII* (1988)⁴⁵, antología de Rogelio Reyes; dos párrafos que no llegan a media página, aunque en ellos se encuentran los datos fundamentales de la vida y la obra del poeta, le dedica Guillermo Carnero y sus colaboradores en su historia de la literatura, *El siglo XVIII* (1995)⁴⁶, incluido en el apartado “La Escuela Sevillana” y escasamente individualizado.

Señalados estos aspectos, que para muchos habrán servido para recordar gran parte de lo que se sabe con respecto a Arjona, pasemos ahora a insertar una serie de poemas religiosos, someramente anotados con algunas aclaraciones, que podrían considerarse innecesarias a veces, pero que tal vez ayuden a comprender el sentido que creemos percibir en varias composiciones de este tipo, con breves introducciones y un texto que hemos depurado en lo posible, aunque la ausencia general de manuscritos autógrafos del fundador ha hecho que sigamos

⁴³ ARCE, Joaquín, *La poesía del siglo ilustrado*, Madrid, Alhambra, 1981.

⁴⁴ *Poesía del siglo XVIII*, ed. John H. R. Polt, Madrid, Castalia, 1975, pp. 304-307.

⁴⁵ *Poesía española del siglo XVIII*, ed. Rogelio Reyes, Madrid, Cátedra, 1988. Veinte años después, como diríamos recordando de paso una conocida novela de Dumas, el mismo crítico, nuestro académico y profesor Rogelio Reyes, incluye muchas referencias y textos en su interesante volumen *Minerva sevillana. El grupo poético de los siglos XVIII y XIX*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2008; aquí encontramos un panorama mucho más completo y profundo, de tal manera que Manuel María de Arjona y Cubas está presente con una semblanza biográfica, pp. LVX-LXXII, y una antología de textos, pp. 75-103, diez poemas, entre los que figuran la “Oda a la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora”, la “Oda al pueblo hebreo en la Ascensión del Señor” y la “Oda al rey intruso José Napoleón cuando entró en Córdoba en 1810”. En la parte final del volumen, entre los apéndices, se incluye el “Plan para una historia filosófica de la poesía española”, al que sigue las “Reflexiones sobre el Plan para una historia filosófica de la poesía española de Manuel María de Arjona”, texto de Félix José Reinoso.

⁴⁶ GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor, *Historia de la literatura española, El siglo XVIII*, coord., Guillermo Carnero, Madrid, Espasa Calpe, 1995, vol. II, p. 783.

sólo las ediciones que consideramos más fiables y autorizadas, al mismo tiempo que regularizamos las grafías y la disposición de los versos siguiendo los usos actuales.

Para presentar con cierto orden el material poético seleccionado, en el ámbito de lo religioso, y puesto que, en casi todos los casos, carecemos también de indicaciones temporales precisas, que pudieran servir para una secuenciación cronológica de los textos, los hemos agrupados en dos apartados: poemas dedicados a Cristo y versos que giran en torno a la Virgen María, en tanto que hemos dejado para otra ocasión, con la idea de no hacer muy larga esta aportación, otras composiciones destinados a diversas advocaciones de santos (un himno sacro a San Miguel, otro dedicado al apóstol Santiago y un tercero que tiene como objeto la muerte de San Fernando, Patrón de Sevilla).

Tanto los poemas cristológicos como los mariológicos se adaptan, en líneas generales, a la narración evangélica y a la tradición cristiana, que hemos tomado como guía a la hora de presentarlos con cierto orden en esta breve pero significativa antología.

Poemas dedicados a Cristo

1

Poema de profundo contenido místico y teológico, en el que se advierten algunos rasgos estilísticos que bien pudieran proceder de San Juan de la Cruz, como las referencias al amado, a las criaturas o al esposo, especialmente al comienzo de la composición, que recuerda los conocidos versos: “¿Adónde te escondiste, amado, / y me dejaste con gemido”⁴⁷, etc. Además incluye variadas contraposiciones usuales en el ámbito de la mística, así como menciones del fuego ardiente del amor divino. El elemento teológico más visible es el que trata de la Santísima Trinidad y de la Eucaristía.

La densidad religiosa del texto, muy marcada, hace que en algún momento el autor caiga en ocasionales prosaísmos, aunque la agilidad rítmica del metro empleado, hexasílabos agrupados en cuartetos asonantados en los pares, y los encabalgamientos abruptos le presten habitualmente un marcado aire de ligereza y musicalidad.

⁴⁷ W. Storck, ed., *Todas las poesías de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús*, Monastero, Librería de Theissing, 1854, p. 44.

A Jesús

¿Dónde, amado mío,
donde fuiste, amado,
que así me dejaste
a mí abandonado?

Único consuelo,
mi solo descanso,
luz del alma mía,
mi amor, mi regalo.

Entre tantos vientos,
triste y desolado,
ya me vi en la margen
de un fatal naufragio⁴⁸.

Hasta mi alma el agua
había penetrado,
y un mar tenebroso
me estaba esperando.

Pero tus piedades
invoqué humillado,
y en mí ya conozco
tu divino rayo.

Bondad infinita,
sí, me has escuchado;
¡ay! que ya me siento
de tu ardor tocado.

¡Buen Jesús! ya siento
que me has recreado⁴⁹
con la luz que ilustra
corazones mansos.

Resplandor inmenso,
mi mente ocupando,
me hace, aunque a lo lejos,
tus misterios claros.

Eterno, infinito,
feliz, soberano,
misericordioso,
poderoso, sabio,

⁴⁸ Los términos marítimos negativos suelen referirse al pecado y al proceloso mar de la vida.

⁴⁹ En el sentido de “volver a crear”, aunque en el contexto equivale de forma aproximada a “salvar”.

grande, justo, bueno,
patente y arcano,
¡cómo tu hermosura
me tiene encantado!

¡Ay amor! yo expiro;
mi pecho inflamado
de su mismo incendio
arde enamorado.

Sublimes secretos
ya voy penetrando,
y mi luz perdiendo,
más alta luz hallo.

Me parece verte,
Padre no engendrado,
principio fecundo,
que produces cuanto
puedes y cuanto eres,
a ti en ti mirando,
con que el Verbo engendras,
tu eterno traslado.

Gloria de tu gloria,
donde está sellado,
como está en ti mismo,
tu ser sacrosanto.

Imagen querida,
por quien has formado
todas las grandezas
de tu excelsa mano.

Tu sabiduría,
tu Hijo muy amado,
sin cesar en todo
tu igual dimanando.

Tu sustancia misma,
tan vivo retrato,
que, sino el ser padre,
todo te le has dado.

Te amas, y el amarte
en él trasladando,
mutuo amor, procedes
a Espíritu Santo;

de único principio,
aunque el esperarlo
ser de dos personas,
él mismo ha enseñado.

Mas el Padre al Hijo
le ha comunicado
la virtud, que es una
de esta suerte en ambos.

Pero ¿qué delicias
no me inundan cuando
¡oh lumbre del Padre!
te adoro humanado?

De tu excelso solio
al seno sagrado
de la misma gracia
tu amor te ha bajado.

Decid, serafines,
decid, coros⁵⁰ santos,
¿no tenéis envidia
de favor tan alto?

Mi naturaleza
ya se ha sublimado
tanto, que Dios mismo
es Dios encarnado.

A mí semejante
es ya ¡oh dulce pasmo!
el que es semejanza
del Padre increado.

Jesús amoroso,
mi querido hermano
(sí, que tú este nombre
tú mismo me has dado),
vida de mi vida,
mi norte y dechado,
mi gracia y mi gloria,
mi esposo y mi amparo.

mi amor y mi todo...
¡que ha de haber ingratos
a ese inmenso incendio
de necios humanos!

¿Quién pudiera amarte
por cuantos insanos⁵¹

⁵⁰ Otra categoría de los espíritus puros de nuestra teología, en el ámbito de los serafines, potestades, etc.

⁵¹ En el sentido de “locos, pecadores”. La insania es la denominación habitual de la enfermedad mental.

de tu amor, Dios bueno,
viven olvidados?

Si mi propia sangre
pudiera ablandarlos,
¡qué pronto, bien mío,
se vieran mudados!

¡Ah! ¡si el universo
todo ardiera amando
a Dios que su sangre
vertió por librarlo!

Al que su grandeza
y gloria ocultando,
su sagrada carne
nos da en dulce pasto.

¡Ay! ¡alma dichosa!
¡qué tierno bocado!
¡qué santas delicias!
¡qué amoroso encanto!

Entrad en mi pecho,
¡oh mi Esposo casto!
todo ya os lo ofrezco;
entrad, y aceptadlo.

Tú en mí y yo en ti vivo;
mi alma en tierno lazo
a ti vive unida,
sólo a ti aspirando.

Como tú en tu Padre,
que a mí te ha enviado,
vives, yo en ti vivo,
en ti transformado.

Palabras que admiran.
mas que me han dictado
¡oh Verdad eterna!
tus divinos labios.

¡Ay amor!⁵² [yo expiro;
mi pecho inflamado
de su mismo incendio
arde enamorado.]

Mi alma desfallece,
y está suspirando

⁵² En el texto se omite el resto de esta estrofa, mediante la simple indicación de *etc.*, fragmento que restauramos teniendo a la vista unos versos ya aparecidos previamente en este mismo poema.

por verse estrechada
de tus dulces brazos.
¡Oh criaturas todas!
venid a ensalzarlo,
y decid conmigo
a mi Esposo amado:
“Dichoso mil veces
quien ansía gozaros,
pues de su esperanza
no será frustrado” (pp. 533-534).

2

Nos parece éste uno de los poemas más gráciles, significativos y conseguidos de Manuel María de Arjona, en el que se aprecian, igual que sucede en el anterior, los símbolos habituales de la mística sanjuanista, como el pastorcito (“Un pastorcico solo está penado”⁵³, etc.), que suele identificarse con Cristo, la enamorada pastora, que simboliza el alma que busca al amado, los peligros y animales fieros que asaltan a la pastora, que son las tentaciones y los pecados del mundo, a los que acaba sobreponiéndose gracias a su esfuerzo personal y al amor divino.

Con todo, además de esta lectura alegórica, que quizás pueda considerarse la más adecuada y cuyos componentes destacamos en las anotaciones, el texto admite también una aproximación más directa y lineal, de tipo amoroso pastoril, en la tradición tan frecuente en Lope de Vega, y en otros poetas del Siglo de Oro, de la enamorada que echa de menos al amor ausente, como comprobamos en el hermoso romance gongorino “La más bella niña”.

El ritmo del poema es parecido al anterior, aunque en este caso alterna versos hexasílabos y pentasílabos, con idéntica rima asonante en los pares, presentados en secuencias mediante la agrupación de tres cuartetas.

Pastorcito del alma,
no me abandones;
que cercan mi camino
mil salteadores.

⁵³ W. Storck, ed., *Todas las poesías de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús*, op. cit., p. 8.

Esta selva⁵⁴ vecina
llena está de leones,
y sus fieros rugidos
estremecen los bosques.

¡Ay! qué difícil,
¡ay! qué intrincada
es esta senda toda,
Pastor⁵⁵ del alma.

Fatigada y rendida,
quiero sentarme,
pero temo traiciones
por todas partes.

Ay de mí, desdichada,
mísera pastorcilla,
que mi amante me deja
entregada a mí misma.

Sufro cuitada
mi cruda suerte,
y sólo gozo ¡ay triste!
sombras de muerte.

Ni aun la cumbre del monte⁵⁶
donde tú habitas,
las lágrimas me dejan
que yo perciba.

¿Me volveré a mi patria
y al olvidado suelo?

⁵⁴ La selva suele simbolizar la situación de desorientación, angustia y desasosiego en la que se encuentra el alma sumida en el pecado; los animales se pueden referir a las tentaciones a que se ve sometido el hombre en el camino de la vida.

⁵⁵ Aunque hemos regularizado el uso de las mayúsculas, de acuerdo con las tendencias actuales, en los comienzos de cada verso, mantenemos este término con mayúscula inicial para potenciar el simbolismo que advertimos, igual que sucede en otros conocidos poemas, como en el lopesco “Pastor, que con tus silbos amorosos / me despertaste del profundo sueño; / tú, que hiciste cayado de ese leño / en que tiendes los brazos poderosos”, LOPE DE VEGA CARPIO, *Rimas sacras*, Lisboa, Henrique Valente de Olivera, 1658, p. 14, grafía actualizada. Del interés de Arjona por el mundo pastoril, da fe, entre otros textos, un fragmento traducido por él mismo de *Il pastor Fido* (1590), de Gian Battista Guarini, p. 539; esta obra italiana había llamado la atención de los españoles desde el período áureo, *cfr.* ARCE, Ángeles, “Las primeras traducciones castellanas de *Il pastor Fido*: ¿uno o dos traductores distintos?”, *Cuadernos de Filología Italiana*, 6, 1999, pp. 141-154.

⁵⁶ Puede entenderse como una probable referencia al monte Gólgota, en cuya cumbre tiene lugar la muerte de Cristo y la redención del género humano.

Mas ni tú, amante, quieres,
ni yo puedo, ni quiero.
“Sigue constante⁵⁷,
triste pastora;
que en tan dichosa empresa
morir es gloria.
Y si el tigre te asalta,
si el oso fiero,
si el dragón⁵⁸ sanguinario,
no tengas miedo.
De tu amor en las alas
lograrás sublimarte,
y sus necios furores
despreciarás triunfante”.
¡Ay amor mío!
sin luz ni guía,
me bastarán las armas
de mi osadía (p. 527).

3

En contraposición al anterior, este poema presenta una emoción contenida y también expresiva en el tratamiento de la muerte de Cristo, aun cuando se inicie con exclamaciones gozosas porque el Salvador ha vencido al pecado y con el pecado a la muerte, consiguiendo de ese modo la redención del género humano.

El metro breve, al igual que en los poemas anteriores, da una sensación de ligereza a la materia tratada, en la que se apunta al final la ascensión del Hijo hacia el Padre, al mismo tiempo que el cuerpo se queda mudo y frío en el sepulcro.

⁵⁷ Estos doce versos nos sugieren la intervención de otro personaje, el Amado o el Pastor, por eso las hemos entrecomillado, y así estaríamos ante una serie de términos de aliento y de apoyo que Cristo dirige al alma. En caso contrario, y en otro nivel interpretativo, sería la misma pastora la que se autoconvence y se alienta a sí misma con sus propias palabras; la ambigüedad característica de los textos poéticos tiene aquí uno de sus ejemplos.

⁵⁸ El dragón es uno de los símbolos más habituales del demonio, como se aprecia, por ejemplo, en la historia de San Jorge y el dragón; menos frecuentes son las identificaciones del mal con el oso y el tigre.

A Jesús en el sepulcro

Himno

¡Oh serafines!
¡Oh coro excelso!
Cantad victorias
a Jesús muerto!

Goce mi amado
triunfos eternos,
pues destruido
deja el averno.

De amor herido
yace mi dueño,
y amor espira
cadáver muerto.

Venciste, ¡oh muerte!
por tu desgracia;
porque ese golpe
rompió tu espada.

Murió el pecado,
pues por tu causa
fue a la inocencia
la muerte dada.

Y murió ¡oh Padre!
ya tu venganza,
pues en el Justo
quedó saciada.

Junto a tu huesa,
Redentor mío,
súbito nacen
rosas y lirios.

¡Oh, qué halagüeño,
oh, qué benigno
tornas al Padre,
de gloria henchido!

Y en el sepulcro,
pálido y frío,
eres la vida
del cielo mismo (pp. 543-544).

Para algún crítico, este poema no está muy conseguido, y el autor hubiera necesitado limar más algunos elementos rítmicos y otros relacionados con la rima; es lo que indica Ángel Lasso de la Vega, en estos términos: “Esta canción es sin duda una de las primeras inspiraciones de Arjona, no corregidas más tarde; puesto que, a haberlo sido, no dejara su autor que se notasen tan próximos algunos asonantes y aun consonantes que producen mal efecto, así como las dos últimos versos agudos que tanto desdican en composiciones de su especie”⁵⁹.

Por lo demás, esta reconvención al pueblo hebreo trata un tema muy conocido en las letras hispánicas debido a la famosa poesía de fray Luis de León, con la que no resiste comparación alguna este poema de Arjona, aunque notamos incluso algunos ecos de la poesía luisiana (como el verso “goza tu almo reposo”, que reproduce casi literalmente otro muy conocido de la llamada “Oda a la vida retirada”⁶⁰), además de emplear una estrofa parecida a la del escritor del siglo XVI, que puede tomarse como variación de la lira, casi siempre musical y habitualmente correcta en nuestro poeta.

Al pueblo hebreo, en la Ascensión del Señor

Levanta hacia los cielos la doliente,
mas otro tiempo vista bienhadada,
¡oh reina del Oriente!
mira la esfera arder iluminada
al resplandor de majestad que espira
el rostro de tu Rey bañado en ira.

No ya triste Sión lágrimas vierte,
tu grandeza previendo derrocada,
sobre tu infausta suerte;
velo⁶¹ ceñir la gloria despojada,

⁵⁹ LASSO DE LA VEGA, Ángel, *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana de los siglos XVIII y XIX*, op. cit., pp. 49-50.

⁶⁰ “Roto casi el navío, / a vuestro almo reposo / huyo de aqueste mar tempestuoso”, FRAY LUIS DE LEÓN, *Obras propias y traducciones*, Valencia, José y Tomás de Orga, 1785, p. 2.

⁶¹ El verbo *ver*, en imperativo en este caso, según el contexto lingüístico, con el sentido de *míralo*, acompañado del pronombre personal enclítico, lo que es frecuente en otros lugares del texto poético que editamos.

y que triunfo sin fin es decretado
al que su vida pródigo te ha dado.

Ya una nube lumbrosa lo levanta,
y atónito el Olimpo a su hermosura.
eterno *hosanna* canta.
¡Ah! vuela ya, Señor, hacia tu altura,
y al pueblo ingrato a abandonar empieza,
indigno de tu vista y tu terneza.

Y en el seno del Padre glorioso,
de rayos inmortales coronado,
goza tú almo reposo,
ni más los ojos de divino agrado.
ojos que esparcen lumbre regalada,
vuelvas, amante, a tu infeliz morada.

Sufra el reo linaje, y de su pena
arrastre, infame, con mortal quebranto
la mísera cadena;
goce en herencia eterna inútil llanto,
y de tu vil suplicio lo atormente
vivo cual furia el crimen en su mente.

Partes en fin, te muestras Dios, y oprime
a tu ciudad, que la burló propicia,
tu majestad sublime;
y en tus ojos ardiendo la justicia,
desde el trono de nubes soberano
el rayo vibras en la airada mano⁶².

Lo vibras, y amenazas el gran día
que has de lanzarlo, de terror cercado,
a la caterva impía;
aplácalo, Sión, contra ti armado...
Mas ¡ay! que ya a tu vista se ocultó,
y tu esperanza desapareció (p. 514).

⁶² Nótese en este verso alguna contaminación de la figura mitológica de Júpiter tonante, que lleva los rayos en la mano, mezcla de cristianismo y paganismo, por otra parte frecuente, en la poesía del siglo XVIII, como se advierte también en la composición dedicada a la Purísima Concepción.

Poemas a la Virgen

5

Sobre este texto escribe Lasso de la Vega: “Quizás con el mismo fin antes expresado [el empleo de una majestuosa entonación, con una dicción pura y correcta en el lenguaje poético], hizo también nuestro ingenio su oda “A la Inmaculada Concepción”, en concurrencia con las de Blanco y Lista, como asunto predilecto de los vates que residían en una ciudad donde tan ferviente culto se ha rendido siempre a la Madre de Dios en misterio tan sublime: versificada con menos facilidad que la anterior [se está refiriendo a la canción dedicada “A la nati- vidad de Nuestra Señora”], se hallan en ella sobrados recuerdos mito- lógicos, que la privan un tanto del carácter conveniente y que deben ofrecer las obras de esta clase. Abundan en la misma, poéticas imáge- nes y levantados pensamientos”⁶³.

Sin embargo, se puede pensar que tanto los elementos culturales, especialmente romanos, que se advierten al principio de la oda, como los abundantes mitológicos dispersos a lo largo de la misma son un recurso retórico más y sirven para engrandecer el tema tratado, teniendo en cuenta que además es frecuente en los líricos dieciochescos esa mezcla literaria de paganismo y cristianismo. Con respecto al tema inmaculista tratado, hay que señalar además que es una frecuentísima advocación mariana (y también un tema literario)⁶⁴ especialmente querida por todos los españoles.

A la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora

Ya victoriosa la ciudad que un día
vio estremecer su imperio,
cuando en los tres hermanos Alba⁶⁵ fía

⁶³ LASSO DE LA VEGA, Ángel, *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana de los siglos XVIII y XIX*, op. cit., p. 49.

⁶⁴ Cfr., al respecto, CRUZ CASADO, Antonio, “La devoción a la Inmaculada Concepción en textos literarios españoles”, en AAVV., *Inmaculada. 150 aniversario de la proclamación del dogma*, Lucena, Agrupación de Cofradías, 2005, pp. 117-157.

⁶⁵ Referencia cultural latina alusiva al origen de Roma y a la lucha de los tres hermanos Horacios y los tres hermanos Curiaceos: el último de los Horacios mató a los

los lazos quebrantar del cautiverio,
por cuanto el mar rodea y Febo dora
feliz se ufana universal señora.

Desde el Indo abundoso hasta do Betis
ve desceñirse a Apolo
del manto ardiente, y correr de Tetis⁶⁶
las ninfas a templar, se oye sólo,
sólo resuena el eco de la Fama,
que eterna a Roma en su poder aclama.

El que el Danubio bebe, y el britano
vanamente aguerrido,
el ibero feroz y el mauritano,
que aún los manes agitan de su Dido⁶⁷,
en las cadenas del romano gime
y al dictador adora que lo oprime.

Hija ilustre de Venus y de Marte,
clama el orbe postrado,
vivas en siglos mil sin marchitarte
bárbaro esfuerzo de contrario hado,
y, émula del Olimpo, por tu asiento
trueque Jove tal vez su firmamento.

Así Roma su claro señorío
altiva difundía,
como más refulgente en el estío
brilla el autor del ardoroso día,
y el rey del cielo, en su feliz carrera,
ni mengua teme ni crecer espera.

Mas entre tanto, del supremo solio
el Padre omnipotente
miró el alto soberbio Capitolio,
de humo profano y fuego impuro ardiente;
mirólo, y en su ceño ya fulmina,
triste Roma, el decreto a tu ruína.

Que ante su augusta vista ya aparece
tu reino de grandezas

hermanos Curiaceos, de Alba Longa, de ahí la referencia a los tres hermanos Alba en el texto, para iniciar así la fundación de la ciudad de Roma.

⁶⁶ Conocido personaje marino de la mitología clásica, una de las Nereidas, hija de Nereo y de Doris; esta última aparece, por ejemplo, al final del *Polifemo* gongorino.

⁶⁷ Otra referencia cultural latina muy conocida: la reina Dido de Cartago, enamorada de Eneas, que finalmente se suicida ante el abandono del que es objeto por parte del fugitivo personaje, tal como se cuenta en la *Eneida*, de Virgilio.

leve nube que esmalta y enrique
Apolo⁶⁸ al tramontar de mil bellezas;
languidece en un punto, y vil juguete
es ya del Aquilón que la acomete.

Y: “No, dice el Eterno, no mi gloria
aún el humano entiende;
tú, alado coro, canta la victoria
a la alta empresa que mi brazo emprende;
canta, oh Querub y Serafín⁶⁹ flamante;
tiempo habrá que con vos el hombre cante”.

Dijo; y todo el empíreo se enmudece,
prosternado a su mando;
en su seno amoroso la luz crece,
y la va por los tronos⁷⁰ dilatando;
arde y brilla el amor, y el coro santo
en fin espera en delicioso espanto.

Cuando sobre los montes de Judea
la vista Dios inclina,
siente el Jordán su influjo, y se hermosea,
transformada en edén, la Palestina,
y aun cuando al barro derramó su aliento⁷¹,
no lo admiraba el ángel tan atento.

⁶⁸ Apolo en este caso se identifica con el sol, de ahí el verbo *tramontar*, igual que en Garcilaso: “si mirando las nubes coloradas / al tramontar del sol bordadas de oro”, *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera* (Sevilla, 1580), prólogo Antonio Gallego Morell, Madrid, CSIC, 1973, p. 404, ed. facsímil.

⁶⁹ Tanto Querub, o querubín, como Serafín, son designaciones genéricas de diversas órdenes de los espíritus puros que forman los diversos coros de la corte celestial, tan frecuentes en la literatura religiosa y profana.

⁷⁰ Otro orden de los espíritus angélicos. He aquí lo que escribe el padre Rivadeneira, al ocuparse del arcángel San Miguel, con relación a la organización de estos seres, según la proximidad al trono de Dios: “Y así hay nueve Coros de Ángeles, repartidos en tres jerarquías; en la suprema jerarquía (que es la que recibe inmediatamente los resplandores e ilustraciones de Dios) hay tres órdenes, Serafines, Querubines y Tronos. Los Serafines exceden a los demás en el fervor de la caridad, y los Querubines en la plenitud de ciencia; los Tronos, en ver en Dios y con más perfección la razón de sus divinas obras. En la segunda jerarquía hay tres coros, Dominaciones, Virtudes y Potestades. En la tercera, Principados, Arcángeles y Ángeles, porque aunque este nombre sea común a todos aquellos espíritus bienaventurados, especialmente se atribuye al coro ínfimo de todos los nueve”, RIVADENEIRA, Pedro de, *Flos Sanctorum*, Madrid, Imprenta de Agustín Fernández, 1716, Quinta parte, p.180, grafía actualizada.

⁷¹ Es decir, cuando crea al hombre, insuflando su aliento en el barro del que fue formado.

Maravilla mayor su excelsa diestra
en orden nuevo traza
de su inmenso poder inmensa muestra,
en que portentos mil y mil abrasa;
de David una hija el templo ha sido⁷²
que para sus prodigios ha escogido.

Mas ya del seno divinal desprende
y al seno de Ana⁷³ envía
la alma fulgente que al pasar enciende
la turba celestial que la atendía;
los ángeles la ven, si verla pueden,
y, velando sus faces, retroceden.

Tal el rayo del sol sobre Anfitrite⁷⁴
gallardo reverbera,
y ardiente el golfo con la luz compite
de la frente de luces placentera:
“Cielo y tierra, miradla; ya es María;
ya hay de Dios temporal sabiduría”.

Mas al salir de su inflamado pecho,
quedó al cielo patente,
y el eternal arcano ya deshecho
que en algún tiempo vio la humana gente.
Velo ya el serafín, y se recrea
de contemplarlo en la infinita idea.

Ve que el Autor a cuya voz el mundo
pareció de repente,
hora el misterio de su amor profundo
descubrirá por ella, descendiente
del padre de la fe, que Dios bendijo,
porque esperó progeñe, aun muerto el hijo.

Velo humillado, velo sacrificio
del general pecado,
y la infausta divisa del suplicio,
sobre el mortal orgullo derrocado,
erigirse triunfante, y que abatida
Roma sola se precia de vencida.

Así en los siglos triunfará amoroso
el que la carne pura
vistió de esta doncella, en el dichoso
número que arrebató su hermosura,

⁷² Perífrasis alusiva a la Virgen María.

⁷³ Referencia a Santa Ana, la madre de la Virgen.

⁷⁴ Importante divinidad marina, esposa de Poseidón.

y desprecia con ceño la vileza
del arabio metal y su grandeza.

Hasta que al fin del tiempo, desplomado,
el orbe se arrüine,
tornando al caos, de do fue formado,
y, mal su grado, la impía turba incline
el cuello enhiesto, y en su angustia pruebe
que su dicha fió del viento leve (pp. 509-510).

6

Esta oda puede considerarse una de las composiciones de más aliente poético, en el ámbito de los poemas religiosos, de las que escribiera Arjona, como se pone de manifiesto en los versos del comienzo, de tal manera que la invocación a la musa, que en los textos clásicos se inserta para pedir fuerzas con las que cantar el tema propuesto, sobre todo en los grandes poemas épicos de la antigüedad, aquí aparece transformado en religioso cristiano, vertido a lo divino, pudiera decirse, de tal manera que el yo lírico pide especial aliento al cielo, en especial a la Virgen. Y así lo hace constar en las estrofas que siguen, aludiendo a María con la perífrasis la que “ciñe de estrellas inmortal corona”. El resultado de todo ello es que la antigua épica pagana se ha transformado en una forma épica cristiana.

Los escasos críticos que se han ocupado del poema han expresado sobre él valoraciones positivas, como hace Lasso de la Vega: “Arjona se inspiró en la poesía sagrada, género que era natural prefiriesen los primeros académicos de la de *letras humanas*, todos ellos consagrados al sacerdocio. Dedicóse a un asunto también tratado por Lista, acaso en una misma ocasión, cuando en sus justas poéticas competían en ingenio gallarda y discretamente. Nos referimos a su canción dedicada *A la Natividad de Nuestra Señora*”⁷⁵.

A la Natividad de Nuestra Señora

Si alguna vez del cielo
mi espíritu encendió llama sagrada,
y giró en presto vuelo

⁷⁵ LASSO DE LA VEGA, Ángel, *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana de los siglos XVIII y XIX*, op. cit., p. 48.

mi mente sobre el viento arrebatada⁷⁶,
hoy aliento más pío
baña en celeste ardor el pecho mío.

No tu numen imploro,
moradora profana de Helicon⁷⁷,
la que en celeste coro
ciñe de estrellas inmortal corona,
amorosa ya inspira
divino fuego á mi templada lira.

Por la anchurosa tierra
el eco vuela de mi alegre canto
a quien vence sin guerra,
y al orco⁷⁸ lanza el congojoso llanto.
Del ocaso al oriente
su triunfo aplauda la cautiva gente.

Ved, mortales, la aurora
de ventura y salud, que sin mancilla
nace ya, precursora
del sol divino: como al Indo brilla
tierna luz, centellea
en las floridas cumbres de Judea.

Cual mísero piloto
que, cercado de horror, en noche oscura
al ímpetu del Noto
juzgó su vida y nave mal segura,
con gozo repentino
ve quieto el mar y el cielo cristalino,
tal os nace gloriosa
la que el excelso formador del cielo
escogió por esposa
cuando bordaba el estrellado velo,
y en eterna armonía

⁷⁶ He aquí lo que escribe Góngora, con una significación parecida, al comienzo del *Panegírico al Duque de Lerma*: “Si arrebatado merecí algún día / tu dictamen, Euterpe, soberano”, GÓNGORA, Luis de, *Obras completas. Poemas de autoría segura. Poemas de autenticidad probable*, ed. Antonio Carreira, Madrid, Biblioteca Castro, 2000, tomo I, p. 479. Sobre esta obra gongorina, cfr. CRUZ CASADO, Antonio, “El *Panegírico al Duque de Lerma* (c. 1617), de don Luis de Góngora: texto y contexto”, *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Paris, julio de 2007), ed. Pierre Civil y Françoise Cremoux, Madrid, Iberoamericana, 2010, pp. 156-163 (del vol. *Literatura áurea*).

⁷⁷ La fuente clásica de la mitología donde se encontraban las musas.

⁷⁸ Designación del infierno.

la fábrica del orbe disponía.

Cuando al sol adornaba
los vivíficos rayos, y el lindero
su diestra señalaba
a las hinchadas olas del mar fiero,
ya su présaga mente
en ella se gozaba dulcemente.

Por su reina la aclaman.
formándole diadema, las estrellas,
y de su luz se inflaman,
despidiendo de amor blandas centellas;
raudales de contento
inundan el lumbroso firmamento;

y dimanando al mundo
grato destello del celeste gozo,
yace en placer profundo
el mortal, soñoliento de alborozo,
que en gozar embebido,
de sí mismo reposa en el olvido.

Tal plácido arroyuelo
se desliza entre cándidas arenas,
dando frescor al suelo;
y con luces que al sol copia serenas,
brilla graciosamente
el oro en su pacífica corriente.

Sus furores mitiga
el alterado golfo, y su riqueza
largamente prodiga
con más fecundidad naturaleza,
y manan los collados,
en arroyos de néctar desatados.

Ríe el prado, y de flores
súbito en bella pompa se enriquece;
a sus tiernos olores
el aura en dulces besos se enardece,
y muestran a porfía
cielos, mares y tierra su alegría.

Sólo el rey del averno
serpentea con hórridos bramidos;
que del dolor eterno
rotos ve ya los vínculos temidos,
y al fuerte impulso abiertas
de horrendo bronce las inmensas puertas.

Y más, al mirar, gime,

patente ya la célica morada,
y que airado no esgrime
el serafín flamígero la espada;
que nuevo edén de vida
a delicias sin término convida.

Mas ¿dónde, lira mía,
dónde tu dulce admiración te lleva?
Deja ya la osadía,
que a extraña de un mortal región te eleva,
y en humilde reposo
de amor goza el silencio deleitoso (pp. 506-507).

7

Este himno a la Virgen es, al mismo tiempo, una exaltación de Cristo por haberla creado para reina del cielo, tal como se indica en el comienzo. El resto del poema está formado por una serie de elogios marianos que se organizan como una especie de letanía, de delicados piropos virgíneos, de tal manera que pudiera el autor haber hecho más larga la serie o, al contrario, haberla reducido.

Percibimos en este poema algún eco sanjuanista (“su lecho florido”⁷⁹), en tanto que las referencias a las mujeres fuertes de la Biblia, que prefiguraron la venida de la Virgen, son un elogio característico de la literatura mariana. El poema se resuelve al final con una imetración a la Virgen para que ayude a los pecadores a ganar el cielo.

A la Santísima Virgen

Himno

Ensalcemos al Rey que glorioso
de la muerte rompió las cadenas,
y cantemos, divina María,
al que os hizo del cielo la reina.
Él os hizo su madre amorosa,
su morada regia,
su esposa escogida,
su amiga perfecta,

⁷⁹ “En mi pecho florido, / que entero para él solo se guardaba”, W. Storck, ed., *Todas las poesías de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús*, op. cit., p. 43; aunque se trata de un término distinto, nótese la homofonía casi completa entre *lecho* y *pecho*.

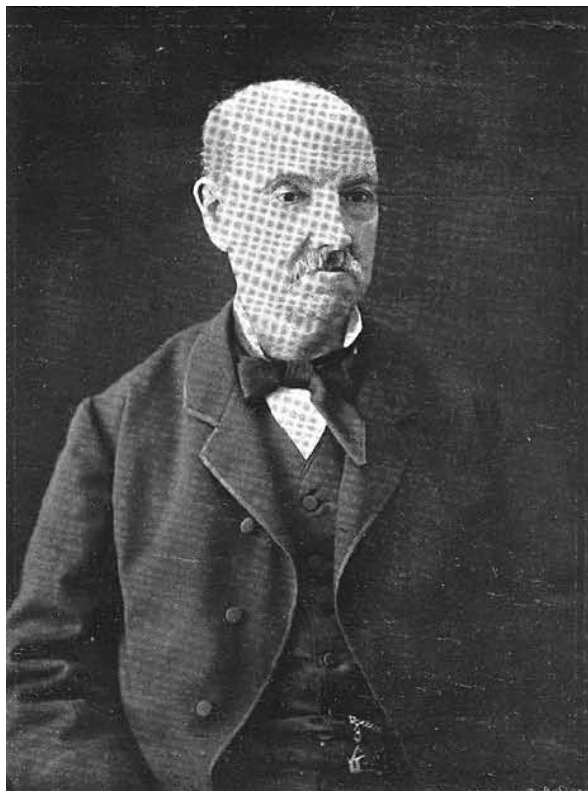
su lecho florido,
de su gloria muestra,
su eterno recreo,
toda la belleza.

Él os hizo su luna graciosa,
del Norte la estrella,
su huerto cerrado,
su blanca azucena;
refugio de tristes,
gloria de la tierra,
fuente de la gracia,
mar de la pureza.

Él os hizo su torre murada,
su Judit guerrera,
su Débora invicta,
su Esther predilecta,
su dulce paloma,
vaso de la ciencia,
mansión de la vida,
alma de su Iglesia.

¡Oh María! la vista amorosa
a este valle volved de miserias⁸⁰,
y alcanzad de Jesús a su grey
puro amor que la vida fenezca.
Por tu ruego a la patria subamos,
y los coros angélicos vean
por ti llenas las sillas dichosas
que vacías dejó la soberbia (p. 544).

⁸⁰ Recuerdo de la Salve: “en este valle de lágrimas”. La rima asonante con los términos pares de este poema (fenezca, vean, soberbia) no parece especialmente conseguida, por lo que pensamos que el poeta no pudo dar la última amorosa mano a ésta y a otras composiciones suyas.



Retrato de don Francisco de Borja Pavón publicado en la revista
La Ilustración Española y Americana.

**FRANCISCO DE BORJA PAVÓN Y LÓPEZ,
“PATRIARCA DE LAS LETRAS CORDOBESAS”
(1814-1904)**

por

JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO
Académico Numerario

El panorama cultural del siglo XIX en Córdoba está lleno de nombres que participan en la vida cordobesa a través sobre todo de sus escritos en los medios de prensa, especialmente del *Diario de Córdoba* a partir de su fundación a mediados de la centuria. La mayoría de ellos –como dice A. Jaén Morente– se caracterizan por su individualismo y su falta de método, ya que en una gran parte son exseminaristas y autodidactas y a su talento nativo no acompañan los instrumentos técnicos adecuados¹. Sin embargo, dentro de ellos existen algunos nombres que sí contribuyeron al florecimiento de los estudios en la Córdoba decimonónica.

Uno de estos nombres, testigo de los acontecimientos por los que atraviesa la ciudad a lo largo del siglo XIX y que llena toda una época de la cultura en Córdoba, fue sin lugar a dudas Francisco de Borja Pavón y López, cuyo fallecimiento fue recogido con cierta tristeza en las páginas de la prestigiosa revista semanal madrileña *La Ilustración Española y Americana*. Efectivamente, el 8 de octubre de 1904 aparecía la siguiente reseña sobre este luctuoso suceso, acompañada de un retrato del finado:

A la tristísima lista de personas notables que en este pasado mes nos ha arrebatado la muerte, tenemos hoy la pena de añadir un ilustre nombre, el del sabio cronista de Córdoba D. Francisco de Borja Pavón, cuyo retrato publicamos en esta misma página. Por su edad, por sus numerosos y profundos estudios históricos y trabajos literarios y críticos, así como por su protección siempre afectuosa a los escritores jóvenes, se le llamó con gran justicia el Patriarca de las letras cordobesas².

¹ JAÉN MORENTE, A., *Historia de la ciudad de Córdoba*, Córdoba, 1976 (5ª ed.), p. 220.

² *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, año 48, num. 37, p. 195 (8 de octubre de 1904).

Es precisamente este título, “patriarca de las letras cordobesas”, el que hemos escogido para de alguna manera testificar la importancia que tuvo en el panorama cultural cordobés la figura de Francisco de Borja Pavón, que llenó toda una época en la historia de Córdoba y que, incomprensiblemente, no fue del todo conocido en el siglo XX. Su nombre, incluso, fue de alguna manera conocido erróneamente por la mayoría de la población cordobesa, como veremos más adelante.

Unos años después, en 1911, Ricardo de Montis, en sus *Notas cordobesas (recuerdos del pasado)* escribía: “No habrá cordobés, medianamente ilustrado, que no haya conocido a don Francisco de Borja Pavón, ni persona de clase popular que no conozca la botica de San Antonio”³.

En el centenario de su muerte, el cronista Salcedo Hierro se refería a él como “patriarca de nuestras letras, recolector de conocimientos, promotor de sabiduría”, “hombre extremadamente bondadoso” y “ejemplar cronista de la ciudad”. Sin embargo, añadía, “la gran figura humanística de Francisco de Borja Pavón y cuanto representan sus estudios para el conocimiento histórico del siglo XIX cordobés no están lo suficientemente analizados”⁴.

La Real Academia de Córdoba, a la que perteneció desde mediados del siglo XIX como académico numerario, ocupando igualmente los cargos de censor, secretario y director de la misma, lo tiene considerado como uno de sus más destacados miembros a lo largo de su algo más de doscientos años de historia. Por ello ha querido que su nombre sea dado a una de sus nuevas colecciones de libros, que estará dedicada a honrar y dar a conocer la vida y obra de los más representativos académicos que ha tenido esta institución cordobesa.

En este sentido, Francisco de Borja Pavón merece por méritos propios ser uno de los primeros académicos que formen parte de este primer volumen dedicado al recuerdo de nuestros compañeros, si bien la tarea para ello es ardua y requiere especial atención, ya que –como dijo otro de nuestros académicos ya mencionados, Miguel Salcedo Hierro– “no legó sus saberes a través de sus libros, sino ampliamente diseminados en revistas y periódicos de muy difícil localización y, por otra parte, de complicada ordenación”⁵.

³ MONTIS ROMERO, R. de, *Notas cordobesas (recuerdos del pasado)*, Córdoba, 1989 (edición facsímil, 1ª ed. 1911), I, p. 245.

⁴ SALCEDO HIERRO, M., “Borja Pavón”, diario *Córdoba* (10 de enero de 2004).

⁵ *Ibid.*

Ese será el objetivo que me propongo alcanzar con este trabajo, si bien soy consciente de que estas páginas tan solo serán una aproximación a la vida y obra de este prolífico académico, magnífico cronista e ilustre humanista, aunque farmacéutico de profesión, conocido popularmente por los cordobeses como Borja Pavón, si bien su nombre es Francisco de Borja Pavón y López. A tan egregia figura de Córdoba le dedicamos el presente estudio, que hemos dividido en tres apartados. En el primero, analizamos la trayectoria histórica de la ciudad de Córdoba en el siglo XIX, época en la que vive y desarrolla su labor cultural nuestro académico. En el segundo, hacemos un retrato biografiado del mismo, desde su nacimiento hasta su muerte, analizando las distintas facetas de su vida profesional y cultural. Por último, el tercero, lo dedicamos a conocer lo que piensan de él sus contemporáneos, lo que quizás nos ayuda más a conocer realmente la figura de este insigne cordobés. La bibliografía que hemos utilizado para cada uno de los apartados se encuentra reseñada en las correspondientes notas de este trabajo.

I. La Córdoba de Francisco de Borja Pavón y López

Las fechas de nacimiento (1814) y muerte (1904) de Francisco de Baroja Pavón y López lo convierten en protagonista vivencial de los hechos acaecidos en la Córdoba decimonónica, así como en testigo principal de la evolución de la ciudad a lo largo de esta centuria. Sus noventa años le permiten conocer una etapa de la historia de Córdoba, cuya imagen ha sido transmitida por la literatura de los viajeros de los siglos XVIII y XIX y que encuentra –como señala López Ontiveros– en *La feria de los discretos* de Pío Baroja la culminación de aquella literatura viajera⁶.

El inicio del siglo XIX con la llegada de los franceses y la guerra de la independencia fue un revulsivo –desde un punto de vista innovador– para una ciudad tranquila, anclada en su pasado glorioso. Sin embargo, una vez finalizado este breve periodo, con más sombras que luces para la ciudad, ésta pasaría del entusiasmo depositado en el restablecimiento del absolutismo a vivir uno de los momentos más penosos de su historia, donde el hambre y la penuria estaban presentes en la mayoría de las casas de los cordobeses. A partir de las Cortes de

⁶ LÓPEZ ONTIVEROS, A., *Córdoba en “La feria de los discretos” de Pío Baroja*, Córdoba, 2001, p. 17.

Cádiz de 1812, al igual que ocurre en todo el país, los cordobeses se dividen desde un punto de vista ideológico en absolutistas y liberales, comenzando sus enfrentamientos y luchas a mano armada que se extenderán a lo largo del siglo XIX.

El triste panorama socioeconómico no mejoró con el Trienio Liberal (1820-1823), cuando surgió la primera tertulia patriótica frecuentada por algunos sacerdotes y se llevó a cabo la primera exclaustación de conventos que tuviesen menos de veinte religiosos, ni con la vuelta al absolutismo de Fernando VII, a pesar del apego de la ciudad a la monarquía tradicional. Es precisamente durante estos años monótonos y aburridos cuando transcurre la infancia y adolescencia de nuestro personaje biografiado, que nace en una casa de ambiente liberal –como veremos a continuación– con cierta preocupación cultural, inexistente para la mayor parte de la ciudad, en la que la Iglesia intentaba recuperar su influjo popular de épocas pasadas⁷.

A estos diez años (1823-1833), época conocida por algunos historiadores como década ominosa y que representa la segunda restauración del absolutismo de Fernando VII, es a la que hace referencia Francisco de Borja Pavón en sus dos artículos que bajo el título genérico de “Córdoba en 1823. La reacción y el decenio (apuntes y recuerdos)” fueron leídos el 18 y 26 de agosto de 1871 en la Academia de Córdoba y publicados en la prensa. Aunque fueron escritos casi cincuenta años después de los hechos narrados, en ellos describe lo acaecido en nuestra ciudad y provincia a partir de la vuelta al poder de los absolutistas. En la redacción de los mismos, basados en los apuntes que conservaba en sus manuscritos, se percibe su ideología –mucho más cercana al liberalismo que al absolutismo–, pues no podemos olvidar que él sería testigo de primera línea de los desmanes cometidos por los absolutistas contra los liberales durante dicha década. En este sentido cabe recordar –como veremos más adelante– que su padre y el círculo de amigos de su familia fueron todos defensores de esta ideología política durante el Trienio Liberal. Igualmente se muestra alejado de todo tipo de excesos populares tanto por un lado como por otro, ya que cuando escribe este artículo es en pleno Sexenio Revolucionario, habiendo tenido lugar la revolución de la Gloriosa. Sin embargo,

⁷ Vid. sobre estas primeras décadas del siglo XIX AGUILAR GAVILÁN, E., *Historia de Córdoba*, Córdoba, 1995, pp. 85-90.

en su opinión los desmanes ocurridos después del trienio fueron más graves que los que en aquel momento se estaban dando en el Sexenio⁸.

La muerte de Fernando VII en 1833 coincidió con la llegada de Francisco de Borja Pavón a Madrid para comenzar sus estudios superiores de Farmacia. En los siguientes años, durante los cuales María Cristina de Borbón asume las funciones correspondientes a la Corona durante la minoría de edad de Isabel II, hija de Fernando VII, es testigo en la propia capital del reino del enfrentamiento político de absolutistas y liberales y del triunfo de estos últimos, en cuyas manos se puso la regente para que la causa de Isabel II triunfara sobre los partidarios del hermano del rey fallecido, Carlos María Isidro, que no aceptaban la Pragmática de 1789, hecha pública por Fernando VII antes de morir y que permitía reinar a las mujeres.

Durante los años convulsos desde un punto de vista político de 1833 a 1837, que pusieron fin a la monarquía absoluta en beneficio del régimen liberal, Pavón y López no sólo finalizó sus estudios de Farmacia, sino que entró en contacto con los círculos intelectuales y culturales llamados a tener un papel importante en la nueva sociedad que se comenzaría a gestar en España bajo la ideología liberal. Son los años en que María Cristina de Borbón-Dos Sicilias tiene que hacer concesiones a los liberales para que apoyen la causa de Isabel II, lo que desembocaría en la revolución liberal de 1835-1837. A partir de este año, cuando regresa a Córdoba recién terminados sus estudios de Farmacia, los liberales progresistas –tras el trienio moderado y el triunfo del “bando cristino” en la guerra carlista– encabezarán la revolución de 1840 que obligará a María Cristina a marcharse al exilio, asumiendo la regencia el general Espartero.

La Córdoba que encuentra Francisco de Borja Pavón cuando vuelve en 1837, al año siguiente de la entrada de los carlistas en la ciudad en septiembre de 1836 y de la segunda exclaustación de conventos, es una urbe aferrada al pasado, donde los cambios socioeconómicos tardarían más tiempo en producirse que en el resto del país. Son precisamente los hechos acaecidos en Córdoba y provincia en los tres últimos meses de 1836 con motivo de la guerra civil entre carlistas, que al frente del general Gómez controlaron la ciudad durante varias sema-

⁸ Dichos artículos fueron publicados en dos partes en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba* –en adelante *BRAC*– con posterioridad a su fallecimiento (F. de B. PAVÓN y LÓPEZ, “Córdoba en 1823. La reacción y el decenio (apuntes y recuerdos)”, *BRAC*, num. 23 y 24 (1928), pp. 169-198 y 275-299 respectivamente).

nas, y los realistas que devolvieron la ciudad al control de la causa isabelina, lo que constituye el objeto de análisis en sus artículos publicados en prensa a partir del 29 de septiembre de 1895, bajo el título genérico de “Córdoba en 1836. Apuntes y recuerdos”. Posteriormente –una vez fallecido– fueron publicados en el Boletín de la Real Academia⁹. Los desmanes ocurridos, con los que Pavón está totalmente en desacuerdo, le hace reflexionar al final de su discurso señalando que “tal cúmulo de males y amarguras, sugiérenos nuevos argumentos para detestar las guerras civiles: esas lides fraternales y horrendas, en que la ley se subyuga a la iniquidad: *jus datum sceleri*, al decir de Luciano, nuestro inmortal compatriota”¹⁰.

La nueva ideología política no logró alterar de inmediato la realidad social –anclada en el tradicionalismo–, lo que llevaría a España a un ritmo de modernización más lento que en otros países más dinámicos en su estructura social y económica. Córdoba, como capital de su provincia desde 1833 en la nueva estructura político-administrativa del estado liberal, participaría con mayor o menor protagonismo en los vaivenes políticos de la España isabelina durante los distintos períodos de las regencias de María Cristina (1833-1840) y de Espartero (1840-1843). Entre 1843 y 1868, como señala Jaén Morente, hay una época de paz política, en la que no ocurren grandes cosas¹¹, pero en la que Córdoba –que recibe la visita de la reina Isabel II en 1862– se presenta como una ciudad muy atrasada.

La instauración del régimen liberal, aunque pudo traer mejoras para Córdoba, no se concretaron en medida alguna por la carencia de iniciativas para aprovechar las oportunidades ofrecidas por los diversos acontecimientos políticos y económicos que se sucedieron en la España decimonónica (desamortizaciones de 1836 y 1855, sobre todo). Desde un punto de vista demográfico, el dato más característico es su escaso dinamismo, ya que en las primeras décadas del siglo XIX se pierde la tendencia alcista de la centuria anterior, si bien en la segunda mitad del mismo hay cierta evolución positiva debido a la inmigración provincial procedente de la Sierra y la Campiña. Por lo que respecta a la vida económica de la ciudad, esta –al igual que la demografía– se mantuvo estancada, ocupando el sector primario casi el 50 por ciento

⁹ *Ibid.*, “Córdoba en 1836. Apuntes y recuerdos”, nums. 26 y 27 (1930), pp. 5-27 y 133-152 respectivamente.

¹⁰ *Ibid.*, num. 57, p. 152.

¹¹ JAÉN MORENTE, A., *op. cit.*, p. 141.

de la población activa, mientras que el secundario –de composición artesanal principalmente (construcción, piel y madera) y mínimas industrias– abarcaba una cuarta parte de aquella, siendo mínimo el de servicios, lo que evidenciaba unas estructuras propias todavía del Antiguo Régimen. La primera etapa del reinado isabelino, tan dinámica en otras zonas del país, fue inexistente en la evolución de la ciudad, ya que faltaron ideas, inversiones y personas para llevar a cabo empresas capitalistas innovadoras, salvo alguna excepción (fábrica de sombreros de Sánchez Peña en 1846, el banquero Pedro López o la casa Carbonell en 1866, entre otras)¹².

A pesar del estancamiento de la economía, las reformas liberales dieron lugar a la aparición de nuevas situaciones desde el punto de vista social, que no alteraron la composición de las clases populares, pero dieron lugar a ciertas transformaciones de las dirigentes. Así ocurrió con los procesos desamortizadores de Mendizábal (1836) y Madoz (1855) y las posteriores acumulaciones de tierras, que beneficiaron como siempre a los poderosos, entre ellos la nobleza local, los miembros de la Administración, los colonos y arrendatarios de la Campiña, comerciantes, banqueros y profesiones libres, que se convirtieron en una nueva oligarquía dispuesta al control de la ciudad. Consecuencia de todo ello fue el mantenimiento de los desequilibrios socio-económicos, causantes del empobrecimiento de una gran parte de la sociedad cordobesa, lo que dio lugar a una estratificación de la misma. Al frente de ella la nobleza, inferior en número a la del siglo XVIII, pero ocupando puestos de privilegio político basados en la posesión de su patrimonio, al cual no le daban ningún tipo de funcionalidad o inversión. A continuación una clase burguesa débil, dentro de la cual la agraria era la que estaba en continuo ascenso, gracias a las adquisiciones de los bienes desamortizados, pero que tampoco se convirtieron en motor de cambios al mantener un modo de vida rural y no urbano. Por su parte, la burguesía profesional y la mercantil tenían un papel muy discreto dentro de la sociedad cordobesa. Por último, las clases populares vivían en total precariedad, a la que no podían poner coto ni el municipio ni la Iglesia con su función asistencial, lo que daría lugar a la existencia de un importante número de marginados¹³.

¹² Vid. al respecto CUENCA TORIBIO, J. M., *Historia de Córdoba*, Córdoba, 2002 (1ª edición: 1992), pp. 120-131.

¹³ *Ibid.*, pp. 131-139.

La revolución de septiembre de 1868, conocida como “La Gloriosa”, abrió nuevas expectativas para aquellos sectores de la sociedad española que veían a Isabel II como el obstáculo principal para la modernización y desarrollo de España. Sin embargo, la situación social en Córdoba no cambiaría debido a una grave crisis económica y a la actuación de bandoleros y delincuentes, ni siquiera transcurrido el llamado Sexenio Revolucionario, durante el cual la ciudad –al igual que el resto del país– se vio inmersa en una serie de tensiones y conflictos derivados de las nuevas fuerzas políticas, donde la nota más importante para nuestra ciudad –como señala el profesor Aguilar Gavilán– fue la expansión del republicanismo en su versión federal¹⁴.

La restauración de la monarquía en la persona de Alfonso XII tan sólo sería acogida con entusiasmo por las clases acomodadas cordobesas, que esperaban cierta tranquilidad y estabilidad político-social. La entrada en vigor del sistema canovista con el bipartidismo político, en el que la figura del cacique garantizaba el turno de los partidos, dio lugar a la aparición de una serie de políticos en la vida de la ciudad de Córdoba, que actuaban –siguiendo los cánones del clientelismo– a las órdenes de sus jefes de Madrid para garantizar la estabilidad del régimen en los últimos años de la centuria decimonónica¹⁵.

Pero si estos fueron el reflejo en Córdoba de los avatares de la política a nivel nacional, la imagen que ofrecía la ciudad a los viajeros que llegaban a ella en el siglo XIX era –aparte de su fisonomía oriental– de una gran decadencia, coincidiendo –como señala López Ontiveros– con la imagen ilustrada y romántica de la misma¹⁶. Sus causas, sigue señalando el citado profesor, se pueden sintetizar en que Córdoba no había sabido adaptarse a los cambios que imponía el momento actual, que sus gentes rechazan el trabajo productivo y las innovaciones propias del progreso, refugiándose en los trabajos tradicionales y que tenían poco apego al trabajo¹⁷. Pero la ciudad de Córdoba no permanecerá totalmente inmóvil y, aunque lentamente, se abrirá a partir de la segunda mitad del siglo XIX a nuevos modelos de organización espacial y de servicios propios de un urbanismo burgués (creación de zo-

¹⁴ AGUILAR GAVILÁN, E., *op. cit.*, p. 95.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 96-97. *Vid.* igualmente sobre política y orden público CUENCA TORIBIO, J. M., *op. cit.*, pp. 164-169.

¹⁶ LÓPEZ ONTIVEROS, A., *La imagen geográfica de Córdoba en la literatura viajera*, Córdoba, 1991, p. 111.

¹⁷ *Ibid.*, Córdoba en “La feria de los discretos”..., p. 33.

nas de esparcimiento y recreo a costa de los terrenos liberados en las desamortizaciones, apertura de plazas y calles, cambios en la funcionalidad de los inmuebles, destrucción de murallas y puertas para el tráfico rodado y creación de nuevos espacios para viviendas y negocios burgueses, apertura de nuevas rondas y paseos, mejora de infraestructura y servicios públicos, etc.)¹⁸.

La larga vida de Francisco de Borja Pavón y López le permite ser testigo, no solo de los acontecimientos político-sociales en que se encuentra inmersa la ciudad a lo largo del siglo XIX, sino también del inicio de la transformación urbanística de la misma en comparación con la primera mitad de la centuria decimonónica. Igualmente puede observar como la ciudad de Córdoba va adquiriendo un nuevo rol y una funcionalidad distinta a la de la época absolutista, al convertirse en la rectora de una provincia –el antiguo reino de Córdoba– con unas comarcas muy definidas desde el punto de vista geográfico y de gran personalidad histórica. Córdoba refuerza –como señala Cuenca Toribio– su carácter de centralidad respecto a su territorio y su condición de capital de provincia en una España burguesa, lo que la convertirá en una ciudad de tipo medio, semejante en su vida política a otras urbes con este mismo carácter, pero con una sociedad donde todo estaba bajo el control de una importante y poderosa clase terrateniente, con cuadros burocráticos y profesionales adecuados, y con una clase popular cada vez más proletarizada. Sin embargo, estaba –como señala el profesor anteriormente citado– desprovista de una prensa importante y de unos centros académicos y culturales con proyección fuera de la propia ciudad, siendo la política el factor básico de sus cambios y transformaciones ideológicas¹⁹.

Pero la imagen de la ciudad no estaría completa sin conocer su vida cotidiana, donde la cultura ocupa un espacio vital. En este sentido ca-

¹⁸ Vid. sobre ello, entre otros estudios, los de MARTÍN LÓPEZ, C., *Córdoba en el siglo XIX. Modernización de una trama histórica*, Córdoba, 1990; GARCÍA VERDUGO, F., *Córdoba, burguesía y urbanismo. Producción y propiedad del suelo urbano: el sector del Gran Capitán, 1859-1936*, Córdoba, 1992, y "La formación de la ciudad contemporánea. El desarrollo urbanístico cordobés en los siglos XIX y XX", *Córdoba en la Historia: la construcción de la urbe*, Córdoba, 1999, pp. 373-406; GARCÍA VERDUGO, F. y MARTÍN LÓPEZ, C., *Cartografía y fotografía de un siglo de urbanismo en Córdoba (1851-1958)*, Córdoba, 1994; y ESCOBAR CAMACHO, J. M., "El casco histórico de Córdoba en el siglo XIX", *Córdoba contemporánea. Historia, espacio urbano y economía*, Córdoba, 2009, pp. 53-85.

¹⁹ Vid. sobre estos temas CUENCA TORIBIO, J. M., *op. cit.*, pp.151-169.

be señalar que, a pesar de las diferencias y tensiones propias de una sociedad tan fuertemente estratificada, lo lúdico y festivo también estuvo presente, surgiendo a lo largo de la centuria casinos, sociedades culturales y centros profesionales y artesanos, cafés, teatros, etc.²⁰. Por lo que respecta a la cultura –ámbito en que se desenvuelve Pavón– solamente es reseñable la labor desempeñada por la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, nacida durante la invasión francesa de la mano del canónigo afrancesado Manuel María de Arjona y a la que pertenecerá desde muy pronto nuestro biografiado, en esos años oscuros y agitados del absolutismo y de las Regencias. A mediados de centuria surgirán otras instituciones más representativas del carácter burgués, pero que prestarán servicios importantes al desarrollo cultural de la ciudad, como fueron el Liceo Artístico y Literario y el Círculo de la Amistad, que acabarán fusionándose y convirtiéndose en el centro de la cultura elitista de Córdoba; el Ateneo Científico y Literario del Casino Industrial, Agrícola y Comercial y –algo más avanzada la centuria– el Centro Filarmónico Cordobés o La Amistad Cordobesa, entre otras. Expresión de esa cultura burguesa será la prensa y las revistas, que proliferaron en las distintas etapas políticas de la centuria, mientras que los Juegos Florales, celebrados en la ciudad por iniciativa del Conde de Torres-Cabrera desde 1859, fueron una vía para cantar las glorias de la misma²¹.

En cuanto a las figuras destacables de la cultura cordobesa del siglo XIX, aparte de los que se dedicaron exclusivamente a la historia, al arte o a la poesía, la última gran figura literaria que tuvo Córdoba fue D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas. Después de él –como señala A. Jaén Morente– son pocos los escritores que han dejado su huella en esta centuria. Según este autor, exceptuando al P. José Muñoz Capilla en el intervalo del XVIII al XIX, solamente dos figuras pueden destacarse después del Duque de Rivas: José María Rey Heredia y Francisco de Borja Pavón. Este, en su opinión, es el último clásico cordobés al estar su educación fuertemente cimentada en el estudio de los poetas latinos, dominándole siempre su afán por Córdoba y por su cultura²².

²⁰ Vid. sobre la vida cotidiana AGUILAR GAVILÁN, E., *op. cit.*, pp. 101-102.

²¹ Sobre este tema *vid.* CUENCA TORIBIO, J. M., *op. cit.*, pp. 170-178.

²² JAÉN MORENTE, A., *op. cit.*, pp. 211-214.

II. Retrato biografiado de Francisco de Borja Pavón y López

Esta es, a grandes rasgos, la Córdoba en la que nace, vive y participa de su vida cultural, como figura destacada dentro de ella, uno de los hijos ilustres de nuestra ciudad, denominación con la que lo reconoce nuestro académico y cronista de Córdoba, ya fallecido, Miguel Salcedo Hierro en un artículo periodístico escrito en el centenario de su muerte²³. Durante la mayor parte del siglo XX fue conocido popularmente –por un error al rotular por acuerdo municipal la calle donde nació– con el nombre de Borja Pavón, hasta que posteriormente pocos años antes de cumplirse el centenario de su fallecimiento se cambió por el nombre correcto de Francisco de Borja Pavón, que es con el que firmaba todos sus escritos²⁴.

A lo largo de este apartado trataremos de ofrecer una biografía del mismo, en la que a manera de retrato podamos aproximarnos al conocimiento del mismo a través de sus distintas facetas culturales, científicas e intelectuales. Las múltiples facetas de su personalidad lo convierten en una figura clave del panorama cultural de nuestra ciudad en la centuria decimonónica.

1. Sus primeros años en Córdoba: infancia y adolescencia. Nacimiento y primeros estudios

Francisco de Borja Pavón y López nace en Córdoba, el 10 de octubre de 1814, recién terminada la Guerra de la Independencia y siendo rey de España Fernando VII. Concretamente, en el barrio de la Magdalena –uno de los de menor extensión de la Ajerquía–, cuyo vecindario pertenecía en una mayor parte a las capas sociales menos favorecidas. El número 18 de la calle del Pozo, vía urbana cuyo topónimo –documentado desde la primera mitad del siglo XV²⁵– debe su nombre a la existencia de un pozo “que había en una de sus casas á dispo-

²³ SALCEDO HIERRO, M., *op. cit.*

²⁴ Este hecho ya lo había advertido R. de Montis en 1911, que reclamaba una rectificación del mismo con las siguientes palabras: “Ese rótulo dice Borja Pavón, y como Borja no es nombre ni apellido, debe sustituirse la actual denominación de la antigua calle del Pozo por la de Francisco de Borja Pavón o Pavón y López, si aquella parece demasiado larga” (*op. cit.*, p. 249). Pero no le hicieron caso y así continuó durante el siglo XX, dando lugar popularmente a la confusión aludida.

²⁵ Cfr. ESCOBAR CAMACHO, J. M., *Córdoba en la Baja Edad Media (evolución urbana de la ciudad)*, Córdoba, 1989, p. 267.

sición del público”²⁶, será su primer hogar. Sus padres fueron Rafael Mariano Pavón y Morales, que nació en Córdoba en el último tercio del siglo XVIII, y María de la Encarnación López y Caballero.

Su padre, de profesión farmacéutico, fue un liberal exaltado, que llegó a ser concejal del Ayuntamiento de Córdoba de 1820 a 1823, durante el llamado Trienio Liberal. Fue admitido el 19 de enero de 1816 en la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles



Topónimos, antiguo y nuevo, de la calle donde nació Francisco de Borja Pavón y López.

Artes de Córdoba, institución cultural fundada –como se ha dicho anteriormente– en 1810 por el canónigo penitenciario e insigne ilustrado don Manuel María de Arjona y Cubas, desgajada de la sección de Letras de la Sociedad Patriótica o Económica de Amigos del País. Posteriormente sería nombrado académico de mérito el 16 de marzo de 1853. Dos años después, el 8 de mayo de 1855, falleció a la edad de 62 años. Durante su época de concejal presentó el 1 de octubre de 1821 un proyecto de reglamento interino de la cárcel, siendo el artífice del traslado de la misma desde la plaza de la Corredera al local de la Inquisición en el Alcázar de los Reyes Cristianos. También escribió, dentro ya de su faceta como hombre de ciencia, una “Disertación sobre la propiedad del oxígeno”, que fue leída en la Academia el 26 de febrero de 1819²⁷, así como una “Memoria sobre los terremotos y volcanes”, que ocupó su lectura las tres últimas sesiones del año 1843²⁸.

²⁶ RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, T., *Paseos por Córdoba, o sean Apuntes para su historia*, León 1973, p. 37.

²⁷ Cfr. RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba, con un comentario de sus obras*, I, Madrid, 1921, p. 469.

²⁸ “Historia de la Academia desde enero de 1843 hasta abril de 1846”, en *Noticia de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, que comprende el resumen de sus tareas desde el 16 de Noviembre de 1813 hasta el 31 de Diciembre de 1846*, Córdoba, 1847, p. 23.

El prestigio que alcanzará Francisco de Borja Pavón a lo largo del siglo XIX será el motivo fundamental por el que el Ayuntamiento decida a principios de la centuria siguiente sustituir el antiguo topónimo de la calle en la que nació por el suyo, si bien el nombre con el que rotularon la calle, Borja Pavón, dio lugar a una confusión durante muchos años, al entender la gran mayoría –como hemos indicado anteriormente– que respondía al nombre y apellido del ilustre vecino. Este error se ha subsanado recientemente, sobre todo a raíz de que la calle fuese ya rotulada con el nombre de Francisco de Borja Pavón, que aparece siempre al final de sus artículos.

A poco de su muerte se instaló una lápida en la casa en la que nació, sufragada por el Ayuntamiento y con texto de Teodomiro Ramírez de Arellano, que aún se encuentra en el edificio que sustituyó al primitivo y que dice así: “El sabio humanista D. Francisco de Borja Pavón y López nació en este casa el día 10 de octubre de 1814. El Ayuntamiento dedica esta lápida a su memoria, 1904”.

Su primer contacto con la escuela lo tuvo en la Compañía, en las Escuelas Reales de Primeras Letras de Córdoba, siendo su maestro don Francisco Canalejo²⁹, pero su estancia allí fue muy breve, pues enseguida sus padres lo trasladaron a la Escuela Lancasteriana que el maestro don Rodrigo Cabello había instalado en el convento de la Merced, antes de que fuese hospicio. Este traslado estuvo motivado probablemente por la relación que en dicho momento había entre el liberalismo que profesaba su padre y una forma de entender la educación, cuyo origen estaba en el movimiento de escolarización de masas derivado de la corriente de pensamiento conocida como utilitarismo. Este movimiento, que se podría encuadrar en una serie de teorías sociales desarrolladas por algunos pensadores británicos en respuesta a la agitación social provocada por los primeros años de la revolución industrial, procedió a dismantelar las teorías educativas existentes hasta el momento basadas en la moral y sustituirlas por otras teorías del pensamiento sostenedoras de los privilegios burgueses, siendo su lema “el mayor bien para el mayor número”³⁰.

Este tipo de escuelas basaban su método de aprendizaje en la llamada enseñanza mutua, que fue un modo de organización escolar y

²⁹ Vid. sobre ello el libro de RODRÍGUEZ ESPEJO, M., *Las Escuelas Reales de Córdoba desde 1791 a 2002*, Córdoba, 2002.

³⁰ Vid. sobre ello RUZO, A. J., *Un sistema educativo impuesto como moda, “el método lancasteriano”*, 2015

sistema de enseñanza establecido primeramente por el pastor anglicano Andrew Bell en 1796 en la India y dos años después, con algunas variantes, en Londres por el cuáquero Joseph Lancaster. En ellas se enseñaban a una gran cantidad de alumnos, utilizando como monitores a alumnos instruidos, bajo la dirección de un solo maestro³¹. Este método se extendió rápidamente por Inglaterra al contar con el apoyo oficial y el de sociedades filantrópicas y, posteriormente, al ser su fundador perseguido por la Iglesia anglicana y tener que emigrar a América, se extendería por este continente³².

En España contaría, al principio, con el apoyo estatal, llegando a crearse en 1818 la primera escuela lancasteriana en Madrid, en la antigua iglesia parroquial de la Corte, denominada de San José, en la plazuela del Duque de Frías. Se inauguró el curso con 150 alumnos, celebrándose a finales del mismo exámenes públicos con gran éxito, bajo la presidencia de la Junta Protectora de la escuela, constituida por diversos nobles. En verano la familia real visitaría la escuela mostrando públicamente su satisfacción³³. Al año siguiente, el 6 de octubre de 1819, se publicaba un decreto sobre el sistema de enseñanza lancasteriana, en el que el monarca Fernando VII ampliaba el permiso dado en una Real Orden para que este tipo de enseñanza se adaptase a los pueblos, de tal manera que no solamente los ayuntamientos pudiesen establecer escuelas sino también las Sociedades Económicas y otras corporaciones o individuos partidarios de los progresos de este tipo de escuelas, señalando que todas tenían que estar sujetas a la Junta Protectora, con exclusión de cualquier otra autoridad. Igualmente indicaba que se debía cuidar el método de enseñanza lancasteriana con la mayor exactitud, al igual que el examen y aprobación de los maestros que fueran a enseñar y la inspección y dirección absoluta de las escuelas que se establecieran en la península³⁴.

En 1818 se tradujo el método lancasteriano al español y al año siguiente el obispo de Córdoba hizo imprimir un librito titulado *Lecciones de enseñanza mutua, según los métodos de Bell y Lancaster* para

³¹ Vid. MABEL IRAGUI, G., *La escuela lancasteriana y su método pedagógico*, Argentina, edit. UMSA, 1995.

³² Cfr. ESCOLANO BENITO, A., *Historia de la Educación II*, Madrid, 1985, pp. 207-208.

³³ Vid. al respecto RUIZ BERRIO, J., *Política escolar de España en el siglo XIX (1808-1833)*, Madrid, 1970, p. 182.

³⁴ El decreto se encuentra publicado en GARCÍA BARBARÍN, E., *Historia de la Pedagogía Española*, Madrid, 1915, pp. 342-343.

repartirlo gratis a los maestros. La autoría del mismo –según indica A. Jaén Morente– se le atribuye al P. José Muñoz Capilla, figura destacada en el tránsito del siglo XVIII al XIX, que además de escritor intervino en la vida política cordobesa de la segunda década de la nueva centuria³⁵. En 1820 existía ya un “Método de enseñanza mutua”, aprobado por el monarca, por el que se regía la Escuela Central de Madrid. En 1821 se publica también un manual para las escuelas lancasterianas de Cataluña³⁶. Será durante el trienio constitucional (1820-1823) cuando este sistema de enseñanza se propague por toda la geografía española. Durante este trienio los diputados de las Cortes le concedieron un gran valor a este tipo de escuelas, aprobando presupuestos anuales para ellas hasta 1823. Tras la disolución de las Cortes sufrieron un gran revés, teniendo duras críticas por parte de maestros y de distintas autoridades, principalmente las religiosas, que difundieron las desventajas del método de enseñanza mutua³⁷.

En la ciudad de Córdoba se estableció la primera escuela lancasteriana –como hemos dicho anteriormente– en el convento de la Merced, siendo este centro pionero también en el transporte escolar, pues disponía de una tartana o coche de dos ruedas tirado por caballos con la cubierta abovedada y asientos laterales, que pasaba a recoger a los alumnos, ante la sorpresa y jolgorio –según indica Redel– de los transeúntes de la Córdoba de principios del siglo XIX. El maestro de esta escuela, don Rodrigo Cabello, no solo seguía los métodos propios de esta enseñanza mutua sino que también fue pionero en la enseñanza de la lengua francesa, la única con la que permitía comunicarse durante el transcurso de las clases. Gracias a ello Francisco de Borja Pavón llegó a hablar el francés con perfección siendo todavía un muchacho³⁸. Posteriormente dicha escuela pasaría a la calle Santa Marina, donde continuaría sus primeros estudios.

Una vez finalizada esta etapa educativa de instrucción primaria, probablemente con unos diez años, dedicó tres más al estudio del latín (de 1824-25 a 1826-27), siendo su profesor don Agustín Belmonte, en

³⁵ JAÉN MORENTE, A., *op. cit.*, p. 213.

³⁶ Cfr. RUIZ AMADO, R., *Historia de la Educación y de la Pedagogía*, Barcelona, 1940, pp. 305-307.

³⁷ Cfr. RUIZ BERRIO, J., *op. cit.*, p. 183.

³⁸ Durante su estancia en la Escuela Lancasteriana, “en las conexiones y juegos infantiles le subyugaba la viveza y el talento de otro chico, que más adelante hizo célebre el nombre de Luis González Bravo (GONZÁLEZ SÁENZ, F., *Biografías cordobesas contemporáneas*, I, Córdoba, 1895, p. 98).

la calle Candelaria. Posteriormente ingresó, siendo aún adolescente, como alumno externo en el Seminario Conciliar de San Pelagio (años 1827-28 a 1832-33), donde cursó tres años de Filosofía y dos de Teología con gran aprovechamiento según consta en las excelentes notas obtenidas, interesándose sobre todo por las matemáticas y el italiano. Allí coincidió con Julián Sanz del Río, que había sido recogido al quedar huérfano en 1824 por su tío materno Fermín, sacerdote y prebendado en Córdoba, donde permaneció hasta 1830.

Durante el tiempo en que perfeccionaba su formación con los conocimientos propios del Bachillerato daba conferencias sobre las materias en las que se formaba y disertaba en actos públicos sobre literatura clásica, especialmente latina, de la que era un entusiasta admirador, recibiendo por ello un gran número de felicitaciones. A la par elaboraba su primer ensayo de filosofía y escribía una serie de poemas eróticos que tuvieron su más firme defensor en el fraile agustino de carácter liberal José de Jesús Muñoz Capilla, íntimo amigo de su padre, que tuvo una gran influencia en sus estudios juveniles, sobre todo al inculcarle el amor por la lectura y por las letras.

Es precisamente el amor a las letras –como señala en su biografía González Sáenz– lo que le hizo reflexivo. Ello unido a un espíritu de carácter abstracto le hicieron decidirse por el estudio de la naturaleza, coincidiendo dicha inclinación con la carrera de su padre, por lo que tras una crisis de fe abandonó San Pelagio y en 1833 se marcha a Madrid para iniciar sus estudios de Farmacia, siendo recomendado por Muñoz Capilla al bibliófilo Bartolomé Gallardo, con el que tendría una gran amistad³⁹. Unos años más tarde, a la muerte de este amigo de la familia el 29 de febrero de 1840 con 69 años, escribirá una pequeña –pero entrañable necrológica– desde Córdoba para que se publicara en la sección de correspondencia de provincias del periódico madrileño *El Piloto* con el título de “Apunte necrológico de D. José de Jesús Muñoz”. Dicha carta, que llevaba fecha de 1 de marzo, se publicaría el 8 de dicho mes en el mencionado periódico que editaban los señores Donoso Cortés y Alcalá Galiano⁴⁰.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Vid. PAVÓN, F. de B., *Necrologías de varios contemporáneos distinguidos*, Córdoba, 1892, pp. 1-6. Este libro recoge una serie de artículos necrológicos escritos por Francisco de Borja Pavón sobre diferentes personas contemporáneas, especialmente cordobesas, que fueron publicadas en distintos medios de comunicación y que en el año 1892 el Ayuntamiento de Córdoba recopiló en este libro. En una nota final del

2. Sus estudios superiores en Madrid y el regreso a Córdoba para ejercer la profesión farmacéutica

El 30 de septiembre de 1833, el mismo día que estaba expuesto el cadáver de Fernando VII, Francisco de Borja Pavón llega a Madrid para iniciar sus estudios de Farmacia. En los años que estuvo en la capital de España coincidió e hizo amistad con la juventud que, posteriormente, influiría en el gobierno del país o destacaría en las ciencias, en las letras, en el arte y en la política. Entre estos personajes destacan Salustiano Olózaga, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Ríos Rosas, Alcalá Galiano, Bretón de los Herreros, Agustín Durán, Quintana, Ventura de la Vega, Espronceda, Zorrilla, Aureliano Fernández Guerra, José Amador de los Ríos, Ventura de la Vega, Aribau, Borrego, Salas Quiroga, Nicomedes Pastor Díaz, Enrique Gil, el pintor Vicente López, el botánico Lagasca, Gil de Zárate, Demetrio Rodríguez e incluso Larra, a quien no trató, pero estuvo en su entierro cuando Zorrilla —a cuyo lado estaba— leyó sus versos ante el cadáver del poeta⁴¹.

Durante sus estudios de Farmacia fue muy apreciado por sus profesores, debido a sus dotes de observación y a su inclinación hacia el estudio, destacando por sus excelentes notas. Llegó incluso a realizar labores de catalogación en la Biblioteca del Colegio de Farmacia, dando así muestras enseguida de su amor hacia los libros. Tuvo por compañero en sus estudios de Farmacia a don Cayetano Alberto de la Barrera, con quien mantuvo gran amistad hasta la muerte de este en 1872, primero por sus aficiones literarias y, más tarde, por su profesión, manteniendo con él una ininterrumpida e intermitente correspondencia que conservó con gran cuidado y estima⁴².

apunte necrológico de Muñoz Capilla se indica que el autor con posterioridad al mismo ha escrito otros artículos más extensos sobre este memorable cordobés. Uno de ellos fue la oda titulada "A la memoria del Padre Maestro D. José de Jesús Muñoz, agustino", leída en la sesión pública del día 29 de junio de 1841 en la Sociedad Económica de Amigos del País, con motivo de su elogio y colocación de su retrato. Dicha oda fue impresa ese mismo año (Cfr. RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 467).

⁴¹ REDEL Y AGUILAR, E., *Diario de Córdoba*, 23 de septiembre de 1904, p. 1. Necrológica de don Francisco de Borja Pavón.

⁴² Vid. sobre ella ARTIGAS, M. J., "Una correspondencia de Borja Pavón", *BRAC*, 4 (1923), pp. 5-11. En ella, sobre todo la mantenida entre los años 1836 a 1844, intercambian opiniones sobre el bibliógrafo, erudito y escritor don Bartolomé Gal-

A fines de 1837 terminó sus estudios de Farmacia, licenciándose el 5 de septiembre de dicho año en esta facultad madrileña. Regresó a Córdoba y comenzó a ejercer su profesión en la farmacia del Hospital, doctorándose más tarde —el 7 de enero de 1845— en la ya mencionada facultad. En la correspondencia mantenida con don Cayetano de la Barrera, concretamente en la carta del 22 de febrero de 1844, le indica a su amigo la vida apacible que lleva en Córdoba, solamente “turbada por los intrigantes y políticos que le disputan a veces la Farmacia del Hospital, cual si fuese una Jefatura”. Se queja igualmente de lo abandonado que tiene sus estudios literarios, ya que “como soy tan amable (créalo usted o no) a fuer de desocupado, todo el mundo me ocupa un poco. Pierdo yo un poco de tiempo; me quitan otra porción mis amigos, otra mi casa, otra el Hospital; otra los que me emplean en friolerías, y resulta de todo que la literatura me debe escasísimos afanes”⁴³.

Desde el 31 de julio de 1840 fue socio de la Sociedad Médica General de Socorros Mutuos, formando parte junto con otro farmacéutico —Francisco de Paula Furriel y Muñoz— y dos médicos más de la Comisión provincial de Córdoba de dicha sociedad, según consta en el *Boletín de Medicina, Cirugía y Farmacia* de dicho año⁴⁴. En 1844 fue nombrado subdelegado de Farmacia, cargo que desempeñó hasta que renunció a él en 1871.

A los pocos años de llegar a la ciudad, concretamente en 1841, pronuncia algunos discursos de carácter científico. Uno de ellos en la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, que lleva por título “Utilidades del arbolado y necesidad de su fomento”, donde a sus dotes científicas une conocimientos de carácter bibliográfico y de su dominio del latín al referirse en una cita inicial al libro de Jacobi Vanierii *Praedium rusticum*, publicado en 1786. Este pequeño discurso, que consta de unas quince páginas, en el que hace referencia a diversos aspectos higiénicos, económicos y filosóficos sobre la necesidad de fomentar la plantación de árboles, fue

lardo, confesándole Pavón —al que este le apodaba “espátula”— la mala impresión que le producía.

⁴³ *Ibid.*, p. 9.

⁴⁴ *Boletín de Medicina, Cirugía y Farmacia*, tomo I, segunda serie, num. 22 (10 agosto 1840), p. 176. Este Boletín, que en cierto modo fue el inicio del periodismo médico en España y era el periódico oficial de dicha sociedad médica, fue fundado el año 1834 en Madrid, fusionándose en 1854 con *La Gaceta Médica* para dar lugar a *El Siglo Médico*.

publicado en Madrid en el año 1844⁴⁵. Ese mismo año –concretamente el 2 de diciembre– lee otro discurso, titulado “Las mariposas”; se trata de un estudio de historia natural de unos cuatro a cinco folios, que fue publicado dentro de una obra mayor y que, según Ramírez de Arellano, se encontraba en la biblioteca del Ayuntamiento⁴⁶.

En agosto de 1849 contrajo matrimonio con su prima segunda, doña Carolina Alzate González, nacida el 12 de diciembre de 1824, para lo cual tuvo que pedir dispensa papal. De esta unión nacieron dos hijos. El primero, Rafael, que nació el 10 de julio de 1850 y –en cierto modo– siguió los pasos de su padre, pero bajo otro aspecto, ya que estaba considerado en Córdoba como un hombre muy ilustrado en temas científicos. Fue profesor de la Escuela Politécnica y de la de Artes y Oficios, así como miembro de la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Falleció cuatro años después de su padre, concretamente el 24 de junio de 1908⁴⁷. El segundo, Francisco, marchó de España y residió en Cuba. Su mujer falleció el 20 de marzo de 1911⁴⁸.

Al morir su padre el 8 de marzo de 1855 se hizo cargo definitivamente de la conocida popularmente como “Botica de San Antonio”, abierta por su progenitor el 11 de febrero de 1828 y ubicada en la última casa de la acera de la derecha de la calle Maese Luis⁴⁹. Dicha botica era conocida por ese nombre debido –según indica Ramírez de Arellano y Gutiérrez– a un lienzo de San Antonio que estuvo hasta

⁴⁵ PAVÓN, F. de B., *Discurso sobre las utilidades del arbolado y necesidad de su fomento*, Madrid, 1844.

⁴⁶ RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 468.

⁴⁷ *Vid.* sobre Rafael Pavón y Alzate GIL Y FERNÁNDEZ, R., *Córdoba contemporánea*, I, Córdoba, 1892, pp. 200-201.

⁴⁸ Dicho dato se encuentra en la lápida del cementerio de San Rafael, donde sus restos están inhumados.

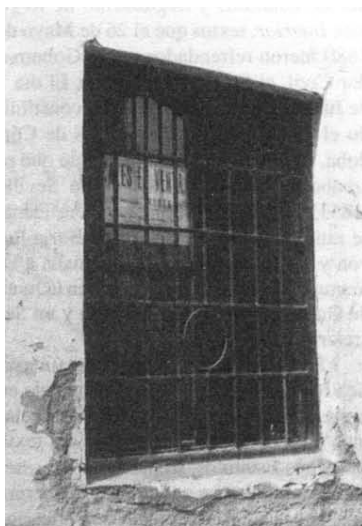
⁴⁹ La zona comprendida entre la muralla de la calle de la Feria (actual San Fernando) y la plaza de la Corredera se conocía desde el siglo XIV con el nombre de Barrionuevo por su reciente urbanización. Distintos lugares de la misma comenzaron a recibir nombres concretos en el siglo XV para diferenciar esta amplia zona: Barrionuevo de los Tundidores, Barrionuevo de la calle de la Feria, etc., comenzando a constituir diferentes calles (*cfr.* ESCOBAR CAMACHO, J. M., *op. cit.*, pp. 216-217). Así, Barrionuevo de la calle de la Feria, documentada por primera vez en la segunda mitad del siglo XV, pasaría a denominarse en la centuria siguiente calle de Maese Luis por el nombre de un médico de cierta fama que había vivido en ella en la última centuria bajomedieval, como así lo atestigua el testamento de su nieto (*vid.* al respecto RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, T., *op. cit.*, p. 212).

1841 junto al balcón de dicha casa y que después se depositó –ya muy deteriorado– en la ermita de Nuestra Señora de la Consolación⁵⁰.

Ricardo de Montis en sus *Notas cordobesas*, al referirse a la casa botica donde vivía Francisco de Borja Pavón, la describe de esta manera:

Es esta una farmacia antigua, sin lujo, sin reclamos, sin escaparate siquiera en el que luzca, en medio de los botes llenos de específicos y de los aparatos ortopédicos, la enorme esfera de cristal llena de líquido coloreado é iluminada potentemente, que simula el ojo de un cíclope; es la clásica botica en que se reunían nuestros bisabuelos para pasar las noches de invierno, interminables, entretenidos en amena charla ó en agradable lectura⁵¹.

Esta casa, donde se ubicaba la farmacia, fue el domicilio de nuestro académico biografiado hasta su fallecimiento en 1904, al cual –en opinión del autor antes mencionado– le agradaba poco su profesión, si bien siempre estaba dispuesto a ayudar a quien no podía costearse la medicina o a preparar la fórmula necesaria para cualquier enfermedad⁵². Sin embargo, debido a su profesión tuvo que realizar una gran cantidad de informes de ensayos analíticos para las autoridades, especialmente la judicial. Igualmente –en calidad de vocal de la Junta de Sanidad– emitió como especialista diversos dictámenes sobre aquellos asuntos relativos a su competencia profesional.



Ventana de la casa, la botica de San Antonio, donde vivía don Francisco de Borja Pavón y López.

⁵⁰ En esta casa había vivido con anterioridad don José Giménez Hoyo, uno de los diputados por la provincia de Córdoba en las Cortes de 1810 (RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, T., *op. cit.*, pp. 212-213).

⁵¹ MONTIS ROMERO, R. de, *op. cit.*, p. 245.

⁵² *Ibid.*, p. 247. Como curiosidad se recoge en las crónicas de la época que, en la visita realizada a Córdoba en septiembre de 1862 por la reina Isabel II, administró unos medicamentos al rey consorte para curarlo de un catarro.

Aunque la profesión farmacéutica en Córdoba se caracterizaba por un comportamiento individual de sus titulares, en la segunda mitad del siglo XIX surgió un movimiento asociacionista que reivindicaba una mayor presencia social de la farmacia y de sus profesionales⁵³. En dicho cambio participaría Francisco de Borja Pavón, buscando siempre un planteamiento colectivo y colegiado de los problemas farmacéuticos como mejor vía para su solución, así como un mayor crédito y prestigio de los profesionales. Por ello, cuando en 1880 se crea el Colegio de Farmacéuticos, él forma parte de ese grupo de ocho farmacéuticos que se reúnen el 26 de enero de dicho año, en un local cedido por la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba a la que pertenecía, para asociarse y constituir el mencionado Colegio, siendo nombrado como presidente provisional debido a su mayor antigüedad en el ejercicio de la profesión.

La misión de la primera junta sería la elaboración de unos estatutos y reglamento para la nueva sociedad recién creada, estatutos que serían presentados al resto de los profesionales de Córdoba para su aprobación tres meses después, en una reunión celebrada el 22 de abril de 1880 en el mismo local cedido por la Academia de Córdoba, y refrendados por el gobernador el 26 de mayo. El día 1 de julio quedó constituido el Colegio de Farmacéuticos de Córdoba, con una estructura muy parecida al Colegio de Madrid, al estar dividido en tres secciones: científica, económica y profesional o de vigilancia y tener tres categorías de miembros: los de número, los correspondientes y los de honor. Pero el Colegio –como señala el profesor Naranjo Ramírez– no fue sino una iniciativa particular de un grupo de profesionales –entre ellos don Francisco de Borja Pavón, que sería ratificado como presidente del mismo–, ya que algunos farmacéuticos de la capital y una mayoría de la provincia no se integraron en el mismo, teniendo que esperar para su consolidación a la centuria siguiente. El señor Borja Pavón presidiría el Colegio hasta el año 1898, año en el que por Real Decreto de 12 de abril se aprobaba un Estatuto para el Régimen de los Colegios de Médicos y Farmacéuticos, en el que se contemplaba –entre otras cosas– la colegiación obligatoria, lo que llevaría a la elección de una nueva Junta de Gobierno, cuya sede ya no estaría en el local

⁵³ Vid. sobre este tema NARANJO RAMÍREZ, J., "El Colegio Oficial de Farmacéuticos de Córdoba. Fundación y avatares hasta 1936", *BRAC*, num. 150 (2006), pp. 230-248.

cedido provisionalmente por la Academia cordobesa, sino que se localizaría en el número 26 de la calle Letrados⁵⁴.

Pero Francisco de Borja Pavón, no solo formaba parte del Colegio de Farmacéuticos de Córdoba, sino que —como nos indica Enrique Redel— pertenecía a los Colegios Farmacéuticos de Granada y de la Corte⁵⁵. Aunque le agradara poco su profesión, su formación científica está fuera de toda duda, pues viene avalada por la cantidad de libros que tenía en su biblioteca sobre ciencias en general, matemáticas, mecánica, estadística, astronomía, geología, agricultura, física, química, historia natural, medicina, farmacia, historia de la farmacia, materia farmacéutica, farmacopea y tarifas relacionadas con ello⁵⁶, si bien su cantidad es ampliamente superada —como veremos más adelante— por los libros dedicados a las letras y artes. Ello nos habla, sobre todo, de su carácter humanista y bibliófilo, como veremos a continuación.

3. Francisco de Borja Pavón, literato, bibliófilo y humanista

Pero si su profesión era la de farmacéutico su vocación era la de literato. Ya desde joven dio sobradas muestras de su amor a las letras, inculcado —al igual que la lectura— por Muñoz Capilla. Era un entusiasta de la literatura clásica, sobre todo, de la latina, lo que le llevaría a disertar de ella en innumerables actos públicos y a publicar diversas traducciones de obras de poetas latinos en diversos periódicos y almanaques literarios, quedando muchas inéditas a su muerte. Estas fueron publicadas por Ángel María de Barcia, a indicación de don Marcelino Menéndez y Pelayo, en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* en 1907 y ese mismo año fueron recogidas y editadas en Madrid, con ligeras variantes de forma, en un libro titulado *Traducciones de poetas latinos*, haciéndose tan solo una edición de 200 ejemplares. En este libro se recogen traducciones de algunas obras de los siguientes poetas latinos: Quinto Horacio Flaco, Publio Ovidio Nasón, Cayo Valerio Catulo, Albio Tibullo, Sexto Propertio, Marco Valerio Marcial, Décimo Junio Juvenal y Publio Virgilio Marón⁵⁷. Su conocimiento del

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 232-234.

⁵⁵ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*.

⁵⁶ Cfr. *Catálogo de los libros que forman la Biblioteca que perteneció al Ilmo. Sr. D. Francisco de Borja Pavón en Córdoba*, Córdoba, 1908, pp. 17-45.

⁵⁷ PAVÓN, F. de B., *Traducciones de poetas latinos*, Madrid, 1907, y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 99. Según este último, Marco Valerio Marcial era uno de sus

francés desde muy joven le permitió también realizar traducciones de autores como Víctor Hugo⁵⁸, al que le dedicó también sus “Juicios críticos”; Voltaire y Pierre-Jean Béranger; asimismo su dominio del italiano le llevó a traducir el soneto “A Roma”, del dramaturgo Giovanni Battista Niccolini. En todas estas traducciones se ajustó perfectamente al original, notándose en ellas su estilo clásico y un estilo propio que le daba categoría de literato⁵⁹. Igualmente habría que mencionar su traducción de la obra de Pedro de Valencia *De iudicio erga verum*, sus *Comentarios a la traducción del Fuero Juzgo, hecha por don Victoriano Rivera* o su versión en latín de las obras del ya mencionado Valencia⁶⁰.

Su admiración por la poesía le llevó a prologar igualmente algunos libros de esta temática, como el de uno de los poetas cordobeses más importantes de la segunda mitad del siglo XIX, M. Fernández Ruano, cuya poesía fue publicada en 1892, cuatro años después de su muerte, por el Ayuntamiento de la ciudad, siendo ya cronista de la misma Pavón y López.⁶¹ También prologó las colecciones de poesías de Carlos Ramírez de Arellano, Luis María Ramírez de las Casas-Deza, J. Eguilaz, J. Escalambre y Neira y A. Jover y Sans, siendo reconocida en todas ellas su labor de crítico imparcial y moderado, así como de reputado literato⁶².

Francisco de Borja Pavón, como buen humanista, no solo traducía poemas clásicos, sino que era autor de una amplia colección de obras poéticas suyas. Si en su juventud, como nos dicen sus biógrafos, escribía poemas eróticos, con el paso del tiempo amplió su temática. En septiembre de 1862, con motivo de la visita de la reina Isabel II a Córdoba, le brindó unos versos o ripios a la familia real. En 1844 escribió unos versos para complacer a la familia Jover, que deseaba

poetas latinos favoritos, algunos de cuyos epigramas vieron la luz en el “Almanaque” del *Diario de Córdoba*.

⁵⁸ Para Redel la traducción que hizo de la poesía de Víctor Hugo “Cántico de fiesta de Nerón” era superior a la que hizo el afamado traductor Teodoro Llorente, ya que las puso en metro más grandilocuente y propio del asunto (*op. cit.*).

⁵⁹ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, pp. 202-203

⁶⁰ *Ibid.*, p. 204 y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 100.

⁶¹ FERNÁNDEZ RUANO, R., *Colección de poesías*, con prólogo de F. de B. Pavón, Córdoba, 1892, pp. I-XIV.

⁶² *Cfr.* GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 203 y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 100.

adornar con inscripciones poéticas la glorieta de la huerta de Melero⁶³. El 22 de abril de 1878 leyó una composición poética suya titulada “El trabajo” en el Círculo Católico de Obreros de Córdoba, siendo publicada ese mismo año⁶⁴.

Desde muy joven mostró igualmente predilección por la filosofía, elaborando –como dijimos anteriormente– su primer ensayo en la época de estudiante de bachillerato, que con el paso del tiempo se convirtió en una nueva faceta de su perfil humanista. En este sentido cabe destacar la carta-prólogo al libro de filosofía y consideraciones morales de J. Escalambre y Neira, titulado *La mujer*, publicado en 1885⁶⁵. Igualmente hay que mencionar sus artículos titulados “Juicios sobre la Ética, de Rey Heredia”, “Historia de la Filosofía del cardenal González” y “Juicio sobre lo verdadero”⁶⁶.

Pero es en la prosa donde Francisco de Borja Pavón nos ha dejado una gran cantidad de obras. Si en 1833, con tan solo diecinueve años, comenzó a escribir artículos en prosa imitando a Jovellanos, con el paso del tiempo su estilo fue adquiriendo su propia personalidad. A ello contribuirían, sin duda, los viajes que hizo a otros países, como el realizado en 1859 a París y Versalles, que acabarían por ampliar y perfeccionar su estilo literario, sirviéndole igualmente para relacionarse con literatos tan insignes como Victor Hugo y Alejandro Dumas⁶⁷. Igualmente destaca su labor de articulista, al colaborar como corresponsal, en las publicaciones madrileñas: *El Piloto*, *El Correo Nacional*, *El Restaurador Farmacéutico* y *La España*, entre otras, así como en otras de provincias –tanto periódicos como revistas–, destacando *La Revista Agustiniana* de Valladolid o las de *El Avisador Cordobés*, *Diario de Córdoba*, *La Crónica*, *La Juventud Católica*, *El Comercio de Córdoba*, *El Boletín de la Sociedad Económica de Amigos del País*, *El Liceo*, *El Álbum* y *La Alborada*, entre otras⁶⁸. En este sentido habría que destacar su contribución a la fundación del *Diario de Córdoba* en 1849, conjuntamente con don Fausto García Tena, don Rafael García Lovera, el Duque de Hornachuelos y otras personalida-

⁶³ ARTIGAS, M. J., *op. cit.*, pp. 10-11.

⁶⁴ Cfr. RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 467.

⁶⁵ ESCALAMBRE Y NEIRA, J., *La mujer, consideraciones morales*, Córdoba, 1885, pp. VII-XV.

⁶⁶ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 204 y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 100.

⁶⁷ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.* y MONTIS ROMERO, R., *op. cit.*, p. 248.

⁶⁸ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 204 y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, pp. 100-101.

des de la época, publicando desde ese momento numerosos artículos que eran seguidos con gran interés por los lectores⁶⁹.

Su interés por los estudios histórico-biográficos de carácter crítico le llevó a escribir y a publicar en el *Boletín Eclesiástico*, a instancias del obispo fray Zeferino González, una serie de trabajos sobre don Mariano de Fuentes y Cruz, don Diego de Alvear y Ponce de León, don Luis Carrillo y Sotomayor, Gonzalo de Ayora, Agustín Nieto, el doctor Rosal, Gonzalo de Córdoba, don Francisco González Vega, don Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, y don Luis de Góngora y Argote, que fueron leídos todos ellos el 10 de febrero de 1888 en el Ateneo. Además publicó en otros periódicos locales varios estudios de esta naturaleza sobre Bernardo de Alderete, don Mariano de Fuentes y Cruz, el padre Muñoz Capilla, Lucano, Juan Rufo y Gómez Ortega, entre otros, acreditándose en todos ellos como un magnífico literato⁷⁰.

El estilo selecto de su prosa y la mesura en sus juicios críticos, así como la riqueza de datos que aporta en cada uno de sus estudios y su discreción a la hora de narrar ciertos hechos motivó que el Ayuntamiento llevase a cabo la publicación de un libro donde se recogiesen las necrológicas realizadas por Francisco de Borja Pavón a lo largo de su vida sobre sus contemporáneos distinguidos dentro de las distintas ramas del conocimiento⁷¹. En él están recopiladas las del padre maestro fray José de Jesús Muñoz (1840), don Juan Ramón de Ubillos (1844), don José Martín de León (1865), don Antonio Gutiérrez de los Ríos (1873), don Luis María Ramírez de las Casas-Deza (1874), don Carlos Ramírez de Arellano (1874), don Fausto García Tena (1874), don Francisco de Asís Palóu (1876), don José Saló (1877), don Federico Martel y Bernuy, conde viudo de Torres Cabrera (1878), don José Amador de los Ríos (1878), don José Sánchez Peña (1883), don Agustín Moreno (1884), don Javier Valdelomar, barón de Fuente de Quinto (1884), don Rafael Gutiérrez de los Ríos (1887), don José Ruiz León (1888), don Manuel Fernández Ruano (1888), don Ignacio Argote y Salgado, marqués de Cabriñana (1891) y don Pedro Rey y Gorriño (1891)⁷².

⁶⁹ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

⁷⁰ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 203, y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, pp. 99-100.

⁷¹ *Ibid.*, pp. 205-206 y 101 respectivamente.

⁷² PAVÓN, F. de B., *Necrologías de varios contemporáneos distinguidos*, Córdoba, 1892. La publicación de este libro fue un acierto por parte del Ayuntamiento, al

Entre sus estudios de carácter bibliográfico destacan los realizados a las *Obras escogidas de don Luis Segundo Huidubro*, publicadas por la Real Academia de Sevilla, así como al libro *Breve descripción de los viajes hechos en América por la Comisión Científica enviada por el Gobierno de S.M.C. durante los años de 1862 a 66*, de don Manuel de Almagro⁷³.

Por último, conviene destacar igualmente, una serie de artículos e investigaciones realizadas a lo largo de su vida sobre diferentes temas relacionados con la cultura cordobesa, como los dieciocho artículos sobre “Ingenios cordobeses”, otros sobre “Reformas y aspectos públicos de Córdoba”, la “Cultura intelectual de Córdoba en el siglo XVII”, “La literatura cordobesa” y “El periodismo”, entre otros. Igualmente escribió artículos de carácter crítico sobre discursos de don Rafael Conde y Luque, las obras de don Rafael de Gracia y don Fernando de Amor o sobre el tomo XX de la *Historia General de España* de Lafuente. Además de ello están los discursos de tipo académico o de contestación a otros compañeros de Academia, a los que nos referiremos en un próximo apartado⁷⁴.

El buen hacer literario de Francisco de Borja Pavón trascendió a nivel nacional, como demuestra las citas que de él se hicieron por autores importantes de la época. Según recoge Enrique Redel, en su necrológica sobre nuestro ilustre paisano, en las *Obras póstumas de don Leandro Fernández de Moratín* se le califica de “docto” en el tomo II, página 204, por haber facilitado una de las mejores cartas de Moratín para el libro. Igualmente, don Pedro de Madrazo lo citaba en las páginas 395 y 425 del tomo dedicado a Córdoba de su obra *Recuerdos y bellezas de España*, calificándolo de “anticuario tan erudito cuanto modesto”, al haber traducido la inscripción de Ambrosio de Morales

recoger todas las necrológicas de Francisco de Borja Pavón y López, ya que tuvieron muy buena acogida por los lectores cordobeses. Sin embargo, para Enrique Redel, aunque las considera correctas –como todas sus obras– son las menos notables, pues según señala “no es difícil comprenderlo de este modo si se tienen en cuenta que las más de las necrológicas ízolas (sic) accediendo á particulares instancias” (*op. cit.*). El *Boletín de la Real Academia de Córdoba* ha recogido tres de estas necrológicas. Se trata de las de don Ignacio Argote y Salgado, marqués de Cabriñana (40, 1934, pp. 17-22), don José Ruiz León (42, 1934, pp. 253-259) y don José Amador de los Ríos (99, 1978, pp. 149-157). La de este último fue publicada también en el *Diario de Córdoba*, los días 27 y 28 de febrero de 1878.

⁷³ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, pág. 205.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 204 y GONZÁLEZ SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 100.

en el monumento de los Mártires, situado en el Campo de los Santos Mártires. Este mismo autor en el tomo XXII –y último– de su *Semario Pintoresco Español*, en dos de sus artículos que titula “Recuerdos de una excursión por la sierra de Córdoba”, se refiere a las personas que le acompañaron el 27 de mayo de 1853 en dicha excursión, describiendo a Pavón de la siguiente forma: “la cuarta individualidad era un literato de la misma ciudad, hombre casado y ya grave, que se caía a pedazos de puro bueno y gastaba chaqueta verde los días de campo, con el aditamento de un sombrero hongo gris, flamante”. Por último, señala que en el tomo 68 de la Biblioteca de Autores Españoles, y tercero de los poetas líricos del siglo XVIII, formada por don Leopoldo Augusto de Cueto, en la página 141 al referirse a una composición poética de Arriaza menciona veladamente a Pavón, que había encontrado una edición de la misma, como “un distinguido literato cordobés”⁷⁵.

Otra muestra de la fama del patriarca de las letras cordobesas es la gran cantidad de cartas que conservaba de personas célebres de su época, donde elogiaban su figura, que no han sido publicadas. Entre ellas destacan las de Ríos Rosas, Bravo Murillo, Salustiano Olózaga, Fernández Espino, Pedro Antonio de Alarcón, Fernando Amor, Manuel Cañete, Fernán Caballero, Joaquín Francisco Pacheco, el Conde de San Luis, Cayetano de la Barrera, Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar –quien incluso le pide opinión en nombre de la Academia de la Lengua sobre una palabra y él le contesta señalando las palabras que a su juicio deberían figurar en el Diccionario–, Adolfo de Castro, Eugenio de Ochoa, Donoso Cortés, Aureliano Fernández Guerra –quien lo felicita por su trabajo sobre Góngora y le indica que había sido del gusto de Menéndez y Pelayo–, Juan Fastenrah, el doctor Thebussem, Rodríguez Zapata, Gayangos y los cordobeses Muñoz Capilla y Amador de los Ríos⁷⁶.

⁷⁵ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

⁷⁶ *Ibid.* En la Biblioteca Nacional se encuentra un manuscrito de 296 hojas con el nombre de “Cartas de varios literatos a D. Francisco de Borja Pavón, cronista que fue de Córdoba, y minutas o copias autógrafas de muchos de los dirigidos por él a los mismos”. Se trata de una colección de cartas con copia autógrafa de las respuestas, y algunas con sobre dirigidas a Francisco Javier de Borja Pavón por: Fr. José de Jesús Muñoz Capilla, 1833-1836 (h. 7-11v), José Martín de León y Mesa, catedrático de Farmacia y de Amalia de León, 1831-1860 (h. 13-28), Cayetano de la Barrera, 1836-1868 (h. 29-73), Antonio de los Ríos, 1842 (h. 75-78v), Salustiano Olózaga, 1843 (h. 79-82v), José Amador de los Ríos, 1843-1861 (h. 83-89), Pascual

Igualmente se encuentra también sin publicar una colección de volúmenes manuscritos –concretamente, veinticinco–, en los que Francisco de Borja Pavón recoge desde que llega a Madrid en el año 1833 hasta el final de su vida todas sus impresiones acerca de sus lecturas, sus visitas, los personajes que va conociendo o los hechos públicos más interesantes de los que ha sido testigo, encontrándose igualmente en sus páginas poemas de autores que le han causado una grata impresión. Cada uno de los volúmenes se compone de varios cuadernillos, en los que diariamente iba anotando lo que consideraba más destacable, y cada uno de ellos está realizado como si se tratara de un libro-diario, aportando una gran cantidad de información para el conocimiento de su vida y del momento histórico en que transcurre la misma⁷⁷.

Su botica, ubicada en el número 17 de la calle Maese Luis, estaba llena de libros y papeles, que lo consagrarían como un auténtico humanista y que le llevó a tener la mejor biblioteca y una de las más numerosas que había en la ciudad, en un momento –como señala la profesora Porro Herrera– en que debió existir un interés específico por la lectura personalizada en pequeños grupos dentro de los ambientes

de Gayangos, 1849-1881, incluye listas y recibos de libros, algunos árabes, carta de Gayangos a Lucas del Pozo y notas de éste (h. 90-186v), e intercalada una carta de Francisco Manuel Ibarra a Pedro de [¿Blanca?] (h. 102-103), Pedro de Madrazo, 1853-1882 (h. 187-238), Domingo del Monte, 1847-1850 (h. 239-244v), Aureliano Fernández Guerra, 1866-1874 (h. 245-250), Eugenio Ochoa, 1869 (h. 251-259v), Leopoldo Augusto Cueto, Marqués de Valmar, 1872-1879 (260-275v), Pedro Antonio de Alarcón, 1877-1883 (h. 276-280), doctor Thebussem, 1884 (h. 281-283v), Adolfo de Castro, 1888 (h. 284-288), Juan Valera, 1903 (h. 289-296v) (Biblioteca Nacional –en adelante B. N.–, ms. 19599).

⁷⁷ B.N., *Miscelánea de varios apuntes hechos por Francisco de Borja Pavón y López*, tomos I (ms. 19447, años 1833-35), II (ms. 19448, años 1836-39), III (ms. 19449, año 1840), IV (ms. 19450, año 1841), V (ms. 19451, años 1842-1843), VI (ms. 19452, años 1844-1850), VII (ms. 19453, años 1851-1854), VIII (ms. 19454, años 1855-1858), IX (ms. 19455, años 1859-1863), X (ms. 19456, años 1864-1869), XI (ms. 19457, año 1870), XII (ms. 19458, año 1871), XIII (ms. 19459, año 1872), XIV (ms. 19460, año 1873), XV (ms. 19461, año 1874), XVI (ms. 19462, año 1875), XVII (ms. 19463, años 1876-1877), XVIII (ms. 19464, años 1878-1879), XIX (ms. 19465, años 1880-1881), XX (ms. 19466, años 1882-1884), XXI (ms. 19467, años 1885-1888), XXII (ms. 19468, años 1889-1892), XXIII (ms. 19469, años 1893-1896), XXIV (ms. 19470, años 1897-1899) y XXV (ms. 19471, años 1900-1904). Enrique Redel afirma que “entre sus papeles conservaba legajos con apuntes particulares, que pudieran servir para la historia minuciosa de su vida” (*op. cit.*).

aristocráticos o pequeño-burgueses que formaron parte de una sociedad no demasiado brillante en esta parcela cultural⁷⁸.

Su afición a la lectura le llevó a recorrer todos los sitios de venta de libros, que compraba él mismo directamente o a través de intermediarios, logrando tener un número aproximado de 3.500 volúmenes de las más diversas materias, entre ellos muchos curiosos y raros para aquella época⁷⁹. El catálogo que se hizo de su biblioteca en el año 1908 nos ofrece volúmenes de las siguientes materias, además de las reseñadas anteriormente: literatura y arte en general, filosofía, jurisprudencia, biografías, viajes, geografía, historia universal, de Europa y de España, literatura clásica, española y de otras naciones, teatro, óperas, novelas, cuentos, poemas, leyendas, tradiciones y costumbres, historia literaria, filología, poesía, teatro, literatura (obras diversas y didáctica), teología, obras religiosas, eclesiásticas y de devoción, catecismos, filosofía moral, bellas artes, arqueología, mitología, artes y oficios, política, militar, academias, calendarios y guías, revistas y periódicos, pedagogía y enseñanza, manuscritos, y por último una serie de libros que titula como prohibidos, inclasificables, varios, así como documentos sin numerar⁸⁰.

Pero el señor Pavón no era solo amante de la lectura y un gran bibliófilo, sino que –al estar dotado de una gran generosidad– le gustaba enriquecer los archivos y bibliotecas públicas cordobesas con donaciones de autores nacionales y cordobeses, en particular, para que sus contemporáneos pudieran igualmente disfrutar con la lectura y ampliar sus conocimientos. Así, según nos señala Redel, regaló a la Corporación municipal la primera edición del *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, del Magistral Gómez Bravo; la *Astronomía Universal, teórica y práctica* (1735) y las *Tablas Filípicas*, del doctor Gonzalo An-

⁷⁸ PORRO HERRERA, M^a. J., “Imprenta y lectura en Córdoba (1556-1900)”, *Albor*, 654 (Junio 2000), pp. 272-273. Igualmente F. Durán López nos señala como Juan Lucas del Pozo, músico de la catedral de Córdoba y muy aficionado a los libros en la Córdoba del siglo XIX, hace mención de Francisco de Borja Pavón como uno de los bibliógrafos cordobeses que poseía una estupenda biblioteca (“Los apuntes para mi vida de Juan Lucas del Pozo: una breve autobiografía en la Córdoba del siglo XIX”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 10 (2002), p. 244).

⁷⁹ R. de Montis nos relata alguna curiosidad sobre la manera como adquiriría algunos de estos libros para que no le saliesen demasiado caros, ya que era muy conocido en los lugares de venta de libros antiguos y raros (*op. cit.*, pp. 247-248).

⁸⁰ *Catálogo de los libros que forman la Biblioteca que perteneció al Ilmo. Sr. D. Francisco de Borja Pavón en Córdoba*, Córdoba, 1908.

tonio Serrano; *La Organización de las sociedades* del padre Muñoz Capilla; las obras de Ludovico Brosio, traducidas por el cordobés fray Gregorio de Alfaro (1598); un *Tratado de algunos documentos y avisos referentes a la prudencia del confesor*, de fray Alfonso Fernández de Córdoba (1558); los *Anales del reinado de Isabel II* (seis tomos en tres volúmenes), de Burgos; una *Corografía de la provincia de Córdoba*, obra sin terminar de don Luis María Ramírez; las *Memorias sagradas del Yermo de Córdoba*, de don Bartolomé Sánchez Feria (1782); la *Historia Literaria de España* (diez tomos), de los padres fray Pedro y fray Rafael Rodríguez Mohedano; la *Biblia* anotada por Vitré; una copia del *Diccionario etimológico*, del doctor Rosal y varios opúsculos. Facilitó igualmente a la Biblioteca Provincial una copia de la *Historia de Córdoba*, del padre Ruano, y muchos libros de interés⁸¹.

Igualmente donó en 1881 al Archivo Municipal de Córdoba una variada documentación para su custodia de los siglos XVI al XIX. Se trata, esencialmente, de escrituras públicas relativas a diversas instituciones religiosas de la ciudad: conventos, como el de Santa Clara; parroquias, como la de la Trinidad; monasterios, como el de San Jerónimo, etc., procedentes todos ellos posiblemente de la desamortización eclesiástica y que llegarían a su poder por diversas circunstancias. Desde ese momento permanece en el mencionado archivo para su consulta, con el título de “Colección Francisco de Borja Pavón”, un fondo compuesto de dos cajas, donde se recoge dicha documentación, y seis libros. Los documentos archivados son escrituras, permutas, títulos, crónicas y registros de hermanos referentes a dichas instituciones religiosas⁸².

4. Francisco de Borja Pavón, académico y cronista

La formación científica y humanística, sobre todo, de Francisco de Borja Pavón, así como su gran personalidad y talante humano, serían bagaje suficiente para su participación en las escasas instituciones culturales de la Córdoba del siglo XIX. Una de ellas fue la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, a la que pertenecía su padre desde el año 1816 y que –como dijimos ante-

⁸¹ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

⁸² Vid. VERDÚ PERAL, A., *Guía del Archivo Municipal de Córdoba*, Córdoba, 1997.

riormente— fue fundada en 1810 por don Manuel María de Arjona y Cubas, funcionando como sección literaria de la Sociedad Económica de Amigos del País, de la que se fue separando poco a poco. Por este motivo los académicos eran al mismo tiempo socios de la Económica, cuyos títulos recibían simultáneamente. Su incorporación a ella coincidió con la reinstalación de la misma el 2 de marzo de 1841, ya que desde el año 1823 había dejado de estar presente en la ciudad debido a los avatares políticos del momento, pues la vuelta al absolutismo después del Trienio Liberal había significado un retroceso para Córdoba en el terreno cultural.

La Academia cordobesa, que había permanecido dieciocho años sin funcionar, pudo ser refundada gracias a que una vez restablecida la Sociedad Económica a principios del año 1841 por el jefe político de la ciudad don Ángel Iznardi, periodista y político de ideología liberal progresista nombrado para el cargo durante la regencia de Espartero, aquella tuvo entre sus objetivos restablecer en Córdoba su institución cultural creada a principios de la centuria. Para ello se reunieron siete de los antiguos académicos que aún vivían, a los que se asociaron once individuos —uno de ellos Francisco de Borja Pavón—, que posteriormente aumentarían en número, refundándose la Academia el 2 de marzo de 1841. De esta forma se reanudaron los viernes las sesiones correspondientes, no sin antes nombrar los cargos estatutarios preceptivos, recayendo uno de ellos —el de censor— en nuestro científico y literato, que tendrá un papel importante en los dos primeros años de esta segunda etapa de la Academia, presidida por don Ramón de Aguilar y Fernández de Córdoba, hasta que a principios de 1843 abandone dicho cargo⁸³.

El será el encargado de redactar las memorias correspondientes a los primeros meses de esta segunda etapa (marzo-julio de 1841), así como desde esa fecha hasta enero de 1843. En la primera, leída el 29 de julio de 1841, sesión en la que se tributa un homenaje al padre Juan José Muñoz Capilla, en la que Pavón dedica una oda a la memoria del insigne cordobés y amigo, este hace un resumen del recorrido que ha

⁸³ Cfr. "Noticia de la Academia de ciencias, bellas letras y nobles artes de esta Ciudad, que comprende el resumen de sus tareas en los cuatro meses transcurridos desde su reinstalación, leída por D. Francisco de Borja Pavón, censor de la misma corporación en la sesión pública celebrada el 29 de Julio de 1841", en *Noticia de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes...*, pp. 1-6.

Boletín de la Real Academia

DE

Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

AÑO VII

JULIO A SEPTIEMBRE 1928

NÚM. 23

COSAS DE ANTAÑO



En el pasado de nuestra Academia cordobesa, este retrato es un capítulo de interés. Eran entonces—al mediar el siglo pasado—alma de la ilustre Institución, Don Ramón Aguilar y Fernández de Córdoba, su Director, hombre de vasta y profunda ilustración, Rector que había sido de uno de los Colegios mayores de la Salmanticense, Don José Saló y Junquet, el pintor de Córdoba en aquellos tiempos, y Don Francisco de Borja Pavón erudito entre los eruditos, culto humanista cuyo nombre ha ocupado los anales de la ciudad sabia, durante quince lustros.

Por el orden en que se nombran en esta evocación, aparecen de derecha a izquierda dados a la estampa.

tenido la Academia desde su fundación en 1810 hasta 1823, refiriéndose a la desaparición de la misma desde esa última fecha hasta marzo de 1841, cuando tiene lugar la refundación antes aludida. Posteriormente enumera y ofrece una síntesis de los trabajos leídos desde marzo a julio de dicho año, donde se incluye el suyo titulado “Memoria sobre las utilidades del arbolado y medios de fomentarlo”, leído el 28 de mayo de 1841, donde su autor –nos dice el propio Pavón– deduce “con variedad de razones, sacadas de las ciencias físicas, la necesidad de conservar y fomentar los plantíos, considerando también el objeto bajo el aspecto económico y administrativo, ya con relación á España en general, ya especialmente respecto á Córdoba. La Academia recomendó esta memoria á la sociedad, por lo que tienen sus ideas de practicable en beneficio público”⁸⁴. Igualmente expresa en dicha memoria algunas de sus ideas sobre el carácter, estado y porvenir de la corporación.

El 7 de enero de 1843 leerá la segunda memoria, que abarca desde julio de ese año hasta diciembre de 1842. En ella hará igualmente un resumen de los trabajos que se han leído en la Academia durante esos meses, haciendo mención del suyo titulado “Discurso crítico de las obras del Excmo. Sr. Duque de Rivas”, que fue leído en la tarde del 5 de noviembre de 1842 y en el que –según señala el mismo– “se examinan sus primeras poesías, el Moro expósito, y otras producciones, aplazando para más adelante el hacer mención de las restantes”⁸⁵. Posteriormente señalará la escasez de discusiones literarias y científicas existentes con motivo de las lecturas de las memorias o discursos pronunciados en la Academia, debido –según su opinión– a la poca concurrencia a las mismas, lo que las convertía más en tertulias privadas, por lo que se muestra partidario para aumentar el interés de las sesiones de una mayor crítica a las mismas. Tras una mención de gratitud para los que han donado a la Academia ejemplares de sus obras, constata que la Academia desde su refundación avanza lenta pero segura, y pasa a recordar la utilidad que debe tener esta institución cultural para la ciudad. Finaliza, después de afirmar que su crítica no ha sido muy

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 4-5. Este discurso fue publicado en Madrid, en el año 1844 (*vid.* nota num. 45).

⁸⁵ “Resumen de las tareas de la Academia de Córdoba, desde Julio de 1841, hasta Enero de 1843, leído en 7 del mismo por D. F. de B. P.” en *Noticia de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes...*, p. 10.

profunda, ya que no ha querido extremar la censura ni prodigar el incienso, con las siguientes palabras:

En el desempeño del honroso cargo que hoy depongo en manos, ciertamente muy dignas, mi zelo por los progresos de la Academia me ha hecho usar frecuentemente de importunidad para con los demás Sres. Académicos. Este mismo zelo me justifica, y es el único título que tengo á la gratitud de la Academia Cordobesa: pues que habiéndola ofrecido escasos y fútiles trabajos, puedo decir con harta mas razón que el olvidado Horacio, que *Munus et officium, nil scriben sipse, docebo*⁸⁶.

La actividad académica de Francisco de Borja Pavón continuó, aunque hubiese dejado el cargo de censor, en los tres siguientes años, según nos confirma la memoria realizada por el secretario de la Academia, don Rafael González Navarro, de ese período de tiempo, que fue leída el 3 de abril de 1846⁸⁷. Así, en junio de 1844 leyó su segundo opúsculo crítico sobre las obras del Duque de Rivas, el 2 de diciembre de ese año presentó un estudio de historia natural titulado “Las mariposas”, al que ya hicimos referencia anteriormente, y el 2 de mayo de 1845 leyó una biografía crítica del filósofo cordobés Lucio Anneo Séneca. Igualmente participó en una de las discusiones promovidas por la lectura de un artículo del señor García Luna titulado “La actividad del alma”⁸⁸.

El año 1846 fue un año difícil para la Academia cordobesa, según nos indica su secretario, por la escasez de sesiones celebradas desde marzo a final de año y de recursos económicos. Al final de la memoria de este año, leída el 22 de mayo de 1847, se incluye una lista con los nombres de los 31 “señores que actualmente pertenecen a la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de esta Ciudad, formada con arreglo á las actas y acuerdos de la misma”, siendo su presidente don Ramón de Aguilar Fernández de Córdoba, su censor don José Luis de los Heros y su secretario don Rafael González Navarro, encontrándose entre ellos Francisco de Borja Pavón. Además de esta lista aparece otra con 44 corresponsales, indicándose al final que los señores académicos que aún no habían leído algún trabajo por escrito, como

⁸⁶ *Ibid*, p. 19.

⁸⁷ “Historia de la Academia desde enero de 1843 hasta 3 de marzo de 1846” en *Noticias de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes...*, pp. 21-26.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 24-25.

mandaba el artículo 43 de los estatutos, iban con letra bastardilla y estaban obligados a hacerlo en el año 1846 o en el siguiente, no siendo este el caso de nuestro académico biografiado, que –como hemos visto anteriormente– ya había participado en varias ocasiones en las sesiones de los viernes de la Academia⁸⁹.

La vida de la corporación académica en estos años y los siguientes no fue muy floreciente, aunque mantuvo una actividad aceptable, gracias a los ocho o diez académicos que iban a las sesiones, suspendiéndose algunas de ellas por la escasez de asistentes. En 1860, bajo la presidencia de Ramón de Aguilar y Fernández de Córdoba, aparecen firmando las actas indistintamente como secretarios Luis Maraver y Alfaro y Francisco de Borja Pavón. A partir de 1862 la Diputación Provincial le concedió a la Comisión de Monumentos el edificio del antiguo hospital de la Caridad en la plaza del Potro con el propósito de que se instalaran allí los Museos y la Real Academia, cuyas sesiones se venían celebrando en ocasiones en el propio domicilio particular del presidente. El 20 de enero de 1862, bajo la presidencia ya de Carlos Ramírez de Arellano, quien comenzará a titularse director o director-presidente a partir de 1868 –una vez reelegido para presidir la corporación a raíz de que el Ministerio de Fomento, mediante real orden, aprobase el Reglamento de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes– se le menciona a Pavón como secretario segundo, si bien es él quien firmará la mayoría de actas. Al año siguiente rubricará ya todas las actas como secretario único, siguiendo con este cargo hasta 1878, si bien a partir de septiembre de 1874 –a la muerte del anterior director– será nombrado para presidir provisionalmente la Academia Rafael Joaquín de Lara y Pineda.

Durante estos años la Academia siguió su trayectoria, no exenta de dificultades, aunque con una serie de decisiones y realizaciones que iban sentando las bases y realizaciones para su mejor funcionamiento, como la distribución de académicos por las tres correspondientes secciones y el nombramiento de sus respectivos responsables (presidentes y secretarios), lo que quizás fuese la causa para que el presidente de la Academia empezase a firmar como director de la misma; la reforma del Reglamento con respecto al número –veintiuno, siete por sección– y clases –numerarios y correspondientes– de académicos; o la redacción de un reglamento interno como complementario de los Estatutos.

⁸⁹ “Extracto de las actas de la Academia Cordobesa en 1846”, en *Noticias de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes...*, pp. 27-31.

En la sesión del 12 de enero de 1878 se convocaron elecciones en la Academia, saliendo elegido para presidirla Francisco de Borja Pavón y López, titulándose al firmar las actas como director, presidente o director-presidente.

La nueva directiva dio mayor actividad a la entidad, pues al principio de la década de los años ochenta la Academia vivió unos cortos pero fructíferos y buenos momentos, emitiendo informes sobre obras artísticas, publicaciones, certámenes, urbanismo y exposiciones artísticas, entre otros, solicitados frecuentemente por la Diputación Provincial y el Ayuntamiento. En la década de los 90, sin embargo, la Academia atravesó una grave crisis, debido principalmente a la falta de asistencia de los miembros de la misma a las sesiones por enfermedades, vacaciones, incompatibilidades, etc., que se tradujo en una menor actividad de la misma. Francisco de Borja Pavón se mantendrá al frente de la Academia hasta su muerte en septiembre de 1904, si bien se observa que desde julio de 1895 muchas actas solamente están firmadas por el secretario⁹⁰.

Durante los años que estuvo ocupando los cargos de secretario y presidente procuró que la Academia tuviese un papel importante en la cultura cordobesa, intentando que ocupase el lugar destacado que le correspondía por su historia. Para ello invitó a las personalidades más sobresalientes en las diversas ramas del saber de la época, intentó que sus decisiones fuesen siempre bien acogidas por todos los miembros, animaba a los conferenciantes a proseguir con sus investigaciones y él mismo contribuía personalmente al esplendor de la Academia con sus propias aportaciones literarias y científicas. Entre ellas destacan el discurso crítico de las obras del Duque de Rivas, al que ya hemos hecho referencia, unos apuntes sobre “Poetas cordobeses contemporáneos” (1860), un estudio –igualmente crítico– referido a la novela de Victor Hugo titulada *Nuestra Señora de París* (1860), otro de carácter bibliográfico acerca de *La historia de la prostitución* de Pedro Dufour (1863), el estudio sobre “La vida y la obra del docto jesuita cordobés Pedro Martín de Roa” (1873), la traducción al castellano de la oda latina LXI de B. Arias Montano, publicada en el *Diario de Córdoba* de 22 de marzo de 1883, un trabajo sobre “Marco Anneo Lucano”, publicado en la revista *Córdoba Ilustrada* (1884), otras a las que ya

⁹⁰ Cfr. Real Academia de Córdoba, *Libros de Actas*, tomos III (1860-1868), IV (1868-1877), V (1878-1884) y VI (1885-1902).

Boletín de la Real Academia
de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
DE CORDOBA

AÑO II. ❖ --: ABRIL A JUNIO --: ❖ NÚM. 4

HOMBRES PREEMINENTES QUE PERTENECIERON
A LA REAL ACADEMIA CORDOBESA



DON FRANCISCO DE BORJA PAVÓN Y LÓPEZ

CRONISTA DE CÓRDOBA

Nacido en el año de 1814, ingresó muy joven en la docta Corporación. Laboró en ella sin descanso no pudiendo contarse las ocasiones en que a través de la labor académica, dió señaladas muestras de su vasta cultura de Humanista, Historiógrafo y Bibliófilo.

Fué muchos años Secretario, y no pocos Director. Ocupaba este cargo cuando murió. (Septiembre de 1914).

hemos hecho referencia y algunas más –no publicadas–, pero que conservaba manuscritas, ya que –como señala R. Gil– “ora porque juzga la publicidad vana ostentación, de que tan desposeído se halla, ora porque cree que no ha llegado aún el momento oportuno de ofrecerlas á la pública consideración”⁹¹.

De su etapa de secretario hay que destacar las memorias que redactó de la actividad académica durante los años 1872, 1873 y 1874, que sirven perfectamente para conocer la historia de esta institución cultural en la primera mitad de la década de los setenta, tan agitada desde el punto de vista político-social⁹². En ellas nos ofrece una relación de los trabajos leídos en las escasas sesiones que hubo en dichos años, así como un comentario de algunos de ellos, menciona los libros adquiridos y donados y la recuperación de material del archivo, hace referencia a la mala situación económica de la Academia y a los acuerdos más importantes adoptados, deja constancia de los nuevos académicos correspondientes y de las bajas habidas por fallecimiento, señala la presencia de la Academia en jurados para premios concedidos por Ayuntamiento y Diputación, así como en los juegos florales⁹³, y por último indica las causas –entre ellas la nueva situación política existente en el país– por las que la vida académica –a su juicio– había sido débil e inerte.

La memoria de 1874, año en que fallecieron el director de la Academia, don Carlos Ramírez de Arellano, y el censor, don Luis María Ramírez de las Casas-Deza, fue leída por Pavón en la sesión de 9 de enero de 1875 y está dedicada en una gran parte –además de los datos

⁹¹ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, pp. 207-208.

⁹² PAVÓN, F. de B., *Resumen de la Historia de la Academia de Ciencias, Bellas-Letras y Nobles Artes de Córdoba en el año de 1872* (leída en la sesión de 18 de enero de 1873), Córdoba, 1873, y *Resumen de la Historia de la Academia de Ciencias, Bellas-Letras y Nobles Artes de Córdoba en los años 1873 y 1874* (leída en la sesión del 9 de enero de 1875), Córdoba, 1875.

⁹³ Los juegos florales se celebraron en la ciudad de Córdoba de manera continuada, aunque no de forma regular, desde el año 1859, cuando el barón de Fuente de Quinto realizó una propuesta en el *Diario de Córdoba* para su realización en el ámbito de la poesía y obras literarias, con tres temas: uno religioso, otro histórico y otro costumbrista. Se comenzaron a celebrar impulsados por diferentes colectivos como la Academia de Córdoba, el Círculo de la Amistad, el Ateneo o la Real Sociedad de Amigos del País (GIL Y FERNÁNDEZ, R., *Córdoba contemporánea. Apuntes para la Historia de la literatura de esta provincia desde el año 1859, en que se celebraron los primeros juegos florales hasta el próximo pasado 1891*, I, Madrid, 1892, p. 1 y ss).

generales de todos los años— al recuerdo y a la alabanza de los mismos⁹⁴, señalando lo que suponían estas dos grandes pérdidas para la institución. Igualmente hace referencia a los académicos que los sustituyeron provisionalmente: don Rafael Joaquín de Lara y Pineda, como director, y don Rafael de Sierra y Ramírez, como censor, indicando que a partir de septiembre de dicho año comenzaría una nueva era para la Academia, que daría frutos más provechosos. Por último, destaca la satisfacción que era para la Academia el haber solicitado la devolución de los restos de Ambrosio de Morales, que habían sido llevados a Madrid para enterrarlos en un panteón de personas ilustres, pero que al no haberse realizado corría el peligro de su pérdida⁹⁵. Finaliza mostrando la esperanza en la nueva etapa política que se iniciaba: la Restauración monárquica en la figura de Alfonso XII, que favorable al principio de autoridad, hundido y menospreciado anteriormen-

⁹⁴ La sesión de 9 de mayo de 1874 estuvo dedicada a honrar la memoria del censor recientemente fallecido. En ella Francisco de Borja Pavón leyó unos “Apuntes necrológicos de don Luis M^º. Ramírez de las Casas-Deza”, cuyo texto de 14 páginas fue publicado ese mismo año en Córdoba, en la imprenta del *Diario de Córdoba*. Vid. también sobre ello RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 467.

⁹⁵ Con motivo de ese traslado a Madrid, Francisco de Borja Pavón —que pertenecía a la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de la provincia de Córdoba y había sido testigo de la inhumación de sus restos en la Colegiata de San Hipólito el año 1844, como veremos más adelante— pronunció un discurso el 4 de junio de 1869 en la estación de ferrocarril de Córdoba ante el vagón que transportaba los restos del cronista cordobés Ambrosio de Morales. Dicho discurso fue publicado ese mismo año en la imprenta del *Diario de Córdoba*. Dos años después hace una versión del epitafio que Ambrosio de Morales se escribió a sí mismo, recogido por R. Gil, que dice así:

Muriendo aquí un mortal dejó su vida.
Esta tumba á explicar sus señas baste.
Las almas de los vivos soliciten
la gloria de las honras mundanales,
el renombre y la fama esclarecida,
la patria y los blasones del linaje.
A mí de quien la vida huyó ligera
y con ella sus bienes deleznales,
que aprendas á vivir, si muerte anelas
santa y feliz, me toca aconsejarte:
y si una vida venturosa ansias,
aprende ¡ay! á morir: que es ley constante.

(GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 205).

te, espera que traiga tranquilidad para el desarrollo de las ciencias, las letras y las artes.

Durante los años que estuvo al frente de la Academia como director fue el encargado de contestar a alguno de los discursos de ingreso como académico. Este fue el caso ocurrido con motivo de la recepción pública del doctor don Miguel Riera de los Ángeles, presbítero, en la sesión del día 20 de octubre de 1883, siendo publicados ambos ese mismo año en la imprenta del *Diario de Córdoba* en un librito de 27 páginas⁹⁶. También contestará al discurso de don Enrique Redel en su recepción como académico de número el 6 de octubre de 1901, siendo publicados ambos discursos igualmente en dicha imprenta ese mismo año⁹⁷.

Su labor como cronista comenzaría siendo ya presidente de la Academia de Córdoba. En primer lugar fue nombrado por la Diputación cronista de la provincia de Córdoba y, más tarde, de la ciudad cordobesa. Según indica R. Gil, en 1886 don Domingo Clemente, vocal de la Junta de Instrucción Pública, ilustrado profesor y secretario de la Escuela Normal de Maestros, presentó una moción solicitando que “se hiciesen públicos los merecimientos de tan eximio literato y se le nombrase Cronista de Córdoba, cosa que en parte se efectuó, siendo alcalde de la capital don Bartolomé Belmonte y Cárdenas”⁹⁸. Sin embargo, aunque ello no se llevara a cabo hasta unos años después, sí recibió el nombramiento en dicha fecha como cronista de la provincia de Córdoba en lugar de la ciudad, nombramiento que dejaría posteriormente para serlo de la ciudad.

En abril de 1891, siendo alcalde don Juan Tejón y Marín, el Ayuntamiento consignó una escasa asignación a este cargo, que –según el autor antes señalado– “más que justa remuneración á su trabajo, consideramos no era otra cosa que una exigua gratificación á tanto y tanto como por su país natal ha hecho y hace”⁹⁹. Efectivamente, en la sesión del 20 de ese mes recibió dicha distinción y se le otorgó también el título de “hijo predilecto de Córdoba, acordándose cambiar el nombre

⁹⁶ RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 467.

⁹⁷ *Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en 6 de octubre de 1901 por los señores Don Enrique Redel, académico de número, y D. Francisco de B. Pavón, presidente de la misma, en la solemne recepción del primero*, Córdoba, 1901.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 209.

⁹⁹ *Ibid.*

de la calle del Pozo, donde había nacido, por el de Borja Pavón”, dando lugar con ello a la confusión popular que posteriormente ha existido sobre su nombre. Sin embargo, en 1895 aún no se le había hecho entrega de dicho título, como así lo atestigua González y Sáenz¹⁰⁰. Con motivo de dicho nombramiento Enrique Romero de Torres pintó un retrato al óleo de Pavón para colocarlo en el archivo del Ayuntamiento, donde se conserva¹⁰¹.

Unos días después de su nombramiento, concretamente el 23 de dicho mes, la prensa y sus amigos organizaron una comida en su honor en los salones altos del llamado café Suizo, ubicado en la calle Ambrosio de Morales (antigua calle del Cabildo Viejo)¹⁰², asistiendo a la misma –además de sus amistades– representantes del Ayuntamiento, de la prensa local y nacional, recibéndose múltiples cartas y telegramas de felicitación de personas relacionadas con la cultura y –como señala uno de sus biógrafos– “en los brindis y en las poesías que se leyeron notábase el férvido entusiasmo y la buena acogida que en los cordobeses había tenido tal nombramiento”¹⁰³. Con motivo de este homenaje la *Revista Meridional* le dedicó su número del 18 de febrero de 1892, donde –según indica Gil y Fernández– aparece un retrato suyo hecho a pluma y una serie de artículos dedicados a él de Blanco Belmonte, García Lovera, Llacer, Ruiz, Vaquero Jiménez, Ricardo de Montis, Castillejo, de Benito, Martínez Alguacil, Redel, Fernando Jiménez y el propio R. Gil¹⁰⁴.

En noviembre de 1882 el recientemente nombrado cronista de Córdoba, por encargo del alcalde la ciudad, escribió una memoria de los festejos y actos llevados a cabo en la ciudad con motivo de la conmemoración del cuarto aniversario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón. El texto de dicha memoria está fechado en Córdoba, el 20 de dicho mes, y firmado por Francisco de Borja Pavón¹⁰⁵.

Su laboriosidad y su prestigio no solo fueron reconocidos a nivel local, sino que también fuera de Córdoba se le consideró un verdadero

¹⁰⁰ GONZÁLEZ Y SÁENZ, F., *op. cit.*, p. 103.

¹⁰¹ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

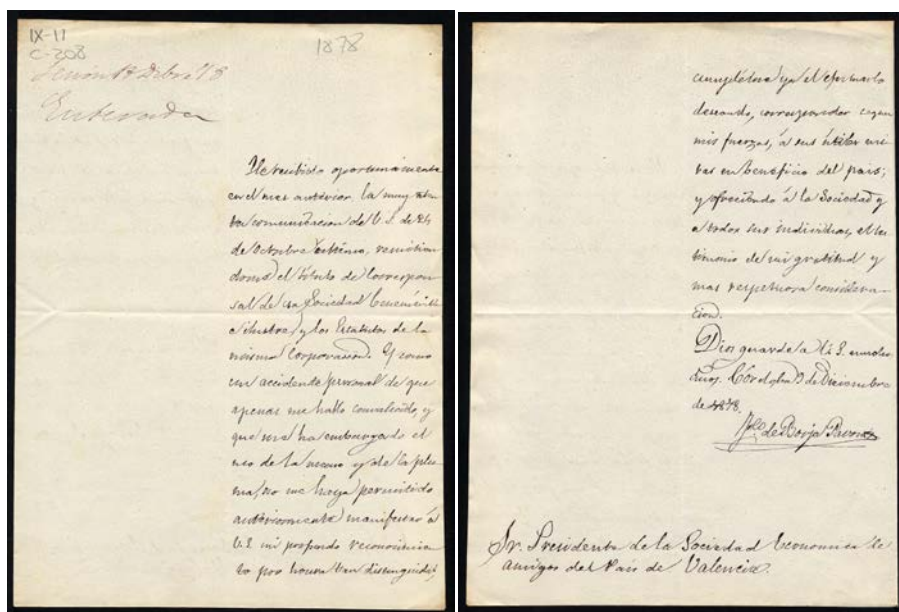
¹⁰² Vid. sobre la historia de dicha calle ESCOBAR CAMACHO, J. M., *Córdoba en la Baja Edad Media...*, p.180 y sobre el café, RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, T., *op. cit.*, p. 394.

¹⁰³ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, pp. 209-210.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 211.

¹⁰⁵ RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 468.

humanista. De ahí que la Academia de las Buenas Letras de Sevilla lo incorporara como correspondiente el 15 de junio de 1860, posteriormente —el 29 de enero de 1866— lo haría con el mismo título la Academia de San Fernando de Madrid, diez años más tarde —el 14 de junio de 1876— lo incluiría en su nómina de correspondientes la Real Academia Española, y finalmente en mayo de 1902 sería la Academia de Buenas Letras de Barcelona la que lo integraría igualmente en su seno como correspondiente¹⁰⁶. Además perteneció también a las Sociedades Económicas de Amigos del País de Córdoba —de la que fue censor y secretario¹⁰⁷—, Madrid, Aragón, Valencia, Murcia, Málaga, Montilla, Jerez y Jaén¹⁰⁸.



Carta de don Francisco de Borja Pavón aceptando su nombramiento de correspondiente de la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia (9 de diciembre de 1878).

¹⁰⁶ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

¹⁰⁷ En la pág. 244 de la *Guía de forasteros en Madrid para el año 1843* aparece como secretario de la Sociedad Económica de Amigos del País de Córdoba.

¹⁰⁸ En 1878 fue nombrado correspondiente de la Sociedad de Amigos del País de Valencia. A finales de dicho año —concretamente el 9 de diciembre— Pavón y López escribe una carta al presidente agradeciéndole dicho nombramiento e indicándole que un accidente que le ha afectado a la mano, y del que todavía se encuentra convaleciente, no le ha permitido contestarle antes.

5. Francisco de Borja Pavón y su relación con las Bellas Artes

El proceso desamortizador llevado a cabo durante la primera mitad del siglo XIX, al venderse los bienes inmuebles de las órdenes religiosas y pasar los archivos, bibliotecas y obras de arte al Estado, puso en grave peligro el patrimonio histórico-artístico de España, del que venía cuidando y protegiendo desde 1792 la llamada Inspección o Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Para la defensa del mismo surgieron las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos y Artísticos, creadas a mediados del siglo XIX –concretamente por real orden de 13 de junio de 1844¹⁰⁹–, arbitradas desde Madrid por la Comisión Central de Monumentos, y coordinadas por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y la Academia de la Historia. Estas vinieron a sustituir a las anteriores Comisiones Científicas y Artísticas, que a su vez habían reemplazado a sus antecesoras Comisiones Especiales de Ciencias y Artes o Comisiones Recolecto-

¹⁰⁹ Los tres primeros artículos de la citada real orden decían lo siguiente:

Art. 1. Habrá en cada provincia una Comisión de monumentos Históricos y Artísticos compuesta de cinco personas inteligentes y celosas por la conservación de nuestras antigüedades.

Art. 2. Tres de estas personas serán nombradas por el jefe político, las otras dos por la Diputación Provincial, que podrá elegir una de su propio seno. La Presidencia corresponde al jefe político y en su defecto al vocal que esta autoridad señale.

Art. 3. Será atribución de estas Comisiones :

1. Adquirir noticia de todos los edificios, monumentos y antigüedades que existan en su respectiva provincia, y que merezcan conservarse.

2. Reunir los libros, códigos, documentos, cuadros, estatuas, medallas y demás objetos preciosos, literarios y artísticos pertenecientes al Estado que estén diseminados en la provincia, reclamando los que hubiesen sido sustraídos y puedan descubrirse.

3. Rehabilitar los panteones de reyes y personajes célebres o de familias ilustres, o trasladar sus reliquias a paraje donde estén con el decoro que les corresponde.

4. Cuidar de los Museos y Bibliotecas provinciales, aumentar estos establecimientos, ordenarlos y formar catálogos metódicos de los objetos que encierren.

5. Crear archivos con los manuscritos, códices y documentos que se puedan recoger, clasificarlos e inventariarlos.

6. Formar catálogos, descripciones y dibujos de los monumentos y antigüedades... y también de las preciosidades artísticas que por hallarse en edificios que convenga enajenar...

7. Proponer al Gobierno cuanto crean conveniente a los fines de su instituto, y suministrarle las noticias que les pida.

ras, cuyo objetivo era seleccionar las piezas para formar los Museos Provinciales, que venían actuando desde 1835¹¹⁰.

Las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos y Artísticos, que dependieron en un primer momento del Ministerio de Fomento y posteriormente, a raíz de su creación en el año 1900, del Ministerio de Instrucción Pública, estaban integradas por cinco miembros, siendo escogidos generalmente entre las personas más relevantes del mundo de la cultura local, no percibiendo por ello remuneración alguna y añadiéndole las correspondientes responsabilidades a sus ocupaciones habituales. El funcionamiento de las Comisiones de Monumentos fue bastante irregular ante la escasez de recursos, apoderándose de ellas un sentimiento de impotencia por el escaso apoyo que obtenían tanto de las autoridades provinciales como de las municipales. Por ello, se entiende que algunas de ellas desatendieran en ocasiones sus funciones o que su actividad fuera insuficiente para atender todas las tareas encomendadas. Tenían amplia autonomía, si bien en algunos aspectos funcionales dependían del jefe político o de la Diputación provincial correspondiente. Fueron, junto a las Academias, el núcleo de la incipiente protección estatal del patrimonio en la segunda mitad del siglo XIX¹¹¹.

Francisco de Borja Pavón, cuya afición por las Bellas Artes le llevó a tener en su casa una importante colección de obras de arte que fue –al igual que la biblioteca– punto de referencia obligado para los que estaban interesados en estos temas, perteneció durante muchos años a la Comisión Provincial de Córdoba. Fue vocal de la misma prácticamente desde su creación, secretario durante muchos años –ya lo era en 1844– y finalmente vicepresidente. Asimismo sería secretario de la Junta de Instrucción Pública hasta el año 1870, que renunció al cargo. Fue precisamente, siendo secretario de dicha Comisión, cuando tuvo que certificar el acta de la inhumación de los restos del cronista Ambrosio de Morales en la colegiata de San Hipólito el 19 de diciembre de 1844, así como los actos que se hicieron con tal motivo. Los restos habían sido depositados provisionalmente con anterioridad en dicha colegiata –concretamente el 18 de noviembre– al haber sido extraídos

¹¹⁰ Vid. sobre ello CAL, R., “La recuperación de los monumentos históricos para acrecentar el turismo”, *Historia y Comunicación Social*, 8 (2003), pp. 7-19.

¹¹¹ Vid. sobre la de Córdoba el estudio de PALENCIA CEREZO, J. M^a., *Setenta años de intervención en el patrimonio histórico-artístico cordobés (1835-1905): (la Comisión de Monumentos de Córdoba en el siglo XIX)*, Córdoba, 1995.

del sepulcro de mármol que existía en el extinguido convento de los Mártires del Río, donde se encontraban, y trasladados a la misma. Fueron inhumados, según consta en dicha acta, en la parte central de la pared del claustro de poniente, que mira a la puerta principal del claustro y a su frente¹¹². Allí permanecerían hasta que fueron trasladados a Madrid para incorporarlos a un panteón de personas ilustres en la época del llamado Sexenio Revolucionario.

Dos años después, en 1846, realizó un catálogo de 286 cuadros –acompañada de la correspondiente clasificación y descripción de los mismos– recogidos de los conventos desamortizados y depositados en las dependencias de la Diputación de la calle Carreteras (actual Pedro López) para la formación de un museo, del que era director en ese momento don Diego Monroy y Aguilera. Este trabajo lo realizó de acuerdo al modelo enviado por el Gobierno y de acuerdo con los criterios de la Comisión Provincial de Monumentos Histórico Artísticos de Córdoba¹¹³.

Su celo en cumplir lo establecido y proteger el patrimonio de Córdoba y su provincia está claramente demostrado en los escritos dirigidos a la Real Academia de la Historia. Él mismo, junto a Enrique Romero de Torres, se quejaba en un oficio dirigido a dicha institución de la poca agilidad burocrática de la Comisión Provincial con estas palabras:

En su virtud esta Comisión, que siempre ha procurado cumplimentar estos servicios, que tan en consonancia están con su deber y con sus deseos, y que tan determinados se hallan en sus estatutos, aprovecha esta ocasión gustoso, para exponer a esa Real Academia; que las tramitaciones oficiales de que tienen que valerse para actuar, las comisiones, esterilizan a despecho de su diligencia, su celo y disposiciones y dan margen a infinitos abusos cometidos ya por los directores de las obras públicas, ya por los contratistas y trabajadores, que sordos a las Reales Órdenes vigentes que desconocen o fingen desconocer ocultan, se apropian o enagenan impunemente los objetos que aparecen, perdiéndose por tanto o alguna

¹¹² QUINTO, J. (dirige y redacta), *Boletín Oficial de Instrucción pública*, tomo 8 (año V, num. 1), Madrid, 1945, pp. 9-12. Recogido también en el *Boletín Oficial de Madrid*, num. 2002 (martes 24 de diciembre de 1844), pp. 1-3.

¹¹³ Cfr. RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, p. 469.

vez resultado en poder de los aficionados, a quien interesa negar su procedencia¹¹⁴.

Igualmente, a la muerte en 1895 de Rafael Romero Barros, que era en ese momento el secretario de dicha Comisión Provincial, su hijo Enrique, que al hacerse cargo de la dirección del Museo de Bellas Artes pasaba también a ser secretario de la citada Comisión Provincial de Monumentos, señalaba en la memoria que hace el 15 de mayo de 1904 la precaria situación en la que se encuentra con las siguientes palabras: "... falta, en fin, de medios materiales hasta el extremo de que su digno Vicepresidente, don Francisco de Borja Pavón, y el Vocal Secretario que suscribe, han sufragado de su peculio por mucho tiempo aquellos gastos más perentorios"¹¹⁵. Gracias al informe emitido por ellos al alcalde de Córdoba el 6 de mayo de 1896, la torre de la Malmuerta, que en dicho momento se encontraba en mal estado de conservación, se salvó de su destrucción, limitándose tan solo al derribo de una escalera adosada a la torre¹¹⁶.

En el mencionado informe de 1904 hace una relación de todas las actividades y gestiones que ha realizado la Comisión desde que tomó posesión como secretario, siendo vicepresidente Francisco de Borja Pavón. Además de la ya señalada sobre la torre de la Malmuerta, intentaron que se restauraran en el año 1896 las puertas de Osario y Almodóvar para evitar su destrucción, el ajimez del Renacimiento adosado a la esquina de la calle de la Pierna y que se limpiara la fachada plateresca de la Casa de Expósitos. Al año siguiente denunciaron en la prensa el estado ruinoso en que se encontraban los cuadros de Valdés Leal, conservados en el antiguo convento del Carmen, para su restauración por el Obispado. En 1898, gracias también a una campaña en

¹¹⁴ MAIER ALLENDE, J. y SALAS ÁLVAREZ, J., *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Andalucía: catálogos e índices*, Madrid, 2000, p. 32. Igualmente se nombra a los académicos correspondientes que más estaban haciendo por el patrimonio de Córdoba, que eran: Luis María Ramírez de las Casas-Deza, Antonio Aguilar y Cano, Victoriano Rivera Molina, Francisco de Borja Pavón y Enrique Romero de Torres (*Ibid.*, p. 39).

¹¹⁵ ROMERO DE TORRES, E., "Memoria de la Comisión de Monumentos de Córdoba", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 44 (mayo 1904).

¹¹⁶ ROMERO DE TORRES, E. y PAVÓN, F. de B., "Oficio en el que se comunica que la Comisión de Monumentos de Córdoba ha acordado que se comunique al Alcalde que la intervención en la torre de la Malmuerta se limite al derribo de la escalera adosada a la torre", Córdoba, 1896 (texto facsímil en Biblioteca virtual "Miguel de Cervantes").

prensa, el Marqués de la Vega de Armijo consiguió que el gobierno diese una importante cantidad para la conservación de la Sinagoga. Igualmente durante todos esos años se pudieron salvar –y en la medida de lo posible depositar en el Museo Arqueológico– varios mosaicos romanos aparecidos en el edificio de Jesús Crucificado, capiteles árabes encontrados en la calle Conde de Robledo, así como diversas piezas (lápidas, monedas, etc.) encontradas en distintos lugares de la ciudad. También se hicieron reparaciones en la Puerta del Puente y excavaciones en el Campo Santo de los Mártires¹¹⁷.

Francisco de Borja Pavón formó parte también de comisiones de arte, tanto a nivel local como nacional. Sirva de ejemplo que en junio de 1870 él y Carlos Ramírez de Arellano, entre otros, fueron los encargados de señalar los temas de los diecisiete cuadros al óleo que la directiva del Círculo de la Amistad le había encargado al pintor sevillano José María Rodríguez Losada. Dicha comisión decidió que se pintaran cuatro cuadros con los retratos de Séneca, Gran Capitán, Maimónides y Averroes, y trece dedicados a contar hechos relevantes tanto de la historia de la ciudad de Córdoba como acontecimientos realizados por sus personajes. Sabemos también que en 1881 formó parte de la comisión que se desplazó al santuario de Linares para analizar la talla de la Virgen. Formó parte igualmente de la comisión local por Córdoba para la organización de la Exposición Nacional de Industrias Artísticas e Internacional de Reproducciones, celebrada en Barcelona en el año 1892¹¹⁸.

Otro de los temas que le apasionaba a nuestro académico fue la arqueología. En este sentido, cabe resaltar su traducción del alemán de un artículo del epigrafista, arqueólogo e historiador Emilio Hübner, de gran importancia para la historia de las antigüedades y monumentos romanos andaluces, y especialmente cordobeses. Relacionado con este autor está el artículo que hizo sobre la efigie de Séneca, publicado en el *Diario de Córdoba* el 7 de septiembre de 1894 y editado posteriormente en 1925 en el *Boletín* de la ya Real Academia de Córdoba¹¹⁹. Destaca igualmente el interés mostrado por las excavaciones en Medi-

¹¹⁷ ROMERO DE TORRES, E., *Informe sobre la actividad de la Comisión de Monumentos de Córdoba*, Córdoba, 1904 (texto facsímil en Biblioteca virtual “Miguel de Cervantes”).

¹¹⁸ Cfr. *Catálogo de la Exposición Nacional de Industria Artística e Internacional de Reproducciones*, Barcelona, 1892.

¹¹⁹ PAVÓN, F. de B., “La efigie de Séneca”, *BRAC*, 11 (1925), pp. 71-76.

na Azahara a mediados del siglo XIX, como evidencia la correspondencia mantenida con el historiador, arabista y bibliógrafo español Pascual de Gayangos y Arce¹²⁰.

Esta pasión por la arqueología, así como por sus conocimientos de la misma, le sirvió para ser miembro del Liceo Arqueológico de Málaga, así como correspondiente en 1859 de la Diputación Arqueológica y Numismática de Sevilla, desaparecida posteriormente¹²¹. Igualmente sería nombrado director interino del Museo Arqueológico de Córdoba desde 1896 a 1897, cuando tenía ya más de ochenta años de edad.

6. Francisco de Borja Pavón: conferenciante, tertuliano y hombre público

El carácter humanista de Francisco de Borja Pavón, que poseía conocimientos generales y profundos tanto de ciencias como de letras y artes, unidos a su memoria prodigiosa y su talante jovial –a decir de sus contemporáneos– lo convertían en un magnífico conferenciante y un amable tertuliano. De ahí que su cooperación con los liceos y ateneos de la época –tanto de Córdoba como de otras ciudades– fue siempre constante, con gran beneplácito de sus socios, que admiraban su elocuente e ilustrada palabra. Por ello, en 1844 lo hicieron socio de mérito del Liceo Artístico y Literario de Córdoba; en 1856 fue elegido también socio del Círculo Científico, Literario y Artístico de Málaga; en 1864 el Consejo Supremo de los Caballeros hospitalarios de San Juan Bautista de Madrid lo asoció igualmente a su Instituto¹²². Con todos ellos cooperó, difundiendo “por todas partes la ciencia que le engrandece y una bondad innata que le sublima á los ojos de sus contemporáneos y le hará venerar de las generaciones sucesivas”¹²³.

Fue asiduo conferenciante en la ciudad de Córdoba, no solo en la Academia, sino también en la Sociedad Económica de Amigos del País, donde pronunció la ya referida oda en honor del Padre Maestro don José de Jesús Muñoz, agustino, en junio de 1841; en el Círculo

¹²⁰ Cfr. ÁLVAREZ ROMÁN, M. A., y ÁLVAREZ MILLÁN, C., *Los viajes literarios de Pascual de Gayangos (1850-1857) y el origen de la archivística moderna*, Madrid, 2007, p. 81.

¹²¹ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

¹²² *Ibid.*

¹²³ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 207.

Católico de Obreros, donde leyó la composición poética titulada “El trabajo” –a la que hicimos referencia anteriormente– en abril de 1878; en el Ateneo, en el que pronunció un discurso titulado “Estudio biográfico de D. Luis de Góngora y Argote”, en la noche del 10 de febrero de 1888, cuyo texto –de 35 páginas– fue publicado ese mismo año¹²⁴.

Hombre de carácter jovial, memoria prodigiosa y amenísima conversación, según señalan sus contemporáneos, era el perfecto tertuliano –aun incluso siendo ya anciano–, “á quien jamás se cansaban de oír viejos ni jóvenes, porque unos y otros encontraban en ella sabias enseñanzas, prudentes consejos, gratos recuerdos, sátira culta, frases ingeniosas y ocurrencias verdaderamente felices”¹²⁵. Estas tertulias se celebraban en su propia botica de la calle Maese Luis, “en aquella rebotica llena de libros y de papeles”, donde también acudían a consultarle y aprender muchas personalidades y eruditos de la época, atendiéndoles siempre con suma amabilidad y bondad; en el paseo del Gran Capitán durante el verano o en el café del mismo nombre durante el invierno, no faltando nunca a ellas –además de sus amigos– escritores, artistas y admiradores que veían en él un verdadero maestro¹²⁶.

La enorme valía de nuestro académico hizo que ocupara durante su vida diversos cargos públicos. Unos relacionados con el mundo de la enseñanza. Sabemos que perteneció a la Junta Provincial de Instrucción Primaria y que durante veintiséis años fue secretario de la Junta de Instrucción Pública, cargo al que renunció en 1870. Fue vicepresidente de la Junta de Estadística, recibiendo en sus últimos años el cargo honorífico de Inspector de la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba y el nombramiento por el gobierno del monarca como comendador de número de la Orden civil de Alfonso XII¹²⁷. También alguno de sus biógrafos indica que fue concejal y síndico del Ayuntamiento de la

¹²⁴ Cfr. RAMÍREZ DE ARELLANO Y DÍAZ DE MORALES, R., *op. cit.*, pp. 467-469.

¹²⁵ MONTIS ROMERO, R. de, *op. cit.*, p. 248. Este autor recoge una de las composiciones populares que corría por la ciudad en referencia a esa gran cantidad de conocimientos que poseía Francisco de Borja Pavón, que decía así: “Tu cabeza, Pavón, es un armario / de noticias que yo saber quisiera”. (*Ibid.*, p. 249)

¹²⁶ Ricardo de Montis hace mención a una de sus aficiones, el género flamenco, indicando que no era extraño verle en ocasiones en un rincón oculto de algún café cantante (*Ibid.*, p. 249).

¹²⁷ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, p. 207, y GONZÁLEZ Y SÁENZ, F., *op. cit.*, pp. 103-104.

ciudad, aunque nunca manifestó públicamente su ideología, si bien fue un hombre de orden y amigo de la paz. Sus ideas políticas no fueron ni muy conservadoras ni extremadamente progresistas, siendo partidario de la monarquía y habiendo militado en su juventud en el partido moderado. Era un gran patriota, que lamentaba lo malo que ocurría en España y celebraba lo bueno que acontecía. Su líder político era quien procurase el bien de su patria y defendiese los intereses del pueblo, siendo los lemas que presidían todos sus actos el *Alterum non laedere* (no dañar a otro) y el *Suum cuique tribuere* (dar a cada uno lo suyo), lo que en cierto modo nos da una idea de su pensamiento e ideología política¹²⁸.

7. Fallecimiento de Francisco de Borja Pavón y López

Los últimos meses de vida de Francisco de Borja Pavón transcurrieron en su casa, debido sobre todo a una penosa enfermedad sufrida el año anterior, que aunque superada en parte no le permitía salir mucho de su casa, si bien conservó hasta los últimos días sus facultades mentales íntegras, aunque con cierta debilidad física debido a su avanzada edad. Durante todo este tiempo recibía en su casa bastantes visitas de sus amigos y admiradores. Así nos lo indica Redel cuando afirma “casi todas las noches complacíame en oír de sus labios, en unión del conocido poeta don Pedro de Lara, la lectura de trabajos eruditísimos, en gran número inéditos, trabajos que ocultaba receloso al oír la voz de cualquier persona que á saludarle fuese”¹²⁹. Gracias a estas visitas consiguió bastantes datos de la vida del ya anciano académico, que era reacio a facilitarlos por su modestia y carácter reservado, así como por el temor a que fuese objeto de algún tipo de críticas.

Pavón fallece a las doce y media del día 21 de septiembre de 1904, miércoles, en su domicilio de la calle Maese Luis, dándose a conocer tan triste noticia en el *Diario de Córdoba* al día siguiente con una breve –pero sentida– nota, que encabezada con el nombre de don Francisco de Borja Pavón dice así:

¹²⁸ *Ibid.*, pp. 210 y 104 respectivamente.

¹²⁹ REDEL Y AGUILAR, E., *op. cit.*

Córdoba está de luto.

Su hijo predilecto; su sabio cronista; el insigne literato; el erudito escritor; el decano de nuestros hombres de ciencia y de cultura, dejó ayer de existir en las primeras horas de la tarde.

Ni tiempo ni espacio tenemos hoy para escribir y publicar la necrología del varón insigne que honró con sus talentos á la ciudad de los Sénecas; aunque dispusiéramos de ambas cosas nos sería imposible en estos instantes cumplir ese triste deber que el periodismo nos impone, porque la emoción que embarga nuestro espíritu y el dolor que siente nuestro pecho no nos deja coordinar las ideas, y hasta parece que la mano se muestra indócil para dirigir la pluma.

Un distinguido escritor cordobés, gran amigo de Pavón, se encargará de ese trabajo, que publicaremos en el número próximo.

Dispénsenos, pues, los lectores la brevedad de estas líneas, y permítannos que abandonemos las cuartillas para consagrarnos solo á nuestro pesar, para verter lágrimas y elevar oraciones por el alma del venerable anciano que baja al sepulcro ostentando en sus sienes la aureola inmarcesible de la gloria”¹³⁰.

Efectivamente, tal como avanzaba dicha nota del diario, al día siguiente –23 de septiembre– se publicaba la nota necrológica de nuestro académico, realizada por Enrique Redel. Comenzaba diciendo lo que había significado para el mundo cultural la pérdida de este sabio humanista, que en cierto modo fue el centro de las reuniones literarias de la época hasta sus últimos momentos, aportando a continuación una serie de datos sobre su vida y su obra¹³¹.

En este mismo periódico Amador Jover y Sans, bajo el título “En la muerte de mi muy querido amigo el insigne bibliófilo y humanista don Francisco de Borja Pavón”, le dedica el siguiente soneto:

La eterna ausencia á que la dura muerte
en esta vida efímera y terrena,
de un sér querido á la amistad condena
que en inmóvil despojo al fin convierte,
esa, mi dulce amigo, infausta suerte,
hoy me cabe llorar, el alma llena,
de profundo dolor y acerba pena,
pues ya no oiré tu voz, ni podré verte.
¡Cómo te han de olvidar los que admiraron

¹³⁰ *Diario de Córdoba*, 22 de septiembre de 1904, p. 2.

¹³¹ *Ibid.*, 23 de septiembre de 1904, p. 1.

tu claro ingenio, y aquellos de quien fuiste
docto maestro y luminoso guía;
los que tu ameno trato frecuentaron,
y rinden culto á cuanto grande existe
en la Ciencia, en el Arte y la Poesía!¹³².

Los días posteriores, una vez que la noticia del fallecimiento de Pavón se da a conocer en toda España, otros amigos suyos envían igualmente pequeños artículos al *Diario de Córdoba* recordando al literato y humanista, al académico y cronista, pero sobre todo al hombre bondadoso que fue nuestro académico. Es el caso de Pedro Alcalá-Zamora, con su artículo titulado “Muertos ilustres”, y de Antonio Vázquez de la Torre, titulado “Mi pésame”, que son publicados el 27 de septiembre¹³³.

En ese mismo diario el Ayuntamiento daba cuenta de lo ocurrido en la sesión del día 26, celebrada a las 3,15 h. de la tarde y presidida por el alcalde interino señor García Martínez. En ella se lee y aprueba un decreto de la alcaldía dispensando los derechos de inhumación en enterramiento familiar del cadáver del cronista de Córdoba don Francisco de Borja Pavón en el cementerio de San Rafael¹³⁴.



Enterramiento de don Francisco de Borja Pavón y López en el cementerio de San Rafael.

¹³² *Ibid.*, p. 2.

¹³³ *Ibid.*, 27 de septiembre, p. 1.

¹³⁴ Sus restos se encuentran en el cementerio de San Rafael (*vid.* sobre su ubicación en dicho cementerio los datos ofrecidos por CECOSAM sobre los personajes ilustres enterrados en el cementerio de San Rafael). Después de ofrecer una breve biografía del finado nos muestra un plano, indicando el lugar donde se encuentra su enterramiento, justo al lado del que tenían sus padres. Al final de la biografía nos indica: “28/4/1907. Cronista de Córdoba (Panteones San Jaime, nº 134)”. Sabemos que sus restos fueron inhumados en el enterramiento familiar, donde ya estaban enterrados



Lápida financiada por el Ayuntamiento, con texto de Teodomiro Ramírez de Arellano, que se encuentra en la fachada de la casa donde nació Francisco de Borja Pavón y López.

A continuación el señor García Martínez hace un elogio de su figura, proponiendo que se levantara la sesión durante cinco minutos en señal de duelo y se nombrase una comisión para dar el pésame a la familia del fallecido. A continuación se realizaron dos propuestas: una, del señor Ramírez de Arellano, para que el Ayuntamiento costeara la impresión de las obras del insigne cronista y las ceda a su viuda, y la otra del señor Castejón para que se pusiese una lápida conmemorativa en la fachada de la casa donde nació el Hijo predilecto de Córdoba.

Todas las propuestas fueron aprobadas por unanimidad, acordándose también colocar los retratos de don Francisco de Borja Pavón y don Luis María Ramírez de las Casas-Deza en la sala capitular. Por último, para dar el pésame a su familia y ocuparse de todo lo referente a la impresión de sus obras se nombró una comisión formada por don Teodomiro Ramírez de Arellano, don Antonio Pineda y don Federico Castejón¹³⁵.

Posteriormente, el 3 de octubre, será otro de sus amigos, el ya mencionado poeta Pedro de Lara, que acompañaba a Redel en las visitas que hacían en los últimos meses a Pavón, quien escribirá igualmente

sus padres, pero la familia de Pavón posiblemente adquirió otro panteón al lado, trasladándose sus restos al nuevo en la fecha indicada anteriormente.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 2.

en el *Diario de Córdoba* un artículo dedicado al académico y cronista recientemente fallecido. En él hace un canto a su vida y su obra, destacando sobre todo sus cualidades humanas y científicas. Termina diciendo: “Nosotros, que tuvimos la suerte de tratarle con la más grata intimidad, y pudimos apreciar de cerca su ciencia y sus bondades, hemos sentido indecible amargura y desaliento al perder para siempre, arrebatado por la muerte cruel, al noble amigo y venerado maestro”¹³⁶.

Ese mismo día 3 de octubre hubo reunión del Ayuntamiento a las 2,30 de la tarde, en la que tras la lectura y aprobación del acta anterior el señor Castejón dio cuenta de la visita de pésame, efectuada por la comisión nombrada para tal efecto, a la familia de don Francisco de Borja Pavón. Asimismo comunica los deseos de gratitud expresada por la misma a la Corporación municipal por los acuerdos que tomó para honrar la memoria del fallecido. Dicha noticia saldrá publicada en el *Diario de Córdoba* del 4 de octubre¹³⁷.

El 8 de octubre la revista *La Ilustración Española y Americana* publicaba –como dijimos al principio de este trabajo– la noticia del fallecimiento de Francisco de Borja Pavón, acompañada de su retrato, calificándolo como “patriarca de las letras cordobesas” y haciendo una breve –pero intensa– biografía literaria y humana del mismo. Terminaba diciendo “descanse en paz el cordobés ilustre, honra y gloria legítima de las letras españolas”¹³⁸.

Por su parte, la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en su sesión celebrada el domingo 9 de octubre a las tres de la tarde en su local de la plaza del Potro, bajo la presidencia del académico más antiguo, Conde de Torres Cabrera, acordó –después de suspenderse la sesión durante cinco minutos en señal de duelo por la muerte de su anterior director don Francisco de Borja Pavón– que la Academia costease una lápida conmemorativa para ponerla en la fachada de la casa en la que falleció el ilustre decano de las letras cordobesas. A continuación se procedió a la elección de la nueva junta directiva, siendo nombrado nuevo director don Teodomiro Ramírez de Arellano¹³⁹.

¹³⁶ *Ibid.*, 3 de octubre de 1904, p. 1.

¹³⁷ *Ibid.*, 4 de octubre de 1904, p. 2.

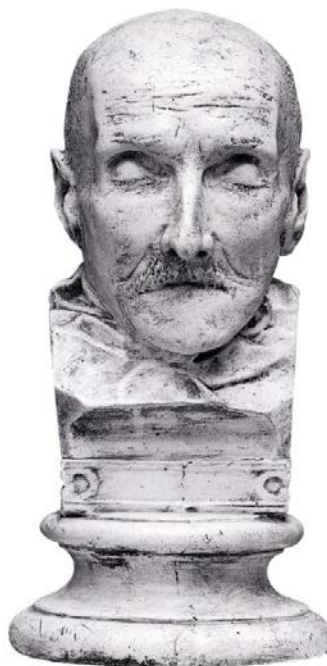
¹³⁸ *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, año 48, num. 37, p. 195 (8 de octubre de 1904).

¹³⁹ *Diario de Córdoba*, 11 de octubre de 1904, p. 2.

Dicha placa se encuentra en la casa de la esquina de la calle Maese Luis con la de Armas. Se trata de un nuevo edificio, pero el mármol recordatorio –como dice M. Salcedo Hierro– estuvo antes en el demolido caserón donde Pavón tenía su vivienda y farmacia. Su inscripción es la siguiente: “La Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba erige esta memoria a su director, el ilustre humanista doctor D. Francisco de Borja Pavón y López, que en esta casa rindió la jornada de la vida. Al 21 de septiembre de 1904”¹⁴⁰.



Retrato de don Francisco de Borja Pavón y López, realizado por Francisco Marchesi Butler (Real Academia de Córdoba).



Mascarilla funeraria de Pavón, realizada por Mateo Inurria (Real Academia de Córdoba).

En los meses posteriores al fallecimiento de Pavón el militar y pintor Francisco Marchesi Butler realizó un retrato del antiguo director para la Galería de la Real Academia, que –en palabras de Palencia Cerezo– podría considerarse propiamente moderno y que tiene sus antecedentes en el que hizo Enrique Romero de Torres en 1890 de la

¹⁴⁰ SALCEDO HIERRO, M., *op. cit.*

misma persona para el Ayuntamiento¹⁴¹. Igualmente la Academia de Córdoba se hizo con la mascarilla que Mateo Inurria le había hecho a Francisco de Borja Pavón en el lecho de muerte en 1904, encargándole posteriormente la realización de un pedestal del mismo material para poderla colocar a manera de obra escultórica, siendo entregado por el escultor a la Corporación académica el 27 de mayo de 1906¹⁴².

III. Francisco de Borja Pavón y López visto por sus contemporáneos

Son varios los autores que han recogido datos biográficos y opiniones personales sobre Francisco de Borja Pavón, la mayor parte de ellos contemporáneos de nuestro académico. Unos autores publicaron su biografía cuando aún vivía, otros lo harán una vez fallecido. Si los datos biográficos han sido ya reseñados, creemos que la visión general que queremos dar de Francisco de Borja Pavón no quedaría completa sin aportar dichas opiniones, que nos ayudan a conocer mejor a nuestro ilustre personaje, merecedor de un estudio más profundo que esta pequeña aportación para su conocimiento.

El profesor, poeta, político –pero sobre todo periodista– Rodolfo Gil y Fernández, nacido en la localidad cordobesa de Puente Genil, es el primero que en su libro *Córdoba contemporánea*, donde recoge un importante número de anécdotas sobre la cultura cordobesa del último cuarto del siglo XIX, hace una pequeña biografía de nuestro académico. En el primer volumen, publicado en 1892¹⁴³, nos dice:

En D. Francisco de Borja Pavón han visto sus compatricios... la noble figura de la honradez y de la modestia, dignificada y ensalzada por el genio... merece cuantas distinciones quepa conceder... a un crítico de gran talento, y sin hiel, a un eximio escritor, a un profundo erudito, a un mentor para la juventud literaria, a un mecenas protector de legítima aspiración en la república de las letras¹⁴⁴.

¹⁴¹ PALENCIA CERREZO, J. M^a., *La Colección de obras de arte de la Real Academia de Córdoba*, Córdoba, 2002, p. 82.

¹⁴² *Ibid.*, p. 173.

¹⁴³ GIL Y FERNÁNDEZ, R., *op. cit.*, pp. 201-212.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 210.

Posteriormente, Francisco de Paula González y Sáenz, licenciado en Derecho, escribió varias biografías de personajes cordobeses de su época, que publicó en un libro titulado *Biografías cordobesas contemporáneas*, cuyo tomo I fue editado en 1895¹⁴⁵. Una de ellas estaba dedicada a Pavón, si bien muchos de sus datos biográficos están recogidos literalmente de la que publicó unos años antes R. Gil, a la que le añade ciertas anécdotas obtenidas en sus conversaciones con el biografiado, que en cierto modo retratan su personalidad. Dice de él lo siguiente:

Es el señor Borja Pavón de amenísimo y cultísimo trato; sigue una vida retraída y uniforme, su carácter es más tímido que resuelto, por lo que se aparta de las ostentaciones y engreimientos; todo ello no es óbice á que en sus conversaciones, al par que la erudición, campee chispeante donosura y gracejo,... siempre estudioso, siempre correcto, siempre amigo sincero, complaciente, afectuoso y amigo de la paz...¹⁴⁶.

Enrique Redel y Alfaro, poeta e historiador cordobés, así como compañero de la Academia de Córdoba –pero sobre todo amigo– de Francisco de Borja Pavón, fue el que realizó a su muerte la necrológica en el *Diario de Córdoba*, donde nos ofrece también una biografía del finado, junto a sus impresiones particulares sobre el mismo, cargadas de emotividad y cariño. Se refiere a él con las siguientes palabras:

Con este insigne varón desaparece de nuestro lado el maestro de toda una generación literaria, el sabio humilde consultado por los jóvenes y por los hombres de edad madura, el ilustrador y propagandista de nuestras tradiciones... el caballero cristiano, modelo de prudencia y bondad, el amigo consecuente y el patriarca venerable de un hogar honrado. El ha sido el alma de nuestras reuniones literarias y hasta su último momento ha conservado una lucidez impropia de la senectud, el fuego del entusiasmo y del patriotismo, y ha seguido con mirada atenta el movimiento literario, observando la belleza y los defectos de libros y autores”¹⁴⁷.

¹⁴⁵ GONZÁLEZ Y SÁENZ, F., *op. cit.*, pp. 97-105.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 104.

¹⁴⁷ REDEL Y ALFARO, E., *op. cit.*.

La revista *La Ilustración Española y Americana* dice de él, al dar la noticia de su muerte, lo siguiente:

Su grande amor á los tesoros artísticos y literarios de su patria le movió á consagrar su vida á su estadio, y fruto de su inteligente y perseverante investigación son sus numerosos escritos, que constituyen una verdadera riqueza. El caudal de su erudición, puesto al servicio de una inteligencia de primer orden y de un clarísimo criterio, produjo obras realmente notables en cuantos asuntos trató con la profundidad del sabio, el acierto del crítico y la corrección y elegancia del literato; que todas estas condiciones brillan en sus escritos sobre historia, crítica artística, ciencias físicas y naturales, arqueología y numismática. A pesar de sus grandes méritos y de sus numerosos trabajos, su nombre no era tan conocido como debiera del gran público. A ello se opuso durante su larga vida la grandísima modestia que le caracterizaba, más satisfecho del respeto y del cariño de sus paisanos, que ganoso de la celebridad á que tenía pleno derecho. Descanse en paz el cordobés ilustre, honra y gloria legítima de las letras españolas”¹⁴⁸.

Más tarde, en 1911, el periodista y académico cordobés Ricardo de Montis y Romero, en su obra titulada *Notas cordobesas (recuerdos del pasado)*, dedica un capítulo del tomo I a la memoria de “D. Francisco de B. Pavón y la botica de San Antonio”¹⁴⁹. Aunque no ofrece datos biográficos de interés, comparado con las otras biografías, sí nos da su opinión del mismo al referirse a su persona de la siguiente manera:

Pavón no sólo era un literato, un erudito y un humanista notable, sino que poseía conocimientos generales y profundos tanto de ciencias como de artes, y además del idioma latino dominaba el francés y el italiano hasta el punto de traducirlos, hablarlos y escribirlos con irreprochable corrección. Contribuyeron á aumentar su ilustración los viajes al extranjero que hizo durante su juventud... Todo esto, unido a su memoria prodigiosa y á su carácter jovial, hacía que fuese amenísima la conversación de aquel anciano...”¹⁵⁰.

¹⁴⁸ *La Ilustración española y ...*, p. 195.

¹⁴⁹ MONTIS ROMERO, R. de, *op. cit.*, pp. 245-250.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 248.

Todavía, en 1921, otro escritor e historiador cordobés, Rafael Ramírez de Arellano, que aunque no pertenecía a la generación de Pavón y no había tenido una estrecha amistad con él, lo había conocido suficiente para incluirlo en el tomo I de su libro *Ensayo de un catálogo bibliográfico de escritores de la provincia de Córdoba, con descripción de sus obras*¹⁵¹. En él se refiere a nuestro patriarca de las letras cordobesas con las siguientes palabras, no exentas de alguna crítica al género de sus publicaciones:

“Pavón fue un hombre ilustrísimo e ilustradísimo, gran humanista y buen naturalista. A las letras y a las ciencias dedicó sus días, más a las primeras que a las segundas. Su fama era universal y siempre que algún sabio español o extranjero quería saber algo de Córdoba se dirigía a él y Pavón le contestaba con abundantes e interesantes datos... En contra suya tiene haber escrito poco en libros, aunque muchísimo en periódicos. De manera que aún siendo su labor literaria inmensa casi toda es perdida, pues sabido que el periódico se destruye y será muy poco lo que se conserve de este género de publicaciones. En cambio los libros, que siempre quedan, abundan poco en la labor literaria de Pavón...”¹⁵².

Más adelante señala igualmente:

...declaro aquí que he conocido muy pocas personas de una ilustración tan vasta como la de este hombre singular, para quien lo mismo era fácil el análisis que la síntesis, y que conocía profundamente todo lo producido por los ingenios españoles antiguos y modernos, así como los más caracterizados literatos franceses, italianos e ingleses, que leía en sus originales, pues los tres idiomas los dominaba. En cuanto a sus conocimientos de los escritores griegos y latinos, eran completos, y lo prueban sus magníficas traducciones de poetas clásicos”¹⁵³.

Sus siguientes palabras fueron, en cierto modo, proféticas, aunque –por suerte– no en su totalidad:

Aunque el Ayuntamiento de Córdoba acordó la publicación de las obras de Pavón, no veo claro que se realice, y es lástima, por-

¹⁵¹ RAMÍREZ DE ARELLANO, R., *op. cit.*, pp. 466-469.

¹⁵² *Ibid.*, p. 466.

¹⁵³ *Ibid.*

que por lo menos las traducciones de clásicos, sus memorias sobre varios asuntos de historia contemporánea, sobre todo de acontecimientos que presenció y narró con rara imparcialidad, y los estudios críticos de escritores españoles antiguos, sobre todo los de Arjona, deben publicarse, pues con ello se rendiría un tributo a las letras y a la historia de España... Yo consigno los méritos de Pavón como un justo tributo al hombre que ha valido más de todos los cordobeses de la segunda mitad del siglo XIX, y que me duele que el día de mañana, perdidos sus manuscritos y sus artículos periodísticos, no aparezca en el lugar que por sus merecimientos debiera ocupar. Además era el hombre más dúctil y amable que se puede soñar”¹⁵⁴.

Por último, reseñar la opinión que tiene sobre Francisco de Borja Pavón y López –aunque no fuese propiamente contemporáneo suyo– el historiador y político cordobés Antonio Jaén Morente, que como curiosidad se refiere a él también erróneamente como Borja Pavón. En su libro *Historia de Córdoba*, publicado por primera vez en 1921, destaca su figura dentro de la cultura cordobesa del siglo XIX al referirse a él –según dijimos anteriormente– como el último clásico cordobés, con una educación fuertemente basada en el estudio de los poetas clásicos, así como su amor por Córdoba y su cultura. Es precisamente esto último lo que le hizo vivir en Córdoba y no ampliar su horizonte, único defecto que –para el citado profesor– tuvo nuestro académico, el cual –en su opinión– si hubiese salido de la ciudad estaría al nivel de todos los grandes escritores e investigadores de la época¹⁵⁵. Dos párrafos de su libro hablan del carácter y la importancia de Pavón y López:

Mesurado, correcto, abundante, ha llenado toda una época; sus artículos, sueltos y desperdigados, debían recogerse y clasificarse. No por cercano a nosotros tiene la juventud actual derecho a desconocer y admirar a Borja Pavón¹⁵⁶. [...] Pavón hizo escuela. El fue el acicate y el maestro durante muchos años. Al final, en la senectud de su vejez, tuvo un patriarcado, que no ha tenido aún heredero¹⁵⁷.

¹⁵⁴ *Ibid.*, pp. 466-467.

¹⁵⁵ JAÉN MORENTE, A., *op. cit.*, pp. 213-214 y 219-220.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 214.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 220.

Conclusión

La figura de don Francisco de Borja Pavón y López llenó todo el panorama cultural de la ciudad de Córdoba en la segunda mitad del siglo XIX. En todas las instituciones cordobesas de aquella época estuvo presente, ocupando incluso en algunas de ellas puestos de responsabilidad. Sus valores humanos y científicos-culturales fueron reconocidos por todos sus contemporáneos. Su nombre traspasó las barreras geográficas de su ciudad natal y fue ampliamente reconocido a nivel nacional. Su extensa y variada obra literaria fue valorada por los prohombres de la cultura española del momento, con algunos de los cuales mantuvo relaciones de amistad. Sin embargo, como siempre, fallaron los hombres y las instituciones de su querida Córdoba, a la que no quiso abandonar porque prefería trabajar en ella y para ella.

Aunque sus méritos fueron reconocidos –tardíamente por alguna institución pública–, a su muerte se cumplió lo que Rafael Ramírez de Arellano y Díaz de Morales había predicho. Con el paso del tiempo no solo se perdió una gran parte de su obra, sino que incluso su propio nombre dio lugar a confusión entre muchos cordobeses, quienes a lo largo del siglo XX no han llegado a conocer su persona ni su obra. La frase del autor antes señalado, que temía que el nombre de Francisco de Borja Pavón no apareciese en el lugar que por sus merecimientos debería ocupar, desgraciadamente se ha cumplido, ya que una gran parte de sus escritos ni se conocen ni han sido estudiados.

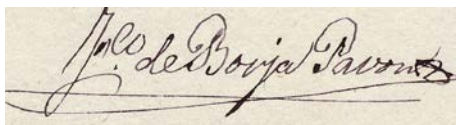
Hoy, cuando ya han transcurrido más de cien años de su muerte, buscar responsabilidades no tiene sentido. Pero sí reparar un daño moral que se le ha hecho a su nombre y a la propia Córdoba. Al frente de esa reparación debe estar el Ayuntamiento de la ciudad, que –aunque ha corregido el problema surgido con la rotulación de la antigua calle del Pozo– no cumplió el acuerdo de reunir e imprimir las obras de su cronista e hijo predilecto. Creo que ya es el momento de saldar dicha deuda porque si dejamos pasar otro siglo más su nombre, incluso, quedará borrado de la historia de Córdoba.

Y si el Ayuntamiento no cumple con su deber ético otras instituciones cordobesas deberían ocupar ese espacio. Una de ellas, sin lugar a dudas, sería la Real Academia de Córdoba, a la que estuvo vinculado –como hemos visto anteriormente– desde 1841 y en la que ocupó los cargos de censor, secretario y presidente, este último desde 1878 hasta su fallecimiento en 1904. Ella podría llevar a cabo la labor de recopiliación de sus trabajos, de los que una buena parte se encuentran aún

manuscritos, para su posterior impresión. Con ello evitaría que se perdieran las valiosas aportaciones que hizo a la cultura cordobesa, en particular, y a la española, en general, el gran humanista que fue, y último clásico de nuestra ciudad, Francisco de Borja Pavón y López.

La Real Academia contribuiría con ello a que los cordobeses del siglo XXI conocieran y admiraran a uno de sus antepasados más célebres, tanto por su categoría intelectual como por su humildad, restituyendo a la ciudad lo que el Ayuntamiento no fue capaz de cumplir en su momento. Sirva este trabajo como granito de arena para comenzar a saldar la deuda histórica que esta ciudad tiene con este insigne humanista, como en el centenario de su muerte ya recordó otro de nuestros académicos –Miguel Salcedo Hierro– ya fallecido, y al mismo tiempo sea el inicio de ese gran objetivo, que en su día nuestra corporación municipal se comprometió a realizar en la sesión del 26 de septiembre de 1904: la recopilación y publicación de todos sus escritos.

Para que este ilustre cordobés no caiga en el olvido, y esté siempre presente en la ciudad, una de las nuevas colecciones de libros que la Real Academia de Córdoba ha comenzado a editar en esta nueva etapa, dedicada expresamente a recordar a nuestros académicos, lleva el nombre con el que firmaba sus escritos:

A photograph of a handwritten signature in dark ink on a light-colored, slightly textured paper. The signature is written in a cursive, flowing style and reads "Fco de Borja Pavón y López". The signature is underlined with a single horizontal stroke.



Maraver en 1862.

**EL POLIFACÉTICO
DON LUIS MARAVER Y ALFARO
(1815-1886)**

por

MANUEL PELÁEZ DEL ROSAL
Académico Numerario

Se presenta en este artículo la radiografía biográfica de uno de los cordobeses provincianos más polifacéticos de toda su historia, a quien la fuerza del destino le dio fama y celebridad, tras numerosas vicisitudes, destacando entre todas ellas en el periodismo satírico con la salida a la calle de la publicación denominada *El Cencerro*, cuya tirada alcanzó la fabulosa cifra de 300.000 ejemplares, superando con creces la de los más acreditados periódicos nacionales y extranjeros contemporáneos. También se corrigen en este trabajo errores reiterados y se aumentan considerablemente datos biográficos hasta ahora desconocidos e inéditos.

“Vate de primera fuerza” llamó Antonio Alcalde Valladares a don Luis Maraver y Alfaro al prologar su rarísimo libro póstumo de poesía y prosa¹, destacando la valía literaria y otros muchos méritos del cronista cordobés.

La Real Academia de Córdoba, en la recién estrenada etapa que lidera José Cosano Moyano, abre una nueva línea editorial dedicada a “Académicos en el recuerdo (Colección Francisco de Borja Pavón)”, que junto a la de “Cordobeses de ayer y de hoy (Colección Rafael Castejón)” –de la que ha aparecido ya un primer volumen²–, da a conocer antiguos personajes históricos locales con nuevas perspectivas y otros menos estudiados por no decir ignorados totalmente.

Con este sano propósito hemos vuelto la vista atrás para perfilar y completar la biografía de una histórica figura cronista de la capital y de la provincia, escasamente divulgado, pese a sus numerosos biógra-

¹ *Almacén de quita-penas. Verso y Prosa por Luis Maraver y Alfaro*, Administración, Bola 12. Madrid, *Prólogo biográfico* de Antonio Alcalde Valladares, p. XV. El prologuista destaca que en la colección se contienen numerosas poesías, epigramas, cantares, cuentos, epitafios, telegramas, chascarrillos, canciones y hasta algunas leyendas en prosa con ribetes de novela.

² COSANO MOYANO, J., (coord.), *Cordobeses de ayer y de hoy*, Real Academia de Córdoba y Diputación Provincial, Córdoba, 2016.

fos³, tanto en su pueblo natal, Fuente Obejuna como en las ciudades en las que transcurrió una buena parte de su vida: Córdoba y Madrid.

Maraver, cronista de la provincia

En anterior ocasión publicamos un artículo que ha tenido una amplia repercusión y que titulamos “Notas sobre el primer cronista oficial de Córdoba y su polémico nombramiento”⁴. Ahora rematamos este aspecto del ilustre personaje, abundando en su también ganada a pulso distinción de cronista provincial, que se sumó a la municipal otorgada en 1855 y otras incidencias vitales.

Transcurría el año 1862. Estaba reciente aún el viaje de la reina Isabel II a la capital, en la que por agasajarla desmesuradamente se endeudaron las arcas municipales de forma considerable. El acta de la Corporación provincial recoge que en la sesión de 30 de abril se acordó que en relación con la solicitud para la edición del libro de la *Historia de Córdoba* que presentó el cronista don Luis Maraver avalada por el Ayuntamiento informara el diputado don Ángel de Torres. Días después en la sesión de 9 de mayo se acordó auxiliarle con

³ ALCALDE VALLADARES, A., GIL, R., *Córdoba contemporánea. Apuntes para la Historia de la Literatura en esta provincia desde el año 1859 en que se celebraron los primeros Juegos Florales hasta el próximo pasado 1891*, tomo I, Córdoba 1892, pp. 3, 29, 37-39, 51 y 159-160; DURÁN DE VELILLA, M., *Córdoba, sultana de Andalucía. Crónicas, reportajes y comentarios de un periodista*; “Poetas cordobeses del siglo XIX: Don Luis Maraver y Alfaro”, en *Vida y Comercio*, año VIII, num. 43 (enero-febrero 1963); ORTIZ JUÁREZ, J. M^a, “Un siglo de la muerte del cronista don Luis Maraver y Alfaro”, en *Córdoba en Mayo*, 1986; VALVERDE MADRID, J., “Don Luis Maraver y Alfaro”, en *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, (BRAC) num. 113, pp. 115-116; ESPINO JIMÉNEZ, F.M., *Todos los hombres de Isabel II: Diccionario biográfico de los protagonistas del reinado en Córdoba*, Diputación de Córdoba y A.E.C.S.H, Córdoba, 2009, pp. 220-223; ALLEPUZ GARCÍA, P., “Luis Maraver y Alfaro: arqueología cordobesa en el siglo de las revoluciones”, en *Boletín Arqueología somos todos*, 4 (2016), pp. 8-9, y generalistas en diccionarios (OSSORIO BERNARD, *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid, 1903-1904, pp. 351) o en historias del periodismo (CHECA, A., *Historia de la Prensa Andaluza*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1991; LUQUE REYES, R., “Periodistas en la Real Academia de Córdoba (y II)”, en *BRAC* num. 154 (2008), p. 260), etc.

⁴ En *Crónica de Córdoba y sus pueblos*, Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales, VIII, Córdoba, 2002, pp. 233-238. Más recientemente PELÁEZ DEL ROSAL, M., “Biografía de don Luis Maraver y Alfaro, hijo ilustre de Fuente Obejuna”, en *Córdoba en Mayo*, Córdoba, 2017, pp. 50-57.

10.000 reales, y al mismo tiempo recomendar a los ayuntamientos de la provincia la suscripción. En la sesión 17 de octubre “se dio lectura de una exposición del cronista municipal don Luis Maraver con que acompaña un libro en folio manuscrito ilustrado con láminas y buena encuadernación sobre los acontecimientos del viaje de SS.MM. y AA.RR. por esta provincia dedicado a la Corporación”. “La Diputación –añadía el acta– solo pudo examinarlo ligeramente y agradecida a la atención del señor Maraver determinó nombrarle Cronista provincial honorario y que se le diese una gratificación de dos mil reales para ayudarle a los gastos que se le habrán ocasionado por haber dado un trabajo tan extenso en corto tiempo”.

Maraver llevó a debido efecto su ofrecimiento viendo la luz el manuscrito con el título *La Corte en Córdoba* y remitió a la Diputación 80 ejemplares para que los diputados los distribuyesen entre los pueblos de sus distritos y poder tener estos una noción exacta de los festejos con que la provincia de Córdoba obsequió a los Reyes durante su visita y permanencia en ella⁵. Dificultades presupuestarias aplazaron el pago de la cantidad comprometida, pero al final fue satisfecha⁶. Años después, cuando ya Maraver se había residenciado en Madrid, pretendió el nombramiento de cronista provincial Luis María Ramírez de las Casas-Deza⁷, pero la Diputación tal vez considerando por respeto que el mellariense aún no había fallecido dejó el asunto sobre la mesa, y no se volvió a otorgar de nuevo hasta que este luctuoso hecho se produjo, favoreciendo con él a don Francisco de Borja Pavón, a petición de la Junta de Instrucción Pública⁸.

⁵ Un relato amplio en ESPINO ESPEJO, F. M., *Administración territorial y centralismo en la España liberal: la Diputación Provincial de Córdoba durante el reinado de Isabel II (1843-1868)*, Diputación de Córdoba, Córdoba, 2009. Una lápida en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores dejó testimonio de la visita a Córdoba de la “reina castiza” y su marido Francisco de Asís con su itinerante corte de los milagros.

⁶ Archivo de la Diputación Provincial de Córdoba (ADPC), HC 3781.2, *Libro de Actas de la Diputación de Córdoba 1862-1863 del 13 de marzo al 17 de abril*. Sesiones de 30 de abril (fol. 15), 9 de mayo (fols. 17 vto. y 18 r.) y 17 de octubre de 1862 (fols. 86 vto. y 87 r.) y 2 de marzo de 1863.

⁷ *Córdoba en el Siglo XIX. Memorias de L. M. Ramírez de las Casas Deza* (ed. de J.M. Cuenca Toribio), Córdoba, 1977, p. 309.

⁸ ADPC, HC, 3777, año 1886, *Libro de Actas de la Diputación de Córdoba 1886 del 17 de febrero al 13 de noviembre*. Sesión de 13 de noviembre, fols. 72 ss. esp. 98 vto.

Maraver, arqueólogo

La figura del cronista municipal y provincial de Córdoba don Luis Maraver y Alfaro ha sido examinada con cierta profundidad por los arqueólogos, uno de los cuales, Jorge Maier, ha redactado la entrada inserta en el *Diccionario Biográfico Español* abundando en esta faceta⁹ que aún siendo importante no es ciertamente ni la única ni la de mayor duración. Sin embargo ha sido la más analizada, reproduciéndose miméticamente reiterados deslices en cuanto a la fecha y lugar de nacimiento, que ocurrió el 17 de octubre de 1815 en Fuente Obejuna (no en 1812 ni en 1814), lugar en el que su padre ejercía la medicina¹⁰. Fue bautizado dos días después en la parroquia de Nuestra Señora del Castillo, oficiando el franciscano fray Alfonso de Arellano, imponiéndosele los nombres de Luis Agustín, José Lucas¹¹. Se lamentan asimismo desde la arqueología sus biógrafos¹² de no saber cuáles fueron los primeros pasos de su niñez y juventud, siendo así que aprendió las primeras letras en su villa natal (“...por quitarme de la casa / en la escuela me pusieron: ¡y qué poco aproveché! / en cambio salí maestro / en jugar a la pelota / y en apedrear los perros”)¹³, y que posteriormente se trasladó a Córdoba en donde estuvo cinco años en el Seminario. Eso sí, destacan sus famosas expediciones y excavaciones

⁹ Ver también VICENT, A. M., “Expedición Arqueológica a Fuente Tójar (Córdoba) por L. Maraver”, en *Corduba Archaeologica*, 15, 1984-1985, pp. 31-54; y sobre todo, MAIER, J., y SALAS, J., “Los inspectores de antigüedades de la Real Academia de la Historia en Andalucía”, en J. Beltrán y M. Belén (eds.), *Las Instituciones en el desarrollo de la Arqueología en España (III Reunión Andaluza de Historiografía Arqueológica)*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2006.

¹⁰ De familia oriunda de Llerena (Badajoz), sus ascendientes (los Maraver o Malaver), habían ocupado algunos cargos inquisitoriales como los de notario, familiar y médico del Santo Oficio de aquella localidad. Ver los antecedentes genealógicos en BARREDO DE VALENZUELA, A., *Índices de insertos en XXV años de la Revista Hidalguía*, tomo III, letras M-Q, Madrid, 1991, p. 863 (1977); y SALAZAR Y ACHA, J. de, *Estudio histórico sobre una familia extremeña, los Sánchez Arjona*, Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, Salamanca, 2001 (caps. XXIV y XXV).

¹¹ Archivo de la Parroquia de Nuestra Señora del Castillo de Fuente Obejuna, Libro 24 de Bautismos, folio 97.

¹² ALLEPUZ GARCÍA, P., “Luis Maraver y Alfaro: arqueología cordobesa en el siglo de las revoluciones”, en *Boletín Arqueología somos todos*, 4 (2016), pp. 8-9.

¹³ “La vida de Fray Liberto”, en *Almacén de quita-penas*, op.cit., p. 18.

realizadas en Fuente Tójar y Almedinilla (1867)¹⁴, y a las discrepancias para hacer lo propio en Munda (1868), por su pertenencia a la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Córdoba, y a la Inspección de Antigüedades, y por su interés en la formación del Museo Arqueológico de Córdoba y a su inicial dotación, “deuda impagable” a juicio de los expertos¹⁵. Hacen hincapié asimismo en su amistad y correspondencia con Amador de los Ríos y Aureliano Fernández Guerra, lo que le valió ser propuesto y nombrado Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia en 26 de enero de 1866, y al que finalmente califican como individuo “intuitivo y eficaz”¹⁶. Como deferencia hacia la insigne Corporación Maraver haría varias donaciones, y entre ellas una falcata procedente de la necrópolis ibérica de Almedinilla¹⁷. Asimismo Maraver donó al Museo Arqueológico Nacional (Sección de Antigüedades europeas y

¹⁴ MARAVER Y ALFARO, L., “Expedición arqueológica a Almedinilla”, en *Revista de Bellas Artes e Histórico-Arqueológica*, Serie II, tomo II, Madrid, 1868, pp. 307-323. Como bien han señalado MARTÍNEZ RUIZ, E., y CANTERA MONTENEGRO, J., *Perspectivas y novedades de la Historia Militar. Una aproximación global*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2014, pp. 19 y 22, la Real Academia de la Historia comisionó en 1868 a Luis Maraver para ilustrar las campañas cesarianas en la Bética, pero el estallido franco-prusiano, de un lado, y las discrepancias de los miembros de la Comisión hicieron fracasar el proyecto franco-español, estando pendiente el estudio global de lo que entonces se hizo de forma fragmentaria y parcial para calibrarlo mejor.

¹⁵ FRANCO MATA, M.^a A., “Las Comisiones científicas de 1868 a 1875 y las colecciones del Museo Arqueológico Nacional”, en *Boletín ANABAD*, tomo 43, num. 3-4 (1993) p. 125

¹⁶ MAIER ALLENDE, J., SALAS ÁLVAREZ, J., “Los inspectores de antigüedades de la Real Academia de la Historia en Andalucía”, en BELTRÁN FORTES, J., y BELÉN DEAMOS, M.^a (eds.), *Las Instituciones en el desarrollo de la arqueología en España*, Sevilla, 2007, pp.175-238; y VV. AA., MAIER ALLENDE, J., “200 años del nacimiento de Luis Maraver y Alfaro, historiador, arqueólogo, editor y periodista”, en *Comunicación, Historia y Sociedad, Homenaje a Alfonso Braojos*, Sevilla, 2001, pp. 212-213; SALAS ÁLVAREZ, J., “La utilización de la Arqueología Filológica para la utilización de escenarios bélicos en época antigua: Apuntes historiográficos para el estudio del caso concreto de Munda Pompeiana”, en E. MARTÍNEZ RUIZ, E., y J. CANTERO MONTENEGRO, J., (dirs.), *Perspectivas y Novedades de la Historia Militar. Una aproximación, global*, Madrid, 2014, pp. 155 y 167.

¹⁷ Cfr. MAIER, *Los inspectores*, op.cit., p. 209. La Reina por R. O. de 3 de abril de 1868 acordó darle las gracias y que se haga público por medio de la Gaceta este laudable acto de desprendimiento. Cfr. *La España* de 18 de abril de 1868, p. 2

egipcias) varias piezas como recoge la prensa madrileña¹⁸. La *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* de 20 de setiembre de 1878, número 18, registra un percutor o martillo de arenisca metamorfa carbonífera procedente de la cuenca carbonífera de Espiel y Belmez, donación que debió hacer con anterioridad Maraver y Alfaro y que el Gobierno envió a la Exposición de París de aquel año.

Como arqueólogo, Maraver puede ser considerado como el fundador del Museo Arqueológico de Córdoba (en cuya gestación tuvo asimismo interés el erudito local don Luis María Ramírez de las Casas-Deza), y de él fue su conservador, en virtud del artículo 34 de su Reglamento, desde 1866 hasta 1870. Los materiales procedentes de las excavaciones efectuadas en las necrópolis ibéricas de las dos localidades cordobesas Fuente Tójar y Almedinilla, entregadas a la Comisión de Monumentos, fueron el embrión del referido Museo, en cuyos fondos se conservan asimismo algunos escritos sobre las excavaciones¹⁹.

Sin embargo, no menor colaboración prestó al Museo Arqueológico Nacional. La correspondencia oficial con su director don Amador de los Ríos, iniciada en 1867, terminó convirtiéndose en amistosa y personal, llegando a tratarle de “padrino”. Ayuda a los comisionados gaditanos Juan Vilanova y Francisco Tubino en sus investigaciones en Cerro Muriano, dona numerosas piezas y estimula y contagia a otros compatriotas y alcaldes a que sigan su ejemplo, lo que efectivamente sucede. En 24 de diciembre de 1867 informa a su director del descubrimiento de más de 700 enterramientos en Almedinilla, y durante los meses de enero a julio de 1868 comunica que ha localizado Munda, y que ha podido salvar 12 ó 15 bustos romanos procedentes del convento de la Merced, entre otros pormenores. En definitiva, gracias a su gestión el Museo se enriqueció con importantes piezas romanas y árabes de incalculable valor²⁰.

¹⁸ *La Correspondencia de España, Diario Universal de Noticias*, de 25 de marzo de 1868, p. 3, da cuenta de algunos de los donantes, y del aumento de los objetos y de su catalogación con vista a la inauguración del Museo.

¹⁹ VICENT ZARAGOZA, A. M^a, “Trabajos arqueológicos inéditos en Fuente Tójar (Córdoba) de L. Maraver en 1867”, en *Cordvba Archaeologica*, num. 15, pp. 31-54. La autora transcribe la Memoria que el propio Maraver remitió en 20 de mayo de 1867 a la Real Academia de la Historia dando cuenta de sus actividades.

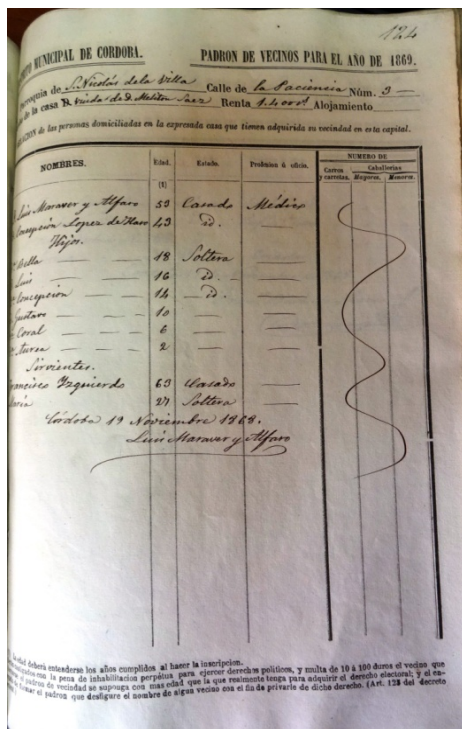
²⁰ FRANCO MATA, A., “Las Comisiones” *op.cit.*, pp. 125 y 126. La prensa de la época también destaca el descubrimiento en la catedral de Córdoba (la nota dice equivocadamente Sevilla) de una gran colección de inscripciones arábigas adornadas de círculos, ramas y estrellas, en número de 80, y en la parte de la mezquita amplia-

Maraver, médico

Con ser esta la profesión principal de la etapa de su madurez, apenas si se ha reparado en ella, tal vez porque ha quedado solapada por las otras más “mediáticas”.

Varios autores²¹ en este sentido afirman que es poco lo que sabemos sobre la formación de Maraver, excepto que era “Médico homeópata”, sin entrar en más detalles. Son efectivamente escasos los datos que hemos localizado al respecto, no obstante hacerse constar administrativamente en los padrones municipales cordobeses que era ésta su actividad habitual. La *Gaceta Médica* de 30 de diciembre de 1847 registra a don Luis Maraver como miembro de la Sociedad Médica General de Socorros Mutuos, como admitido el mes anterior y con la obligación de abonar la parte correspondiente de sus acciones en el plazo de tres meses improrrogables por habérsele expedido la patente con el número 4731 de la Comisión Provincial de Córdoba²². Ya en 1854 consta su par-

doba²². Ya en 1854 consta su participación en las medidas acordadas para remediar y curar la epidemia del cólera morbo que azotaba la capital. En efecto, a don Luis Maraver se le sitúa en el hospital de San Bartolomé y en el distrito cuarto que comprendía las parroquias de



Padrón de 1869, en el que figura su profesión de médico. (Archivo Municipal de Córdoba).

da por Almanzor. Y añade la noticia: “De todas se han sacado dibujos, algunos de ellos con gran trabajo, y teniendo que valerse de la luz artificial, porque apenas se perciban varios de sus caracteres. El Sr. Maraver piensa remitir los calcos que ha sacado á la Academia de la Historia”. *Cfr. Diario Oficial de Avisos de Madrid* de 28 de julio de 1867, p. 4.

²¹ DEAMOS, M.^a B. Y FORTES, B. (eds.), “Los inspectores...” *op.cit.* p. 203.

²² *Gaceta Médica, periódico de Medicina, Cirugía y Farmacia* (Oficial del Instituto Médico de Emulación), p. 8.

Santiago, San Pedro y la Magdalena²³. Años después su nombre aparece en una amplia disputa sobre las retribuciones de los médicos cordobeses, que se refleja en la prensa con nombres y apellidos de los facultativos locales, y ésta viene referida al brote colérico del año 1860. Esta vez Maraver queda asignado a la parroquia de San Juan para la asistencia gratuita a los pobres por enfermedades comunes o por contagio epidémico seriamente contestada en la prensa local²⁴. La meritoria asistencia y servicios prestados en esta infausta y azarosa ocasión le valieron a Maraver y compañeros ser felicitados por real orden inserta en la *Gaceta de Madrid* y en el *Boletín Oficial de la Provincia*²⁵.

El propio Maraver, encubierto en el seudónimo Fray Liberto, dirá que tras su retorno a casa después de haber cursado estudios elementales en la ciudad de Córdoba y cansado de “estudios sacristanescos” cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Sevilla (no en la capital del Reino)²⁶, profesión que ejercería durante más de veinte años en Córdoba hasta su marcha a Madrid a finales de la década de los sesenta del siglo XIX²⁷. Hay otro dato más que se suma a lo anteriormente expuesto y que complementa su especialización como pro-

²³ Cfr. ARJONA CASTRO, A., *La población de Córdoba en el siglo XIX. Sociedad y crisis demográfica en la Córdoba del siglo XIX*, Instituto de Historia de Andalucía, Córdoba, 1979, pp. 76 y 80.

²⁴ ASENSIO GONZÁLEZ, R., *Historias de la Medicina cordobesa en el siglo XX*, Fundación Colegio de Médicos de Córdoba, Córdoba, 2009, pp. 24, 32 y 36.

²⁵ “Ministerio de la Gobernación. Beneficencia y Sanidad. Negociado 3.º. Deseando la Reina (Q. D. G.) dar un público testimonio de la satisfacción con que se ha enterado por la comunicación de V. E., fecha 6 de agosto último de la generosa conducta é importantes servicios que prestaron á la humanidad doliente, durante la epidemia colérica del año próximo pasado, las corporaciones é individuos comprendidos en la adjunta relación ha tenido a bien acordar de conformidad con el parecer de V. E., quo se les den las gracias en su real nombre, y que esta soberana disposición y la relación precitada se inserten en la *Gaceta de Madrid* y en el *Boletín oficial* de la provincia de su mando. De orden de S. M. lo digo a V. S. para los efectos correspondientes. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid 15 de noviembre de 1861. Posada Herrera. Sr. Gobernador de la provincia de Córdoba. Relación de la corporación é individuos a quienes se refiere la precedente real orden”.

²⁶ ALCALDE VALLADARES, A., *Prólogo biográfico*, op.cit., p. VIII.

²⁷ En el padrón de vecinos para el año 1869 don Luis Maraver aparece avecindado en la casa propiedad de la viuda de don Melitón Sáez en 19 de noviembre de 1868 abonando de renta la cantidad de 1.400 reales, y consignándose en cuanto a su profesión u oficio la de “médico”. AMCO (Archivo Municipal de Córdoba), Padrón de 1869, fol. 124.

fesor de medicina homeopática, entendiendo por ésta la medicina alternativa basada en la doctrina de que “lo similar cura lo similar”²⁸. En la escritura otorgada el año 1865 ante el escribano cordobés López de Ilarduy respecto a su profesión declara ser médico y “cirujano”²⁹. Las fuentes periodísticas hasta el final de su vida destacan su condición de doctor en Medicina, título académico que no nos consta que hubiera recibido, aunque sí el de licenciado.

Maraver, profesor y académico

En 17 de agosto de 1846 Maraver se matricula en la Universidad Central de Madrid (Literaria) para obtener el grado de regente de 2ª clase en materia de Geografía, apareciendo en su expediente la nota de reprobado en fecha 4 de septiembre a juicio del tribunal constituido al efecto, lo que manifiesta a todas luces no haber obtenido la plaza³⁰. En su expediente se acredita ser licenciado en Medicina y bachiller en Ar-

²⁸ Fue en el siglo XIX cuando la homeopatía saltó a la popularidad, porque el tratamiento no causaba ningún daño, a diferencia de los sistemas usuales de la sangría o la purgación. Maraver debió recibir tales enseñanzas durante sus estudios universitarios, aunque después su ejercicio profesional no se viera compensado económicamente. Un colega médico, don Luis María Ramírez de las Casas-Deza, *Córdoba, op.cit.*, p. 139, dice al respecto que “...en las capitales ha llegado a haber tantos médicos que son muy pocos los que pueden vivir estrechamente con la profesión... Muchos son los médicos que, dejada la profesión, se han dedicado a otros empleos y ocupaciones para poder vivir”.

²⁹ Archivo Histórico Provincial de Córdoba (AHPC), Protocolos de don Francisco de Paula López Ilarduy, oficio 1, caja nº 16619 P, (1 de septiembre de 1865), “Desistimiento y nuevo arrendamiento de un fontanar otorgado por José Cobos y Soto y Juan Tarifa Santiago a favor de D. Rafael, D. Miguel Moreno Estévez y D. Eduardo Serrano y Muñoz”, fols. 342-349. En esta escritura se refiere que en 18 de febrero anterior, estos últimos en su calidad de propietarios le habían arrendado a don Luis Maraver el fontanar de Cuesta Blanquilla en el pago de El Higuérón, con sus casas, tierras y arboleda (frutales y olivos), y con una cabida de 18 fanegas y 8 celemines, por plazo de seis años, pero no conviniéndole éste se desistía del contrato a favor de José Cobos y Soto y Juan Tarifa Santiago en su condición de nuevos arrendatarios. Asimismo y por remisión de la anterior, *cfr.* AHPC, Protocolos de D. Juan Manuel del Villar Rodríguez, oficio 23 caja nº 9135 P (18 de febrero de 1865), “Arrendamiento de finca rústica a Rafael y Miguel Moreno y Eduardo Serrano y Muñoz, a favor de D. Luis Maraver y Alfaro”, fols. 199 ss.

³⁰ Archivo Histórico Nacional (AHN), Sección Universidades 6652, expte. 8. Aporta su título de licenciado en Medicina.

tes³¹. Esta capacitación le valdría, empero, ser contratado en 1864 como suplente en el Instituto Provincial de Córdoba, aunque con anterioridad a 1858 había sido ya profesor sustituto de Filosofía³². La penuria como galeno y su numerosa prole, le obligan a buscar otras ocupaciones generadoras de ingresos, y todas ellas fomentadas por su adscripción como miembro numerario de la Academia de Ciencias de Córdoba³³. Su ingreso en esta Corporación tuvo lugar precisamente el 19 de mayo de 1852, aunque había sido propuesto con anterioridad “según Reglamento”. En la sesión de 3 de septiembre de 1853³⁴ se acuerda expedirle el título de académico de número con la misma fecha.

Poco después procederá a leer una memoria titulada “Reflexiones acerca de los puntos de contacto que tienen entre sí la poesía y la pintura, y de las ventajas que resultan de la unión de estas dos artes”³⁵.

³¹ Cfr. “Memoria que acerca del estado del Instituto de Córdoba en el curso de 1862-1863 leyó el día 16 de setiembre de 1863 su director el Dr. D. José Muntada y Andrade”, Córdoba, 1864, p. 5: el excesivo número de alumnos fue motivo de dividir la clase en dos lecciones “encargando de una de ellas a D. Luis Maraver y Alfaro, Licenciado en Medicina y Bachiller en Artes, que había desempeñado varias sustituciones en esta Escuela...”. En 1867 la prensa nacional dice que es “ilustrado catedrático del Instituto de Córdoba” y que va “a emprender la publicación de una erudita historia de esta población”. Cfr. *El Imparcial* de 28 de junio, p. 3.

³² Con este motivo daría a la prensa en 1858 (imprenta y librería de don Rafael Arroyo, por cierto, editor e incluso socio que ocuparía mucho espacio en la vida de Maraver) de un pequeño libro de preguntas y respuestas que titularía *Elementos de Psicología y Lógica por D. Luis Maraver, Profesor sustituto de Filosofía en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Córdoba*. No obstante, su nombramiento como sustituto en letras del Instituto Provincial fue denunciado por carta al director en el periódico *La Nación* de 28 de octubre de 1864, p. 2, porque “no tiene las condiciones que piden los reglamentos vigentes, ni tampoco los conocimientos necesarios”.

³³ Su admisión en la Academia de Córdoba tuvo lugar el 19 de mayo de 1852, aunque había sido propuesto con anterioridad, y en ella desempeñó el cargo de secretario primero hasta mediados de la década siguiente. Cfr. Archivo de la Real Academia de Córdoba. *Libro 2º de las Actas de la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, que dio principio en 16 de octubre de 1818 y termina en diciembre de 1859*.

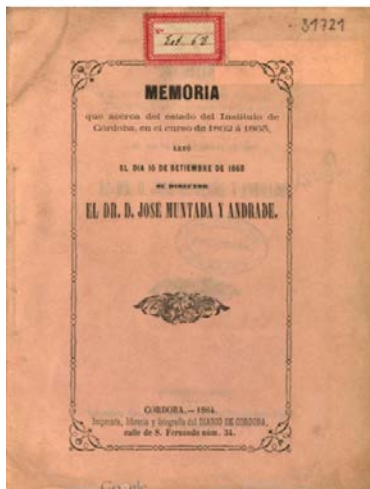
³⁴ “Se acordó expedir con esta fecha los títulos de académicos de número de D. Nicolás Saló y Prieto, D. Antonio Cubero y Vargas, D. Luis Maraver y Alfaro, D. José Saló y Junquet, D. José María Rey y Heredia (este último de mérito), debiéndose facilitar asimismo el título de socios a los señores mencionados que no lo hubieren recibido”. *Libro 2º de las Actas...*, op.cit.

³⁵ “La Corporación oyó con mucho gusto este trabajo, cuyas ideas explanaron después en algunos puntos varios señores, señaladamente los Académicos Saló y Ramírez”. *Libro 2º de las Actas...*, op.cit.



Grabado que figura en el libro *Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a Andalucía y a Murcia en septiembre y octubre de 1862*.

La pertenencia de Maraver a la Academia determinó una cierta frecuencia a sus sesiones³⁶ y compromiso como secretario primero, secretario segundo y bibliotecario. La normativa de la Academia diferenciaba también varias clases de académicos: de mérito, de número, correspondientes y socios. Dadas las penurias de la Corporación en este mismo año de 1853 se acuerda que los nuevos académicos que vayan recibiendo sus títulos satisfagan veinte reales por indemnización de gastos (sesión de 3 de marzo). La asistencia de nuestro biografiado se porfía en años sucesivos, participando activamente en las reuniones periódicas. Por ejemplo, en la de 21 de noviembre de 1863 se asienta en el acta que los socios, constituidos en Sección literaria, oyeron con la complacencia acostumbrada un fragmento de la Historia árabe cordobesa leída por su autor. Su presencia reviste cierta asiduidad en ese mismo año y en el siguiente³⁷. En 2 de abril de 1864 Maraver ofrece un ejemplar de la *Crónica del viaje de SS.MM. a la provincia de Córdoba* “que se recibió con gratitud y complacencia”, acordando su archivo y conservación “con particular aprecio”, y en las sesiones sucesivas de 9 y 12 de abril y 2 de julio continuó interviniendo, lo que le valió en 3 de diciembre que fuese distinguido como socio de mérito en consideración a la obra impresa con el título *Historia de Córdoba*. Al año siguiente, en 29 de julio de 1865, Maraver hace entrega a la Academia de dos trabajos titulados “Del libertinaje y la prostitución” y “Los montes deben hallarse en poder de los particulares, de los pueblos o del Estado”. Al mismo tiempo es encargado de la reforma estatutaria, la que lleva a cabo influenciado por el Reglamento de la Academia de Sevilla, sobre el que informa en 14 de enero de 1865, hasta su aprobación definitiva en 20 de enero de este mismo año.



Memoria del Instituto de Córdoba por don José Muntada (1864).

³⁶ Sesiones de 3.1, 17.1, 20.1, 16.3 y 30.4 de 1853; 1.7 y 9.7. de 1854; 28.1, 9.2, 12.2 y 19.2 de 1857; 29.3 de 1858; 9.6, 17.11, 3.12 y 19.12 de 1859.

³⁷ Sesiones de 28 de noviembre, 5 y 12 de diciembre de 1863, 16 y 23 de enero y 12 de marzo de 1864.

Durante el año 1867 Maraver da cuenta en la Academia de los resultados de las expediciones a Fuente Tójar y Almedinilla³⁸.

Los acontecimientos políticos de los años inmediatos siguientes van a determinar un cambio asimismo de su situación personal ocasionadas por sus ausencias en otros cometidos, acordándose en las sesiones académicas de 25 de enero y 22 de febrero de 1868 que sean excluidos de su número a los académicos que eludan su deber de asistencia, y, en consecuencia, sean declarados excedentes.

Su dilatada pertenencia a la Academia cordobesa no dudamos que debió dejarle su impronta. Pero la capital de provincia debió quedársele pequeña, lo que unido a sus ya numerosos contactos en Madrid, serán motivo principal de su traslado voluntario³⁹.

Fundación del semanario satírico *El Cencerro* y su marcha a Madrid

A partir de esta fecha nuevas responsabilidades y actividades editoriales marcarán el futuro de su periplo vital, al poner en marcha a finales de 1868 en Córdoba el periódico que le daría fama y dinero con el sonoro nombre de *El Cencerro*, de tendencia republicana federalista⁴⁰,

³⁸ Sesiones de 1 de junio y 19 de octubre. De ambas expediciones la Real Academia de la Historia conserva los ms. CACO 9/7951/38 (2) y CACO 9951/39 (4).

³⁹ *Guía de forasteros en Madrid para el año de 1864*, p. 729. Como secretario segundo de la Sociedad Económica de Amigos del País de Córdoba, a la que también pertenecía, tenía derecho a sentarse en las Juntas de la Sociedad Matritense.

⁴⁰ Esta publicación, que llegó a convertirse en un fenómeno de masas, comenzó a publicarse en Córdoba en 1868 (al alimón con el impresor Rafael Arroyo), durante un año y medio, hasta su traslado a Madrid. En la cabecera del número 70, Tercera Época (Madrid, 29 de marzo de 1870) se hace constar lo que sigue: “A nuestros lectores. *El Cencerro*, periódico semanal, político, satírico, burlesco, que pasa de castaño-oscuro, y que por espacio de diez y seis meses se ha publicado en Córdoba, ha trasladado su publicación a Madrid... de la Corte de los Califas hasta la Corte de las Isabeles...”. Años después, en 1874, se anuncia como “periódico satírico, político, burlesco, que pasa de castaño oscuro, con infinidad de cencerros, esquilonos, campanillas y cascabeles”. Y al propio tiempo se publicita *Fray Liberto* como “colección de acertijos, charadas, logogrifos, enigmas, geroglíficos (*sic*) etc., etc. etc”. Y se añade: “Se publica cada semana una cencerrada y una frailada”, indicándose los precios de suscripción que habrán de pagarse anticipadamente, el lugar de la adquisición y los tomos de uno y otro que estaban a la venta. CHECA GODOY, A., “Un censo de la prensa republicana española durante el sexenio revolucionario (1868-1874)”, en *República y republicanismo en la comunicación*, VIII Congreso de

al que otra publicación, *El Tambor*, trató de combatir o contrarrestar sin alcanzar su éxito. Consecuentemente Maraver abandonó la arqueología y su cargo de Inspector de Antigüedades y presentó su dimisión a la Comisión de Monumentos en 1869, de la que llegó a ser su secretario⁴¹. Las noticias de las excavaciones quedaron plasmadas en informes oficiales y sobre todo en la correspondencia que mantuvo con Aureliano Fernández Guerra, su protector⁴².



Cabeceras de *El Cencerro* cordobés (1869), *El Cencerro* madrileño (1974), y carátula del mismo periódico satírico.

Los viajes oficiales que hizo a Madrid, el atractivo de la Corte y, posiblemente, algunas desavenencias políticas, fueron motivos más que sobrados para dar el salto a la capital del Reino. Éste debió producirse en los últimos meses de 1869. La revolución de septiembre de 1868 produjo un gran quebranto en sus bienes, lo que le inclinó a mudarse con su familia a Madrid en 1869. No se sabe exactamente la fecha de su traslado. En 5 de junio de 1869 aún no habría hecho el traslado definitivo, como se deduce de la referencia aparecida en la

la Asociación de Historiadores de la Comunicación, Sevilla, 2006, da la fecha de 1868 de la publicación en Madrid de *El Cencerro*, dice, de tendencia satírico federal.

⁴¹ PALENCIA CEREZO, J. M^a, *Setenta años de intervención en el Patrimonio Histórico-Artístico cordobés (1835-1905) (La Comisión de Monumentos de Córdoba en el siglo XIX)*, Córdoba, 1995.

⁴² “Noticia de los descubrimientos”, en *Revista de Bellas Artes e Histórico-Arqueológica (RBAHA)* (Madrid), I (1867), p. 239; “Descubrimientos Arqueológicos en Almedinilla” y “Expedición arqueológica a Almedinilla”, en *RBAHA*, II (1867), pp. 9-10 y pp. 307-310 y 323-328, respectivamente. VER MAIER ALLENDE, J., y SALAS ÁLVAREZ, J., “Los inspectores de antigüedades de la Real Academia de la Historia en Andalucía”, en BELTRÁN, J., y BELÉN, M., (eds.), *Las Instituciones en el desarrollo de la Arqueología en España* (III Reunión Andaluza de Historiografía Arqueológica), Universidad de Sevilla, 2006.

prensa madrileña, dando noticia de la llegada a la capital del Reino de los restos de varios hombres célebres (el Gran Capitán y Ambrosio de Morales) con destino al Panteón nacional que se inauguraría algunos días después, y entre ellos procedente de Córdoba don Luis Maraver “individuo de la Comisión de Monumentos”, acompañado del diputado provincial don José María Jiménez y el alcalde tercero don Nicolás Laborde⁴³. Con algunas dificultades económicas pone en marcha la continuidad del semanario satírico *El Cencerro*, que viera la luz en Córdoba. Arriesga en esta empresa toda su hacienda y no cejará en su empeño hasta su muerte, a pesar de las suspensiones y amenazas de cierre por la autoridad gubernativa y algún procesamiento judicial por injurias, como el que padeció por haber criticado al general Martínez Campos en 1884⁴⁴.

Maraver, poeta, historiador y literato

La figura polifacética de Maraver no se comprende sin el análisis de su vena poética, patentizada desde tiempo atrás en *El Liceo Artístico y Literario de Córdoba* (Periódico de Literatura, Música y Modas)⁴⁵. Dimitido el primer director Mariano Soriano Fuertes⁴⁶, que

⁴³ *La Correspondencia de España, Diario Universal de Noticias*, sábado 5 de junio de 1869, num. 4214, p. 4.

⁴⁴ La prensa de la época decía al respecto: “Ayer se vio en juicio oral ante la sección tercera de la sala de lo criminal da la audiencia de Madrid, la causa instruida contra el director de *El Cencerro* D. Luis Maraver y Alfaro, por injurias inferidas al ex-ministro de la Guerra señor Martínez Campos. El Fiscal pide se imponga al acusado la pena de dos meses de arresto, pidiéndose por la defensa la absolución en atención a que según su entender el hecho no es constitutivo de delito”. Cfr. *El Liberal*, 1 de febrero de 1884, p. 3. En las páginas de *El Cencerro* y en otros periódicos (*Gil Blas*, *El Padre Cobos*) quedaron indelebles numerosos ataques más o menos solapados contra Prim, Topete, Villoslada, Selgas, Ayala, etc. No fueron pocos por unas u otras razones sus detractores. Entre ellos Jaén y Morente, Rafael Ramírez de Arellano y el más acerbo de todos Luis María Ramírez de las Casas-Deza. Cfr. *Córdoba en el siglo XIX. Memorias*, op.cit. p. 184, nota 88: “D. Luis Maraver, hijo de una cordobesa y médico establecido en Córdoba, ha manifestado gracia y talento para la poesía jocosa únicamente y falta de talento e instrucción para todo lo demás”.

⁴⁵ Es esta faceta una de las más significativas y continuadas de la vida de Maraver, a quien ya lo vemos en octubre de 1844 colaborando con un poema titulado “A la vejez viruelas”, a los que seguirán otros trabajos ora en prosa, “El llanto” (31 de octubre, número 3), o en verso como “Epigramas”, (14 de noviembre, num. 5, y 21 de noviembre, num. 6), “El pisotón” (28 de noviembre, num. 7), “El corazón de un poeta (19 de diciembre, num. 10) y el dedicado al famoso compositor Franz Liszt

había sido fundador de *El Liceo*, lo reemplaza en 6 de febrero de 1845 el secretario de la sección de Literatura, Luis Maraver⁴⁷. En *El Nuevo Meteoro* (*Periódico semanal de literatura, Artes, Teatros y Modas*) se lee en 22 de junio de 1845 lo que sigue: “Nuestro correligionario D. Luis Maraver, director del *Liceo de Córdoba*, periódico literario que se publica con bastante aceptación, parece que muy en breve dará á la prensa un tomito de canciones⁴⁸ con el título de *El Cancionero andaluz*. Todas cuantas hemos visto insertadas en su referido periódico de este género y firmadas por dicho autor, nos han gustado sobremanera; no solo por su originalidad y sencilla versificación sino también por su lenguaje puramente andaluz. Creemos tendrá buena acogida semejante idea por todos los que aprecien en algo los adelantos de nuestro país

(12 de diciembre, num. 9), “La educanda” (26 de diciembre, num. 11). Maraver ya era secretario de la sección de literatura y socio de mérito en 1844 y presidente de la sección dramática y director y redactor en 1845. Cfr. SIMÓN, A., *Liszt en España (1844-1845)*, Fundación Juan March, Madrid, 2005, p. 20.

⁴⁶ La amistad entre Soriano y Maraver no queda en entredicho. Ambos se dedican composiciones poéticas con posterioridad: Soriano a Maraver (“La buena ventura”. A mi amigo D. Luis Maraver, en *El Liceo* num. 22, de 29 de mayo de 1845) y Maraver a Soriano (“El bandolero”. Canción dedicada a mi buen amigo D. Mariano Soriano, en *El Coco*. Símil de los periódicos joco-serios de literatura y artes. 1 de junio de 1845, año 1, num. 5, pp. 2-3. Cfr. CRUZ CASADO, A., “La leyenda de José María el Tempranillo” (Raíces literarias), en MERINERO, R. (ed.), *Actas de las III Jornadas sobre el bandolerismo en Andalucía*, Ayuntamiento de Lucena, Córdoba, 2000, pp. 195-240.

⁴⁷ Cfr. LACÁRCCEL FERNÁNDEZ, J. A., *Soriano Fuertes y la prensa musical española*, tesis doctoral, Granada, 2015, pp. 32 y 64.

⁴⁸ *El Clamor Público* (Periódico del partido liberal) en su edición de 19 y 22 de enero de 1850, p. 4, (y también *El Heraldo*) publicita la suscripción a *Los Hechizos de Sevilla*, colección de seis canciones andaluzas con acompañamiento de piano o guitarra, y entre las cuales se incluye en segundo lugar denominada “El Titirimundi” de don Luis Maraver. La noticia añade las fechas de la publicación y el costo, así como las características de cada una de ellas, “constando cada canción de cuatro a seis láminas por lo menos”. *El Semanario Pintoresco Español* de 3 de agosto de 1845, num. 31, p. 247, ya advertía del éxito de esta publicación, y en tal sentido Víctor Balaguer decía: “Tenemos entendido que D. Luis Maraver, director del *Liceo*, periódico de Córdoba, publicará en esta corte un tomo de canciones, a las cuales da el título de *Cancionero andaluz*. Hemos leído muchas de ellas, entre otras *la Cigarrera, el Torero, la Cantinera, la Centinela, la Beata y el Marinero*. Original ha sido la idea del señor Maraver en escribir una canción para cada uno de los tipos más conocidos en nuestra sociedad; esta obra debe tener mucho éxito, le auguramos muchos suscritores y deseáramos que cayese en manos de un editor que la apreciase en lo que vale, y la publicase con viñetas alusivas á cada composición”.

natal; por lo tanto no podemos menos de recomendarlo a nuestros suscritores”. En este mismo año colabora en el primer número que saldría el 19 de octubre de *El Vergel de Andalucía*, “Periódico de amena literatura y artes dedicado al bello sexo”⁴⁹.

Años más tarde desde la prensa nacional se publicita con gran alarde escrito la venta de *Las Gracias del Mediodía*, colección de doce canciones andaluzas con acompañamiento o guitarra, y entre las cuales se incluye “Las ligas de mi morena”, poesía de don Luis Maraver con música de don Manuel Sanz⁵⁰. Posteriormente colaborará en otros medios escritos, participando en publicaciones humorísticas⁵¹, tertulias y juegos florales, que lo premiarán y consagrarán como poeta⁵². Así, en el número de 1 de noviembre de 1849, en *La Linterna Mágica*, *periódico risueño*, aparece un poema de Maraver titulado “A una bizca”, que concluye así: “... pues si me dan a escoger / entre una que bizca sea / y otra ciega, yo diré / sin que un punto me detenga / vaya la bizca con Dios / que yo prefiero la ciega”.

Su ritmo colaborativo prosigue durante toda la década siguiente y así en 1859 se publicitaron en el *Diario de Córdoba*, a imitación de los que se habían hecho en Barcelona, unos Juegos Florales con tres propuestas sobre temática religiosa, histórica y costumbrista, respectivamente: 1) La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, 2) La conquista de Córdoba por el rey San Fernando, y 3) La velada de San Juan (composición en variedad de metros). Luis Maraver y Alfaro ganó el tercer premio (un ramo de pensamientos de oro esmaltado), a juicio del jurado compuesto por el Marqués de Cabriñana, Carlos Ramírez de Arellano, Luis María Ramírez de las Casas-Deza y Francisco de Borja Pavón⁵³.

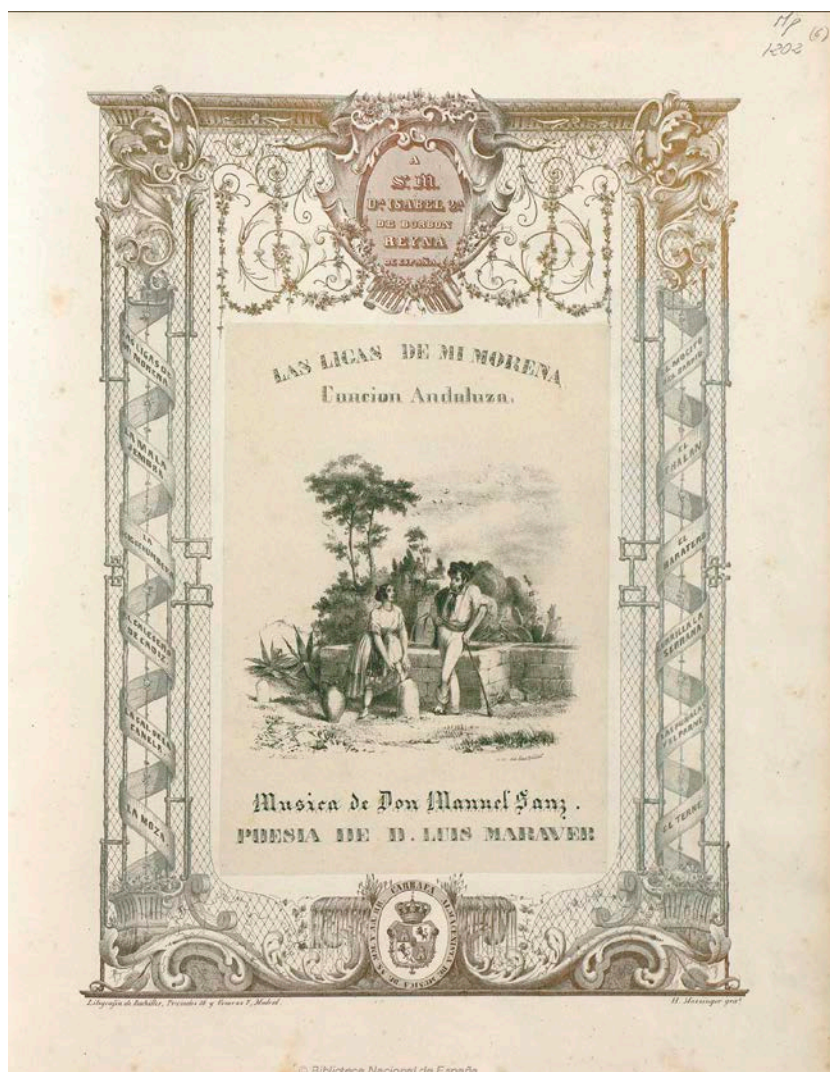
⁴⁹ La noticia la da el *Eco del Comercio* el miércoles 8 de octubre de 1845, p. 4.

⁵⁰ Cfr. *El Español*, Segunda Época, sábado 26 de febrero de 1848, num. 1.130, p. 1.

⁵¹ *Almanaque humorístico de El Guadalquivir para 1867*, Córdoba, 1867. Poema “La ratonera” firmado por L. Maraver y Alfaro, y, tal vez, “La estrella de la marina”, firmado por “L.”, p. 25.

⁵² Cfr. SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, A., “Certámenes poéticos en Córdoba en el siglo XIX”, en *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía, Córdoba, 1991, Andalucía Contemporánea, III*, Publicaciones de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y Obra Social y Cultural Cajasur, Córdoba 1996, pp. 371 ss. Más información en GIL, R., *Córdoba contemporánea*, I, Córdoba, 1892, pp. 2-5.

⁵³ DURÁN DE VELILLA, M., “El Marqués de Cabriñana del Monte”, en *Vida y Comercio*, año VII, num. 42 (noviembre-diciembre 1962).



Portada de la partitura “Las ligas de mi morena”, canción andaluza con música de Manuel Sanz.

Igual suerte exitosa corrió en los Juegos convocados al año siguiente. Esta vez los temas fueron 1) La entrada de Jesucristo en Jerusalén; 2) La prisión del rey Chico en Granada, y 3) Los amantes a la reja. El tercer premio le fue adjudicado a Luis Maraver y Alfaro. El jurado lo formaban el Conde de Torres Cabrera, don Rafael García Lobera, don Carlos Ramírez de Arellano, don Luis María Ramírez de las Casas-Deza y don Francisco de Borja Pavón. El 17 de mayo se aprobó el

Reglamento y el fallo del jurado tuvo lugar en casa del Conde de Torres Cabrera el 26 de mayo, víspera de la Feria de la Salud.

El poema de Maraver “La que quiera ir al cielo pele la pava” fue premiado con un pensamiento de oro⁵⁴, y finalizaba así:

Concluyo, pues: pero antes / permitidme que os refiera / lo que le cantaba un novio / al compás de su vihuela, / al ángel de sus amores, /que lo escuchaba á la reja. /Si tener novios niña / son tus deseos, / no vayas á buscarlo / en los paseos. / Que en las ventanas / los hallan las bonitas / y las medianas. / Cuando Eva tomó á empuño / que Adán pecara, / no pudo hallar un medio / que lo obligara. / Y la culebra / le dijo callandito / ponte á la reja. / Y yo te juro, niña, / por tus amores, / que amores de ventana / son los mejores. / Y aquí se acaba: / *La que quiera ir al cielo / pele la pava (sic)*⁵⁵.

La figura de Maraver no puede igualmente comprenderse sin tener en cuenta su producción como historiador-cronista y como literato, ya que cultivó además de la poesía todos los géneros literarios (teatro, narrativa e incluso la zarzuela⁵⁶) con cierto carácter festivo. En cuanto

⁵⁴ *Colección de composiciones premiadas el día veinte y seis de mayo. Dedicadas a las personas que favorecen su tertulia por el Conde de Torres Cabrera*, Córdoba, 1860, pp. 14-15 y 35-43; y en el prólogo presentado por Rafael García Lovera se decía: “El tercer asunto se prestaba á la poesía descriptiva, y escitaba con su interés de actualidad, ya la musa juvenil y picaresca, ya las rectas y sombrías consideraciones del moralista. Muy crecido fué el número de composiciones que se presentaron. En ellas se veía lo que son *los amantes á la reja*, asunto ocasionado á revelaciones peligrosas, y que exige por lo mismo prudentes y discretas limitaciones. Nada tiene de extraño que á pesar de estos inconvenientes, muchos vates se disputasen el triunfo en la arena del certamen: se anunciaba una escena en que casi todos han sido actores, y cuyo colorido local y eróticos misterios producían en unos el estímulo para escribir y en muchos la competencia para juzgar. Preciso es confesar, sin embargo, que se ofrecieron trabajos muy meritorios, que el Jurado tuvo el disgusto de no poder conmemorar, atento á la severa disyunción que le marcaba el precepto reglamentario”. El periódico *La Esperanza* le expresó su felicitación en el diario de 8 de agosto de 1860, p. 4.

⁵⁵ En este año 1860, el 20 de febrero, la *Revista de Literatura, Modas y Teatros, El Bardo*, num. 14, p. 8, le publica un poema dedicado a la señorita doña Aurora de Cánovas contestando a su lindísima “Plegaria a la Virgen”, que fue leída en el Liceo de Almería el 14 de enero. Destaca la noticia que el poeta Maraver tomó por consonantes forzados las mismas palabras con que terminaba cada uno de los versos de tan hábil poetisa

⁵⁶ *Fe, Esperanza y caridad*, con música del maestro Lucena. Se representó en el teatro Moratín de la calle Jesús y María en 1869.

a la primera de estas actividades se anotan sus publicaciones *Reseña de la Administración Municipal de Córdoba en 1861*, *Reseña histórica de la recepción y estancia de SS.MM. y AA. en Córdoba en 1862*⁵⁷, *Descripción de la Catedral de Córdoba*, *Guía de curiosidades cordobesas* (1867), *La Corte en Córdoba. Reseña histórica de la recepción y estancia de SS.MM. y AA. en la provincia de Córdoba en 1862*⁵⁸ e *Historia de Córdoba desde los más remotos tiempos hasta nuestros días* (1863 y 1865)⁵⁹. Por lo que respecta a la segunda es muy significativa su obra póstuma *Almacén de quita-penas. Primer cuaderno de poesías* (1886)⁶⁰, que corrió a cargo de su viuda⁶¹ y que se anunciaba ponderando la musa juguetona de sus poesías satíricas y festivas, espontaneidad, travesura y chispeante ingenio, que punzan como alfileres, pero siempre dentro de la más sana moral. Hay quien afirma que

⁵⁷ En 6 de noviembre Maraver le hizo entrega de un ejemplar a S. M. Cfr. *La Regeneración*, de 8 de noviembre de 1862, p. 3.

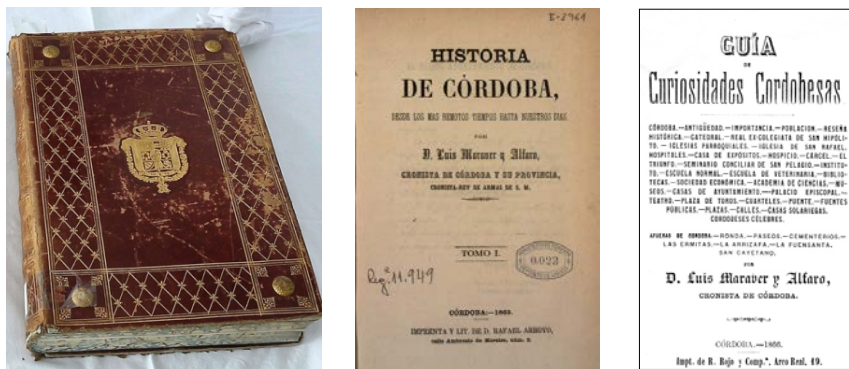
⁵⁸ En esta obra, poema dedicado a la Reina “¡Salud a la reina mía!”, pp. 145-148. Una reseña en DURÁN DE VELILLA, M., *Córdoba, sultana*, op.cit., pp. 67-71, y CASAS SÁNCHEZ, J. L., *Estudio de la historiografía sobre Córdoba y provincia (1700-1936)*, Caja Provincial de Ahorros, Córdoba, 1992, p. 71.

⁵⁹ Ya en 1862 Maraver se encontraba en plena faena. El periódico *La Corona* del sábado 1 de febrero de 1862, num. 43, p. 1, dice que “El domingo (anterior) por la mañana se reunieron los periodistas y literatos cordobeses en la casa del cronista señor Maraver, el cual les hizo conocer los trabajos y apuntes que tiene preparados para escribir la historia de Córdoba, de la cual tiene ya redactada una parte considerable. Dicen que es un trabajo concienzudo y digno de elogio”. Maraver publicó dos volúmenes en 1863 (éste dedicado al Excmo. Ayuntamiento) y 1865, respectivamente. Varios más se encuentran manuscritos en la Biblioteca Municipal de Córdoba (sig. 088-1-13 a 16, cuatro tomos siglo XVI). Hay constancia de una instancia del autor dirigida a la Real Academia de la Historia por orden del Ministro de Fomento y en su nombre el Director General de Instrucción Pública solicitando protección para la publicación de la *Historia de Córdoba* en seis tomos. La Academia acordó que una comisión formada por Pascual de Gayangos, Antonio Cánovas y José Moreno Nieto informaran al respecto. Cfr. MAIER ALLENDE, J., *Noticias de Antigüedades de las actas de sesiones de la Real Academia de la Historia (1834-1874)*, Real Academia de la Historia, Madrid (Archivo de Informes Oficiales de la Real Academia de la Historia de 28 de octubre de 1864). El Informe de la Academia no fue tan severo y aconsejó su publicación. No obstante, su obra histórica ha sido contestada por Jaén Morente o Rafael Ramírez de Arellano, cfr. DURÁN DE VELILLA, M., *Córdoba, sultana... op.cit.*, p. 103.

⁶⁰ Se anunciaba que aparecerían seis, de 96 páginas cada uno.

⁶¹ Para la mayor difusión de la obra con vistas a obtener suscripciones la noticia apareció publicada en numerosos periódicos, y entre ellos *El Correo Militar* de 19 de abril de 1886 y *La República* de 29 de abril del mismo año.

Maraver fue autor de otras obras, y entre ellas algún inédito desaparecido como la comedia denominada *Monomanía*⁶² o *Caparrotta, amores de un bandolero*.



Ejemplar del libro *La Corte en Córdoba* que conserva la Biblioteca Municipal, y portadillas del tomo I de la *Historia de Córdoba* (1863) y *Guía de curiosidades cordobesas* (1866).

De la participación de Maraver en tertulias literarias (Casa del Conde de Torres Cabrera) dio cumplida cuenta la *Revista Cordobesa de Ciencias, Literatura y Artes* del año 1860, en la que se refiere que el señor Meléndez hizo una graciosa defensa del invierno, réplica a la defensa del verano del señor Maraver que comenzaba: “¡Que yo bendiga el verano...! / Luis Maraver, vade retro...”, a las que respondió Canta-Claro (seudónimo) con otra composición titulada “Ni el verano ni el invierno” (A mis amigos los Señores don Luis Maraver y don Pedro N. Meléndez): “... Fuera vayan, fuera vayan / todos los tiempos extremos...”.

Maraver, político

Su faceta de político ha sido apenas estudiada. En 1854 fue nombrado secretario de la Junta Revolucionaria de Córdoba (la Vicalvarada) de corte progresista, que dio al traste con el gobierno moderado. La prensa contemporánea da noticias curiosas de la comisión cordobesa insertando varios bandos de fecha 23 y 24 de julio. Formaban además la comisión el coronel Espariz, Feliciano Ramírez de Arella-

⁶² Cfr. VALVERDE MADRID, J., “Don Luis Maraver y Alfaro”, en *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, num. 113, pp. 115-116.

no, Dionisio Rivas, don Manuel Luna, don Ángel Torres, el Conde de Hornachuelos, don José Uruburu y el Conde de Zamora de Riofrío. El diario *La Época* del 24 de julio incluye la proclama dirigida al pueblo y suscrita por Luis Maraver en su calidad de vocal secretario:

Cordobeses: El grito de libertad que las tropas leales dieron en el pueblo de Madrid, y que á costa de su sangre supieron sostener en los campos de Vicálvaro, hoy ha sido acogido con un entusiasmo indecible por el pueblo cordobés. El yugo que la nación ha sufrido por espacio de algunos años, y que la ha devorado de una manera espantosa en sus intereses, en su quietud, en su tranquilidad y hasta en su honor, se ha sacudido por todos los hombres sensatos, que solo apetecen ver á la nación floreciente, respetada y segura en todos los ramos de la pública administración. El programa que el Excmo. señor general D. Leopoldo O' Donnell, conde de Lucena, ha difundido y dado á conocer por medio de su proclama, es el de estricta legalidad, observación de los principios políticos constitucionales, reforma de los aranceles, distribución exacta de los cargos y de las recompensas y el armamento de una Milicia Nacional, constituida de la clase libre del pueblo honrado. Este programa lo acepta la ciudad de Córdoba, y su junta provisional, que está dispuesta á hacer que se respete, espera que la provincia entera lo acogerá con el júbilo que debe producir una causa tan gloriosa. Ciudadanos de esta provincia: haced que vuestra voz se oiga en esta junta, y los deseos de todos estarán cumplidos. Dios, patria y libertad. Córdoba 19 de julio de 1854. Pedro Julián Espariz, presidente. Manuel de Luna. Dionisio Rivas. Feliciano Ramírez de Arellano. José Cabezas y Fuentes, conde de Zamora de Riofrío. Ángel de Torres. El conde de Hornachuelos. Luis Maraver, vocal secretario.

La actividad de la junta no se redujo a la adopción de medidas de fuerza, sino a otras de carácter administrativo, como la de 21 de julio de ese mismo año 1854 para el nombramiento de una comisión calificadora de los méritos de los aspirantes a la colocación en los destinos de toda la administración civil y judicial y derechos de puertas, consumos y tabacos, que como secretario suscribió Luis Maraver⁶³.

⁶³ Cfr. *La España*, 5 y 9 de agosto de 1854, p. 4.

Pese a su activa participación en la Junta no consiguió formar parte de ninguna de las dos candidaturas que concurrieron a las elecciones de dicho año⁶⁴.

El ámbito familiar

Tampoco éste es suficientemente conocido. Fueron sus padres don Antonio María Manuel Maraver Cañas-veras y doña Juana Alfaro. El progenitor fue médico en Fuente Obejuna, en donde había nacido en 1777. Fue sin duda un personaje controvertido por su colaboración con el invasor francés durante la guerra de la Independencia⁶⁵. De su matrimonio contraído en la cordobesa parroquia de



Calle de la Paciencia en 1853, en la que vivió Maraver. (Litografía de F. J. Parcerisa)

⁶⁴ AGUILAR GAVILÁN, E., *Vida política y procesos electorales en la Córdoba isabelina (1834-1868)*, Cajasur, Córdoba, 1991, pp. 271 y ss.; PALACIOS BAÑUELOS, L., *Historia de Córdoba. La etapa contemporánea*, Monte de Piedad y Caja de Ahorros, Córdoba 1990, pp. 216-221. El diario *El Bolear* publicado en Palma en 30 de julio de 1854 se hace eco de la noticia aparecida en *El Correo de Andalucía* del siguiente tenor: "... la noche del 19, tan luego como se publicó el parte por medio del cual se anunciaba la caída del ministerio, se nombró y quedó constituida una junta provisional y de gobierno, compuesta de las personas siguientes...". Y con mayor extensión el diario *El Católico* ("Periódico religioso y monárquico") en su edición de 29 y 30 de julio, num. 4846, publica los bandos de Córdoba de los días 23 y 24 declarando el estado de sitio en la capital y la disolución del batallón movilizado que se estaba creando. En 24 de septiembre de 1854 la Comisión reunida en Lucena reconoció la candidatura encabezada por el Sr. Conde de Hust. *Cfr. La Nación*, 3 de octubre de 1854, p. 2

⁶⁵ Ver el impreso de 27 de enero de 1814 titulado "Representación que han hecho al señor Gefe Político varios vecinos de Córdoba, alegando de nulidad contra las elecciones para los oficios de Ayuntamiento repetidas en 23 de este mes", y la "Respuesta a las pesadas Observaciones que hace un Observador sobre la representación que se ha hecho al Señor Gefe Político por tres Ciudadanos", firmada por Antonio Maraver en 3 de febrero, y la contestación "A Don Antonio Maraver dos palabras", de 5 de febrero, suscrita por "El Amante de la Constitución". Biblioteca Diocesana de Córdoba, Fondo Antiguo, Sig. COFA 19/R.026.578 (41), volumen facticio. En la biblioteca de don Francisco Pavón se conservaba una "Instrucción pesada para el

San Pedro en 15 de agosto de 1845⁶⁶ con la veleña doña Concepción López de Haro Muñoz (1824-1901), nacieron ocho hijos, Néstor (1846-1900)⁶⁷, Bella (1850-1926)⁶⁸, Luis (1852-1886)⁶⁹, María Concepción (1854-1945)⁷⁰, Gustavo (1858-1909)⁷¹, Coral (1862-1955)⁷², María de la Luz (1865-1869) y Aurea (1867-1893)⁷³, de los que le sobrevivirían siete. En Córdoba se domicilió en la calle Carreteras (hoy Pedro López) y Paciencia número 3 (hoy José Zorrilla), y en Madrid primero en la calle de Pelayo y después en Corredera Baja de San Pedro. Fueron asimismo personajes relevantes algunos de sus hermanos, como Felicísimo⁷⁴ o Antonio⁷⁵, éste último empleado de

Médico Maraver por su ligero escrito de 3 de Febrero de 1814”, en 4º y con 12 páginas numeradas, que vio la luz en este año de 1814 en la Imprenta Real, como complemento o respuesta al anterior. Cfr. VALDENEBRO Y CISNEROS, J. Mª de, *La imprenta en Córdoba. Ensayo bibliográfico*, Madrid, 1900, num. 909, p. 401.

⁶⁶ Archivo de la Parroquia de San Pedro de Córdoba, Libro 9 de Matrimonios, fol. 99 vto., siendo oficiante don Félix de la Torre y Orbe, y dispensándole el provisor de las preceptivas tres “municiones”.

⁶⁷ Casado con doña Felisa Serrano Izquierdo en 1873. Fue director del Banco de España de Palma de Mallorca.

⁶⁸ Casada con don Ramón Serrano Izquierdo en 1873.

⁶⁹ Casó con doña Gertrudis Picornell en 1878. Fue capitán del Regimiento de Infantería de Covadonga, número 41, emigrado por los sucesos de la sublevación sediciosa de la guarnición de Badajoz. Cfr. *El Correo Militar* de 16 de agosto de 1883, p. 3.

⁷⁰ Casó en 1876 con el coronel graduado don Agustín Luque y Coca, cuyo hijo don Ernesto Luque Maraver (nacido en Madrid el 15 de abril de 1883 y casado con doña Rosario Bernaldo de Quirós Argüelles, natural de Llanes) fue coronel de Caballería de Estado Mayor, agregado militar en la Corte del último zar de Rusia y gentil hombre de Cámara de S. M. Alfonso XIII. Falleció en Madrid el 11 de mayo de 1966 siendo ya general. Cfr. *Anales de la Real Academia Matritense de Genealogía*, vol. V., 1998-99, p. 43. Otro hermano de Ernesto, de nombre Agustín, comandante que en plena juventud ingresó en el Cuerpo de Inválidos después de haberse sacrificado por la patria, casó con doña Carmen Gutiérrez de Toral. Cfr. *ABC* de 7 de enero de 1909, p. 7.

⁷¹ Casó con doña Carmen Sánchez.

⁷² Casada con don Manuel Serrano Izquierdo en 1876.

⁷³ Casó con don Eugenio Alonso Granés en 1887. Murió a los pocos días de un feliz alumbramiento la hija menor del inolvidable y distinguido médico y literato Maraver y Alfaro, decía *El Heraldo de Madrid* de 26 de noviembre de 1891, p. 2. “Son estos golpes para los que no bastan vulgares consuelos, y nos limitamos á acompañar en su sentimiento al esposo de la finada, nuestro querido amigo D. Eugenio Alonso Granés”.

⁷⁴ Perteneció éste al partido progresista. Democrático. Cfr. NAVAS LUQUE, J., *La revolución de 1868 en Córdoba capital*, Córdoba, 2001, pp. 86 y 150. En “La Comisión inspectora del censo electoral. Distrito de Córdoba”, de 1866, aparece domici-

Hacienda Pública, o su sobrino César Maraver y Cairo, autor de la leyenda *Azzahra* (Madrid, 1878), dedicada a su tío⁷⁶. Alguno de sus hijos padeció también los sinsabores de la política, y otros siguieron la carrera militar. Su hermano Feliciano Maraver fue asimismo miembro desde 1866 de la Sociedad Económica de Amigos del País, entidad agregada a la Academia, y sus nietos Luis Maraver Serrano, hijo de Néstor y Felisa Serrano Izquierdo, además de periodista, abogado, oficial primero de las Cortes, jefe superior de la Administración Civil del Estado, diputado y gobernador civil de Guadalajara y La Coruña⁷⁷. Un hermano de éste, Manuel Maraver Serrano, fue asimismo licenciado en Ciencias, catedrático de Matemáticas y fundador y director de *La España Industrial* (1897-1901)⁷⁸.

liado como propietario en la calle San Pablo número 51, con el nombre de Felicísimo Maraver y Alfaro, p. 8.

⁷⁵ Casado con doña Concepción de Alfaro y López (1835-1898), hija de don Antonio Alfaro y doña María López. Cfr. AUMENTE MARTÍNEZ, J., “Los Alfaro”, en *Armería y Nobiliario de los Reinos Españoles*, Ediciones Hidalguía, III.

⁷⁶ El *Boletín de Toros y Loterías* de 5 de agosto de 1878, num. 1432, p. 4, dirá del autor y de su obra: “Hemos tenido el gusto de recibir un ejemplar de la bellísima leyenda *Azzahra*, debida á la pluma del joven escritor don César Maraver, que, como se dice muy bien en la primera página de dicha leyenda, ha empezado su carrera de poeta por donde quisieran muchos concluirla. Damos al autor la enhorabuena y las gracias y recomendamos al público la composición poética referida”. El periódico *El Demócrata* de 10 de octubre de 1881, p. 1, lo incluye en la Junta Directiva del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Córdoba, con sede en el Casino Industrial, fundado “hace pocas noches”, confiriéndole una de las dos secretarías. Con anterioridad ya figuraba como vocal del partido democrático en la capital cordobesa. Cfr. *El Globo, diario ilustrado, político, científico y literario*, 13 de enero de 1879, num. 1.186, p. 2. Cesar Maraver fue propietario de la hacienda “El Brillante”, visitada por Castelar en 1893. Cfr. *La Correspondencia de España*, de 11 de abril de 1893, p. 3.

⁷⁷ Desde 1898 este cordobés, nacido el 6 de agosto de 1876, era director de la revista quincenal *El Herald de la Industria*, de contenido relativo a Industria, Agricultura, Comercio y Navegación. Tenía oficinas en Hamburgo y Londres. Colaboraban en ella algunos familiares. Agustín Luque Maraver, por ejemplo, era director administrativo. En su cabecera hacía constar que era la revista en su clase de mayor circulación de España. Se le ha tenido por hijo, cuando la realidad es que fue nieto de don Luis Maraver Alfaro.

⁷⁸ Agradezco las notas genealógicas que me ha proporcionado mi estimado amigo Alfonso Fernández Mellado, bibliotecario y archivero del Ayuntamiento de Fuente Obejuna.

Los últimos días

Don Luis Maraver y Alfaro falleció en Madrid el 25 de febrero de 1886. “Sus tres hijos, que le querían con delirio, no pudieron recoger sus últimos suspiros por encontrarse fuera de Madrid, y uno de ellos que vino desde París con ese objeto, tuvo que abandonarle sin ese consuelo, porque las tiranías políticas no le permitieron dulcificar las agonías postreras de su querido padre”. De su muerte se hicieron eco numerosos periódicos y medios de comunicación. En el diario *La Época* del viernes 26 de febrero apareció firmada por “Alguien” que ocultaba su nombre pero que lo conocía muy bien, un artículo titulado “La vida madrileña: El fundador de *El Cencerro*”, en la que se enfatizaba: “La biografía de Maraver es casi la biografía de *El Cencerro*, y entre el periódico y el periodista ha existido siempre enorme diferencia”. Y llevaba razón cuando añadía que desde Córdoba, en donde ejercía como médico homeópata con crédito e inteligencia y al propio tiempo se dedicaba a las bellas letras, no sin éxito y aplauso, y a la enseñanza de la literatura en el Instituto Provincial, se trasladó a Madrid en 1869 con toda su familia en donde continuó no sin cierta fatiga la edición de su periódico que llegó a alcanzar una tirada de 300.000 hojas, seis veces más que *El Imparcial*, cinco veces más que *Le Fígaro* de París y tres veces más que *The Times* de Londres⁷⁹. Un eminente especialista dirá de esta publicación: “Con Luis Maraver... al frente, muestra un periodismo de textos cortos, incisivos, con presencia, pero secundaria, de elementos gráficos, neto republicanismo y fre-

⁷⁹ No debió ser exagerada la cifra a deducir de la declaración relativa al abono mensual del impuesto por “timbre”: *El Cencerro*, 600 pesetas, *El Cascabel* 166, y *El Garbanzo*, 102. *El Siglo Futuro* (“Diario Católico”) dice en 10 de enero de 1882, fol. 2 que circula más que *La Correspondencia*, “y cuya tirada es superior a la del periódico que la suponga mayor en España”. Ni tampoco se nos escapa los problemas surgidos en su distribución postal, a los que alude *El Día* de Madrid de 19 de marzo de 1883: “En la redacción de *La Broma* se reunieron anoche los directores y representantes de casi todos los periódicos satíricos (a la sazón *El Cabecilla*, *La Broma*, *El Madrid Cómicó*, *Chorizos y Polacos*, *La Mosca Roja* etc.) que ven la luz en esta corte, con objeto de constituir un comité que represente sus intereses, lo mismo en Madrid que en provincias, ocupándose preferentemente en tomar las medidas necesarias para que los corresponsales no cometan abusos, que son muy frecuentes, y en gestionar cerca de la Administración central de comunicaciones, el medio de impedir el extravío de los periódicos: “Conformes todos con el pensamiento, acordóse nombrar el comité en esta forma: Presidente: D. Luis Maraver, director de *El Cencerro*”.

cuenta anticlericalismo. Asciende paulatinamente en ventas y se convierte en el satírico más leído desde mediados de 1871. Se mantiene hasta la muerte de Maraver, aunque entre 1875 y 1883 con cabecera diferente, *El Tío Conejo*⁸⁰. Y otro escritor añadirá: “Don Luis Maraver y Alfaro, su director propietario, y con el seudónimo de Fray Liberto, excita e interesa “la inteligencia del vulgo”⁸¹.



Maraver en 1886, año de su muerte (foto cortesía de don Alfonso Fernández Mellado). A la derecha, tumba de don Luis Maraver en el cementerio civil del Este de Madrid.

Los restos de don Luis Maraver descansan en el cementerio civil del Este de Madrid⁸². Un sobrio obelisco deja aún ver su nombre por cima de una corona de laurel, como único emblema que dio sentido a la vida y a la obra⁸³ de quien fue médico homeópata, cirujano, poeta, político, profesor, editor, arqueólogo, inspector de antigüedades, historiador, periodista, dibujante, académico de la Academia de Córdoba,

⁸⁰ CHECA GODOY, A., “Auge y crisis de la prensa satírica española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)”, en *El argonauta español* (on line), num. 13, num. 33.

⁸¹ Cfr. GIL, R., *Córdoba contemporánea*, op.cit., pp. 159-160.

⁸² Reza su lápida el siguiente lema: “Luis Maraver y Alfaro, fundador y propietario de El Cencerro. Tu viuda y tus hijos”. Cfr. *Recuerdo de los cementerios de Madrid. Noticias e inscripciones*, Madrid, 1891, p. 30.

⁸³ PELÁEZ DEL ROSAL, M., “El cronista Maraver y Alfaro”, en diario *Córdoba*, 6 de abril de 2017, p. 8.

Buenas Letras de Sevilla y de la Historia, coleccionista numismático⁸⁴, cronista municipal y provincial de Córdoba y por si fuera poco Cronista Rey de Armas⁸⁵. Al día siguiente de su muerte el periódico *La República* se expresaba así:

Escribiendo en el lenguaje más común del vulgo, en estilo festivo y valiéndose del epigrama y la sátira, ha contribuido el Sr. Maraver con tanta voluntad como éxito á la propaganda de las ideas republicanas... Reciba la familia del que fue tan cariñoso padre como buen amigo, la expresión de nuestro profundo sentimiento.

En el diario federal *La República* de 29 de abril de 1886 se leía:

Hace pocos días⁸⁶ anunciamos con profundo sentimiento la muerte de nuestro querido amigo y distinguido compañero Sr. Ma-

⁸⁴ Cfr. MARÍN ESCUDERO, F. *et al.*, *Archivo del Gabinete Numario. Catálogo e Índices*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2004, p. 105; MARÍN ESCUDERO, F., *Las monedas de Al-Andalus. De actividad ilustrada a disciplina científica*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2011, p. 223, nota 1407.

⁸⁵ Así consta en la portada de la *Crónica de la Historia de Córdoba desde los más remotos tiempos hasta nuestros días*, imprenta de Martínez y Talleda, Córdoba 1866: "Cronista de Córdoba y su provincia, Cronista Rey de Armas de S.M.". Según la *Revista de Noticias Generales Escenas Contemporáneas* de 24 de diciembre de 1862 este honroso nombramiento lo recibió en este año.

⁸⁶ 26 de febrero de 1886, p. 3: "Don Luis Maraver y Alfaro. Ayer falleció en esta capital D. Luis Maraver y Alfaro, antiguo y consecuente republicano y director propietario del periódico *El Cencerro*. trasladándose algún tiempo después á Madrid, donde dio tal impulso al popular periódico, que en ocasiones ha tirado de 60.000 á 70.000 ejemplares. Escribiendo en el lenguaje más común del vulgo en estilo festivo y valiéndose del epigrama y la sátira ha contribuido el Sr. Maraver con tanta voluntad como éxito á la propaganda de las ideas republicanas. Aunque las ideas de nuestro amigo eran federales y federal el sentido general de *El Cencerro*, estos años se había ocupado principalmente en excitar para la coalición de los partidos republicanos, siempre con alcance revolucionario. Es pues, una pérdida sensible para los republicanos la del Sr. Maraver, decidido, modesto y de bríos generalmente desconocidos, aunque tan grandes como verdaderos. Reciba la familia del que fué tan cariñoso padre como buen amigo, la expresión de nuestro profundo sentimiento. El entierro del cadáver de nuestro amigo y compañero, será civil, siendo conducido desde la casa mortuoria, calle de la Bola, número 12, al cementerio civil del Este, hoy á las diez de la mañana". Por su parte *El Motín*, "Periódico satírico semanal", y con el título de "Otro menos", daba la siguiente noticia el 28 de febrero, p. 3: "El viernes acompañamos al cementerio civil el cadáver de D. Luis Maraver y Alfaro, doctor en medicina, académico de la Historia y director propietario del periódico *El Cencerro*. Hombre de honradez intachable y de gran inteligencia, consagró su vida á

raver, director y fundador de *El Cencerro*. Hoy sabemos que su señora viuda ha tenido el buen pensamiento de publicar la primera parte de una obra que parece destinada a grandísimo éxito. Se titula *Almacén de quita penas* y se compone de artículos en prosa y verso escritos con tanta gracia y observación popular como todos los del Sr. Maraver. Lleva la obra un prólogo del distinguido poeta señor Alcalde Valladares, y se vende la primera parte á peseta el ejemplar en la calle de la Bola núm. 12.

No menos emotiva era la reseña aparecida en *Iberia*, diario liberal, el 26 de febrero de 1886: “Era el señor Maraver hombre de no vulgar ilustración y tan consecuente en política que siempre estuvo afiliado en el partido republicano”⁸⁷.

Pero sobre todo hay que mencionar la amplia colaboración que dentro de la sección “La Vida Madrileña” y con el título “El fundador de *El Cencerro*” apareció publicada en el diario *La Época* del viernes 26 de febrero de 1886 (número 12.071), firmada por “Alguien”, sospechamos que tal vez fue debido a la pluma de su dilecto amigo Antonio Alcalde Valladares, que incluimos en el Apéndice.

la defensa de la república, y fundó y sostuvo desde la revolución acá, el periódico más popular que ha existido y existe en España, notable por su recto y buen sentido. Descubrámonos con respeto ante el cadáver de Maraver, no solamente por lo mucho que trabajó en pro de la causa republicana y de la libertad de conciencia, sino también por no haber desmentido con su conducta al morir, como tantos otros hacen, sus predicaciones. Reciba su familia nuestro más sentido pésame, y maniéstese siempre orgullosa del hombre que acaba de sucumbir”.

⁸⁷ Los periódicos de Madrid y otros nacionales dieron la noticia de la defunción con más o menos extensión. El más lacónico de todos *El Día* (viernes 26 de febrero, num. 2087, p. 2): “Ayer falleció en Madrid el director-propietario de *El Cencerro* D. Luis Maraver y Alfaro”. Por su parte *La Discusión* (diario federal) decía: “Nuestro estimado compañero D. Luis Maraver y Alfaro, director y propietario de *El Cencerro*, ha fallecido. Acompañamos á su apreciable familia en el sentimiento”. *El Fusilis* (“Periódico político que sabe donde se halla”), publicado en Barcelona, en su num. 51, de 5 de marzo de 1886, pp. 3-4, informó: “Ha muerto don Luis Maraver y Alfaro, director del popularísimo periódico *El Cencerro* y republicano a quien debe mucho nuestra causa por el entusiasmo con que la ha defendido y propagado. *El Fusilis* envía su sentido pésame á su honrada y apreciable familia, así como á todos los redactores del colega”.

Conclusión

El ingenio de Maraver se proyectó durante varias décadas hacia el mundo de la sátira demostrando tener una vena muy sutil y fascinante. “Maraver explicó en forma sencilla y acomodaticia... lo que los demás exponían con palabras altisonantes y conceptos embrollados”⁸⁸. Su labor periodística en síntesis fue sin embargo el elemento esencial y sobresaliente. Y *El Cencerro* con su alternativa *El Tío Conejo* que lo sustituyeron cuando fue suprimido por la disposición gubernativa del primer gobierno de la Restauración, fue el medio agitador de las conciencias ciudadanas, creando una opinión pública que encontraba en aquellos periódicos la diversión, el costumbrismo, el humor, la mordacidad, el desenfado y la instrucción con un estilo cáustico y provocador. Fueron estos aspectos, sin duda, las claves del éxito y fortuna de este cordobés batallador, librepensador honrado y digno, y polemista controvertido⁸⁹, que se enfrentó con las autoridades y oligarquías cordobesas y nacionales⁹⁰, sin arredrarse ni acobardarse. Su fecunda vida cultural bien merece un estudio monográfico de “este obrero infatigable de la vida”⁹¹, a nivel de tesis doctoral o monografía, complementada con la edición de sus obras completas. Es de justicia.

⁸⁸ “No había casa de vecino o cortijada donde no se leyera, dice MONTIS Y ROMERO, R. DE, *Notas cordobesas (Recuerdos del pasado)*, Córdoba, 1911 (facsimilar, Monte de Piedad y Caja de Ahorros, Córdoba, 1989, I, p. 16). “*El Cencerro* no ha muerto aún, pero arrastra una vida misérrima porque el público que lo arrebatava de las manos de los vendedores hace cuarenta años ha progresado lo suficiente para que ya no le agraden los chistes groseros ni los diálogos insulsos”. Cfr. SALCEDO HIERRO, M., *Ricardo de Montis y Romero. Tiempo. Notas. Recuerdos*, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1990, p. 78.

⁸⁹ Desde la década de los sesenta del siglo XIX hasta el año 1931 estas cabeceras con sus apariciones y reapariciones fueron pasto de comentarios y discusiones en cenáculos y corrillos de numerosas ciudades y pueblos de toda España. A juicio de Montis “perjudicó extraordinariamente a la clase proletaria e hizo mucho daño a la Religión de nuestros mayores”, cfr. SALCEDO HIERRO, M., *Ricardo de Montis*, op.cit., p. 77.

⁹⁰ Cfr. ESPINO, *Todos los hombres*, op.cit., p. 221.

⁹¹ “Luis Maraver” en *Las dominicales del libre pensamiento*, sábado 27 de febrero de 1886, p.2.



Portada de *El Tío Conejo*, alternativa a *El Cencerro* cuando fue suprimido. (Facsimil Librería Els Gnoms).

APÉNDICE NÚMERO 1

La vida madrileña del fundador de *El Cencerro*

(*La Época*, 26 de febrero de 1886)

La mayor parte de los lectores de *La Época* no lo conocerán ni de vista; pero todos tendrán noticia de él y algunas veces lo habrán oído vocear.

Aludo al periodiquillo más democrático que ha existido en tierra española; al órgano de la *highlife* de las plazuelas, a *La Ilustración Española y Americana* de los cocheros de punto, al *Archivo Diplomático* de las cocineras y mozos de cordel; aludo a *El Cencerro*.

Diez y seis años hace que con ejemplar perseverancia todos los lunes, así en invierno como en verano, con Monarquía ó con República, en paz o en guerra, recorren en las primeras horas de la mañana los barrios populares y los mercados grandes y chicos, los vendedores de *El Cencerro*.

Tiempo atrás, por dos cuartos, y ahora por cinco céntimos, reparten ocho páginas de lectura en prosa y verso, y por añadidura con grabados; todo ello escrito y dibujado con arreglo a los lectores; esto es, en lenguaje y con figuras ordinarias, chabacanas y vulgarísimas.

Ningún periódico tiene cambio con *El Cencerro*; en ninguna redacción lo ve nadie; nadie es suscriptor del mismo; hay quien apenas sabe que existe, y, sin embargo, ese pliego de papel grosero y de frase burda; esa *Cenicienta* de la prensa cortesana, ha alcanzado mayor lectura que ninguno de cuantos periódicos hay ni ha habido en nuestro país, y ha hecho *ocho veces millonario*... ocho, cuando menos, a su fundador.

¿Y quién es éste? El ¿Y quién es éste? El anciano que, cargado de hijos, de trabajo y también de satisfacciones, ha fallecido ayer en su casa de la Corredera de San Pablo. D. Luis Maraver y Alfaro, doctor en medicina y cirugía, miembro correspondiente de la Academia de la Historia.

Si el fundador, director, propietario, redactor y dibujante de *El Cencerro*, que todo esto era a la vez, y al que la gente se imaginaría sin duda como un jayán sucio y desgredado, sin gramática ni retórica, escribiendo en mangas de camisa junto a un “porrón” de vino —ó cuanto más como un Marat, menos sanguinario y furibundo, pero no menos plebeyo y tosco— era un hombre ilustrado, cortés y amable, médico muy distinguido, poeta premiado en numerosos certámenes, estudioso y perito investigador de asuntos históricos, amantísimo padre de

familia, por último, rodeado, como los Santos del Veronés, de un coro de gallardos querubines.

No obstante, la biografía de Maraver es casi la biografía de *El Cencerro*, y entre el periódico y el periodista ha existido siempre enorme diferencia.

D. Luis Maraver ejercía en Córdoba –donde nació allá por los años del 20 al 25– la profesión de médico homeópata, con crédito é inteligencia. Al propio tiempo, y gracias a su índole esencialmente laboriosa, dedicábase a las bellas letras, y no sin éxito y aplauso, como apuntado queda, y a la enseñanza de la literatura en el Instituto provincial.

Ocurrióle un día que, para difundir las ideas democráticas, que eran las suyas, no había nada mejor que un papel impreso esencialmente popular.

Como lo pensó lo hizo y salió (en Córdoba siempre) el primer número de *El Cencerro*. A los pocos meses de publicación, habíase propagado tanto, que su fama –y su venta, que era lo mejor– se había propagado a toda Andalucía.

Acaeció en esto la revolución de setiembre, y a poco un gran quebranto en los bienes de Maraver. Buscando fortuna, como decirse suele, se trasladó en 1869 a la corte con toda su familia, que se componía de su excelente mujer, cuatro hijas y dos hijos, nada menos.

Los cónyuges y retoños Maraver se instalaron en un modestísimo cuarto de la calle de Pelayo; pero pronto soplóles la fortuna y tomaron el principal de un viejo caserón de la Corredera de San Pablo.

El doctor cordobés trató al punto de plantear su único negocio, ó mejor diré su única esperanza a la sazón, la publicación de *El Cencerro*; pero ¿cómo imprimir, ilustrar, repartir y vender un periódico sin dinero?

No se arredró por ello Maraver; y tal era la simpatía que inspiraba su persona, que papel, imprenta, máquinas... todo lo obtuvo al fiado.

En tan precarias condiciones salieron el primer lunes a las calles de Madrid el sacristán procaz e irreligioso, el fraile Liberto, glotón, murmurador y alegre, el gitano tío Conejo, armado de enormes tijeras y todos los especialísimos personajes de *El Cencerro*.

El padre de la familia escribía el texto y dibujaba los “monos”, como dicen los chicos; uno de sus yernos, militar, le ayudaba en la tarea literaria, y las hijas y otros yernos plegaban los números, hacían los paquetes, los llevaban al correo y trabajaban, por fin, en todas las labores mecánicas del periódico.

Por no sé qué adverso azar, quizás por una huelga, tal vez por falta de medios para pagar a los cajistas, quedóse en una ocasión sin imprenta *El Cencerro*.

¿Piensan VV. que se acobardó por ello Maraver? De ningún modo; aquel mismo día buscó cajas y letras, y él mismo (ayudado siempre de su familia) compuso el próximo número de su semanario.

Mientras tanto, éste adquiría rápidamente gran boga; *El Cencerro* sonaba ya, no como menudo cascabel o atiplada campanilla, sino como la campana mayor de una torre. ¡A los tres mesas de empezar a publicarse en Madrid, tiraba *cien mil* ejemplares!

¡*Cien mil!* doble que *La Correspondencia* y *El Imparcial*. Qué presto y qué bien había comprendido con su sagaz ingenio Maraver aquella conocidísima máxima de Lope hablando de sus comedias:

“Y como las paga el vulgo, es justo,
hablarle en necio para darle gusto.”

No, no era el escritor de *El Cencerro* el que exclamaba haciendo ascos, como el poeta:

Odi profanum vulgo, etc.

Por el contrario, calculó con gran tino, que siendo el vulgo lo que mas abunda, aquel que acierte a agradar al vulgo ha hecho su suerte.

Y tanto acertó, que pocos años después, en tiempo de la República, la tirada de *El Cencerro* llegó a trescientos mil ejemplares.

¡A lo que no ha llegado ningún periódico de España ¡Seis veces mas que *El Imparcial* de Madrid, cinco veces más que *Le Figaro* de París, tres veces más que *The Times* de Londres...!

Como en la imprenta que empleaba Maraver, ni creo yo que en ninguna, había mecanismo para lanzar las 300.000 hojas de una tirada, ni muchísimo menos, el mismo lunes en que aparecía un número de *El Cencerro*, empezaba la impresión y tirada del que había de aparecer el lunes siguiente.

A nadie sorprenderá, dados estos antecedentes, que en pocos años acopiase el antiguo médico de Córdoba un magnífico caudal. Ya no carecía, por supuesto, la familia de comodidades: el espaciosísimo salón de la Corredera de San Pabla era, a un tiempo, taller de plegar y empaquetar los números, despacho, cuarto de recibir: allí se congregaban hijos, yernos, nietos; se discutían temas, se emborronaban cuartillas, se reformaban los chistes... se hacía, en fin, el periódico.

Maraver perdió una buena parte de lo que ganara con *El Cencerro* en negocios varios, semejante en esto a D. Manuel María de Santana y su *Correspondencia*; pero lo ganado era tanto y tanta seguía siendo la

renta que procuraba el periódico, que el excelente padre ha muerto con la honda satisfacción de dejar a sus hijos en posición holgadísima.

Los suyos son, como ya indiqué, una esposa dotada de grandes virtudes, dos muchachos, dos nueras, siete niñas coma siete estrellas, toda una bellísima constelación.

De las hembras, hubo tres –¡caso peregrino!– que casaron con tres hermanos. Los dos hijos y tres yernos son militares; aquéllos empezaron de soldados, cuando la quinta de Castelar, y fueron ordenanzas de sus propios cuñados: hoy son oficiales distinguidísimos.

Dejando a un lado el carácter y tendencias de *El Cencerro* –periódico al fin y a la postre inofensivo– fuerza es reconocer que pocos caudales han sido amasados con mas tesón, con mas laboriosidad y mas honradamente que el que amasó Don Luis Maraver y Alfaro con su periódico.

Supo coger un cencerro de cobre, mohoso y grosero, y, a fuerza de agitarlo con maña, logró hacerlo de oro macizo, oro buscado, ganado y labrado por él.

Ahora rendido el merecido tributo a la memoria de ese valeroso y fuerte soldado de la prensa, y después de enviar a la buena y cariñosa familia de Maraver un sentido pésame, hagámoslo constar.

Hagamos constar que el primer periodista español que muere rico es el periodista de *El Cencerro*.

APÉNDICE NÚMERO 2

Prólogo biográfico de don Luis Maraver por Antonio Alcalde Valladares, inserto en el libro *Almacén de quita-penas*

Hétenos aquí, suspensos, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, corno decía Cervantes al escribir el prólogo del *Quijote*, por no saber cómo empezar, cuando pudieran decirnos que la amistad nos ciega o el cariño entorpece nuestros sentidos; pero los que conozcan el talento y la vida laboriosa de Luis Maraver, comprenderán que nuestros elogios son justos y merecidos, y que no aventuramos una palabra que no tenga su fundamento,

El trabajo es el centinela de la virtud, ha dicho Hornero, y nada mejor puede adaptarse a un hombre como Maraver, que ha consumido medio siglo en una laboriosidad constante sin más norma que la honradez, ni más camino que el de la virtud, distinguiéndose siempre por la severidad y pureza de sus costumbres y por la nobleza de sus pen-

samientos, lo cual nos evidencia que los que profesan ideas políticas avanzadas, tienen también almas templadas al trabajo, á la generosidad, y á los grandes sentimientos.

Sobre todo, hay un mérito en nuestro biografiado que no puede ménos de envidiarse y es, que todo se lo debe á sí mismo, que él se ha abierto un camino, le ha recorrido sólo y ha llegado al fin con toda la felicidad: ¡Cuántos no se han estrellado en ese mismo sendero! ¡Cuántos no se estrellarán al querer seguirle por donde él sólo ha sabido caminar. La llave de la ciencia es el talento, sin él no abre aquella sus puertas; pero hay que admirar en Maraver otra cualidad tan sobresaliente como el talento y es, la modestia, pero la modestia hasta la exageración; sin duda queriendo seguir la sentencia de Ovidio, que dice, que vivir oculto es vivir feliz: y en efecto, nuestro amigo ha vivido modestamente, pero siempre feliz, rodeado de su amante esposa y sus cariñosos hijos, que sólo pensaban en adivinarle los pensamientos.

Lejos del ruido del mundo, del bullicio de las gentes, de la algarazara universal, ha pasado diez y siete años sin permitir que su nombre ruede por las columnas de los periódicos ni cimentar su reputación sobre gacetillas imprudentes o elogios de periódicos amigos: en voluntario retiro se ha consagrado constantemente al culto de las letras y al amor de la familia, únicas adoraciones que le hemos conocido en su vida, y después la de su periódico favorito *Cencerro*, disfrazado alguna vez de Tío Conejo cuando los azares de la política lo exigía el cual se ha escrito sólo, exclusivamente sólo desde que lo fundó en 1868, hasta tres días antes de su muerte que grabó en él su último pensamiento: su mayor mérito consiste en haber publicado diez y siete años un periódico sin más redactor que su talento y su constancia.

Y no seremos nosotros los que culpemos a Maraver por el lenguaje más o menos culto de *El Cencerro*. ¿No se saca un diamante de una piedra, y un tesoro de una mina? Pues Maraver ha sacado una fortuna de su periódico sin más ayuda que su inteligencia y su trabajo; y si ha usado el lenguaje del pueblo, ha sido para infiltrarle con su mismo lenguaje las ideas democráticas que eran su ideal, y que en efecto, ha comprendido devorando el periódico y contribuyendo a que haya tenido una circulación desconocida en España. (*El Cencerro* ha llegado a tirar cerca de cien mil ejemplares).

Y téngase en cuenta, que nosotros que hemos querido á Maraver con toda nuestra alma, que hemos compartido con él trabajos y penalidades, que nada nos ha podido separar en esta vida de su estrechísi-

ma y sincera amistad, tenemos el amargo sentimiento de que en la otra nos separarán los brazos de una cruz.

D. Luis Maraver y Alfaro nació en Fuente-Ovejuna, provincia de Córdoba, el año 1815; estudió en esta ciudad filosofía con gran aprovechamiento, pasando luego á la Universidad de Sevilla á cursar la carrera de Medicina y Cirujía, que concluyó brillantemente, graduándose de doctor en la misma Universidad.

Una vez establecido en Córdoba, ejerció su profesión con gran crédito é inteligencia; pero pareciéndole estrecho el campo de la ciencia para llenar sus aspiraciones, invadió el de la literatura con el lucimiento propio de su docto saber. Desde 1843, y, cuando nosotros éramos casi niños, veíamos figurar su firma en el *Liceo de Córdoba*, *El Diario*, *El Guadalete*, *La Crónica* y otros periódicos, oyendo celebrar la letra de sus picarescas canciones que adquirieron gran popularidad.

En 1858 ya colaborábamos juntos en *La Crónica*, y pudimos apreciar de cerca la gracia, la intención y el donaire, con que escribía lo punzante de sus epigramas y lo rudo de sus ataques, porque como periodista de oposición, era duro y contundente.

En los juegos florales establecidos en Córdoba en 1859 por el inolvidable barón de Fuente de Quinto, inspirado poeta y eminente jurisconsulto, obtuvo Maraver el primer premio en el asunto de costumbres cuyo terma era la *Velada de San Juan*.

En los del año siguiente obtuvo igual triunfo con su poesía *Pelar la pava*: ambas van incluidas en esta colección, porque, en realidad, son dos joyas literarias en cuanto a gracia, donosura, originalidad y belleza.

En las reuniones literarias que también estableció en su casa el mismo barón de Fuente de Quinto, y luego continuó el conde de Torres-Cabrera protector incansable de la literatura cordobesa leyó nuestro escritor muchas de sus deliciosas producciones en verso y prosa que le valieron grandes aplausos y merecidos plácemes.

La revolución de 1868 abrió ancho sendero á las imaginaciones comprimidas; y Maraver que suspiraba por la libertad quiso exponer sus sentimientos y sus aspiraciones con toda su ingenuidad y buena fe; pero renunciando a todo beneficio para él, todo lo quería para el pueblo; y tanto es así, que jamás ha mendigado una posición ni á sus mismos amigos políticos.

De estas sencillas aficiones brotó *El Cencerro*, que empezó a publicarse en Córdoba; pero comprendiendo que el centro de la política era Madrid, donde afluyen y se combaten las más encontradas ambi-

ciones, se trasladó con su inseparable familia á la corte en 1870; dio vida al periódico flagelando al ridículo y vapuleando á sus enemigos políticos, con lo que logró *El Cencerro* gran popularidad y hacerse necesario á los que estaban connaturalizados con él. Al mismo tiempo escribía en *El Puente de Alcolea*, periódico revolucionario como lo indica su título.

Mas no se crea que esto solo absorbía las facultades intelectuales de Maraver, ni le robaba el tiempo para otros trabajos; al contrario, en estos últimos veinte años ha escrito mucho, pero ha publicado poco, a causa de su exagerada modestia, que sus muchos amigos habíamos logrado vencer últimamente convenciéndole para que publicase colecionadas sus poesías, que ya tenía casi arregladas cuando le sorprendió la muerte por desgracia.

Naturalmente, Maraver deseaba que nosotros le escribiésemos el prólogo, y nosotros deseábamos lo mismo; así es, que nos comprendimos sin hablar, y el prólogo se escribió, cuando ya las sombras de la muerte se cernían sobre su cabeza, cuando sus ojos casi apagados apenas si fijaban sobre el papel, cuando su espíritu abatido, postrado y sin aliento, parecía que anhelaba romper la cárcel de materia para perderse en los ámbitos de la nada. De ahí lo desaliñado de este prólogo, que ha sido preciso cambiar en la forma y recorrerlo en el fondo.

Las poesías de Maraver son en su mayor parte satíricas y festivas, que es el género a que más se plegaba en musa juguetona; pero en todas ellas resalta su espontaneidad (*sic*), su travesura, su donaire y aquel chispeante ingenio que le acompañó hasta el sepulcro. Son poesías escritas verdaderamente con sal y pimienta; poesías dignas del estro de su paisano Góngora, concebidas muchas de ellas quizás bajo los mismos limoneros, bajos los mismos naranjos y acacias, que inspiraron sus magníficos cantos á Mena, Lucano, Saavedra y al mismo autor de las *Soledades*.

No nos detendremos en examinar detalladamente tantos rasgos de ingenio, tantas composiciones humorísticas como contiene este libro, que arrancan la risa á las almas más tristes y apesadumbradas; estas poesías puede decirse que punzan como alfileres; pero dentro de la sana moral que nunca olvidaba nuestro malogrado autor. Desde las escenas de la comedia *Capa-ropa* hasta la *Vida de Fray Liberto*, revelan el buen humor de aquella imaginación festiva, cuya principal misión era hacer reír.

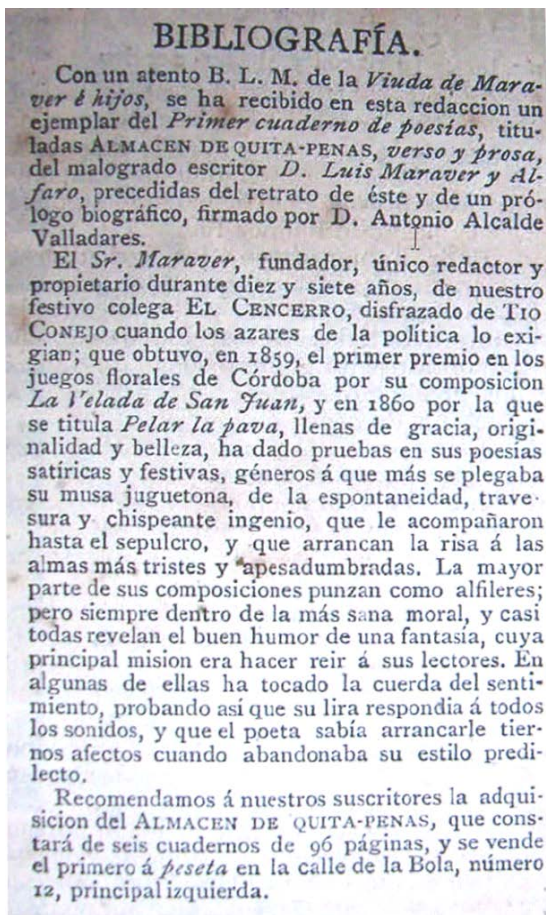
Véanse, entre las muchas que rebosan originalidad y gracejo, las tituladas *A una tuerta*; *Cosas superfluas*; *Mal por mal*; *Economía*; *Cómo se pela la pava*; *El lobo con piel de oveja* (fábula); *La Buena-ventura*; *La elección del diputado*; *Para entrar en la gloria*; *A la vejez viruelas*; *La Fuente del andaluz*; *Un pisotón*; *Me gusta el verano*; *Almoneda*; *Congreso de animales*; *El Cura en marcha*; *Los Bonachones*; *El Fielato de consumos*; *El maestro de escuela*; *El Peleón*; *Por haber votado* y otras cien que fuera prolijo enumerar.

La *Vida de Fray Liberato*, es en parte la vida del autor, descrita ingeniosamente en su estilo peculiar satírico y burlón; y la carta de *Jimili-Jaime a su novia*, escrita con motivo de la guerra de África, cuya lectura le valió entonces gran cosecha de aplausos, es un modelo de poesía flamenca.

Hay en la colección además deliciosos epigramas, bellísimos cantares, cuentos, epitafios, telegramas, chascarrillos y hasta algunas leyendas en prosa con ribetes de novela, como son *Una jugada de tresillo*, *Pobre Higinia*, *La República de San Marino*, *La Educanda*, *Un duelo a muerte* y otras.

También son lindísimas sus canciones, que como hemos dicho, se hicieron populares en aquel tiempo, tales como *Las Ligas de mi morena*, *El Calesero*, *El Pirata*, *El Centinela*, *El Asalto* y algunas más.

A pesar de que pocas veces ha tocado en su lira la cuerda del sentimiento, ha dejado algunas huellas de mérito que prueban que su pri-



Nota bibliográfica sobre la aparición del primer cuaderno de poesía *Almacén de quita-penas*.

vilegiada lira respondía a todos los sonidos, y el poeta sabía arrancarle tiernos acentos cuando quería abandonar su estilo predilecto. Véanse en ese género sus inspiradas composiciones *A un ciprés*, *A una flor*, *A unos padres en la muerte de su hijo*, y otras en las que también abandona el romance, su metro favorito y que ha manejado con gran soltura y fluidez, como puede verse en sus leyendas históricas *Los Comendadores* y *La Prisión del Rey Chico* y en las de costumbres cordobesas como *El Arroyo de las Piedras* y *La Feria de la Salud*.

Maraver, sobre todo, ha escrito sin pretensiones, no ha buscado esa falsa popularidad basada en los elogios mutuos ó en las alabanzas propias tan en juego hoy entre los escritores adocenados, y la prueba de ello es, que apenas ha firmado nunca ni sus poesías ni sus artículos, ni se ha exhibido en los centros literarios, ni ha buscado el aura halagadora del pueblo al que siempre ha defendido generosamente y sin esperar recompensa.

Víctor Hugo ha dicho que el genio es un sacerdocio; pero nuestro poeta no lo ha creído y ha abandonado el suyo en el retiro y la soledad; creía que su vida tenía un tiempo prefijado, y que no debía esperar ya más que ese momento fatal: la ciencia que con tanta exactitud había estudiado, así se lo pronosticaba, y no se engañó; pues contra la esperanza y los deseos de todos, el 25 de febrero de este año se corrió el velo del secreto que él sólo había comprendido.

Tal vez algunos tachen sus poesías de demasiado políticas y poco afectas á ciertas instituciones, pero esto no es extraño, porque hombre afecto á sus ideales tenía que defenderlos combatiendo los que encontraba en frente: también es posible encuentren en ellas algunas incorrecciones ó descuidos, los cuales, hijos de su abandono, de su indiferencia, del poco aprecio que ha hecho siempre de sus producciones, y más que nada por haberle faltado tiempo para limarlas; pero así y todo, siempre será un vate de primera fuerza y digno de sus predecesores los grandes poetas cordobeses.

A causa de sus grandes aficiones y su inteligencia en la numismática, llegó a poseer un monetario como pocos en España, así como una colección de documentos históricos que honraban su ilustración; á pesar de lo cual solo ha publicado dos tomos de la *Historia de Córdoba*, dejando inéditos diez ó doce y otras obras diferentes para las que había reunido interesantes materiales, las que han quedado en embrión, y eso que ha pasado años enteros en los jardines de Aranjuez y otras quintas de recreo, donde parecía que la soledad le convidaría a escribir; pero lejos de eso, las plantas y las flores eran sólo su encanto.

Ha dejado también entre sus papeles algunas obras teatrales escritas con la vis cómica que poseía, y en las que prueba que estilo de *El Cencerro* y el lenguaje que le distinguía, no era el que él usaba para los escritos de más trascendencia. *El Cencerro* era un periódico *sui generis* a lo cual ha debido su asombrosa circulación.

Maraver era académico correspondiente de la de la Historia y miembro de muchas corporaciones científicas y literarias de España y del extranjero.

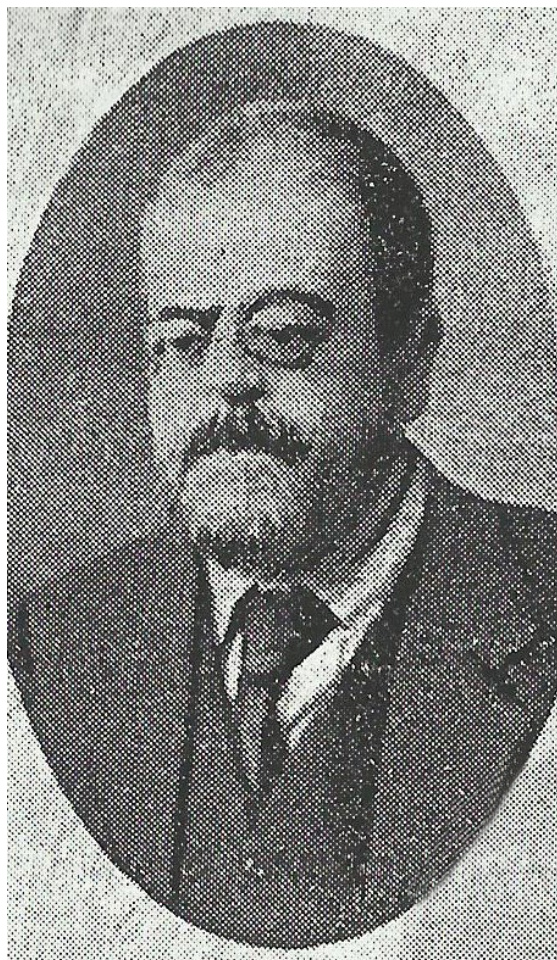
Hace algunos meses que sentía acercarse su muerte, y casi medía los instantes de vida que le restaban como si la estuviese viendo pendiente de las agujas de un reloj. Cuatro días antes de esta fatalidad, decía á todos sentado en la butaca en que vivía y dormía hacía tres meses: “Yo me muero: esto es agonizar”; y aquel alma generosa que había suspirado tanto por la libertad, no podía ya suspirar por la vida, porque su pecho comprimido y su garganta anudada, no encontraban ni aire ni aliento que respirar. Su adorada y virtuosa esposa, enjugando con sus ardientes besos el sudor de aquella frente marchita quería con su mismo aliento reanimar el suyo que se iba extinguiendo como una luz que se apaga. Sus cuatro hijas, como cuatro ángeles de Murillo, llevando dibujado en sus frentes el símbolo de la virtud y la belleza, estrechaban entre sus trémulos brazos aquel cuerpo inanimado, y recibían con su idolatrada madre en premio de sus caricias, la última bendición que sólo pudo expresar con sus ojos ya nublados.

Sus tres hijos, que le querían con delirio, no pudieron recoger sus últimos suspiros por encontrarse lejos de Madrid, y uno de ellos que vino desde París con ese objeto, tuvo que abandonarle sin ese consuelo, porque las tiranías políticas no le permitieron dulcificar las agonías postreras de su querido padre.

Nosotros, que hemos pasado más de treinta años á su lado, que hemos recorrido con él la espinosa senda de la vida, que hemos visto nacer y desarrollarse aquellas almas candorosas que le han cubierto el camino de flores y caricias, al expresar nuestro inmenso dolor, no podemos menos de bendecir al hombre que se creó una posición honrosa, legándosela intacta a su amantísima esposa y queridísimos hijos, á fuerza de trabajo, de honradez, de constancia, de virtud y de laboriosidad.

¡Dichosos los que se ganan las comodidades de la vida con el sudor de su frente!

No faltará, sin embargo, quien lo zahiera por sus ideas, y quiera deshojar su corona de laurel, porque, como dijo Plutarco, “las estatuas de los genios están amasadas con glorias y calumnias!”.



**RICARDO DE MONTIS Y ROMERO, EL GRAN
PERIODISTA QUE PREFERÍA SER ESCRITOR
(1871-1941)**

por

ROSA LUQUE REYES
Académica Correspondiente

Ricardo de Montis y Romero fue todo un personaje en su tiempo, y quizá el periodista más recordado y citado de cuantos ejercieron la profesión en la primera mitad del siglo XX en la provincia. Pero no lo fue precisamente por su vinculación a la inmediatez de la noticia, aunque como redactor del *Diario de Córdoba* desde 1901 y luego su director desde 1929 a 1936, debió de estarlo sobradamente, sino gracias a sus *Notas cordobesas*, es decir, a los artículos costumbristas que fue publicando en su periódico durante décadas, luego compilados (fueron 445 de ellos los que seleccionó) entre 1911 y 1930 en once tomos que le reportaron una fama inusual en su oficio de escritor de periódicos, que no es exactamente lo mismo que periodista.

Pero antes que nada es de justicia matizar que ese triunfo contra la desmemoria –“castigo” tan común en Córdoba que no se libran de él ni quienes dan nombre a una calle, como es el caso de don Ricardo– se debe en buena parte a la reedición facsímil realizada en 1990 por el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba (luego Cajasur), acompañada a modo de pórtico biográfico de otro libro de igual formato que los anteriores, firmado por el cronista de la ciudad y académico numerario Miguel Salcedo Hierro bajo el título de *Ricardo de Montis y Romero. Tiempo. Notas. Recuerdos*. En este volumen, el cronista rescata con amenidad y amplia documentación, a la vez que con gran afecto hacia su biografiado, la figura del periodista-académico y la época que le tocó vivir. Aunque el calificativo que a Ricardo de Montis más le hubiera gustado es el de periodista-poeta, pues así prefería ser considerado el personaje, según apuntaba María José Porro, catedrática de Lengua y Literatura y exsecretaria de la Real Academia, al inventariar los fondos bibliográficos de los Montis¹, que al morir Ricardo sin descendencia pasaron a la familia Rome-

¹ PORRO HERRERA, María José, “Familia de Montis: revelaciones de un inventario I y II”. *BRAC*, num. 128, enero-junio 1995, año LXVI, y num. 130, enero-junio 1996, año LXVII. Cita también la autora a Montis en su trabajo académico “Prensa

ro de Torres, su gran amiga y benefactora. Varios fueron los poemas que Montis dedicó al artista. Sirva el que sigue para ilustrar la faceta lírica del periodista a la vez que su admiración por el pintor:

Allá va Julio Romero,
de esta tierra orgullo y prez,
luciendo la airosa capa
y el sombrero cordobés.
Piérdese en el laberinto
de nuestras revueltas calles
y a sus rejas las muchachas
se asoman para esperarle.
Al pasar, él las saluda
con una sonrisa afable
a la vez que les dedica
delicados madrigales.
Aquí un mozo le detiene
la mano para estrecharle;
allá le deja la acera
otro que habla con su amante;
más allá un grupo de obreros,
con entrecortadas frases
de su admiración profunda
le tributa el homenaje.
Llega al sitio en que le aguardan
unos amigos leales,
aunque los amigos cuenta
por miles en todas partes.
Poco después la guitarra
lanza sus notas vibrantes
y se oyen coplas sentidas
de esas que en el alma nacen.
Al mismo tiempo en las copas
como el sol refulge y arde
el Montilla, que transmite
vigor y fuego a la sangre.
Todo en honor del Maestro,
del pintor inimitable
que plasmó el alma andaluza
en sus lienzos inmortales.

cordobesa del siglo XX: una aproximación". *BRAC*, separata, julio-diciembre 1994, año LXV, num. 127.

Cuando la reunión termina
por nuestras revueltas calles
piérdense aquellos fervientes
enmorados del Arte...
Y allá va Julio Romero,
de esta tierra orgullo y prez
luciendo la airosa capa
y el sombrero cordobés.²

Atormentado por sus orígenes

Pero empecemos por el principio. Ricardo de Montis y Romero vino al mundo el 26 de marzo de 1871 en el número 20 de la calle Rey Heredia de esta ciudad, muy próxima a la calleja del Barbero, que con el tiempo habría de llevar su nombre, en una de cuyas casas falleció a los 70 años, el 4 de julio de 1941. Fue hombre de vida y hábitos poco movedizos, más bien inquebrantables, siempre fiel a su pasión, el periodismo literario, para el que le hubiera gustado disponer de más tiempo del que le permitía el ritmo urgente de una redacción, que al parecer también lo sufría a finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. Esa frustración habría de acompañarle toda la vida, perfilando poco a poco en él un retrato de hombre machadianamente taciturno e hipocondríaco que tal vez tuviera su origen en otro factor, de carácter familiar, reseñado por Miguel Salcedo en el curso de su investigación para el libro que prologó la reedición de las *Notas cordobesas*³.

En dicho trabajo⁴ el cronista narra la desazón que sintió Ricardo de Montis cuando, al morir su padre e iniciar los trámites de la herencia, descubrió por azar que había sido hijo natural, nacido tres años antes del matrimonio de José María de Montis y Fernández y María de los Dolores Romero Bautista, sus progenitores. Pero Ricardo Antonio Juan Bautista de la Concepción, que así fue cristianado, también halló que la palabra “natural”, ignominiosa en aquella época de sepulcros

² MONTIS Y ROMERO, Ricardo de. “Julio Romero de Torres, una estampa de su vida”. Separata del *Diario de Córdoba*. Composición publicada en mayo de 1936, seis años después de la muerte del pintor.

³ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *Notas cordobesas (Recuerdos del pasado)*, compilación de artículos costumbristas en XI tomos (1911-1930). Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba (Cajasur). Córdoba, 1990.

⁴ SALCEDO HIERRO, Miguel, *Ricardo de Montis y Romero. Tiempo. Notas. Recuerdos*, de igual referencia que la acotación anterior.

blanqueados, había sido tachada de su partida bautismal (el bautismo se había celebrado en la parroquia del Sagrario de la Catedral, y estaba registrado en el folio 356 del libro de nacimientos de 1971, con el número de partida 522) al haber sido legitimado con las nupcias de sus padres en dicha parroquia el 3 de agosto de 1874. Aunque este hecho no alivió demasiado la cruel sorpresa que se llevó el joven –tenía entonces 16 años–, cuya pesadumbre intuye así Salcedo Hierro: “El secreto constituyó una llaga lacerante perpetua en el corazón de don Ricardo”, pues sus actitudes y decisiones “estarían para siempre señaladas con el estigma de su nacimiento”.

Sin embargo, no parece que estas circunstancias familiares llegaran a trascender, de modo que Montis se puso el parche en un grano que por suerte nunca llegó a salirle. Al contrario, tuvo ocasión en sus años jóvenes de cosechar el reconocimiento social a un padre de espléndida reputación en los ambientes académicos y culturales de la Córdoba decimonónica. José María de Montis y Fernández había nacido en Montilla el 26 de febrero de 1824, aunque su trayectoria profesional la desarrolló en la capital, donde fue nombrado catedrático de Matemáticas y Dibujo Lineal, disciplinas que impartió en la Escuela Provincial de Bellas Artes. Fue muy amigo del sabio cordobés José María Rey Heredia, matemático como él y filósofo, con quien además compartió vecindad, ya que el primero vivía en el número 12 de la calle hoy rotulada con su nombre y el segundo en el número 20, esquina a la calle Osio, casa donde como queda dicho nació su hijo Ricardo, no lejos de donde se ubica la calleja sin fondo a este dedicada, casi una prolongación por arriba de la de Rey Heredia.

En 1856 José María de Montis publica, junto a Mariano Castiñeira, la obra *Elementos de aritmética decimal con sus aplicaciones al sistema métrico*, editada en la Imprenta y Litografía que estaba situada en el número 34 de la calle San Fernando, perteneciente a Fausto García Tena, quien siete años antes había fundado el *Diario de Córdoba*. En ese mismo centro de impresión verá la luz en 1868 una pequeña joya debida a Montis padre, *Noticia descriptiva del Plano de Córdoba*⁵. Se trata de un librito grapado de 39 páginas que un siglo y cuarenta años después regaló a quien firma estas líneas su sobrino-

⁵ MONTIS Y FERNÁNDEZ, José María de, *Noticia descriptiva del Plano de Córdoba*. Imprenta, Librería y Litografía del *Diario de Córdoba*. Córdoba, 1868. A modo de subtítulo figura: “Edificios religiosos que contiene, casas de beneficencia, instrucción pública, etc, etc (*sic*) y nombres de las calles y plazas”.

nieto Amador Vázquez de la Plaza Montis, que lo guardaba en su casa de Torremolinos (Málaga) como un tesoro, pues en su callejero y descripción de organismos y entidades queda reflejado el pulso ciudadano de la Córdoba de entonces. En 1884 José María de Montis publica otro libro, *Elementos de dibujo lineal*⁶, escrito para la formación de sus alumnos de la Escuela Provincial de Bellas Artes.

La madre de Ricardo de Montis, María de los Dolores Romero Bautista, nació en Málaga el 11 de febrero de 1845, pero se trasladó siendo adolescente a Córdoba. Aquí conoció a don José María, que le llevaba 21 años. Viudo desde 1869 de Margarita Hernández –cinco años mayor que él, con quien nunca llegó a congeniar, según Salcedo Hierro– y padre de otro hijo fuera del matrimonio, José, de acuerdo con el árbol genealógico de los Montis trazado por María José Porro⁷, José María se enamoró de María Dolores perdidamente. Pero sucedió que litigios con familiares de la primera esposa, que habiendo sido mujer de cierta fortuna murió a los 52 años sin testar, fueron demorando el casamiento de la pareja hasta la fecha indicada de 3 de agosto de 1874 y la legitimación del niño, que tuvo que esperar al 5 de febrero de 1875.



Ricardo de Montis, primero a la izquierda en la fila de abajo, junto a otros periodistas de la época.

⁶ MONTIS Y FERNÁNDEZ, José María de, *Elementos de dibujo lineal*. Imprenta, Librería y Litografía del *Diario de Córdoba*. Córdoba, 1884. Segunda edición.

⁷ PORRO HERRERA, María José, *op. cit.* BRAC, 128 (1995), gráfico p. 287.

La juventud, un universo tranquilo

No obstante, superados estos trances, la existencia de la familia, de clase acomodada y buena reputación, transcurrió feliz. Fueron, pues, la infancia y primera juventud de Ricardo un universo tranquilo al que en 1878 se sumó la llegada al mundo de su única hermana, María de la Estrella, siete años menor que él. Juntos habrán de formar un tándem indestructible pues, al no llegar a casarse ninguno de los dos –se rumoreó que Ricardo contrajo nupcias con una dama *in articulo mortis*, aunque no es un dato fidedigno–, ambos hermanos vivirán siempre juntos.

De aquellos años alegres data la primera lectura pública que Ricardo de Montis, con muy temprana inclinación literaria, realizó de una de sus poesías. No había cumplido 15 años, y él mismo lo narra cuatro décadas después en una de sus *Notas*⁸. En ella recuerda que aquella primera intervención suya, celebrada en la sede que el Centro Filarmónico creado por el afamado compositor Eduardo Lucena poseía en la calle del Arco Real (luego llamada María Cristina), le procuró tanto júbilo como inseguridad por falta de tablas. “El muchacho sintió que una oleada de sangre invadía su cerebro, a la vez que un terrible escalofrío contraía sus músculos”, describe don Ricardo refiriéndose a él mismo en tercera persona, para relatar luego cómo tras la tartamudez inicial recobró la serenidad ante su conspicuo auditorio al empezar a leer unos versos titulados “Mañanas de abril”, con los que cosechó aplausos que le supieron a gloria y le animaron a leer otro poema de su cosecha, “El reloj”. “Aquel tributo, no al mérito, sino a la edad, proporcionó al joven la mayor satisfacción que había experimentado en su vida –reconocía don Ricardo recordando este feliz episodio de sus años mozos–. En aquel momento no me hubiese cambiado por el poeta de más fama”.

Y eso que aquella primera intervención de cara al público no tuvo el carácter solemne de otra que la suerte le iba a proporcionar poco después, en 1886, cuando, sobrecogido por la emoción ante el ilustrado entorno, Montis participó en una sesión poética de la Real Academia de Córdoba. En aquella ocasión, tras concederle la palabra el entonces director de la entidad, Francisco de Borja Pavón, un intimidado

⁸ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *op. cit.* “Una lectura de poesías”, *Nota* incluida en el tomo VIII, pp. 203-207. Antes había sido publicada en el *Diario de Córdoba* en abril de 1924.

adolescente de 15 años leyó su composición “La Virgen de Haití”. Ni que decir tiene que aquel primer contacto con la docta casa entusiasmó al aspirante a poeta, cuyas cualidades literarias en ciernes no pasaron desapercibidas para la Academia, siempre en busca de talentos que incorporar a sus filas. Pero no tenía la mínima edad requerida para su ingreso, por lo que habrían de pasar años hasta que, como se verá más adelante, Ricardo de Montis entre a formar parte de la institución. Su juventud, en cambio, no le impidió ser premiado en un certamen celebrado por el Ateneo de Córdoba en septiembre de 1887, al que concurrió con el poema titulado “Córdoba contra don Pedro”.

La muerte del padre

Todo parecía sonreír al joven, a punto de acabar el Bachillerato en el instituto de Córdoba e iniciar estudios superiores. Pero la fortuna es veleidosa. Poco duró la alegría para Ricardo de Montis y los suyos, porque el 16 de marzo de 1888 fallecía su padre repentinamente, a causa de un “ataque cerebral”, según se certificaba con fecha del día siguiente en el registro de defunciones de la parroquia del Sagrario de la Catedral. La temprana muerte de José María de Montis a los 64 años, y sin haber hecho testamento, sumió a la familia en una verdadera tragedia no solo afectiva sino económica. Y a Ricardo, diez días antes de cumplir 17 años, lo dejó desesperanzado y como a la deriva no solo por la inesperada desaparición de su progenitor sino por la revelación del secreto ya referida, y eso por no hablar del incierto porvenir que aguardaba a su madre, su hermana y él mismo ante la falta de un sueldo fijo que entrara en su hogar.

Del sentir de aquel momento dejó constancia mucho tiempo después en otra de sus *Notas*⁹, en la que, trazando una crónica sobre el Centro Filarmónico, confrontaba la dicha de su estreno como poeta en la prestigiosa entidad musical cordobesa con la pesadumbre que después inundaría su vida. “Los aplausos con que los concurrentes acogieron, no la obra falta en absoluto de mérito, sino la presencia del niño”, dejó escrito Montis, “hiciéronle concebir un mundo de ilusiones y esperanzas que a poco desaparecerían como el humo, dejando su puesto a una realidad terrible y desconsoladora”. En recuerdo de su progenitor, el mismo día del entierro se desangró Montis en un largo poema elegíaco

⁹ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *op. cit.* “Eduardo Lucena y el Centro Filarmónico”. *Nota* incluida en el tomo I, pp. 173-180

titulado “A la memoria de mi querido padre”. La composición, inspirada según propia confesión del autor en el “Canto a Teresa”, es decir, el Canto II de *El diablo mundo* de Espronceda, sería publicada en 1933 dentro de su libro antológico *Flores de Sierra Morena*.

La pérdida del padre, que deja a su angustiada viuda sin consuelo y sin medios de subsistencia, marcará el talante de Ricardo de Montis, pues al necesitar su casa dinero, se ve obligado a cambiar los planes de hacer una carrera universitaria por la búsqueda urgente de un trabajo. Y como lo que sabía hacer era escribir, opta por ver en las letras y el periodismo no el desahogo anímico y sentimental que hubiera deseado sino un medio de supervivencia, y eso le amargó el carácter, ya de por sí tristón. Lo dejó ver muchos años más tarde, en un poema autobiográfico en agradecimiento al homenaje que le tributaron sus colegas tras ser nombrado miembro correspondiente de la Real Academia de Historia, de Madrid. Dice así en uno de sus párrafos:

En la edad en que nacen, cual flor, las ilusiones,
las dulces esperanzas, yo todo lo perdí;
mi hogar hallé cubierto de fúnebres crespones;
desamparado y huérfano en la niñez me vi.
El golpe fue terrible, ¡la muerte de mi padre!
Falto ya de cimientos hundíase mi hogar...
Enjugué con mis besos el llanto de mi madre.
¡Se tornó el niño en hombre y empecé a trabajar!¹⁰

Inicios periodísticos

Por suerte, sin acabar aún el Bachillerato en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza (mucho después llamado instituto Luis de Góngora, situado ayer como hoy en la plaza de las Tendillas) había entrado en la redacción del periódico *La Lealtad*, fundado por el Conde de Torres Cabrera como órgano propagandístico del Partido Conservador, que presidía. Este rotativo estaba instalado en la que más tarde será casa-palacio de la familia Cruz Conde, entonces propiedad de Ricardo Martel y Fernández de Córdoba, conde de Torres Cabrera y senador vitalicio del reino, en la calle hoy dedicada a él. Al frente de *La*

¹⁰ La Asociación de la Prensa de Córdoba ofreció en 1926 a Ricardo de Montis un homenaje por su nombramiento como correspondiente de la Real Academia de Historia, al que respondió el compañero con una composición que tituló “Autobiografía”, leída por él mismo en el acto.

Lealtad, de filiación canovista, estuvo el periodista Juan Menéndez Pidal, y según recordaba el ex director de la Real Academia de Córdoba Juan Gómez Crespo¹¹ en un documentado artículo publicado en las *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía contemporánea*, contó, entre otros escritores de valía, con Fernández Ruano y el catedrático de Literatura del instituto –que el mismo Gómez Crespo habría de dirigir en los años setenta del pasado siglo– Miguel Gutiérrez. Este diario fue luego sustituido por *La Monarquía*, que dirigió Pedro Alcalá Zamora bajo las mismas directrices políticas, sosteniendo sonadas polémicas con *El Adalid*, un combativo diario conservador reformista de los partidarios de Romero Robledo, dirigido por Julio Valdelomar. En *La Lealtad* Ricardo de Montis no pasó de gacetillero, aunque escribió una sección denominada “Fruta del tiempo”, en la que más de una vez le sustituyó el primer director de *El Defensor de Córdoba*, Navarro Prieto, como recordará muchos años después, en la nota necrológica de Montis publicada en *Azul*, otro gran periodista, Daniel Aguilera, que había sido el último responsable y *alma mater* del *Defensor*.

En 1889 Montis pasó a otro periódico cordobés, *El Comercio*, donde dio a conocer numerosas poesías de las que era autor. De *El Comercio* era a los 18 años director, único redactor y hasta chico de los recados, pues estaba en el modesto rotativo más solo que la una. Al mismo tiempo, enviaba colaboraciones a *La última moda*, de Madrid; el *Diario*, de Murcia, y *El Ateneo* y *El Renacimiento*, de Málaga, entre otras publicaciones de las que fue corresponsal a lo largo de su vida. Porque, dada su penuria económica, se veía obligado a multiplicar sus escritos en cuantas cabeceras le fuera posible. Y como lo hacía por obligación mucho más que por vocación, llegó tempranamente a lamentarse de “la desgraciada carrera de las letras”, refiriéndose no tanto a la literatura y la poesía, su gran pasión, como al ejercicio del periodismo, que como queda dicho él hubiera querido a un ritmo sosegado imposible de alcanzar. Miguel Salcedo, en la obra citada, describe este “dilema doloroso” de Montis con profundidad psicológica: “Ambicionaba, amaba, soñaba con la profesión periodística, que le llenaba el alma”, afirma el cronista de la ciudad para matizar luego “pero realizándola de una manera estudiosa, distendida, recreativa para su espíritu”.

¹¹ GÓMEZ CRESPO, Juan. “Siglo y medio de prensa periódica en Córdoba (1810-1969)”. *Actas I Congreso Historia de Andalucía contemporánea*, vol. I, Córdoba 1979, pp. 101-114.



Reproducción de una página de la revista *Blanco y Negro* en la que aparecen varios periodistas cordobeses de primeros del siglo XX, entre ellos Ricardo de Montis, que figura el primero en el ángulo superior izquierdo.

El caso es que, a su pesar, desde muy joven su pluma no tuvo descanso. Así, desde la muerte de su padre hasta fines del siglo XIX no paró de publicar en cuantas páginas escritas se le ponían a tiro, sobre todo poemas. Siguiendo a Salcedo, en 1888 –recuérdese que en ese mismo año desapareció su progenitor– publica una poesía titulada “Al obrero” en el *Almanaque del Diario de Córdoba para 1889*. Ese mismo año da a conocer un poemario titulado *El héroe*, fragmento de un extenso romance leído en el Ateneo de Córdoba; escribe la composición “Guadalquivir” alusiva a las inundaciones registradas en la ciudad en marzo de 1892, y dos años más tarde redacta el prólogo del libro *Perfiles y semblanzas*, del escritor Julio Pellicer. En 1896 colabora en la revista *La Feria de Mayo en Córdoba*, donde se dan cita los autores y dibujantes más reputados de entonces. Aporta a esta publicación el soneto “A la primavera” y una crónica titulada “El moro de los dátiles”, acompañada de ilustraciones de Julio Romero de Torres.

La furia letraherida mencionada da buena idea de que cuando en 1901, con 30 años, Ricardo de Montis entra a formar parte de la redacción del *Diario de Córdoba*, fundado en 1849 por el impresor Fausto García Tena, era ya un gacetillero más que desfogado en una profesión a la que, a veces a regañadientes, dio lo mejor de sí mismo. Un total de 35 años permanecerá trabajando para esta prestigiosa cabecera independiente, que se mantuvo fiel al lector nada menos que durante 89 años, hasta que el 30 de septiembre de 1938, acuciado por las exigencias de plantilla y sueldos que imponen los sublevados en plena Guerra Civil, el periódico decano se ve obligado a desaparecer casi al mismo tiempo que lo hiciera, y por la misma razón, otro destacado rotativo de la época, *El Defensor de Córdoba*, publicación católica dirigida como se ha dicho por el también académico Daniel Aguilera Camacho.

Llegada al *Diario de Córdoba*

Y como hablar de Ricardo de Montis es hacerlo de la publicación donde maduró profesionalmente y a la que dio lo mejor de sí mismo, parece adecuado establecer aquí un inciso para trazar el perfil del que hasta ahora ha sido el periódico más longevo que ha tenido la ciudad a lo largo de su historia (el *Córdoba*, fundado el 25 de julio de 1941, se le va acercando). Recuerda Juan Gómez Crespo en el mencionado trabajo, al referirse a la prensa nacida en la segunda mitad del siglo XIX, que el *Diario de Córdoba* surgió de una tertulia literaria. Y,

haciéndose eco de las palabras del académico Francisco de Borja Pavón, sabio local y uno de los colaboradores de temas literarios y de historia del periódico, Gómez Crespo destaca que hasta 1849 habían resultado malogrados todos los intentos de sostener una publicación diaria en la capital y provincia. Pavón opina que el diario lo consiguió por mantenerse fiel a sus objetivos, que establece así: “Despertar un espíritu provechoso de reforma en cuanto atañe a la mayor regularidad de los servicios públicos, la salubridad y la policía y el ornato; ofrecer al comercio y la industria medios de publicidad y emulación; abstenerse de toda ingestión en el terreno de la política; abrir las columnas a la expresión de pensamientos útiles y a veces a nociones científicas, aplicables y fructuosas; evitar el enojo de las malas controversias; respetar constantemente personas e intereses; guardar en todo y para todos las fórmulas del más urbano comedimiento”. Y resumía esta actitud en el respeto a lo tradicional con la inclinación al progreso, apoyando e incluso sugiriendo desde sus páginas las mejoras públicas sin más interés que el bien de la ciudad. Todo ello inspirado por el talante moderado del fundador, propietario y primer director.

Los García Lovera, una familia ilustrada al servicio de la ciudad

A Fausto García Tena fueron sucediendo al frente del periódico sus hijos Ignacio, Fausto, Rafael y Manuel García Lovera, los tres primeros miembros de la Real Academia de Córdoba. Para trazar la semblanza de esta saga cordobesa de tan honda huella una de las mejores fuentes es el periodista y político Rodolfo Gil y su magna obra *Córdoba contemporánea*¹², imprescindible para saber quién era quién en la vida cultural cordobesa desde 1859 a 1895, y continuamente citado por los estudiosos de este periodo. De Ignacio (1828-1892) cuenta Gil¹³ que fueron tantos sus merecimientos que a su muerte el

¹² GIL, Rodolfo, *Córdoba contemporánea*. I tomo (1859-1891), Imprenta y Papeleería Catalana, Córdoba, 1892. II tomo (1892-95), Librería de Fernando Fe, Madrid, 1896.

¹³ GIL, Rodolfo, (Puente Genil, 1872-Valencia, 1938) fue redactor de *La Unión* y *La Voz de Córdoba*, y en Madrid de *El Globo* y *Diario Universal*, y colaboró en publicaciones como *ABC*. Fue gobernador civil de Orense y Tarragona. Profesor de la Escuela de Idiomas de Madrid, destacan entre sus obras *Importancia militar de Córdoba* (1892) y *Romancero judeo-español* (1914). El Ayuntamiento le dedicó una calle en Ciudad Jardín.

Ayuntamiento acordó poner a su nombre la calle entonces llamada Azonaicas, donde se encontraban las oficinas del *Diario de Córdoba*, que dirigió desde el fallecimiento del fundador en 1874. Eximio orador y poeta, estudió Derecho entre Sevilla y Madrid, doctorándose en la Universidad Central. Nombrado, como luego su hermano Rafael, auditor honorario de la Marina en noviembre de 1854, fue sucesivamente fiscal de rentas de esta provincia, abogado de la Beneficencia –cargo que desempeñó gratuitamente durante muchos años– así como del Ayuntamiento de la capital y de la Administración para los asuntos contenciosos ante el Consejo Provincial. Ignacio García Lovera fue también caballero de las órdenes de Carlos III, Isabel la Católica, San Juan de Jerusalén y otras, catedrático de Derecho en la Universidad Libre que se creó en Córdoba, alcalde corregidor y concejal en distintas corporaciones, además de ostentar otros cargos, como el de presidente de la Diputación y diputado a Cortes.

Además de pertenecer a la Academia cordobesa, fue miembro de muchas otras, así como de sociedades nacionales y extranjeras. Como poeta dio a la imprenta una oda “A Dios” y un canto “A María en la Soledad”, entre otras muchas composiciones. Y como dramaturgo, estrenó en Madrid su obra dramática *Alfredo de Lara*, siendo asimismo autor de otro drama, *Don Lope de Aguirre*, que permanecerá inédito como la mayor parte de sus trabajos, pues al parecer era hombre discreto y poco dado a la autopromoción y los honores. Aun así, poseía don Ignacio el curioso título de Arcade de Roma con el nombre de “Epiménide Tespóride”. Enrique Romero de Torres, hermano del pintor de *La chiquita piconera*, le hizo un retrato con destino a la galería de alcaldes del Ayuntamiento.

De la vida y obra del segundo de los hermanos García Lovera, Fausto, da menos detalles el autor de *Córdoba contemporánea*¹⁴. No deja rastro fiable el periodista de las fechas de su nacimiento y muerte, pero sí recoge que Fausto fue académico numerario “de la de Ciencias de Córdoba”, así como socio de la Económica Cordobesa, y que compartió en vida muchos honores e inclinaciones literarias con los demás miembros de la familia. Así, fue comendador de número de la Real Orden Americana de Isabel la Católica y de la de San Juan de Jerusalén. Pero al parecer fue persona algo metida en sí, con menos proyección pública que sus hermanos, aunque como todos ellos cursó la

¹⁴ GIL, Rodolfo, *op. cit.*, I tomo, cap. V, “Escritores y poetas”, pp. 134-138.

carrera de Derecho. De su discreción da idea el que, a pesar de haber dirigido el *Diario de Córdoba* con tacto y ponderación tras el fallecimiento de Ignacio y de no haberse resistido –como parece moneda común en la época– a escribir versos, no fue propenso a darlos a conocer ni en su propio periódico ni en otras publicaciones. Si acaso, tímidamente en alguno de los salones literarios a los que era invitado. Y aun habiendo sido jefe de Administración Civil y diputado provincial, “rehusaba inmiscuirse en los debates políticos, para él tan enojosos, y prefería sobremanera la vida periodística, la silenciosa tranquilidad del hogar doméstico y la grata consagración del espíritu a un ideal puro”, afirma Rodolfo Gil.

Mucho más se sabe de Rafael García Lovera (1825-1913), humanista de viejo cuño y escritor muy famoso en su época, sobre todo en el terreno de la lírica, gracias especialmente a su libro *Las huertas de Córdoba*. Estudió el Bachillerato, como sus hermanos, en el Instituto Provincial de Córdoba, y la abogacía en las universidades de Sevilla y Madrid. En 1845 consiguió la licenciatura en Leyes por la Universidad Central. Como abogado se hizo pronto con una excelente reputación por su honradez y amor al trabajo, desempeñando además los cargos de juez municipal, decano del Colegio de Abogados –al que se incorporó el 24 de junio de 1848– y magistrado suplente de la Audiencia Provincial. Y todo este éxito en el campo de la justicia lo hizo compatible con su verdadera vocación, que era el periodismo. Con apenas 18 años de edad dirigió en la capital hispalense la revista literaria *El Vergel*. En Madrid encabezó la revista universitaria *La Discusión* y, ya de vuelta a Córdoba, colaboró en todos los periódicos locales de su época y trabajó en el *Diario de Córdoba*, cuya estructura concibió, desde el primer día de su salida, primero como redactor y luego al frente de la dirección hasta su muerte, tal como la autora de este trabajo dejó escrito en su discurso de ingreso como correspondiente por la capital en la Real Academia de Córdoba¹⁵, en el año 2006.

Junto a la poesía –sus compañeros le llamaban “el maestro de las quintillas”–, cultivó los entonces solicitadísimos juegos florales y la dramaturgia. En el Teatro Principal se estrenó el 3 de abril de 1845 con gran éxito una obra cómica suya titulada *Corte de cuentas*. A ni-

¹⁵ LUQUE REYES, Rosa. “Periodistas en la Real Academia de Córdoba I y II”. *BRAC* num. 153, julio-diciembre 2007, pp. 129-142, y *BRAC* num. 154, enero-junio 2008, pp. 241-261.

vel municipal, desempeñó en el Ayuntamiento de Córdoba los cargos de concejal, síndico, primer teniente de alcalde y alcalde interino. Fue auditor honorario de la Marina, jefe superior de Administración de Hacienda Pública, comendador de número de la Orden de Isabel la Católica, y estaba en posesión de la placa de honor de la Cruz Roja.

Además de su pertenencia a la Real Academia de Córdoba, fue numerario de la de Jurisprudencia y Legislación de Sevilla, socio de las Económicas de ambas ciudades así como de ateneos y liceos, entre ellos el Círculo de la Amistad, el Casino Industrial, la Academia de la Juventud Católica, el Círculo de Obreros y otras asociaciones, y eso que, como al parecer solía decir familiarmente, era “de los que se van”. “En fin, que no hubo entidad científica y literaria en Córdoba que no lo contara entre sus protectores más fieles y sus más fijos asistentes –comentaba la arriba firmante en el mencionado trabajo académico–, derrochando don Rafael en todos los foros unas envidiables dotes oratorias, que era casi lo mejor que se podía tener en aquella España de agitados parlamentos”. Destacan entre sus obras poéticas: “La noche”, “La justicia”, “El llanto”, “Lo que eres tú”, “El sol y el genio”, “A la guerra de África”, “En el alcor de la sierra”, “Al Pontificado”, “Oros no son triunfos”, “La vida en el campo”, “A la prensa cordobesa” y sus popularísimas *Huertas de Córdoba* y *La mujer*, premiadas ambas en los torneos líricos. Compuso también piezas del género festivo como “A mi morena”, “El no sé qué”, “A una serrana”, “A la mantilla” y multitud de cantares. Rafael García Lovera fue, en fin, un excelente abogado y escritor, pero sobre todo un gran periodista, con una clara visión del oficio y del papel que tenía que representar el *Diario de Córdoba* ante su público, además de hombre de trato afable con todos y amante de las tradiciones cordobesas. Por todo ello, cuentan las crónicas que su fallecimiento, el 3 de enero de 1913, causó una sincera conmoción en la ciudad.

Y llegamos a Manuel (1844-1917), último de los García Lovera que dirigió el periódico del que su familia era propietaria, pues no tuvo descendencia. Ricardo de Montis, en la necrológica aparecida en el diario al día siguiente de su muerte, calificaba de “hombre bueno y laborioso” al benjamín de la estirpe, que había sido presidente honorario de la Asociación de la Prensa. Apenas terminada la carrera de abogado, ocupó por breve tiempo el puesto de juez de instrucción de Montoro, pero pronto volvió a su ciudad natal para incorporarse a los negocios familiares, es decir, a la imprenta, la litografía, la librería y por supuesto el periódico, “una de las columnas seculares del templo

de la cultura cordobesa”, según la definición que Montis hacía de él en el referido obituario, de 20 de noviembre de 1917. Un día antes, el mismo del fallecimiento, el vespertino *Diario Liberal* recordaba que Manuel García Lovera había profesado toda su vida una afición extraordinaria al teatro, “que le llevó muchas veces a sacrificar su capital y a actuar durante una época como única empresa con cuantas compañías han actuado en Córdoba”. Su pasión por las tablas hizo que este hombre de trato afectuoso y modesto “que nunca quiso tomar parte en las luchas políticas –afirmaba el rotativo de la competencia– ni ostentar cargos de ninguna clase” explotara el Teatro Principal en la calle Ambrosio de Morales, luego destruido por un incendio. También compró un teatro de verano, además de ser durante mucho tiempo empresario del Gran Teatro. El *Defensor de Córdoba* también despedía al colega –del que se conserva en el diario *Córdoba* un retrato firmado por Julio Romero de Torres– con una entrañable semblanza en la que tenía asimismo palabras de estima para su viuda, la lucentina Araceli Osuna Pineda. Esta, casada posteriormente en segundas nupcias con Francisco Castillo Alés –quien estuvo algún tiempo al frente del periódico–, fue, que sepamos, la única mujer dueña de un medio de comunicación que ha tenido la prensa en Córdoba.

Marcelino Durán de Velilla, último director del *Diario de Córdoba*, la cita al hacer referencia al periódico en un artículo publicado en 1969 en la revista *Patio Cordobés*¹⁶. Y es de justicia abrir un paréntesis para informar siquiera someramente de quién fue este onubense que entregó a Córdoba lo mejor de sus buenas artes periodísticas. Durán de Velilla había llegado a esta ciudad en 1921 contratado como redactor jefe de *La Voz*, ingresando al año siguiente en el *Diario de Córdoba*. En 1934 fue elegido por sus compañeros presidente de la Agrupación de Periodistas Profesionales. Fundó los semanarios *Heraldo del Lunes* y *Deportes* y fue jefe de redacción de *Andalucía Ilustrada*, desempeñando desde Córdoba las corresponsalías de los diarios *Ahora* de Madrid, *El Correo de Andalucía*, *La Unión* y *Fe* de Sevilla, y de las agencias *Fabra*, *Mencheta* y *Associated Press*. Fue redactor de la *Hoja del Lunes* –órgano de la Asociación de la Prensa editado en principio con las modestas cabeceras de *Noticiero de Córdoba* y *Hoja Oficial del Lunes*– entre los años 1953 y 1963, en que se retiró de la profesión. A Durán de Velilla le cupo el honor de sustituir a Ricardo

¹⁶ DURÁN DE VELILLA, Marcelino. “Pasado, presente y porvenir de la prensa cordobesa”. Revista *Patio Cordobés*, num. 38, Córdoba, mayo de 1969.

de Montis en la dirección del *Diario de Córdoba* tras la jubilación de este en 1936, pero también la pena de asistir al cierre de su querida cabecera dos años después, pasando a la plantilla de *Azul*, en la que permaneció hasta mayo de 1940.

Montis, director del periódico decano

Pero íbamos por la desaparición del último García Lovera y el traslado de la propiedad a Araceli Osuna Pineda, la viuda de Manuel. Esta señora, sin pasársele ni remotamente por la cabeza dirigir el periódico –algo impensable para una mujer en aquella Córdoba de 1917– lo acaba poniendo en manos de sus hermanos José y Rafael. Este, militar que llegará a coronel, asume el cargo tras un interregno ocupado por un consejo de redacción que tiene al andalucista Eugenio García Nief-fa de redactor jefe. Bajo la dirección de Osuna Pineda (1922-1929) *Diario de Córdoba* vive su etapa de mayor conservadurismo. Hasta que en marzo de 1929 se hace cargo de la dirección Ricardo de Montis, que permanecerá en el puesto hasta el final de la República. “Montis sabe salvar el periódico de las depredadoras tendencias políticas, a la vez que consigue darle cierto brillo literario”, afirma el periodista jiennense Antonio Checa en su *Historia de la prensa andaluza*¹⁷.

En su amplio estudio comparativo de la prensa en esta comunidad autónoma, Checa Godoy describe el *Diario de Córdoba* como “un periódico modesto, tecnológicamente atrasado, que nunca llegará a difundir por encima de los 3.000 ejemplares, que no dispondrá de rotativa y consecuentemente no pasa de las cuatro modestas páginas”, cuando ya muchos diarios andaluces ofrecen seis u ocho páginas de gran formato. Es también para el investigador un periódico “muy local, conservador pero sin demasía y sobre todo sin enfeudamiento a partidos políticos o a líderes. Un diario de talante católico –concluye–, pero independiente”. Su ideario, a modo de declaración de principios, era renovado cada día de Año Nuevo en un editorial que acababa con el lema “Menos política y más administración”.

¹⁷ CHECA GODOY, Antonio. *Historia de la prensa andaluza*. Fundación Blas Infante, Sevilla, 1991. Periodista, ensayista y profesor universitario, Checa es el introductor de los estudios de comunicación sobre la comunidad andaluza más allá del ámbito provincial. También es autor de *Historia de la Prensa en Córdoba (1790-2010)*. Asociación de la Prensa de Córdoba y Diputación Provincial. Córdoba, 2011.

Junto al desapasionado comentario de Checa Godoy –más de medio siglo de la desaparición del diario había transcurrido cuando redactó su ensayo, y el tiempo y la distancia todo lo enfrían–, recogemos otras descripciones de algunos de sus más destacados lectores, y en ocasiones colaboradores, de las que dejamos constancia en este trabajo. Así, para Rodolfo Gil¹⁸ el secreto de su supervivencia consistía en que el periódico “se ha sostenido y se sostiene con desahogo merced a su falta de redacción, a su aquiescencia para todos, a su antigua historia y a ese balanceo y táctica especial que inspiran el conocimiento de las flaquezas humanas y la reflexiva esperanza de las cosas”. Y el historiador Antonio Jaén Morente¹⁹ señala lo que sigue: “Su colección es interesantísima. La vida literaria de toda la Córdoba pasada está en sus artículos. Fue su nota la corrección y la cortesanía”. El periodista Daniel Aguilera, en una de sus alocuciones en la Real Academia cordobesa²⁰, donde ingresó en 1940, apuntaba que el rotativo “vivía por la velocidad adquirida. Se componía de día, se cerraba a las diez de la noche y de madrugada solo se hacía una gacetilla que por su importancia cupiera como ‘última hora’ y un par de telegramas”.

Rafael Castejón²¹, recordado director de la Real Academia, al referirse al *Diario*, donde ejerció varios años la crítica teatral, no escatima elogios: “Era el prudente y glorioso órgano con el que todas las mañanas se desayunaban los cordobeses”. Sus informaciones eran respetuosas con todo y con todos, añade Castejón. “El noticiario, que creo lo suministraba la agencia Fabra, era también muy exacto y puntual –prosigue–. Los anuncios y parte comercial reflejaban bien la vida cordobesa, y todos queríamos al *Diario*”. Y destaca el sabio cordobés

¹⁸ GIL, Rodolfo, *op. cit.*, I tomo, cap. 2º, “Periódicos y revistas”.

¹⁹ JAÉN MORENTE, Antonio, *Historia de la ciudad de Córdoba*, Librería Luque, Córdoba, 1976. Se trata de una reedición del texto de 1935, corregido y aumentado respecto al inicial de 1921, que el político, historiador y colaborador de prensa dedica a la Real Academia de Córdoba, de la que era miembro, con elogios como: “Me complace afirmar que no hay en muchos puntos de España un grupo tan selecto de conocedores de la ciudad y amadores de su pretérita gentileza como el grupo cordobés [...]. Córdoba, que llama cariñosamente *los sabios* a estos hombres (yo contribuí a lanzar el epíteto), no sabe, *bien sabido*, lo mucho que debe a este grupo y Academia”.

²⁰ AGUILERA CAMACHO, Daniel, “La prensa cordobesa del siglo XX”, trabajo leído en la Real Academia el 20 de mayo de 1944. *BRAC* num. 58 (1947), pp. 143-170. La cita concreta aparece en p. 160.

²¹ CASTEJÓN Y MARTÍNEZ DE ARIZALA, Rafael, “Periodismo y periodistas de principios de siglo”, art. publicado en la revista *Patio Cordobés*, num. 38 (1969).

a algunos redactores: además de los anteriores a su generación como Romero Barros, Sentenach y Pavón y López, otros como García Niel-fa –luego fundador del semanario *Córdoba*, al que dio toques regionalistas transformándolo en *Andalucía*–, Martínez Alguacil –fundador más tarde del *Diario de Avisos*–, Adolfo Torres, Manuel de Viguera, los hermanos Antonio y Francisco Arévalo –excelentes poetas– y Juan Ocaña, que versificaba en sus “Mosquetazos” las noticias nacionales. A ellos hay que sumar otros como Antonio Ramírez, Juan Herrera y el gran Manuel García Prieto, poseedor este último de un excelente estilo literario, de los que sobreviven al paso del tiempo. Dicha cualidad le hizo merecedor de ser nombrado académico correspondiente, aunque falleció antes de leer su discurso de presentación, que iba a versar precisamente sobre el *Diario de Córdoba*²². A García Prieto le cupo el amargo privilegio de redactar la glosa aparecida en el periódico el último día de su publicación, que alcanzó los 31.131 números, según figura en la cabecera. Marcelino Durán de Velilla explicaba las razones del cierre, el 30 de septiembre de 1938 como ya se ha dicho, en la imposibilidad de dar cumplimiento al decreto llamado “de plantillas”, por el que se fijaba el número de redactores que había de tener cada periódico y el sueldo de cada cual. “Murió coronado de prestigio [...] y fue la más firme palanca de la prensa en nuestra ciudad a todo lo largo del tiempo que duró su publicación”, elogiaba con nostalgia Durán “tras verlo morir en nuestras manos”²³ y con él a toda una época del periodismo local.

Siete años antes, en época todavía dorada, el Ayuntamiento rotuló con el nombre de “Diario de Córdoba” la calle hasta entonces llamada “Librería”, en una de cuyas casas, en el número 34, donde estuvo establecida la imprenta de Fausto García Tena, había comenzado a editarse el periódico. Quiso el Consistorio reconocer con este gesto su aportación a lo largo de casi un siglo a la vida y la historia de la ciudad. La iniciativa partió de Julio Baldomero Muñoz *Españita*, director de la revista *Patria Chica*, y el homenaje se llevó a cabo el 11 de abril de 1931, siendo alcalde Rafael Jiménez Ruiz y gobernador el también

²² DURÁN DE VELILLA, Marcelino, “El último propósito literario de García Prieto”, art. de la *Hoja del Lunes* del 2 de septiembre de 1968, donde se evoca con tristeza la desaparición del colega el 2 de junio de ese año sin haber podido ingresar en la docta corporación cordobesa.

²³ DURÁN DE VELILLA, Marcelino. Art. cit. revista *Patio Cordobés*, num. 38, Córdoba, mayo de 1969.

periodista Graciano Atienza. En respuesta agradecida, y para compartir el acontecimiento con la ciudadanía, la propiedad del *Diario* otorgó cien cartillas de la Caja de Ahorros Postal, con imposiciones de 25 pesetas a otros tantos niños de las escuelas públicas, mediante propuesta de los respectivos maestros, y otras de 50 pesetas para los hijos menores de los periodistas cordobeses. Y así, todos contentos.

“El alma” de la redacción

Este era el periódico al que Ricardo de Montis entregó lo mejor de sí mismo. Llegó a identificarse tanto con el *Diario de Córdoba*, y viceversa, que Rafael Castejón lo definía como “el alma de su redacción” en el ya citado artículo de la revista *Patio Cordobés*. “Era un compendio sabroso del más castizo localismo, como queda plasmado en la docena de tomos titulados *Notas cordobesas*”. “Se le encontraba trabajando toda la noche, hasta la confección total de madrugada” a pesar de que “era muy miope y llegó a cegar casi totalmente”, explicaba Castejón elogiando la laboriosidad de don Ricardo, que siempre escribió, por cierto, con pluma de ave y tintero, pues –como evoca Salcedo Hierro–, la estilográfica le parecía un invento endemoniado. Imagínense lo que hubiera pensado de vivir en la era del periodismo digital.

Su perfil de perfecto conocedor del latido de la ciudad y sus gentes, pero hombre algo reticente al progreso si este traía consigo nuevos hábitos que le cambiaran el paso y lo sacaran de su rutina diaria, le hizo merecedor de una caricatura literaria firmada nada menos que por Pío Baroja en *La feria de los discretos*²⁴. Y es que muchos han querido ver en el personaje de la citada novela don Gil de Sabadía, periodista exaltador de los valores del pasado y erudito un poco “a la violeta”, un malvado trasunto de Montis. Así lo explica Juan Pérez Cubillo²⁵, catedrático de Literatura en Enseñanzas Medias y estudioso de la obra barojiana, que pretendió ser un reflejo del ambiente de Córdoba en los años anteriores a la revolución de 1868.

²⁴ BAROJA, Pío. *La feria de los discretos*. Madrid, Ed. Caro Raggio, 1929 (edición consultada de 1975).

²⁵ PÉREZ CUBILLO, Juan, en colaboración con su hijo, PÉREZ DÍAZ, Juan Rafael. *La Córdoba de Baroja. Un paseo por La feria de los discretos*. Edit. Puntoreklamo, Córdoba, 2006. Se trata de un cederrón multimedia que incorpora un interesante plano interactivo de los itinerarios barojianos.

Y es que al parecer Montis era un hombre un poco raro y lleno de manías. Sin embargo, esa manera de ser, y su pasión por la poesía como el género más elevado, no le impedía el cultivo de una vena humorística que le granjeó un público incondicional y que el periodista desarrolló a sus anchas tras el pseudónimo de ‘Triquiñuelas’. Con él rubricaría no solo artículos satíricos sino sus crónicas semanales de teatro y toros. Firmó tantas veces ‘Triquiñuelas’ y no Ricardo de Montis que en cierto momento llegó a ser más conocido por el alias que por su verdadero nombre. Rodolfo Gil, que en 1896 lo incluyó en su índice de escritores y periodistas *Córdoba contemporánea*²⁶ cuando solo era un prometedor gacetillero de 25 años, menciona su obra *Dos docenas de extravagancias*, una recopilación de los artículos satíricos que había publicado en cabeceras de Sevilla y Córdoba bajo el citado pseudónimo. Aunque, en honor a la verdad, hay que decir que no olvida Gil recoger su creación más seria, “unas dos mil poesías publicadas” hasta aquella fecha, entre las que destaca las odas a “La fe”, “La ciencia”, “La muerte de Jesús” y la premiada “Misterios”. Menciona así mismo el libro inédito –lo era al menos en 1896– *Rimas y pensamientos*, integrado por doscientas composiciones cortas que no pasaron desapercibidas para el crítico literario de la publicación madrileña *Las Ocurrencias*, que firmaba oculto tras el pseudónimo de Juan García. Citaba también Rodolfo Gil los cuadros de costumbres recopilados en *Las noches de Andalucía*, cantares en tres tomos, con doscientos cada uno, conocidos por los títulos de “Perlas y flores”, “Playeras” y “Flores y lágrimas”, así como distintos romances en *Ecos del Betis*, “primer tomo que publicó” según apunta Gil.

Un Montis jocosos llamado ‘Triquiñuelas’

Volviendo a ‘Triquiñuelas’, el mismo Ricardo de Montis comenta con chanza en una de sus *Notas* el origen del alias profesional y cómo este le fue cedido por su entonces jefe en *La Lealtad*, Juan Menéndez Pidal²⁷, político, académico de la Real Academia Española y corres-

²⁶ GIL, Rodolfo, *op. cit.*, I tomo, pp. 287-289.

²⁷ Juan Menéndez Pidal, director y mentor de Montis (Asturias, 1861-Madrid, 1915), abogado y diputado a Cortes, fue más poeta, ensayista y periodista que político. Dirigió en sus primeros tiempos *La Lealtad*, y más tarde en Madrid *La Unión Católica*. En la Academia de Córdoba leyó sus trabajos “Las atalayas”, “Crepúsculos” y el prólogo a su obra recopilatoria *La poesía popular en Asturias*.

pondiente de la cordobesa. Es tan jugosa su lectura que, para dejar constancia del gracejo del melancólico Montis cuando se lo proponía, la reproducimos a continuación textualmente –incluidos sus usos ortográficos y de puntuación– tal como aparece en la edición facsímil:

La muerte del ilustre literato, mi inolvidable maestro de periodismo, don Juan Menéndez Pidal, me ofrece una ocasión oportuna para contestar a una pregunta que me han dirigido muchos amigos y compañeros, en diversas ocasiones: cuál es el origen del pseudónimo ‘Triquiñuelas’ con que firmo la mayoría de mis trabajos desde los ya lejanos tiempos en que comencé a escribir en la Prensa.

Menéndez Pidal vino a Córdoba, hace treinta años, para encargarse de la dirección de un diario conservador fundado por el Conde de Torres Cabrera y titulado *La Lealtad*, que ha sido, indiscutiblemente, uno de los mejores periódicos de provincias.

Formaban su redacción, además del eximio escritor citado, el gran poeta don Manuel Fernández Ruano y dos jóvenes, cordobés uno, malagueño otro, que se dedicaban a la caza de noticias.

Como ocurre en todos los periódicos de reducido personal, Menéndez Pidal y Fernández Ruano tenían que hacer desde el artículo de fondo, los comentarios de la Prensa y la crónica literaria hasta la revista de salones o la de modas, amen de corregir, transformar y poner en castellano las cartas de los corresponsales, las elucubraciones de los colaboradores espontáneos a los que no es posible echar al cesto sus cuartillas y las notas de los gacetilleros.

Anuncióse en nuestro circo taurino una de las llamadas fiestas nacionales y era preciso, de absoluta necesidad, escribir una revista detallada del espectáculo. ¿A quién encomendar la empresa? Fernández Ruano detestaba los toros y quizá no habría visto, durante su ya larga existencia, un par de corridas; los jóvenes noticieros eran incapaces también de hilvanar una reseña.

En su virtud, Menéndez Pidal decidióse a sentar plaza de revisitero taurino, aunque por sus conocimientos en el arte de Cúchares y su afición al mismo estuviese a igual altura que sus compañeros de redacción.

Fué a la plaza, tomó apuntes, escribió la reseña de mala gana, acaso renegando de la dura condición de periodista que tiene, si no que saber y entender de todo, al menos, aparentar que se sabe y entiende, y cuando hubo terminado su obra la firmó con el pseudónimo de ‘Triquiñuelas’ y enviola a las cajas.

El día siguiente los ocurrentísimos periodistas hermanos Valdelomar, amigos fraternales de Menéndez Pidal, pero que gustaban de sacarle de *sus casillas*, para que luciera su ingenio, criticándole

desde las columnas de *El Adalid*, hicieron un análisis cruel de la malhadada revista.

¡Cómo se cebaron con ella, sobre todo en la poco afortunada comparación de que salió un toro con más cabeza que Séneca!

Menéndez Pidal reconoció que no estuvo muy feliz en su obra e hizo el propósito de no *repetir suerte*, pero se defendió de las censuras de sus colegas con toda la gallardía de su ingenio privilegiado.

Pocos meses después del hecho referido ingresaba en la redacción de *La Lealtad* el autor de estas líneas, para hacer su aprendizaje periodístico.

Anuncióse otra corrida de toros y el director del órgano en la prensa de los conservadores cordobeses me endosó el *mochuelo* de escribir la revista, como si me brindara un gran favor.

Mi ignorancia en asuntos taurómacos era también completa, pero no creí prudente negarme a cumplir el encargo; por algo era Menéndez Pidal el maestro y yo el más humilde de sus discípulos.

¿Qué hacer para salir airoso de la empresa? Leí con gran detenimiento el *Arte taurino* de Montes y, aunque en algunos tratados de preceptiva literaria lo había visto citado como modelo de obras didácticas confieso con ingenuidad que en él no aprendí ni jota.

En estas condiciones, llegó el día de la fiesta y me encaminé al circo, acompañado de un veterano taurófilo para que me *ilustrase*; no me quedaba otro recurso.

Con la ayuda de aquel buen hombre hice la revista, poniendo en ella todos mis cinco sentidos.

Llévela al director de *La Lealtad* quien, después de leerla detenidamente, me dijo: creo que debe estar bien, ya sabe usted que yo no soy perito en la materia; sólo le falta, a mi entender, un requisito, la firma, porque estos trabajos siempre se firman con un pseudónimo. ¿Cuál quiere usted ponerle?

Ninguno se me ocurre, le contesté, después de pensar un rato.

Pues bien, añadió Menéndez Pidal, voy a hacer a usted un obsequio en pago de su obra; le cedo mi pseudónimo de ‘Triquiñuelas’, que está nuevecito, pues únicamente lo he usado una vez.

Y firmada por ‘Triquiñuelas’ apareció la revista.

El Adalid también le dedicó algunas líneas en su diario “Pali-que”.

Poco más o menos decían así: Hemos visto con satisfacción que el crítico taurino de *La Lealtad* se ha enmendado, pues aunque su última reseña no la firmarían, seguramente, ‘Sentimientos’ ni ‘Paco Pica Poco’, está hecha con más acierto que la anterior. En ella no se habla de suertes completamente desconocidas hasta ahora, como

los pases de farol, ni se compara la cabeza de ningún toro con la de Séneca.

Y don Juan Menéndez Pidal, en su saladísima sección titulada ‘A punta de tigera’, con g aunque no ignoraba que se escribía con j, contestó a *El Adalid* noblemente en estos o parecidos términos:

El autor de la primer revista de toros publicada en este periódico no se enmienda jamás; se arrepiente de sus yerros cuando comprende que los ha cometido y procura no reincidir. Por eso el ‘Triquiñuelas’ primitivo *cedió los trastos* y con ellos el pseudónimo al autor de la última reseña, que es el joven periodista don Ricardo de Montis.

No creo necesario consignar cuánto halagaron a mi vanidad casi infantil las anteriores líneas.

Y desde entonces, no solamente en las revistas de toros, sino en los artículos festivos y de costumbres, en las críticas literarias, en las crónicas, en las poesías satíricas, casi siempre he usado la firma de ‘Triquiñuelas’, y tanto he prodigado este pseudónimo que por él me conocen hoy muchísimas más personas que por mi nombre y apellidos.²⁸

Las *Notas cordobesas*

En 1911, diez años después de su ingreso en la plantilla del periódico, sale el primer tomo de las *Notas cordobesas*, artículos costumbristas que don Ricardo había ido publicando en el rotativo a modo de tributo a tiempos idos, como ya se enunciaba entre paréntesis desde el subtítulo, que era “Recuerdos del pasado”. Tres años después ve la luz el segundo, y así, convertido su autor en una celebridad local, van apareciendo hasta once, saliendo el último de la imprenta en 1930. No fueron posibles más números por culpa de la galopante ceguera que sufría Montis, la misma que motivó que ya en 1921 fuera relevado del trabajo nocturno en la redacción, cada vez más cuesta arriba para él por su escasa visión. Contrataron para sustituirle a Durán de Velilla, quien, como se ha dicho, en 1936 acabaría sustituyéndolo definitivamente, esta vez de la dirección, cuando ya su dramática pérdida de la vista le hacía imposible seguir en el diario.

²⁸ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *op. cit.* tomo III, “Menéndez Pidal y mi pseudónimo”, pp. 209-213. Había sido publicada en el *Diario de Córdoba* en enero de 1916.

Fueron editados por supuesto en la imprenta del *Diario de Córdoba*, Conde de Cárdenas 18 –así se lee en la portadilla del libro, bajo el escudo de la provincia–, pero encuadernados en la imprenta La Verdad, al no disponer de este servicio la primera, ya en decadencia. Ni que decir tiene que los once tomos de las *Notas* carecieron de un plan de publicación y que llegaron rodados en función de la demanda de los lectores. De hecho ni el mismo Montis imaginó que la cosa pasara del primer volumen, patrocinado por el Ayuntamiento, al que se lo dedica el autor “como prueba de gratitud”. Esa primera recopilación de artículos, 42 en total de muy diversos temas que se extienden a lo largo de 282 páginas más el índice, está encabezada por una especie de prólogo que Montis, por considerar el término pretencioso, prefiere presentar con el epígrafe de “Cuatro palabras”. Fueron unas pocas más, pero no demasiadas comparadas con todas las que habrían de llegar en los siguientes años. Reproducimos literalmente el contenido dado su interés, ya que es una declaración de principios en toda regla y viene a demostrar el interés de don Ricardo por inventariar contra el olvido la forma de ser y estar de los cordobeses a finales del siglo XIX e inicios del XX. He aquí esas “Cuatro palabras”:

No soy partidario del prólogo, porque si lo escribe el autor de la obra prologada parece un “autobombo”, y si se lo encarga a otro escritor equivale a decirle: elogia mi trabajo.

Por las razones indicadas, empiezo este libro solamente con unas líneas que le sirvan de presentación.

No es una obra de las llamadas de estudio o de consulta, no es una producción literaria de altos vuelos; es, sencillamente, un conjunto de descripciones hechas con más o menos aciertos, con mayor o menor fidelidad que otras, de lugares, escenas, usos, tipos, costumbres, personalidades y sucesos de Córdoba, pero de la Córdoba de ayer, que tiene para muchos la seducción del pasado y para no pocos el dulce encanto del recuerdo.

Los hijos de este hermoso rincón de Andalucía que gocen al rememorar los tiempos felices de su juventud, pasarán, sin duda, horas agradables leyendo estas páginas, como yo las pasé al escribirlas, y me perdonarán las incorrecciones que encuentren en ellas. A esos les dedico mi modesto trabajo.

Las personas que corrieron sobre el pasado el velo impenetrable del olvido, atentas sólo al presente y anhelando escalar el porvenir, no hallarán solaz alguno en mis artículos. Esas, si llega a sus manos el presente volumen, no deben tomarse la molestia de abrirlo.

Y aquí concluyo estas cuatro palabras, las cuales, en mi concepto, han de ser más útiles para el lector que un extenso y rimbombante prólogo.²⁹

En 1914 aparece un segundo tomo más reducido, de 189 páginas y solo 24 artículos más un apéndice en tres capítulos. Pasarán ocho años hasta que salga el tercer tomo, en 1922, que presenta como novedad en sus 286 páginas el hecho de que los artículos, hasta un total de 38, aportan al final la fecha en que habían sido publicados, entre 1916 y 1919, detalle este que se mantendrá hasta la última publicación salvo excepciones contadas. El cuarto tomo y los sucesivos saldrán ya anualmente. Así, en 1923 aparece este cuarto volumen, también de 286 páginas pero con 43 artículos. En 1924 se publica el quinto, con 42 artículos y 269 páginas, y en 1925 el sexto, de 267 páginas que contienen 41 *Notas cordobesas* y una innovación: en el pie de imprenta de la portada aparece el número de teléfono de la planta de impresión, concretamente el 184, lo que deja constancia de que el *Diario de Córdoba* y su imprenta no eran ajenos a las innovaciones tecnológicas del primer cuarto del siglo XX. En 1926 ve la luz el séptimo tomo, con 40 artículos y 270 páginas que incluyen al final una nota con una fe de erratas. El de 1927, octavo ya, contiene 46 *Notas* que se reparten a lo largo de otras 270 páginas; el de 1928, noveno, tiene las mismas páginas y 42 artículos; el de 1929, décimo, con idéntica paginación que los tres anteriores, presenta 43 artículos y un ligero cambio, el del número telefónico que se muestra en la primera página, al pasar este a ser ya el 1248.

Por último, en 1930 aparece el último libro, que contiene 258 páginas con 45 *Notas*. Añade, además del índice –que no se ha tenido en consideración en este recuento de páginas–, la referencia “Obras del mismo autor”, enumerándose las siguientes por este orden: *Perlas y flores* (cantares), un folleto; *Una copla que redime* (monólogo dramático en verso), un folleto; *Playeras* (cantares), un folleto; *Dos docenas de extravagancias* (artículos humorísticos), un tomo; *Peteneras* (cantares), un folleto; *Romances*, un tomo; *Flores y lágrimas* (cantares), un folleto, y *Notas cordobesas (Recuerdos del pasado)*. XI tomos. Y se agrega, como obra en preparación, *Sonetos*, un tomo, y nuevas *Notas cordobesas (Recuerdos del pasado)*. Tomo XII. Una alusión que hace suponer claramente el interés de la editorial y del propio autor

²⁹ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *op. cit.* tomo I, “Cuatro palabras”, pp. 5-6.

por dar continuidad a las compilaciones de sus famosas reseñas costumbristas. Algo que ya por entonces se veía difícil dadas las circunstancias de Montis, que a esas alturas tenía que recurrir a cualquiera para dictarle sus líneas al no poder escribirlas él mismo. Tal vez eso explique que la colección de artículos escogidos para el último volumen abarque algunos publicados muchos años atrás —la más antigua *Nota* es de 1915—, por lo que cabe pensar que se acometiera esta postrera edición con cierto carácter antológico, quizá a modo de intuida despedida.

En cuanto al estilo de las *Notas*, es el mismo de todos los escritos en prosa firmados por Montis: fresco, ligero, espontáneo y, como tal, un tanto deslavazado. De forma que todos sus relatos están llenos de digresiones, anécdotas y curiosidades que se le van ocurriendo sobre la marcha al periodista, interesado solo en recrear fidedignamente tipos populares y ambientes, viejos rincones urbanos, hábitos ciudadanos, oficios, hechos históricos, centros culturales y, en general, todo cuanto sea necesario para evocar la Córdoba perdida ya en su época y tomar el pulso a la contemporánea. Y así, con palabra suelta y espíritu volandero, compone coloridos cuadros impresionistas, o “una amplia, variada y riquísima colección de acuarelas”, como describiera el catedrático y académico José María Ortiz Juárez en una colaboración en prensa³⁰. A base de muchas pinceladas finas y alguna más gruesa Montis, huyendo de la trascendencia, acaba por dibujar lienzos inmortales que ya en el momento de su publicación son recibidos con entusiasmo por el público.

Es decir, que la popularidad de Montis estaba por las nubes cuando el 3 de marzo de 1929, con 58 años, se pone oficialmente al frente del *Diario de Córdoba*, donde estaba considerado una autoridad indiscutible. De hecho, desde mucho antes, era “el *factotum* del periódico, merced a la confianza que la empresa tenía depositada en él y su lealtad a la misma”, contaba Durán de Velilla en una carta enviada a Salcedo Hierro al saber que preparaba su libro, en el que incluye la amplia correspondencia entre ambos. Con Montis el *Diario de Córdoba* va a vivir una época sosegada y apartada de las tendencias políticas que vapuleaban las páginas de otras publicaciones, al tiempo que logra dar a la suya visos literarios.

³⁰ ORTIZ JUÁREZ, José María. “Ricardo de Montis, un gran costumbrista cordobés”. Art. publicado en la revista *Córdoba en Mayo* (1988), citado por Miguel Salcedo Hierro en el libro sobre el periodista que prologa sus *Notas*, pp. 140-141.

Y es que el periodista tenía claro que, en esta Córdoba de los discretos, la clave del éxito de un diario, e incluso el personal, está en llevarse bien con todo el mundo. Así lo manifestó en su discurso de ingreso como numerario en la Real Academia de Córdoba, que leyó el 12 de diciembre de 1914 (aunque el nombramiento tiene fecha de 8 de mayo de dicho año), quince años antes de ser director del *Diario*, titulado “Periódicos y periodistas cordobeses”³¹. En dicho trabajo, que se guardó inédito hasta 1927 en que fue recogido en el número 20 del Boletín, definía así el pulso de la prensa cordobesa: “Ha sido siempre tranquila, enemiga de luchas, noble, franca; más predispuesta al elogio que a la censura”. Y proseguía manifestando que “innumerables periódicos de todos los matices han desfilado por el estadio de la prensa local, pero solo consiguieron arraigo aquellos que se adaptaron al ambiente de Córdoba”.

Montis y la Real Academia de Córdoba

La vinculación del periodista con la Real Academia de Córdoba venía de antiguo pues, como ya se ha visto, apenas tenía 15 años cuando participó deslumbrado en una de sus sesiones poéticas. Pero era demasiado joven para entrar oficialmente en la Academia, de modo que hubo de esperar todavía algunos años para ver cumplido su sueño de formar parte de tan prestigiosa institución, primero como correspondiente y más tarde como numerario. Lo consiguió gracias al prestigio adquirido con los dos primeros tomos de sus *Notas cordobesas*, que tantas puertas le abrieron en sociedad. Finalmente pudo franquear las de la Academia –por discreción quiso que la ceremonia se realizara en su sede y no en la del Ayuntamiento, como era costumbre en ocasiones solemnes–. Fue una tarde de diciembre de 1914, el año en que Europa estallaba en las trincheras; aunque nada de trágico, sino todo lo contrario, feliz entrega, hubo en la alocución de aquel intelectual que había cumplido 42 años, aunque se sentía mucho más viejo que lo que le correspondía por edad.

El extenso y documentado discurso de Ricardo de Montis, que fue contestado por Luis Valenzuela y Castillo, entonces director de la Academia, comienza con una semblanza del académico cuya plaza venía a ocupar, tras su fallecimiento, que no era otro que Rafael Gar-

³¹ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de. “Periódicos y periodistas cordobeses”, discurso publicado en el *BRAC* num. 20, año 1927, pp. 449-462.

cía Lovera, su antiguo jefe. De este trabajo destaca la amplia nómina que traza de redactores y de medios de comunicación, tanto precedentes como contemporáneos suyos, indispensable para conocer el tejido de la profesión hasta ese momento. No es posible, por razones de espacio, reproducir ambos textos literalmente, pero del salido de la pluma de don Ricardo hay que destacar su inconfundible estilo: llano, ligero, refrescante —aunque con alguna concesión a altisonancias decimonónicas—, y tan cuajado de buenas palabras hacia los compañeros de profesión y sus respectivos medios como de modestia y sinceridad en las confesiones referidas a sí mismo. Precisamente concluye el discurso con una confidencia a tumba abierta sobre su forma de entender un oficio cuyas ingraticudes solo se soportan a base de mucha vocación. Así concluye Montis su intervención ante el cuerpo académico:

He llegado al final de mi humilde trabajo que no es un estudio de la prensa cordobesa, porque este requeriría más espacio del que se dispone para una disertación académica y mayor autoridad en el autor que la mía. Es únicamente una ojeada sobre el periodismo local, al que consagré todos los entusiasmos de mi juventud y a cuyo servicio pongo diariamente mi pobre inteligencia con verdadera fe, con cariño profundo, sin que lo entibien los desengaños ni las amarguras, más frecuentes en esta profesión que las satisfacciones y los triunfos.

El periodismo ha llegado a constituir parte integrante de mi existencia. Por eso cuando después de una noche interminable de ruda labor, aletargado el espíritu, falto de alientos para continuar el trabajo, oigo el motor de la máquina de la imprenta preludiar su monótona canción y un momento después veo surgir el primer ejemplar del periódico a que he dedicado la velada, siento súbitamente renacer las energías físicas, brotar las energías en el cerebro, rebosar la alegría de mi alma; experimento, en fin, la indescriptible transformación del soldado que cae herido en el campo de batalla, siente escapársele la existencia, levanta los ojos al Infinito, y al ver ondear la bandera de su regimiento nota una oleada de vida en todo su ser; porque si la bandera es el símbolo venerando de la madre y de la patria [a expresiones como esta me refería al mencionar ecos de la retórica finisecular], la prensa es el símbolo hermoso de la cultura y del progreso”.³²

³² MONTIS Y ROMERO, Ricardo de. Discurso citado, *BRAC* num. 20, año 1927 pp. 461-462.

Por su parte, en su largo discurso de contestación –centrado en su mayor parte en una prolija, y hasta redicha, relación de periódicos y periodistas acompañada de sus respectivas semblanzas–, Luis Valenzuela y Castillo³³ lamenta que el nuevo académico hubiera limitado su labor periodística al ámbito de la prensa local (que no le permitía “desplegar, a sus anchas, las facultades nativas ni cultivar holgadamente las actitudes críticas de que está adornado por habérselo impedido el fantasma de las conveniencias de localidad”). Describe su labor diciendo que es la de un “periodista aventajado” y dice que como prosista es “predominantemente crítico” y como “poeta distinguido” que lo considera, es “ante todo, satírico”, “de estrofas punzantes, sarcásticas, corrosivas”. Y advierte en sus escritos “cierto sedimento de escepticismo, de recelo y de desconfianza hacia los hombres, que quizá hubo de predisponer su alma desengañada al cultivo escabroso de la sátira”. Se detiene por supuesto Valenzuela en las *Notas cordobesas*, “páginas que reflejan fielmente –ensalza el director de la Academia– hechos, actos, usos, tipos atrayentes y simpáticos que pasaron, ofreciéndolos con tintas tan frescas, con colores tan vivos, con sabor de realidad tan puro” que van desarrollándose “ante nosotros las escenas mismas que el cronista inimitablemente describe”. Y, clasificando a Montis entre “los buenos escritores llamados de costumbres o festivos”, define sus *Notas* como una “historia al por menor de la Córdoba contemporánea”.

Una declaración de amor a la Academia

Desde aquel día de diciembre de 1914 quedó oficializada una larga relación de amor de Montis con la Academia, en cuyo Boletín, sin embargo, no consta ninguna otra aportación suya. Algo que podría explicarse por el hecho de que la meritoria publicación –compendio del saber del último siglo en Córdoba– no empezó a publicarse hasta 1922³⁴ y no siempre recogía todas las intervenciones, pues incluso el mismo discurso de recepción no entró en imprenta hasta trece años

³³ VALENZUELA Y CASTILLO, Luis. “Discurso de contestación al de Ricardo de Montis leído por el director de la Academia en el mismo acto”, *BRAC* num. 20, año 1927, pp. 462-472.

³⁴ Para conocer el trabajo académico en buena parte del siglo XX es de consulta imprescindible el índice de los primeros cien números del *Boletín* (años 1922-1979), realizado por VÁZQUEZ LESMES, Juan José, *BRAC*, Córdoba, 1979.

después. Sí que aparece en cambio la institución como protagonista de algunos de sus escritos periodísticos, siempre para ponerla por las nubes. Porque hay que decir que el periodista-académico no desaprovechó la menor oportunidad de escribir sobre la institución, a la que dedicó elogiosos artículos antes y después de pertenecer a ella. En el recogido (sin fecha de publicación) en el volumen primero de sus *Notas* ofrece a base de anécdotas y observaciones un tanto deshilvanadas, pero muy sabrosas, la historia y costumbres del primer siglo de vida de esta corporación. Su lectura trae al presente los modos y la atmósfera de antaño, además de mostrar el estilo natural del autor, a caballo entre el dato erudito y la naturalidad, de ahí que por su interés lo reproduzca íntegro:

Desde época remota, casi todos los sábados, durante las primeras horas de la noche, varias personas respetables, hombres de ciencia, literatos y artistas, penetran en el viejo edificio de la plaza del Potro que fue hospital de la Caridad, diríjense (*sic*) a una de las puertas de su extenso patio y se pierden en las revueltas de una escalera: son nuestros académicos que acuden a celebrar sesión.

En un espacioso local, modestamente decorado, ocupan los sillones que se extienden en dos filas y los bancos colocados detrás, los cuales dan a la estancia un aspecto de convento antiguo.

Dos amplios bufetes y varios estantes llenos de libros y legajos completan el mobiliario, y adornan los muros algunos lienzos con retratos al óleo de cordobeses ilustres. En lugar preferente destaca un busto, en barro, hecho por el escultor Inurria, del sabio cronista de Córdoba don Francisco de Borja Pavón.

Tras los preliminares propios de las sesiones de toda sociedad o corporación, leen trabajos literarios o estudios científicos, discuten varios temas de interés, cambian impresiones sobre asuntos de actualidad y después de pasar unas horas en amigable consorcio, abandonan de nuevo el vetusto caserón y se despiden hasta el sábado siguiente. Tal es la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba que, gracias a su humilde vivir y a la buena voluntad y perseverancia de sus miembros, ha cumplido los cien años de existencia, mientras otras entidades análogas, liceos fastuosos y ateneos, al parecer florecientes, murieron al poco de nacer, no dejando huella alguna de su labor.

También han contribuido de modo notable a esta longevidad de la Academia los méritos indiscutibles de sus diez directores: don Manuel María de Arjona, don José Meléndez Fernández, don Miguel de Alvear, don Ramón Aguilar Fernández de Córdoba, don Carlos Ramírez de Arellano, don Rafael Fernández de Lara Pineda,

don Francisco de Borja Pavón, don Teodomiro Ramírez de Arellano, don Manuel de Sandoval y don Luis Valenzuela que la preside actualmente.

A pesar de su modestia, por ella han desfilado hombres de tanta valía como el inmortal don Ángel de Saavedra, y personas ilustres por su inteligencia privilegiada, no sólo de toda España sino aún del extranjero, se han honrado y se honran con el título de académicos correspondientes de la centenaria y docta corporación cordobesa.

Poetas de tan altos vuelos como el inolvidable hispanófilo Juan Bautista Fastenrach, Salvador Rueda, Antonio Fernández Grilo y otros deleitaron con la lectura de sus maravillosas composiciones a los académicos de nuestra ciudad, esparciendo torrentes de armonías en aquella estancia, silenciosa de ordinario, y haciendo desaparecer, por unos momentos, la adusta severidad propia de las antiguas academias.

Uno de los actos más curiosos celebrados por referida sociedad fue una sesión de honor, no de un gran escritor ni de un artista eximio, sino de una pobre mendiga, que logró celebridad en Madrid: la *Ciega del Manzanares*. Azares de la fortuna trajeron a Córdoba a esta pobre y admirable mujer que, sin más instrucción que la recibida de un pobre sacerdote, profesor de Latín, a quien sirvió de criada antes de perder la vista, hablaba con asombrosa corrección el idioma del Lacio e improvisaba versos latinos, rotundos y sonoros.

Don Francisco de Borja Pavón invitóla para que concurriese a la Academia y la *Ciega del Manzanares* hizo en ella gala de sus profundos conocimientos de la lengua clásica saludando a la corporación con un discurso correctísimo al que contestó, también en latín, nuestro inolvidable cronista.

En los años 1872 y 1878 organizó la Academia lucidos juegos florales, en los que fueron premiados don Dámaso Delgado y don Emilio de la Cerda por sus trabajos acerca de *La batalla de Munda*; don Teodomiro Ramírez de Arellano, don Rafael Blanco Criado, don José Ramón Garnelo y don Aureliano González Francés por sus composiciones al tema *Una excursión a las Ermitas de la Sierra de Córdoba*; don Manuel Fernández Ruano y don Luis Balaca Gilabert por sus odas a *San Eulogio*; don Rafael Ramírez de Arellano y don Rafael de la Helguera por sus cantos a *Pablo de Céspedes*, y don Salvador Barasona Candán y don Miguel José Ruiz por sus leyendas acerca de *Medina Azahara*.

Si gratas han sido siempre las fiestas de la Academia, mayor encanto han tenido aún aquellas reuniones íntimas, a las que asistían muy pocas personas, que se verificaban hasta hace quince o

veinte años. En ellas deleitaban a los concurrentes Pavón con algunas de sus *poesías reservadas*, en las que campean el ingenio, la gracia, la donosura y la picardía de las composiciones más famosas de Quevedo, y Fernández Ruano con aquellos artículos humorísticos que hicieron popular el pseudónimo de *Martín Garabato* en el periódico *La Lealtad*.

Después leíase la correspondencia de amigos y compañeros tan ocurrentes como González Ruano, el vecino del *Ventilado Montemayor*, y Romero Barros, Jover y Paroldo, Sierra, Trasobares y otros contaban sucesos de su vida, aventuras, anécdotas, generalizándose una charla deliciosa, amenísima.

En algunas de estas reuniones organizáronse giras campestres y no pocas terminaron con una modesta cuchipanda.

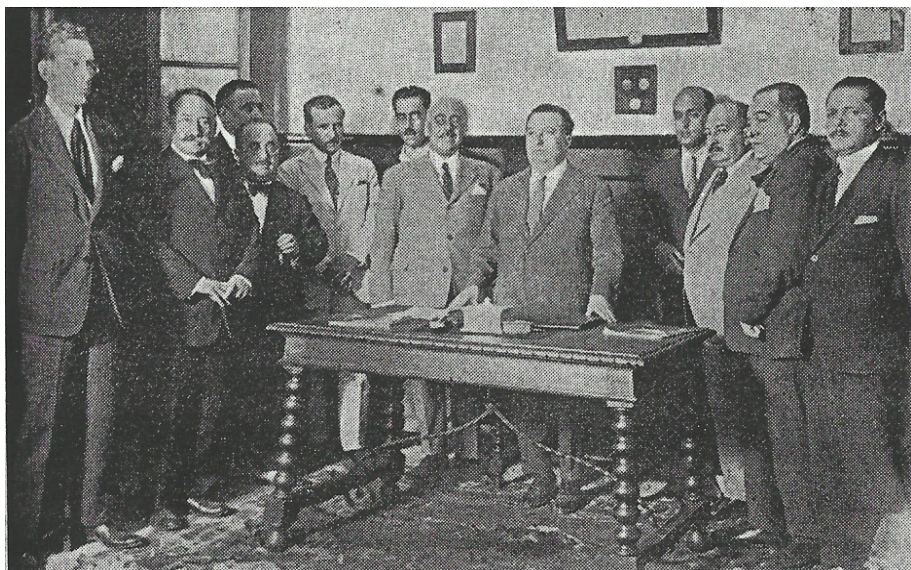
Allí nació la idea del banquete con que, una Nochebuena, obsequió el Marqués de Jover a los académicos de Córdoba, sin duda por no ser menos que el Conde de Cheste. Invitóles por medio de un soneto, y puso la condición para poder asistir a la comida, de que los convidados habían de contestar, aceptándola, en otro soneto escrito con los mismos consonantes del suyo. Esta exigencia sirvió de pretexto para una velada literaria memorable.

La Academia de Córdoba, en las postrimerías del siglo XIX, dio muy pocas señales de existencia, pero al hacerse cargo de su dirección don Teodomiro Ramírez de Arellano adquirió nueva vida, merced a los entusiasmos de aquel erudito escritor y al cariño que le profesaba.

En su época proveyéronse casi todas las vacantes que había de académicos de número y esto motivó una serie de brillantes recepciones, efectuadas con gran solemnidad en las Casas Consistoriales. Él también inició y llevó a feliz término la idea de conmemorar el centenario de Pablo de Céspedes con otra fiesta literaria, que se celebró el año 1908, en el edificio donde está la Academia.

Después un literato prestigioso, de iniciativas, de grandes alienatos, presidió la vieja corporación; con él y con otros elementos análogos entraron en ella auras de juventud, corrientes de vida, y no es aventurado suponer que la Academia, después del centenario de su fundación, renazca como el Ave Fénix de sus cenizas para honra y prez de la ciudad de los Sénecas.³⁵

³⁵ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, *op. cit.*, tomo I (1911), “La Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes”, pp. 191-195.



Fotografía de Santos en la que figuran los miembros de la comisión organizadora de uno de los homenajes tributado a Montis.

Títulos y honores

Aunque de talante modesto y poco dado a envaramientos ni pavoneos ante títulos y honores, Ricardo de Montis pudo disfrutar de ellos en vida. Junto con la de Córdoba, fue también académico de la de San Fernando y de la Real Academia de la Historia. Y si bien no parece que saliera nunca de Córdoba, mantuvo especial contacto literario con Málaga, siendo socio de la Junta Poética Malacitana, miembro de la de Escritores y Artistas Laureados y protector de la Academia de Declamación Malagueña. En 1926, a raíz de su entrada en la Real Academia de la Historia, la Asociación de la Prensa cordobesa, encabezaba entonces por Eduardo Baro Castillo, formó una comisión para rendirle tributo. La integraban, además del presidente de la entidad, Enrique Romero de Torres; Julio Baldomero Muñoz “Españita”; Antonio Zurita Vera; Julio Fernández Costa “Juliifer”; Francisco Quesada Chacón; Rafael Castejón y Martínez de Arizala; Daniel Aguilera Camacho y Marcelino Durán de Velilla. A los postres del banquete que se le dedicó, el homenajeado leyó una composición de su cosecha que tituló “Autobiografía” –ya citada–, en la que pergeñaba su autorretrato recordando las trágicas razones (recuérdese, muerte del padre y ruina familiar) que le hicieron encontrar refugio en ese cielo protector que para él fue el trabajo, por el que no creía merecer premios. He aquí una de sus estrofas:

Náufrago de la vida, la tabla salvadora
que me condujo al puerto, en el trabajo hallé;
por eso, desde entonces trabajo hora tras hora,
gozoso, satisfecho, con entusiasmo y fe.
Aquí tenéis, señores, sucintamente expuesto
lo que ha sido mi vida, mi historia, mi labor;
y ahora, otra vez pregunto: señores, todo esto
¿no es vulgar y corriente, merece tal honor?³⁶

Coincidiendo con la salida del último tomo de las *Notas*, la ciudad de Córdoba, por aclamación popular, solicitó para él en 1930 la Medalla del Trabajo, que le fue concedida. A finales de octubre de ese año vino a Córdoba a imponérsela el ministro del ramo en el Gobierno del general Berenguer, Pedro Sangro Ros de Olano. El acto tuvo lugar en el Gobierno Civil, y también en esta ocasión, como había hecho cuatro años antes con sus colegas de la prensa, correspondió el homenajeado con un poema que más tarde sería igualmente publicado en la obra *Flores de Sierra Morena*:

Señores: un nuevo honor,
muy alto, se me dispensa
para premiar la labor,
honrada, constante, intensa,
pero de escaso valor,
que he realizado en la prensa.
Me imponéis una medalla
que es galardón tanpreciado
cual la que gana el soldado
en el campo de batalla,
pues la obtiene el vencedor
en la lucha por la vida,
lucha eterna, fratricida,
llena de espanto y horror
Al sentirla sobre el pecho
todo mi ser se estremece
y el corazón me parece
que salta, pedazos hecho,
para convertirse en flores

³⁶ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, "Autobiografía", poema, como casi todos los que Montis escribió con tintes personales, publicado en el libro *Flores de Sierra Morena*. Córdoba, Imprenta La Verdad, 1933.

de gratitud y emoción.
Buenos amigos, señores:
de mi gratitud cual prenda
aceptad la humilde ofrenda
de mi noble corazón.³⁷

Aparte de su continua dedicación al *Diario de Córdoba*, Montis fue, gracias a la mediación de sus colegas, cronista de la provincia, cargo por el estuvo cobrando de la Diputación 100 pesetas al mes hasta la llegada de la República en 1931. La misma Corporación provincial le concedía 500 pesetas, “en atención a los servicios prestados”, en 1940, un año antes de su muerte.³⁸ Y según *Cordobapedia*, fue propuesto por parte de sus compañeros del periódico como cronista oficial de Córdoba a la muerte de Rafael Ramírez de Arellano, pero finalmente fue elegido para el cargo José María Rey Díaz.



Fotografía de Santos que muestra a los integrantes de la Asociación de la Prensa de Córdoba posando en 1930 con el gobernador civil Graciano Atienza (sentado). Montis es el quinto por la derecha, con barba.

³⁷ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de. “La Medalla del Trabajo”, de 1939, publicada luego en *op. cit.*, de 1933.

³⁸ PORRO HERRERA, María José, *op. cit.*, p. 279.

Aspecto descuidado, carácter singular

Los comentarios de quienes convivieron con Montis no lo describen precisamente como un Adonis. De pelo largo, barba espesa —al menos en sus últimos años—, ofrecía, según Durán de Velilla, un aspecto “muy descuidado en su indumentaria, y su higiene personal acusaba deficiencias muy lamentables”. No usaba más traje que uno bastante raído, de invierno, “rematado en esta estación por un bombín prehistórico —continúa el colega—, y en verano por un sombrero de paja, bastante deteriorado, que podría saber tanta historia de Córdoba como su propietario”. Al parecer, lo primero que hacía al llegar a la redacción era desprenderse de la americana y sustituirla por una sahariana “de color indefinido”, que era la prenda que usaba para trabajar. No resultó don Ricardo mejor parado, por lo que concierne a su porte, en la descripción que hizo de él Luis Valenzuela al contestar a su discurso de ingreso en la Academia de Córdoba. En tan solemne ocasión, y ante las mismas barbas del aludido, lo definía como hombre “de grave continente, andar reposado, ademanes rígidos, barba descuidada, muy miope, con tendencias a la obesidad y algo despreocupado en el vestir”. Para rematarlo, Valenzuela terminaba su discurso aludiendo a esa condición de verso suelto que acompañaba todos los pasos de Montis por la vida. “¿Será Montis un caso de misantropía disimulada? —se preguntaba—. No lo sé, pero presumo que nuestro compañero es un fugitivo de la sociedad o por lo menos un solitario del destino que no se adapta bien a las prácticas corrientes de la vida”.

Según parece, sus excentricidades eran cosa de familia, pues los Montis siempre han sido “un poco raros”. Eso al menos es lo que pensaba Amador Vázquez de la Plaza Montis, su sobrino nieto (la madre de éste, Enriqueta de Montis y Soto, era prima del periodista), ya fallecido, cuyo testimonio quedó recogido en el trabajo de presentación como académica correspondiente por Córdoba de quien escribe este texto.³⁹ “Hemos sido una familia de artistas: escritores, músicos, pintores, gente muy sensible, pero un tanto peculiar, muy independientes y muy nuestros”, afirmaba este octogenario con pinta de prohombre del siglo XIX, todavía romántico y un tanto bohemio a sus 81 años. Amador Vázquez, que fue perito industrial y capitán de barco, nos recibió junto a su mujer, Conchi Gálvez, en su casa de Torremolinos,

³⁹ LUQUE REYES, Rosa. Discurso citado. *BRAC* num. 153, julio-diciembre 2007, pp. 129-142, y *BRAC* num. 154, enero-junio 2008, pp. 241-261.

donde el matrimonio residía rodeado de retratos de los Montis –aunque ninguno de Ricardo– firmados por Julio Romero de Torres y Rodríguez Losada.

“Todos los Montis han pertenecido a la orden de Malta y Jerusalén, y han sido sus consejeros sin ser altezas reales”, aseguraba mesándose la cuidada barba este melómano que confesaba haber vivido siempre “entregado a la cultura y el placer”. Vázquez de la Plaza, que siendo niño visitaba con sus padres a su tío abuelo, lamentaba “no haber nacido antes para haberlo conocido mejor, haber disfrutado de su época de esplendor literario y ahora poder contar más cosas de él”. “Los Montis jamás en la vida te harán una faena, pero han sido gente de mucho carácter, un poco soberbios; menos éste, que es un alma cándida”, terciaba Conchi en defensa de su marido. “Y Ricardo, por lo que tengo entendido, vivió desesperado porque, aun gustándole su profesión –continuó–, tenía una idea del periodismo en plan parsimonioso, y eso no se correspondía con lo que hacía”.

Su sucesor en la dirección del *Diario de Córdoba* añadía más rasgos de su carácter. Recordaba que era un conversador muy ameno y a veces hacía gala de un ingenio agudo. Y, en general, era un tipo apacible, salvo cuando se le cruzaban los cables y destapaba la caja de los truenos, aturdiendo a cuantos le rodeaban “con su potente y bien timbrada voz”, según don Marcelino.

Recitaba bien, y era muy aficionado al teatro; de joven llegó a trabajar en compañías de aficionados, y escribió algunas piezas, como los monólogos *Regeneración* y *Una copla que redime*⁴⁰. Y, como todos los solitarios, estaba lleno de manías. No calzó nunca zapatos, sino botas negras de elástico; y, siendo un gran fumador, se negaba en redondo a usar un encendedor, lo mismo que rechazó siempre empuñar una estilográfica, aferrándose a la pluma de ave y el tintero, lo mismo que a las cerillas, por creer que aquellas innovaciones servían para poco y malamente.

Amores pasajeros

A pesar de ser un soltero empedernido, Ricardo de Montis conoció el amor, aunque no tuvo mucha suerte en sus elecciones. Hacia 1896 declaraba su pasión a una joven desconocida hoy para nosotros a

⁴⁰ El mismo Montis lo cuenta en una de sus *Notas*, “El teatro”. *Op. cit.* Tomo I, p. 73.

quien dedicó sentidos versos, en forma epistolar, que luego formaron parte de su obra *Brisas del Guadalquivir*⁴¹. Pero su amor, aunque correspondido, no llegó a buen puerto al no ser el pretendiente bien visto por los padres de la muchacha. No veían en el “plumilla” un buen partido para su hija, que acabó casada con el hijo de un acomodado agricultor, y el joven Montis hecho polvo por el desengaño. Andando el tiempo, y ya casi cuarentón, tuvo una novia que le duró poco, pero esta vez la madurez hizo que el nuevo fracaso amoroso le resbalara. Además, para esos y peores trances estaba el trabajo, bálsamo curalotodo para don Ricardo.

Mantuvo una tardía amistad –que no pasó del carteo afectuoso– con una dama cordobesa afincada en Barcelona, llamada Camelia Cociña, según desvela María José Porro en un interesante estudio⁴². Se trataba de una notable poetisa cuya obra dio a conocer el periodista en su ciudad natal, de la que había salido siendo niña, a través de sus escritos en prensa, lo que propició que la Real Academia se fijara en ella y la nombrara correspondiente en 1914⁴³. Todo había comenzado con un artículo de Montis sobre el padre de la poetisa, el escritor Vicente Manuel Cociña, al que ella respondió con una carta de agradecimiento hacia su autor, quien quedó tan encantado del estilo y personalidad de la señora, entonces ya viuda, que a su vez le respondió con otra extensa *Nota*⁴⁴ laudatoria. A partir de ahí ambos mantendrían desde el 15 de diciembre de 1913 al 27 de marzo de 1927 una curiosísima correspondencia de la que se conservan solo algunas cartas de Cociña, pero suficientes para conocer el mundo interior de la poetisa y su periferia

⁴¹ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de. *Brisas del Guadalquivir (Romances)*, Córdoba, Imprenta del *Diario de Córdoba*, 1932.

⁴² PORRO HERRERA, María José, “Las cartas de Camelia Cociña a Ricardo de Montis”. Separata del *BRAC*, enero-junio 1995. Año LXVI, num. 128. La misma autora ha investigado sobre la curiosa relación epistolar en lo que tiene de elaboración y declaración de una poética propia en “Poética para una mujer: las cartas de Camelia Cociña a Ricardo de Montis”, en “Las mujeres en Andalucía”, *Actas del II Encuentro Interdisciplinar de Estudios de la Mujer en Andalucía*. Coord. LÓPEZ BELTRÁN, María Teresa. Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1994, vol. III, pp. 145-169.

⁴³ PORRO HERRERA, María José, “Primeras académicas de la Real Academia de Córdoba”, *BRAC*, enero-junio, año LXXXVI, num. 152, 2007; pp. 145-154.

⁴⁴ MONTIS, Ricardo de, “Los cementerios” y “Un escritor muerto en Córdoba y una poetisa cordobesa desconocida en esta ciudad”, en *Notas cordobesas*, tomo II, pp. 83-93 y 167-189 (apéndice).

doméstica. Y, especialmente, para descubrir una nueva faceta de don Ricardo, convertido en un galante admirador de la dama.

Una despedida forzada por la ceguera

Montis permaneció dividido entre sus dos grandes pasiones, el periodismo y la literatura, hasta el final de sus días. En 1936 se despidió de su querido *Diario de Córdoba*, en el que se mantenía y lo mantenían como director más por romanticismo –y respeto hacia su figura en el caso de la empresa– que por los resultados de su trabajo. Porque, tristemente, a la jubilación periodística llegó don Ricardo con múltiples achaques, y en especial la ceguera que convirtió sus últimos años en un martirio. Su colega Marcelino Durán de Velilla, que tan bien lo conoció, recordaba en la citada correspondencia con Salcedo Hierro, sin ahorrar detalles y con excelente estilo, su parsimoniosa y hasta maniática forma de trabajar, pero sobre todo describía la tortura de aquellos días dolientes en que todo lo veía a oscuras. Lo expresó en los siguientes términos:

Cuando don Ricardo conservaba aún la vista, escribía sus artículos e informaciones periodísticas, cuartilla a cuartilla, como suele hacer todo el mundo que está en sus cabales, pero con la particularidad de que las iba pegando por el borde, una tras otra, haciendo de la totalidad una larga cinta que, naturalmente, al llegar al taller tenían los impresores que dividirla en trozos para repartirse entre todos los trabajos de composición.

Tenía don Ricardo una letra endiablada, debido acaso a la aguda miopía que le aquejaba desde su juventud, y que fue aumentando con los años y sin remedio posible, lo que le originó su total ceguera. No obstante, efectuaba grandes esfuerzos para escribir y se valía para ello de un original recurso. Buscaba a tientas, con la pluma, impulsado por el tacto, el lugar del pupitre en que se “alojaba” el tintero y después procedía a mojar aquélla en la tinta o al menos a intentarlo, pues en la mayoría de las ocasiones sus propósitos se veían frustrados.

Como él no distinguía el blanco de las cuartillas ni el negro de la tinta, hacía como que escribía y por tanto se engañaba a sí mismo. Ello, aparte de las contadísimas veces que, sin darse cuenta, hacía correr la pluma sobre la tapa de madera de la carpeta de su pupitre. Resultado corriente de esto es que empezaba un renglón en la parte superior del papel y seguía escribiendo en diagonal hasta alcanzar el extremo opuesto de la cuartilla. Se hizo, pues, preciso,

por indicación suya, que el jefe de talleres don Claudio Cuadrado Cuesta –ya fallecido– que era el taumaturgo que mejor entendía su letra, le leyera las cuartillas y fuera corrigiendo a medida de lo que Montis le indicaba, las palabras que habían quedado en blanco o que eran indescifrables.

En los últimos años de su vida profesional, su labor en el *Diario de Córdoba* estaba reducida a corregir los artículos de colaboración y las informaciones que llevaban los redactores de calle, mediante la lectura de estos trabajos por empleados de la administración del periódico, entre ellos doña María, viuda de don Juan Álvarez (Papelería Victoria) muerto recientemente, y don Tomás Zapatero, administrador que fue, hasta hace poco, del actual diario *Córdoba*.⁴⁵

En otra carta, que data del 18 de junio de 1975, Durán continúa la descripción de los últimos tiempos de Montis en la dirección del periódico recordando que el pobre solía perderse en el corto trayecto que separaba la redacción de los talleres, y no digamos ya en estos, cuando se metía entre los chibaletes a tientas. Para salir del laberinto no veía modo más digno que toser, y siempre encontraba un alma caritativa que lo rescataba y lo devolvía a la redacción.

En el mismo sobre, el remitente incluía un interesante documento en el que la propietaria del periódico traslada a la oficialidad de turno, en plena Guerra Civil, las circunstancias de su director. Es el siguiente:

Córdoba, a 5 de agosto de 1938 (III Año Triunfal). Sr. Jefe Provincial de Prensa y Propaganda de Córdoba.

Muy señor mío: El director de este periódico, “Diario de Córdoba”, ha recibido su atenta comunicación del 5 del actual, trasladando la orden del Ilmo. Sr. Jefe del Servicio Nacional de Prensa, para que los directores de los periódicos diarios presenten declaración jurada de su sueldo.

⁴⁵ Fragmento de la larga carta, fechada en Peñarroya-Pueblonuevo el 8 de octubre de 1974, enviada por Marcelino Durán de Velilla a Miguel Salcedo Hierro al enterarse de que el académico preparaba un libro-prólogo a la reedición facsímil de las *Notas cordobesas*, en el que se inserta la misiva. *Op. cit.* (pp. 92-102). Le sucedieron otros dos, configurando entre todas una jugosa correspondencia que ayuda a trazar el perfil de Montis como profesional y como persona, de las que Salcedo va dando cuenta en la mencionada obra, repetidamente citada como fuente de conocimiento biográfico del periodista.

Como usted sabe, el director de este periódico, don Ricardo de Montis y Romero, está enfermo, ciego y casi impedido, en su casa, no viniendo a esta redacción. Solamente nos remite con frecuencia trabajos de colaboración, en prosa y verso.

A este señor, soltero, sin familia, y con algunos recursos, le pasamos una pensión de 180 pesetas mensuales, sosteniéndole en el cargo de director por puro sentimentalismo, para que tenga una satisfacción mientras viva, que por desgracia no será mucho tiempo.

El señor redactor-jefe, don Marcelino Durán de Velilla, es el que verdaderamente trabaja en el periódico, como director, y cobra el sueldo que para este está asignado, que es el de 360 pesetas mensuales, de lo cual presentará a usted declaración jurada, que se acompaña.- Queda de usted, como siempre, atenta s.s. Araceli Osuna Pineda. Propietaria del “Diario Córdoba”.⁴⁶

Los últimos años

Montis, hombre un tanto misántropo, conservaba sin embargo firmes amistades, como la que mantenía con los Romero de Torres, a los que visitaba casi todos los domingos sirviéndose de su hermana como lazarillo. A la familia del pintor legó en prueba de lealtad su archivo y recuerdos personales, muchos años después inventariados por la catedrática y académica María José Porro, como se mencionaba al principio de este trabajo. También le unían lazos entrañables con el popular compositor Ramón Medina, quien lo visitaba con frecuencia en su casa para hacerle compañía en sus horas de decaimiento, mientras el hijo de este, Ramón Medina Hidalgo, entonces un chavalillo, solía ejercer de amanuense de sus dictados.

Aun así, los últimos años fueron de gran soledad para el atribulado don Ricardo. Al no tener más allegados que su hermana –solo hay noticias de un sobrino en segundo grado, Rafael de Montis Lara, que llegado el momento habría de asistir a su entierro en representación de la familia–, a la muerte de Estrella, una tan bienintencionada como falta de tacto comisión trató de paliar su aislamiento proponiendo llevarlo a una residencia de ancianos (ojo, que aún no había cumplido los 70 años), concretamente a una plaza de pago en el asilo municipal Madre de Dios y San Rafael. A ello se negó tajantemente su sucesor

⁴⁶ Escrito enviado por Araceli Osuna Pineda –dueña del *Diario de Córdoba*, tras la muerte de su esposo, Manuel García Lovera– al Servicio Provincial de Prensa y Propaganda con fecha 5 de agosto de 1938. *Op. cit.*, pp. 106-107.

en la dirección del diario, por considerar la medida inhumana e indigna no solo para don Ricardo sino para todo el periodismo local, y la propietaria compartió este criterio; de forma que Montis, con discreto apoyo de los que le rodeaban, siguió viviendo en su casa hasta el final. Este estuvo precedido de una hemiplejía que le sobrevino en mayo de 1941, inmovilizándole la parte derecha del cuerpo. El 4 de julio, al día siguiente de su muerte, las campanas de la Catedral, su barrio, doblaban tristes por el alma del periodista.

La noticia fue un mazazo para toda Córdoba –ciudad, como es sabido, de grandes duelos–. El alcalde, Antonio Torres Trigueros, nada más conocerla redactó un decreto elogiando al finado y dispuso que se le concediera gratuitamente sepultura perpetua en el cementerio de Nuestra Señora de la Salud.

A falta de una cálida despedida hacia Ricardo de Montis en su periódico del alma –recuérdese que el *Diario de Córdoba*, como *El Defensor de Córdoba*, había desaparecido en 1938–, no le faltó la del diario *Azul*, que lanzaba en su portada la triste nueva del fallecimiento, ocurrido, informaba el rotativo, “a las siete de la mañana” del día anterior. Y dedicaba toda su octava página, o sea, la contraportada, a explicar las circunstancias del óbito y alabar la figura del colega desaparecido. He aquí parte de la necrológica:

A las siete y media fue la conducción del cadáver al cementerio de Nuestra Señora de la Salud, asistiendo escogido duelo, en el que figuraban escritores, artistas y la totalidad de los periodistas cordobeses.

Presidieron el presidente de la Diputación, don Pedro Barbudo Suárez Varela; el beneficiario de la S.I. Catedral don Fernando Aguilar; el director del Museo de Bellas Artes, don Rafael Romero Pellicer y don Eduardo Romero Trigueros.

En la carroza fúnebre se colocó una corona de flores con la inscripción siguiente: “La redacción de ‘Azul’ al decano de los periodistas de Córdoba”.

El cadáver de Ricardo de Montis iba amortajado con traje negro. Entre las manos llevaba un crucifijo y la Bula. En la caja, almas piadosas habían esparcido flores naturales.

En el cementerio quedó depositado el cadáver, y hoy recibirá cristiana sepultura en el panteón donde yacen los restos de su querida madre, deseo que expresó en vida.

Asimismo, pocos días antes de su muerte pidió a sus íntimos que cuando falleciese, si se publicaba esquila mortuoria [en efecto

se publicó ese 4 de julio en la página 4 de este periódico], solo se hiciese constar como único título el de “escritor cordobés”.⁴⁷

Nunca aspiró a mejor título don Ricardo, un hombre modesto que se crecía ante la literatura, aunque el paso del tiempo ha querido que se le recuerde menos como escritor que como el gran periodista que fue, a veces sin quererlo. Azares del destino.

La vida, al final, lo zarandeó tanto que la muerte fue una liberación para él. Pero despidámonos con el recuerdo de días menos aciagos, como aquel del homenaje que la Asociación de la Prensa le tributó en 1926, al que Ricardo de Montis, en agradecida respuesta, correspondió desnudándose en verso:

Decís que de esta tierra, sin par, soy su cronista
que, como fue, del tiempo surgir la hace a través;
yo no soy más que un pobre y humilde periodista
que siente y piensa y habla y escribe en cordobés.⁴⁸

⁴⁷ Diario *Azul*, p. 8. Córdoba, edición del 4 de julio de 1941.

⁴⁸ MONTIS Y ROMERO, Ricardo de, “Autobiografía”, poema publicado en el libro *Flores de Sierra Morena*. Córdoba, Imprenta La Verdad, 1933.



**DON MANUEL ENRÍQUEZ BARRIOS
Y LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA
(1877-1956)**

por

JUAN DÍEZ GARCÍA
Académico Correspondiente

I. Síntesis biográfica

Don Manuel Enríquez Barrios nace en Córdoba el 6 de agosto de 1877. Hijo de don Manuel Enríquez y de doña Elisa Barrios Enríquez. En 1899, con 22 años de edad finaliza las licenciaturas en las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla, con la calificación de sobresaliente en ambas. En el año 1901 obtiene en la Universidad de Madrid los grados de doctor en Derecho y en Filosofía y Letras con la máxima calificación. En 1902 comienza el ejercicio de la abogacía en Córdoba, profesión que desempeñará con los mayores éxitos posibles durante más de cincuenta años. En 1905, llevado de sus inquietudes sociales, es elegido concejal del Ayuntamiento de Córdoba. Contrae matrimonio el año 1907 con la señorita cordobesa María Romá Vázquez de la Plaza, con la que tendrá sus siete hijos. En 1910 es nombrado académico correspondiente de la Real Academia cordobesa, entidad a la que siempre dedicó sus capacidades y anhelos. Durante los años 1912 a 1914 desempeña con gran eficiencia la presidencia del Real Círculo de la Amistad.

En 1913 es nombrado alcalde de Córdoba, puesto que desempeñará hasta finales de 1915. Durante su mandato hizo frente a la crisis del pan de 1914, trayendo trigo argentino a cargo de su patrimonio personal. También organizó servicios de comida a los necesitados, sin mermar tiempo a una magnífica labor diplomática y de eficaz gestión de la ciudad, dotando a esta de numerosas infraestructuras, que finalizará su sucesor en la alcaldía. En el año 1917 sufre la pérdida de su esposa, de 33 años de edad, desgracia que llevará con gran resignación y energía anímica. En el mismo año preside la Asociación Benéfica de la Cocina Económica Comedor de Caridad, que gestionó una importante labor humanitaria en la ciudad. El año 1919 es proclamado, tras ganar las elecciones oportunas, diputado a Cortes de la nación, cargo que repetirá en las elecciones de 1923. En 1920 es nombrado director de la Real Academia de Córdoba, imprimiendo a esta institu-

ción centenaria una gran reorganización interna y nueva proyección social y cultural. De 1921 a 1925 es nombrado, por unanimidad de sus compañeros, decano del Colegio de Abogados de Córdoba, cargo que volverá a desempeñar de 1952 a 1956, al ser nuevamente aclamado. En 1922, tras gestionar la promoción de la compañía Autobuses de Córdoba, es nombrado presidente de dicha entidad, dotando a la ciudad de una de las flotas de transporte más modernas de España.

Por real decreto de 4 de abril de 1922 es nombrado director general de Primera Enseñanza, desempeñando una magnífica labor, interrumpida por el golpe de Estado del general Primo de Rivera de 13 de septiembre de 1923. En el año 1927 impulsa, en el seno de la Real Academia, la celebración del III Centenario de Luis de Góngora. Dos años más tarde dirigirá los actos de la Semana Califal, de gran importancia para el patrimonio artístico cordobés. Entre los años 1928 y 1941 es presidente de la Comunidad de regantes del pantano del Guadalmellato, obra hidráulica que anteriormente había promocionado en sus años de diputado en Cortes. En 1945 es reclamado para presidir por segundo mandato la Real Academia de Córdoba, cargo que desempeñará hasta 1955. En el año 1954, el día 12 de diciembre le es otorgado, a petición del Colegio de Abogados de Córdoba, el título de Hijo Predilecto de la ciudad; esta distinción tuvo amplia resonancia nacional en el mundo de la abogacía y de la cultura. Entregó su alma a Dios el 10 de diciembre de 1956, culminando una vida al servicio de Córdoba y de los cordobeses.

Nuestra primera aproximación a la personalidad de don Manuel Enríquez Barrios tuvo lugar en la década de los 70 del pasado siglo, cuando llegado a la Inspección de Educación de Córdoba me interesé por aquellas personas que daban nombre a centros educativos y que no figuraban entre los de fama nacional o histórica. Entre ellos estaba el colegio nacional “Enríquez Barrios”, sito en Ciudad Jardín, popularmente conocido como “escuela maternal”. Don Luis González Gisbert, compañero del servicio de inspección me proporcionó una breve biografía.¹

Poco después, al visitar la Real Academia contemplé un retrato del mismo personaje, que presidía uno de los testers de la sala de reuniones y que, con el tiempo, llegó a resultarme casi familiar, no sólo por la costumbre de contemplarlo habitualmente, sino también por la cer-

¹ GONZÁLEZ GISBERT, Luis: *Cordobeses ilustres*, Ayuntamiento de Córdoba, 1969, p. 47.

canía, el atractivo de bonhomía, serenidad e incluso de mirada inteligente y serena, que captaron los pinceles de Costi Jordano en 1960. Posteriormente, al investigar el pasado educativo reciente de Córdoba, pude conectar con el personaje que había sido alcalde de Córdoba, director general de Primera Enseñanza y diputado a Cortes del Partido Conservador por el distrito de Córdoba en 1919 y 1923.



Colegio público dedicado a Manuel Enríquez Barrios en la calle Maestro Priego López de Ciudad Jardín.

Por ser la personalidad de don Manuel Enríquez de una riqueza excepcional y tan amplísimos los sectores de la actividad humana que cultivó con gran acierto, nosotros hemos de restringir, en esta ocasión, nuestro estudio a dos aspectos importantísimos de su fructífera vida: la labor realizada como director general de Primera Enseñanza y la actividad al frente de la Real Academia de Córdoba.

II. Enríquez Barrios, director general de Primera Enseñanza

A propuesta del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Tomás Montejo y Rica, catedrático de la Universidad de Madrid, fue nombrado director general de Primera Enseñanza por real decreto de 4 de abril de 1922. Sin duda, el ministro era conocedor de las cualidades personales y políticas de don Manuel.

La importantísima labor que como director general de Primera Enseñanza desempeñó en apenas tres cursos (hasta el golpe de Estado de Primo de Rivera), fue intensa en la creación y mejora de los centros escolares primarios de las Escuelas Normales de Maestros, así como en la defensa de la profesionalidad del magisterio.

Desde los primeros días de director general de Primera Enseñanza su actividad fue prolífica para la educación española, impulsando la promulgación de disposiciones legales, que permanecían retenidas en el ministerio, y fomentando medidas nuevas que reclamaba con urgencia la precaria situación de la enseñanza primaria española. Citarémos las más importantes:

Con real orden de 20 de abril de 1923 se autorizó la celebración en Granada de un curso de ampliación para maestros de las escuelas nacionales y alumnos normalistas. Este curso se realizaría, con gran éxito, durante los meses de mayo y junio en colaboración con la Universidad de Granada. En el acto de la clausura al que asistió, sorprendió al auditorio con un magnífico discurso sobre las funciones del magisterio en la educación española.

La real orden de 24 de abril de 1922 autoriza al inspector-jefe de Enseñanza Primaria de Córdoba, don José Priego López, a petición suya, para organizar el Museo Pedagógico Provincial, que tendrá su sede en las salas anejas a la escuela nacional de niños número 5 de Córdoba, en el grupo denominado “Hermanos López Diéguez” de la misma ciudad.

Por decreto de 5 de mayo de 1922 se formó un escalafón especial del personal de las Escuelas Normales de Maestras, que había sido solicitado al ministerio desde hacía años.

Impulsó la promulgación del real decreto de 2 de junio de 1922, por el que se autorizó al Ministerio de Instrucción Pública para instalar, por vía de ensayo, Escuelas Maternales Modelo. Posteriormente, se publicó en la *Gaceta* la real orden de 18 de agosto dando normas para la instalación de Escuelas Maternales Modelo en las provincias, entre ellas la de Córdoba, de la que hablaremos en su momento.

La real orden de 30 de septiembre de 1922 permitió la adjudicación y distribución de becas a los alumnos de los centros oficiales de enseñanza, constituyendo este hecho una gran novedad y un avance en la política educativa de la época.

El real decreto de 17 de diciembre de 1922 dictó las normas correspondientes para la construcción de edificios destinados a escuelas nacionales de Primera Enseñanza, normativa que urgía dentro del Minis-

terio de Instrucción Pública y que sería precedente para gobiernos posteriores.

La mejora educativa que propició el nuevo director general

Durante este breve periodo de director general de Primera Enseñanza dotó a Córdoba del doble número de escuelas de las que tenía hasta 1922; facilitó la creación del Museo Pedagógico provincial, el Club de los niños, los roperos y cantinas escolares y las subvenciones para colonias escolares y ayudas para otras instituciones socioeducativas. Es memorable, como después comentaremos, la crónica de la visita que en compañía suya realizó el ministro de Instrucción Pública a Córdoba en el mes de marzo de 1922. Durante la citada visita nuestro personaje hizo una demostración de sus dotes de magnífico diplomático y anfitrión, obteniendo numerosos beneficios para la educación y la cultura cordobesas.

Homenaje de los maestros cordobeses

El nombramiento de don Manuel como director general de Primera Enseñanza fue celebrado con entusiasmo por el magisterio cordobés. Este colectivo le tributó un homenaje el 25 de marzo de 1922. Previamente, a las once de la mañana, en el Instituto Provincial General y Técnico reunieron a 250 niños y niñas de las escuelas nacionales a los que se les dio un almuerzo consistente en un panecillo con salchichón, una naranja y un pastel. Los niños cantaron el *Himno a Córdoba* de don Arcadio Larrea; después leyó unas cuartillas el inspector de Primera Enseñanza don José Priego López, terminando el acto con un elocuente discurso del nuevo director general, señor Enríquez Barrios, que presidía el acto. La banda de música municipal acompañó a los niños en su patriótico canto.

A las dos de la tarde se celebró en el Círculo de la Amistad el almuerzo con el que el Magisterio primario obsequiaba al señor Enríquez. Ocupaban la presidencia su madre, doña Elisa Barrios, y su padre, don José Enríquez, acompañados del delegado regio, don José del Río y de la Bandera, los inspectores doña Teodora Hernández, don José Priego López y don Mariano Amo. Se juntaron unos 56 comensales.

Así transcurrió el entrañable acto. El delegado regio de enseñanza, don José del Río y de la Bandera, agradeció la presencia de los padres del homenajeado en nombre de todos los presentes:

Uno de los nuestros ha sido llamado por sus talentos a ocupar el primer puesto dentro de la Primera Enseñanza en la Gobernación del Estado. No estamos solos. Aquí hay cartas de toda España, de cordobeses que trabajan esparcidos en todo el territorio nacional, junto con un álbum con nuestras felicidades y la placa en que el cincel ha grabado los méritos del señor Enríquez, refrendados con la firma de Su Majestad el Rey. Muchos de vosotros habéis seguido a don Manuel en la Escuela Primaria, en el Instituto y en la Universidad, y todos conocemos sus triunfos en el foro y los recientes en el Parlamento de la Nación. No necesita don Manuel de ningún panegirista, basta conocerlo, tratarlo una vez, para llevarse formado el juicio que merece su gran cultura, su clara inteligencia, y singularmente, su bondad y honestidad, que informan todos sus actos.²

Tras el parlamento del señor Del Río, don Manuel Enríquez, emocionado profundamente, agradeció el acto, más que por lo que representaba, por haber tenido el recuerdo de asociar al mismo a sus padres. Se congratuló por que el acto fuese familiar, no creyéndose merecedor del homenaje, que con tanto cariño le tributaba el magisterio cordobés. “A él quiero corresponder con lo que mis fuerzas alcancen”³. Cantó en sus palabras al trabajo, la perseverancia y la fecundidad del maestro; tuvo frases bellísimas para la labor callada que realizan. Terminó recordando el señor Enríquez que “como director general estará siempre y dará todo lo que la ‘clase’ necesita, y en él encontrarán los maestros un defensor constante a quien pueden pedirle y mandarle”.⁴

Entre ovaciones se hizo la entrega de la placa, hecha por el señor Larriva y costeadada por el magisterio, así como el álbum, con las seiscientas firmas de maestros y maestras. Terminó el acto mediada la tarde.

² *El Defensor de Córdoba*, 22 de marzo de 1922.

³ *Ibid.*

⁴ *Diario de Córdoba*, 22 de marzo de 1922.

Córdoba empieza a notar los beneficios

A los pocos días de la toma de posesión del nuevo director general empezó a sentirse su acción benefactora en la educación cordobesa. El *Boletín Oficial* publicaba el 27 de junio de 1922 la concesión de subvenciones de cien mil pesetas a las Escuelas Salesianas, mil pesetas a las escuelas del Ave María y dos mil a las escuelas de la asociación Obreras de Córdoba. Un diario local reflejaba en sus páginas esa realidad: “El señor Enríquez Barrios ha conseguido que se adjudique suficiente cantidad de material para las escuelas municipales de esta capital. Por tal motivo el Director General está siendo muy felicitado por la gestión que realiza a favor de su pueblo natal.”⁵



Don Manuel Enríquez Barrios con los asistentes al homenaje celebrado en el Círculo de la Amistad en junio de 1922, entre los que se encuentran sus padres.

Creación de campos de recreo y club de niños

En una de sus constantes visitas a la capital, el 3 de julio del mismo año, don Manuel Enríquez Barrios da traslado al inspector-jefe de una real orden cuyo contenido transcribimos:

⁵ *La Voz*, 27 de junio de 1922.

Ilmo. Sr.: Siendo de interés para la salud y educación de la infancia el fomentar la creación de campos de recreo y Clubs de las escuelas nacionales, S.M. el Rey (q. D. g.) ha dispuesto que se organice en Córdoba bajo la dirección e inspección del Inspector Jefe de dicha capital un campo de recreo y club de niños de las Escuelas Nacionales de la misma, concediéndole para los gastos que ocasione el organizar la citada institución la suma de 3.000 pesetas, cantidad que con cargo al capítulo 25, artículo 1º, concepto 7º del presupuesto de este departamento deberá librarse a justificar contra la Delegación de Hacienda de Córdoba, a nombre de don José Priego López, Inspector Jefe de Enseñanza de la referida capital.⁶

Ante la recepción de tal noticia el señor Priego López solicitó del Ayuntamiento el terreno, situado en un lugar donde la concentración de alumnos fuese fácil para establecer el centro de recreo de los niños y niñas de las escuelas nacionales. Desde el primer momento, para la organización de una institución tan nueva y simpática para los niños cordobeses se contó con la colaboración del Patronato de Museo Pedagógico provincial, también de reciente creación.

En la misma fecha, 2 de julio de 1922, a las diez de la mañana, se celebró, en la iglesia de El Salvador una misa en sufragio del alma de don Antonio Montero Nieto, cumpliendo así con un deseo del director general de Primera Enseñanza que, con motivo del homenaje que le ha rendido el magisterio primario, ha querido tributar un recuerdo caritativo al que fue su maestro de primeras letras en el colegio de las Escuelas Pías de la Compañía. La misa fue oída por el señor Enríquez Barrios, maestras y maestros de la capital, muchos de sus discípulos y la familia del señor Montero Nieto.⁷

Las actividades del director general en su ciudad natal no tenían descanso durante los fines de semana.

El mismo día, domingo por la tarde, se presentaron en la Casa de Socorro y Hospicio Provincial los individuos de la comisión pro-homenaje, señores Del Río, Priego López y Suárez, para obsequiar a los acogidos, en nombre del Director General, Sr. Enríquez Barrios, como el anterior domingo lo fueron los niños y niñas de las Escuelas Nacionales, en lo cual se ha invertido el remanente de la suscripción para costear la placa y el álbum que le han ofrecido

⁶ *La Voz*, 3 de julio de 1922.

⁷ *La Voz*, 3 de julio de 1922.

los maestros. El obsequio consistió en 270 pasteles variados, alcanzando a todos los niños y niñas, y repitiendo muchos de ellos.⁸

Nuestro director general continuó sus visitas durante todos los fines de semana del mes de agosto y, concretamente el día 15, visitó en su domicilio al inspector jefe don José Priego López, con el objeto de entregarle personalmente el título y la medalla de la Mutualidad que le fue recientemente concedida por el ministerio y el Gobierno de S.M. en agradecimiento a los méritos en la difusión de las mutualidades escolares en los centros de la provincia.

Durante el tiempo que desempeñó la dirección general de Primera Enseñanza don Manuel no dejó de visitar su circunscripción de diputado en Cortes. La prensa provincial refiere constantemente sus visitas, así como las despedidas que al marchar a Madrid le dispensaban sus paisanos y autoridades locales. Citaremos un ejemplo:

Una vez resueltos los asuntos que durante varios días le han retenido en esta capital, anoche marchó a Madrid, en un expreso ascendente, el Director General don Manuel Enríquez Barrios diputado a Cortes de por esta circunscripción. En el andén lo despidieron numerosas personalidades: Gobernador Civil de la provincia Don Luis Grande Dabenson, Alcalde de Córdoba Don Sebastián Barrios Rojano, los inspectores de Primera enseñanza Don José Priego López, Don Mariano Amo Ramos, Don Alfredo Gil Muñiz y el catedrático Don Ramón Carreras, una comisión de profesores, el Doctor Ruiz Maya y nuevos profesores y funcionarios del magisterio. A las 12,30 de la noche emprendió el expreso su marcha a Madrid. El señor Enríquez Barrios volverá a Córdoba el martes de la próxima semana.⁹

Celebración de la Fiesta de la Raza

La Fiesta de la Raza en el año 1922 fue promocionada por la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Dicha sociedad programó dos actos culturales para conmemorar el 12 de Octubre. Un solemne homenaje literario a la memoria de Juan de Torres, cordobés y primer maestro español en Nueva España, y también un acto para la entrega

⁸ *Ibid.*

⁹ *Diario de Córdoba*, 22 de septiembre de 1922.

de premios del concurso escolar organizado para los maestros y escolares cordobeses. Estas son algunas noticias del acto:

La fiesta se celebró en el salón de clase de Historia de España de la Escuela Normal de Maestros. Ocupaban la presidencia el Director General de Primera Enseñanza, el General Gobernador de la plaza, el Alcalde de la ciudad, el Inspector-Jefe de Primera Enseñanza, el Secretario de la Escuela Normal, la Inspectora Doña Teodora Hernández San Juan, el Presidente y el Secretario de la Sociedad Económica de Amigos del País, Don Patricio López González de Canales, y Don Diego Pérez Guerrero, catedráticos, maestros y concejales llenaban la sala. El acto comenzó a las once de la mañana. Primeramente hizo uso de la palabra el Presidente de la Sociedad Económica destacando la importancia de esta nueva fiesta, que conmemorarán perpetuando en una lápida el nombre de Juan de Torres, que llevó a los niños americanos los aromas insuperables de nuestro idioma y las sublimes enseñanzas de nuestra religión. También destacó la figura de la cordobesa Beatriz Enríquez y la influencia de Isabel la Católica en la vida de Colón.¹⁰

Don Manuel Enríquez Barrios, en su calidad de director general de Primera Enseñanza, descubrió una lápida que se había colocado en uno de los muros del salón, con la inscripción “Al cordobés Juan de Torres, Primer Maestro de España en Nueva España”. Posteriormente, la directora de la Institución Teresiana, señorita Josefa Grosso, leyó una loa a Juan de Torres, original de Blanco Belmonte. Tras la interpretación del *Himno a Córdoba* subió al estrado la señorita Josefa Moyano Navarro, alumna de la Escuela Normal de Maestras, que leyó unas cuartillas enalteciendo la figura del homenajeado, exponiéndolo como modelo de cualidades que debía tener el maestro para desempeñar su sacerdocio. La señorita Moyano fue muy aplaudida y felicitada.

En el acto también participaron don José María Rey Díaz y don José Priego López. Este último leyó un interesante trabajo titulado “La fiesta de la raza de todos los días”, que fue un verdadero canto a los niños. El secretario de la Escuela Normal, don Manuel Blanco Cantarero, dio las gracias a la Sociedad Económica por haber planteado esta festividad y por haber hecho la donación de la lápida en la que se perpetúa el nombre del inmortal maestro Juan de Torres. También dio las

¹⁰ *Diario de Córdoba*, 13 de octubre de 1922.

gracias, en nombre del claustro de la Normal, al director general, señor Enríquez Barrios, por haber presidido tan importante acto.

Tras el reparto de premios a los ganadores del concurso, hizo uso de la palabra el señor Enríquez Barrios, con las siguientes frases:

Felices nosotros que asistimos con regocijo a la Fiesta de la Raza. Cuando celebramos estos actos España resurge y se engrandece. Cuando se descubrió América era necesario apiadarse de los indígenas y esa gloriosa empresa fue la que llevó a cabo el maestro cordobés enseñando a creer en un Dios único y a rezar en nuestro idioma. Debemos poner todos nuestros afectos en el niño para fundar una generación en la que todo sea amor.

La fiesta terminó a la una de la tarde, tras numerosos aplausos al director general.¹¹

Visita del ministro de Instrucción Pública

Por considerar que fue una importante labor de diplomacia y buen hacer para la educación cordobesa la realizada por don Manuel Enríquez Barrios, reseñamos algunas notas, tomadas de la prensa diaria, que cubrió la información de la visita ministerial realizada en el mes de octubre de 1922.

Anoche, 13 de octubre, en el tren expreso de Sevilla, llegó a nuestra capital procedente de Cádiz el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes don Tomás Montejo y Rica. Desde antes de la llegada se hallaban los andenes de la estación central completamente llenos de público. Entre los paisanos que esperaban la llegada del ministro figuraban el Obispo de la Diócesis don Adolfo Pérez Muñoz, el Director General de Primera Enseñanza, don Manuel Enríquez Barrios, el Gobernador Civil, el Alcalde, el Presidente de la Audiencia, el Gobernador Militar, el Presidente de la Diputación, el Delegado Regio de Primera Enseñanza, don José del Río y de la Bandera, los inspectores de Primera Enseñanza don José Priego López y don Mariano Amo Ramos y don Alfredo Gil Muñiz, don Daniel Vergé, inspector de Málaga, el Presidente de la Comisión municipal de Instrucción Pública, don Rafael Criado Cuesta, concejales del Ayuntamiento, directores del Conservatorio,

¹¹ *Ibid.*

Escuela de Artes y Oficios, el Diputado provincial don Rafael Castejón y alcaldes de la provincia de Córdoba.

Al llegar el Ministro a Utrera puso un telegrama al Sr. Enríquez Barrios: “Camino a Córdoba, envío un cariñoso saludo, así como a los demás amigos de esa”. El tren entró en agujas a las 11,45 horas. El Director General de Primera Enseñanza hizo la presentación de las autoridades y demás personalidades. El Sr. Montejo y Rica conversó varios minutos con el Sr. Obispo y el Gobernador Civil [...]. El Ministro ocupó el magnífico “landó” del hermano político del Sr. Enríquez Barrios, acompañado de este, del Gobernador Civil y del Alcalde. Una vez en el domicilio del Director General de Primera Enseñanza, subió a las habitaciones donde se hospedará durante su estancia en esta.¹²

La Prensa cordobesa el día 15 de octubre saludaba así al ilustre visitante:

Se encuentra el ilustre profesor don José Montejo en una ciudad que le profesa estimación y reconocimiento antes de haber recibido el honor de ser visitada por el Sr. Ministro, porque sabemos bien, por la cordial referencia de nuestro Don Manuel Enríquez Barrios, en cuánto y cuán importante manera ha sido facilitada por el ministro la labor provechosísima que en beneficio de esta capital realiza el Director General de Primera Enseñanza. En el bien que Córdoba recibe encuentre unidos los nombres de los señores Montejo y Rica y Enríquez Barrios. Ya sabe Córdoba, porque es notorio, cuán afectuosas son las relaciones entre ambas personalidades y cómo estas dimanar de una grande semejanza de caracteres. Hablando en cordobés, para usar de una expresión que todos podrán comprender, digamos que el Sr. Montejo y Rica es inteligente y bueno, como el Sr. Enríquez Barrios. Esta relación estrecha entre ambas personalidades ha permitido la amplia participación que Córdoba disfruta en la obra fructuosísima que el Ministerio de Instrucción Pública viene realizando bajo los auspicios del prestigioso profesor, que en aquel ministerio continúa la obra que en la cátedra de la Universidad de Madrid realizaba, mas con disposiciones más eficaces para atender el fomento de la enseñanza.¹³

¹² *Diario de Córdoba*, 14 de octubre de 1922.

¹³ *Diario de Córdoba*, 15 de octubre de 1922.

En las escuelas de Rey Heredia

Interesado el señor Enríquez Barrios en que el señor Montejo y Rica visite algunas escuelas de esta capital con motivo de su viaje, comunicó al inspector-jefe de Primera Enseñanza que el ministro, después de visitar la catedral, se dirigirá a las escuelas del Grupo Rey Heredia, enclavadas en el barrio del Espíritu Santo (Campo de la Verdad).

Tras la visita a la catedral, el señor Montejo y sus acompañantes se dirigieron por la calle del Puente, y cruzando el puente de Julio César, al Grupo escolar Rey Heredia. En estas escuelas, de niños y de niñas, fue recibido el ministro por el delegado regio de Primera Enseñanza, don José del Río y de la Bandera, los inspectores don José Priego López, don Mariano Amo Ramos y don Alfredo Gil Muñiz; les acompañaban una numerosa representación integrada por el presidente de la comisión de Instrucción Pública del Ayuntamiento, don Rafael Criado Cuesta, el concejal don Manuel Blanco Cantarero, el vocal de la junta local de Primera Enseñanza don Luis Junquito, los maestros de dichas escuelas don Manuel Montero Gavilán y doña Eulalia Leal y la inspectora de las maestras doña Teodora Hernández San Juan; la regente de la escuela graduada aneja a la Normal, doña Rosario del Riego, la presidenta de la Mutualidad Santa Teresa de Jesús (establecida en esta escuela), doña Genoveva Vázquez de la Torre de Rey, la secretaria de dicha mutualidad, señora Rosario Vázquez de la Torre, y numeroso público.

El Ministro visitó las dos aulas de que consta dicho grupo y las demás dependencias del mismo. En la clase de niños el alumno Manuel Malpica Ruiz, leyó una inscripción, original del inspector Sr. Priego, colocada en un retrato del ilustre Rey Heredia. El Sr. Montejo entregó al niño que leyó la inscripción una cantidad en metálico. Seguidamente el Ministro firmó en un álbum de firmas de la escuela, haciendo lo mismo el Director General don Manuel Enríquez Barrios. Dicho álbum tiene el siguiente encabezamiento: “Para memoria de que fueron honradas estas escuelas nacionales del Grupo Rey Heredia, del barrio del Espíritu Santo, el día 14 de octubre de 1922, por el Ministro de Instrucción Pública y el Director General de Primera Enseñanza. Se les ruega que ilustren con sus firmas estas páginas [...].

Las niñas del grupo escolar cantaron varios himnos en presencia del Ministro. Este, antes de despedirse de las escuelas, ofreció a la profesora Doña Eulalia Leal una subvención de 5.000 pesetas

para la construcción de un Ropero Escolar y entregó otras 25 pesetas para que premiase con ellas a las alumnas mutualistas más aplicadas. En ambas aulas dejó como recuerdo un lote de libros para la biblioteca, en los cuales había una dedicatoria que decía: “Recuerdo de mi visita a Córdoba los días 13 al 16 de octubre de 1922. Tomás Montejo y Rica. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes”.¹⁴

Con el golpe de estado del general Primo de Rivera del 13 de septiembre de 1923, se produjo un cambio de gobierno, suspendiéndose las libertades constitucionales y, en consecuencia, el ministro de Instrucción Pública y el director general de Primera Enseñanza cesan. Ambos, durante su breve etapa en el gobierno de la enseñanza, dejaron testimonio de su recta intención en el obrar pensando siempre en el bien común con renuncia expresa a cualquier beneficio personal. Posteriormente, el señor Montejo y el señor Enríquez Barrios, respectivamente, de forma particular, quieren ver el fruto de las instituciones cordobesas que, por su iniciativa e ilusión, se crearon bajo su mandato. Un año más tarde, se produce la visita que se relata continuación.

Visita del señor Montejo y Rica al Museo Pedagógico

En la prensa local se narra la visita privada que el 17 de diciembre de 1924 el exministro señor Montejo realiza a Córdoba, una vez que vuelve a su cátedra de la Universidad Central de Madrid:

Desde la plaza del Potro fue don Tomás Montejo al Museo Pedagógico Provincial y al Club de los niños, reconociendo después las cuatro escuelas de varones del Grupo Escolar López Diéguez, en cuyo edificio radican aquellas instituciones. Acompañaron al ilustre ex-ministro de Instrucción Pública Don Manuel Enríquez Barrios y Don Sebastián Barrios Rojano, recibéndole en el Museo el presidente del Patronato Don José Priego López, en unión de los maestros Don Lorenzo Ruiz Pozuelo, Don Luis Galiano Álvarez, Don Mariano Bartolomé Aragonés y Don Miguel Martínez Requeña. El señor Montejo se detuvo en todas las salas enterándose ampliamente de la organización, examinando la multitud de objetos coleccionados en las exposiciones y el curioso instrumental que en los talleres se halla dispuesto para la construcción de aparatos y

¹⁴ *Diario de Córdoba*, 15 de octubre de 1922.

modelos. Llamó su atención, en particular, el material dispuesto para la enseñanza de la Química y los útiles de antropometría. Se informó con minuciosidad de la constitución de la Biblioteca para maestros y niños, así como de la organización que le ha dado el Patronato, de acuerdo con el Reglamento, para que circule por todos los pueblos de la provincia, a fin de que, con facilidad, los libros llegasen a la escuela más apartada.

En el “Club de los niños”, que radica en el mismo Museo, vio el copioso material de libros, láminas, periódicos, postales y de juegos con que cuenta para la instrucción y recreo de los niños que concurren a las sesiones dominicales.

Todo fue del agrado del Sr. Montejo, creador de tales instituciones, a propuesta de D. Manuel Enríquez Barrios, elogiando la labor que el Patronato realiza y la que tiene en estudio, alentando al Inspector Jefe que lo representaba y a los maestros colaboradores a perseverar en los fecundos propósitos que les animan, a fin de que el Museo Pedagógico de Córdoba adquiriera el desarrollo y la importancia de los mejores del extranjero. Discurrió después por las cuatro escuelas que forman el Grupo López Diéguez, tres de las cuales son de las veinte creadas merced a la intervención del Sr. Enríquez Barrios, entonces Director General de Primera Enseñanza a solicitud de Don Sebastián Barrios, que ocupaba la Alcaldía. Las encontró perfectamente instaladas, así por los higiénicos y alegres locales que ocupan, cuanto por el mobiliario de inmejorable calidad y el excelente material de que fueron dotadas. El Sr. Montejo dirigió multitud de preguntas a los maestros del Grupo y al inspector, sobre la organización graduada en que funcionan las escuelas, aplaudiendo a todos por el éxito en la empresa pedagógica a que se deben, en pro de la cultura popular de Córdoba.

En suma, la visita del Sr. Montejo, aunque particular, de eficacia profesional cierta, por la competencia del ex-ministro de Instrucción Pública, ha servido de complacencia y aliento al magisterio de Córdoba, devoto por deber y vocación de las instituciones con que favoreciera a nuestra ciudad con mano generosa.¹⁵

Finalizamos la destacada labor, aunque breve en el tiempo, de don Manuel Enríquez en la Dirección General de Primera Enseñanza con unas palabras que nos parece califican acertadamente su actuación. Pertenecen al inspector de Primera Enseñanza de Córdoba don Alfre-

¹⁵ PRIEGO LOPEZ, José: Artículo redactado para el diario *La Voz*, publicado el 18 de diciembre de 1924.

do Gil Muñiz (activo en nuestra provincia desde 1920 hasta 1939). Este le dedica una de sus obras escolares, *España Regional y Píntoresca*, con las siguientes palabras: “Al Ex Director General de Primera Enseñanza don Manuel Enríquez Barrios, protector de la cultura primaria cordobesa, fundador del Museo Pedagógico Provincial y del Club de los niños, gran amigo del Magisterio, admirador de su tierra y modelo de patriota. El Autor.”¹⁶

Creemos que la dedicatoria del libro es definidora y representativa de lo que fue don Manuel como director general de Primera Enseñanza, para la opinión de los expertos en educación. Resta añadir que la citada dedicatoria fue hecha cuando el señor Enríquez Barrios había sido cesado en la dirección general y ya el inspector Gil Muñiz nada esperaba obtener de él.

II. Labor realizada en la Real Academia de Córdoba

Una de las grandes pasiones de don Manuel Enríquez fue la Real Academia. En ella encontró la institución adecuada para cultivar y exponer sus trabajos e investigaciones en diversos campos de la cultura (el Derecho, la Literatura, la Historia, el Arte y la Oratoria). Tras ser académico correspondiente, ingresó como académico numerario el 21 de abril de 1910, pronunciando su discurso de ingreso el 23 del mismo mes.

Durante cuarenta y seis años perteneció, sin interrupción, a la Academia, unas veces de simple académico y otras ejerciendo de Director, pero siempre ofreciendo su leal cooperación. En los diez años posteriores a su nombramiento, década 1910-1920, ocupó diversos cargos públicos y, por esa circunstancia, tanto desde el Ayuntamiento de Córdoba como desde el Congreso de los Diputados, pudo intervenir a favor de la Academia, para hacer cumplir sus acuerdos, entre otros, el histórico de 17 de diciembre de 1842 para erigir el monumento al Gran Capitán, adelantándose así a un deseo compartido por toda la población desde diversos organismos e instituciones.¹⁷

¹⁶ GIL MUÑIZ, Alfredo: *España Regional y Píntoresca. Paisajes, tipos y costumbres (Lecturas escolares escogidas)*. Prólogo de José Priego López. Editorial Hijos de Santiago Rodríguez, Burgos, 1928.

¹⁷ ENRÍQUEZ ROMÁ, Rafael: *Manuel Enríquez Barrios Hijo Predilecto de Córdoba*. Gráficas Santa Marina, Córdoba, 1994, p. 74.

Accedió por aclamación a la dirección interina de la Real Academia por fallecimiento del director anterior, en la junta extraordinaria de 28 de febrero de 1920. Cuarenta días más tarde fue ratificado, como director en propiedad, en la junta ordinaria del día 10 de abril. Desde entonces hasta los primeros meses del mes de abril de 1931, es decir, once años, realizó una ingente labor organizativa y de promoción de la institución. Gestionó el salón de actos del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza para la celebración de actos importantes, pronunciando él la primera conferencia en dicho recinto el día 19 de abril de 1921, sobre un tema jurídico “El retiro obrero obligatorio: historia de las leyes que lo han establecido en España”.

Sin duda alguna, constituyó un importante adelanto, en este primer periodo de su dirección al frente de la Academia, la creación del *Boletín* de la Academia, el *BRAC*, que, tras dificultades y trámites, el número 1 vio la luz a mitad del año 1922 (trimestre julio-septiembre), gracias al trabajo especial de los académicos señores Carbonell Trillo-Figueroa y Antonio Gil Muñiz.

Al pasar a desempeñar en 1922 la dirección general en el Ministerio de Instrucción Pública le resultó más fácil conseguir la subvención de 5.000 pesetas anuales para ayuda de dicho *Boletín*. Con ello empezó la brillante historia del *BRAC*, fondo documental de inestimable valor en la cultura española y cordobesa. Las actas de la Real Academia, los *BRAC* y otras publicaciones nos han permitido degustar su exquisita oratoria, su profunda cultura clásica y el amor a todas las manifestaciones artísticas. Sus discursos en jornadas, certámenes, homenajes, como los dedicados al Gran Capitán y a Góngora, y los de contestación a nuevos académicos son un exponente de las características que he enunciado. Recordemos que fue académico desde 1910, y director durante catorce años, en dos periodos entre 1920 y 1956. Comentaremos algunos de los acontecimientos más importantes en la vida académica de estos años.

El III Centenario de la muerte de don Luis de Góngora

La Real Academia programó una brillante conmemoración del III Centenario del fallecimiento de don Luis de Góngora. Del *Boletín* extraordinario dedicado a este evento destacamos algunos de los actos fundamentales. Actos de divulgación de la poesía del ilustre poeta y edición de su obra a cargo del académico don José Priego López. También se acuñó una moneda conmemorativa con la efigie de don

Luis. Se colocaron retratos (copias del realizado por Velázquez) en la sala de lectura de la Biblioteca Popular, en la sede de la Real Academia y en la de la Comisión de Monumentos. En el mes de marzo hubo sesiones en la Real Academia y en diversos centros: escuelas del Magisterio, Artes y Oficios, colegio de los Salesianos y Círculo de la Amistad. En Cabra, Bujalance, Pozoblanco y Priego también se celebraron sesiones, siempre bajo la presidencia de don Manuel Enríquez Barrios.

A finales del mes de abril, a nivel provincial, se constituyó la comisión del III Centenario, formada por el alcalde señor Santaolalla; el presidente de la Diputación, señor Castilla; el director de la Real Academia, señor Enríquez Barrios, y los señores académicos Castejón, Priego López, Camacho Padilla, De la Torre y Rey Díaz. El 23 de mayo tuvieron lugar los actos culturales. En todos ellos intervinieron personalidades de la intelectualidad cordobesa: don Rafael Castejón, don José María Camacho Padilla, los hermanos don Antonio y don Alfredo Gil Muñiz, don José María Rey Díaz, don Eloy Vaquero, don Antonio Jaén Morente y una larga lista de académicos que expusieron sus trabajos y glosaron la figura del poeta de las *Soledades*.

También en el Círculo de la Amistad, el 23 de mayo, se celebró un ciclo de conferencias y una velada literaria.

Entre las primeras sobresalió la de Pedro Salinas con el título de “Góngora poeta difícil”. En la velada literaria don Manuel de Sandoval fue el mantenedor y en ella se dio lectura a varios trabajos compuestos para la ocasión. El periodista Buenaventura Villa leyó poemas de poetas, el canónigo Ruiz Calero intervino cantando a Córdoba y a Góngora, el poeta de Villa del Río don Diego Molleja recitó un hermoso poema dedicado al autor de Polifemo; don Benigno Íñiguez respondió con otro. Cerró el acto, en nombre de la Real Academia, el profesor don Antonio Jaén Morente glosando los valores de Góngora y el papel que España supo desempeñar en su época. En la catedral se celebraron honras fúnebres con música de capilla y oración a cargo del canónigo magistral don Juan Seco de Herrera y un responso en la capilla de San Bartolomé, donde descansan los restos del excelso poeta.¹⁸

¹⁸ GARCIA PARODY, Manuel: *Notas de un siglo*, UNED, Córdoba, 1998, p. 146.

Celebración de la Semana Califal

Durante los días 21 al 26 de enero de 1929 la Real Academia promovió una Semana Califal, con la finalidad de dar a conocer el arte árabe cordobés en sus más notables exponentes. Pronunciaron conferencias destacadas personalidades de la vida universitaria y académica, como los doctores y catedráticos don Miguel Asín Palacios, don Emilio García Gómez, don Rafael Castejón y don Antonio Jaén Morente. Hubo visitas a Medina Azahara y a la Mezquita Catedral. Los actos fueron presididos por el alcalde de la ciudad y por el director de la Real Academia don Manuel Enríquez Barrios.

Discurso en el V Centenario del nacimiento del Gran Capitán

El día 29 de abril de 1953, dentro de los actos conmemorativos celebrados en Córdoba, con asistencia del Jefe del Estado, ministros del Gobierno, autoridades provinciales y locales y numerosísimo público, se celebró en el Círculo de la Amistad un acto literario en el que intervinieron el ministro de Educación, el ministro del Ejército general Jorge Vigón y el director de la Real Academia, don Manuel Enríquez Barrios.



Don Manuel Enríquez Barrios, director de la Real Academia de Córdoba, durante el discurso pronunciado con motivo del homenaje al Gran Capitán el 29 de abril de 1953.

Tras pronunciar los dos primeros oradores sus parlamentos y dentro de la solemnidad especial que el acto requería, S. E. el Jefe del Estado concedió la palabra al director de la Real Academia de Córdoba, institución tan unida de siempre a cuantos homenajes se han tributado en esta ciudad al Gran Capitán. El Sr. Enríquez Barrios era, por sí y por la institución que preside (la secular Academia cordobesa), quien por derecho propio había de llevar la voz de la ciudad en el acto que se celebraba.¹⁹

Reflejamos a continuación los aspectos más importantes de la crónica que sobre el discurso se realizó:

Elocuente e inspirado, como siempre, el señor Enríquez, miembro destacadísimo de la Comisión Local Delegada, levantó la voz en aquel ambiente de máxima solemnidad, para pronunciar una elegante oración que sirvió de prólogo o de introducción al acto.

Recabó para la Academia que preside, el honor de haber sido la primera entidad que hace ciento diez años pidiese la erección de una estatua al Gran Capitán, y que desde entonces no había cejado en su justo empeño. Recordó la celebración en el año 1915, fecha exacta del IV Centenario de su muerte, de varios actos de homenaje: uno en Madrid, bajo la inspiración del prócer cordobés Conde de Torres Cabrera, en donde se oyeron en elogio de don Gonzalo, los versos cálidos y vibrantes de Maura, de Vázquez de Mella y del general Primo de Rivera; y otro en Córdoba para honrar la memoria del homenajeado.

Describió, con palabras maestras, los acontecimientos habidos en nuestra ciudad cuando en 1923 se inauguró el monumento, obra de Inurria, bajo la presidencia de SS. AA. el Infante D. Carlos de Borbón y su hija D^a Isabel Alfonsa.

Habló luego, para cerrar su interesante intervención, de las virtudes cívicas y morales del gran Caudillo y diplomático, analizando especialmente su generosidad, su lealtad y su humildad. Concluyó explicando lo que el monumento, ante el que se habían rendido banderas victoriosas, significa y representa: “Junto a la gloria y homenaje debido al ilustre militar, hijo de Córdoba, la autoexaltación del espíritu cordobés”. Al concluir su intervención D. Manuel Enríquez Barrios, la selecta concurrencia le aplaudió fervorosamente.²⁰

¹⁹ “Crónica del acto”, *BRAC*, num. 69, 1953, pp. 114-115.

²⁰ *Ibid*, p. 115.

Conferencia sobre don Juan Valera

Otra de las actuaciones de don Manuel Enríquez Barrios que queremos destacar como académico es la conferencia pronunciada en Cabra, en las Jornadas de la Real Academia celebradas en honor del genial novelista y literato egabrense don Juan Valera, con el título de “Florilegio de poesías castellanas”. Del *BRAC* monográfico dedicado a Valera, extraemos lo esencial de la magnífica intervención de don Manuel.

Florilegio de poesías castellanas llamó Don Juan Valera a la escogidísima selección contenida en cinco volúmenes así intitulados. Seleccionar es obra de espíritus escogidos, nobles, elevados. La selección revela y enaltece al seleccionador, en toda la amplitud de la palabra, de inigualada sensibilidad artística, vastísima cultura, feliz ingenio, prototipo de hidalguía, caballerosidad, gentileza, preclaro escritor, espejo de caballeros, que se llamó Don Juan Valera y Alcalá Galiano. El grabado en que otro ilustre artista, Bartolomé Maura, acertó a expresarlo nos mueve a profunda admiración.

Con otro florilegio, aunque no mío, quiero participar en el homenaje a Don Juan, y agradecer el alto honor que la ciudad de Cabra, representada por su digno Alcalde, tan bondadosamente me dispensa.

Es ya un tópico –tanto se ha repetido, y tan tremenda es su evidencia, dijo acertadamente el Profesor García Valdecasas en su discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas– el que la humanidad corre hoy mortal peligro por el desnivel entre su adelanto técnico y su atraso –o retroceso moral–. Las ciencias “morales” tienen que recobrar, a marchas forzadas, el terreno perdido. No es urgente hoy desencadenar nuevas energías físicas; es urgente domeñar su empleo, alumbrando nuevas fuerzas espirituales.

Estas palabras del ilustre Profesor invitan a señalar como fuente de espiritualidad las obras de Don Juan Valera, juzgadas en tal sentido –y este es mi florilegio– por los más insignes pensadores contemporáneos.

El eminente catedrático de la Universidad de Madrid, Don Juan Zaragüeta, en su interesante discurso del centenario del autor de *Pepita Jiménez*, dijo textualmente: “Valera, que se dedicó al cultivo de la filosofía, en unión de su inseparable amigo Campoamor, tuvo temores de que los filósofos de profesión mirasen con desdén sus extravíos por la trivialidad y ligereza con que en principio lo hacían, pero buscó con afán, en el estudio de la Metafísica, sólidos

cimientos en que apoyarse. Hubo un momento en que Valera estuvo fracasado en su intento de conquistar el mundo exterior por la Metafísica, pero hombre de gran serenidad y reflexión, dominó en el sentido de *profunda religiosidad*, hasta el punto de que en sus controversias con Campoamor toda su metafísica era completamente mística”.

El astro de primera magnitud, cuyo resplandor supera la constelación de los grandes españoles contemporáneos, Menéndez y Pelayo, en sus *Heterodoxos*, se expresa así: “Mi dulce Valera, el más culto, el más helénico, el más regocijado y delicioso de nuestros prosistas amenos, y el más clásico, o más bien, el único verdaderamente clásico de nuestros poetas, ha expresado en castellano el amor a lo sensible y plástico y a las pompas y verdores de la genial primavera con singular suavidad y gracia ateniense, sin excluir el amor a otras hermosuras más altas, bien patente en la hermosa oda a *El Fuego Divino*, la más bella de todas sus novelas, *Pepita Jiménez*, que a muchos parece un triunfo del naturalismo pecador, puede interpretarse —y yo desde luego la interpreto, dice el insigne polígrafo— en el sentido de lección contra las falsas vocaciones y el misticismo contrahecho”.

Valera es, ante todo, el más acabado prosista de España en el siglo XIX, cuanto a galanura, refinado gusto, natural sencillez, amenidad y buen humor, dice Cejador. Su cortesía de diplomático —agrega— y su saladísimo ingenio, rebosante de humorismo benévolo derrama flores sobre ciertas obras que critica, envuelve en cumplidos halagüeños a sus autores, dando solamente a entender sus defectos con esta sutil manera de galantería.

Las obras de Don Juan Valera, al medio siglo de producidas, consérvense lozanas, frescas, amables, humanísimas. No son flores de aquellas que “nacidas al albor de la mañana / a la tarde serán lástima vana, / durmiendo en brazos de la noche fría”, que dijera el poeta. Al contrario, su perfume nos embelesa, su belleza nos extasia, su humanismo nos conmueve, sus enseñanzas nos aleccionan.

Descanse en paz el alma noble de Don Juan Valera. Llor a su egregia personalidad. Parabién sempiterno a la ciudad ilustre donde vio su luz primera.

M. Enríquez Barrios. Presidente de la Real Academia Cordobesa.²¹

²¹ BRAC num. 75 (julio-diciembre 1956), pp. 136-137.

Otros discursos de Enríquez Barrios como director de la Academia

Recordemos las palabras de uno de los hijos de don Manuel, precisamente el que realizó una biografía suya con gran seriedad y rigor. Él nos define los aspectos sobresalientes de su rica personalidad: su grandísima cultura y su extraordinaria capacidad de comunicación.

Fue un hombre de gran cultura, adquirida en los años de estudios en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, en la preparación de los doctorados de ambas especialidades, en lecturas continuas y asistencias a actos culturales que le motivaron para siempre a una gran preocupación por todo lo que tuviese especial significación en esta rama del saber humano. Y si a ello se añade, galanura en el decir y gran facilidad de expresión, puede afirmarse sin equívoco que estamos ante un personaje de gran nivel cultural.²²

Como director de la Real Academia cordobesa, además de los importantes discursos, ya enumerados y otros muchos en los que no podemos entrar, tuvo que pronunciar las contestaciones a los académicos numerarios en la sesión de su ingreso en la institución. En todos ellos se reflejan las cualidades que su hijo enumera.

Contestación al discurso de ingreso como académico numerario de don Antonio Sarazá Murcia titulado “Una página de la historia de Córdoba: Don Martín de Córdoba”, pronunciado en la sesión de 23 de mayo de 1933.²³

Contestación al discurso de ingreso como académico numerario de don Francisco Algaba Luque, denominado “Origen y arte de los juglares músicos callejeros”, realizada en el año 1933, aunque fue publicada en 1944.²⁴

Discurso de contestación al de don Vicente Flórez de Quiñones en su ingreso como académico numerario titulado “Propiedad individual y propiedad socialista”, realizado en sesión académica del año 1951.²⁵

Discurso de contestación al de ingreso como académico numerario de don José Luis Fernández de Castillejo, titulado “El miedo como

²² ENRÍQUEZ ROMÁ, Rafael: *op. cit.*, p. 73.

²³ BRAC num. 39 (octubre-diciembre 1933), pp. 335-339.

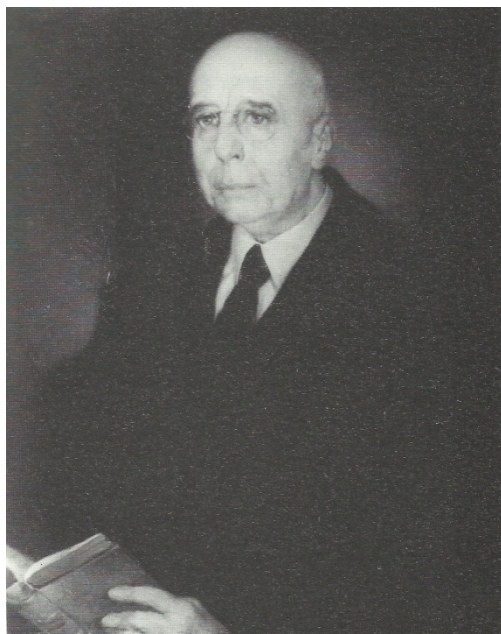
²⁴ BRAC num. 50, 1944, pp. 270-272.

²⁵ BRAC num. 55, 1951, pp. 45-61.

una determinante de la crisis actual de la humanidad”, también pronunciado en sesión académica del año 1951.²⁶

En todos los discursos de contestación, publicados en los *BRAC* correspondientes, se pueden apreciar las cualidades del doctor Enríquez Barrios nombradas anteriormente, sin olvidar las de cortesía académica y actitud positiva hacia el recipiendario, profundidad y rigor en los temas tratados, elegancia en la expresión y capacidad de síntesis.

IV. Otras actividades importantes en la vida de don Manuel Enríquez Barrios



Manuel Enríquez Barrios retratado por el pintor Rafael Pellicer a los cincuenta años de su ejercicio profesional como abogado.

Lo atractivo del personaje nos llevó, años más tarde, a realizar una labor de investigación más comprensiva de otros aspectos de su riquísima personalidad, sin olvidar su profesión, la abogacía, a la que dedicó lo mejor de su talento y profesionalidad durante más de cincuenta años (1902-1956). Siempre ejerció de abogado con gran brillantez, perteneciendo a los colegios de abogados de Córdoba, Sevilla y Madrid. Durante numerosos años fue decano del Colegio de Córdoba, por unanimidad en la votación. En 1954 sus compañeros le rindieron homenaje y se sumaron a la entrega del

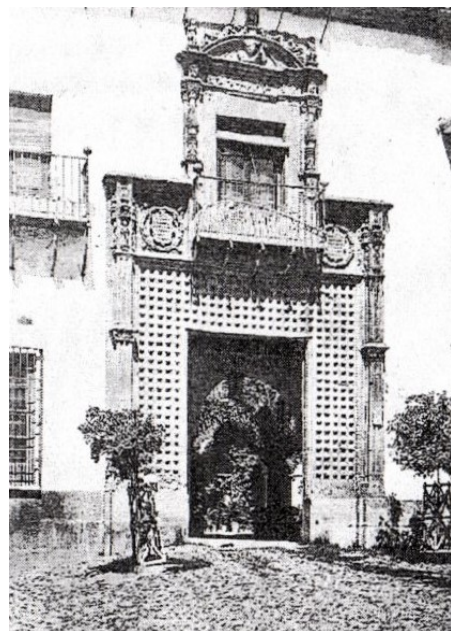
título de Hijo Predilecto de Córdoba que le concedía en Ayuntamiento, entregándole un álbum con las firmas de todos los abogados cordobeses.

²⁶ *BRAC* num. 66, 1951, pp. 197-214.

A través de las actas de sesiones del Ayuntamiento de Córdoba hemos conocido su importante labor al frente de la Alcaldía de la ciudad (años 1913 a 1915): la purificación de aguas públicas, los mercados y el matadero, el aprovechamiento de aguas del Bejarano y Escarabita, la dotación de cuarenta fuentes de agua potable para el abastecimiento de los barrios de la ciudad y el saneamiento del río Guadalquivir. También durante su alcaldía, años antes de ser director general de Primera Enseñanza, fomentó la creación de colegios públicos: Rey Heredia, Escuela Maternal modelo, Escuela de Comercio, construcción de la Granja Agrícola y Escuela de Peritos industriales.

Durante su mandato como alcalde, como hemos referido anteriormente, no olvidó el paro obrero durante la crisis de 1915, ordenando el reparto gratuito de comidas en la plaza de toros. También adquirió para Córdoba, mediante aval personal, gran cantidad de trigo de Argentina. Tampoco hay que soslayar las gestiones con todos los ministerios del Estado para impulsar lo que su sucesor Salvador Muñoz Pérez culminó tras su cese: la Escuela de Comercio, el edificio de Ha-cienda, las obras del Cementerio y del Matadero municipal.

Su prolífica actividad a favor de la cultura cordobesa le llevó a presidir el Patronato del Museo Provincial de Bellas Artes en 1920 y a realizar una eficacísima labor hasta 1931. Posteriormente, en 1945, sería de nuevo presidente de la misma institución hasta mayo de 1954. Su ingente labor consiguió de la Diputación Provincial la cesión del edificio del museo al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, la posterior ampliación del edificio y la adquisición de numerosas colecciones de pintura y escultura, muchas de ellas cedidas por particulares.



Antigua casa del Marqués de la Fuentesa del Valle, hoy Conservatorio Superior de Música, donde se instaló la Escuela Maternal Modelo.

Desde su juventud, en 1911, siendo concejal del Ayuntamiento formó parte de la Junta Pro-Medina Azahara, de la que fue su primer vicepresidente. En 1914, ya como alcalde de Córdoba, gestionó la continuación de las obras de excavación de la ciudad palatina e impulsó, como miembro del Gobierno en 1923, la promulgación de la real orden que declaraba a Medina Azahara monumento nacional. Esta declaración permitió, posteriormente, la concesión de cantidades de dinero para proseguir las excavaciones de 1924. En 1929, siendo director de la Real Academia, se organizó la famosa Semana Califal, de la que ya hemos hablado anteriormente.

Tampoco podemos omitir la labor realizada al frente de la extinguida Comisión Provincial de Monumentos, en la que frenó numerosos agravios al arte y a la cultura cordobesa, e impulsó la conservación de nuestro patrimonio artístico.

La actividad vital de nuestro insigne personaje resulta inagotable.

No creo que haya habido en Córdoba durante la primera mitad del siglo en que vivimos –dice su hijo Rafael Enríquez Romá–, acontecimiento social importante del que estuviera ausente nuestro personaje [...]. Tuvo especial arraigo en todos los sectores de la ciudad y ello explica, que interviniera tantas veces y en tan diversos acontecimientos sociales, ya que su inclinación personal le llevaba a aceptar su participación en cuantos actos consideraba de interés para Córdoba o para los cordobeses.²⁷

En el Círculo de la Amistad ocupó la presidencia de 1912 a 1914. En la Asamblea Provincial de la Cruz Roja fue también su presidente y contribuyó a la fundación de su hospital en 1929, junto con el alcalde Rafael Cruz Conde, y a sus posteriores ampliaciones. Sus gestiones de acción social también alcanzaron a la mitigación de las carencias alimentarias de sectores desfavorecidos de la sociedad mediante la creación de la Cocina Económica y Comedor de Caridad en el año 1917, ocupando la presidencia de esta asociación durante varios años.

El obispo Pérez Muñoz, al promover la cooperativa de construcción de viviendas sociales denominada “La Solariega”, invitó a don Manuel Enríquez a estudiar y resolver todos los problemas jurídicos y administrativos que sugieran de su puesta en funcionamiento. San

²⁷ ENRÍQUEZ ROMÁ, Rafael, *op. cit.*, p. 103.

Cayetano, Campo Madre de Dios y el Marrubial fueron zonas de actuación de dicha entidad benéfica.

En el capítulo de sus actuaciones en pro de la sociedad cordobesa citaremos una muy singular. Conocedor de los problemas de los transportes urbanos de Madrid, junto con otros amigos, promovió en el seno de Círculo Mercantil la constitución de la sociedad anónima Autobuses de Córdoba el 1 de marzo de 1922. Con ello Córdoba entraba en la modernidad de los transportes públicos, en primera línea de las capitales españolas.

La Comunidad de Regantes del Guadalquivir, debido a las gestiones que don Manuel había realizado desde los cargos de alcalde, parlamentario y presidente provincial del Partido Conservador, en el año 1928 lo eligió como presidente, cargo que desempeñó hasta febrero de 1941, fecha en que continuó como letrado asesor. La ejecución de las obras del pantano del Guadalquivir fue de gran trascendencia para Córdoba, por la enorme riqueza que supuso el riego de más de 10.000 hectáreas cercanas a la capital y el beneficio que representó la dotación de sus aguas para el abastecimiento de la población.

Finalmente citaremos la presidencia honoraria que desempeñó por aclamación de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana, desde 1924, por los asesoramientos y gestiones realizadas para conseguir la promulgación del decreto de 21 de junio de 1920, que regulaba los arrendamientos urbanos en poblaciones de más de 20.000 habitantes.

Por razones de tiempo y de espacio, dejamos sin tratar otros aspectos importantes de la riquísima personalidad de nuestro ilustre cordobés, como los referentes a su vida familiar, su profunda religiosidad y acción caritativa que siempre ejerció en cuantas circunstancias le



Casa de la calle Eduardo Dato en la que vivió Enríquez Barrios, que ostenta en su fachada una lápida dedicada por el Ayuntamiento de Córdoba.

deparaba su gran actividad social. En la obra escrita por don Rafael Enríquez Romá, ya citada, encontrarán reflejados con gran objetividad y rigor los aspectos citados.

Terminamos estas apretadas manifestaciones con unas frases correspondientes al teniente de alcalde don José Barrena, que pronunció en el homenaje que siguió a la declaración en el año 1954 de don Manuel como Hijo Predilecto de la ciudad. Definió así a nuestro personaje:

D. Manuel Enríquez Barrios, con sus muchos valores y bien hacer, fue algo más que un doctor en Derecho y Filosofía, un orador elocuente y una mente clara. Para Córdoba fue un ejemplo de espíritu emprendedor, bien dotado de ideas y de ímpetu, que su magnífica vitalidad le llevó, unas veces a las empresas sociales como paladín de los intereses de Córdoba, otras a la participación política y cultural, pero nunca abandonó el ejercicio del Derecho, de la abogacía, que él entendió siempre como la augusta función de la Justicia y el amor al necesitado, que es la noble tarea de la virtud.²⁸

Con el breve estudio que hemos realizado y con la consulta de la bibliografía citada, espero que ustedes puedan disfrutar de la gran personalidad de uno de los hijos más ilustres de la Córdoba contemporánea.

²⁸ Discurso de don José Barrena, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Córdoba. “Acto de homenaje nombramiento del Ilmo Sr. Don Manuel Enríquez Barrios como Hijo Predilecto de la ciudad”, año 1954. Recogido en *op. cit.* ENRÍQUEZ ROMÁ, Rafael, p. 155.



**JOSÉ MARÍA REY DÍAZ,
CRONISTA DE TIEMPOS TRISTES
(1891-1963)**

por

MANUEL TORIBIO GARCÍA
Profesor del IES Luis de Góngora

El estudio que llevo realizando desde hace más de una década sobre la figura de Antonio Jaén Morente, me ha permitido adentrarme en el conocimiento de otros personajes cordobeses como es el caso de José María Rey Díaz. A través de la correspondencia del primero, fui comprobando la amistad que existía entre ellos, a pesar de sus diferencias y de la distancia física que se abrió cuando Antonio Jaén tuvo que salir para el exilio. Ahondando en el estudio de la persona de Rey Díaz, se han puesto de manifiesto las pasiones que los dos compartieron: el amor a la ciudad de Córdoba y la defensa de su patrimonio cultural y monumental, la gran atracción que sentían por la Historia y la necesidad de transmitirla a los niños y a los jóvenes a través de la docencia y la publicación de manuales, y el gusto por rescatar del olvido lo que se escondía en los documentos antiguos.

Para acercarnos a la figura de Rey Díaz expondremos, en primer lugar, algunos de sus datos biográficos para detenernos, después, en varios hechos que fueron relevantes a lo largo de su vida: el trabajo en el Archivo y en el Tribunal Tutelar de Menores, su obra historiográfica y su actividad para la defensa del patrimonio cordobés.

1. Notas biográficas

José María Rey Díaz nació en Córdoba el 12 de mayo de 1891 y falleció en esta misma ciudad el 23 de diciembre de 1963. Hijo de don Pedro Rey Gorrindo, antiguo alcalde de la ciudad y nieto del ilustre matemático don José María Rey Heredia, su vida transcurrió en la casa familiar de la calle Maese Luis, en el número 11.

Según consta en su hoja bibliográfica de la Real Academia de la Historia, hizo los estudios primarios con don Miguel Melendo y Prieto, y los de Bachillerato en el Instituto General y Técnico de Córdoba y en el Colegio de la Asunción, desde 1901 a 1907, donde fue becado por el patronato que había instituido el Marquesado de Villaseca. Precisamente en la memoria oficial del curso 1902-1903 aparece como

alumno destacado por sus buenas notas, sobre todo en Religión Católica y en Geografía de España.

Posteriormente, en esta misma ciudad, estudió Magisterio, luego Filosofía y Letras en Granada y, más tarde, Derecho en Sevilla y Salamanca. También en Granada, realizó estudios complementarios de Archivero, Bibliotecario y Arqueólogo. Excepto un breve periodo en el que ejerció como secretario del obispo de Plasencia y notario apostólico de aquella diócesis, su vida profesional transcurrió en Córdoba donde fue archivero-bibliotecario y responsable de los museos municipales desde 1917 hasta su jubilación el 12 de mayo de 1961. Durante un tiempo, desde 1918 cuando fue nombrado profesor ayudante, ejerció la docencia en el Instituto de Córdoba. Impartió Geografía e Historia, Gramática, Redacción y Lengua Expresiva. Entre sus papeles hemos encontrado una anotación curiosa, de su puño y letra, en una carta de recomendación para un alumno que le llegó en 1936 acompañada de un pavo que le enviaba un tendero de El Carpio. Allí escribió: “Rechacé el pavo enérgicamente”.

Debemos al periodista Gabriel Delgado esta descripción de nuestro biografiado: “José María Rey era un chico rubio, alto, delgado, peinado y relamido, sin bozo y con lentes, comedido, linfático y serióte. Es el prototipo del inglés que no se conmueve aunque esté su corazón roto por amor inmenso”.

Llegó a ser director de la Escuela Normal de Magisterio, presidente del Tribunal Tutelar de Menores, de la Cruz Roja local (1940), cónsul de la República de Colombia, Hijo Predilecto de la ciudad, miembro de la Real Academia de Córdoba desde el 23 de diciembre de 1916, donde ocupó el cargo de censor y fue el responsable de efectuar las respuestas a los discursos de ingreso de nuevos académicos. También fue secretario del Colegio Oficial de Licenciados en Letras y Ciencias de la provincia cordobesa, Cronista Oficial de la ciudad desde 1922 a 1963 y Cronista honorario de la Provincia.

Formó parte de la Comisión Provincial de Monumentos y organizó numerosas exposiciones entre las que podemos destacar una de orfebrería y otra sobre la presencia del beato Diego de Cádiz en Córdoba. También se ocupó de la celebración del Día de la Raza, del Día del Libro y de adquirir fondos bibliográficos y elaborar numerosos informes de carácter histórico o propuestas de actividades culturales o de homenajes a personalidades, como en el caso del ofrecido a su antecesor en el Archivo, don José López Amo, de quien incluso escribió una biografía. Estaba en posesión de la Medalla de Plata del Centenario de

las Cortes de Cádiz, fue Caballero de la Orden de Alfonso XIII y de la de Alfonso X el Sabio. Premio Nacional de la Comisión de la Seda en 1929. Miembro de la Comisión organizadora del Centenario de Cervantes, de la Junta Organizadora del Homenaje a Séneca en 1932, junto a su compañero de claustro Camacho Padilla, y miembro de la Orden de la Mehdauía marroquí, etc.

Fue un hombre que siempre estuvo preocupado por el patrimonio artístico local, pues incluso sabemos que siendo solo un niño de doce años ya participó en la comisión formada por el padre Pueyo, Mateo Inurria, Castiñeyra y otros para la restauración, en 1903, de la iglesia de San Pablo.

Poco conocemos de sus simpatías políticas. Solo podemos decir que era un hombre conservador y católico. En 1926 aparece como socio del Centro Liberal de Córdoba que aglutinaba a los barrosistas. Como abogado también tuvo en esta época una colaboración activa con la delegación cordobesa de la Federación de Sindicatos Católicos Agrarios.

Rey Díaz formó parte de la corporación municipal en los tumultuosos años de la Guerra Civil. Según nos informa el historiador Patricio Hidalgo, el 29 de mayo de 1937, a las 20 horas, tuvo lugar una sesión extraordinaria del Ayuntamiento en la que el secretario del Gobierno Civil, don Eugenio Galán Serrano, procedió a dar lectura de un oficio del gobernador Eduardo Valera Valverde por el que se destituía fulminantemente a la Comisión Gestora presidida por el comerciante José Castanys Giménez, y se nombraba una nueva presidida por el teniente coronel de Caballería (retirado) don Antonio Coello y Ramírez de Arellano. Esta Comisión, según Hidalgo, tendría un perfil políticamente bajo, eran técnicos, muchos de ellos funcionarios municipales, como el mismo Rey Díaz o el secretario del Ayuntamiento, José Carretero. El cargo que le tocó desempeñar a nuestro hombre fue el de gestor delegado de la Beneficencia y Cementerios.¹ Ya había desempeñado antes, en otra Gestora Municipal, un puesto de vocal, del que cesó el 8 de abril de 1937 para dedicarse a sus labores de archivero, pero ahora no podía desembarazarse fácilmente de un nuevo nombramiento². También tuvo que emitir informes sobre funcionarios que

1 Archivo Municipal de Córdoba (AMCO), Actas de la Comisión Gestora Municipal, legajo 0511.

2 PELÁEZ DEL ROSAL, M., “El Cronista de Córdoba don José María Rey Díaz (1891-1963) y su polémica dimisión”, *Córdoba en Mayo*, num. 60, 2016, pp. 40-46.

iban a ser depurados. Por ejemplo, el 28 de febrero de 1938, la comisión depuradora de Instrucción Pública de Córdoba, le pidió que informase sobre la maestra Rafaela Martínez Moreno.

Los hijos de Rey Díaz, Josefina y Luis Felipe, me comentaron en una entrevista que me concedieron en su domicilio cordobés el sábado 23 de mayo de 2015, la tristeza que suponía para él el asesinato de cada una de las personas (ejecutadas en los crueles momentos de la represión franquista) y cómo su padre tenía la penosa tarea de registrar los fallecimientos de las víctimas; después, recogía los objetos personales y se encargaba de hacérselos llegar a los familiares.

Esta entrevista con sus familiares directos revistió gran emoción, expresándome su pesar por la pérdida de los documentos de su padre. Posteriormente, en el mercado dominical de sellos y objetos antiguos del bulevar del Gran Capitán, me he llevado la sorpresa de comprobar cómo en uno de los puestos se vendían papeles personales, correspondencia, textos inéditos de conferencias y estudios historiográficos de don José María. De gran utilidad para la elaboración de este estudio ha sido la colaboración de don Daniel Rodríguez Cebrián, bibliotecario de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Córdoba, quien me ha proporcionado muchas de las publicaciones de Rey Díaz que aquí se citan y ha localizado su expediente como alumno de la antigua Escuela de Magisterio. Como ya se ha dicho, Rey Díaz llegaría a ser director de este centro y aunque profesor de centros públicos, siempre defendió el papel de la Iglesia Católica en la instrucción de la infancia, destacando en sus escritos la obra de los Salesianos y otros colegios religiosos en Córdoba. A él debemos estas afirmaciones:

Lo que sí he de decir que en esta urbe siempre católica y grande, fue la Madre Iglesia la que tuvo a su cargo la augusta misión de la Enseñanza Primaria. Bien es verdad que en toda la Nación Española, vivió la escuela pública a la sombra del Templo y del Monasterio, bien es cierto que hasta las Cortes de Cádiz no pensó el Estado en que sobre sus hombros había de pesar la instrucción de los ciudadanos.

Estas afirmaciones lo sitúan en las antípodas ideológicas de Antonio Jaén, quien en el “Informe al Sr. Ministro de Instrucción Pública”, fechado en Córdoba en 1932, plantea un concepto de la educación como servicio público, laicista y coeducativa. Las dos Españas machadianas frente a frente, y sin embargo ambos estarán siempre unidos

por el fuerte lazo de la amistad y del afecto, y así dos personas contrarias en muchos aspectos se volverán complementarias y nos ofrecerán la plural visión de la realidad patria.

La vocación pedagógica de Rey Díaz es clara y manifiesta:

Ser profesor, entregarse en cuerpo y alma a la tarea docente, es difícil y penoso ejercicio, que requiere suficiencia probada, celo constante, interés máximo por cada alumno y hasta determinada aptitud física –salud del cuerpo y alegría del espíritu– para soportar un trabajo difícil y hacer provechoso el estudio a que de continuo, el maestro, más que el alumno, necesita dedicarse.

Creemos que sobre Rey Díaz hasta ahora no se ha realizado ninguna investigación en profundidad a pesar de haberse entregado con abnegación a la ciudad. Habría que recordar que durante un largo período de tiempo ocupó el cargo de censor en la Real Academia de Córdoba y que junto a Rafael Castejón fue el artífice de poner en marcha un Boletín, proyecto que data nada menos que de 1916. Pero sobre él aún pesa como un maleficio su adscripción a una corriente ideológica tildada de reaccionaria por la actual historiografía local, lo que no le hace justicia. Trataremos de esclarecer su actuación durante los años de la incivil guerra.

Francisco Moreno Gómez en *El genocidio franquista en Córdoba* nos dice:

El que fue director de la Real Academia, don Rafael Castejón, en entrevista que conservo me aseguró que él tuvo acceso, a través del archivero del Ayuntamiento, José Rey Díaz (sic), a un cómputo realizado por la Cruz Roja, según el cual los fusilados en Córdoba fueron 7.700; pero mi intento por dar con esta fuente no resultó positivo.³

En el Archivo Municipal, hemos encontrado un borrador de carta de Rey Díaz, sin fecha, pero de esa época, en la que manifestaba su deseo de ser relevado de este cargo, pues afirmaba no reunir las condiciones suficientes para su desempeño. Pero no tuvo suerte y le tocó ejercerlo. Posteriormente hemos localizado los dos escritos dirigidos al comandante José Rodríguez de Austria y al general gobernador militar solicitando su cese. Informó positivamente sobre conocidos repu-

3 MORENO GÓMEZ, F., *El genocidio franquista en Córdoba*, p. 504.

blicanos, como su antiguo alumno Enrique Poole Escat, de quien dice que es cierto que escribió en los periódicos *El Sur* y *Política*, pero que estuvo movido por aficiones literarias. Gracias a esta gestión pudo salvar a este hombre. El historiador Manuel García Parody ya hizo constar que en su momento Rey Díaz salvó la vida del hijo del alcalde socialista de Córdoba, Sánchez Badajoz. Antonio Barragán, en su libro *Control social y responsabilidades políticas. Córdoba 1936*, nos da cuenta de cómo fue nombrado también presidente de la Subdelegación de Prensa y Propaganda de los franquistas el 25 de julio de 1936.⁴

Su actuación como vocal en la Comisión Gestora Municipal tiene un perfil meramente técnico. Entre sus actuaciones, destinadas en su mayoría al cementerio, destacan las siguientes: en el año 1937, moción sobre el horario y cumplimiento de la jornada de trabajo en el cementerio (9 de agosto), establecimiento de baños públicos mediante la preparación de una playa en una zona apropiada del río (6 de septiembre), solicitud de un permiso para utilizar las lápidas de mármol blanco, sin propietario conocido, para pavimentar las capillas de los dos cementerios (13 de septiembre). Igualmente, propuso el alumbrado de la plaza de Capuchinas donde está la estatua dedicada a Osio y destinar 50.000 pesetas al subsidio, denominado auxilio social, para empleados municipales padres de familia (8 de noviembre). Además no olvidaba su condición de bibliotecario, proponiendo la adquisición de libros que ensalzasen lo que él llamaba la “gesta heroica”, que no era otra cosa que el golpe franquista, como por ejemplo *18 de Julio. Episodios del Glorioso Movimiento Nacional en Córdoba* escrito por los periodistas Marcelino Durán de Velilla y Manuel García Prieto.

Además, durante los años bélicos se ocupó en restaurar los tesoros de las iglesias y edificios religiosos que habían quedado en zona republicana, de impartir conferencias patrióticas radiadas, de dar arengas a los soldados de los cuarteles de Artillería e intentar la creación de un Museo de la Guerra Civil en la provincia de Córdoba. También tuvo que encargarse de censurar los epitafios que se colocaban en las lápidas mortuorias, pues los franquistas no querían que se conociese su peculiar vesania y temían que los familiares pusieran mensajes contrarios a ellos. En este periodo de guerra se vinculó a la Cruz Roja, y

4 BARRAGÁN, A., *Control social y responsabilidades políticas. Córdoba, 1936*, p. 30.

cuando terminó, se dedicó a sus clases de Geografía e Historia y a sus tareas archivísticas.

Hombre de profundas convicciones católicas, estuvo muy vinculado al obispo don Adolfo Pérez Muñoz. Su alto sentido humanista le llevó, a pesar de estar integrado en la Córdoba franquista, a seguir manteniendo los lazos con amigos republicanos en el exilio, como ocurrió con el historiador y político cordobés don Antonio Jaén Morente, quien en el destierro en Ecuador, comenta a su familia: “He tenido carta de Córdoba, de Pepe Rey y de la familia de Romero de Torres. No esperaba tanto afecto”.

En otra, fechada el 3 de enero de 1951, desde el exilio en tierras ecuatorianas, en Quito concretamente, Antonio Jaén le escribe a su amigo para informarle de su proyecto de venir a España cuando sea posible para impartir un curso de historia del arte hispano-colonial y pedirle fotografías de varios monumentos cordobeses, como por ejemplo de la fachada del Palacio de Viana, ya que uno de los cursos iba a versar sobre la arquitectura civil de los siglos XVI y XVII y quería analizar los paralelismos existentes entre América y España. Más adelante escribió a su familia: “Recibí de Pepe Rey un folleto sobre el Instituto de Córdoba. El folleto está muy bien hecho y no tuvo reparo en hablar de mí”.

Se refiere al libro *Colegio de la Asunción de Córdoba, obra de siglos*, que vio la luz en 1946, y que intentó publicar bajo el seudónimo de “Un caballero colegial”, pero que por imposición ministerial lo tuvo que hacer con su nombre. Entre sus papeles hemos encontrado un texto mecanografiado titulado “Efemérides en la historia cordobesa de la Pedagogía” donde da cuenta de la transformación por orden de Isabel II del antiguo Colegio de la Asunción en instituto, que sería la base del libro: “El instituto de Córdoba arribaba a los anales de la Pedagogía con acusada personalidad; venía al mundo, heredado, rico y famoso por su estirpe. En un siglo de vida, no ha manchado, ni una vez, su ejecutoria”.

Precisamente, en este libro aludido, se nos dice:

Trajo la República al primer puesto de nuestra casa de internos, y ello fue en junio de 1931, a un cordobés apasionado por las cosas de la ciudad, a Don Antonio Jaén Morente [...] De buena fe y poseído de acertar en todo, introdujo en el Colegio modificaciones materiales y de régimen [...] Algunas de las determinaciones del Director Jaén Morente, con ser todas inspiradas en el mejor deseo de acierto [...] dieron resultados distintos de los apetecidos. La

admisión de señoritas al internado, por ejemplo, pugnaba con costumbres locales.

La amistad entre ambos venía de antiguo. Aparecen citados en el Libro de Movimiento Intelectual del Archivo Municipal: Rey Díaz en 1914, investigando sobre el padrón de nobles cordobeses del siglo XVI, y Jaén Morente en diciembre de 1916, avecindado en Segovia, trabajando en su *Historia de Córdoba*. También tuvieron amplia relación en el instituto donde fueron compañeros y en la Comisión Provincial de Monumentos, donde mantendrían sus postulados conservacionistas.⁵ Así, el 5 de abril de 1932, don José María propone que se oficie a la Alcaldía para que en las obras que se aprobaran en la zona artística de la ciudad se adoptara la determinación de comprobar si estas habían sido autorizadas por la Comisión, y pide a la Inspección de Primera Enseñanza y al Consejo Local de Educación que los maestros hagan diarias exhortaciones a los niños de Córdoba sobre el respeto a los monumentos. En esta Comisión se verían acompañados de personalidades de la talla de don Enrique Romero de Torres, don Vicente Orti Belmonte, don Samuel de los Santos Gener o don Rafael Castejón, aunque con este último tuvo unas relaciones difíciles, al menos en los años veinte. Prueba de ello es la protesta que hizo constar en las actas de la Comisión de Monumentos en 1921 por haber salido elegido Castejón académico correspondiente de la Real Academia de la Historia en lo que él consideraba un proceso plagado de irregularidades.

Rey Díaz era un nostálgico de una vieja Córdoba que se iba yendo lentamente, sin que él pudiera evitarlo. Muestra de ello es este texto recogido en su libro de relatos *Bajo-relieves*, publicado en 1912:

El barrio de Santa Marina es el único donde se respira todavía aquel ambiente caballeresco de mi soñada época; allí, junto a la sombra de sus muros, donde resucitan los hechos más famosos mezclados con las hazañas más horribles, hubiera encontrado asuntos a granel para llevarlos a la española escena aquel célebre trovador de tradiciones y príncipe del romanticismo que se llamó Zorri-lla. ¡Lástima grande que en 1841 desapareciera el Ecce Homo del callejón del Adarve [...], lástima también que la hoy ruinosa Malmuerta, caiga algún día empujada por la fría mano del tiempo y so-

⁵ Archivo Histórico Provincial de Córdoba (AHPC), Fondo Romero de Torres, sig. 22/27, fols. 65-67.

bre todo, lástima, repito, que aquellas calles tan típicas se vean ahora pobladas de garitos y barberías donde se juega a los naipes de continuo, y de tabernas tan funestas y degradantes como numerosas donde se prostituye el viejo espíritu de la raza y donde germinan los vicios con la más alarmante fecundidad!

2. En el Archivo

Durante un largo período de tiempo, la parte más importante de su actividad profesional estuvo dedicada al cargo de archivero-bibliotecario municipal, desempeñando su labor en varios frentes: en el Archivo Municipal, en la Biblioteca Popular, en la Biblioteca Séneca y en la Colección Arqueológica.

En una memoria por él redactada sobre el funcionamiento del Archivo para el período comprendido entre el 1 de julio de 1925 y el 30 de junio de 1926, escribe:

Este archivo es de los mejores de la Nación, ofrece a los ojos que a diario lo escudriñan, no el aspecto de un almacén de documentos, ni un depósito de objetos antiguos; sino el de un tesoro digno de admiración, el de un todo orgánico, que despierta el elogio y el aplauso por el Ayuntamiento que sabe apreciar y guardar en lugar seguro los testimonios preciosos de su vida desde el siglo XIII.

Con respecto a la Colección Arqueológica, dice:

La labor encaminada a dotar a Córdoba y a su Ayuntamiento de un Museo Municipal no se ha interrumpido en el transcurso del año a que se refiere este estudio sintético; antes bien se procuró cada día con mayor interés y diligencia la realización de esta empresa.

Recolectar objetos arqueológicos de indudable filiación cordobesa; anotar debidamente las adquisiciones en un registro especial, y conservar y reparar estos fondos hasta que un día puedan ser instalados en local amplio y seguro; tal ha sido la empresa que ocupó nuestra actividad en orden a este objetivo [...] De aquí que el Concejo pueda contar hoy entre sus adquisiciones para el futuro Museo una fuente mudéjar de azulejería, ejemplar acaso del siglo XV, hallada en el subsuelo del Paseo del Gran Capitán, que pronto será restaurada; un fragmento escultórico; otros arquitectónicos, basas, tégulas, lápidas mortuorias romanas, vasijas árabes, otros objetos procedentes de las obras de alcantarillado de la calle San Pablo y otras de pavimentación que se realizan en distintos puntos de la

ciudad. Donativos de particulares ha habido dos que registrar de superior interés: uno, consistente, en un sarcófago romano, de plover, de 1,60 m de longitud por 0,36 de alturas por 0,38 de ancho en cabeza que fue hallado en obras que realizaba en casa de nueva planta del Paseo del Gran Capitán, el señor Concejal don Juan M. Sánchez de Puerta, habiendo quedado dicho sarcófago depositado en el Museo arqueológico Provincial hasta tanto pueda ser trasladado a estas casas consistoriales y habiendo obtenido resguardos suficientes a acreditar la propiedad del Concejo en dicho objeto arqueológico que el señor Sánchez de Puerta generosamente lo donara. El otro donativo ha sido hecho en Abril último por don Juan Sánchez Cabana y consiste en 17 fragmentos de mosaicos encontrados al hacer la cimentación de una casa en la calle Sevilla.

Como archivero realizaría numerosos informes y exposiciones como la de documentos históricos con motivo de la visita del nuncio Tedeschini en 1925 o propuestas, como la de adquirir vitrinas para exponer el Fuero de Córdoba de 1241 y otros legajos de cara a la Exposición Iberoamericana. En todas las batallas culturales de la ciudad se dejaba sentir su presencia. Fue uno de los más firmes opositores a que se trasladaran a Cuzco los restos mortales del Inca Garcilaso.

Su inquietud cultural venía a contrastar con los intereses de la sociedad local. Así se entiende el lamento que incluye en un informe al alcalde de 1923:

El modesto archivero-bibliotecario que informa, es el primer dolido de que la obra de la Biblioteca popular en que puso todo su cariño y muchas horas de trabajo no llegue al fin propuesto [...] el ambiente social de Córdoba es poco propicio por desgracia a la lectura.

También en su época se acrecentaron los fondos documentales. En 1922, el señor Marqués de Valverde de la Sierra entregó un libro manuscrito con las ordenanzas de albañilería conocidas como *Ordenanzas del alarifazgo*, gracias a las gestiones de don Manuel Gómez Moreno.

En 1952 se celebró en el instituto una serie de actos para conmemorar el V Centenario de Isabel la Católica, consistentes en un ciclo de cinco conferencias (pronunciadas por Juan Gómez Crespo, Dionisio Ortiz Juárez, Andrés Bojollo, Miguel Ángel Orti Belmonte y él mismo), así como una exposición de documentos en la sala colegial de

ese centro educativo. En 1953 se encargará de organizar la exposición sobre el Gran Capitán que será inaugurada por el General Franco.

3. Obra historiográfica

Su primer libro se titula *Bajo-relieves* y es más bien una colección de relatos, algunos con base histórica, fechado en 1912, que viene a recoger muchos de sus artículos publicados en la prensa local, especialmente en *La Voz*. Al año siguiente editó un folleto de 28 páginas dedicado al tema *El centenario de las Diputaciones Provinciales*, al cumplirse los cien años de estas instituciones que tenían su origen en la Constitución gaditana de 1812. Como bien relata, será en el siglo XIX cuando se creen las provincias como órgano administrativo intermedio entre la nación y el municipio. La Diputación cordobesa quedó instalada el 18 de agosto de 1813 siendo su primer jefe político el Barón de Casa-Davalillo. Después se completó este proceso por la ley provincial de 29 de agosto de 1882. Entre sus fines destacan los relacionados con la Beneficencia, la Instrucción Pública y la promoción de las Bellas Artes.

Rey Díaz se especializará en pequeños libros de carácter conmemorativo y divulgativo. No es un especialista de grandes temas monográficos, pero cabalgará por la historia desde la antigüedad hasta el mundo contemporáneo y siempre centrado en “su” Córdoba y en los cordobeses, la ciudad que amó apasionadamente.

Sus primeras obras como historiador son *Apuntes para la historia de la Casa de Cabrera* y *Estudios biográficos*, ambas de 1913. La primera es un estudio genealógico de esta familia, analizando algunas de las personalidades más destacadas de este linaje. Lo realizó a partir de la documentación consultada en el archivo del Marqués de Viana y lo concibió como una continuación de la obra de igual título publicada en 1779 por el padre Francisco Ruano. La segunda la escribió conjuntamente con el periodista y escritor Gabriel Delgado. Se trata, según ellos afirman de

relatar, referir sucinta y brevemente la vida de los genios, de los sabios, de los héroes y de los santos nacidos en la provincia de Córdoba, nuestra madre; reunir en pocas páginas noticias de vidas y hechos injustamente olvidados; desenterrar personalidades y libros que yacen envueltos en el polvo del olvido y en bibliotecas tan silenciosas como las ruinas de nuestros antiguos monasterios.

Según indican, se dejaron guiar por la obra historiográfica del británico lord Macaulay. Los personajes de los que se ocupan son doña Leonor de Sotomayor y Zúñiga, fray Alonso de la Cruz, Marta Peralvo, fray Miguel de Medina, André Peralvo, fray Lucas Ramírez Arias, Sebastián Pérez, José de la Peña y Aguayo, fray Gerónimo José de Cabra y Martín Álvarez de Sotomayor y además anuncian que están ultimando otro libro sobre Sebastián de Belalcázar, adelantado y gobernador de buena parte de las actuales Colombia y Ecuador en el siglo XVI.

En 1916 publicó una biografía del obispo Manuel Torres, que lo había conocido en Plasencia y con el que colaboró intensamente. Este obispo puso en marcha en Córdoba un Círculo de Obreros Católicos y el periódico *La Verdad*.

Rey Díaz forma parte de la escuela de historiadores cordobeses de la primera mitad del siglo XX, pero quizás su afán divulgativo, su interés para que tuvieran un alcance pedagógico destinado a los niños y que sus trabajos apenas hayan vuelto a ser editados, es lo que ha llevado a un cierto olvido. Por ejemplo, publicará una serie de folletos titulada *Los Grandes de Córdoba*, costeada por el Ayuntamiento y destinada a los escolares. La inició en 1923 con el dedicado a la figura del Gran Capitán, que tuvo una doble versión, una para los colegios y otra para militares. La primera la tituló *El Gran Capitán* y la segunda *El Gran Capitán de los españoles*. La publicación coincidió con la solemne inauguración de la estatua ecuestre realizada por Mateo Inurria en la confluencia del Paseo con la avenida de Canalejas, si bien pronto se trasladó a la plaza de Cánovas (actual Tendillas). En 1953 volvería sobre el tema, a petición del alcalde Antonio Cruz Conde, para la revista *Ejército*.

En 1923 realizó un estudio del obispo Caballero y Góngora, utilizando documentación del Archivo de la Catedral y del Archivo de Indias. Se trata de un eclesiástico que ocupó cargos tanto civiles como religiosos durante el reinado de Carlos III. Fue, entre otros, arzobispo de Santa Fe y virrey del Nuevo Reino de Granada. Allí desarrolló un amplio programa de reformas como un claro ejemplo del Despotismo Ilustrado, y además tuvo que hacer frente a la rebelión de los comuneros en la actual Colombia que se habían levantado contra la subida de impuestos motivada por la participación de España en la Guerra de los Siete Años entre Francia e Inglaterra. Con este trabajo ganó un certamen de investigación convocado en Priego de Córdoba.

El segundo de la serie es de 1926 y lo dedicó a Osio. Se trata de un texto muy grato para un católico ferviente como él, que busca en el personaje del obispo, nacido en el año 256, las raíces de la iglesia cristiana en estas tierras. Osio, que vivió más de cien años, padeció el martirio y el destierro por manos de los romanos y fue el artífice del Concilio de Nicea. Precisamente, cuando en la década de los cincuenta, don José María recibe el encargo de rotular las calles del barrio de Cañero, pondrá este nombre del Concilio a una de ellas. Nos cuenta también los pormenores de las celebraciones que tuvieron lugar y la colocación de la estatua en la plazuela de las Capuchinas donde aún hoy se conserva.

En 1927 participó en los actos de homenaje a Don Luis de Góngora y Argote con motivo del tercer centenario de su muerte, siempre con la finalidad de que los alumnos de las escuelas cordobesas tuvieran una noción clara del más importante escritor local de todos los tiempos⁶. Además publicó un folleto titulado *Don Luis de Góngora y Argote* estructurado en varios apartados. En primer lugar, realiza una rectificación de la genealogía de Góngora, para continuar con un estudio de la influencia del erasmismo en su obra, el padre del poeta, su infancia y su estudios, los días en la Corte, la penurias vividas, el testamento, el entierro, sin menoscabar una recopilación de la obra gongorina y las citas a Córdoba en la obra del poeta. Rey Díaz cita en sus estudios sobre el poeta cordobés un trabajo de su amigo Antonio Jaén Morente, titulado “Lugares gongorinos” que no hemos podido localizar. Además, el acercamiento a Góngora le sirve para definir lo que él entiende por poesía: “El verso, la poesía, es el lenguaje medido que suena como música, deleita a quien lo lee y a quien lo escucha, conmueve el corazón. Quien escribe en verso y lo hace con elegancia, ese es un poeta”.

En Córdoba se realizaron varios actos: una serie de conferencias y actividades culturales organizadas por la Academia, recitales en los pueblos de la provincia, ediciones de antologías gongorinas y la presencia de personalidades como Miguel Artigas, Andrés Ovejero, Mariano Bacarisse y Antonio Jaén Morente. Todo culminado con unas honras fúnebres en la Catedral, en la capilla en la que se encuentra enterrado el poeta. En todos estos actos, él estuvo presente, tal y como escribió Artigas: “Rey, organizador y diplomático”.

⁶ ARTIGAS, Miguel, “El Centenario en Córdoba”, *La Gaceta Literaria*, año 1, num. 11, Madrid, 1927.

En 1928, junto con José de la Torre y del Cerro, publicó *La industria de la seda en Córdoba*, premiado en el certamen de la Comisión de la Seda.

Servíamos a nuestra madre Córdoba procurando que su nombre en estas cuestiones no faltara nunca junto a los de las ciudades que ganaron su fama de laboriosas produciendo en el terno y en el telar los viejos damascos, terciopelos y rasos famosos y estimados en los mercados de uno y otro mundo.

El estudio de la industria sedera, tan importante en Córdoba, durante los siglos XVI y XVII, se basa en las Ordenanzas municipales y en el análisis de otras vicisitudes de los gremios de tejedores, constatando el pernicioso efecto del microclima local en el cultivo de las moreras, que a la larga terminaría arruinando tan próspero negocio. Con las ordenanzas gremiales para la elaboración de las prendas se adentran en la confección de las tocas femeninas, los terciopelos, damascos, rasos, tafetanes y fustedas. En el siglo XVI Córdoba logró establecer una potente industria sedera en sus diversas manifestaciones que adquirió fama por la excelente calidad de los productos, y eso a pesar de tener que importar la materia prima de Granada y Murcia; pero en el siglo XVII entró en una honda decadencia de la que ya no se recuperó. Ya unos años antes, entre 1922-1923, Rey Díaz había colaborado con el alemán A. Thissen en el libro *Geschichtliches aus der Aachen Nadelindustrie*, Cornelius Chorus que se ocupaba de los agujeteros cordobeses y del tipo de aguja de tejer denominada cordobesa.

En 1929, al erigirse una estatua al Duque de Rivas, publicó el folleto titulado *El duque-poeta*, y de nuevo nos muestra su gusto por la poesía:

Bien sabes lo que son los versos y que solo merece el nombre de poeta quien acierta a componerlos con elegancia suma, haciendo que las palabras suenen armónicamente, como música [...] y recuerda que componiendo versos se puede alcanzar la fama y con la fama la gloria y la inmortalidad que éstos conquistaron.

Ese mismo año, con motivo de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, publicó *Los que fueron a América*, donde se ocupaba de cuarenta y ocho personajes vinculados con la empresa americana, entre otros destacan Beatriz Enríquez de Harana, la amante de Colón y madre de Hernando Colón (otro cordobés poco conocido en su tierra); de

Juan de Áyora, Pedro de los Ríos, fray Pedro de Córdoba, Francisco Hernández de Córdoba, Sebastián de Belalcázar, hasta una treintena más de cordobeses vinculados con la conquista y evangelización del Nuevo Mundo, así como una referencia a las ciudades que en América llevan el nombre de Córdoba, para concluir con esta patriótica pregunta:

¿Podrá negarse, después de saber todo esto, que Córdoba, tu amada ciudad natal, ayudó como lo mejor y por medio de sus hombres al noble esfuerzo logrado providencialmente por España, de llevar su lengua, su fe, sus leyes, sus costumbres y todo su ser, al extremo mundo descubierto al otro lado del Atlántico?

Y la respuesta: “Niño cordobés, celébralo y enorgullécete”.

El último folleto de la serie es *Julio Romero de Torres (lectura para niños)*, realizado en noviembre de 1931, coincidiendo con la apertura del museo dedicado a su obra, lo que constituyó un gran acontecimiento político y cultural en la ciudad. Se pudo contar, para el acto de inauguración, donde Jaén Morente pronunció un discurso, con la presencia del Presidente de la República, Don Niceto Alcalá Zamora.

En 1930 publicó una nueva edición de su obra *Historia de Córdoba*, justo cuando Antonio Jaén estaba preparando una nueva versión de su *Historia de Córdoba*, la cual, para Rey Díaz, era una obra de continua referencia, aunque él solo aspiraba a adaptarse al público infantil. En 1957 se intentó sin éxito una nueva edición y lo mismo ocurrió en 1964, cuando el Ayuntamiento se lo planteó de nuevo, pero no se llevó a cabo, si bien, con fecha 2 de junio de ese año, se dirigió la siguiente carta desde el municipio a los directores de los colegios de la localidad:

Le recuerdo, como ya tiene conocimiento de ello, que el próximo día 10 del corriente, termina el plazo para la presentación de dibujos del Concurso convocado entre la población escolar de Enseñanza Primaria de esta capital, para ilustrar la *Historia de Córdoba*.

Es un libro dedicado a los niños/as de la escuela primaria cordobesa, pensado para servir de texto complementario de lectura, para dar a la enseñanza “alto tono patriótico”.

Desde que se proclamó necesaria en la escuela la enseñanza de la Historia local, buscamos un buen molde didáctico en que vaciar la gran síntesis de la vida pretérita de Córdoba, pensando en lo mucho que importa al niño –agente espontáneo de la Historia que en el día se va construyendo– conocer, siquiera sea como antecedente, el pasado de su pueblo; creyendo que le interesará cortar las capas y ver a través de las cortezas del tronco robusto, así como descubrir las profundas raíces del viejo árbol de que hoy es él rama nueva y lozano brote.

Cada capítulo consta de un cuestionario, ilustraciones y ejercicios. El libro culmina con la propuesta de leer capítulo por capítulo la *Historia de Córdoba* de Antonio Jaén Morente. En la prensa local apareció este comentario elogioso: “lleva el sello inconfundible de Pepe Rey, valor positivo en la recia estirpe intelectual cordobesa; amplio, generoso y de sentido corazón...”

Probablemente ya hubo una edición en 1927. Se estructuraba en veinticinco capítulos, de los que destacamos algunos: “Tu tierra y su historia”, “La ciudad, madre nuestra”, “La Mezquita única”, etc.

En 1932, publica en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba* (BRAC) el artículo “Bibliografía de Carlos Rubio”, que recoge su intervención en un acto de la Academia promovido por don José Manuel Camacho Padilla, con motivo del primer centenario de la muerte de este político y periodista poco conocido en su Córdoba natal, el llamado “periodista bohemio que no ha logrado nunca, ni en sus días ni después por parte de Córdoba, el aprecio merecido”. Era un poeta, cuentista, historiador, periodista y político. Su selección bibliográfica abarca unos veinte títulos y 71 fichas con artículos periodísticos. Su objetivo es de nuevo que sea conocido y leído por los alumnos del instituto. Además, el momento que se estaba viviendo, la II República, era quizás el más idóneo para recuperar a este progresista que nació en Córdoba en 1831 y falleció en Madrid en 1871, llegando a ser secretario de Prim y autor de *Historia filosófica de la Revolución*:

Carlos Rubio para las agrupaciones políticas en que bulle la juventud de hoy, prototipo de aquella antigua gravedad española que hacía hombres cabales y perfectos caballeros de los mozuelos de 20 años, batalladores en defensa de altos ideales [...] decidido amigo del pueblo, tenaz defensor de la libertad, un hombre que dijo: “Yo amo a mi patria, a España, como se ama a una madre desgraciada, y mis únicos deseos, mis únicas aspiraciones se cifran en la esperanza de que mi patria prospere y viva feliz”.

Este artículo contrasta con el que publicó también en el *BRAC* de 1960, que era la continuación al discurso de ingreso en la institución del canónigo don Narciso Tibau Durán. En este se muestra acorde con los parámetros ideológicos del franquismo, quizás como uno de tantos españoles de la época, y así, al hablar del canónigo nos dice: “Sus fervores patrióticos por la causa de la España nacional, no solo le hicieron fuerte ante los antipatria”.

El discurso del obispo versó sobre el sínodo celebrado en Córdoba en 1520 por el obispo Alonso Manrique en la capilla de Villaviciosa, dentro de la Mezquita-Catedral. En el de contestación, don José María traza en primer lugar un paralelismo con el Concilio Vaticano II que por impulso del Papa Juan XXIII se estaba celebrando en Roma en ese momento, y luego nos ilustra sobre los enfrentamientos en el siglo XVI entre el cabildo municipal y el obispo, cuando los regidores querían que sus opiniones fuesen tenidas en cuenta en el sínodo y el obispo no cedía. La disputa alcanza su cenit cuando don Alonso decide construir el crucero que hoy alberga la catedral renacentista, pues desde el municipio se llega a decretar la pena de muerte para quien ose derribar las arcadas musulmanas de la primitiva mezquita y el dignatario eclesiástico, a su vez, decide excomulgarlos. Rey Díaz defiende el punto de vista del obispo Manrique, pues se logró dar al altar mayor más digna posición, colocando al Señor de este edificio y hacerle presidir todo el conjunto; pero nunca llevado del propósito de destrucción de parte de un monumento singular y único en el mundo. Y además afirma que esta construcción es la que había permitido preservar la Mezquita.

4. En el Tribunal Tutelar de Menores

Entre 1923-1931 desempeñó el puesto de secretario de la Junta de Protección a la infancia y prevención de la mendicidad en Córdoba, ocupándose de organizar el refugio nocturno de mendigos que pululaban por las calles de la urbe, acogiéndolos en un local sito en la plaza de los Santos Mártires, anexo al antiguo Alcázar, donde por iniciativa del gobernador Atienza y Fernández se estableció

una Casa-refugio donde los desvalidos y caminantes que por Córdoba cruzan en busca de trabajo, o impulsados por los vientos de la desgracia, hallasen cobijo en las noches- [...] ofreciéndoles reposo para sus cuerpos extenuados por el hambre y por la fatiga,

paz de unas horas para sus espíritus y tregua en sus andanzas y pesares.

Todo ello en unos momentos en que la crisis económica golpea duramente, el paro aumenta y la República no ha tenido aún tiempo de desarrollar un programa de reformas sociales. Son tiempos nuevos para Rey Díaz, a quien le cuesta ver más allá de sus planteamientos cristianos y por eso el 15 de agosto de 1931 dimite como miembro de la Junta de Protección antes citada.

En la inmediata posguerra ocupó los cargos de vicepresidente y presidente del Tribunal Tutelar de Menores, al que llega como un exponente de su catolicismo y su humana condición de bondad y preocupación real por la infancia desprotegida. Escribió en 1958 un “librito” de 44 páginas, titulado *Génesis de la corrección de menores, en Córdoba* con motivo de la XVIII Asamblea de la Unión Nacional de Tribunales de Menores, donde nos traza una sinopsis histórica de la atención a los niños desfavorecidos en su ciudad desde la Edad Moderna, las numerosas obras pías y benéficas vinculadas con la Iglesia Católica, Ayuntamiento, Diputación y aristócratas, como la Marquesa del Mérito. A través de él nos da prueba de su interés por estas cuestiones sociales. Ya en 1906 se mostró en contra del reformatorio existente dentro de la cárcel, sita en el Alcázar, mediante una serie de artículos de denuncia en el periódico *La Voz*: “No se podía consentir que en una nave de 60 metros de largo, sin sol, sin higiene, sin espacio vital, se internasen juntos a todos los menores delincuentes de una extensa comarca provincial” y en su lugar pide “un edificio nuevo y por un régimen familiar basado en la instrucción, en el trabajo y en la educación moral y religiosa”.

La polémica periodística convenció a la opinión pública de la necesidad de un nuevo reformatorio y además encontró apoyo en varios magistrados y funcionarios judiciales, de tal forma que por fin, en 1941, se creó el Tribunal Tutelar de Menores de Córdoba presidido por el ex alcalde Pedro Barbudo, y se erigió la Casa Tutelar de San Rafael.

5. Casas cordobesas: el Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso

Se trata de un texto inédito de 26 páginas mecanografiadas dedicadas a este monasterio y probablemente relacionado con el discurso de

contestación al de ingreso en la Academia cordobesa de don Juan Gómez Crespo titulado “Los Jerónimos de Valparaíso” pronunciado el 8 de junio de 1946 y publicado en 1947.

El tema no era nuevo en la historiografía local, pues ya en 1908 Antonio Jaén Morente le dedicó su tesis doctoral bajo la dirección de Rafael Altamira con el título de “El valor artístico del Monasterio de san Jerónimo de Valparaíso de Córdoba”, defendida en la Universidad de Madrid. Se trataba de un auténtico alegato conservacionista de este importante conjunto patrimonial enclavado en las faldas de Sierra Morena y contiguo al yacimiento arqueológico de Medina Azahara, así como un estudio de su devenir histórico a partir de la escritura de donación de tierras en las que está enclavado fechada en 1405. Dando a conocer este conjunto arquitectónico, magnífica muestra del gótico ojival y del plateresco, así como de las modificaciones barrocas de los siglos XVII y XVIII, Antonio Jaén utiliza su tesis para combatir el llamado sentimiento de decadencia de Córdoba y además manifiesta su predilección por la época califal, en contraposición con el pensamiento dominante en la ciudad: “debemos a la brillante civilización árabe nuestros mejores días”.

Mientras que tanto Juan Gómez Crespo como José María Rey Díaz conocen y citan a Jaén Morente, todos los demás historiadores que se han ocupado del tema parecen desconocer tan importante tesis aún hoy lamentablemente inédita, aunque nos consta que se está tratando de editar. La relación de Jaén Morente con los marqueses del Mérito se acrecentaría con el paso de los años. Sabemos que el político republicano salvaría a la familia aristocrática de una muerte segura en el Madrid rojo y que en la posguerra mantendría relación epistolar con don Juan de Borbón, a través de Ricardo Mérito, duque de Algeciras.

Rey Díaz, en su discurso de contestación, alude a la compra del monasterio por los Marqueses del Mérito en 1912

para salvarle de un acabamiento que ya se creía inevitable [...] adaptado el monasterio a la vida palaciana de una familia principal [...] recuerdo más veraz de aquel verdadero baluarte de antiguas grandezas que habla todavía de ascéticas vidas, de rigideces de observancia, de aposentos reales, como de trabajos de azada.

El texto de Rey Díaz, que se incorpora como apéndice al final de este trabajo, no es una mera descripción histórica sino una recreación poética del conjunto monacal.

6. Conclusiones

En Córdoba floreció en la primera mitad del siglo XX una pléyade de historiadores en la que destacan nombres como Antonio Jaén Morrente, Vicente y Miguel Ángel Orti Belmonte, José y Antonio de la Torre y del Cerro, Enrique Romero de Torres, Samuel de los Santos Gener, etc. En ella ocupa un lugar destacado José María Rey Díaz, un hombre laborioso y enamorado de Córdoba, su ciudad natal, que hoy quizás lo haya olvidado un poco y por eso a él hemos dedicado este estudio, pues sigue vivo el fulgor que desprende la memoria de estos hombres que tanto hicieron por esta urbe milenaria.

Justa memoria a todos estos hombres que honraron a Córdoba y que sus nombres no los oculte el silencio.

Fuentes documentales para su estudio

Archivo Municipal de Córdoba (AMC), Correspondencia y papeles del archivero y bibliotecario José María Rey Díaz. Cajas 4400 y 2991.

AMC, Libro de actas de la Comisión Gestora, 1937, Caja 0152.

Archivo Histórico Provincial de Córdoba (AHPC), Fondo Romero de Torres, Caja 21.

Obras del autor

Bajo-relieves, colección de artículos, prólogo de Gabriel Delgado, Imprenta *El Defensor*, Córdoba, 1912.

El obispo de Orense Quevedo Quintana, Imprenta *El Defensor*, Córdoba, 1912.

El Centenario de las diputaciones provinciales, Imprenta *El Defensor*, Córdoba, 1913.

Apuntes para la historia de la Casa de Cabrera, Imprenta *El Defensor*, Córdoba, 1913.

Notas biográficas del Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Don Manuel de Torres y Torres, Obispo que fue de Plasencia, Imprenta del Patronato Social de buenas lecturas, Córdoba, 1916.

Compendio historial de la ciudad de Córdoba, Imprenta Moderna, Córdoba, 1917.

Archivo particular, “Los Ponce de León y los Fernández de Córdoba”, trabajo manuscrito.

Archivo particular, “La evolución de la enseñanza primaria en Córdoba”, texto manuscrito probablemente de 1918.

AMC, “Padrón de nobles de Córdoba (1521-1556)”, texto mecanografiado, 1918.

AMC, “Padrones cedularios de Córdoba”, memoria mecanografiada, 1921.

AMC, “Expediente de limpieza de sangre de don Juan Castilla Aguayo”, trabajo manuscrito, 1922.

El Gran Capitán de los españoles, Imprenta Moderna, Córdoba, 1923.

El Gran Capitán, Imprenta Moderna, Córdoba, 1923.

“Contestación al discurso de ingreso de Don José de la Torre y del Cerro sobre La familia de Miguel de Cervantes”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba (BRAC)*, Córdoba, 1923.

“De la fiesta literaria celebrada para honrar la memoria del Gran Capitán”, *BRAC*, num. 6, Córdoba, 1923, pp. 13-17.

“Una figura de relieve en la historia de Córdoba: Don Antonio Caballero y Góngora, Arzobispo Virrey de Nueva Granada”, *BRAC*, num. 5, 1923, pp. 5-23; *BRAC* num. 4, 1923, pp. 63-83; *BRAC* num. 24, 1923, pp.101-113.

Osio, Tipografía Artística, Córdoba, 1926.

“La industria de la seda en Córdoba” (en colaboración con José de la Torre y del Cerro), 1928. Publicado un resumen del mismo en *BRAC*, Córdoba, 1930.

Don Luis de Góngora y Argote, Córdoba, 1927

“Un programa de trabajo sobre Góngora y su obra”, *BRAC* num. 18, Córdoba, 1927, pp. 227-236.

Los que fueron a América, Tipografía Artística, Córdoba, 1929.

El Duque-poeta, Tipografía Artística, Córdoba, 1929.

Julio Romero de Torres. Lectura para niños, Córdoba, 1930.

“La industria de la seda”, *BRAC* num. 27, Córdoba, 1930, pp.167-172.

Instrucciones para la celebración y práctica de actos civiles, Tipografía Artística, Córdoba 1920, 1930.

Historia de Córdoba contada a los niños, Córdoba, 1930. Otra edición en 1999.

“Memoria sobre el refugio nocturno de mendigos”, texto mecanografiado, 15 pp., Córdoba, 1931.

“Bibliografía de Carlos Rubio”, *BRAC* num. 34, Córdoba, 1932, pp. 27-36.

Una gloria española: Don Juan Valera y Alcalá Galiano. Ilustre polígrafo español, nacido en Cabra, Imprenta Manuel Cordon, Cabra, 1932, 16 pp.

Novena a la Virgen del Socorro, Córdoba, 1940.

“El nomenclátor urbano de Córdoba, en sus orígenes”, Real Academia de Córdoba, conferencia de inauguración del curso 1940-1941.

“Casa primera de los Rojas de Córdoba, Lucena y Antequera”, 1940, trabajo mecanografiado, AMC.

“Los pontanenses y la Casa de Aguilar”, conferencia en Puente Genil, 1943, texto manuscrito, colección particular.

“Córdoba en días de Imperio. Dos figuras de mujer que cruzan por su Historia”, conferencia en la Real Academia de Córdoba, 5 de noviembre de 1938.

“Lo que vimos en Priego un domingo de Jesús”, *Diario Córdoba*, 1944.

“Contestación al discurso de ingreso de don José Navarro Tomás”, *BRAC* num. 48, 1944, pp. 37-50.

“Don Emilio Luque”, *BRAC* num. 53, 1945, pp. 131-138.

“Discurso de presentación de don Rodrigo Castaños Oller”, *BRAC* num. 55, 1946, pp. 74-84.

“Córdoba, la ciudad española que mejor guarda el recuerdo vivo de los musulmanes”, 1946, memoria de la visita del Instituto Luis de Góngora al Protectorado Español de Marruecos, 3 pp.

“Contestación al discurso de don Juan Gómez Crespo sobre Los Jerónimos de Valparaíso”, *BRAC*, 1947.

“Las casas de Córdoba. Los Jerónimos de Valparaíso”, 1946-1947, trabajo mecanografiado, 26 páginas, archivo particular.

“El Colegio de la Asunción de Córdoba. Obra de siglos”, 1947, Instituto Luis de Góngora, ed. 1997, Córdoba.

“Predilección de Isabel por nuestra Córdoba”, conferencia en el Instituto de Córdoba, 1952, texto manuscrito, colección particular.

“Las Caballerizas Reales de Córdoba”, texto manuscrito, colección particular.

“Informe a la Real Academia de San Fernando sobre los monumentos cordobeses”, texto manuscrito, colección particular, 1953.

“Bodas de oro de la restauración de la iglesia de San Pablo”, Córdoba, 1953, 4 pp.

“El caballero versificador”, *Adarve*, num. 204-205, Priego de Córdoba, 1956.

“Génesis de la corrección de menores en Córdoba”, 1958, memoria presentada a la XVIII Asamblea de la Unión Nacional de Tribunales de Menores, Córdoba, 1958, 44 pp.

“Osio de Córdoba, príncipe de los concilios y consejero imperial”, *BRAC* num. 79, 1959, pp. 337-339.

“Contestación al discurso de ingreso del canónigo Narciso Tibau el 12 de enero de 1960”, *BRAC* num. 81, pp.34-52.

Estudios biográficos (Hijos ilustres de la provincia de Córdoba), Gabriel Delgado y José María Rey Díaz, Ed. Extramuros, Mairena del Aljarafe, 2008, edición facsímil de la primera realizada en 1913.

“El Obispo Caballero, un prieguense en América”, con Manuel Peláez del Rosal, *Estudios sobre historia y arte de Priego*, 159 pp., 1989.

APÉNDICE

Descripción de San Jerónimo por José María Rey Díaz

No es despropósito catalogar ahora entre las 'Casas notables' de Córdoba, el edificio cenobítico. Si antes fue Casa de Dios, Casa de Oración, Casa de perfección de vidas religiosas, hoy es estancia de asiento, de residencia muy continuada, de quienes, por juro de heredad, vienen en posesión de ella al tiempo que del buen gusto y del acierto insuperable de persistir en acomodarla a su destino nuevo de vivienda civil, sin que pierda su carácter pretérito de mansión monacal.

Ciertamente es este el sentido valor que el histórico inmueble, mancha rosácea engastada como una gema en el retablo verdinegro de nuestra sierra, brinda a los ojos y a los espíritus de sus visitantes: junto al honor, utilidad y misión de Casa palaciana, el aspecto secular de viejo convento, servicio de aposento suntuoso, cómodo y confortable, sin trueque de la traza y del ambiente de monasterio medioeval evocador y magnífico.

El lugar manda. Su fama y su belleza explican los hechos.

Moros y cristianos, prefirieron este valle entre los demás de la orla montuosa de la ciudad.

Cerca de él, tendrán sus cubículos los eremitas visigodos que, en la soledad y el silencio de los recovecos de la roca, escondieron sus cuerpos mortificados, buscando paz para la meditación.

Hasta estos alrededores alcanzó 'Córdoba la vieja' de los musulmanes; y aquí mismo, en la ladera, poco más debajo de estas faldas, fundó Al-nassir el Califa de largo reinado, su ciudad emporio de arte, para regalo y descanso propio o para el de su preferida Azahara.

En este plano en que ahora hacen su habitación los Marqueses del Mérito, frailes del Císter, traídos cuando la Conquista por el Señor rey Don Fernando el Tercero, fundaron con él, un primer monasterio, que en su nombre de Valparaíso, llevó diluido, afianzando su actualidad, el recuerdo de lugares y circunstancias del natalicio de aquel Monarca predestinado para santo.

Aquí, más tarde, sobre las ruinas de la Casa cisterciense, y con aprovechamiento de los despojos de la malograda Medina Azahara, levantó fray Vasco de Sousa, ayudado de una gran dama munífica, el magno edificio que, en cuatro siglos largos albergó, lejos del ruido de los hombres, a los monjes blancos y pardos que buscando a Dios, le ala-

baban de continuo con solemnes cantos de Oficio Divino, alternados con trabajo manual, castigo de los cuerpos para redención de las almas del vasallaje de la materia.

Estuvo aquí, entre las paredes de este Convento el digno y apropiado albergue Real, en días en que posaron en Córdoba los más altos personajes de la Historia; y uno fue, Enrique IV cuando vino a desposarse con Juana de Portugal bajo las bóvedas catedralicias; y otro Doña Isabel, 'la única', en etapas en que la deleitosa quietud de estos claustros jeronimianos le brindara serenidad para su meditación sobre planes de ganar a Granada o de divisar los nuevos caminos por donde ir a remotos Mundos a evangelizarlos; y otro el gran austero Don Felipe II, que quiso alejarse de su Corte y hacer aquí retiro espiritual en los días santos de la Semana Mayor de 1570; y otro también, el penúltimo de los Austrias, cuarto de los Felipes de España, que igualmente se acomodó en San Jerónimo en su visita a Córdoba por el año de 1624.

Anidó aquí, en todo tiempo el alma aristocrática, la nobleza heredada. Madre del Alcalde de los Donceles y abuela del linajudo Obispo Solier era Inés de Pontevedra, la gran señora que terrenos y riquezas para hacer posible la instalación en este paraíso de la españolísima Orden Jeronimiana. A la campana de esta portería llamó con mano tímida una mañana el joven imberbe Don Gonzalo de Córdoba, entonces futuro Gran Capitán invencible, para pretender la cogulla, si bien el Prior lo despidiera decidido, asegurándole destinos más altos. Aquí se reunieron en santa observancia... [falta el folio número 5 en el original].

Museo, sí pero en vivo, de las costumbres y la vida aristocrática, y pregón perenne del decoro externo que corresponde a la elevada situación social de sus nuevos moradores [...]

Todo en este Real Monasterio sigue, como en tiempos, preñado de emociones; todo proclama aún la interesante historia religiosa: el Arco de acceso rotulado; el patio silente donde unas palmeras vivas hacen guardia en silencio al hastial de fachada muerto, a su discreta y armoniosa portada gótica; el campanario inhiesto desde donde los broncees derramaron sus notas alegres por el ámbito de las colinas, del valle y de la vega anunciando con repiques las fiestas del Señor; la iglesia sin techumbre pero, cobijando bajo la bóveda nervada del Coro, los dos Santos Jerónimo y Ambrosio que asoman por las ménsulas sus testas dignificadas y que son como los testigos que aún recuerdan las salmodias de las Horas canónicas, día y noche cantadas por muchas gargan-

tas adiestradas para el laude solemne, digno del Altísimo; el recio claustro mudo, en el que las incontables nervaduras de piedra van a buscar falso apoyo en la muralla lisa que lo encuadra y son como brazos pétreos que cruzan sus manos implorantes, en alto, o como arcos de un pecho que se infla orgulloso de su misión siempre cumplida; y el mudo patio, ecuación de recias ojivas, arriba coronadas del antepecho fino de la claustrilla y abajo calzadas de los entrepaños que reviste bella y antigua azulejería y desde arriba abajo o desde abajo arriba, protegido del repostero verde de la yedra viva que forma su tupida colgadura, todo por gala de la sencilla fuente que preside aupándose en la grada del centro, y de los viejos bojes que festonean el suelo mientras cumplen de continuo su tarea de dar perfumes al ambiente.

Todo parece en San Jerónimo de Valparaíso, que aún habitan en él sus pobladores antiguos y cualquiera creará presenciar el ir y venir de los encapuchados, de las celdas al templo, al refectorio o a la huerta, sin perder en ninguno de estos lugares la ruta fija que les señala en todos los instantes la cruz de palo que en la altura de la cal se recorta como un aviso. La sala Capitular les espera, iluminada por el bello ajimez que se abre diáfano sobre el país mostrando el gran tablero de la campiña por la que la vista se alarga hasta Sierra Nevada. En la pieza están las cosas tocadas de actualidad: a los flancos, los poyos para incómoda estación rígida pero evangélica de los claustrales; al fondo, la figura, la figura en talla polícroma del penitente de Belem, cubierto con Capello, libro en mano, en perenne lectura inacabable y como presidiendo el capítulo; multiplicada iconografía del mismo Santo, traída de varios sitios, está encajada en las molduras decorativas para ilustrar el muro; ciriales y faroles y lámparas parecen dispuestos como para sustituir la luz del sol; facistoles de hierros retorcidos, sostén de mamotretos; mesa y asientos frailerios; avíos de escribir, al modo antiguo; sitiales coronados del 'Tanto monta' como si hubiese de asistir a la deliberación la Realeza; arco apuntado o abertura de salida a la pieza contigua, que cierra una primorosa cancela, de encaje fino, solución de un teorema de hierros de espetera que mantiene aislada y translúcida la estancia donde parece que son todavía deliberados en concilio los graves problemas del momento.

No acuden ya, a campana tañida, al Refectorio ni monjes ni novicios ni donados o legos; y sin embargo está todo dispuesto cual si la pitanza les estuviese aguardando; desde el aguamanil donde se han de lavar los dedos a la salida y a la entrada, hasta los platos de peltre, supervivientes en la repisa; desde el gran cuadro frontero que repre-

senta el yantar más sublime y transcendente que tuvo lugar en la tierra siendo cosa de cielo, la Cena del Jueves de Parasceve, hasta los altos púlpitos, desmesuradamente altos, y también de hierros finos, blonda de bordadores o de plateros más que trabajo de cerrajería, desde donde cayeron tantas veces, desgranadas en lecturas, las vidas de santos humildes y mortificados, o los textos sagrados escogidos para ahuyentar en los frailes, mientras la comida, los deleites del olfato y del gusto.

No sirve ya la Sala del 'De Profundis' estancia a la que abre el Refectorio su puerta principal, para rezar por los difuntos, dando vueltas alrededor de sus paredes, antes de entrar a refección; pero aquí está, llena de paz y de silencio, bañada de suave luz filtrada desde muy arriba por la lumbrera de su cimborrio.

No hay ya frailes que se descuiden y puedan faltar a las Reglas, y el 'in Pace' se conserva en el nombre y en el lugar —aunque traspuesto— con sus rejas fuertes de encierro y castigo como en los días en que sirviera de aislada celda de reflexión.

No se dedican ya las nueve celdas del claustro alto, de puertas signadas con palabras del Credo y nombres de Apóstoles, para el retiro de los buenos Padres del blanco sayal y de escapulario y capa parda, lugar de reposo de sus cansados cuerpos y de rumia provechosa de verdades eternas; ni está la Reina Isabel en su aposento, usando de los Breves Pontificios que para ella levantaron la prohibición de entrada de mujeres en el Valle; ni se utiliza ahora el gran cuenco de azófar que para baño pediría varias cargas de agua y para brasero varias haldas de cisco; ni el lecho de la Señora aparece descompuesto ni utilizado; ni tampoco la cama que usó el Rey fundador del Escorial en las piezas de su aposento, contiguas al Coro, ofrece huella de cuerpo que en ella haya yacido y sin embargo se dijera ante el lecho torneado a la manera italiana, ante su dosel o baldaquín, junto a la larga palmatoria dispuesta a la iluminación nocturna de la estancia, que todo está a punto y aderezado porque la bisabuela o el bisnieto bien pudieran volver cualquier día, de modo inesperado, ganosos de gustar de la quietud del remanso, del silencio y la paz que sigue brindando el alto valle a los augustos señores que aquí posaron. O que, al cabo de los siglos conservan reservado el honroso hospedaje.

Ni patio, ni fachada, ni iglesia, ni campanario, ni coro, ni claustros, ni Refectorio, ni celdas, ni cuarto de Reyes, ni huertas ni banales, ven ahora a los Jerónimos de Valparaíso rezar y cantar y cavar con la azada la tierra, ni meditar sobre las hojas del libro devoto, ni apuntar ren-

tas patrimoniales sobre el de Becerro, ni ordenar manuscritos en la Librería ni pasar cuentas del Rosario. No se habla ya en las horas de asueto de banderías entre los de Don Pedro y los de Don Enrique; ni cascabelean las mulas de la carroza episcopal, trayendo al Obispo angustiado y fugitivo a resguardarse aquí mientras dura el castigo del entredicho; la ciudad sin ceremonias ni sacramentos; no vive ya el monje fundador; ni favorecen los planes conventuales las señoras viejas de la aristocracia aunque ni a ellas ni a las mismas Reinas, les sea permitido poner el pie en el Convento ni en el valle; no se cantan los himnos y jaculatorias de continuo, ni se ven humildes postraciones y humillaciones a las horas de las comidas; ni chascan periódicamente sobre las carnes de los frailes látigos de disciplina; no se cuece en la galería de los hornos, el pan para los hambrientos que acuden a la puerta; no asisten enfermos en la hospedería con sopa y con medicinas; ni funciona la botica; no hay reparto de limosnas ni ahora se escriben pergaminos miniados, ni se encuaderna, ni se bordan casullas y dalmáticas al gusto Guadalupense. Tampoco se custodian y guardan ya, durante las guerras, las joyas, los documentos o los tesoros de los Monarcas como en tiempos que daba seguridad el lugar, el respeto a lo sagrado.

No se ven ni a Fray Vasco cargado de años que pasaron con mucho de ciento; ni a fray Martín, pío y llano; ni a fray Luis de S. Gabriel, el de la buena voz; ni a fray Antonio de Hinojosa el que desanimó al Gran Capitán; y sin embargo en el monasterio y en todas sus dependencias seculares la vida cenobítica tiene todavía actualidad maravillosa. Se percibe aquí, ahora, un milagro de supervivencia, y cuando el visitante cruza los claustros y se detiene en las piezas, y pasa los dinteles de cada estancia, saca la conclusión de que para entrar el edificio en su uso civil no perdió nada del eclesiástico que antes tuviera, la utilización actual como vivienda de familia aristocrática no excluye la posibilidad de evocar a los monjes que aquí han vivido y muerto loablemente; antes bien, el visitante si es español y católico, paladeará el misterio; en los ángulos, en los nichos, en las ojivas de este Convento ha debido quedar escondida el alma de una España imperial y mística, tal y como en Yuste, tal como en la maravilla escurialense. Es que el lugar es el mismo, hoy que ayer; lugar remoto, ajeno a ruidos del poblado y el paso de los hombres. Se ha perdido la integral observancia de los monjes, pero la paz, que es del paraje, subsiste como entonces; el silencio y el perfume, son los mismos: es el mismo el panorama; estos de hoy, los bancales de ayer, de una misma tierra labrantía. Aho-

ra como antes, tienen estas piedras del Monasterio Jerónimo la dulce y paciente perennidad de lo eterno, de las cosas de Dios. Ni la perdieron, ni se debilitó con el destino nuevo, pues que la vida palaciega ni ha puesto ruidos en el lugar, ni ha suprimido ninguna de sus excelsas cualidades naturales. Hoy lo mismo que ayer; el edificio que prestó un retablo para que se movieran en él, personas principales: monjes y Reyes, bienaventurados y cortesanos, obispos y guerreros, siente hoy las pisadas de los que llevan sangre noble, de los que descienden de héroes y de ganadores, de los que saben tener conciencia de cuanto pesa su pasado. La obra de fábrica que recibió regias visitas, sigue siendo visitada todavía por aristócratas de la sangre o del talento y por viajeros de todas partes. Cuando en su ámbito se hizo el silencio de las voces de hombre que empleaban ocho horas cada día en laudar al Señor, siguió el agua cantando en el fluir constante del venero y la fuente: y los pájaros, desde los árboles, siguieron ocupados cuando ya no podían hacerlo los Jerónimos, en la alabanza de quien los crió.

Ha sido de gran acierto cuanto para acariciar y defender esta inapreciable parcela de Historia de España han hecho sus dueños y moradores. Viene siéndolo, desde el año de 1912 en que lo salvó de la ruina la ilustre cordobesa que, de por vida quiso alquitarar el honor de llevar vinculado a su nombre el título de Marquesa de Valparaíso, restaurando la alhaja que era marco de episodios religiosos y civiles, al par que presea de su propia grandeza nobiliaria.

No pudo ofrecer novedad el trueque en vivienda de aristócratas, de la vieja mansión monacal. Lo difícil fue hallar el éxito de conjugar el destino primitivo con el nuevo; que por lo demás, si los castillos medievales, ciclópeamente fabricados para la lucha, están ahora tomados en Palacios para gozar del retiro y la paz, alejados de la barahúnda de las poblaciones ¿cómo no había de encontrar Doña Carmen Martel, de López de Carrizosa la fórmula precisa para hacer, sabia y discretamente, del lugar resguardado, aposento magnífico para la plácida convivencia familiar; hospedaje deleitoso de sus deudos y amigos; alarde de buen gusto en la decoración de oficinas, estancias y compartimentos?

Y trajo a su costa, la dama inolvidable, hasta la altura de estos montes, piedra tras piedra, madera, hierros y columnas necesarios para reparar los muros derruidos, los leños apolillados, las vidrieras deshechas. Y acumuló aquí obras de arte movibles y adaptables, en número que espanta; y destinó cuanto pudo y supo, a la decoración arquitectónica, y al amueblamiento del convento tornado en palacio.

Al conjuro de su afán, el Claustro cobró vida y sus murallas se animaron sintiéndose pobladas de bancos de iglesia y de mesas sacristanas; de sitials y muebles que se acordaban de su papel eclesiástico; de arcas, de armarios y de arcones como los que antaño habían servido para guardar prodigios del Real joyero o tesoros de Casa Grande en tanto sus dueños estaban en las guerras; faroles y pescantes; hornacinas, retablos y humilladeros; poblando estos cuatro caminos en ángulo antes del todo abandonados.

Y el Refectorio quedó como si los frailes hubieran de juntarse tres veces cada día a comer en él, enriquecido por la excelencia que le prestan magníficos reposteros heráldicos proclamadores elocuentes de timbres y divisas de los moradores.

Y, la Sala de el 'De Profundis', que adquirió empaque y señorío de aposento Real y que ya no se destina al rezo ambulante por la paz de los muertos, sufrió un solo trueque: el del nombre, que, porque ahora se destina a Sala de estar, y en ella, junto a la chimenea yuxtapuesta se suele hacer en la invernada la vida de continuo, se le ha llamado el 'In Pace', más que en recuerdo de la pieza que guarda bajo su suelo, en el sentido recto, de estar en paz, pues que ello es lo que se busca en horas plácidas de charla familiar; lo que más abunda en el valle del Monasterio: paz y sosiego, que es apartamiento, y olvido de nosotros mismos, mejora y perfección de la vida interior.

Más el acierto de la Marquesa de Valparaíso, compartido con su esposo el también fenecido Marqués del Mérito, al restaurar el Real cenobio, al tomarlo en habitación, es hijo de la gracia que supo derrochar cuando lo adaptó a su nuevo fin, y comenzó a hacer de él, un soberbio museo de la vivienda española y aristocrática.

No es lo mismo acumular muebles antiguos, que montar, utilizándolos un Museo en vivo donde, sin grave error artístico, se disfruta personal, familiar y socialmente del arte y de la belleza de mobiliario y de la decoración que el mueble proporciona, dando, a partir este gozo con los demás.

Hay en el mundo muchos museos. La mayoría son panteones de grandeza muerta. Las piezas que se atesoran están como momias, atrofiadas e inútiles. Aquí, en San Jerónimo, hubo una inteligencia directora y un gusto depurado, que buscó, que seleccionó, que adaptó, que embelleció y alhajó muros y puertas, salas y camarines, dejándolos convertidos en prodigioso santuario austero y discreto. Ni un instante olvidó cómo tenían que ser los bancos y mesas que se amparasen apoyados en el muro de piedra; cómo las sillas de alto respaldo que alter-

nadas con sillones frailunos, habían de seguir hablando de la condición de caballeros o de monjes de sus primitivos ocupantes; cuál el destino de los cofres; cuál el de las bordaduras que saltaban de su ocupación de paño sagrado a la de enjorar paredes y salas. Así no se desdeña la que fue paramento pluvial o frente de Altar para la Orden Mercedaria, en ocupar ahora su puesto de biombo para resguardo del viento de leño que arde en los morillos.

Así los faroles del Rosario de la Aurora, no se desdoran con el cambio de su oficio ambulante, al quedarse rígidos y quietos como alabarderos a orilla de las puertas. Así las tablas pintadas, así los cuadros en lienzo, de asunto netamente religioso, no echan de menos su oficio pío en la pared de la ermita y se sienten orgullosos de estar colgados en este magnífico monumento conventual.

Los mismos paños decorativos, los grandes reposteros, que penden en las antiguas salas reglares, no se sentirían mejor en moradas palacianas, de las que tan propios son estos tejidos de nudo o de recorte hechos adrede para los Grandes Señores con las armas, blasones y motes con que sus dueños se vienen distinguiendo heráldicamente, generación tras generación, entre la nobleza del país al que intensamente pertenecen.

Hay en todo un profundo sentimiento patriótico y religioso. Lo hay en los cuartos Reales dispuestos, como en uso actual, aderezados y en punto. Lo hay, en el decoro de cualquier estancia, como en los sistemas de alumbrado artificial que en casos se atribuye a candeleros de bella forja y traza española, en casos a coronas de iluminación compuestas en madera, en otros a faroles o lámparas dieciochescas, o a veces a blandones, candeleros, veleros o palmatorias. Empieza el cuidado al restaurar, en los chatones de la puerta; sigue en cierres y aldabones; continua en el tema de la estrella de oro refulgente, sostenido en azulejerías de zócalo y pavimento; y alcanza a los botes y tarros de alquimia de la botica y llega hasta la cocina en forma de vajilla de Triana o de Talavera, donde la parda cerámica pintada se continua en ciclos, hasta el decorado con el monograma de Jesús, o con la silueta del diablo, que en el fondo y el borde de los cuencos, esperan para dar a una vieja y conocida anécdota, tono de broma, a la hora de escanciar el vino.

Escudillas, lebrillos, cazuelas, redomas, fuentes y platos, vasos y copas, todo responde a un plan preconcebido y tiene la virtud evocadora de aquella calumniada pitanza, que presentaba como gula lo que era indispensable refrigerio. La loza monacal, los vidrios y porcelanas,

los frascos, jarritos y botellas con su menudencia, como las arquillas y bargueños, cofres, cofrecillos, sitiales, faldistorios y sillones, y todo el mobiliario de logias y celdas, de departamentos viejos y nuevos componen una bella colección de piezas ricas y antiguas fruto de una tarea de atesoramiento de materia artística, destinada a decorar apropiadamente el Monasterio, a la necesidad de alhajar las habitaciones señoriales con ajuar movable, o al placer de preparar para el descanso un Palacio escondido en el que la mayoría de los objetos alcanzan calidad de documento depositario de memorables historias sagradas o profanas.

La tarea de los anteriores Marqueses del Mérito y de Valparaíso, ha sido felizmente secundada por su hijo primogénito heredero de estos títulos; sigue la trayectoria de sus padres al dar a San Jerónimo cuanto merece y pide; restaura lo que fue ofendido por el tiempo o deteriorado por el clima, y dota de comodidades ésta su residencia, utilizando la planta de sótanos que era sin duda la que los frailes destinaban a sus necesidades agrícolas, a hornos y molinos, hospedería y habitaciones para menestrales.

Respeto la gran sinceridad del patio claustrado y deja vivir las yedras en su misión de exorno y defensa de la piedra desnuda; aleja o aparta del edificio cuanto revista modernidad como la piscina; pone nuevas sugerencias en la Sala de estar y acumula muebles cómodos y cerámica y vidrios y libros y tallas y pinturas y pieles de animales exóticos y trofeos de caza, para hacer de lo que fue Monasterio Real, un confortable Palacio en el valle riente y delicioso, donde la vida transcurra y transiten las horas entre humaredas de silencio, gastando todavía el caudal que aquí queda de los grandes tesoros de paz y gozo espiritual que acumularon los jerónimos.

Alienta en este Palacio, como en otros, un cierto misterio de Santuario. En San Jerónimo no se penetra libremente, sino que hay que orillar dificultades para la visita. Distancia, medios de acceso al valle, permisos escritos, licencias condicionadas, ojos de leales servidores vigilantes, guerra sin cuartel a los cleptómanos [...] estancias herméticas que no suelen franquearse al visitante... el aparato en fin, de que se rodean las cosas sagradas. Es muy plausible la táctica. Siendo, como es un Santa Santorum del pasado de Córdoba y de España mientras más se guarde y se esconda, más clara será la señal de aprecio merecido.

Quien prosigue la obra restauradora metódica, cuidadosa y serena de lo viejo; quien acrecienta a cada instante los elementos de la deco-

ración movable; quien acaricia el propósito de devolver a la iglesia dieciochesca su carácter, cubriéndola con un techo; quien sabe buscar la paz y el sosiego y el bienestar en estos lugares que por algo merecieron el apellido alusivo a lo paradisíaco; quien al borrar la traza de lo religioso, rural y ascético, hace su morada en pensiles, entre jardín y huerta, habitación de plácida comodidad confortante, buscando la paz que es un don de Dios; quien se ejercita en la salvación de cosas que fueron santas y venerables y que no podían dejar de serlo en sus despojos y ruinas; quien tiene ante los ojos perenne lección en rótulos y leyendas de sacros textos, utilizados como decoración pictórica en paredes y puertas; quien va por la vida, camino de la muerte, con el espíritu dispuesto a la meditación en el silencio de los campos, alcanza el mismo gozo espiritual que sintieron los frailes de S. Jerónimo de Valparaíso, y que saltaría de continuo del campanil a la serranía en los volteos festeros o del Coro al altar en voces humanas y notas de órgano. Oculto en algún rinconcillo de este Santuario ha debido quedar ese gozo espiritual cuando ahora lo encuentran y lo paladean las personas que han salvado el monumento y lo han sabido aprisionar en su vivienda, como también los que al visitarlo, y al comprender el afán de estos ilustres próceres, padres o hijos sentimos la necesidad incoercible de alabarlo.

Han sabido fundir para siempre –que amalgamar es poco– los Marqueses del Mérito, al lograr su Monasterio –Residencia familiar– dos fuerzas de máxima espiritualidad: la fe imperecedera que les hizo conservar afanosos lo que para Casa de Dios se había levantado en remotos días y el amor a la Patria, aura materna que les ha movido a prestar a España y a Córdoba un servicio difícil, costoso y trascendental.

Amar las cosas de antaño, defenderlas y guardarlas salvadas para otras generaciones, es atesorar valores incalculables: religiosos, históricos, éticos y estéticos que, como estos, representan en conjunto un gran acervo de la cultura hispana de cinco siglos de grandezas.

Frente a los que maltratan y deshacen los monumentos de sus patrias y de sus pueblos, loor y veneración, respeto y aplauso, a los que como estas dos generaciones de Marqueses de Valparaíso y Mérito, sienten el deber de conservarlas; a los que aciertan a resucitarlos; a los que saben acariciar lo antiguo y acrecentar su prestigio ganado en cientos de años.



**DON RAFAEL CASTEJÓN Y MARTÍNEZ DE
ARIZALA, FIGURA DE LA CULTURA CORDOBESA
DEL SIGLO XX
(1893-1986)**

por
ENRIQUE AGUILAR GAVILÁN
Académico Numerario

Es obvio que como intelectuales, universitarios y cordobeses nos debemos sentir deudores de personas que por su descollante personalidad, su trayectoria pública, su obra y su legado dejaron profunda huella en el acontecer de una ciudad a lo largo de toda una época. Hombres que en su pródigo e ingente quehacer abarcaron facetas como la dedicación a la ciencia, a la empresa, a la erudición intelectual, al magisterio, a la política, en síntesis, a una amplia panoplia de actividades humanas a veces de difícil afinidad.

Entre estas personalidades que han inmortalizado su nombre en los anales de una milenaria ciudad como Córdoba, no cabe la menor duda que figura con letras de oro don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, paradigma de un verdadero hombre de acción, cuyo semblante gongorino y el recuerdo de lo que fue su ingente singladura vital quedan aún perfectamente reflejados en los ojos de los viejos académicos de la Real Academia cordobesa y para todos los cordobeses en el busto, obra de Juan Polo Velasco, escultor de Fernán Núñez (Córdoba) y miembro de nuestra Real Academia¹, que a instancias del Colegio de Veterinarios de Córdoba le dedicara la Universidad cordobesa y su Facultad de Veterinaria en los jardines de lo que hoy es el remodelado Rectorado de nuestra Alma Mater y en otro tiempo fuera su querida Facultad.

Como historiador, como cordobés, como académico y como universitario supone para mí un verdadero honor esbozar una aproximación al perfil humano y a la poliédrica trayectoria vital de don Rafael, una vida en lo profesional tan extraordinariamente apegada a la historia de la veterinaria española y cordobesa en el siglo XX, al ser el iniciador de una saga familiar que ya en la tercera generación ha formado parte ininterrumpidamente hasta hoy de su Colegio de Veterinarios y del claustro de su centenaria Facultad: “curioso fenómeno –como es-

¹ El mismo día, 2 de noviembre de 2017 en el que procedíamos a la lectura de esta comunicación en sesión pública de nuestra Real Academia fallecía en su localidad natal Juan Polo Velasco a los 94 años de edad.

cribía uno de sus discípulo, el doctor don Manuel Medina Blanco, en la hermosa necrológica que le dedicaran en el momento de su óbito— en un hombre que carecía de antecedentes familiares en el campo de la biología aplicada y su utilidad, que aprendió a amar por sí mismo y sin afinidades ni determinantes”².

Pero junto a su trayectoria universitaria y a sus escarceos en el ámbito de la política, don Rafael ha sido sin duda uno de los más claros referentes de la cultura cordobesa y andaluza del pasado siglo; desde la Real Academia en donde ingresó en 1914 y a la que llegó a dirigir durante casi un cuarto de siglo (1957-1980) marcándola con su impronta, el sabio profesor, el erudito, el arqueólogo, el amante de la historia de la Córdoba Omeya, el hombre capaz de hablar y escribir de todo, llegó a adquirir tal prestigio, tal reconocimiento en el ámbito de la intelectualidad cordobesa, a causa del extraordinario bagaje de sus saberes humanísticos, que pronto fue considerado un sabio no sólo en el ámbito académico sino también en el imaginario popular. En otra hermosa necrológica que le dedicara Dionisio Ortiz Juárez se decía de él:

D. Rafael Castejón no es sólo un académico para minorías selectas, D. Rafael Castejón es un sabio popular. Todo el mundo lo conoce, todo el mundo sabe quién es, todos los cordobeses saben que D. Rafael Castejón es el hombre que más sabe de Córdoba, que es una especie de sabio legendario.³

Y, en efecto, no era inusual en aquella Córdoba de mediados del XX oír expresiones como “en ese acto que hable Castejón”, “sobre ese tema ha escrito Castejón” “de eso hay que preguntarle a Castejón”, “eso lo ha dicho Castejón”. Pareciera por consiguiente que todo, en el ámbito de la intelectualidad y de la vida académica cordobesa, girara en torno a su figura, algo, sin duda, que obedecía a la solidez de sus conocimientos y a la extraordinaria generosidad con que siempre estaba dispuesto a transmitirlos allí donde se lo demandaran.

² MEDINA BLANCO, M.: “Necrológica en homenaje al profesor Rafael Castejón y Martínez de Arizala”, en *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, num. 112, enero-junio de 1987, año LVIII, pp. 73-80.

³ “Castejón”, en *La Opinión*, Cabra 7 de junio de 1986, p. 3

Biografía de un sabio

Tras esta pequeña exégesis de su persona referimos brevemente su biografía. Rafael Castejón vino al mundo en Córdoba el 21 de octubre de 1893, en el seno de una familia de clase media acomodada cuyos ancestros por línea paterna originarios de Navarra se habían establecido en Córdoba en el siglo XVI; su abuelo Antonio Castejón fue un notable orfebre, propietario de uno de los mejores talleres de platería de Córdoba; su padre, Federico Castejón y León, fue abogado en ejercicio con despacho abierto en la ciudad desde 1887, fecha en la que contrajo matrimonio con Dolores Martínez de Arizala y Villas, nacida en Madrid y avecindada en Córdoba adonde su padre, ayudante de obras públicas, se había trasladado por motivos profesionales. El ejercicio de la abogacía, en la que por cierto don Federico se había ganado una notable reputación en la ciudad, no le supuso un obstáculo para que compaginara la toga con incursiones en la política municipal como concejal republicano en el consistorio cordobés entre 1901 y 1905, actividad en la que siempre dejó patente su ferviente identificación con el Regeneracionismo que empezaba a germinar en aquella España posterior al Desastre del 98, a la vez que su rechazo frontal a las prácticas caciquiles que asfixiaban la política del régimen de la Restauración, unas prácticas que en la Córdoba de aquellos años giraban en torno a la figura de Antonio Barroso y Castillo⁴, verdadero factótum y todopoderoso jefe del partido Liberal en la provincia sin cuyo visto bueno nada se podía llevar a cabo en la misma. La identificación por parte del cabeza de familia con el republicanismo y con su rechazo frontal al caciquismo imperante en la política de la época, a buen seguro debieron conformar, con el correr del tiempo, la vocación política de juventud de dos de sus hijos: don Rafael, su cuarto vástago, y don Federico, el primogénito⁵.

⁴ Antonio Barroso y Castillo (Córdoba 1854-Madrid 1916) hijo del abogado y dirigente del partido progresista Antonio Barroso y Lora. En 1885 inició su carrera política como diputado por Córdoba manteniendo ininterrumpidamente su escaño en el Congreso hasta su muerte en 1916. Jefe indiscutido del partido Liberal de Sagasta en Córdoba, ocupó en repetidas ocasiones las carteras ministeriales de Gracia y Justicia, Instrucción Pública y Bellas Artes y Gobernación.

⁵ Federico Castejón y Martínez de Arizala (Córdoba 1888-Madrid 1972), catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Sevilla desde 1913, dirigente del grupo regionalista sevillano Acción Andaluza y miembro fundador del Centro Andaluz de Sevilla en 1916. Su relación con Francesc Cambó le llevó a presentar su candidatura

En consonancia con lo que eran las pautas de comportamiento de las clases medias cultas de la época, y los Castejón y Martínez de Arizala lo eran, la educación de su numerosa prole –“en alguna ocasión fuimos trece hermanos vivos”⁶– fue para ellos motivo de particular atención, de ahí que don Rafael se convirtiera en un problema para la familia cuando ni en la escuela de don Abilio⁷ en el barrio de San Pedro, en cuya calle del Juramento número 5 habitaba la familia, ni en los primeros cursos de bachillerato mostrara particular aplicación ni mucho interés por el aprendizaje y el estudio sino justamente todo lo contrario, como él mismo recordaría muchos años después:

De niño fui rudo y torpe. Mis primeros estudios me fueron muy difíciles, me costaba mucho trabajo aprender, pero a los 15 años aproximadamente, al estudiar el quinto curso de bachillerato, note un ágil despertar de mi inteligencia, que me hizo terminar ese grado con fama estudiantil. Anoto el fenómeno biológico porque es posible que muchas veces se destruyan vocaciones por no esperar el lógico desenvolvimiento de la mente. Desde entonces me fue muy fácil el estudio.⁸

Y en efecto, superada esta etapa, don Rafael forjó en sus últimos años de bachiller lo que sería su pasión por las humanidades y por la ciencia en general de la mano de dos insignes maestros: don Manuel de Sandoval, catedrático de Literatura del Instituto y poeta del que siempre se sintió deudor por haberle sabido inculcar su amor a las letras, y don Eduardo Hernández-Pacheco, ilustre geólogo, paleontólogo y prehistoriador llegado a Córdoba en 1899⁹, quien según él “re-

al Congreso en los comicios de 1918 con la ayuda financiera que le prestara el dirigente catalán, fracasando en el intento. Vinculado al lerrouxismo durante la República y al levantamiento militar de julio del 36, en 1938 fue designado por el primer gobierno de Franco magistrado del Tribunal Supremo, magistratura en la que permaneció hasta su jubilación en 1963.

⁶ Notas autobiográficas del profesor Castejón, escritas el 30-IX-1963, con motivo del homenaje que se le rindió con ocasión de la III Semana Nacional Veterinaria (Córdoba, mayo de 1964), en CORDERO DEL CAMPILLO, M., RUIZ MARTÍNEZ, C., MADARIAGA DE LA CAMPA, B. (codirectores): *Semblanzas Veterinarias* (vol. I), León 1973, pp. 365-371.

⁷ Testimonio de doña Rosario Castejón Calderón, hija menor de don Rafael Castejón.

⁸ *Notas autobiográficas...*, p. 365

⁹ Eduardo Hernández-Pacheco y Estevan (Madrid 1872-Cáceres 1965) fue uno de los padres de la geología moderna en España. Vinculado a la Institución Libre de

movía las fibras de su alumnado como insigne maestro revelando bellezas y misterios de la ciencia natural”.

Al concluir en 1910 sus estudios de bachillerato en el Instituto General y Técnico de su ciudad natal con la obtención del grado de Bachiller con premio y matrícula de honor, las perspectivas universitarias que se le abrían no eran otras que seguir la tradición familiar ya emprendida brillantemente por su hermano mayor: cursar los estudios de Derecho en la Hispalense, algo que no debió seducirle demasiado si nos atenemos a su propio testimonio recogido por nuestro compañero en lides académicas don Francisco Solano Márquez en sus *Memorias de Córdoba*:

Cuando terminé mi bachiller, mi padre, que era abogado, quiso que yo también fuese abogado, pero a mí no me gustaba (...) De modo que viéndome con poca gana de ser abogado, me preguntó un día durante las vacaciones de aquel verano: ¿Te gustaría ser veterinario? Ah sí, mucho –le respondí–, porque los animalitos me han gustado a mí siempre mucho.¹⁰

Así pues, en el viejo caserón de la calle Encarnación Agustina, lugar donde se ubicaba la Escuela de Veterinaria desde su fundación en 1844, iniciaba la carrera de Veterinaria en momentos en los que esta titulación iba a registrar notables transformaciones durante el gobierno de José Canalejas y a impulsos del real decreto de 27 de septiembre de 1912, de su ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Santiago Alba¹¹. De la mano del que él consideró siempre uno de sus maestros, Calixto Tomás y Gómez, “amigo y discípulo de Santiago Ramón y

Enseñanza a través de la Junta para la Ampliación de Estudios, en 1896, tras doctorarse con su tesis titulada *Estudio Geológico de la Sierra de Montánchez*, comenzó su etapa docente como profesor en el instituto de bachillerato de Cáceres que hoy lleva su nombre. En 1899 obtuvo la cátedra de Historia Natural del Instituto de Segunda Enseñanza de Córdoba, ciudad en la que comenzó realmente sus grandes estudios geológicos que lo catapultarían en 1910 a la cátedra de Geología de la Universidad Central de Madrid, desde la que irradiaría su magisterio a sucesivas generaciones de geólogos españoles. Fue miembro de la Real Academia de Córdoba desde 1910 con la que no dejó de colaborar a pesar de su obligado traslado a Madrid.

¹⁰ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias de Córdoba*, Córdoba 1985, p. 46.

¹¹ El real decreto de 27-IX-1912 además de regular el régimen y gobierno de las cuatro Escuelas Superiores de Veterinaria existentes en España, establecía un nuevo plan de estudios de cinco años de duración y la exigencia del título de Bachiller para cursarlo.

Cajal”¹², Castejón tuvo la oportunidad de poner a prueba sus notables dotes intelectuales obteniendo las máximas calificaciones en todas las asignaturas del primer curso, lo que sin duda le animó a matricularse como alumno libre con el propósito de acortar al máximo los cinco años de duración de la carrera, una práctica que debía ser habitual entre los estudiantes más aventajados pero que, según él, entonces estaba muy mal visto entre la mayor parte del profesorado y ello se reflejó en su expediente; para nuestro biografiado “los profesores se vengaban dándome aprobado nada más”¹³. Según consta en su expediente académico, en junio de 1913, sólo tres años después de iniciada su singladura académica, culminaba los estudios con excelentes resultados lo que le animó a solicitar el preceptivo examen para conseguir el premio extraordinario de la promoción. El tribunal ante el que tuvo que concurrir estaba integrado por don Antonio Moreno Ruiz, uno de sus más admirados maestros, eminente bacteriólogo y según Gómez Castro “uno de los vanguardistas de la microbiología española”¹⁴; don Gabriel Bellido, director de la Escuela y personaje controvertido con el que el propio Rafael Castejón mantendría fuertes controversias cuando se integró en el claustro de la misma,¹⁵ y don Rafael Martín Merlo, catedrático de Fisiología e Higiene y director de la Escuela en la difícil coyuntura de nuestra Guerra Civil e inmediata posguerra¹⁶. Para calibrar el nivel de conocimientos del aspirante a premio extraordinario, los dos temas elegidos por el tribunal para su desarrollo por escrito fueron: “Morfología y biología de los microbios” y “Monstruosidades, causas y clases. Distocias y tratamientos”. Ambos ejercicios resultaron de tal brillantez en su desarrollo y contenido que el tribunal acordó por unanimidad concederle el Premio Extraordinario, algo que resultaba bastante inusual en aquella época¹⁷.

¹² GÓMEZ CASTRO, A.G., AGÜERA CARMONA, E.: *La Facultad de Veterinaria de Córdoba (1847-1997)*, Córdoba 2002, pp. 62-63.

¹³ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias...*, p. 48.

¹⁴ GÓMEZ CASTRO, A.G., AGÜERA CARMONA, E.: *La Facultad de Veterinaria...*, p. 61

¹⁵ *Ibid.*, pp. 64-65.

¹⁶ *Ibid.*, p. 68.

¹⁷ La lectura de ambos ejercicios que hemos podido consultar en el expediente académico de don Rafael que se conserva en la Secretaría de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Córdoba, nos permite comprobar junto al detallado conocimiento de los temas tratados, la perfección formal de su prosa y una

Trayectoria profesional

En el otoño de 1913, cuando aún no había cumplido los veinte años, opusculó al Cuerpo de Veterinaria Militar logrando el número uno de la promoción, puesto que le podía permitir escoger el destino que le permitiera asegurarse una brillante carrera en el citado cuerpo¹⁸, sin embargo, con gran sorpresa para los mandos responsables, eligió la Yeguada Militar, entonces establecida en Moratalla (Hornachuelos, Córdoba), la gran finca propiedad del marqués de Viana. La suerte le había deparado un destino que, además de permitirle conocer personalmente a personalidades relevantes de la época, incluso al propio rey Alfonso XIII, visitante asiduo de la finca de quien, por cierto, no tenía muy buen concepto, –“simpaticón, se conquistaba a la gente con el trato personal; pero como rey era un botarate” diría años después–, también le permitió profundizar en el conocimiento teórico y práctico de lo que era su verdadera pasión: la zootecnia equina, desde que su maestro don Juan de Dios González Pizarro le inculcara “cómo había de mirar y valorar los caballos”. Así pues, la Yeguada de Moratalla fue un destino decisivo en su formación y proyección veterinaria en todo lo relacionado con el caballo y la equinocultura ya que, al margen de la rutina de su empleo, en sus instalaciones iba a poder dar rienda suelta a lo que eran sus aficiones e inquietudes científicas en contacto con figuras eminentes de la veterinaria militar entre los que pronto adquirió una reconocida reputación profesional. El propio Castejón recordando su etapa en Moratalla describía así sus actividades:

Me fue permitido hacer varios ensayos, como el de tratamientos preparatorios de irrigaciones salinas para aumentar la fecundidad en las yeguas, completé las fichas zootécnicas de sementales y yeguas en libros genealógicos, redacté plan de mejora, combatí una

sorprendente y cuidada ortografía inusual en los tiempos que corren, todo ello plasmado con una cuidada y extraordinaria pulcritud.

¹⁸ Según su propio testimonio, “entre las vacantes había una que se rifaban los veterinarios militares: el tercio de la Guardia Civil de Madrid dotado de pabellón familiar, de asistente y de ordenanza para el caballo. ‘Le recomiendo a usted el puesto de Veterinario del Tercio de la Guardia Civil’, le dijo el coronel de turno; ‘No señor, yo me quiero ir a mi tierra’, le replicó el número uno de la promoción. ‘Pero ¿va a tirar usted por alto una carrera?’ –insistió el coronel–. ‘Perdone usted mi coronel, yo me quiero ir a mi tierra’. ‘Bueno, bueno, bueno’. Y se vino a Moratalla...” (MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias...*, p. 48).

grave epizootia de influenza equina (“Etiología de la influenza equina reducida de sus manifestaciones sintomáticas”, *Revista Veterinaria de España*, Barcelona 1914) y describí la labor del centro (“Los caballos de Moratalla”, *Diario de Córdoba*, 1914). Fruto también de mis trabajos en dicho centro oficial fue el artículo “Sobre la fecundidad del caballo” publicado en *Revista de Higiene y Sanidad Pecuaria* (Madrid, 1915)¹⁹.

El año 1914, que pasaría a los anales de la historia de la humanidad con trazos particularmente oscuros al iniciarse el más terrible holocausto que el mundo había conocido, la Gran Guerra, sería sin embargo un año de grato recuerdo en la biografía del joven veterinario militar. El 16 de mayo ingresaba como académico correspondiente en la que para él habría de ser la institución más querida de todas a las que perteneció a lo largo de su dilatada vida: la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba²⁰; institución desde la que desplegaría todo su amor por la cultura y la historia de la tierra que le vio nacer, una faceta de extraordinaria relevancia en su rica biografía.

Pero volvamos a la trayectoria profesional de don Rafael: en diciembre de 1914 recibía su primer destino como veterinario de segunda, equivalente al grado de teniente del Ejército, en el Regimiento Mixto de Artillería con guarnición en Melilla, donde durante dos años prolongaría sus servicios a la veterinaria militar. La guerra del Rif, que desde principios de siglo venía afectando a los territorios de soberanía española en el norte de África y las obligaciones inherentes a un veterinario militar, no fueron obstáculo para que de nuevo sus inquietudes profesionales encontraran vías de expresión en el estudio y tratamiento científico de enfermedades como el muermo equino, entonces verdadero azote de las caballerías de los ejércitos de la época y en lo que era su verdadera pasión, la Zootecnia:

Escribí por entonces “Los caballos del país del Atlas” y “Los ganados del Rif”, en *Revista de Veterinaria Militar*, (...) Mis aficiones a estudios de etología animal dieron también fruto en “Los bóvidos de Andalucía” (*Revista Veterinaria de España*, 1917) y

¹⁹ *Semblanzas Veterinarias...*, 366

²⁰ *Actas de la Real Academia de Córdoba* (16-V-1914). En adelante se citará por ARAC.

“La raza asnal andaluza” (*El Cultivador Moderno*, Barcelona, 1918)²¹.

Pero ni sus ocupaciones profesionales e intelectuales ni sus aficiones al periodismo y al ensayo que desplegaría en su destino africano escribiendo crónicas para revistas y periódicos cordobeses, afición que según él “lo tuvo siempre cogido en sus redes desde su más temprana juventud”, pusieron coto a lo que fue otra de sus grandes pasiones a lo largo de su vida: el afán por enriquecer su bagaje intelectual por medio del aprendizaje. Y en este sentido la posibilidad de introducirse en el conocimiento del árabe clásico para poder acceder directamente a los textos y fuentes documentales de la historia de Al-Ándalus le llevó a frecuentar las clases de árabe en la cátedra creada en 1915 por el alto comisario Francisco Gómez Jordana (Mazarrón 1852-Tetuán 1918) para que los oficiales de la guarnición de Melilla aprendieran el árabe dialectal del Rif (chelja), cátedra que regentaba Abdelkrim, un personaje que según testimonio del propio Castejón era entonces “gran amigo de España y espía a favor nuestro” pero que pocos años después, en 1921, habría de convertirse en el líder que amalgamó la rebelión de las cabilas del Riff contra la presencia española en Marruecos provocando el tristemente famoso “Desastre de Annual”.

Transcurridos tres años de servicio a la veterinaria militar y al ejército²² con dos menciones laudatorias en su hoja de servicios “por su trabajo científico” y por “los relevantes servicios prestados en cría caballar”, don Rafael creyó que había llegado el momento de retornar a su inolvidable patria chica que ya ejercía sobre él la imantación y el embrujo del que nunca se pudo desprender. “En aquellos años mi sueño –decía– era tener un laboratorio particular y ser profesor de Veterinaria”²³, y, en efecto, el 18 de noviembre de 1916 el ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes le nombraba profesor auxiliar interino tras el concurso pertinente y a propuesta del claustro de profesores de la Escuela de Veterinaria cordobesa, con un salario de “catorce duros al mes”. Paralelamente, pocos meses después, ya en 1917,

²¹ *Semblanzas Veterinarias...*, p. 366

²² Según testimonio del propio Castejón una de las razones que le llevó a opositar al cuerpo de Veterinaria Militar fue convalidar su actividad en el cuerpo por los tres años que entonces duraba el servicio militar obligatorio. Cfr. MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias...*, p. 48

²³ *Ibid.* p. 49.

cumplía la otra premisa de su sueño: abrir un laboratorio de análisis al que denominó *Instituto de Higiene y Patología Comparada R. Castejón*, que pronto se convirtió en un referente en la ciudad al desarrollar en el mismo la aplicación de nuevas técnicas y tipos de análisis y vacunas hasta entonces desconocidos en Córdoba.

...fui el primero que hizo los serodiagnósticos clásicos, la reacción de Wassermann, las aglutinaciones para detectar las enfermedades tíficas y brucelares, etc., que hasta entonces debían realizarse enviando las muestras de sangre a Sevilla o Madrid [...] En mi laboratorio creo que preparé por primera vez en España las vacunas carbuncosas tipo pasteriano, sobre todo la de delicadísima preparación para la cabra. [...] Aparte las vacunas y bacterias corrientes, trabajé mucho en peste porcina, contra la que llegué a preparar una vacuna sensibilizada [...] cuando la peste clásica hacía estragos casi comparables a la peste africana de hoy, y cuando nuestros maestros aún sostenían que las grandes mortandades porcinas las producía la pastereiosis pura, problemas ya aclarado, pero que entre nosotros llevaba retraso provinciano²⁴.

Incursión en la política

Pero estos primeros años de iniciación docente y de exitosa práctica empresarial al frente de su laboratorio privado, además de enmarcar uno de los periodos más difíciles y conflictivos de la historia de España como consecuencia del impacto de la I Guerra Mundial y de la agonía del sistema político de la Restauración borbónica, fueron también testigos de la proyección de un hombre joven capaz de desplegar su genio y capacidad en diversos frentes con una actividad casi frenética. Es el momento en el que lo encontramos haciendo sus primeras incursiones en la política desde las filas del movimiento andalucista auspiciado por Blas Infante, no sólo como asiduo colaborador en publicaciones regionalistas de Sevilla y Córdoba (*Bética*, *Córdoba*, *Andalucía* y *Córdoba Libre*) sino también como militante activo tras ser elegido el 30 de noviembre de 1916 primer presidente del recién fundado Centro Andaluz de Córdoba²⁵, unos meses después su compro-

²⁴ *Semblanzas Veterinarias...*, p. 367

²⁵ Los Centros Andaluces eran, según Blas Infante, las plataformas asociativas al margen de los partidos desde donde debían irradiar a la sociedad los ideales de su movimiento. El Centro Andaluz de Córdoba, presidido por Rafael Castejón y con

miso político quedó patente al ser uno de los cuatro redactores del famoso “Manifiesto a la Nación”²⁶ del 13 de junio de 1917, todo un alegato contra el caciquismo y la corrupción imperante, suscrito por republicanos, socialistas, regionalistas y disidentes del bipartidismo gubernamental publicado con notable impacto en los principales periódicos nacionales²⁷. En julio del mismo año aparecía entre los cargos electos –1º Experto– con el nombre simbólico de Abderramán en la logia masónica Turdetania, en la que había ingresado de la mano de su gran amigo Eloy Vaquero²⁸.

Su compromiso con todos aquellos que desde posiciones ideológicas distintas luchaban por erradicar las lacras del sistema político imperante y conseguir la regeneración de España le llevó a participar activamente en las luchas electorales de la época. En febrero de 1918 apoyó a su hermano Federico que, con más pena que gloria, presentó su candidatura al Congreso como regionalista por la circunscripción de Córdoba. Pero sería en 1919 cuando Rafael Castejón habría de desarrollar una actividad de mayor fuste dentro de la dinámica andalucista y de la política cordobesa. En marzo de ese año se celebró en Córdoba una importante asamblea andalucista en la que él, junto al notario sevillano José Gastalver y su hermano Federico, tuvieron un protagonismo notable al liderar al sector más conservador del movimiento regionalista enfrentado por cuestiones relacionadas con la propiedad de la tierra con quienes como Eloy Vaquero o el propio Blas Infante defendían postulados socializantes sobre la misma²⁹. La división surgida en la citada asamblea no fue óbice para que en junio de ese año fuera elegido diputado provincial por el distrito de Montilla-Castro como candidato regionalista. Era la primera vez que un andalucista obtenía un escaño en una diputación provincial de la región, lo

Manuel Ruiz-Maya como secretario, fue el segundo en constituirse en la región tras el de Sevilla, fundado y presidido por Blas Infante en 1916.

²⁶ BARRAGÁN MORIANA, A.: *Conflictividad social y desarticulación política en la provincia de Córdoba 1918-1920*. Córdoba, 1990, p. 333.

²⁷ VAQUERO CANTILLO, E.: *Del drama de Andalucía. Recuerdos de luchas rurales y urbanas*. Córdoba, 1987, pp. 121-122.

²⁸ MORENO GÓMEZ F. y ORTIZ VILLALBA J.: *La masonería en Córdoba*. Córdoba, 1985, pp. 182-184.

²⁹ SEVILLA GUZMÁN, E., y LÓPEZ CALVO, M.: “Para una tipología del Andalusismo Histórico en Córdoba” en SEVILLA GUZMÁN R. (ed.) *Aproximación sociológica al andalusismo histórico*, pp. 128 y ss.

que le valió grandes elogios por parte de la revista *Andalucía* entonces principal portavoz del movimiento:

Rafael Castejón es uno de los entendimientos más luminosos y sensibles de Andalucía; uno de los prestigiosos más completos. Corazón de poeta y cerebro de sabio, brilla con prestigios propios como escritor inspiradísimo y orador de elocuencia arrebatadora; descuella asimismo como hombre de ciencia, como bacteriólogo eminente, que en Córdoba fundara el Laboratorio de Higiene y Patología comparada³⁰

Catedrático de Veterinaria y médico

Volviendo de nuevo al discurrir de su trayectoria académica y profesional, tras casi cinco años como profesor auxiliar en los que su dedicación a la Zootecnia parecía orientar su horizonte académico, él mismo soñaba con suceder en la cátedra a su admirado maestro González Pizarro, que en 1920 se había trasladado a Zaragoza. La convocatoria en 1921 de una cátedra de Enfermedades Infecciosas e Inspección de Mataderos, creada como consecuencia del desarrollo del plan de estudios de Veterinaria de 1912, le llevó a opositar a la misma y a obtenerla brillantemente por unanimidad, “un destino –como apuntaba el doctor Medina Blanco– que, si bien aceptó oficialmente, corrigió en la práctica manteniendo su competencia, su autoridad y afición toda su vida en el campo de la zootecnia”. Paralelamente, y como requisito obligado por la ampliación de las actividades de su laboratorio, cursó en la Universidad de Sevilla la carrera de Medicina cuyo título obtuvo en 1926. “Como empecé a hacer análisis y vacunas de personas necesitaba el título de farmacéutico o de médico, y preferí el de médico que me parecía más respetable”³¹; sin embargo su condición de licenciado y desde 1929 doctor en Medicina y Cirugía jamás pali-decieron su condición de Veterinario, –según su propio testimonio– “la carrera que más amaba”. Esta circunstancia se vería corroborada con su designación en diciembre de 1922 como presidente del Colegio de Veterinarios de Córdoba, entidad que hasta el final de sus días siempre testimonió el reconocimiento y el afecto al hombre, al veteri-

³⁰ “Rafael Castejón, diputado regionalista” en *Andalucía*, IV, num. 151, 30 de julio de 1919.

³¹ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias...*, p. 54.

nario que empleó todas sus energías en elevar el reconocimiento social y el rango competencial de la profesión veterinaria:

Siempre he creído que la misión veterinaria alcanza hasta donde haya una aplicación animal, sea éste doméstico o no. En el seno profesional he sostenido en artículos y conferencias, no sólo los tres aspectos facultativos en nuestra profesión, el médico, el sanitario y el zootécnico, sino igualmente nuestro alcance hasta la abeja, el gusano de seda, el zorro azul, y la chinchilla, el parque zoológico y la reserva de fieras. En la práctica y la teoría he defendido la misión del veterinario hasta la construcción arquitectónica de la vivienda animal.³²

Divulgador cultural

En la biografía de Rafael Castejón los años veinte significaron también su plena realización en el plano humano: su matrimonio en 1920 con María Isabel Calderón, una sevillana de Utrera de familia de grandes propietarios agrícolas, el nacimiento de sus tres hijos, Rafael, Francisco y Rosario, y sus primeros reconocimientos como ávido intelectual capaz de compatibilizar el ejercicio de su cátedra y de su floreciente laboratorio con el cultivo de la historia, el arte, la literatura o la arqueología desde esa gran plataforma que le proporcionaría la Real Academia de Córdoba, la institución en la que el 23 de abril de 1919 ingresaba como académico numerario tras leer su discurso de ingreso en sesión solemne celebrada en el salón de plenos del Ayuntamiento de Córdoba, respondiéndole en nombre de la institución su amigo y padrino don José María Rey Díaz.

Con la plataforma que le brindaba la Real Academia cordobesa su formación humanística pronto quedaría plasmada en una obra que le valdría un notable reconocimiento, me refiero a su *Guía Oficial de Córdoba y sus monumentos*, publicada el mismo año de su elección como académico numerario por encargo del Patronato Municipal de Turismo y cuyo éxito se vería reflejado en las numerosas ediciones que se hicieron de la misma. A esta obra seguirían otras publicaciones de considerable valor científico y divulgativo relativas a monumentos tan emblemáticos de la ciudad como la Mezquita o Medina Azahara, la hermosa ciudad áulica del gran califa Abderramán I con la que en

³² *Semblanzas Veterinarias...*, p. 369.

estos años –1923– llegó a establecer lazos de maridaje que se dilatarían durante más de medio siglo³³.

Su celo por todo lo relacionado con la historia y los hijos ilustres de su patria chica quedó patente en el papel que desempeñó en la comisión creada por la Real Academia de Córdoba el 20 de octubre de 1923 para organizar los actos conmemorativos del tricentenario de la muerte de Góngora que se cumplía en 1927. Los actos, en los que Castejón participó activamente pronunciando conferencias sobre el eximio poeta cordobés en distintas localidades de la provincia, supusieron la culminación de Góngora como una de las más grandes figuras de la lírica española de todos los tiempos, un protagonismo que Castejón repitió en 1929 con motivo de la celebración del milenario del Califato impulsado por la Real Academia y cuyos fastos, además de proyectar el nombre de Córdoba y de su Academia en el mundo árabe, sirvieron para su consagración como un verdadero experto en la historia y la cultura de Al-Andalus.

En su larga trayectoria como erudito y gran conocedor de nuestro pasado histórico don Rafael no quedó al margen de grandes polémicas con intelectuales e historiadores del arte y de la cultura coetáneos; en este sentido aún resuenan los ecos del impacto provocado en la ciudad por sus manifestaciones a comienzos de los años setenta de su posicionamiento en favor de devolver a la Mezquita su aspecto original después de trasladar la catedral cristiana fuera de la edificación musulmana.³⁴

Al margen del ámbito humanístico, la actividad cultural de Castejón también encontró vías de expresión en el campo de la Medicina

³³ Desde 1923 Castejón fue miembro de la Comisión delegada-directora de los trabajos realizados en Medina Azahara tras la muerte de Velázquez Bosco hasta 1936. Concluida la Guerra Civil siguió vinculado al yacimiento, desempeñando cargos como delegado provincial de Excavaciones Arqueológicas y presidente de la Comisión Provincial de Monumentos hasta los años ochenta.

³⁴ Al parecer Francisco Franco, en agradecimiento al apoyo que su régimen siempre encontró en el mundo islámico y en concreto en la monarquía saudita del rey Saud, contempló la posibilidad de trasladar las construcciones cristianas de la Mezquita para restituirla su función primitiva como centro espiritual del Islam, una opinión que vino recogida en su tiempo en el artículo que el entonces director general de Bellas Artes, don Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, publicara en el periódico *Ya* el 5 de noviembre de 1972. En los mismos términos don Rafael se mostraba rendidamente partidario del proyecto en un artículo publicado en el número 177 de la *Revista de Arquitectura* (Madrid, 1973) “Datos para la recuperación de la mezquita de Córdoba”.

al ser uno de los ocho fundadores de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, de la que sería director en el bienio 1928-29.

Terminación de la Facultad de Veterinaria

Volviendo de nuevo a su andadura profesoral, con el final de la Dictadura de Primo de Rivera, y ya en la madurez del profesor y del científico, se iba a producir un episodio que marcaría el comienzo de la etapa de mayor proyección en el *cursus honorum* profesional y académico de Rafael Castejón: el 17 de septiembre de 1930, recién cumplidos los 37 años, era nombrado director de la Escuela de Veterinaria en sustitución de Gabriel Bellido, el primer cordobés que había estado a su frente desde 1912. Como él dijera en reiteradas ocasiones, en su nombramiento jugó un papel importante su amigo el gran filósofo don José Ortega y Gasset:

a la caída de la Dictadura siendo subsecretario García Morente, fui nombrado Director de la todavía Escuela de Veterinaria, por sugestión de Ortega y Gasset, que me honraba con su amistad, renovada todos los años cuando hacía a Córdoba su viaje primaveral en recuerdo de sus años infantiles, cuando su padre Ortega Munilla vino a dirigir el diario *La Lealtad* del prócer cordobés Conde de Torres Cabrera.³⁵

El gran reto de Rafael Castejón en su nuevo cargo era concluir la nueva sede de la Escuela cuyos trámites para su construcción en la huerta de la Trinidad habían sido iniciados por su maestro don Calixto Tomás en 1912 cuando él aún era estudiante; después de superar múltiples vicisitudes, entre ellas los enfrentamientos entre su antecesor en el cargo –Bellido– y el arquitecto director de la obra, y las frecuentes ralentizaciones en el proceso de las obras por motivos presupuestarios, al fin, en junio de 1936, un cuarto de siglo después del inicio de las mismas, un nuevo y hermoso edificio neomudéjar erigido en la avenida de Medina Azahara, actual sede del Rectorado de la UCO, estaba listo para el traslado de la Escuela del viejo caserón de Encarnación Agustina con el objetivo de iniciar en el otoño de ese año las enseñanzas en las nuevas instalaciones, al menos de los primeros cursos de la carrera.

³⁵ *Semblanzas Veterinarias...*, p. 368.

El edificio, cuya planta causó notable admiración entre los cordobeses, presentaba como elementos decorativos en sus muros exteriores y en rejas de cierre numerosos símbolos masónicos, que sorpresivamente aún hoy se conservan y se pueden apreciar, en consonancia con la pertenencia a esta asociación de varios profesores de su claustro. Sin embargo el estallido de la Guerra Civil y lo que ello supuso con la consiguiente ocupación militar del edificio quebraron los planes de su director y claustro que vieron cómo se demoraba el definitivo traslado hasta 1941³⁶.

Al margen de esta circunstancia Castejón se propuso como verdadero objetivo de su dirección elevar el nivel de formación de las nuevas promociones de veterinarios en el plano científico y profesional. Para ello se dispuso a organizar cursos de extensión profesional, asimismo impulsó la edición de la revista *Ganadería*, una publicación científica de carácter semestral cuyo primer número apareció en 1933³⁷. También adoptó otras iniciativas tan novedosas como el establecimiento de contactos profesionales con el exterior así como la organización y puesta en práctica de los primeros viajes de estudios al extranjero en los que él mismo se implicaba acompañando a los estudiantes: “Nuestro extranjero visitado en aquella época fue Portugal y Marruecos en sendas excursiones inolvidables de profesores y alumnos”.³⁸

Al margen de su ingente actividad científica y cultural al frente de la dirección de la Escuela y como académico numerario, la proclamación de la II República (14 de abril de 1931) y los cambios que trajo el nuevo régimen para la veterinaria española propició entre otras iniciativas la creación de la dirección general de Ganadería e Industrias Pecuarias, obra cimera de una de las figuras más sobresalientes de la veterinaria contemporánea nacional, don Félix Gordón Ordás³⁹. Se trataba de un departamento gubernamental al más alto nivel que el propio Rafael Castejón ya había reivindicado en una ponencia presentada ante la “IV Asamblea Nacional Veterinaria” celebrada en Madrid

³⁶ MEDINA BLANCO, M., GÓMEZ CASTRO, A.G.: *Historia de la Escuela de Veterinaria de Córdoba 1847-1943*. Córdoba, 1992, p. 347 y ss.

³⁷ Cfr. DOMENECH GARCÍA, V.: “La veterinaria cordobesa y su prensa periódica” en GÓMEZ CASTRO, A.G., AGÜERA CARMONA, E.: *La Facultad de Veterinaria...*, p. 235.

³⁸ *Semblanzas Veterinarias...*, p. 368.

³⁹ CORDERO DEL CAMPILLO, M.: “Félix Gordón Ordás (1885-1973) en *Semblanzas Veterinarias...*, pp. 287-333.

en 1922; su impacto en el ámbito de la ganadería marcaron un antes y un después en la trayectoria académica y profesional del catedrático cordobés.

Sin renunciar a la dirección de la Escuela, cargo en el que fue ratificado por el gobierno provisional de la República⁴⁰, el reconocimiento como zootecnista de prestigio nacional motivó que, al crearse las estaciones pecuarias regionales dependientes de la citada dirección general de Ganadería, su responsable, el propio Gordón Ordás, lo propusiera para dirigir la puesta en marcha de la andaluza en la capital cordobesa. Para ello Castejón escogió una finca propiedad del Estado a orillas del Guadalquivir –la Alameda del Obispo–, donde como director interino levantó en poco tiempo un conjunto de instalaciones modernas en las que encontraron acomodo toda una variada gama de especies animales autóctonas y donde los profesores de la Escuela y los futuros veterinarios encontraron un escenario inmejorable para sus estudios científicos y prácticas de campo. Su amigo y compañero don Gumersindo Aparicio, al que él mismo había propuesto como director en propiedad, continuaría su labor hasta que con la Guerra Civil la estación fue intervenida y destinada a granja experimental agronómica.

Al frente de la Yeguada Nacional

Mientras tanto en 1932, el gobierno de Azaña de nuevo a propuesta de su amigo y director general de Ganadería Gordón Ordás, le ofrecía un nuevo destino que venía a colmar plenamente las aspiraciones profesionales de un hombre que entre sus amigos solía decir “los caballos me gustan tanto como las mujeres, que ya es decir”: la dirección de la Yeguada Militar convertida ya en Yeguada Nacional al transferir el Gobierno su dirección y gestión del ministerio de la Guerra y en concreto del arma de Caballería al de Fomento y por consiguiente a la veterinaria civil, algo por lo que también había luchado denodadamente don Rafael y que tantos sinsabores le provocaría tras el estallido de la Guerra Civil; no obstante, antes de aceptar el nuevo cargo él puso como condición poder compatibilizarlo con la dirección de la Escuela de Veterinaria. Aceptada esta condición, de nuevo en Moratalla, su

⁴⁰ Con la creación de la dirección de Ganadería e Industrias Pecuarias en el seno del ministerio de Fomento, las escuelas de Veterinaria fueron transferidas del ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes al de Fomento y en concreto a la nueva dirección general.

primer destino veinte años atrás, Castejón volvía a organizar y dirigir algo que le apasionaba: la cría caballar, volviendo a dejar patentes sus grandes dotes y competencias en este ámbito.

En la cumbre de su prestigio, en septiembre 1933, el gobierno le nombraba al frente de la delegación oficial de veterinarios españoles que acudió al X Congreso Internacional de Avicultura de Roma, en donde tuvo la oportunidad de exponer al propio Mussolini la relevancia que había tenido para la veterinaria nacional la creación de la dirección general de Ganadería⁴¹. Después de su efímero paso por la política madrileña, –sólo 35 días– al frente de la dirección general de Sanidad (del 6 de abril al 10 de mayo de 1935), cargo al que llegó de la mano de su buen amigo y entonces correligionario político⁴² Eloy Vaquero Cantillo, ministro de Trabajo, Sanidad y Previsión en un gobierno presidido por Lerroux, Castejón veía reconocida su trayectoria profesional al frente de la Escuela y su contribución al enaltecimiento de la profesión veterinaria que tanto amaba. Pocos días antes de que se iniciara el drama de la Guerra Civil, el 24 de mayo de 1936, los colegios veterinarios de Andalucía le testimoniaban un cálido y multitudinario homenaje con motivo de su nombramiento como Presidente de Honor del Colegio de Veterinarios de Córdoba⁴³.

⁴¹ ROF CODINA, J.: “Notas de mi cartera. El Ilmo. Sr. D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala. Sus extraordinarios éxitos en el extranjero” en *Homenaje al Ilmo. Sr. D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala. III Semana Nacional Veterinaria*. Córdoba, 1964, p. 7.

⁴² Tras el paréntesis de la Dictadura de Primo de Rivera, Castejón ingresó en el Partido Republicano Radical de nuevo de la mano de su amigo y jefe del lerrouxismo cordobés Eloy Vaquero; según su propio testimonio esta decisión obedeció a las sugerencias que don Adolfo Pérez Muñoz, obispo de Córdoba, le hizo junto a otras personalidades a las que había convocado al palacio episcopal pocos días después del 14 de abril del 31. Su militancia en el citado partido no fue obstáculo para que renovara su andalucismo de juventud, participando activamente en la asamblea regionalista celebrada en Córdoba en enero de 1933, en donde se mostró partidario de impulsar los mecanismos que preveía la Constitución de 1931 para que lo antes posible Andalucía pudiera contar con un estatuto de autogobierno. *Cfr.* MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias ...*, p. 57.

⁴³ Según recogía *La Voz*, diario republicano cordobés al día siguiente, “en el acto que tuvo como escenario el Colegio de Veterinarios y el Hotel Regina, donde se celebró el obligado banquete con 300 comensales [...] D. Mariano Giménez Ruiz, Inspector Provincial de Veterinaria dijo de él la siguientes palabras llenas de reconocimiento y afecto: ‘Rafael Castejón es un valor puntero y para los veterinarios cordobeses, la coraza que les protege y la orientación que les guía. Es nuestro maestro y el incansable compañero dispuesto a luchar a favor de todos, por una justa

Pero, precisamente en los momentos en los que en plena madurez de su vida, todo parecía sonreírle menos en lo concerniente a sus renovadas incursiones en el campo de la política activa⁴⁴, el estallido de la Guerra Civil, le llevaría a vivir los momentos más dramáticos de su existencia, a pesar de que, siguiendo las directrices de su jefe de filas, Alejandro Lerroux, había manifestado su apoyo a los militares en los primeros compases de la sublevación⁴⁵.

Vicisitudes en la Guerra Civil

Tras consumarse el triunfo del levantamiento militar en Córdoba, Castejón fue cesado en la dirección de la Escuela y separado del servicio, al igual que el resto de miembros del claustro de la misma, hasta tanto el expediente de depuración al que fueron sometidos fuera resuelto.⁴⁶ Sus problemas, sin embargo, no habían hecho más que empezar; el 26 de septiembre era detenido y encarcelado junto a su gran amigo y colaborador don Gumersindo Aparicio en el Alcázar de los Reyes Cristianos, entonces prisión provincial; tres semanas después, gracias a la mediación de su hermano Federico, recibía la orden de

causa como la nuestra. Tanto le debemos que me gustaría tener la palabra más lúcida y el concepto más bello para expresar nuestro cariño y nuestra emoción”.

⁴⁴ Con renovados ímpetus políticos Castejón participó de manera activa en la campaña que precedió a las elecciones de febrero de 1936, a las que concurrió en la candidatura del Partido Radical por Córdoba que encabezaba su amigo Eloy Vaquero, y en las que ambos cosecharon una estrepitosa derrota a pesar de que don Rafael fuera el más votado. El propio Vaquero ni siquiera esperó al escrutinio final de los comicios y en la noche del 12 de febrero marchó a Gibraltar hacia un exilio del que nunca volvería, confiándole a su amigo Castejón las riendas del naufragio del lerrouxismo cordobés y de su órgano de expresión, el diario *La Voz*.

⁴⁵ ORTIZ VILLALBA, J.: “Un episodio caciquil en la memoria de Rafael Castejón” en GARCÍA VERDUGO, F.R. (ed.) *Francisco Azorín Izquierdo. Arquitectura, urbanismo y política en Córdoba (1914-1936)*, Córdoba, 2005, p. 275.

⁴⁶ El 9 de agosto de 1938 el *Boletín Oficial de la Provincia de Córdoba* publicó una orden del Ministerio de Educación Nacional por la que, a propuesta de la Comisión Depuradora de Instrucción Pública de la Provincia, se confirmaba en sus cargos y destinos a 156 personas; entre éstas figuraban Rafael Castejón y nueve profesores más de la Escuela. Llama la atención el hecho de que entre los depurados también apareciera don Rafael Martín Merlo, la persona que por sus afinidades con el nuevo régimen había sustituido a Castejón en la dirección del centro en los primeros compases de la guerra y cuya positiva actitud con todos sus compañeros a la hora de instruir los expedientes de depuración hizo posible que todos ellos se pudieran reincorporar a sus destinos.

deportación inmediata a la provincia de Orense en lo que, según testimonio del propio Rafael Castejón, fue una maniobra para evitar con su salida de Córdoba su más que probable asesinato:

Me metieron en la cárcel y me deportaron –estuve seis meses en Orense, deportado, e incluso parece que se habló de fusilarme [...], no fue por haber sido director general de Sanidad con la República sino porque yo, en cuanto veterinario y director de la Escuela de Veterinaria, había hecho campaña pidiendo que la cría caballar pasara del ejército a la jurisdicción veterinaria; y efectivamente la República creó un organismo [...] que fue la Dirección General de Ganadería, que absorbió la cría caballar, hasta entonces en manos de los militares de Caballería [...] No me lo perdonaron los militares de Caballería, no.⁴⁷

Después de no pocas vicisitudes⁴⁸, transcurridos seis meses en su obligado confinamiento gallego y cuando los vientos cainitas de los primeros meses del conflicto comenzaron a amainar para él, Castejón retornaba a una Córdoba azotada por una brutal represión para centrar su actividad profesional en la elaboración de numerosos informes y diagnósticos oficiales sobre problemas sanitarios a petición de las autoridades de la zona nacional y, sobre todo, en la actividad creciente de su laboratorio al que paradójicamente la larga duración de la Guerra Civil abrió nuevas posibilidades de desarrollo y negocio⁴⁹, circunstancia que le obligó a su ampliación y a dotarlo de nuevas instalaciones en la Carretera de Trassierra, entre ellas la construcción de un moderno matadero industrial anejo al laboratorio:

⁴⁷ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias...*, p. 58.

⁴⁸ Según testimonio recogido de su hija doña Rosario Castejón Calderón, ella fue testigo, una vez concluida la Guerra Civil, de un episodio que quedaría para siempre grabado en su memoria, cuando acompañando a su padre por la calle de La Plata de nuestra ciudad vio que éste abrazaba efusivamente a un señor que a ella le era desconocido; al preguntarle por su identidad le respondió que era la persona a la que le debía la vida ya que el citado personaje era el responsable de la dotación de la Guardia Civil que le acompañaba en su viaje de destierro a Galicia y al que, en una localidad salmantina donde hicieron una parada, un grupo de falangistas, después de preguntarle por la identidad del detenido, le pidieron que les dejara al señor que acompañaban para darle “un paseo”; el citado guardia civil les respondió que sólo lo harían por encima de su cadáver.

⁴⁹ *Semblanzas Veterinarias...*, p. 370.

Sacrificábamos de 5.000 a 10.000 cerdos al año [...] llegué a tener cuarenta o cincuenta obreros y ocho o diez técnicos –mis compañeros, principalmente– [...] la gente creía que aquello era una mina de oro; no lo era, pero sí me permitió obtener créditos en los bancos, salir adelante y comprar alguna finquita. Pero aquello llegó a tener tanta importancia que yo carecía de poder económico suficiente para atenderlo, así que lo vendí, por el año cuarenta o así –según testimonio familiar fue en 1943–, a la casa Ibarra, de Sevilla, los famosos navieros⁵⁰.

Entre la cultura y la docencia

Con el final de la Guerra Civil Rafael Castejón, que aún tuvo que superar el sumario que le abriera el Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo por su pertenencia en 1917 a la logia Turdetania⁵¹, volvería a lo que verdaderamente amaba: su ingente actividad humanística y cultural desde la Real Academia y su labor docente y científica en su Escuela de Veterinaria convertida en facultad desde 1943, llegando a formar parte de una generación de grandes maestros –“los cinco grandes” o “los cinco magníficos” como les llamaron sus discípulos, de entre los que él era el catedrático más antiguo⁵²–. Sería prolijo relatar las grandes realizaciones que en el ámbito científico impulsó el profesor Castejón desde la cátedra cuya orientación zootécnica habría de culminar, como escribiera el profesor. Medina Blanco “en la etapa final de su vida oficial [...] estructurando bajo su dirección el Departamento, después Instituto de Zootecnia del C.S.I.C., origen y fuente de investigaciones del más alto nivel y escuela de investigadores pródiga”⁵³. No es tampoco nuestro propósito incluir en estas páginas su importante obra científica como impulsor de revistas que marcaron un hito en la historia de la zootecnia nacional o

⁵⁰ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias...*, p. 54.

⁵¹ El tribunal no llegó a emitir ningún fallo al no encontrarse documento autógrafo alguno que probara lo que, según el propio encausado, solo había sido una pertenencia nominal a la citada logia. Cfr. ORTIZ VILLALBA, J.: “*Un episodio caciquil en...*”, p. 275.

⁵² Los cinco grandes eran los profesores Rafael Castejón y Martínez de Arizala, Germán Saldaña Sicilia, José Martín Ribes, Félix Infante Luengo y Gumersindo Aparicio Sánchez. Cfr. GÓMEZ CASTRO, A.G., AGÜERA CARMONA, E.: *La Facultad de Veterinaria...*, pp. 73-77.

⁵³ MEDINA BLANCO, M., GÓMEZ CASTRO, A.G.: *Historia de la Escuela de Veterinaria de ...*, p. 384.

la larga relación de artículos y monografías que lo consagraron en la comunidad científica como una de las grandes autoridades nacionales de la zootecnia equina y como el verdadero creador de la denominada “Escuela de Córdoba” con planteamientos muy novedosos en el ámbito de la equinotecnia que él defendió ardientemente en congresos y conferencias;

he llegado al extremo de sostener la tesis –decía– aliando mis dos aficiones principales que en la historia de la Estilística, el hombre ha hecho con los caballos como con las piedras, y hay caballos góticos y barrocos, mudéjares y románticos, como los sucesivos estilos de cada época.⁵⁴

A esta actividad científica por la especificidad de su cátedra de Enfermedades Infecciosas Castejón la complementó con importantes aportaciones en el campo de la Bacteriología hasta el extremo de adquirir fama y reconocimiento por parte de la comunidad científica internacional. No resulta casual el hecho acaecido el 9 de junio de 1948 con motivo de la visita a Córdoba efectuada por el premio Nobel de Medicina Alexander Fleming, cuyo referente personal en la ciudad no era otro que el ilustre catedrático cordobés, que le acompañó durante toda su estancia en la misma dejando al eminente científico totalmente sorprendido por sus conocimientos humanísticos en la visita que giraron a los distintos monumentos de la ciudad.⁵⁵

⁵⁴ *Semblanzas Veterinarias...*, p. 368

⁵⁵ El 9 de junio de 1948 y dentro de la gira que Fleming realizó por varias ciudades españolas visitó Córdoba, a donde había llegado procedente de Sevilla, sin duda, atraído por la evocación romántica que la milenaria capital de los Omeyas aún ejercía en el mundo anglosajón. El alcalde de la ciudad Rafael Salinas Anchelerga había preparado una apretada agenda al ilustre descubridor de la penicilina en la que, junto al multitudinario reconocimiento popular dispensado a lo largo de toda la jornada con anécdotas recogidas en la prensa de la época, se incluían las visitas a la Mezquita, museos de Julio Romero y Bellas Artes, recepción oficial en el Ayuntamiento y comida homenaje en el Círculo de la Amistad presidida por el obispo Fray Albino a la que acudieron doscientos comensales. Durante su estancia en la ciudad Fleming dispuso particular atención a don Rafael Castejón, del que tenía referencias científicas y con el que en compañía del decano don Germán Saldaña visitó la Facultad de Veterinaria, departiendo con profesores y alumnos en la tarde de su jornada cordobesa antes de girar visita con su colega cordobés a Medina Azahara y San Jerónimo. En el Libro de Bitácora del citado centro universitario quedó el siguiente testimonio cuyo texto reproducimos por gentileza del doctor Librado Carrasco, su actual decano: “A las 12 y media de la mañana llegó a Córdoba Sir Alexander Fleming. Fue

Junto a su dedicación a la cátedra, donde legiones de discípulos recibieron su fecundo magisterio, hasta su jubilación al cumplir 70 años, el 23 de octubre de 1963, en la otra gran afición de Rafael Castejón —como él solía decir de todo lo relacionado con su faceta de humanista y académica— habría de encontrar en la madurez de su vida niveles de expresión y desarrollo sorprendentes. Su labor cultural se plasmó en sus asiduas colaboraciones en la prensa, en la Real Academia, como conferenciante en cuantos lugares le demandaban sus múltiples saberes y como fundador e impulsor de fecundas entidades culturales, entre ellas la Asociación de Cronistas Locales, la de Amigos de los Castillos o la del grupo de poetisas Walada.

Su legado académico

Dentro de la Academia cordobesa el profesor Castejón perteneció a una generación de activos académicos en la que destacaron personalidades como Enrique Romero de Torres, Antonio Carbonell y Trillo-Figueroa, José María Rey Díaz, Manuel Enríquez Barrios, José Priego López y José Manuel Camacho Padilla. A ellos les correspondió poner en marcha en 1922 el *Boletín de la Academia*, monumento de la cultura cordobesa que, superado ya su nonagésimo quinto aniversario y con 166 números publicados, constituye hoy día referente imprescindible y fuente de consulta obligada para todo aquel que desee profundizar en el estudio de nuestra historia y de nuestro pasado cultural. En sus páginas Rafael Castejón dejaría para la posteridad testimonio fehaciente de sus profundos conocimientos del arte, de la historia y de la cultura de la Córdoba califal⁵⁶; precisamente debido a su iniciativa, en 1965 la Academia creó en su seno el Instituto de Estudios Califales

recibido a la entrada del Puente Romano por las autoridades cordobesas; entre ellas estaba el Decano de la Facultad de Veterinaria y todo el claustro de profesores. D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala acompañó al Sr. Fleming y el Sr. Decano asistió a la recepción oficial en el Ayuntamiento y al Banquete oficial en el Círculo de la Amistad, ocupando un sitio de preferencia en ambos actos. Por la tarde Mr. Fleming visitó nuestra Facultad, siendo recibido y despedido por el Decano y Claustro de Profesores. Los alumnos que lo esperaban le tributaron numerosos aplausos”.

⁵⁶ En los índices de los cien primeros números del *Boletín* de la Real Academia publicados entre 1922 y 1979 aparecen recogidos 44 trabajos de don Rafael Castejón, la inmensa mayoría de ellos sobre temas relacionados con la Córdoba califal. Cfr. VÁZQUEZ LESMES, J.J.: *Índices del 1-100 (años 1922-1979)*, Córdoba, 1979.

con su correspondiente revista *–Al-Mulk–* para la difusión de trabajos de alta especialización sobre este tema.

Pero sería en 1957 cuando su compromiso con la Academia alcanzaría su cenit al ser elegido por aclamación director de la misma⁵⁷. Años después el propio Castejón recordaba los pormenores de su elección en los siguientes términos:

...cuando murió don José Amo, en el 57, a los 105 años de edad, la Academia me nombró a mí director, por votación. Intervino mucho don José María Rey, que era muy amigo mío y me hizo la propaganda; incluso me consta que fue a ver al gobernador civil de entonces y le dijo: “Queremos hacer a Castejón director de la Academia; suponemos que la autoridad gubernativa no se opondrá”. “No, no –dijo el gobernador–, yo tengo las mejores referencias de ese señor”. Y dejó que me nombraran.⁵⁸

Después de casi un cuarto de siglo al frente de la Academia, periodo en el que fue ininterrumpidamente ratificado por sus compañeros de corporación cada cuatro años, en junio de 1980 renunciaba voluntariamente al cargo,⁵⁹ poniendo así digno colofón a una brillante trayectoria que sus compañeros de corporación le reconocieron con su nombramiento por unanimidad como Director Honorario Perpetuo de la institución⁶⁰. Atrás quedaba un periodo en el que la más veterana institución cultural de la ciudad, cumplido ya su bicentenario en 2010, quedaría marcada por su incansable quehacer no sólo en el plano cultural –de lo que da prueba tangible la ininterrumpida publicación del *Boletín* con números monográficos de notable valor científico–, sino también por su empecinamiento a la hora de afrontar una variada gama de cuestiones que resultaron determinantes en la singladura posterior de la institución y en su creciente presencia en la vida cultural y social de Córdoba y su provincia.

En este sentido, durante su mandato la Real Academia consiguió encauzar el problema de su financiación, incrementando considerablemente sus disponibilidades económicas por medio de convenios institucionales, lo que suponía poner fin a una situación de penuria

⁵⁷ ARAC 12 –I–, 1957.

⁵⁸ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias...*, p. 37.

⁵⁹ ARAC, 12 –VI–, 1980.

⁶⁰ ARAC, 12 –X–, 1980.

material crónica. Igualmente en los años setenta desplegó toda su energía para que la institución contara con una sede permanente propia que pusiera término al peregrinaje urbano que la Academia había padecido desde su nacimiento, y en efecto, el 8 de enero de 1976, un Rafael Castejón exultante presidía la sesión solemne de inauguración de su sede⁶¹; un histórico edificio en la calle Ambrosio de Morales número 9 que, gracias a su gestión y al mecenazgo de la Obra Social y Cultural del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba –Cajasur–, se convertía desde entonces en sede oficial de la Academia cordobesa.

Abandonada ya la actividad académica por el peso de los años, Castejón siempre destacó entre sus logros como director de la ya bicentenaria institución haber conseguido la ubicación definitiva de la Academia en sede propia, “el haber obtenido mayores consignaciones económicas para la misma” y lo que para él era lo más importante como intelectual y universitario, “...continuar con la publicación del *Boletín*, del que hemos hecho números extraordinarios que se pueden equiparar a los mejores boletines de las academias de Madrid”.

Ya en la recta final de su vida, –“se ha cumplido mi ciclo vital”, solía decir a sus allegados y amigos–, Rafael Castejón recibió los honores y reconocimientos a todo un largo camino recorrido dedicado a la ciencia y a la cultura, en el que siempre quedó patente su extraordinario amor a la tierra que le vio nacer: Hijo Predilecto y Medalla de Oro de la ciudad, que desde 1964 lo había nombrado su cronista oficial, Hijo Predilecto de la Provincia, Medalla de Oro del Consejo General de Colegios Veterinarios y Medalla de Oro de la Universidad de Córdoba⁶²; nombramientos y honores que venían a culminar los que en gran número había recibido a lo largo de su vida desde que en 1921 la Real Academia de la Historia le designara académico correspondiente en Córdoba.

El 16 de junio de 1986 el diario *Córdoba* publicaba en primera página el siguiente titular: “Murió Rafael Castejón, el último sabio e hijo predilecto de Córdoba”. En efecto, el día anterior expiraron los días de un hombre que se autoproclamaba en lo político “conservador

⁶¹ ARAC, 8 –I–, 1976.

⁶² A propuesta de su querida Facultad de Veterinaria, la Junta de Gobierno de la Universidad de Córdoba, en sesión celebrada el 29 de febrero de 1984, acordó por unanimidad concederle la Medalla de Oro de la Universidad, la segunda que concedía la institución académica después de la otorgada a Don Juan Carlos I.

en casa, liberal en la calle y revolucionario frente a la injusticia”⁶³, el último sabio de Córdoba en el imaginario popular; un verdadero referente de la cultura cordobesa en el siglo XX pero sobre el que aún desconocemos múltiples aspectos de lo que fue su gran legado cultural. Es verdad que algunos de los que fueron sus discípulos y compañeros de claustro en la Facultad de Veterinaria, en los homenajes que se le rindieron con motivo de su jubilación o incluso después de su muerte, dieron rendida cuenta de su obra científica y de las que fueron sus grandes aportaciones en el ámbito veterinario⁶⁴; pero sin embargo aun resta por estudiar en profundidad lo que fue su pensamiento político reflejado en numerosos artículos y ensayos salidos de su pluma cuando en su juventud militó en el movimiento regionalista de Blas Infante, un pensamiento político, según el profesor Lacomba, cuyos núcleos vertebrales “georgismo, autonomía y preocupación agraria”, se articularon siempre en torno a dos ejes: Córdoba y Andalucía⁶⁵.

También es necesario estudiar su obra historiográfica reflejada en el abundante elenco de publicaciones que nos legó sobre la cultura y la historia de la Córdoba islámica, y por último, como paradigma de su constante compromiso con la sociedad que le tocó vivir, también se hace preciso desbrozar lo que fue su impenitente afición a lo largo de toda su vida: el periodismo, actividad que nunca abandonó desde que en 1910 comenzara sus colaboraciones en la prensa local hasta prácticamente el final de su vida. Como apunta Gómez Crespo:

...su fecundidad [...] fue tan considerable que en alguna ocasión llegó a escribir tres colaboraciones periodísticas en un mismo día que firmaba con su nombre, con sus iniciales o con los más va-

⁶³ Una semana después de su fallecimiento –el 22 de junio de 1986– el diario *Córdoba* publicaba una larga e interesante entrevista que sólo unas semanas atrás le había realizado el periodista Manuel Fernández, en la que junto a expresiones como la apuntada, Rafael Castejón desplegaba con extrema lucidez en sus respuestas sus recuerdos y reflexiones en lo que el lector puede entrever una particular confesión llena de sinceridad ante las grandes cuestiones que siempre han acompañado ontológicamente al ser humano.

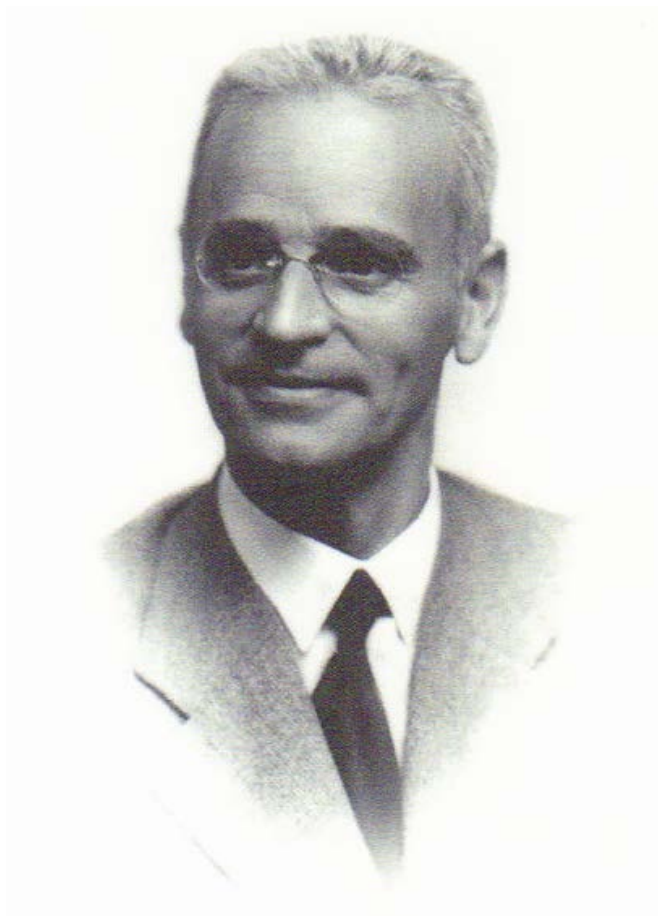
⁶⁴ Cfr. MEDINA BLANCO, M., GÓMEZ CASTRO, A.G.: *Historia de la Escuela de Veterinaria de...*, pp. 377-391; GÓMEZ CASTRO, A.G., AGÜERA CARMONA, E.: *La Facultad de Veterinaria...*, pp. 73-74; JORDANO BAREA, D.: “Tres académicos ilustres” en *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, julio-diciembre 1987, num. 113, Córdoba 1987, pp. 79-84.

⁶⁵ LACOMBA ABELLÁN, J.A.: “Rafael Castejón, Córdoba y Andalucía. Una perspectiva regionalista”, en *Revista de Estudios Regionales*, num. 17 (1987), p. 236.

riados seudónimos, entre ellos “Casimiro Voluntade”, “Rafael Omeya”, “Felán el Felani”, “Hesperio”, “Dr. Bromatológico”, “Juan Mogrebino” y otros muchos⁶⁶.

Con lo que acabamos de apuntar convendrán los lectores de esta páginas que estamos ante una de las figuras intelectuales más relevantes en la Córdoba del pasado siglo sobre la que, a buen seguro, aún quedan muchas páginas que escribir a medida que estudiosos e investigadores vayan desvelando aquellos aspectos que, como los apuntados, aún permanecen en penumbra en la vida y en la obra de Rafael Castejón y Martínez de Arizala, aquel gran hombre a quien las glorias y reconocimientos que le fueron otorgados por su prodigiosa contribución a la Cultura, con mayúsculas, nunca ensombrecieron algo que para él había sido esencial desde su juventud: su condición de veterinario y académico de nuestra bicentenaria institución.

⁶⁶ GÓMEZ CRESPO, J.: “Aproximación a la obra científica y literaria de Rafael Castejón” en *BRAC*, num. 106, año 1984, p. 15.



**DON JUAN CARANDELL Y PERICAY,
SU VIDA Y OBRA (1893-1937)**

por

JULIÁN GARCÍA GARCÍA
Académico Numerario

Antes de iniciar la redacción de este trabajo que se me encomienda no puedo por menos de mencionar la obra que publicamos hace diez años los doctores Antonio López Ontiveros, José Naranjo Ramírez y quien redacta estas líneas, obra documental que se aproximó a unas seiscientas páginas y que reunió los rasgos biográficos y científicos de don Juan Carandell y Pericay y todas sus publicaciones, que rebasan las trescientas obras entre libros, traducciones, artículos de prensa en revistas y especializadas y noticiario de la época.

Agradecimientos del autor

A esta obra, a la que nos referiremos en infinidad de ocasiones, hicimos mención para agradecer los organismos, personas y documentos que fueron puestos a nuestra disposición entonces: doña Irene Carandell Zurita, hija de don Juan Carandell y Pericay, por toda la documentación de su padre que, desinteresadamente, puso a nuestra disposición: correspondencia, documentos, publicaciones, libros, fotografías, etc.; don Antonio Zurita Lara, sobrino político de don Juan Carandell y exalcalde de Bujalance, por las fotografías e información aportadas a este trabajo, así como su grata hospitalidad; don Andrés Avelino André Gabián, inspector de Educación de Barcelona, quien nos gestionó los documentos que en el Archivo Histórico de aquella Universidad obraban sobre Juan Carandell; don Jesús Gaite Pastor, subdirector del Archivo Histórico Nacional, por remitirnos los documentos obrantes en el mismo (sección Universidades, legajo 5.395, expediente número 25) y además por el esfuerzo para hacerlo en las fechas en que necesitábamos tenerlos; don Joaquín Díaz Martín, jefe de sección del Archivo Central del C.I.D.E., del Ministerio de Educación y Cultura, y a doña María Luisa Trenado, funcionaria del mismo por facilitarnos la documentación correspondiente a Juan Carandell obrante en dicho archivo (legajo 2059-35, 5641-13, 18465 y 5545-5); don Antonio Olivares, director del Archivo Histórico de la Universi-

dad Complutense de Madrid (Pabellón de Gobierno) por el envío de la documentación a su cargo referente a Juan Carandell; don Pep Torner, coordinador del área de Cultura de l'Ayuntament de Figueras (Girona), por las fotocopias del libro, original de varios autores, *Homes de Ciència Empordanesos*; don Joan Ferreró Serra, secretario del Institut d'Ensenjament Secundari Ramón Muntaner de Figueras, por el envío de la partida de nacimiento y hoja de estudios de Juan Carandell; don Enrique Alcalá Ortiz, por las muchas noticias sobre Carandell que nos ha facilitado procedentes de la prensa cordobesa de la época; don Juan González Requena, por el envío de varias fotocopias del *Diario de Córdoba*; *La Voz*, diario gráfico de información; *La Voz*, diario republicano, y *Diario Liberal*; don Jaime Martínez Boloix, por el envío de dos artículos de Juan Carandell; don Nicolás Ortega Cantero, catedrático de Geografía Humana de la Universidad Autónoma de Madrid, por habernos proporcionado textos de muchos de los artículos publicados por Carandell en la Revista Peñalara: y también, finalmente, a todos aquéllos que de algún modo han contribuido a que la obra viese la luz.

Su etapa de formación

Pero Juan Carandell estudia y se forma, va adquiriendo una formación poco común. Desde la casa de huéspedes, donde provisionalmente se aloja al llegar a Madrid, va tres veces en semana a escuchar en el Museo Pedagógico Nacional de la calle Daoíz la palabra del señor Cosío en su cátedra de Pedagogía Superior, pero también pasaba todas las mañanas por la calle de Eloy Gonzalo para ir al Museo de Ciencias Naturales en el Hipódromo.

Los estudios de la facultad los va completando y en cuanto aprueba la última asignatura de la carrera realiza los tres ejercicios de que constan las pruebas para la obten-



Juan Carandell y Pericay, adolescente en Figueras.

ción del grado de licenciado en el que consigue la calificación de sobresaliente el 21 de junio de 1913. Actúa de secretario del tribunal su maestro don Lucas Fernández Navarro.

Solicita también una plaza para la Estación de Biología Marina de Santander durante los meses de julio, agosto y septiembre. En la instancia dirigida al presidente de la junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas manifiesta su deseo de poder continuar sus estudios especializándolos o ampliándolos. El 21 de mayo la junta acuerda concederle lo solicitado y se marcha a primeros de julio a Santander.

En 1914 aborda los estudios del doctorado, cuya tesis la dirige su maestro don Lucas Fernández Navarro, ya mencionado, que lleva por título “Las calizas cristalinas del Guadarrama”. Se matricula en las tres asignaturas preceptivas: Análisis Químico General, Psicología Experimental y Antropología, asignaturas que aprueba en el curso 1913 al 1914. También en el doctorado obtiene la calificación de sobresaliente y se le dispensa del acto de investidura del grado de doctor “salvando, dice, todos los respetos que el acto le merece”. A todo esto se une el que durante el curso 1914-15 será el encargado de los cursos prácticos de Mineralogía descriptiva y de Cristalografía en la Universidad Central con nombramiento firmado por el señor decano de la Facultad de Ciencias el 2 de octubre y al mismo tiempo sigue manteniendo su actividad de campo. Es este año de 1915 el que le lleva a conocer y a subir por primera vez a Sierra Nevada, acompañando nada menos que al profesor alemán Hugo Obermaier, miembro de la Real Academia de la Historia y catedrático de la Universidad Central durante veintidós años.

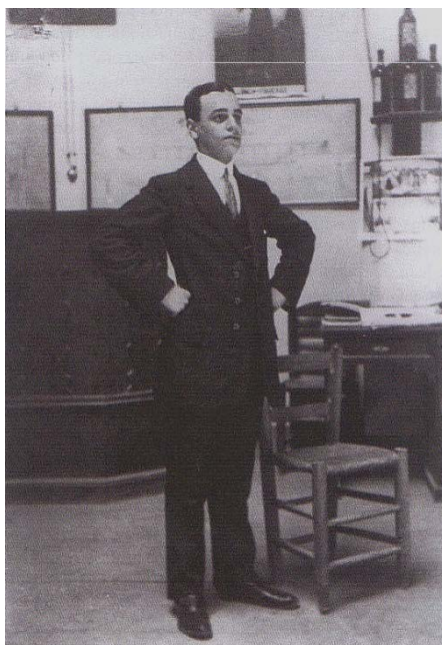
Oposiciones a catedrático de instituto

A la hora de escribir nos surgen varios interrogantes. ¿Cómo siendo catalán Juan Carandell arriba a Cabra, un pueblo de Córdoba, y allí permanece diez años de su vida docente, donde despliega una actividad portentosa en el plano de investigación con alumnos y personas interesadas en la geografía y geología de las Sierras Subbéticas? Por fin, y tras varios intentos de marcharse al extranjero, universidades de Ginebra, Lausana o Grenoble, alegando “poseer con la expedición suficiente la lengua francesa, además de conocer bastante la alemana”, es en mayo de 1917 cuando va a dar el paso definitivo: firma las oposiciones, turno libre, para las cátedras de Historia Natural y Fisiología

e Higiene de los institutos de Cibra, Cartagena y Las Palmas; son, pues, tres plazas para los veinticinco opositores que las firman. Vale la pena extenderse con detalle en la marcha de esta oposición que es la que –de manera determinante– condicionará, marcará en lo sucesivo la vida de Carandell.

De los veinticinco opositores firmantes de la oposición, acuden nueve al acto de presentación celebrado el día 10 de febrero de 1917, de los cuales uno se retira en el primer ejercicio y dos en el segundo, llegando seis a la votación final para las tres plazas convocadas. La oposición se realiza toda ella en la sala de juntas del Museo de Ciencias Naturales, a excepción del ejercicio segundo que lo hace en el Instituto Cardenal Cisneros.

Son en total cinco ejercicios, si bien algunos constan de varias partes. El primero, escrito, para el que los opositores disponen de cuatro horas, consiste en desarrollar dos temas sacados a suerte entre los 182 de que consta el programa oficial, confeccionado por el tribunal y publicado sólo ocho días antes del comienzo de la oposición: 53 temas de Mineralogía y Geología, 40 de Botánica, 47 de Zoología, 22 de Fisiología y 20 de Higiene. El segundo ejercicio es oral y consiste en desarrollar cinco temas sacados a suerte entre los 182 del cuestionario oficial. El tribunal acuerda que el tercer ejercicio conste de tres partes: a) reconocimiento “de visu” de treinta ejemplares de los tres reinos de la naturaleza elegidos por el tribunal; b) reconocimiento de tres ejemplares elegidos por el tribunal (sólo decir lo que son), tres horas; c) se plantean dos casos prácticos y hay que hacer el que sale a suerte, en este caso, una preparación micrográfica de estomas de distintas plantas, tres horas. El cuarto ejercicio es “la encerrona” del cuestionario presentado por el opositor: se sacan a suerte tres bolas, se elige el tema preferido y tras cuatro horas encerrado se desarrolla oralmente por el



Juan Carandell, opositor en 1917 a la cátedra de Historia Natural, Fisiología e Higiene del Instituto de Cibra.

opositor. Finalmente el quinto ejercicio consiste en la defensa oral del programa propio del opositor y del método adoptado por él para su desarrollo. Aquí pueden hacer los miembros del tribunal cuantas observaciones estimen pertinentes. Con este ejercicio y el examen de los méritos, trabajos y memoria de investigación, termina la oposición.

Los afortunados opositores que logran salir triunfantes son Jose María Susaeta y Ocho de Echagüen, con el número uno, quien elige la plaza de Cartagena; Juan Carandell y Pericay, con el número dos, quien elige la plaza de Cabra, y Gustavo Nieto y Valls, con el número tres, para la plaza de Las Palmas. Unas oposiciones duras donde las haya, para las que se requería una preparación previa fundamental, puesto que el programa es confeccionado por cada tribunal y se hace público sólo ocho o diez días antes del comienzo de las pruebas. S.M. el Rey Alfonso XIII aprueba el expediente de las oposiciones y los opositores toman posesión de sus cátedras, previos los trámites administrativos pertinentes. Don Juan Carandell toma posesión de su cátedra el 25 de mayo de 1917 con el sueldo anual de 3.500 pesetas.

Traslado a Cabra y boda

A la vista, pues, de obtener Carandell el número dos, está claro que para él será la cátedra de Cabra: en Madrid ha conocido a una joven menudita, pero muy guapa, dos años menor que él y, por tanto, de veintiún años, alumna de la Institución Libre de Enseñanza, a donde sus padres la han enviado desde Bujalance para que estudie, para que se forme, para que al menos adquiera una formación, cultura adecuada y allí va a estudiar música y pintura, materias llamadas “de adorno” en algunos colegios al no ser obligatorio su estudio. Acaba el curso 1916 a 1917 y Silveria vuelve a Bujalance. En la carta de don Antonio Zurita a su futuro consuegro, don Gregorio Carandell, de 15 de junio le dice: “Pronto nos volveremos a ver, creo que será la próxima semana. Es preciso traer a esa criatura a nosotros para concluir su educación casera y –cosa muy natural– gozar un poco de su compañía. Para todos los de esta casa es Silveria y algo extraordinario y excepcional; los mayores cariños de padres y hermanos son para ella”.

Autorizado por la subsecretaría del Ministerio Carandell ya ha tomado posesión de su cátedra de Cabra en el Instituto San Isidro de Madrid el 25 de mayo de 1917 y se dispone a impartir sus clases en el Instituto de Cabra en el curso 1917-1918. A lo largo de este curso irán haciendo los preparativos de su boda y serán frecuentes las idas y ve-

nidas de Carandell a Bujalance hasta contraer matrimonio el 7 de febrero del 1918, como leemos en el *Diario de Córdoba*, el 9 en que el cronista, Antonio Arévalo, con el título “Boda Carandell-Zurita” dedica dos columnas enteras al acontecimiento. Es la única constancia que tenemos del casamiento, ya que el archivo de la parroquia de San Francisco de Bujalance, donde se casan, ardió durante la Guerra Civil; tampoco en el archivo del Obispado hay constancia del matrimonio, porque en su día no enviaron el expediente desde la parroquia de Bujalance. Sí sabemos también que regresan del viaje de novios a finales de marzo o primeros de abril, como leemos en *La Opinión*. Un largo viaje de novios de dos meses.



Juan Carandell y Silveria Zurita, recién casados, en la ermita de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Bujalance.

Ya casados van a todas partes juntos y especialmente son frecuentes sus idas y venidas a Bujalance, a casa de los padres de Silveria, y también a Madrid, donde –no hay que olvidarlo– siguen viviendo, en el número 20 de Rodríguez Sampedro, don Gregorio y su tía Elvira. Estos desplazamientos se producen lógicamente las más de las veces coincidiendo con el comienzo y fin de las vacaciones, tanto estivales como de Navidad y Semana Santa. Frecuentan igualmente las salidas al campo y a la Sierra de Cabra, bien solos o acompañados por alumnos o profesores. *La Opinión* de Cabra se hace eco de estas idas y venidas en su álbum de 23 de junio, por ejemplo: “Escribimos estas líneas henchidos de satisfacción por los magníficos ejemplares de plantas recogidos, que contribuirán, como preciado tesoro a enriquecer los herbarios del Museo Nacional de Ciencias Naturales” (5-5-1918).

También de junio de 1917 es la dedicatoria que Juan Carandell estampa en la portada de uno de los trabajos del Museo, del que es autor en colaboración con Hugo Obermaier: “Los glaciares cuaternarios de la Sierra de Guadarrama”. Es una dedicatoria solemne, trascendente, a Silveria Zurita: “Que sea –dice– esta dedicatoria, la última estampa, a ti, Silveria, como prometida mía, que en fecha próxima tu nombre, escrito de mi puño y letra, impreso muy cerca del mío, sea el borde de

oro de los trabajos que a tu lado y amparo, dejo a la luz del mundo”. Y entre paréntesis, “A Silveria Zurita, Juan Carandell. Junio de 1917”.

Ya es catedrático y se permite escribir artículos en colaboración con las personalidades más señeras de su época de geología y geografía, con el ya mencionado Hugo Obermaier, Eduardo Hernández-Pacheco y Lucas Fernández Navarro, con quienes Carandell mantuvo toda su vida una especial relación de amistad e intercambio de ideas y proyectos.



De izquierda a derecha, los profesores Eduardo Hernández-Pacheco, Lucas Fernández Navarro y Hugo Obermaier, con quienes Carandell mantuvo una especial relación de amistad e intercambio de ideas y proyectos. (Foto reproducida de la revista *Peñalara*, número 51, marzo de 1918).

Llegan los hijos

En 1920 va Juan Carandell a ser padre: Silveria da a luz el 24 de junio, día de San Juan, un niño, y por tanto se llamará Juanito por su padre y por el día en que nace. Carandell escribe a su padre: “Excuso decirte la alegría que rebosa aquí todo el mundo: están locos con el Carandelillo haciéndose elogios de la buena cruz entre catalán y andaluza... Cuando queráis ya podéis preparar la maleta y venir...”.

El 13 de mayo del 1923 otro agradable acontecimiento irrumpe en la familia Carandell: su esposa da a luz en Bujalance a una niña; se llamará Irene, como Irene Pericay Martínez, su abuela paterna. Don Gregorio Carandell, a la sazón en Barcelona, se desplaza inmediatamente para conocer a su nieta y toda la familia acoge a la recién nacida con la alegría y el cariño correspondientes. Juan y Silveria pasarán en Bujalance todo el tiempo que les sea posible y a veces Carandell estará solo en Cabra para cumplir sus obligaciones de catedrático.

Ya antes del parto, su compañero y amigo, catedrático de Francés, don Eduardo del Palacio y Fontán, escribe a Carandell desde Madrid

en abril deseándole que la cosa vaya bien: “Hago, hacemos, mejor dicho, Luisa y yo, votos porque salga, y, mejor, haya salido pronto y bien de dicho trance su Sra., a quien tendrá V. a bien transmitir nuestro saludo”. Y las felicitaciones no se hacen esperar. Cinco días después la de su maestro, don Lucas Fernández Navarro: “Ante todo enhorabuena por el fausto suceso, si como creemos y deseamos vivamente todos los de casa ha llegado con felicidad. Ya me dirá lo que hay”. Y tres días después el mismo don Lucas: “Enhorabuena por la felicidad del suceso familiar”. También le felicita Constancio Bernaldo de Quirós, del Instituto de Reformas Sociales, sección Agrosocial: “Recibo con mucha complacencia la noticia del nacimiento de su nuevo hijo y le felicito a V., así como a la madre, a quien le ruego que salude en mi nombre”.

Juan Carandell y Silveria con los dos pequeños, junto con su padre y tía Elvira, pasan los veranos en Rota, mientras que don Antonio Zurita y su familia veranean en Cercedilla. No era entonces frecuente veranear las familias en la playa o la Sierra, pero no hemos de olvidar que se trata de dos familias con posibilidades holgadas para hacerlo.



Juan Carandell y su esposa Silveria Zurita.

La obra de Carandell

Es elocuente el párrafo que inserta en *La Opinión* de Cabra de 20 de febrero de 1921: “Sería suficiente prueba de mi afecto a Cabra –dice–, pero no de relumbrón, mi actuación en servicio de la cultura en conferencias, lecciones y trabajos que, en crecido número, vengo efectuando desde que pisé esta tierra”. A él se debe, por ejemplo, el que el instituto de bachillerato se empezara a denominar como “nuestro primer centro docente” y con su nombre propio, Instituto de Aguilar y Eslava, aprobado por unanimidad en el claustro de 21 de octubre y refrendado por el ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1921.



Claustro del Instituto de Cabra en el curso 1921-22. En la fila de abajo, sentados, el segundo por la derecha es don Juan Carandell y Pericay, catedrático de Historia Natural, Fisiología e Higiene.

A Juan Carandell le cae pequeña Cabra y le preocupa su formación. En consecuencia, solicita un apoyo de la junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Le es denegado y sigue haciendo gestiones y realizando todo tipo de actividades que no comprendemos cómo podía llevarlas a cabo desde Cabra, simultaneándolo todo con su cátedra y, lógicamente, con su vida familiar, que también le requería su tiempo. También se escribe con los responsables del Instituto Geológico de España con el fin de ir preparando los trabajos del XIV Congreso Geológico Internacional.

Por parte de la Editorial Labor se le propone además que siga traduciendo la *Allgemeine Geologie* o Geología General, volúmenes IV y V de la editorial Tenbner por indicación de su amigo y compañero Vicente Inglada Ors, teniente coronel de Estado Mayor, profesor de la Escuela Superior de Guerra e ingeniero jefe de la Estación Sismológica de Toledo.

Con fecha 10 de febrero de 1926 se publica en *El Popular* de Cabra su artículo titulado “El Museo de Historia Natural del Instituto Aguilar y Eslava”, al mismo tiempo que manifiesta acabar de ser honrado por la junta organizadora del XIV Congreso Geológico Internacional con permiso oficial para permanecer en Madrid colaborando en los trabajos preparativos del mismo.



Autoridades, congresistas y romeros en el patio del santuario de la Virgen de la Sierra de Cabra el 15 de mayo de 1926. Delante en el centro, sentado en el suelo y de oscuro, don Juan Carandell.

Pero entre tan gran actividad, tantos preparativos del congreso, un acontecimiento inesperado le viene a sacudir en lo más profundo de su alma: su padre, don Gregorio Carandell y Salinas, muere el 3 de abril de 1926, casi a las puertas del congreso, y publica apenado: “Mi oración a la muerte de mi padre”, dos posesivos muy elocuentes y tremendamente sentidos. “Pero es el hijo el que escribe estos renglones. Harto hace con profanar acaso la memoria del hombre que fue en todo momento la expresión más pura de la modestia, sin él saberlo y tremendamente sentida, de este tema. Nada para mí, todo para todos”.

No cabe extenderse en más actividades y hemos de hacer la clasificación de sus publicaciones. Las dividimos en su día en dieciséis grupos o apartados: 1, Geología y Geografía generales; 2, Geología y Geomorfología españolas (excepto Andalucía y Sistema Central); 3, Sistema Central; 4, Cataluña; 5, Geología y Geomorfología andaluzas (excepto provincia de Córdoba); 6, Geografía humana andaluza (excepto provincia de Córdoba); 7, Aspectos físicos de la provincia de Córdoba; 8, Geografía humana de la provincia de Córdoba; 9, Excursiones y viajes; 10, Representaciones gráficas; 11, Divulgación naturalista; 12, Traducciones; 13, Notas sobre congresos y otros aspectos científicos; 14, Instituciones docentes y problemas de la enseñanza; 15, Literatura y arte, y 16, Asuntos varios.



Don Juan Carandell y Salinas, padre de Juan Carandell.

Clasificación cronológica, con número de publicaciones anuales: en 1914, 4; 1915, 2; 1916, 2; 1917, 3; 1918, 3; 1919, 5; 1920, 4; 1921, 12; 1922, 9; 1923, 11; 1924, 19; 1925, 19; 1926, 25; 1927, 33; 1928, 30; 1929, 13; 1930, 33; 1931, 11; 1932, 0; 1933, 3; 1934, 20; 1935, 19; 1936, 6; 1937, un artículo póstumo; y 1942, un artículo a título póstumo; 1994, un artículo a título póstumo. Sin fechar, 15 artículos a título póstumo. No mencionamos los títulos de los trabajos publicados por años, cosa que nos llevaría muy lejos y rebasaría todos los planes previstos. La anterior relación nos permite ver los altibajos y la entrega a la investigación según las circunstancias.

Ingreso en la Real Academia de Córdoba

El 30 de abril de 1930 tiene lugar su ingreso como numerario en la Sección de Ciencias de la Real Academia de Córdoba, sustituyendo en el sillón a don Antonio Moreno Ruiz, catedrático ilustre de la Escuela de Veterinaria, fallecido en 1925. Su discurso de ingreso versó, cómo no, sobre “Andalucía: ensayo geográfico” y al recipiendario respondió don Antonio Gil Muñiz, profesor de la Escuela Normal de Maestros de Córdoba, quien en una prosa fluida y elegante cantó las virtudes y

las cualidades de Carandell. En el segundo párrafo de su intervención se expresaba así:

Decir el nombre de Juan Carandell en ámbitos de nuestra provincia y fuera de ellos en los más refinados círculos intelectuales de nuestra patria es tanto como decir actividad portentosa del espíritu, curiosidad infatigable, talento recio, espíritu matizado con las más firmes mimbres del saber, inquietud por los más altos anhelos y por las más nobles aspiraciones.

Tanto la prensa de Córdoba como *El Popular* y *La Opinión* de Cabra se hicieron eco del acto, y su amigo y paisano Pascual Santacruz se permitió dar un consejo a Carandell:

Almorzar en Montserrat el lunes, estudiar el martes la petrología de los Pirineos y dar clase de Biología en Córdoba el miércoles, después de haber salvado en vertiginosa carrera centenares de kilómetros y desafiado expuestas temperaturas, es peligroso, y pudiera ser funesto para un hombre delicado físicamente como don Juan Carandell. Yo no sé lo que él pensará sobre esto, pero estoy seguro de que la bella dama cordobesa, que es su digna compañera y la madre de sus hijos, piensa como yo. ¡Adelante con las exploraciones y los análisis mineralógicos y botánicos! ¡Paso a la Biología, a la Geografía y a la Paleontología, pero “primum vivere”!

No le venía mal a Carandell tal consejo precisamente en uno de los años más ajetreados de su vida profesional e investigadora, año en que saldrán de su pluma una treintena de publicaciones sobre los más variados temas y muchos días de viaje por España y el extranjero. No es, pues, de extrañar, que su máquina, su resistencia física, se sintiera afectada y que al mes siguiente cayera enfermo. No volvió a recuperarse e incluso hubo algún año en que el número de publicaciones fuera cero, como el 1932.

Adiós a Cabra

Pero volvamos atrás: Juan Carandell ha conseguido por concurso de traslados destino en el Instituto General y Técnico de Córdoba. Se va a marchar de Cabra, de su Instituto Aguilar y Eslava, en el que cesa el 31 de mayo de 1927. Aquí todos sienten enormemente su marcha: el pueblo, sus alumnos sus compañeros y el Ayuntamiento, que acuerda por unanimidad el jueves 13 de octubre que “conste en acta el sen-

timiento de esta Corporación por el traslado voluntario del docto catedrático D. Juan Carandell Pericay de nuestro instituto al de Córdoba, comunicarlo así al gran educador y felicitar al mismo tiempo al claustro del instituto de la capital por adquisición tan valiosa”.

En el Instituto, en la apertura oficial del curso 1927-28 que tuvo lugar el 1 de octubre, el secretario, su compañero don Jaime Gálvez Muñoz lee la memoria del curso anterior y entre los traslados consigna el de Carandell. Al lamentar la pérdida que supone para el centro su traslado, resume magistralmente su paso por Cabra:

En el claustro, compañero excelente; en el aula , maestro modelo; en la ciencia, una sobresaliente figura; en el trabajo, una actividad prodigiosa; en la invención, un surtidor de ideas; en la vida, una protesta enérgica y continua contra todo aquello que no fuese educar, instruir, civilizar, engrandecer, moralizar... progresar, en una palabra, con aquella virtud tan suya del cotidiano trabajo. Hablar de la meritísima labor que deja hecha en este instituto equivaldría casi a reseñar su vida diaria. En ligera síntesis, citaré las múltiples excursiones que bajo su dirección se efectuaron, sus obras escritas con temas egabrenses, las numerosas conferencias que dio dentro y fuera de este recinto, la visita de los congresistas del XIV Congreso Geológico Internacional y, para no cansar, el enriquecimiento del gabinete de Historia Natural, digno en su actual estado de una facultad de ciencias.

Juan Carandell también se quiere despedir del pueblo, “de sus numerosos amigos y alumnos que deja en Cabra”, y así, va a la redacción de *El Popular* para decirles adiós y para que lo digan en las columnas del semanario, como leemos en el número correspondiente al 25 de mayo. Sin embargo, Carandell se va el 24 de mayo a Bujalance sin decir nada en el instituto, molesto quizá por no habersele organizado una despedida en consonancia con los diez años que lleva en Cabra y lo que él ha hecho por el centro, Cabra y su Sierra. En consecuencia, el director, don Manuel González-Meneses le escribe al día siguiente una carta en la que le manifiesta su sorpresa por haberse marchado de esa forma: “He buscado las causas que haya podido moverlo para colocarse en esa actitud despectiva y, por conjeturas primero e informes después, sé ya que se encuentra usted molesto con nosotros en general y conmigo en particular por la supuesta fría despedida que se le ha hecho”. El director se justifica: “No ha habido tiempo de organizar nada, y menos en estos días de agobio de trabajo... que no

se ha reunido el claustro todavía...”. Después de elogiar todo lo que ha hecho Carandell por este centro concluye: “Es preciso que usted deponga esa actitud en que se ha colocado y venga a comer con nosotros en el banquete de fin de curso, al cual este año se le dará el carácter de despedida al catedrático cumbre que se nos marchó”.

Al dejar Cabra, Juan Carandell habla de su sucesor en la cátedra de Historia Natural, como también elogiara en su día la labor de sus antecesores. Cuando en 1926 dedica aquellos cuatro artículos al Museo, dice: “Dediquemos un recuerdo a los compañeros que tuve por antecesores, a todos... Y por ser más recientes, consignemos los nombres de Juan Bautista Aguilar y Cano, hoy catedrático en el Instituto de Cuenca y campeón de fecundísima labor, y Ángel Corrales, que profesa en el Instituto de Ciudad Real”.

Ahora ya en Córdoba, dedica todo un artículo a su sucesor en Cabra, don Victoriano Rivera y Gallo, de raíces cordobesas y precedido de un amplio historial académico y profesional, a quien presenta y da la enhorabuena por venir a su provincia después de pasar por Cádiz y Huesca.

Carandell en Córdoba

No esperaba Carandell marcharse a Córdoba. Era más factible la hipótesis de un salto a Madrid, oficial o extraoficialmente, que un desplazamiento a Córdoba. Pero el fallecimiento de don Diego Jordano, el catedrático de Historia Natural de Córdoba, todavía joven, propició su traslado. Todo cuanto la prensa de Córdoba y de la provincia dicen en alabanza de Juan Carandell, él lo ofrece “a la memoria de mi antecesor, don Diego Jordano, a la ejecutoria de otro antecesor que por fortuna vive y a quien algún reconocimiento debe la actual generación cordobesa: Eduardo Hernández-Pacheco, catedrático de la Universidad de Madrid y maestro mío. Y a la memoria de mi padre”. Vemos, pues, cómo Carandell no escatima frases de elogio tanto a sus antecesores como a sus sucesores en la cátedra, lo que, lógicamente, le honra en gran medida.

Con su marcha a Córdoba se van a ir distanciando sus subidas a la Sierra de Cabra. Vale la pena, sin embargo, señalar las numerosas excursiones que durante sus años en Cabra llevó a cabo al Picacho; aunque no todas, muchas quedaron consignadas en el álbum de la ermita de 1913 a 1923 y el siguiente, de 1923 en adelante. “He venido solo con objeto de sacar paisajes, pero el frío y el viento han cortado

mi labor al poco de empezar. Regreso por la Sima. La Sierra de Cabra nevada... nevada y magnífica”. Ocho años después vuelve son sus alumnos a la Sierra de Cabra. “He vuelto a comulgar con este prodigio de la naturaleza, integrándome, cual insignificante partícula, al inmenso paisaje que sintetiza a Andalucía, resumen de España. Es la mejor prueba del cariño que profeso a esta tierra de Cabra y a su Instituto” (25-10-1928). Seis o siete años después, Juan Carandell dedica una cariñosa fotografía al Instituto de Cabra.

Problemas de salud

Sigue lo de las enfermedades. Es elocuente enumerar la cantidad de personas que se interesan por su salud. Su compañero y amigo Juan Novella le escribe desde Sevilla el 14 de diciembre de 1931: “He estado enterado de su salud y no creo que haya visto a nadie de Córdoba a quien no haya preguntado por usted, pero no había querido escribirle si ello le preocupaba, ya que algunos me habían dicho que había mucho de neurastenia en su dolencia”. Todavía el 28 de diciembre del 33, el ingeniero jefe de Obras Públicas de Granada le escribe: “En visitas recientes a Córdoba traté de verlo y me dijeron que estaba usted enfermo y me disuadieron de la visita”.

El mismo Carandell, cuando en marzo del 31 habla de los beneficios del pantano del Guadalmellato, reconoce estar enfermo, y al hablar de los acuíferos que abastecen de agua a Madrid dice: “No tengo datos numéricos ahora mismo por más que los busco, recluso forzosamente, arrestado por una enfermedad”. Este mismo mes recibe Carandell carta de Mariano Zabala desde Madrid adjuntándole unas fotos de Guadalmedina. Pues bien, en la posdata, y a mano, dice: “Tanto el Sr. Lara como yo, antiguos discípulos suyos de Cristalografía de Ciencias Naturales ¿se acuerda Usted? le deseamos una rápida mejoría en su salud”. Estos dos alumnos suyos le vienen a recordar al cabo de dieciséis años.

Parece ser que, de tanta actividad, le pudo sobrevenir un desequilibrio psicosomático producido por alguna infección de estómago, ya que el doctor J. Jimena Fernández le manda un estricto plan de comidas y en el régimen leemos prescrito: Neurosis. Hiperclorhidria. Estamos hablando del 28 de noviembre de 1931.

En el expediente personal de la Facultad de Veterinaria, en su toma de posesión, leemos: “No habiendo ejercitado el derecho de sufragio en las últimas elecciones celebradas en esta capital por encontrarse

enfermo, según certificado facultativo que exhibe, expedido por el médico de esta capital Don Manuel Salinas Valero...”.

La credencial de su nombramiento y toma de posesión la firma don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, como director de la Escuela, y don Germán Saldaña Sicilia, como secretario. Los nombramientos se le irán prorrogando en años sucesivos y en los ceses figura Carandell con fecha de 9 de octubre de 1938, cuando ya hacía un año de su fallecimiento.

Don Gabriel Martín Cardoso, del laboratorio de Mineralogía y Cristalografía de la Universidad Central, le escribe: “Siga siendo optimista, no piense en su enfermedad, que ya está vencida...”. Y Francisco Hernández-Pacheco, hijo de don Eduardo, catedrático de Geografía Física de la Universidad Central, le dice: “Veo que esa salud marcha y que me salí con la mía cuando charlábamos en casa de tu tía. Te pondrás completamente bueno y veremos muchas cosas que, con el cambio y lo aprendido en este lance, comenzarás a hacer de un modo más sosegado y sin quemarte en la propia llama. Hay que tomar la vida con un poco más de filosofía”. Y Luis Muñoz Cobo, amigo, compañero y director del instituto de Málaga, le escribe: “Me alegro cordialísimamente de que su estado de salud haya pasado el Rubicón en el que lo encontré cuando nos vimos últimamente en Córdoba”.

Su propia tía Elvira le da consejos desde Madrid, velando siempre por su salud. Así, el 2 de marzo del 34, le escribe en una tarjeta postal: “Si las piernas aún están flojas no andes mucho. Y la escalera, todo lo menos que puedas”. Lógicamente, si en la avenida de Canalejas, 2, o en la plaza de Colón, 1, que es lo mismo, Carandell tenía en la planta baja la farmacia y en la primera, su vivienda. Es de suponer que estaría el día entero subiendo y bajando. Muy mal debía estar para que con 41 años su tía le aconsejara no gastar fuerzas.

El director del Instituto de Geología Aplicada de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Nancy, el día 11 de enero también le escribe apenado al saber de su enfermedad y le desea un pronto restablecimiento: “Votre aimable lettre m’a vivement peiné; je suis désolé d’apprendre que vous avez été souffrant et que la maladie fut assez grave pour vous empêcher de faire de la Géologie. Puisque c’est la saison des vœux, permettez-moi de vous exprimer mes souhaits les plus vifs pour un complet et prompt rétablissement”.

En carta del 20 de febrero, su antiguo profesor don Eduardo Hernández-Pacheco le dice: “Por su carta veo que ha vencido la enfermedad, pero calma todavía, que le quedan aún muchos años por

delante y no hay que precipitarse”. Pero las noticias de su mejoría se corren y ahora se inclinan por darle saludables consejos para su pronta recuperación. Y así, el profesor de Geografía de la Escuela Normal de Madrid le dice le 21 de febrero: “Querido Juanito, ahora a consolidar esos grandes progresos en tu salud y a acabar de barrer del cerebro esas pequeñas briznas de pesimismo perjudicial que aún quedan. Yo tenía una fe ciega, una fe absoluta en tu restablecimiento total. El tiempo me va dando la razón”.

Entre los que se interesan por su salud está ¡cómo no! su compañero y amigo Orestes Cendrero, catedrático en Santander. “Ante todo, le dice, celebro que ya estás mejor de ánimo psíquico, aunque el cuerpo siga fatigado. ¿Probaste los baños de sol? Creo que dan magníficos resultados en casos análogos”. Carandell sigue soñando con sus tiempos de Madrid y, enfermo todavía, se deja influir por la larga carta de su amigo Joaquín Gómez de Llarena. Todavía tiene alientos para decirle a Carandell: “A veces sueño con que un día nos encontremos todos en este Madrid constituyendo un firme haz de amigos y colegas dedicados por entero a poner el nombre español a la altura de los otros”.

Correspondiente de la Academia de Ciencias

En 1935 va Juan Carandell a pertenecer como correspondiente en Córdoba a la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en la sección de Naturales. El primero que le escribe en ese sentido es Eduardo Hernández-Pacheco, pero quien realmente inicia las gestiones pertinentes y quien propone a Carandell es Sampelayo: “Propuse a Usted como académico correspondiente con la alegría bien lógica, por otra parte, de que su nombre fuese aceptado inmediatamente” (carta del 25 de enero). Un día le ha escrito Hernández-Pacheco: “Hoy se ha planteado en la sesión de la Academia, sección de Naturales, la cuestión de los corresponsales nacionales... Y como no están todas las vacantes cubiertas, he cogido la cuestión al vuelo y propuesto que debían nombrarse algunos correspondientes de Geología, de cuya disciplina hay pocos. Se ha acordado que uno de ellos sea Usted. Su propuesta la firmaron conmigo Novo y Sampelayo. Me enseñó Sampelayo una carta de Usted relacionada con esto y ya ve que me hice cargo enseguida”.

José Royo, del Museo Nacional de Ciencias Naturales, le escribe el 1 de febrero: “Puedo decirte que Don Ignacio sintió mucho que hicie-

ras a Sampelayo la indicación de lo de académico correspondiente de la de Ciencias y, en cuanto aquél se lo dijo, le faltó tiempo para proponerte”.

Por fin, Juan Carandell, algo recuperadas las fuerzas, se entrega de nuevo a sus tareas docentes e investigadoras. Es ya un hombre famoso, conocido en todas partes, y se relaciona constantemente con el mundo científico e intelectual y de la calle de su época. Ello llevaría a provocar ciertas inyecciones provenientes de algún sector de las izquierdas más radicales: el periódico republicano de Córdoba *Ágora*, en la sección de “Rumores”, llegó a decir el 19 de octubre de 1935: “¿Esta cátedra? Del Sr. Carandell. ¿Esta farmacia? Del Sr. Carandell. ¿Esta auxiliaría? Del Sr. Carandell. ¿Este libro? Del Sr. Carandell. Oiga, amigo, diga que “too” lo que abarca la vista es del Sr. Carandell y quedo “enterao”.

Venían a atacar a quien, con su único esfuerzo personal, había conseguido la cátedra, la farmacia, la plaza de auxiliar interino en la Escuela de Veterinaria y, claro, los libros que escribió, y a mayor abundamiento lo hacían contra quien siempre se consideró –paradojas de la vida– “de izquierdas y republicano”. “Mi ideal es el republicano”, proclamaba el 20 de febrero de 1930, cuando en las páginas del *Noticiero Sevillano* se ocupaba del “eterno problema de las izquierdas españolas”.

Es precisamente en el año que nos ocupa, 1935, cuando dedica una foto de estudio al Instituto de Aguilar y Eslava de Cabra: “Recuerdo –dice– de mis mejores años de profesorado”.

Deterioro físico y fallecimiento

En el año 1936 va a iniciar un lento pero progresivo deterioro físico y, como consecuencia, una progresiva disminución en su actividad,



Fotografía de estudio de don Juan Carandell con dedicatoria al Instituto de Cabra.

hasta el punto de que de la veintena o treintena de publicaciones anuales, este año van a ser solo media docena las que salgan de su pluma y que, de las cerca de sesenta cartas, ahora la cosa queda reducida a unas veinticinco.

Pero lo que realmente cambió su vida y la de su familia fue el alzamiento nacional, el levantamiento militar, que se produce el 18 de julio de 1936. Carandell ha ido a Madrid con don Antonio Zurita, su suegro, quien vuelve a Córdoba sin problemas el 18 por la noche y a Carandell, tras intentarlo en el tren de la mañana siguiente, le es imposible regresar: prácticamente se ha declarado el estado de sitio o estado de guerra, se han quedado bloqueadas todas las comunicaciones y no puede volver a Córdoba. Se hace en Madrid con un volante o salvoconducto, lo que le permite trasladarse a Figueras. El documento le es expedido por el subsecretario del ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes: “El portador de este volante, don Juan Carandell Pericay, es catedrático de Córdoba. Desea trasladarse a Figueras, por lo que se ruega a autoridades y milicias tengan por suficientemente justificada su personalidad en el sentido expresado”.

Juan Carandell, en consecuencia, se marcha a tierras catalanas: se refugió con unos parientes en el pequeño pueblo Begur, cerca de su ciudad natal; de allí eran sus primas Irene, Ramona y Gracieta, que tanto cariño tenían a su tía Elvira, a su “volguda” tía. Después se trasladará a Pals, en donde fallece en la calle Ingeniero Algarra, 21, el día 30 de septiembre de 1937, a las dieciocho horas, a causa de hemotisis tubercular. Fallece a los 44 años de edad. Mucho se ha especulado sobre su muerte: el tiempo que Juan Carandell pasó por aquellas tierras, siempre tomando notas, fotografías y medidas, daba que pensar. Algunos creían que podía ser un anarquista huido y refugiado en tierras catalanas; otros afirmaron que el deceso se produjo por la explosión de una bomba, a consecuencia de la cual le vino un derrame cerebral y murió. También se habló del autor de la bomba, un tal Vilela o Vilella, que sería el causante de su prematura desaparición. Su entrañable amigo Robert Aitken, miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres y profesor en Brighton, le da la noticia de su fallecimiento a Silveria Zurita, su esposa, mediante dos telegramas: “Juan gravísimo” y horas más tarde “Juan ha muerto”. No le quiso dar la noticia de una vez.

El profesor Lluís Solé i Sabarís afirma que el motivo de ir a Madrid fue “en cumplimiento de obligaciones paternas, esperando la llegada del resto de la familia para ir a pasar el verano a la Costa Brava cata-

lana”. Su hija Irene dice que va a Madrid a ver a su tía Elvira, la que lo crio con su padre, que vive en la calle Rodríguez Sampedro (Argüelles) a cuestión de unas traducciones en alemán y unas ediciones de trabajos suyos”. “Precisamente –continúa Irene– el 18 de julio por la noche saldríamos mi madre y los dos hijos para la Costa Brava a conocer su tierra. Teníamos 16 y 13 años, edad perfecta para ello. Él se uniría con nosotros en Alcázar. Aquel viaje nunca se hizo realidad”. Pau Vila dice que “va a su tierra en cura de reposo durante las vacaciones”... “habiem sabut que el meritissim geograf es trobava a la seva comarca nativa en cura de repos...”.

Los testimonios de condolencia se suceden. En primer lugar, el *Diario de Córdoba* de 6 de octubre: “Sentimos mucho la muerte del Sr. Carandell y enviamos a su desconsolada esposa, doña Silveria Zurita, a su padre político, nuestro entrañable amigo y colaborador don Antonio Zurita y demás familia, el testimonio de nuestra condolencia por tan irreparable pérdida”. En la sesión del sábado 20 de noviembre también se hace constar “el pesar del pleno de la Real Academia acordándose consignar en acta el profundo sentimiento de la Corporación por la muerte de nuestro compañero académico don Juan Carandell Paricay, no ha muchas semanas en un pueblo de Cataluña”.

Igualmente, la prensa egabrense se ocupa también de la muerte de Carandell. *El Popular* del 13 de octubre le dedica un amplio artículo que firma El Bachiller Egabrense titulado “Una pérdida irreparable para la ciencia española”. “Don Juan Carandell y Pericay, buen profesor y mejor hombre de ciencia, a punto de escapar de la zona roja, ha muerto en Pals, joven aún, 44 años, cuando tanto podría esperarse de su dinamismo, de su entusiasmo y de su talento”. También *La Opinión* inserta la necrológica de Carandell el 17 de octubre y, tras evocar sus innumerables méritos, concluye: “A su desconsolada esposa, doña Silveria Zurita Romero, hijos Juan e Irene, padre político don Antonio Zurita Vera y demás familiares, les enviamos la expresión de nuestro dolor”.

Desde su llegada a Cataluña hasta su fallecimiento transcurren aproximadamente un año y tres meses, tiempo en el que no estuvo inactivo y que dedicó con una actividad asombrosa a estudiar el Bajo Ampurdán, obra digna salida de su pluma que estamos conociendo y disfrutando tantos años después. Quien escribe estas líneas recibió este facsímil hace pocos días dedicado cordialmente por su nieto, que sigue manteniendo su nombre y primer apellido, el gerente en la Dipu-

tación de Córdoba don Juan Carandell Mifsut. Vale la pena hablar un poco del trabajo mencionado, *El Bajo Ampurdán*.



De izquierda a derecha, Fernando y Juan Carandell Mifsut, su prima María del Carmen Lasarte Carandell, Esther Carandell Mifsut y Julián García García, autor de este trabajo.

Publicación póstuma de *El Bajo Ampurdán*

Se realizó entre los años 1936 y 1938. En el año 2007, el Ayuntamiento de Pals tuvo conocimiento de la figura de Juan Carandell y Pericay a través del catedrático de Geología de la Universidad de Oviedo don Jaume Truyols, el señor Josep Junqué y miembros del Círculo Catalán de Historia, entre otros, quienes entregaron al alcalde de Pals, don Joan Silvestre Albertí, un ejemplar del mencionado libro. Pero fue la concejala del Ayuntamiento de Pals quien se desplazó a Córdoba a proponer la edición del libro, propuesta que fue plenamente aceptada por la Diputación de Córdoba: “No podía negarme”, decía el diputado de Cultura, señor Mariscal. “Era como si el destino me trajese la oportunidad de devolver parte del amor, del esfuerzo que Juan Carandell derramó entre nosotros durante su estancia en Cabra y Córdoba”, y así Córdoba da a la imprenta en su colección de “Textos

recuperados” este trabajo del Bajo Ampurdán, en colaboración con el Ayuntamiento de Pals.

El Bajo Ampurdán que ahora tiene en sus manos quien escribe estas líneas está prologado por el catedrático de Geología de la Universidad de Oviedo, quien al referirse a Carandell, afirma:

Este ampurdanés instalado en Madrid y más tarde en Andalucía llegaría a ser una figura importante entre las promociones de científicos de la escuela madrileña de aquellos momentos. A partir de entonces, su vida como docente y científico se centró en el estudio de la tierra andaluza, donde su figura adquirió un prestigio extraordinario, que se extendió más allá del ámbito estrictamente local. Sus numerosas publicaciones, de carácter puramente geológico unas, de tipo geográfico otras, muestran una evidente integración personal de Carandell en esta tierra, aumentada pronto por su enlace con la heredera de una importante familia cordobesa.

El entonces catedrático de Granada Lluís Solé i Sabarís escribió una semblanza sobre su persona en 1941 en la presentación de su obra en el Congreso Geológico. No vaciló en clasificarlo como “geólogo y geógrafo andaluz”, calificación que no obstante no podía excluir su gran estima sobre el Ampurdán, la tierra donde había nacido y donde había desarrollado su atracción por la naturaleza. Él mismo ignoraba que el destino le reservaba un retorno definitivo a su tierra catalana, a Pals, donde descansan sus restos para siempre.

APÉNDICE

**Escenas de la vida familiar de los Carandell
según su nieta Esther**

Fuera de contexto incluimos como apéndice unas páginas sobre la vida familiar de Juan y Silveria, referidos a la acogida en Cabra de los participantes en un congreso internacional de Geología, y al posterior traslado a Córdoba para residir en la nueva vivienda familiar de Plaza de Colón, 1, frente a la Puerta de Osario, una casa con dos pisos y un total de 400 metros cuadrados que pronto se llenó de risas infantiles, de colecciones de minerales y de herbarios, de libros y partituras de piano. El texto, reproducido en facsímil a partir de la página siguiente, pertenece a un libro de recuerdos familiares escrito por Esther Carandell Mifsut, en base a testimonios de su abuela Silveria.

-Que no nen, que no, que yo no deixo mi casa, que yo no me voy a molestar a casa de nadie.-respondía cabezona la anciana.

Y allí quedó en Madrid, tía Elvira, trayendo una necesidad más para viajar hasta Madrid en ocasiones más seguidas.

El XIV Congreso Internacional de Geología, con la sombra del fallecimiento de don Gregorio, fue todo un éxito.

La visita de los “sabios” a Cabra y a sus Sierras, al Picacho, el acontecimiento de la temporada, de lustros y décadas después en el pueblo.

El viernes 14 de Mayo, el balcón del Ayuntamiento de la localidad, engalanado con las banderas de los doce países participantes además de la Española: Inglaterra, Francia, Checoslovaquia, Noruega, Estados Unidos, Finlandia, Rumanía, Alemania, Escocia, Holanda, Hungría y Cuba.

Las recepciones en la Casa Consistorial, la visita al Museo de Ciencias del Instituto Aguilar y Eslava, el ágape en el Patio Acristalado del mismo centro, las conferencias en la Biblioteca y el paseo por el pueblo de Cabra que terminaba la primera jornada de la excursión, daba la oportunidad a Silveria de mostrarse como la perfecta anfitriona. Ella acompañaba a las esposas que de algunos de los científicos habían venido al congreso, les explicaba en un perfecto francés e inglés cualquiera de las curiosidades y de las costumbres del pueblo, tanto culinarias como artesanales, que a las damas llamaran su atención.

La actividad programada para el siguiente día era la visita, ese sábado 15, día de San Isidro, a la Virgen de la Sierra. En Los Lanchares los borriquillos esperaban

preparados para subir, por el camino del Santuario, a los ilustres jinetes que rodeados de romeros iniciaban divertidos su andadura.

La visita científica, tras la magnífica exposición de Juan de sus trabajos sobre las Sierras Béticas y sobre sus conclusiones de aquel paraje como Centro Geográfico de Andalucía, de sus gestiones y visitas, junto con su amigo y profesor don Eduardo Hernández-Pacheco para que el lugar fuera nombrado, por la Comisión Técnica pertinente, Sitio Natural de Interés Nacional y el descubrimiento de una placa conmemorativa con los nombres cincelados en mármol, tanto de los científicos asistentes como el de sus países de procedencia, el Picacho se convirtió en una auténtica Romería.

Los romeros que habían subido y que eran todo el pueblo tenían allí la casa de la Cofradía de la Virgen de la Sierra, Y de allí comenzaron a sacar viandas y productos típicos de la comarca regados con fino de Montilla y de Moriles que junto con algún vino dulce, hacían las delicias de los congresistas y de las señoras.

Los “sabios” maravillados con el jamón y la caña de lomo, el salmorejo y la tortilla de patatas, las ensaladas y los tomates aliñados de las huertas de Cabra y los flamenquines de serrano y lomo que se servían.

-¿Qué ser esto mister Carandell?-preguntaba un congresista escocés junto al grupo estadounidense en inglés, señalando el trozo del pequeño rollo de carne empanado con jamón serrano dentro.

-Se llama flamenquín y es muy típico de Córdoba.-contestó Silveria sacando a su marido del aprieto culinario.

Entre explicaciones gastronómicas sobre el salmorejo y la tortilla de patatas y las contemplaciones del magnífico

paisaje, mientras terminaba la comida en el Picacho, en el patio de la Cofradía donde los romeros sacaron las guitarras y comenzaron a tocar, a cantar y a bailar coplas populares y flamencas que hicieron las delicias de las delegaciones extranjeras que a pesar de la fría mañana de aquel Mayo Cordobés y a mas de 1200 metros de altura entraron en calor entre palmas y oles.

El Torcal de Antequera sería la siguiente parada para los excursionistas. Tras el final de esta excursión y mientras el congreso continuaba en tierras granadinas, Silveria y Juan partieron para Madrid, donde Juan junto a Obermaier, mostrarían la Sierra de Guadarrama como colofón al congreso.

-¡Que bien está saliendo todo!-comentaba Juan con Silveria durante el viaje en tren a Madrid.

-La verdad es que si,-respondía Silveria.-Lo hemos pasado estupendamente en el Picacho y los congresistas se fueron la mar de divertidos. ¡Con lo serio que parecía tu colega inglés y mira como se arrancó a bailar con aquella romera!

-Yo no me lo podía ni creer.-reían los dos recordando anécdotas de la visita.

* * *

El nuevo año de 1927 traería más de una sorpresa: Juan obtendría un nuevo destino, por concurso de traslados, a la Cátedra de Ciencias Naturales del Instituto de Córdoba, con lo que tanto él como Silveria veían que se facilitaban los desplazamientos a Madrid; y el Lyceum Club Femenino sería objeto de las críticas más incendiarias por parte de los sectores conservadores del país y de la Iglesia.

El Instituto donde fue trasladado Juan, estaba situado en la esquina de la Calle Claudio Marcelo con la Plaza de las Tendillas, en el centro de Córdoba capital.

Silveria y Juan buscaron una vivienda que se adaptara a sus necesidades, no muy lejos del Instituto y cercana a la estación del ferrocarril. La ciudad comenzaba a desplazarse hacia aquella zona de avenidas amplias y modernos edificios, para ir abandonando las callejuelas estrechas de la judería y el casco antiguo.

En la esquina de la plaza de Colón con la Avenida de Canalejas, en el N° 2 de ésta, frente al Campo de la Merced, en un edificio de nueva construcción, al que apenas le faltaban algunos detalles de terminación, con dos plantas de viviendas, planta de azotea con trasteros, planta baja para locales comerciales y vivienda para los porteros; Silveria y Juan trasladaron su domicilio.

-Es precioso y mira la luz que tiene.-comentaba feliz Silveria mientras visitaba la vivienda con Juan y con don Antonio.

-Y la calefacción central es magnífica,- comentaba Juan parándose a mirar detenidamente, los modernos radiadores de hierro fundido que se distribuían por toda la vivienda.

-¿Pero os quedareis con los dos pisos o sólo con uno?- preguntaba don Antonio que veía la ocasión de tener habitación en la capital.

-¡Con los dos!-contestaron al unísono la pareja mientras se miraban divertidos por la coincidencia de la expresión.

Los dos pisos se unieron por las dos salas de estar. Eliminando el tabique medianero, en su lugar se colocó una separación de madera y cristal esmerilado con una puerta de acceso de una a otra vivienda.

En el piso exterior, algo mas pequeño que el interior y que Silveria y Juan habían decidido que sería para ellos su apartamento, y al que se accedía por la puerta derecha del rellano de la escalera, se eliminó el primer dormitorio para dejar un amplio recibidor, amueblado con un amplio tresillo de terciopelo verde y brazos de madera tallada, con mesa de café a juego; un amplio perchero con bastonera, sombrerera y espejo que Silveria colocó a la derecha de la puerta de entrada de la pared que formaba ángulo recto con la puerta del despacho de Juan; el arcón tallado de madera de castaño, bajo la ventana de la izquierda con el velón de bronce dorado de Lucena sobre él y una estantería de media altura sobre la que se colocó el teléfono y su guía de números.

A continuación del recibidor, la galería daba acceso a los dos dormitorios de la derecha: el de invitados y el de Juan y Silveria; el amplio cuarto de baño a la izquierda seguido de la pequeña cocina en la que ellos podían prepararse el té y la merienda, sin necesidad de tener que pedírsela al servicio y en la que a Silveria le parecía jugar a las casitas; al fondo, la puerta con la que terminaba la galería, y allí el salón del piano, cuya esquina, opuesta a la puerta de acceso, se hacía semicircular y se abría al amplio balcón curvo desde el que se veía el campo de la Merced a la izquierda y toda la avenida de Canalejas a la derecha.

-Aquí en esta esquina pondré mi gabinete con la correspondencia,-explicaba Silveria ilusionada a Juan.- allí el tresillo de flores, el pequeñito, con la mesa camilla nuestra, junto al balcón redondo; aquí en el centro la mesa grande del comedor y en aquella pared la vitrina de la cristalería.

-Como a ti más te guste.-contestaba Juan al que le gustaba ver tan alegre a Silveria.

-Y el piano aquí, en este testero de la izquierda y junto a él, la estantería de las partituras.-terminaba Silveria de decorar mentalmente el salón para ellos.

En cada uno de los dormitorios, Silveria mandó poner, tras la puerta, un pequeño lavamanos, con una pequeña zona de azulejo blanco para proteger la pared de las salpicaduras del agua y donde mandó colgar un espejo sobre él.

Por la puerta de la divisoria de madera y cristal que unía los dos pisos, se pasaba a la sala de estar donde se reunían toda la familia y que daba salida al pequeño vestíbulo que salía al rellano de la escalera por la puerta de la izquierda de esta y al pasillo del piso interior

Con la unión de aquellos dos pisos, la casa se convirtió en una confortable vivienda de 400 metros cuadrados que se llenó de risas infantiles, de colecciones de minerales y de herbarios, de libros y de notas de piano.

Tía Elvira les enviaba, puntualmente una vez a la semana, los diarios de Madrid que no llegaban a Córdoba y a partir de la segunda quincena de julio les mandó cuatro números consecutivos de la publicación del órgano oficial de la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María y del comité ejecutivo de la Obra de la Buena Prensa.

-Juan,-comenzó a hablar Silveria con su marido sin perder ojo de una de las revistas que tía Elvira le había remitido desde Madrid.-¿tú has visto lo que dice "Iris de Paz" sobre el Lyceum y sobre nosotras?

-Tú sabes que yo esas revistas religiosas no las leo,-contestaba Juan enfrascado en la lectura de otro de los periódicos que acababa de llegar,-a ver, cuéntame qué dice el clero.

-¿Qué qué dice?-contestó Silveria airada.-¡Qué las señoras del Club somos "liceómanas"!;que deberían internarnos como locas o criminales!; que somos señoras sin virtud y sin piedad!- entresacaba frases de aquellos textos, cada vez más indignada Silveria.

-No puede ser cierto,-comentaba sorprendido y a la vez divertido Juan que bajó su periódico sobre el regazo.

-¿Qué si lo es? vaya si lo es,-le enseñaba Silveria el artículo a Juan.- y a mi no me hace ni pizca de gracia, con que... ¡yo no sé de qué te ríes!

-Es que realmente me parece...no sé, si cómico o ridículo.-explicaba Juan su risa ante los acontecimientos leídos.-¿tanto miedo os tienen los curas cómo para publicar esto?

-Yo ya sabía algo por la correspondencia con doña María, con alguna de mis compañeras que me lo habían contado y por la carta que me dio el Párroco de Capuchinos, de la circular que remitieron a la Unión de Damas Españolas.-seguía narrando, con la cólera en aumento, Silveria.

-De eso no me comentaste nada ¿ha pasado algo más?-preguntaba curioso y cada vez más divertido Juan.

-Claro que sí, pero no te rías.-se enfadaba Silveria ante la mofa de su marido.-y no te dije nada por que al principio pensé que pronto terminaría, que no llegarían tan lejos.

-Que no me río por el Lyceum, que no es por vosotras,- repetía Juan- que es por esta gente de Iglesia que no tendrán otra cosa mejor que hacer que arremeter contra una reunión de mujeres. Anda sigue, sigue contando.

Silveria siguió narrando todas y cada una de las acciones disuasorias, y poco efectivas, que desde la congregación de las Hijas de María se realizaron para apartar a las mujeres de aquel antro de pecado.

-Si hasta el mismísimo director espiritual ha pedido que se devuelvan la medalla de la congregación si no nos damos de baja en el Lyceum.-contaba Silveria que comenzaba a reírse ante las carcajadas de su marido.

-No puede ser verdad todo lo que me estás contando.-decía Juan incrédulo y riéndose con la anécdota de la medalla.

-Tú no te preocupes que vosotros los maridos también cogéis rasca.-le indicaba Silveria a Juan.

-¿Yo también me voy a condenar?-preguntaba Juan con sorna.

-Escucha lo que escribe este tal Lorven que, según tengo entendido, es el seudónimo de un sacerdote,-continuó ella que entresacaba párrafos y líneas de los textos.-“El Lyceum es la verdadera calamidad para el hogar y enemigo natural de la familia y en primer lugar del marido, cuya autoridad se invoca para poner coto a tantos males”.

-Ya se sabe, Silveria: la mujer en la casa con la pata quebrada.-apuntaba Juan sentencioso.-¿Qué más dice? Porque me parece inaudito.

-¿Qué va a decir? Una cantidad de impropiedades increíbles, desde que nuestros hijos son unos desgraciados, a que somos una amenaza para la fe y la sociedad, pasando por lo que te dije que tenían que

recluírnos...lo que quieras.-cerraba con gran enfado, las páginas de aquellas revistas Silveria.

-¡Y todo por ser una asociación laica!-concluía Juan.

-Por ser laica, no. Es por que somos mujeres y no podemos salir del ámbito doméstico, mucho menos pensar y cambiar con ello, todas sus estructuras.-rebatía ella el argumento de Juan.-Aunque pensándolo bien, ¡también están los políticos de uno u otro signo que no quieren oír hablar de los derechos femeninos!

-Algún día todo esto tendrá que cambiar, quizás nosotros no lo veamos pero nuestras hijas... y sobre todo nuestras nietas, seguro que sí.-vaticinaba Juan.

Silveria nunca tuvo muy claras las intenciones de tía Elvira con aquel envío y la señorita de Maueztu decidió denunciar ante los tribunales las difamaciones de aquella publicación, con la representación ante ellos de la abogada y antigua residente Victoria Kent.

La vida continuaba su curso: Juan estrenaba su nueva Cátedra y continuaba con los estudios de geología; Silveria con los niños, la correspondencia con sus amigas y las colaboraciones que hacía en las traducciones de Juan y los dos con el nuevo e ilusionante proyecto de la apertura de la farmacia, su farmacia.

Esta se abrió en los bajos del edificio a donde se trasladaron a vivir, en el N° 1 de la plaza de Colón.

El Diario Liberal del 13 de enero anunciaba en sus páginas: "Próxima apertura Farmacia Carandell -Plaza Colón, 1 (Frente a la Puerta de Osario) Droguería.

La refrenda que del acto, se hacía eco el Diario de Córdoba de la mañana del 20 de enero de 1928, llenaba de orgullo a Juan y a Silveria.



**MARÍA TERESA GARCÍA MORENO,
UNA VIDA PARA LA MÚSICA (1910-2003)**

por

JUAN MIGUEL MORENO CALDERÓN
Académico Numerario

Introducción

Como discípulo suyo que fui y como académico, pero también como músico y como cordobés, considero un acierto de nuestra Real Academia el incluir a María Teresa García Moreno en esta primera serie de académicos en el recuerdo. Ella fue numeraria de esta corporación durante casi sesenta años, catedrática de Piano del Conservatorio Superior de Música, y eminente pianista y conferenciante. Sin duda, tanto la Academia como Córdoba tuvieron una inmensa suerte al contar con esta madrileña de cuna: una artista insigne e intelectual de anchas miras y, sobre todo, un ser humano excepcional.

A lo largo de las siguientes páginas quedarán reseñadas las diversas facetas de su quehacer profesional y artístico, ciertamente admirable. Y, de una manera especial, su intensa relación con Córdoba, adonde llegó en los albores de los años cuarenta, luego de una amplia formación musical en Madrid y París, y de probar las mieles del éxito como concertista de piano en una carrera para la que contaba con los mejores augurios, pero que la Guerra Civil truncó en cierta medida.

Una relación con Córdoba que debe subrayarse: por las muchas generaciones de pianistas que aquí formó, por tratarse de una de las figuras más destacadas en la centenaria historia del Conservatorio, por su aportación divulgadora a la vida musical de la ciudad y por sus espléndidos trabajos realizados en esta Academia. En definitiva, por un ejemplo de compromiso que se antoja más significativo aún, si pensamos que, pudiendo haber regresado en numerosas ocasiones al Madrid de su infancia y juventud (con motivo de cualquier concurso de traslados, que hubiese ganado por antigüedad y mérito), María Teresa decidió quedarse aquí.

De entrada, obligado es hacer mención de las principales aportaciones que hasta hoy se han producido en el estudio de esta artista, de las cuales es deudor el presente trabajo. En primer lugar, de sumo interés es “María Teresa García Moreno, música al atardecer de la vida”,

en la obra *Memorias de Córdoba*, del periodista y escritor Francisco Solano Márquez Cruz¹; amplia conversación en la que María Teresa recuerda los hechos más relevantes de su vida, la Córdoba que conoció y admiró, el ambiente musical de la ciudad e interesantes consideraciones sobre el Conservatorio. Sin este valioso documento, difícil hubiese resultado adentrarse en la peripecia vital y artística de María Teresa, más allá de los datos biográficos recogidos en algún programa de mano de sus conciertos, determinadas consideraciones vertidas en entrevistas de prensa y opiniones de quienes la conocieron.

Mucho más reciente es el trabajo del pianista y profesor Antonio Cantero Mazariegos titulado *Estudio biográfico de la pianista María Teresa García Moreno (1910-2003) en su dimensión artística, pedagógica y académica*²; magnífico estudio en el cual el autor hace un atento recorrido por la vida y la actividad profesional de la biografada, proporcionando numerosos datos procedentes en muchos casos del propio archivo personal de la pianista y no incluidos en otras fuentes bibliográficas o hemerográficas.

Por último, no puedo obviar la importancia del conocimiento directo que de su persona, su magisterio y su capacidad interpretativa me proporcionaron los diez años en que fui discípulo suyo en el Conservatorio, y los muchos más en que busqué su consejo y afecto. Dicho conocimiento personal, junto a las fuentes antedichas y diversas puntualizaciones obtenidas de otras referencias bibliográficas y hemerográficas citadas en su momento, así como la documentación existente en el Archivo del Conservatorio Superior de Música, me han permitido acercarme a la figura de María Teresa García Moreno con el rigor y el conocimiento suficientes para tratar de hacer una semblanza que, sin ánimo de exhaustividad, haga justicia empero a su alta talla intelectual, artística y humana.

Sean estas líneas, pues, un sentido homenaje a quien tanto dio por sus discípulos, por la música y por Córdoba.

¹ Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1985, pp. 91-108.

² Realizado en 2012 en el marco del máster en Patrimonio Musical organizado por la Universidad Internacional de Andalucía y la Universidad de Granada, este interesante trabajo se halla todavía inédito. Por ello, quiero agradecer vivamente a su autor la cortesía y generosidad mostradas al ofrecerme una copia del mismo.

Madrid. Años de formación

María Teresa García Moreno nació en Madrid el 29 de diciembre de 1910, en el seno de una familia de clase media. Tras recibir las primeras lecciones de música de su padre, a los siete años comenzó los estudios reglados en el Conservatorio, concluyendo los de Piano en 1924 con Primer Premio por unanimidad. Tenía entonces trece años de edad. Tal circunstancia habla por sí misma del extraordinario talento musical que poseía, el cual pudo ser convenientemente desarrollado con maestros de la talla de Joaquín Larregla en Piano, José María Guervós en Acompañamiento, Rogelio del Villar en Música de Cámara, Pedro Fontanilla en Armonía, Conrado del Campo en Composición o Eduardo Martínez Torner, Óscar Esplá y Nemesio Otaño en Folclore. Es decir, un plantel de profesores que hoy forman parte de la historia de la música española³. El Conservatorio estaba dirigido a la sazón por Tomás Bretón, en la que fue su segunda etapa como máximo rector de la acreditada institución musical, y desde 1921 por Antonio Fernández Bordás⁴.

El contexto musical de aquella época de formación de María Teresa nos traslada hasta los grandes estrenos de Manuel de Falla en Madrid luego de regresar de París en 1914, la actividad incesante de Joaquín Turina, el germinar de lo que sería la Generación musical del 27 o las crónicas y ensayos de Adolfo Salazar en *El Sol*. Es decir, un tiempo apasionante en el que la vida musical española, y la madrileña en particular, es un hervidero de nuevas iniciativas y de consolidación de ese espíritu regeneracionista iniciado con los compositores de la escuela nacionalista, inspirados por Felipe Pedrell. De alguna forma, la música participa también entonces de esa *edad de plata* de la cultura española, la cual se verá abruptamente alterada con el estallido de la Guerra Civil⁵.

³ Véase MARCO, T.: *Historia de la música española. Siglo XX*. Madrid, Alianza, 1989.

⁴ Para todo cuanto tiene que ver con el Conservatorio capitalino, es imprescindible consultar la obra de Federico Sopena *Historia crítica del Conservatorio de Madrid*. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1967.

⁵ Sobre esta interesantísima etapa de nuestra cultura, de obligada mención es MAINER, J.C.: *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proyecto cultural*. Madrid, Cátedra, 1986. Y con particular atención a cuanto concierne a la música, véase CASARES RODICIO, E.: "La música española hasta 1939, o la restauración musical", en *Actas del Congreso Internacional "España en la Música de*



Tras concluir sus estudios de Piano María Teresa García Moreno recibe en 1924 el Primer Premio por unanimidad.

Pero al hablar de la formación de María Teresa, y además de lo que a buen seguro supuso para ella tan fabuloso contexto musical y cultural, conviene detenerse en algunos aspectos. En primer lugar, los estudios de Piano, pues entonces en el Conservatorio impartían esta especialidad, entre otros, José Tragó, Pilar Fernández de la Mora, José Cubiles y su propio maestro Joaquín Larregla, navarro a quien se conoce sobre todo por sus composiciones pianísticas, pero que fue igualmente un magnífico intérprete⁶. También relacionado con los estudios pianísticos, ya hemos referido el que los terminara con sólo trece años de edad, lo que demuestra una precocidad poco común. Pero no se ha dicho que la obra de libre elección con la que obtuvo el Premio Fin de Carrera (también llamado Diploma de primera clase)

Occidente” (Salamanca, 1985). Vol.2. Madrid, Ministerio de Cultura, 1987, pp. 261-322. Y del mismo autor: “La Generación de la República o la Edad de Plata de la música española”, introducción al ciclo *Música española de la Generación de la República*, celebrado en Madrid entre mayo y junio de 1983. Madrid, Fundación Juan March, 1983, pp. 7-26.

⁶ SOPEÑA, F.: *Historia crítica...*, *op.cit.*, p. 240.

fuese nada menos que *Mazeppa* de Liszt⁷, lo que no ha de pasarse por alto, pues se trata de una composición que sólo puede incluirse entre las más virtuosísticas que jamás se hayan escrito para el instrumento de teclado. Es decir, nos hallamos ante una pianista precoz y al tiempo poseedora de una formidable técnica, que le permite abordar el repertorio más difícil y reservado a los auténticos virtuosos.

Otra clave de su formación nos la ofrece el hecho de que, además de la especialidad de Piano, ardua en sí misma, abordase con posterioridad la de Composición, también de enormes exigencias. Lo cual demuestra que no estamos ante una mera virtuosa del piano, afanada sólo en triunfar como concertista, algo ya de por sí sumamente meritório, sino ante una artista que desea ir más allá en la búsqueda de la verdad musical. Y resulta relevante que para tan noble empeño contara con el magisterio de Conrado del Campo, figura capital de la música española de la primera mitad del siglo XX.

También en esa misma clave de intensa curiosidad intelectual y búsqueda del mayor conocimiento musical situamos el hecho de que dedicase varios años al estudio sistemático del Folclore. Sin duda, un buen aprendizaje para entender mejor el verdadero sustrato de muchas músicas, y de la española en particular. Eduardo Martínez Torner fue uno de los grandes maestros en este campo y María Teresa pudo trabajar con él esta disciplina, así como con el insigne compositor Óscar Esplá.

En definitiva, cabe concluir que María Teresa atesoró una completa formación, en la primera institución musical del país y a cargo de los mejores maestros que había entonces en España⁸. Conviene subrayar este hecho, en tanto que la carrera de la pianista madrileña transcurriría en el futuro en el ámbito de la enseñanza principalmente, de suerte que quienes fueron sus discípulos no sólo disfrutaron de una buena profesora de piano, sino de una maestra con un amplísimo bagaje teórico-práctico, lo cual redundó sin duda en una más sólida formación de aquéllos.

⁷ Revelador dato que nos viene dado por la reseña que, con el título “Los premios de piano en el Conservatorio”, hace el diario ABC el 2 de julio de 1924 (tomado en CANTERO MAZARIEGOS, A: *Estudio biográfico...*, op.cit., p. 22).

⁸ En el Archivo del Conservatorio Superior de Música Rafael Orozco se encuentra el expediente personal de María Teresa, documentación de interés para conocer, entre otras cosas, todo lo relacionado con la formación de la pianista y sobre quienes fueron sus maestros en el Real Conservatorio de Madrid.

Concertista de piano

Paralelamente a la formación musical adquirida con posterioridad a los estudios pianísticos, la que se refiere a las titulaciones de Composición y de Folclore, María Teresa tuvo una actividad concertística reseñable. Es decir, recién terminados los estudios de Piano, de manera brillantísima como se ha visto, y a partir de los quince años de edad, fueron numerosas las ocasiones en las que la joven pianista pudo presentarse ante el público, generalmente en distintas salas de Madrid. En este sentido, y como muy bien ha recogido el profesor Cantero Mazariegos, la década 1926-1936 fue de singular fulgor concertístico para María Teresa:

Muchos y en formatos variados fueron los recitales de María Teresa. Predominó el recital de piano sólo en dos o tres partes, aunque también hubo lugar para el misceláneo evento donde podían intervenir cantantes, violinistas, pequeños coros, recitales poéticos, así como la fórmula de conferencia concierto y el concierto radiofónico. Se presentó en el Círculo de Unión Mercantil, Círculo de Bellas Artes, Ateneo de Madrid, Hotel Ritz, la Masa Coral de Madrid, Casino Militar, Teatro Lara, Teatro Infanta Beatriz, los salones de Protección al Trabajo de la Mujer, los estudios de Unión Radio, así como el Teatro Juan Bravo y la Universidad Popular San Quirce de Segovia⁹.

Los programas de aquellos conciertos nos informan del repertorio que manejaba. Dejando a un lado determinadas piezas de salón, entonces muy en boga y hoy en desuso, dicho repertorio incluía a Bach (tanto la *Fantasia cromática y fuga* como la organística *Toccata y fuga en re menor*) y varias sonatas clásicas y preclásicas. Así, de Mozart, la K.331 (conocida como de la *Marcha turca*), y de Beethoven la *Claro de luna* y la *Waldstein*, principalmente. También sonatas de Scarlatti. No así Haydn, quizás porque en aquella época todavía no se había reivindicado el valor de su obra para teclado, oscurecida por la del genio de Salzburgo.

De los compositores románticos, sin duda fue Franz Liszt el más querido por la pianista: *La Campanella*, *Juegos de agua en la Villa d'Este* y *Venezia e Napoli* (del tercer libro de *Años de peregrinaje*), la

⁹ CANTERO MAZARIEGOS, A.: *Estudio biográfico...*, op.cit., p. 28.

Rapsodia húngara nº 12 y varios estudios de concierto se nos aparecen de manera recurrente. Aunque, como ya se ha dicho, era el complejísimo *Mazeppa* (de los *Estudios de ejecución trascendental*) una de las piezas con las que cosechaba mayores éxitos. No en vano, daba pie a lucir su más que portentoso virtuosismo.

Otras importantes obras románticas que vemos en esta época de conciertos, siendo jovencísima, son la *Fantasía Wanderer* de Schubert y varias composiciones de Chopin, entre las que sobresalen la *Fantasía op.49* y la *Balada op.23*. También alguna pieza de menor formato de Schumann y Brahms.

Del pianismo moderno llama la atención su interés por los impresionistas franceses: Debussy y Ravel están muy presentes en sus recitales. Y no falta la música española y, de manera muy especial, las obras de Joaquín Larregla, su querido maestro y mentor. Sobre todo, la conocida jota de concierto *¡Viva Navarra!*, que tanto gustaba al público. Así como Albéniz, con varias piezas de *Iberia* (*Triana*, entre ellas), Granados, Falla o Ernesto Halffter.

A este corpus de obras preparadas en su niñez y juventud, y que copan los programas de esa mencionada década de conciertos, irían agregándose más tarde otras composiciones de enjundia, como la *Sonata op.110* de Beethoven, la *Sonata op.5* de Brahms, la *Sonata op.1* de Alban Berg, *Cuadros de una exposición* de Musorgski, *Pour le piano* de Debussy o las *Danzas rumanas* de Bartók, aparte de un sinfín de piezas de menor formato, correspondientes a los estilos más diversos y que incluía a compositores poco frecuentes entonces, como Poulenc, Ibert, Kachaturian, Kabalevski, Schoenberg o Messiaen. Con frecuencia, la preparación de muchas de estas piezas venía motivada por el tema elegido para una determinada conferencia-concierto, ya fuera en torno a un único compositor, a un estilo concreto o a cualquier tema de la naturaleza más diversa.

Pero no adelantemos acontecimientos, porque en la biografía de María Teresa un capítulo de no poca trascendencia será el que se refiere a su ampliación de estudios en París. Lo cual sería posible gracias a la Academia de Bellas Artes de San Fernando, que a finales de 1934 concedió dos becas de la Fundación Conde de Cartagena: una para el compositor Joaquín Rodrigo y otra para María Teresa. Sólo este dato resultaría suficiente para apreciar la categoría artística de nuestra pianista en aquel Madrid de mediados de los años treinta. El caso es que, gracias a dicha beca, podrá estudiar en París durante todo 1935, hasta comienzos de 1936.

París. El magisterio de Marguerite Long

Como se ha dicho, un capítulo fundamental en la vida de María Teresa lo constituye su ampliación de estudios en París. No sólo porque la capital gala seguía siendo en los años treinta uno de los centros musicales más dinámicos del mundo, sino porque allí tuvo como maestra nada menos que a Marguerite Long, figura de primer nivel en la historia del pianismo francés¹⁰. También estudió composición con Raoul Laparra.

Marguerite Long, natural de Nîmes, donde pasó los primeros años de su vida hasta trasladarse a París, fue una magnífica pianista, muy interesada en la divulgación de la nueva música¹¹. Discípula de Henri Fissot y Antoine Marmontel, Long se volcó en el repertorio de Fauré, Debussy y Ravel, el cual constituiría la base de sus programas de concierto por toda Francia. También cultivó la amistad con Albéniz, quien le dedicó *Navarra*. Y, sobre todo, fue una reputada pedagoga: en el Conservatorio de París enseñó entre 1906 y 1940. Además de eso, daba clases privadas en su casa y atendió algunas invitaciones para ofrecer clases magistrales en la École Normale, institución de mucho prestigio donde también enseñaban Alfred Cortot y Wanda Landowska, entre otros músicos de la mayor graduación. En 1941 abrió su propia escuela, la Marguerite Long-Jacques Thibaud. De los cientos de discípulos que tuvo, cabe recordar a Jacques Février, Jeanne-Marie Darré, Lucette Descaves, Nicole Henriot, Gaby Casadesus, Jean Doyen, Samson François, Philippe Entremont, Daniel Wayenberg, Gabriel Tacchino y Bruno Leonardo Gelber, entre otros muchos que también han desarrollado interesantes carreras¹².

Como prolongación de ese legado interpretativo y docente quedan varias obras pedagógicas de indudable interés. Por un lado, su tratado *Le Piano*, de 1959. Y por otro, sendas obras dedicadas al pianismo de Fauré, Debussy y Ravel, compositores con quienes trabajó directamente su producción pianística, honrándole además con su amistad. Por último, cabe destacar que el Concurso Internacional Long-Thi-

¹⁰ Véase TIMBRELL, Ch.: *French Pianism. A Historical Perspective*. Portland, Amadeus Press, 1999.

¹¹ La principal aportación bibliográfica al conocimiento de esta pianista nos la proporciona Cecilia Duyonner en su obra *Marguerite Long, a Life in French Music, 1874-1966*. Indiana, Indiana University Press, 1993.

¹² TIMBRELL, Ch.: *French Pianism...*, *op.cit.*, p. 92 y ss.

baud, con una pléyade de laureados verdaderamente espectacular desde su primera edición en 1943, perpetúa su memoria junto a la del formidable violinista Jacques Thibaud.

Pues bien, con tan acreditada artista estudió María Teresa entre 1935 y 1936¹³. Como a sus otros discípulos, Long le inculcó varios preceptos que consideraba fundamentales: el trabajo lento y pormenorizado, la importancia de memorizar todo lo que se interpretaba, el valor de la digitación y la práctica habitual de estudios de Czerny, Clementi y, por supuesto, Chopin y Liszt. Long consideraba esencial disponer de una técnica completa para abordar el gran repertorio. Aunque como recordaba el productor discográfico y promotor artístico, y antiguo discípulo suyo, Michel Glotz, lo que más subyugaba de ella era su “inmensa inteligencia y vasta cultura musical”¹⁴.

Por otra parte, estudiar ese año con Marguerite Long no sólo enriqueció su formación pianística y musical, ampliándole los horizontes interpretativos, sino que le permitió disfrutar con el ambiente musical parisino y vivir de cerca el devenir de la música europea en aquellos momentos. Si cercanos estaban aún los ecos del impresionismo, más presente se percibía el entonces pujante neoclasicismo de entreguerras.

Efectivamente, en el panorama general de la música europea de la primera mitad del siglo XX el neoclasicismo es una de las estéticas que irrumpe con mayor fuerza, sobre todo en dicho período de entreguerras. Así, Ravel, Falla, Prokofiev o Strawinski dan testimonio en sus respectivas trayectorias creadoras de un vuelco hacia los postulados que buscaban mayor simplicidad sonora, timbres puros y vuelta a las formas clásicas aunque con medios idiomáticos modernos. Básicamente, de eso se trataba.

Más genuinamente francés, el llamado Grupo de los Seis protagoniza también la escena musical gala de aquella época posterior al impresionismo. Jean Cocteau, polifacético personaje, publicó en 1918 un artículo periodístico (a modo de manifiesto) sobre la música francesa titulado “El gallo y el arlequín”, en el cual preconizaba la necesidad de una música sencilla y se manifestaba en contra de la música romántica, el impresionismo, las elucubraciones de Strawinski y todo lo pre-

¹³ En una entrevista hecha por el diario *Córdoba* (10-XI-1972) se menciona que asistió también a las clases de Alfred Cortot, pero éste es un dato que no aparece en otras reseñas biográficas de María Teresa, por lo que debe tomarse con cautela.

¹⁴ GLOTZ, M.: *La note bleue. Une vie pour la musique*. París, JC Lattès, 2002, p. 39.

tendidamente serio. Aunque fue dos años más tarde, en 1920, cuando el crítico y musicólogo Henri Collet, a raíz de un concierto con obras de seis jóvenes compositores, escribió un conocido artículo cuyo título era “Los cinco rusos y los seis franceses”. Se refería a Francis Poulenc, Darius Milhaud, Arthur Honegger, Louis Dourey, Georges Auric y Germaine Tailleferre, todos ellos unidos por lazos generacionales y una buena amistad alimentada en sus reuniones sabatinas, ya fuera en casa de Milhaud o en el algún café. Además de por la influencia de ese personaje extravagante y lúcido que fue Eric Satie.

Todo esto explica por qué María Teresa gustó en su futuro profesional como docente de incluir piezas de este jaez en el repertorio de sus discípulos, lo cual podía antojarse raro en una Córdoba provincial y, en lo musical, muy apegada a los cánones clásicos. Esa influencia de París en la madrileña fue, por consiguiente, transmitida a muchos alumnos ávidos de conocer repertorios menos trillados que los habituales entonces en los conservatorios de España. De algún modo, abrió una ventana a la modernidad.

No podemos concluir ese comentario sobre la experiencia parisina de María Teresa sin reseñar que, aparte de ofrecer varios conciertos en la capital del Sena, también obtuvo el primer premio en un concurso de interpretación, organizado por la Unión Française des Artistes Musiciens y del que muy poco sabemos, aunque sí que fue recogido por la prensa española de entonces, como atestigua el diario *ABC* en su edición del 28 de febrero de 1936, cuando da cuenta de que “María Teresa García Moreno, la eminente pianista que ganó la pensión del conde de Cartagena en la Academia de Bellas Artes, acaba de regresar de París, donde al amparo de dicha pensión, ha dado varios recitales y ha ganado el primer premio en un concurso pianístico de gran prestigio”¹⁵.

Para entonces, la pianista acababa de regresar a Madrid, tras ese 1935 prácticamente completo en que permaneció en París. Y lo debió de hacer debido a las circunstancias por las que atravesaba España (y aprovechando la convocatoria de unas oposiciones) pues, como recoge Cantero Mazariegos, tuvo reiterados ofrecimientos para celebrar distintas actuaciones en París. Ciertamente, “es significativo que en 1937 se volviera a solicitar su presencia para tocar en París. El estallido de la Guerra Civil primero, y la pérdida de su padre poco después, impidieron con toda

¹⁵ Tomado en CANTERO MAZARIEGOS, A.: *Estudio biográfico...*, *op.cit.*, p. 26.

probabilidad que María Teresa pudiera aceptar las invitaciones para tocar nuevamente en París”¹⁶.

Una vez más, y como sucedió con otros artistas, veremos que la guerra española primero, y la europea después, truncaron una carrera que se prometía fructífera y duradera. Posiblemente, fue por aquel tiempo, y tras más de una década con frecuentes conciertos públicos, cuando la pianista madrileña se encontraba en el punto más alto de su carrera como intérprete. Las nuevas circunstancias a las que habría de enfrentarse, como el resto de los españoles, le obligarían a un cambio de rumbo en su quehacer profesional.

El impacto de la Guerra Civil

María Teresa regresó de París a principios de 1936, con el fin de presentarse a unas oposiciones para cubrir una vacante en el Conservatorio de Madrid. A la sazón, el clima social y político en España se había degradado hasta límites insospechados; situación que iría en aumento hasta desembocar en el levantamiento militar del 18 de julio y la posterior contienda civil, hecho éste que sumirá al país en una de las crisis más lacerantes de toda su historia. María Teresa sufrió muy de cerca el zarpazo de la guerra; no ya sólo porque su actividad artística quedara severamente condicionada por tan terrible situación, sino porque su padre fue una víctima más de esa cruenta confrontación entre hermanos. Empleado de una compañía de ferrocarriles, fue fusilado en septiembre de 1936; luctuoso hecho que, como es lógico, afectaría profundamente a la familia: por la irreparable pérdida, pero también por las cuestiones económicas derivadas de tal desaparición. María Teresa, que era hija única, hubo de ponerse enseguida a trabajar para salir adelante. Así lo recordaba a Francisco Solano Márquez:

A mi padre lo fusilaron –que conste que no era persona derechista ni política; era un idealista; yo digo que era un santo laico– y a mi madre no le quedó ninguna pensión de viudedad; así que me sindicé en la UGT (donde había artistas muy buenos; entre ellos recuerdo al maestro Tellería, el autor del “Cara al Sol”), y durante la guerra estuve trabajando como pianista en la orquesta del teatro de la Zarzuela de Madrid, que era entonces el teatro de Arte y Propaganda que llevaban María Teresa León y Rafael Alberti. Al fren-

¹⁶ *Ibid.*, p. 27.

te de la orquesta y coros estaban Jesús García Leoz y Pedro Urres-tarazu”¹⁷.

En este punto conviene detenerse, para subrayar que la dimensión concertística de la carrera de María Teresa (dimensión que había adquirido caracteres interesantes desde mediados de los años veinte) no llegaría a más por mor del brusco freno que supuso la guerra. La situación de una España en guerra fratricida hizo que las actividades de las instituciones musicales disminuyeran ostensiblemente y, en muchos casos, desaparecieran. Esta circunstancia provocó que los horizontes profesionales de no pocos artistas se derrumbaran de inmediato; en unos casos, por incorporaciones a filas, en otros por el exilio y, en general, porque el clima político y social del momento en nada favorecía el desarrollo de la cultura y las artes.

Es decir, dejando a un lado la enorme sangría humana y material que supuso la guerra, en el orden puramente musical se desvanecieron muchas esperanzas puestas en los movimientos de renovación que habían tenido lugar en los años precedentes, lo cual se agravaría aún más toda vez que fueron muchos los músicos de prestigio que tomaron el camino del exilio¹⁸. En cierto modo, con su marcha se rompía el eslabón entre ese pasado personificado en los compositores de la Generación del 27 y el futuro incierto que se abría en la España de la posguerra¹⁹.



María Teresa García Moreno en Madrid hacia 1940.

¹⁷ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias de Córdoba*, pp. 101-102.

¹⁸ Véase MARCO, T.: “Los años cuarenta”, en *Actas del Congreso Internacional España en la música de Occidente* (Salamanca, 1985). Vol. 2. Madrid, Ministerio de Cultura, 1987, pp. 399-411.

¹⁹ SOPEÑA IBÁÑEZ, F.: “Primera nota sobre la música española”, en *Música* (Madrid), 1 (1952), p. 9.

Córdoba

María Teresa llegó a Córdoba en junio de 1941, en plena posguerra. Venía para ocupar una plaza de cátedra de Solfeo y Piano en régimen de interinidad. El Conservatorio estaba a la sazón en la calle Huerto de San Pablo (entonces, Teniente Hoces) y el ambiente musical se reducía a las actuaciones del Centro Filarmónico y la Banda Municipal, la música que se producía en teatros y cafés, la habida en funciones religiosas y poco más. Seguramente, poca cosa para alguien que venía de Madrid y había estudiado en París. Pero ése era el pálido reflejo de una España empobrecida y afanada en levantarse tras el desastre humano y material que supuso la Guerra Civil.

No obstante tan sombrío panorama, a la joven pianista madrileña la ciudad le encantó: “Córdoba me pareció maravillosa”, confesaba a Francisco Solano Márquez en esa larga conversación mantenida, que éste incluyó en su ya mencionado libro *Memorias de Córdoba*. Y agregaba: “Nada más bajar de la estación por los jardines de la Agricultura, había un ambiente con una fisonomía propia (...) Desde el primer momento me gustaron todas las iglesias, fabulosas, y los atardeceres, bellísimos”²⁰. Se extasiaba María Teresa ante el periodista, que sigue dando cuenta de los apuntes evocados por aquella al referirse a los barrios del casco antiguo, la Ribera...²¹. Ciertamente, un encantamiento real, pues con el pasar de los años varias fueron las ocasiones en las que la catedrática pudo haber regresado a su Madrid natal en virtud de algún concurso de traslados, y, sin embargo, no lo hizo: en verdad, Córdoba le fascinó y decidió hacerla suya.

Pero, detengámonos en la vida musical, antes esbozada, que tenía Córdoba en aquellos años cuarenta. Como se indicaba más arriba, las dos instituciones musicales con mayor prestigio de entre las que realizaban actuaciones públicas eran la Banda Municipal y el Centro Filarmónico. En cuanto a la primera, cuya génesis se remontaba a mediados del siglo XIX, iba a vivir una de las etapas más brillantes de su dilatada historia con la llegada del músico granadino Dámaso Torres García; lo que acontece en 1944 tras años de interinidad en la dirección (ocupada por Daniel Bares Serrano, subdirector y clarinete principal) a causa de la muerte, en 1938, de Mariano Gómez Camarero, artífice de la reorganización de la institución y protagonista de una

²⁰ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias...*, op. cit., p. 92.

²¹ *Ibid.*, p. 93.

encomiable labor de difusión musical. Con Dámaso Torres en el podio directoral, la Banda Municipal fue muy popular, se acercó a los cordobeses y difundió la gran música sinfónica (gracias a las excelentes transcripciones que hacía el maestro), además del repertorio bandístico característico. Recordados son todavía los conciertos dominicales en el Salón Liceo del Círculo de la Amistad, que la Banda Municipal compatibilizaba con las tradicionales veladas en el Quiosco de la Música, sito en el Paseo de la Victoria²².

Menos boyante se presentó aquella época para el Centro Filarmónico. A diferencia de la Banda Municipal, que disfrutó de una creciente presencia en la ciudad, la institución fundada por Eduardo Lucena viviría en los años cuarenta y cincuenta uno de los períodos más grises de su historia. Atrás quedaban los recuerdos de vibrantes actuaciones en muchas ciudades españolas y allende nuestras fronteras, y por supuesto de su popularidad en la propia Córdoba²³, para diluirse su quehacer en el seno de la Obra Sindical de Educación y Descanso, y reducir sus actuaciones a prácticamente una por año en la ciudad y contadísimas salidas fuera²⁴.

Por el contrario, la música religiosa disfrutará de cierto auge al calor del nuevo escenario político-social que vive España. Se crean coros parroquiales, los cultos cuaresmales se engalanan con música, aumenta la producción de composiciones religiosas y la música, en definitiva, encuentra en el ámbito eclesial un marco de notable proyección. De entre las iniciativas habidas, no cabe duda de que la de mayor calado fue la creación de una capilla musical en el seno de la reorganizada Hermandad del Cristo de la Misericordia. Dirigida por Luis Serrano Lucena, excelente músico, profesor y director entonces del Conservatorio, llegó a contar con más de un centenar de intérpretes, entre coralistas e instrumentistas²⁵.

²² MORENO CALDERÓN, J.M.: *Música y músicos en la Córdoba contemporánea*. Córdoba, Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur, 1999, p. 157 y ss.

²³ Como de hermosa forma recogió Antonio Caballero Guadix, en sus *Rutas románticas. Apuntes de historia del Real Centro Filarmónico Eduardo Lucena*, obra editada en Córdoba en 1930, en la Imprenta de la Casa de Socorro Hospicio.

²⁴ PALACIOS BAÑUELOS, L.: *Historia del Real Centro Filarmónico de Córdoba "Eduardo Lucena"*. Córdoba, Coedición Caja Provincial de Ahorros de Córdoba y Cajasur, 1994, pp. 265-276.

²⁵ Véase el documentado artículo de Antonio Varo Pineda, "Los cultos cuaresmales", en la revista *Alto Guadalquivir* (Córdoba), 1987, pp. 14-15.

También dignas de mención son las actividades musicales, sobre todo líricas (ópera y zarzuela), que tenían como escenario los teatros de la ciudad; especialmente el Gran Teatro y el Duque de Rivas, adonde venían las mejores compañías del momento. En dicho ámbito lírico hay que enmarcar una iniciativa que gozó de notable favor entre el público en los últimos años cuarenta y cincuenta. Aprovechando el buen plantel de cantantes que frecuentaban la clase del profesor Rafael Serrano Palma, se creó una asociación lírica que impulsaría la puesta en escena de un buen número de zarzuelas²⁶.

Pero, ¿y el Conservatorio? ¿qué lugar ocupaba en aquella vida musical? En 1941 tenía como director al ya mencionado Serrano Lucena, quien a su muerte, en 1942, daría paso al nombramiento del deán de la Catedral, Francisco Blanco Nájera, como comisario-director. Con una veintena de profesores, tenía como sede una antigua casa solariega de la calle Teniente Hoces, bocacalle de la entonces denominada Carreteras (hoy, Pedro López). El inmueble que ocupaba el Conservatorio era parte segregada de otro mayor, cuya propietaria era la condesa viuda de Hornachuelos, que se lo tenía alquilado al Conservatorio desde mediados los años veinte; en concreto, desde que el centro tuvo que salir del antiguo Hospital de la Caridad (en la plaza del Potro) y tras un breve paso por un local de la calle Blanco Belmonte. Ciertamente, aquel inmueble de la calle Carreteras era más espacioso, pese a que su estado no fuera el más idóneo para acoger toda la actividad del Conservatorio. Quizás fuera el antiguo salón de la casa, antaño escenario de brillantes fiestas de sociedad y ahora en funciones de aula magna y salón de actos, el principal atractivo de la misma; y, de hecho, allí tuvieron lugar celebrados acontecimientos de la ciudad, como la grabación de los primeros discos del Centro Filarmónico en 1929, la inauguración de la emisora de Córdoba EAJ 24 en 1933 o el homenaje tributado a Cipriano Martínez Rücker en 1939²⁷.

María Teresa se refiere a ello cuando, al hablar del primer Conservatorio que conoció al llegar a la ciudad, recuerda que “estaba instalado en una casa señorial (...) Tenía un salón que debió haber sido bonito, pero cuando yo llegué estaba medio en ruinas. Lo demás era un caserón más o menos adaptado con buena voluntad, pero nada más”. Y un apunte no exento de importancia: “Había poquitos alumnos y

²⁶ Para mayor detalle de aquella formidable iniciativa, véase MORENO CALDERÓN, J.M.: *Música y músicos...*, op. cit., p. 165 y ss.

²⁷ *Ibid.*, p. 125.

poquitos profesores. La música entonces no tenía ningún porvenir. Figúrese que un catedrático ganaba cuatrocientas y pico pesetas mensuales, aunque luego quedaba el recurso de las clases particulares, que estaban mezquinamente retribuidas (...)”²⁸.

En definitiva, que como hemos visto, la carrera docente de María Teresa en Córdoba comienza en 1941 como interina en una cátedra para enseñar Solfeo y Piano. Hasta entonces su experiencia como profesora en un centro oficial se reducía al año que estuvo como asistente de cátedra de Enrique Aroca, en el Conservatorio de Madrid. En 1940. Será en 1944 cuando gane la cátedra de Piano que ocupe hasta su jubilación en 1981. Sobre dicho concurso-oposición, celebrado en Madrid en un contexto de amplia competitividad, dada la altura de los participantes, es interesante resaltar que el tribunal que lo juzgó estaba compuesto por Nemesio Otaño, Conrado del Campo, José Cubiles, Leopoldo Magenta y Enrique Aroca; sin duda, un tribunal de la máxima categoría artística. Por cierto que, en aquella época, las oposiciones de cátedra exigían la superación de un considerable número de pruebas, de carácter teórico y práctico, en las que no sólo se calibraba la altura interpretativa del aspirante, sino también toda clase de conocimientos teóricos y teórico-prácticos, así como la disposición docente²⁹.

Volviendo al Conservatorio, con Blanco Nájera se consiguió que el centro pudiera abandonar finalmente la ya muy deteriorada sede y se desplazara a un emplazamiento más céntrico y de indudable solera. Se trataba de la casa conocida como del marqués de la Fuensanta del Valle, en la calle Ángel de Saavedra, que el Estado había adquirido para ubicar allí el Conservatorio. En aquella casa solariega habría de compartir espacio, no obstante, con la Escuela Maternal Modelo que dirigía Luciana Centeno. Dicha cohabitación, que en un principio pareciera que iba a ser provisional, pues el inmueble adquirido por el Estado lo era expresamente para el Conservatorio, se convertiría en un asunto de mucho más largo recorrido³⁰, sufriendolo directamente María Teresa, pues en aquel 1945 (año del traslado del Conservatorio) fue nombrada secretaria del centro al tiempo que Joaquín Reyes Cabrera accedía a la dirección.

²⁸ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias...*, op. cit., pp. 93-94.

²⁹ Todo lo relativo a este interesante capítulo profesional en la vida de María Teresa García Moreno está ampliamente detallado en CANTERO MAZARIEGOS, A.: *Estudio biográfico...*, op. cit., p. 48 y ss.

³⁰ Hasta 1955 compartieron edificio el Conservatorio y la Escuela Maternal Modelo.

En efecto, dado que el deán Blanco Nájera fue nombrado obispo de Orense, el Ministerio de Educación Nacional optó por confiar la dirección del centro a “dos jóvenes y entusiastas catedráticos que por ser conocedores de los problemas del centro sabrán solucionarlos e imprimir el dinamismo propio de su juventud a las tareas administrativas, pedagógicas y artísticas de dicho Conservatorio”, tal como saludó los nombramientos la prestigiosa revista *Ritmo* ³¹.



El claustro de profesores del Conservatorio con el padre Federico Sopena.

Reyes Cabrera, al igual que María Teresa, había llegado a Córdoba a principios de los cuarenta, y era catedrático de Armonía y Composición. Nacido en Jaén, y formado en Madrid y Munich, era, además de compositor, un excelente pianista ³². Con su nombramiento como director en 1945 se pondría fin a una amplia serie de directores que, desde la renuncia de Martínez Rücker en 1924 (habiéndolo sido desde la creación del centro en 1902), ocuparon el cargo en breves lapsos de tiempo. Joaquín Reyes no sólo tendría un largo mandato hasta 1968, sino que además impulsó la Sociedad de Conciertos, nacida en 1953 y

³¹ *Ritmo* (Madrid), 192 (1945), p. 15.

³² Véase el documentado artículo de Vicente Oya Rodríguez “Joaquín Reyes (Toda una vida consagrada a la música)”, en *Senda de los Huertos* (Jaén), 29 (1993), pp. 9-32.

gracias a la cual pudo escucharse en Córdoba a numerosos artistas de del más alto nivel³³.

Hasta 1981, año de su jubilación, permaneció María Teresa como catedrática y secretaria del Conservatorio. En la Semana Musical de Primavera de ese año se incluyó un concierto-homenaje en el cual participaron varios discípulos suyos, exponentes de distintas generaciones de pianistas salidos de su cátedra. A lo que siguió una concurrida cena en el Círculo de la Amistad. Tanto en un acto como en otro podía palpase el sentimiento de profundo afecto a la homenajeada³⁴, a quien ese año se concedió el Lazo de la Orden Civil de Alfonso X El Sabio, luego de que el Claustro de Profesores lo propusiera a la correspondiente instancia del Estado³⁵.

Aunque con ello se culminaba una trayectoria docente intachable y de abnegado servicio al Conservatorio, la actividad musical de María Teresa tendría continuidad, tanto en la Academia como en el plano concertístico, preferentemente acompañando a distintos solistas³⁶.

La Academia

Una faceta destacada de la presencia de María Teresa en Córdoba, desde 1941 hasta su muerte en 2003, es su relación con la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, donde realizó una interesante labor como concertista y también como conferenciante, tal como se recoge, sólo en cierta medida, en el *Boletín* que la institución académica publica desde 1922³⁷.

Sobre este particular, llama la atención que, menos de dos años después de su llegada a Córdoba como profesora interina del Conser-

³³ Sobre la actividad de la Sociedad de Conciertos de Córdoba, véase el varias veces citado libro *Música y músicos en la Córdoba contemporánea*, pp. 187-196.

³⁴ Como participante en ambos puedo dar fe de ello.

³⁵ Así consta en el expediente personal que se custodia en el Archivo del Conservatorio Superior de Música Rafael Orozco. En el acuerdo del Claustro de Profesores, de fecha 1 de abril de 1981, se solicita igualmente sea condecorado también Joaquín Reyes Cabrera, como así sería.

³⁶ Cabe recordar a las sopranos María del Valle Calderón, Josefina Cubeiro y Aurora Suárez, los violinistas Manuel Bustos y Enrique Báez, el flautista José Timoteo o el clarinetista Francisco José González. Con algunos de ellos su relación musical venía de mucho tiempo atrás y, por tanto, el número de actuaciones fue mayor.

³⁷ En el *Boletín* no figuran determinadas intervenciones hechas bajo la fórmula de conferencia-concierto y sí, por lo general, los artículos que, en muchos casos motivados por alguna efeméride, están dedicados a diversos compositores.

vatorio, fuese ya requerida por la Academia para engrosar la nómina de académicos correspondientes, en la sección de Nobles Artes, lo que acontece a comienzos de 1943. Y, más aún, que al año siguiente de dicha vinculación, en marzo de 1944, obtuviera la condición de numeraria, siendo la primera mujer en alcanzar tal distinción en la historia de la bicentenaria institución. Sin duda, desde sus primeras apariciones públicas en la capital cordobesa supo granjearse el reconocimiento y la admiración de quienes la conocieron y escucharon. María Teresa estaba entonces en plena madurez artística e intelectual y aquellas actuaciones supusieron una excelente carta de presentación en su ciudad de adopción.

Al recordar su discurso de presentación, dedicado a las Cantigas de Alfonso X El Sabio³⁸, es reseñable la propia elección del tema. No en vano, de una acreditada pianista bien hubiera podido esperarse que utilizara para tan significativa ocasión un tema más estrechamente ligado con su condición de intérprete. Sin embargo, María Teresa opta por una cuestión que nada tiene que ver con el piano, sino con la musicología. Tenemos aquí una muestra elocuente de hasta qué punto la vasta formación adquirida en Madrid, con maestros de la más alta talla, le proporcionó recursos suficientes para adentrarse en parcelas muy diversas.

La recepción como académica numeraria se verificó en el salón de sesiones de la Diputación Provincial el 3 de mayo de 1945 y, como sería bastante frecuente en las presentaciones de María Teresa, constó de un discurso sobre el tema antedicho y una posterior actuación musical; en este caso, con la soprano Isabel Gordillo Toledano y ella desde el piano, interpretando una versión para voz y piano de ocho cantigas. El encargado de ofrecer la preceptiva contestación a la nueva académica numeraria fue Francisco Algaba Luque, abogado de profesión y compositor, muy conocido entonces por ser autor de *Bocetos cordobeses*, obra muy popular en Córdoba³⁹. No sólo la prensa cordo-

³⁸ Véase GARCÍA MORENO, M. T.: “¿Cuáles son los orígenes musicales de las Cantigas?”. (Discurso de recepción como académica numeraria), en *Boletín de la Real Academia de Córdoba (BRAC)*, 54 (1945), pp. 307-310. Se trata únicamente de un resumen pues, como indica el propio *Boletín*, el original se perdió debido a un cúmulo de circunstancias desgraciadas, ajenas en todo caso a la autora.

³⁹ Véase PALACIOS, L.: *Historia del Real Centro Filarmónico...*, op. cit., pp. 148-149.

besa se hizo eco del acontecimiento; también la revista *Ritmo*, de difusión nacional, donde podía leerse:

(...) La lectura del discurso, que duró una hora, fue acogida con vivo interés por todos los asistentes, porque la señorita García Moreno une a sus grandes dotes artísticas una gran cultura musical y singulares dotes en el arte de la declamación. El discurso fue una maravillosa disertación, que puso de manifiesto sus profundos conocimientos histórico-artísticos, aportando numerosas pruebas para defender la tesis propuesta. A los innumerables datos históricos se unió una admirable trabazón lógica de los argumentos, juntamente con una erudición poco común, fruto de su gran preparación, artísticamente integral⁴⁰.

Más centrados en el piano y sus protagonistas, fueron las sesiones y artículos dedicados a Chopin, Liszt, Debussy y otros compositores, por lo general ilustrados con un buen número de piezas representativas. María Teresa poseía un amplio repertorio y, además de eso, tenía una constante curiosidad por abordar obras y autores nuevos. Quizás el más elocuente ejemplo en este punto lo constituya la sesión que dedicó a la composición para piano en el siglo XX, con un programa conformado con obras de ocho autores de países y tendencias estéticas muy diferentes: Messiaen, Rodrigo, Poulenc, Kachaturian, Kabalevsky, Schoenberg, Berg y Bartók⁴¹.

También la música española mereció su atención. Así, poco después de la muerte de Falla, en 1946, María Teresa lo homenajeó con una vibrante conferencia a modo de biografía crítica, en un acto de recuerdo al universal gaditano en el que intervino también Dámaso Torres, director de la Banda Municipal y compositor de mérito. Y cómo no, Albéniz, de quien era acreditada intérprete, y Granados. O con carácter más local, Cipriano Martínez Rücker, compositor y fundador del Conservatorio cordobés. Y hablando de lo local, otro tema por el que se interesó María Teresa, y en el que su aportación sería un magnífico punto de partida para estudios posteriores, fue la visita que

⁴⁰ *Ritmo* (Madrid), 190 (1945), p. 21.

⁴¹ Que dicha actuación constituyese el acto de apertura del curso 1957-58 habla muy bien tanto de la intérprete, siempre atenta a la modernidad, como de la propia Academia. Téngase en cuenta que en aquella época, y más en una ciudad provinciana como Córdoba, era absolutamente infrecuente escuchar música de los compositores citados.

Liszt hizo a Córdoba en diciembre de 1844, cuando el húngaro estaba en la cúspide de la fama en toda Europa como el impresionante virtuoso del piano que era, y antes de retirarse a Weimar.

Y como académica numeraria tuvo también el honor de ser la encargada de contestar los discursos de ingreso de dos colegas muy apreciados por ella: Dámaso Torres, que lo hizo en 1950, y Joaquín Reyes, en 1992.

En definitiva, todo esto lo que nos muestra es una relación estrecha con la Academia y el ánimo de colaborar no sólo en el engrandecimiento de dicha institución, sino también en lo que era una constante de su quehacer: la labor divulgativa, tan necesaria en una Córdoba con tantas carencias de orden cultural, aunque a partir de los años cincuenta comenzaran a ver la luz interesantes iniciativas. La más importante, en lo musical, la ya mencionada Sociedad de Conciertos, con la que también colaboró activamente María Teresa y de la que era socia fundadora.

Por último, no puede dejar de consignarse un hecho muy significativo acerca del amor de María Teresa por la Academia, como es que le dejase en herencia mediante testamento todos sus bienes. Entre éstos, y además de varios inmuebles y otras pertenencias, el piano de cola que luce en la actual sede de la Academia, gracias a la Universidad de Córdoba, en el antiguo Rectorado.

Su labor docente

No se puede concluir esta semblanza de María Teresa sin dedicar un comentario a su magisterio⁴². No tanto por haber sido beneficiario privilegiado del mismo, o por ser esto algo que me resulta particularmente cercano por mi propia profesión, sino porque dicha labor docente alcanzó caracteres verdaderamente sobresalientes; al tiempo que resultó providencial en una Córdoba de pocas oportunidades para los melómanos y para los estudiosos de la música. Un recordado magisterio, en efecto, que María Teresa compaginó, como ya se ha dicho, con el desempeño de la secretaría del Conservatorio y con la preparación de brillantes conciertos que la dieron a conocer prontamente en la sociedad cordobesa. Además de con esa labor divulgativa ya reseñada,

⁴² Tomo en este punto las palabras que pronuncié con ocasión de la sesión necrológica que la Academia le dedicó. Véase “Sesión necrológica en honor de la Ilma. Sra. D^a María Teresa García Moreno”, en *BRAC*, 146 (2004), Córdoba, p. 75 y ss.

no sólo en la Academia, sino también a través de conferencias y de cursillos que organizaba el Conservatorio.

Dicha labor docente queda puesta de manifiesto en las varias generaciones de alumnos que salieron de su aula magistral; discípulos muchos de los cuales han continuado su escuela en numerosos conservatorios y centros musicales de España. Por su notoriedad cabe destacar a Rafael Quero Castro, catedrático también del Conservatorio cordobés y concertista de mérito. Por cierto, cuando Quero fue nombrado director del Conservatorio, en 1968, pidió a María Teresa que continuase con él en el cargo de secretaria del centro, responsabilidad que venía desempeñando desde 1945. Así, maestra y discípulo juntos, protagonizarían en adelante una de las etapas más fructíferas del centro, el cual es elevado a la categoría de superior en 1972 y conoce en dicho decenio un auténtico *boom* de alumnado⁴³.

Pero volviendo al perfil de enseñante de la pianista madrileña, cabe subrayar algunas cualidades que la retratan como una buena maestra en el más amplio sentido del término⁴⁴. En primer lugar, y gracias a su amplia formación con reputados maestros, el rigor era una constante en su quehacer como profesora. Dominaba con creces lo que tenía entre manos y, de esa forma, su autoridad moral ante el alumno era incuestionable. Es decir, éste percibía con claridad que los enfoques técnico-musicales que la profesora enunciaba se sustentaban en un profundo conocimiento de la música interpretada y no en valoraciones más o menos subjetivas. Así, por ejemplo, la importancia dada a la digitación, que escribía pormenorizadamente cuando era necesario, indicaba que sólo a través de un buen planteamiento en este sentido podía avanzarse en el dominio de la obra a ejecutar⁴⁵.

En ello mucho tenían que ver sus estudios con Marguerite Long. Y aquí justo es señalar que María Teresa no dudó en ofrecer a sus alumnos y a sus compañeros, con la generosidad de los grandes maestros, el fruto de esa fantástica experiencia vivida en un París efervescente todavía por las vanguardias históricas en las artes plásticas, y con una

⁴³ MORENO CALDERÓN, J.M.: *Música y músicos...*, op. cit., p. 239 y ss.

⁴⁴ Dada mi vinculación directa con la maestra madrileña, de la cual fui discípulo entre 1971 y 1981, las impresiones aquí reseñadas parten de la propia experiencia personal, enriquecida con las impresiones compartidas con condiscípulos a lo largo de tan prolongado espacio de tiempo y con posterioridad a la jubilación de María Teresa.

⁴⁵ Sobre el particular, recuerdo cómo subrayaba esta cuestión en obras tan peliagudas como la *Toccata de Pour le piano* o *L'isle joyeuse*, ambas de Debussy.

vida musical de ensueño. Aunque la guerra había cortado, como a tantos jóvenes de talento, fundadas expectativas e ilusiones en realizar una carrera concertística de altos vuelos, la grandeza personal de esta mujer era tal, que, sin el menor resquicio de resentimiento o frustración, supo aceptar todo aquello y entregarse a una provinciana ciudad del sur de España, en la que muy pocos podían esperar, con sincera expectación, la revelación de una música que traspasase los confines de la tradición clásico-romántica, la ópera italiana y la zarzuela.

Una segunda cualidad digna de mención, conectada igualmente con su formación, en este caso en el ámbito de la composición, la constituía el interés por traspasar el repertorio habitual consolidado en los conservatorios (la referida tradición clásico-romántica) y adentrar a los alumnos en compositores y estéticas que, en la España de su tiempo (sobre todo, al principio, en los años cuarenta y cincuenta), eran muy poco habituales. No sólo los impresionistas franceses, u otros compositores galos posteriores como Poulenc o Milhaud, que tan bien conocía de su estadía parisina y el trabajo con Long, sino autores de otros países que conformarían ismos estéticos tan relevantes como el dodecafonismo o los folclorismos tardíos. De ahí, la presencia de Berg, Schonberg, Bartók, Kabalevsky, Villalobos o Ginastera en sus intereses profesoriales. Su curiosidad y el deseo de abrir ventanas a la modernidad eran extraordinarios. Efectivamente, a diferencia de tantos y tantos maestros de su generación, anclados con regocijo en la tradición, que difícilmente iba más allá de los clásicos vieneses y el repertorio romántico, María Teresa abrió las puertas de la contemporaneidad, para mostrarnos con pasión el vigor de las vanguardias. Ciertamente, los compositores del siglo XX tuvieron aquí una voz convincente y convencida.

Todo ello sin abandonar, lógicamente, las referencias fundamentales del repertorio: *El clave bien temperado* y otras obras de Bach, las sonatas de Mozart y Beethoven (Haydn, menos), Chopin y Liszt en abundancia, así como obras señaladas de otros compositores románticos, tal es el caso de la *Fantasía Wanderer* de Schubert, el *Carnaval op.9* y los *Estudios sinfónicos op.13* de Schumann o la *Sonata op.5* de Brahms, por citar algunas particularmente queridas por ella. También la música española, y no sólo los más difundidos Albéniz, Granados o Falla, sino también Turina, Guridi, Ernesto Halffter o Rodrigo.

Con todo, su curiosidad iba aún más lejos. También en dirección contraria: a la búsqueda, con igual pasión, de las melodías perdidas de Sefarad; a sumergirse en el arabismo en boga de Julián Ribera y Ta-

rragó, o a revivir las cantigas del rey sabio. Ciertamente, su curiosidad era insaciable, como vasta su cultura, y abierta y flexible su mentalidad.

Pero, aun siendo todo esto muy importante, y la razón primera para que cautivase a estudiantes, profesores y estudiosos en general, lo cierto es que la más perdurable enseñanza de María Teresa tuvo como protagonista al ser humano. Su ejemplo de respeto a las ideas y a las personas, su infinita comprensión y su profundo amor a la Humanidad fueron una permanente lección, totalmente impagable, para quienes tuvieron la fortuna de tenerla como maestra. Por cierto, una sabia maestra, que era capaz de conseguir lo imposible: que cada uno de sus discípulos se sintiera predilecto. Tal era el amor con que envolvía su enseñanza. Y aunque, como es lógico, pudiera entusiasmarse con algún talento excepcional, su entusiasmo era íntimo; quizá, porque, por encima de ese don, María Teresa valoraba el esfuerzo y la capacidad de superación. Y así, al tiempo que daba alas al tocado por la excelencia, derramaba toda su paciencia y vocación en quienes más necesitaban de ello. No en balde, María Teresa sabía muy bien, como niña prodigio que había sido, que, mientras el poseedor de un gran talento siempre aprendería, a la mayoría había que enseñarle con tanta paciencia como amor. Y quizás eso explique que todos cuantos estudiaron con ella, nunca dejaron de profesarle un profundo respeto y un renovado cariño. Mejor que nadie, sabían que, tras su natural seriedad, entre tímida y escéptica, se escondía una emocionante ternura e infinita comprensión.

En dicho plano humano hay que reseñar una disponibilidad total para con sus alumnos. Aparte de mantener una férrea disciplina (empezando por ella misma, pues jamás faltó a clase aun estando enferma), mostraba una paciencia digna de encomio, pues no se limitaba a aquellos alumnos más dotados (lo que se antojaría lógico), sino que era tónica general con toda clase de discípulos, independientemente de su talento y brillantez.

Curiosamente, sin embargo, ella se quitaba todo mérito cuando le preguntaban por sus alumnos, al manifestar que “no he tenido ninguna influencia sobre ellos, pues a todos les he enseñado lo mismo; unos han salido buenísimos, otros buenos, otros regulares y otros...”⁴⁶. Pero sí, ejercía una influencia apreciable, por más que su escepticismo le hiciera pensar lo contrario. Sobre todo porque inculcaba valores musi-

⁴⁶ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias...*, op. cit., p. 99.

cales y humanos perdurables, así como actitudes positivas en la relación de cada alumno con su propio aprendizaje.



María Teresa acompañada de varios discípulos de distintas generaciones.

No ha de extrañar, por tanto, que quienes pasaron por su cátedra mantuvieran siempre una buena dosis de cariño, gratitud y admiración. El concierto que una selección de ellos ofreció en mayo de 1981, con motivo de su jubilación, fue sólo un botón de muestra de ese afecto sincero que ella había sabido ganarse día a día. Y que perdura en la actualidad, como lo demuestra el hecho de que la lección magistral de apertura del presente curso académico 2017-2018 en el Conservatorio Superior de Música Rafael Orozco haya sido un homenaje a ella, sin que mediara efeméride alguna por medio. Sencillamente, por el placer de compartir con una nueva generación de alumnado el ejemplo profesional y humano de una persona verdaderamente excepcional. En verdad, que treinta y seis años después de su jubilación, y no pocos de su muerte, se le haya querido recordar en un acto solemne de la importancia referida es un hecho más que significativo.

Despedida

Para finalizar esta semblanza, obligadas son unas palabras referidas a su triste desaparición y al eco que ésta tuvo en la sociedad cordobesa. Acaeció el 27 de diciembre de 2003, en una completa soledad y con la ignorancia de quienes más cerca podían sentirse de ella: los miembros

de la Academia y los del Conservatorio. Efectivamente, hasta unas semanas después del óbito no se supo de su desaparición. De ahí, que el sentido artículo del cronista oficial de la ciudad, Miguel Salcedo Hierro (compañero de ella, tanto en la Academia como en el Conservatorio) no apareciera hasta el 27 de enero de 2004, justo cuando se cumplía un mes de la muerte. Dicho artículo necrológico finalizaba así:

Los restos mortales de María Teresa García, apasionada enamorada de Córdoba, reposan ya en el camposanto de la Fuensanta. Dio jornadas gloriosas al arte musical de nuestra ciudad y su figura es merecedora de perennes recuerdos. Así lo deseamos sus compañeros, amigos, discípulos y cuantos supieron comprender y apreciar su arte. ¡Qué Dios conceda a su alma el eterno regalo de su luz y de la paz!”⁴⁷.

Poco después, la Academia organizó una sesión necrológica, hecho habitual cuando fallece un numerario. En ella intervinieron Juan Miguel Moreno Calderón, con una emotiva semblanza titulada “Siempre en mi corazón”; el mencionado Miguel Salcedo Hierro, quien recordó algunas vivencias de la homenajeadada, y, finalmente, el propio director de la institución, Joaquín Criado Costa, con un repaso por la vida de María Teresa y, sobre todo, su fuerte vinculación a la Academia⁴⁸.

Años más, tarde, en junio de 2008, tendrá lugar en el salón de actos de la Academia una nueva sesión de recuerdo. En esta ocasión, auspiciada conjuntamente por el Ayuntamiento de Córdoba, el Conservatorio Superior de Música Rafael Orozco y la propia Academia. Además de las pertinentes intervenciones institucionales, el joven pianista Antonio Ángel Escalera García (discípulo de Mercedes Mariscal Torres, quien a su vez lo había sido de María Teresa) interpretó el *Carnaval op.9* de Robert Schumann, significándose con ello el legado de un magisterio de varias décadas. De la velada dio cumplida cuenta la prensa local.

Por último, cabe señalar que el Ayuntamiento de Córdoba, valorando la relevancia de la trayectoria de esta cordobesa de adopción, así como su constante compromiso con la ciudad, adoptó el acuerdo de rotular una glorieta de la capital con su nombre: Glorieta Académica García Moreno.

⁴⁷ “María Teresa García Moreno, In Memoriam”, en *Córdoba*, 27-I-2004.

⁴⁸ Las referidas semblanzas pueden leerse en el *BRAC* (Córdoba), 146, (2004).



**JOSÉ MARÍA ORTIZ JUÁREZ:
LA VOLUNTAD DEL SABIO
(1915-2001)**

por

MANUEL GAHETE JURADO
Académico Numerario

1. Infancia y adolescencia

José María Ortiz Juárez nace en Córdoba el 4 de abril de 1915, en una casa de la calle Agustín Moreno, frente a la Escuela de Artes y Oficios que siempre sería referencial en la vida de la familia porque en ella impartió clases de Matemáticas su padre Dionisio Ortiz Rivas y más tarde Historia del Arte su hermano mayor, Dionisio, durante muchos años director de este centro de enseñanza que lleva su nombre en la actualidad¹. El padre de familia estudiará el Bachillerato en Sevilla y Córdoba cursando los estudios universitarios en la Facultad de Ciencias de Madrid y en la Escuela de Artes e Industrias de Cádiz. Cuando llega a Córdoba comienza a impartir clases en la conocida escuela El Dibujo ubicada en la calle del Sol². En esta ciudad conoce a María

¹ La Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos *Dionisio Ortiz* es una institución para la enseñanza de las artes. Su origen se remonta al año 1866, fecha en que se creó la Escuela Provincial de Bellas Artes. En 1901 se fundó la Escuela Superior de Artes Industriales de Córdoba en el palacio del marqués de Benamejí, reformado en 1874 por el arquitecto cordobés Rafael de Luque. El escultor Mateo Inurria fue su primer director y encargado de la organización de los estudios. Tras la Guerra Civil, el edificio quedó bastante dañado y no se reconstruyó hasta 1956. Durante la década de 1960, la escuela se trasladó al antiguo palacio de los Hoces o palacio de los Duques de Hornachuelos, situado en la plaza de la Trinidad, una vez adaptado para el uso escolar. Entre sus directores encontramos a Juan Hidalgo del Moral, Vicente Ortí Belmonte y Dionisio Ortiz Juárez. La sede de los marqueses de Benamejí quedó obsoleta y cerrada durante mucho tiempo. En 1998 volvió a abrir, una vez remodelada, como sección de Escuela de Arte de Córdoba, dependiente de la Escuela de la Trinidad, y en 2010 pasó a ser Escuela de Artes y Oficios *Dionisio Ortiz* (En https://cordobapedia.wikanda.es/wiki/Escuela_de_Artes_y_Oficios_Dionisio_Ortiz Recuperado el 7 de enero de 2018).

² La calle del Sol fue una de las principales vías de salida de la ciudad. Destacada por Pío Baroja en la novela *La feria de los discretos*, se hallaba en ella la sede “del dibujo”, como se conocía popularmente a la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, casa palacio del marqués de Benamejí. La calle adoptó posteriormente el nombre de Agustín Moreno, en memoria del fraile y sacerdote agustino cordobés, nacido el 20

Dolores Juárez Machuca, con la que se casará y de este matrimonio nacerán siete hijos³. El carácter docente del padre de familia impregnó de manera decisiva la vida de todos ellos y muy especialmente de Dionisio y José María, quienes iban a seguir los pasos de su progenitor tanto en la docencia como en la publicación de trabajos y libros sobre diferentes aspectos de sus privativas disciplinas científicas⁴. Del progenitor también heredan el ánimo y el talante de los oradores. Ortiz Rivas impartió numerosas conferencias de su especialidad, actividad, junto a la escritura, que propició su acceso a la Real Academia de Córdoba donde ingresa como correspondiente el 18 de enero de 1921. José María respirará el aliento académico desde su más tierna infancia y siempre se sentirá atraído por pertenecer a esta institución bicentenaria, fundada por el canónigo Manuel María de Arjona y Cubas el 11 de noviembre de 1810⁵. Por azar del destino, en 1951, padre e hijo son académicos correspondientes, condición que superará el padre el 18 de enero de 1958, cuando lee su discurso de ingreso como numerario sobre *El infinito matemático*⁶, aunque la muerte le sobrevino, demasiado pronto, cuatro años después.

Eran notorias las hondas raíces religiosas de la familia y su filiación a la iglesia de Santiago, donde se bautizó el recién nacido José María, recibiendo en la casa-escuela de la parroquia su primera instrucción. Estudió el bachillerato en el entonces Instituto de Segunda Enseñanza Luis de Góngora y, a su término, Magisterio en la Escuela Normal de Córdoba, trasladándose a la capital hispalense donde cum-

de mayo de 1810, que tuvo fama de virtuoso y caritativo, párroco de la iglesia de la Magdalena y director del asilo de mendicidad San Rafael desde 1864 hasta su muerte, acaecida el 28 de junio de 1883 (En https://cordobapedia.wikanda.es/wiki/Calle_Agust%C3%ADn_Moreno. Recuperado el 3 de enero de 2018).

³ Véase *Cordobeses en la historia*: “El maestro multidisciplinar que catapultó Artes y Oficios”, en *El Día de Córdoba*, 14 de febrero de 2010, en http://www.eldiadecordoba.es/cordoba/maestro-multidisciplinar-catapulto-Artes-Oficios_0_341965996.html. Recuperado el 28 de diciembre de 2017.

⁴ *Ibíd.* Recuperado el 28 de diciembre de 2017.

⁵ Véase GAHETE JURADO (2016): “La Real Academia de Córdoba (1810-2016)”, en SÁNCHEZ MORENO, Francisco (Fotografías) y GAHETE JURADO, Manuel (Textos) *El alma de la Academia de Córdoba*. Córdoba, Diputación de Córdoba, pp. 15-19.

⁶ Dionisio Ortiz Rivas nace en Córdoba el 16 de septiembre de 1885. Véase en https://cordobapedia.wikanda.es/wiki/Dionisio_Ortiz_Rivas. Recuperado el 28 de diciembre de 2017.

plimentará tres cursos de Derecho⁷ y comenzará a cursar los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla pero, debido a las difíciles circunstancias de los años de la guerra civil, tuvo que ultimar su licenciatura en la Universidad de Valencia, ciudad a la que quedaría cordialmente vinculado⁸. En la entrevista que concede a la periodista Rosa Luque el 24 de abril de 1997, recuerda con gran cariño su estancia en la Universidad valenciana, que tenía entonces una de las bibliotecas más ricas de España⁹.

2. La dedicación docente

Ultimada la licenciatura, regresa a Córdoba y, desde entonces, su magisterio dejará huella en los cientos de cordobeses que estudiaron en las academia Espinar e Hispana, los colegios Santa Victoria, Virgen del Carmen, Calasancio y Las Francesas, las escuelas de Comercio y de Magisterio, el instituto Séneca y finalmente en el Luis de Góngora, donde se inició como “interino meritorio sin sueldo” hasta conseguir la oposición de agregaduría en 1962 y posteriormente la cátedra de Lengua y Literatura en 1970, que dejaría de impartir en 1985, cuando cumplía los setenta años de existencia. Dedicará a este instituto de Segunda Enseñanza, el más antiguo de la ciudad, gran parte de sus afanosas energías profesionales con una emoción intelectual que no habría de abandonarlo nunca, desempeñando incluso cargos de responsabilidad académica, aceptadas con estoicismo y consciencia¹⁰, sabiendo que se debía tanto a su responsabilidad profesional como a la salvaguarda de su numerosa familia, capitaneada por la heroica figura de la esposa y madre, María Dolores de Andrés Luque, reconocida piedra angular en la vida de nuestro académico.

José María Ortiz Juárez, a lo largo de una extensa vida dedicada a la profesión docente, formó a muchas generaciones de cordobeses que

⁷ Dato que me suministra Manuel Cantero Lama, filólogo, en unas páginas mecanografiadas con el título “Semblanza biográfica de don José María Ortiz Juárez”.

⁸ ORTIZ DE ANDRÉS, Asunción: “Semblanza biográfica de don José María Ortiz Juárez”, papeles mecanografiados.

⁹ LUQUE, Rosa (1997): Entrevista. “El último sabio de Córdoba”, en diario *Córdoba*, jueves, 24 de abril.

¹⁰ José María Ocaña Vergara señala que Ortiz Juárez desempeñó los cargos de secretario y vicesecretario en el Instituto Góngora. Véase OCAÑA VERGARA, José María (1997): “Don José María Ortiz Juárez, un egregio humanista cordobés”, en *I.E.S. Luis de Góngora. Inauguración del Curso Académico 1997-1998*, p. 15.

seguían con avidez sus clases y aprendían con entusiasmo de sus amplios conocimientos humanísticos. Son innumerables los testimonios que corroboran la autoridad de su magisterio¹¹. Ana Capilla, alumna del catedrático en el instituto Luis de Góngora, manifiesta:

Don José María Ortiz fue uno de esos grandes profesores que, como la mayoría de los que enseñaban en el Instituto Luis de Góngora, fueron fraguando con el paso de los años sucesivas promociones de estudiantes que crecían con la imagen de sus lecciones. Porque si hay algo que moldea al alumno, más incluso que la propia lección del día, es el talante, el movimiento y las reacciones oportunas de nuestros profesores¹².

Sin embargo, él nunca aceptó que se le considerara ni tratara como un maestro excepcional, el último sabio del siglo XX en la ciudad de Córdoba que tantos hombres ilustres ha legado, por más que haya recibido honores como el Premio Nacional de los Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras o la Cruz de Alfonso X el Sabio en reconocimiento a su labor docente, concedidos ambos en el año 1983. José María Ortiz nunca fue una persona amante del boato pero amaba tremendamente a su familia, su instituto y su Real Academia, donde siempre afirmó que se encontraban sus grandes amigos, por ello aceptó que se celebra-



Retablo barroco de la capilla del IES Luis de Góngora.

¹¹ *Ibid.*

¹² Declaraciones de Ana Capilla, en “Maestros y maestras de ayer y hoy. José María Ortiz, gongorista”. Diario *Córdoba*, domingo, 21 de mayo de 2017.

ra en la capilla barroca de la Asunción del instituto Luis de Góngora un acto de agradecimiento a María Santísima y a Dios Nuestro Señor por todos los bienes y beneficios recibidos a lo largo de su vida y especialmente los que le habían otorgado en ese verano del 83. Posteriormente, en una sesión académica celebrada en el salón de actos del centro nacional de enseñanza se procedió a la entrega de la Cruz de Alfonso X el Sabio y el documento acreditativo como colegiado de honor¹³.

A pesar de estos y otros reconocimientos, nunca admitió ser más que un modesto profesor, singularmente preocupado por trabajar con honradez para que sus alumnos conocieran y amaran la literatura, tratando de que conservaran en lo posible la calidad del lenguaje, “al que ahora se le dan –confesaba desalentado– unos golpes tan peregrinos”¹⁴. Pero como a todo buen docente le gustaba sentir el calor de sus alumnos, ese sesgo admirativo de los que, siendo ya hombres y mujeres, recuerdan con cariño las enseñanzas más o menos asimiladas o comprendidas. De igual manera que se satisfacía contando cómo Jorge Guillén lo había aprobado brillantemente en la Universidad de Sevilla, recordaba la estima de su afamado alumno Julio Anguita, primer alcalde comunista de Córdoba, que nunca dudó en afirmar que su conocimiento de los clásicos provenía de las clases del ilustrado maestro con el que compartía afectos recíprocos, aunque cada uno era muy libre de pensar a su manera¹⁵. Es evidente que sus amplios saberes provenían de la lectura y la investigación constantes, de ese quehacer diario meticuloso en el que se engolfaba por sentido de la responsabilidad y amor por los libros, de lo que era prueba incuestionable su espléndida biblioteca, que estimaba en unos tres mil libros, algunos datados en los siglos XVI, XVII y XVIII, obras que se habían venido transmitiendo de generación en generación y él cuidaba con excepcional esmero¹⁶.

¹³ Declaraciones de Dionisio Ortiz de Andrés, 20 de enero de 2018.

¹⁴ LUQUE, Rosa (1997). Entrevista. *Loc. cit.*

¹⁵ OCAÑA VERGARA, José María. *Loc. cit.*, pp. 15 y 19. Sobre su conocimiento de los autores clásicos, a los que leía directamente en su original latino, véase el texto de MELLADO RODRÍGUEZ, Joaquín (2002): “Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *BRAC*, Año LXXXI, num. 142, p. 158 (pp. 158-160).

¹⁶ “Lo que sí he hecho toda mi vida es preocuparme por la biblioteca”. Declaración de José María Ortiz Juárez, en LUQUE, Rosa (1997). Entrevista. *Loc. cit.* Sobre lo que contenía su cualificada biblioteca, véase MELLADO RODRÍGUEZ, Joaquín

3. Dolores y gozos de una familia numerosa

Otras fuerzas capitales movieron siempre el ánimo de José María Ortiz Juárez. En primer lugar, su numerosa descendencia, por la que tuvo que luchar encarecidamente renunciando a la tranquilidad que le hubiera proporcionado el hecho de haber engendrado menos descendientes, de los que siempre dijo sentirse tremendamente orgulloso¹⁷. José María y María Dolores contraen matrimonio el 8 de noviembre de 1944, a las nueve de la mañana, en la iglesia de San Francisco¹⁸. Nueve hijos nacieron de esta unión sacramentada: María Asunción, Moisés, Joaquina, María José, María Dolores, Ángel María, María Luisa, María del Carmen y Dionisio¹⁹; y todos ellos recuerdan el sinfín de clases particulares que hubo de impartir su padre y el constante esfuerzo por legarles una educación conforme a sus necesidades y deseos: “No me importa decir que cuando mis hijos empezaban a estudiar yo no tenía un duro. Y no sabe cuánto me alegro de haberles dado carreras, porque gracias a Dios todos ellos son excelentes personas”²⁰. Tal vez por esto jamás concedió a la suerte del juego la mínima oportunidad ni flirteó con bares y celebraciones ni se permitió más viaje, excepto en contadas excepciones, que el de la casa al trabajo y viceversa²¹. Sus palabras son elocuentes: “Yo siempre digo que salgo

(2002): “Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *Loc. cit.*, p. 159.

¹⁷ LUQUE, Rosa (1997). Entrevista. *Loc. cit.*

¹⁸ Antes de su casamiento, María Dolores vivía en la calle San Eulogio, número 8, y José María en la avenida de la República Argentina, número 28.

¹⁹ Es ciertamente curioso que cinco de los hermanos nacen el mismo día en años distintos (26 de noviembre); y otra curiosidad es que los siete mayores se bautizan en la misma pila bautismal (parroquia de San Francisco) que la madre y los dos últimos en la misma pila bautismal que el padre (parroquia de Santiago). También resulta bastante curioso el hecho de que se bautizara a todos los hijos con un segundo nombre correspondiente al calendario religioso y siempre con el colofón “de los Santos Mártires de Córdoba”. Así el pequeño de los hermanos se llama Dionisio Antonio de los Santos Mártires de Córdoba.

²⁰ LUQUE, Rosa (1997). Entrevista. *Loc. cit.*

²¹ Aunque no era habitual, a veces lo visitaban en casa compañeros y amigos a los que su conversación complacía y siempre tuvo para ellos las puertas abiertas. Dionisio recuerda a José Hidalgo Barcia, catedrático de Geología del instituto Góngora, Francisco Barbudo, un sablista gracioso y farandulero, y Casiano López Sanz de Larrea que se tomó el minucioso trabajo de componer al árbol genealógico de la familia.

muy barato: ni fumo, ni voy a bares, ni a casinos, ni a nada”²². A pesar de esta impuesta restricción, le gustaba viajar pero siempre rodeado de familiares y amigos. Manuel Cantero Lama, yerno de José María, recuerda algunos viajes con la familia, a las orillas del Tormes o camino del monasterio de Yuste, donde el académico demostraba su capacidad lectora inagotable y una memoria proverbial, rememorando historias y recitando versos de los grandes poetas: Antonio Machado, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Jorge Manrique, Gonzalo de Berceo, Garcilaso de la Vega, Luis de Góngora, lo que siempre supuso las delicias de sus entusiastas oyentes²³.

Idéntica opinión comparte Miguel Salcedo Hierro, uno de los grandes amigos de José María, quien recuerda los innumerables –aunque siempre cercanos y breves– viajes juntos y en compañía de sus esposas, en el pequeño *Seat 600*, propiedad de Miguel, más por asuntos profesionales que personales, donde el profesor, siguiendo la máxima latina del *delectare* y el *prodesse*, esgrimía su magnífica erudición. Salcedo recuerda su pasión por Machado y cómo el buen amigo académico engarzaba la palabra y la idea, asociando prodigiosamente la vida y obra del autor con la vieja catedral de Baeza²⁴. Y esta es solo una de las múltiples anécdotas que podrían contarse del gracejo y el talento de José María quien era sabedor de la inmensa responsabilidad que debía afrontar para atenderlos a todos y hacer de ellos mujeres y hombres cabales para el futuro. Sabía del escaso tiempo que podía

²² LUQUE, Rosa (1997). Entrevista. *Loc. cit.* No es totalmente cierto que no fumara pero sí era en esto extremadamente metódico. Aunque jamás fumó en la calle, siempre lo hacía después de cenar, tres o cuatro canarios emboquillados que le compraba su mujer para la ocasión, como una rutina placentera al final de la jornada, aunque jamás –o al menos eso confesaba– se tragaba el humo.

²³ Manuel Cantero Lama es licenciado en Filología Románica por la Universidad de Granada. Dejó escritas notas interesantes sobre la vida y obra de José María de donde extraemos lo que publicamos.

²⁴ SALCEDO HIERRO, Miguel (2002): “José María Ortiz Juárez, un caballero cristiano”, Sesión necrológica de la Real Academia celebrada en honor de don José María Ortiz Juárez el día 22 de febrero de 2002, p. 2. El texto, transcrito a máquina de un anterior manuscrito con evidentes lagunas y párrafos no descifrados, consta de tres emotivas páginas que no llegaron a publicarse en el *BRAC*, donde sí aparecen los discursos pronunciados por los académicos Antonio Cruz Casado, Manuel Gahete Jurado, Rafael Vázquez Lesmes, Joaquín Mellado Rodríguez, Ángel Fernández Dueñas, Joaquín Criado Costa y su hija María Asunción Ortiz de Andrés que contestó en nombre de su familia. AA.VV. (2002). *BRAC*, Año XXXI, num. 142, pp. 149-166.

dedicar a tantos herederos ansiosos de su palabra y su cariño, y así hacía acopio de todo el que le permitía la hora del almuerzo para incentivar la conversación de sus nueve hijos y propiciar entre ellos la convivencia, el sentir cristiano, el buen humor y el placer del conocimiento. Porque Ortiz Juárez transmitía seguridad, afabilidad y hasta un mesurado toque de ironía que iluminaba vigorosamente todos los rasgos de una severa semblanza que, en nada, respondía a su bondad natural, su claridad de pensamiento y su contagioso aticismo.

La Real Academia fue siempre tema esencial en sus conversaciones, sobre todo a partir de que fuera elegido académico numerario el 15 de diciembre de 1962. María Asunción evoca con emoción cómo su padre hablaba insistentemente, en casa, de las sesiones académicas en las tardes de los jueves. Los trabajos que estaba preparando o las actividades organizadas para y por la Academia “formaron parte del convivir cotidiano de todos nosotros desde niños”²⁵.

Según consta en las diferentes renovaciones del Título de Beneficiario de Familias Numerosas, el domicilio de la familia cambió varias veces a lo largo de sus vidas. La primera referencia alude al año 1951, cuando José María contaba con treinta y cinco años de edad y habían nacido sus cinco primeros hijos: María Asunción (cuatro años), Moisés (tres años), Joaquina (un año), María José y María Dolores (apenas unos meses de edad)²⁶. La residencia familiar estaba situada entonces en la calle Coronel Cascajo, número 56/14, de Córdoba, antigua denominación de la actual calle Lineros²⁷. Después de varios cambios de domicilio, primero el de la calle Cabezas y después en la plaza de Santa Emilia de Rodat, donde nació la última pareja de mellizos, Dionisio y María del Carmen, y, ateniéndonos al documento fechado el 23 de octubre de 1957, situamos el domicilio familiar en el número 28 de la vía conocida entonces como Carretera de Sevilla. El nacimiento de nuevos hijos provocó este obligado cambio de residen-

²⁵ ORTIZ DE ANDRÉS, Asunción (2002): “Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *Loc. cit.*, p. 166.

²⁶ Título de beneficiario de familia numerosa nº 174022, de categoría primera, valedero por un año a partir de la fecha: Madrid, 31 de marzo de 1957.

²⁷ El nombre de la calle Coronel Cascajo se debe a Ciriaco Cascajo, militar del bando nacional durante la Guerra Civil. En el título de beneficiario aparecen las dos numeraciones: 56 arriba y 14 justo debajo. En la siguiente referencia, datada en 1955, aparece la misma dirección y ya solo el número 14 (Ministerio de Trabajo. Dirección General de Previsión. Familias numerosas. Expediente nº 174022. Renovación nº 80377. Madrid, 29 de agosto de 1955).

cia²⁸. Un año después, según consta en el Libro de Familia Numerosa, la residencia familiar sigue siendo la misma²⁹.

En mayo de 1967, el domicilio de la familia continuaba situado en la Carretera de Sevilla que había pasado a llamarse Avenida de Cádiz, tras la construcción del Sector Sur, un proyecto del pleno municipal presidido por el alcalde Antonio Cruz Conde que se inicia en 1956 y contará en su ejecución con prestigiosos arquitectos locales como Rafael de la Hoz o José Rebollo³⁰. José María tiene entonces cincuenta y dos años y su vida sigue siendo un denodado esfuerzo por mantener a flote a la familia que está al completo aunque María Asunción, la mayor, no figura ya en el Título de Beneficiario de Familia Numerosa porque acababa de cumplir veintiún años. Los tres últimos partos de María Dolores habían sido dobles y ciertamente esto suponía una ingente carga tanto para José María como para María de los Dolores (María José y María Dolores, dieciséis años; Ángel María y María Luisa, trece años; María del Carmen y Dionisio, diez años)³¹.

²⁸ Ministerio de Trabajo. Dirección General de Previsión. Familias numerosas. Título de beneficiario nº 174022. Renovación nº 119114. Madrid, 23 de octubre de 1957.

²⁹ Ministerio de Trabajo. Dirección General de Previsión. Familias numerosas. Título de beneficiario nº 174022. Renovación nº 4175. Madrid, 11 de diciembre de 1958. La familia Ortiz de Andrés nunca tuvo domicilio propio. Sus miembros vivieron siempre en pisos de alquiler. El sueldo único del padre nunca permitió acometer un gasto tan elevado para una familia numerosa que además estimaba más los bienes del espíritu que los meramente materiales.

³⁰ La antigua Carretera de Sevilla se iniciaba tras atravesar hacia el sur el Puente Romano, único puente de la ciudad hasta la construcción del Puente de San Rafael en 1953. A raíz de la construcción del Sector Sur, se cambió su denominación a la actual y con la construcción de la autovía dejó de ser parte de la Nacional IV. En https://cordobapedia.wikanda.es/wiki/Avenida_de_C%C3%A1diz [Recuperado el 4 de enero de 2018]. En julio de 1956 el pleno municipal presidido por Antonio Cruz Conde adquiere los terrenos de la Zona Sur. El objetivo por parte del Ayuntamiento es la construcción de viviendas sociales a fin de paliar la carencia de espacios para una población cada vez más creciente. El Ayuntamiento aprueba en noviembre del año 1956 el anteproyecto por valor de treinta y cinco millones de pesetas, ayudándose para ello del Instituto Nacional de Vivienda y el Instituto de Crédito para la Reconstrucción Nacional entre otros. Es el cronista cordobés José María Rey Díaz quien propone darle el nombre de Andalucía a la gran plaza que vertebraba el barrio y nombre de ciudades andaluzas al nuevo Sector Sur. En https://es.wikipedia.org/wiki/Sector_Sur. Recuperado el 4 de enero de 2018.

³¹ Título de Beneficiario de Familia Numerosa nº 174.022, de categoría segunda, valedero por un año a partir de la fecha: Madrid, 9 de mayo de 1967. Moisés contaba entonces con diecinueve años de edad y Joaquina, diecisiete.

El último documento de este carácter está datado el 10 de enero de 1970 y ya no figuran en él los dos hijos mayores, María Asunción y Moisés. En este título, expedido tres años después, se mantiene la dirección del domicilio familiar, la profesión de profesor para el catedrático y, curiosamente, la edad, cincuenta y dos años, cuando ese año José María cumplía cincuenta y cinco³².

La familia opta más tarde por adquirir un piso en Ciudad Jardín, en la calle Secretario Carretero, número 3, hasta que el matrimonio decide trasladarse a una nueva residencia en la avenida de Medina Azahara, número 49, “porque el anterior, también en el barrio pero bastante más amplio, no tenía ascensor y ya no estamos para esos trotes, confesaba su esposa a Rosa Luque en abril de 1997”³³. A este domicilio último fui a visitarlo con frecuencia, disfrutando de su dicción serena y las aportaciones de sus saberes, orientándome y compartiendo la vida y la palabra³⁴.



Familia Ortiz de Andrés.

³² Título de Beneficiario de Familia Numerosa nº 174.022, de categoría segunda, valedero por un año a partir de la fecha: Madrid, 10 de enero de 1970.

³³ LUQUE, Rosa. Entrevista. *Loc. cit.*

³⁴ En la foto se reúnen algunos miembros de su familia integrada por el matrimonio, sus nueve hijos, ocho hijos políticos, veintisiete nietos y quince bisnietos.

4. Orador y conferenciante

Decía Francis Bacon que “un hombre no es más que lo que sabe”. Y José María era porque sabía que toda ciencia significaba un patrimonio capaz de transformar nuestra visión del mundo. Por ello nunca desdeñó el catedrático la riqueza de la cultura popular, como tampoco la relegó nunca Góngora. Su afecto a lo popular queda patente en el gusto que sintió siempre por los pregones y demostraron sobradamente sus cualidades oratorias. Además de las prestigiosas romerías de Linares y Santo Domingo, donde intervino en varias ocasiones, fue pregonero mayor de la Semana Santa cordobesa en los años 1949 y 1962³⁵. José María evocaba con entusiasmo cómo había sido mantenedor de los Juegos Florales de Archidona y maestro de ceremonia en la apertura de una de las jornadas que se celebraban periódicamente en el Corral de Comedias de Almagro, para lo que se necesitaba conocimiento, desenvoltura y hasta cierta dosis de simpatía personal. Como los antiguos oradores, conocía bien ese arte de persuadir al público de manera ingeniosa y amena, alcanzando una excelencia difícil de igualar y consiguiendo, como le aconsejaba su buen amigo Miguel Salcedo Hierro, el gran orador de Córdoba, arrancar el aplauso desde el principio del discurso. En 1962, año en que pronunciaba su segundo pregón semanasanero, ahora en el Salón Liceo del Círculo de la Amistad³⁶, fue elegido para retransmitir por vez primera la Semana Santa de Córdoba por TV, iniciativa que ya se ha convertido en tradición³⁷. José María Ocaña Vergara declaraba acerca del académico: “Ortiz Juárez es un consumado orador (...). Él ha sabido, a lo largo de medio siglo, deleitar a sus oyentes con exposiciones fidedignas, en las

³⁵ Miguel Salcedo Hierro sufre un lapsus en el discurso de la sesión necrológica dedicada al académico fallecido, cuando escribe que José María pronunció su primer pregón de Semana Santa en 1948, lo que no es cierto ya que el cuarto pregonero fue él mismo, tras haberlo pronunciado en los años anteriores Federico García Sanchiz (1945), José María Pemán Pemartín (1946, quien volvería a pronunciarlo en 1950, un año después de Ortiz Juárez), Fray Raimundo Suárez O. P. (1947), Miguel Salcedo Hierro (1948) y José María Ortiz Juárez (1949). En <http://hermandadesdecordoba.es/pregon>. Recuperado el 4 de enero de 2018.

³⁶ Será el 31 de marzo de 2006, cuando su majestad el rey Juan Carlos I conceda a esta entidad, bajo la presidencia de Rafael Quintela Luque, el título de Real.

³⁷ Salcedo Hierro recuerda en la sesión necrológica a la que nos venimos refiriendo que además José María pronunció un impecable pregón de la Semana Santa de Lucena y asimismo la de Priego de Córdoba.

que la inteligencia, unida a la imaginación y portentosa memoria han logrado piezas maestras”³⁸. Por esta capacidad de orador que siguió cultivando hasta edad muy provecta, se le concedió el galardón de *Pico de Oro de la Ciudad de Córdoba* en el año 1974³⁹. Hasta tal punto desarrollaba sus cualidades oratorias que, en numerosas ocasiones, le bastaba un simple apunte para enhebrar un largo discurso. Ángel Fernández Dueñas declara: “Don José María, la mayoría de las veces, no leía sus discursos sino que basándose en un sencillo guion, que casi nunca consultaba, exponía con su cálido acento y su prodigiosa memoria –saber es acordarse, decía Aristóteles– cualquier tema que tratase”⁴⁰.

Revisando viejos documentos, hallé la llamativa memoria de un hecho que por doble razón tañía mi ánimo. Concernía a la celebración en Fuente Obejuna de una suerte de actos literarios y culturales que habrían de celebrarse en la legendaria villa rememorando el cuarto centenario del nacimiento de Félix Lope de Vega Carpio, Fénix de los Ingenios Españoles (1562-1635). Con motivo de tan especial efeméride, el concejo de Fuente Obejuna, presidido por el recién elegido alcalde José Madrid del Cacho que ocuparía la alcaldía durante seis escasos meses, acomete la segunda representación de la obra universal *Fuenteovejuna*⁴¹, patrón por antonomasia del teatro político, como lo llamara Martínez Bjorkman en las Primeras Jornadas de la Real Academia en Fuente Obejuna⁴²; y, sin duda, enseña de la lucha interna-

³⁸ OCAÑA, José María (1997): “Don José María Ortiz Juárez, un egregio humanista cordobés”. *Loc. cit.*, p. 24. La amistad entre Ocaña y Ortiz era notable. Así escribe en el prólogo del libro de Ocaña, *En torno a Góngora y otros ensayos de literatura cordobesa* (1994. Excma. Diputación Provincial de Córdoba): “Es para mí un motivo de satisfacción el presentar este libro de mi buen amigo y colega José María Ocaña Vergara, libro que es, sin duda y lo será por mucho tiempo, uno de los textos a que haya que recurrir para justificar de una manera científica y fundamentada todo lo que de exaltación de la literatura cordobesa pueda hacerse” (p. 7).

³⁹ Manuel Cantero Lama, yerno de José María, deja escritas estas elocuentes palabras: “En la vida privada, los que hemos tenido la prerrogativa de escucharle, por estar en proximidad familiar o amistosa sabemos que ha sido un privilegio escucharle, ya no sólo por el interés de lo que contara sino por el cómo lo contaba”

⁴⁰ FERNÁNDEZ DUEÑAS, Ángel (2002): “Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *Loc. cit.*, p. 163.

⁴¹ La primera fue en el año 1956, siendo director José Tamayo. Entonces interpretaba el papel de Laurencia, Aurora Bautista.

⁴² MARTÍNEZ BJORKMAN, Joaquín (1996): “Fuenteovejuna, el teatro político” en *Actas de las Primeras Jornadas de la Real Academia de Córdoba en Fuente Obeju-*

cional de los pueblos contra cualquier clase de tiranía, ideal enclavado en la perspectiva singular de una época que propugnaba el sentimiento religioso, fluctuante en Lope, y la adhesión a la monarquía, encomiada por Calderón y hasta por el propio Cervantes, aunque este, por justificadas razones, fuera más reservado.

La obra, dirigida en esta ocasión por José Osuna, tenía a Analía Gadé como protagonista en el epónimo arquetípico de Laurencia; y se representaba durante los días 28 al 30 de junio y 1 de julio, en el contexto de tan magna efemérides que contemplaba sucesivas actuaciones a lo largo del año 1962. La representación dramática constituía la primera puesta en escena y se integraba en el conjunto temporal como un acto clave que incardinaba el certamen literario destinado a ponderar las virtudes de la gesta⁴³ y culminaba en el conjunto de conferencias que habrían de celebrarse entre los días 27 al 30 de septiembre, dedicados anualmente a festejar la figura de San Miguel. En esta celebración ya no regiría como alcalde José Madrid sino su sucesor en el Ayuntamiento, Carlos López Jurado (1962-1966), un hombre excepcionalmente preocupado por la difusión de la cultura⁴⁴.

En el comité de honor de estos actos conmemorativos, además del jefe del Estado, los más altos cargos del Gobierno nacional y las autoridades civiles y militares de Córdoba, participaba el entonces director de la Real Academia cordobesa, Rafael Castejón y Martínez de Arizala, quien ocupaba este cargo desde 1957, figurando en el programa de actos junto a José María Pemán, el ínclito poeta y dramaturgo injustamente olvidado⁴⁵. No sería la del ilustre veterinario cordobés la úni-

na, Córdoba, Real Academia de Córdoba, Diputación Provincial y Ayuntamiento de Fuente Obejuna, pp. 143-146.

⁴³ La entrega de trabajos –con tres modalidades: mejor poema relativo a algún episodio o personaje de la historia o del drama de Fuente Obejuna, mejor trabajo proclive a destacar los valores morales y humanos del drama y el mejor estudio monográfico referente a algún aspecto de la historia de Fuente Obejuna– tenía como plazo final de recepción el 15 de agosto (Programa de Actos en conmemoración del Cuatricentenario de Lope de Vega: “*Fuenteovejuna* en Fuente Obejuna”, 1962).

⁴⁴ Tras Santiago Ramón Robledo, que dejó su mandato en enero de 1962, ocupó la alcaldía de Fuente Obejuna José Madrid del Cacho, solo unos meses de manera provisional, hasta que lo sustituyó Carlos López Jurado. El relevo debió ser inmediato, porque en la revista ilustrada de feria, editada a finales de septiembre de 1962 se señala que el señor Jurado López “lleva dos escasos meses al frente de la alcaldía” (MURILLO LINARES, Gaspar. (1962): “Actividad municipal”, en *Fons Mellaria*, 120 [Año XIV], p.19).

⁴⁵ Véase “Galería de Académicos” (1977), en el *BRAC*, 97, s.n.

ca presencia activa de la Academia en este extraordinario acontecimiento para Fuente Obejuna.

José María Ortiz Juárez también acudiría al hito histórico interviniendo en la fase cultural de estos días de septiembre cuya intención primigenia y última era el necesario homenaje al eximio dramaturgo Lope de Vega, testimonio de la impagable deuda contraída con él por este pueblo del norte de la provincia cordobesa⁴⁶. El letrado y procurador melariense Manuel Madrid del Cacho, Manuel González Gisbert, delegado del Frente de Juventudes, y Luis Morales Oliver, exdirector de la Biblioteca Nacional, serían asimismo ponentes en estas jornadas que habrían de concluirse el septembrino día 30, con la entrega de premios de las justas literarias y los discursos pronunciados por el mantenedor del certamen, Blas Piñar López, y el gobernador civil de la provincia, José Manuel Mateu de Ros. Un día antes, el 29 de septiembre, José María Ortiz Juárez impartía la conferencia titulada “La provincia de Córdoba en Lope”, donde disertaba sobre el encarnizado enemigo de Góngora, a quien Ortiz Juárez habría de dedicar muchas de sus mejores páginas⁴⁷. Ya lo advertía Carlos Bousoño, nadie emula a nadie con el que no tenga un especial vínculo, intelectual, afectivo, anímico. Y es más, en cierto modo, nuestro compañero, amigo y maestro José María me recordaba a Góngora: la frente despejada, el ceño adusto, la mirada avizora y penetrante, el gesto perspicaz y vivo. Hombres de Córdoba que, admiradores tácitos del licenciado Lope, recelarían de sus livianas pasiones y sus atrevidas maledicciones, dedicados los dos a otras lides más sentenciosas y sesudas⁴⁸.

⁴⁶ José María Ortiz Juárez será también reclamado en Priego de Córdoba para impartir una conferencia sobre Lope de Vega en la conmemoración del IV Centenario de su nacimiento. La noticia recogida por el diario *Córdoba* el día 2 de mayo de 1962, con el título “Brillante conferencia de don José M^a Ortiz Juárez en Priego de Córdoba”, será reproducida en la portada de la revista *Adarve* –Sección de Literatura y Bellas Artes del Casino de Priego– el día 6 de mayo de este mismo año. Año XI, num. 501, pp. 1 y 3.

⁴⁷ Una selección de sus trabajos sobre el racionero está recogida en el libro *Hilar la memoria de Góngora*, en el que se integra una larga treintena de artículos en los que quedan fielmente enriquecidos los más diversos aspectos de la vida y obra del autor de las *Soledades*.

⁴⁸ GAHETE JURADO, Manuel (2002): “Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *BRAC*, Año LXXXI, num. 142, pp. 155-158. No podemos olvidar la ineludible presencia del catedrático en los *Cursos de Verano sobre el Franciscanismo Andaluz* en Priego de Córdoba, dirigidos por el académico Manuel Peláez del Rosal, donde coincidimos en varias ocasiones.

Como declarará Salcedo Hierro, trataba el tema que trataba, Ortiz Juárez siempre sorprendía con su oratoria inspirada y erudita, tanto si penetraba en la complejidad de los asuntos más intrincados como si dictaba con elegancia sus pregones festivos o preñados de la más exquisita y profunda espiritualidad⁴⁹.

5. La Real Academia, Córdoba y Góngora

Faltaba muy poco para que fuera nombrado miembro numerario de la Real Academia de Córdoba, hecho que acaecería el 15 de diciembre de 1962, porque sin duda la Academia fue otra de sus grandes pasiones, compartiendo en ella la palabra y la vida, respetándola hasta el dolor de ver cómo a veces no era respetada. Ingresará como correspondiente el 14 de abril de 1951 y como numerario once años después. Tuve el inmenso honor de ocupar el espacio, siempre pleno, que nunca desamparó aunque otro viniera a cubrirlo. Él se sentó en el sillón que, al morir, dejó vacante su padre, el ilustre matemático Dionisio Ortiz Rivas⁵⁰. Imagino cómo debió ser aquella noche en que José María tomaba el relevo, rozagante de dicha y el corazón plagado de lágrimas. Su discurso de ingreso versó sobre “Bibliófilos cordobeses”⁵¹, tema que conocía bien porque él era el más cualificado heredero de aquellos hombres amantes de la lectura y ávidos colectores de libros. Fue contestado por el entonces cronista de la ciudad, José María Rey Díaz que acompañó al nuevo académico numerario con la emoción de quien traspasa un testigo. De hecho, fue la postrera intervención en público del ilustre investigador. Su siguiente salida sería la última, inflamado ya del humo y la ceniza que depara la algidez del sueño eterno.

Destacable fue siempre el conocimiento de Ortiz Juárez sobre Córdoba, orlado por la admiración y el amor que profesaba a esta tierra. Salcedo Hierro escribía que la palabra de José María, cordobés de pura cepa que se sabía de memoria su hermosa ciudad tanto en el

⁴⁹ Véase SALCEDO HIERRO, Miguel (2/12/2001): “En memoria de José María”, en diario *Córdoba*, Cultura, p. 55.

⁵⁰ En el *BRAC* se conservan ocho trabajos del académico, correspondientes a los números 1 (1922), 5 (1923), 9 (1924), 11 (1925), 13 (1925), 27 (1930), 73 (1955) y 77 (1958).

⁵¹ Véase “Galería de Académicos” (1984), en el *BRAC*, 104 (1984), s.n.

puertas de Córdoba, testimonio de su minuciosa e inagotable investigación patrimonial e histórica⁵⁴.

Su obra *La Mezquita Catedral de Córdoba*, traducida a varios idiomas, es una guía más orientada a viajeros y devotos de la historia que a los turistas, receptores primarios de tan esmerada publicación⁵⁵. Fueron muchos los escritos relacionados con Córdoba. Hechos, personas y lugares que se revelaron en las páginas de sus libros y artículos, con un sentido pleno de gratuidad porque jamás aspiró a honores ni gustó de lisonjas, siendo como era sencillo y noble, un hombre único como tantos lo recuerdan. Es más que elocuente el juicio de Salcedo Hierro cuando se refiere al amigo académico que conocía muy bien: “Su natural modestia le impedía adjudicarse honores. Quizás por eso no flotaba entre nubes de incienso ni buscaba momentos para destacar. Se sabía nacido para estudiar y contemplar y no para brillar y ser contemplado”⁵⁶.

Sus textos mostraban el caudal de conocimientos compilados en su intensa vida de investigador y escritor. Arte, historia, literatura, filosofía y tradiciones se iban desplegando, para placer de sus lectores, en su prosa periodística, siempre atinada y culta. José María Ocaña Vergara señala que “su profundo cordobesismo y sus extensísimos conocimientos humanísticos coadyuvaban justa y acertadamente para que fuera designado a redactar el capítulo titulado ‘Córdoba en la literatura y en el pensamiento español’, de la monumental guía editada por Everest en homenaje a nuestra ciudad”⁵⁷. Miguel Salcedo no titubeará en reconocer que José María “ha sido el cordobés que en literatura en relación con la historia de Córdoba ha llegado a más alturas en el siglo XX”⁵⁸. Salcedo destaca además dos libros esenciales que son testimonio preclaro de su erudición y saberes sobre nuestra ciudad: *Córdoba*

⁵⁴ Este documento como otros que se incluyen en este trabajo se deben a la valiosa aportación de Dionisio Ortiz de Andrés, hijo de José María, y colaborador eficiente en el trabajo de recolección de materiales. Como recuerda su más entrañable amigo Miguel Salcedo Hierro, José María escribía a mano o “con su vieja máquina sonora” y, sin necesidad de nuevas tecnologías, siempre sentaba cátedra (Véase SALCEDO HIERRO, Miguel (8/XII/2001): “Escritor Ortiz Juárez”, en diario *Córdoba*, p. 5).

⁵⁵ ORTIZ JUÁREZ, José María (1975): *La Mezquita Catedral de Córdoba*. Editorial Luker, Zaragoza.

⁵⁶ SALCEDO HIERRO, Miguel (2/12/2001): “En memoria de José María”. *Loc. cit.*

⁵⁷ OCAÑA VERGARA, José María (1997): “Don José María Ortiz Juárez, un egregio humanista cordobés”. *Loc. cit.*, p. 19.

⁵⁸ SALCEDO HIERRO, Miguel (2002): Sesión necrológica... *Loc. cit.*

en unas notas⁵⁹ y *Cordobeses en unas notas*⁶⁰, ejemplos lúcidos de su pasión cordobesa⁶¹.

En la resumida exégesis que realiza Manuel Cantero Lama sobre la primera de las obras, se puntualiza que se trata de una “colección de artículos periodísticos clasificados temáticamente (...) que tienen como casa común a Córdoba, aunque sea en el espacio americanista a veces”, donde no falta un apartado dedicado a Luis de Góngora⁶². Como nos recuerda José María Ocaña, en el segundo de estos libros Ortiz Juárez realiza un recorrido histórico desde la Córdoba milenaria hasta los tiempos actuales, adentrándose en los entresijos de los grandes autores con probada autoridad. Séneca, Maimónides. Fernando de Córdoba, Ginés de Sepúlveda, Ambrosio de Morales⁶³, Carrillo de Sotomayor, Antonio del Castillo, Pablo de Céspedes, el Duque de Rivas, Julio Romero de Torres, José Manuel Camacho Padilla o Ricardo Molina son radiografiados con esmerada pluma, revelando en cada uno de ellos peculiaridades que permiten redescubrir el devenir

⁵⁹ ORTIZ JUÁREZ, José María (1987): *Córdoba en unas notas*. Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.

⁶⁰ *Id.* (1995): *Cordobeses en unas notas*. Córdoba, Publicaciones de la Obra Social y Cultural de Cajasur.

⁶¹ En el artículo Salcedo señala tres obras pero confunde el título de la primera, indicando *América en la Catedral de Córdoba* cuando debiera ser *La Mezquita Catedral de Córdoba*, lo que puede traslucir el dolor por la muerte del amigo. *Id.*, “Escritor Ortiz Juárez”. *Loc. cit.*

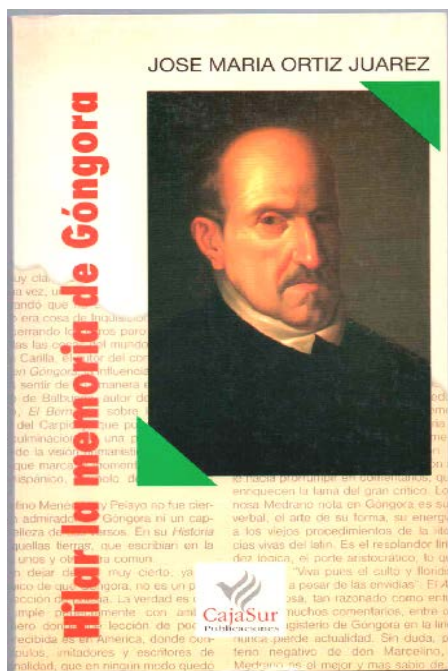
⁶² CANTERO LAMA, Manuel, “Semblanza...”. *Loc. cit.* En la intervención de Antonio Cruz Casado en la sesión necrológica dedicada al académico fallecido, además de una preciosa alocución, recamada de textos poéticos, relaciona las publicaciones donde Ortiz Juárez solía escribir sus artículos, breves por lo general, “médula liquidada”, como diría el clásico: diario *Córdoba*, *Córdoba en Mayo* –publicación por la que el escritor sentía especial estima–, *Alto Guadalquivir* o el *Boletín de la Real Academia de Córdoba* (Cfr. CRUZ CASADO, Antonio (2002): “Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *BRAC*, Año LXXXI, num. 142, pp. 151-155).

⁶³ Ambrosio de Morales tendrá en la producción histórica de Ortiz Juárez un trato muy especial. Así lo demuestra la obra *Prólogo al viaje de Ambrosio de Morales por orden del rey don Felipe a los reinos de León, Galicia y Principado de Asturias* (1977), publicado en la Editorial Biblioteca Popular Asturiana de Oviedo, que trata del periplo que hubo de realizar el humanista y bibliófilo cordobés Ambrosio de Morales para documentar reliquias en los reinos citados por orden de Felipe II que tenía por ellas una gran afición. Véase CANTERO LAMA, Manuel: “Semblanza...”. *Loc. cit.*; y asimismo VÁZQUEZ LESMES, Rafael (2002): “Intervención...”. *Loc. cit.*, p. 159.

histórico de Córdoba a través de algunos de sus principales protagonistas⁶⁴.

Entre la memoria de escritores, poetas, filósofos, artistas y pensadores destaca especialmente Luis de Góngora, su gran pasión literaria, a quien dedicará el estudio monográfico *Hilar la memoria de Góngora*, un profuso trabajo integrado por cuarenta y un artículos, divididos en cuatro secciones (“Góngora, el poeta”, “Temática gongorina”, “Góngora y el tiempo” y “Góngora y otros escritores”), donde Ortiz Juárez analiza, con notable intuición, aspectos que los más celebrados críticos habían pasado por alto⁶⁵.

Porque en el horizonte de José María siempre fulguraba Luis de Góngora, a quien todos nos debemos y quien debe a Ortiz Juárez el haber mantenido luciente y flagrante la llama de sus versos. La pasión por Góngora nace en José María cuando todavía era un niño, a raíz de la conmemoración en Córdoba del centenario del poeta, en el año 1927, crucial para la formación de la reconocida Generación del 27, cuyos miembros no tuvieron la perspicacia o los recursos para celebrar en Córdoba tan aclamado encuentro. José María declarará acerca de esta afinidad temprana: “La primera antología que empecé a manejar fue la publicada por un (...) inspector de enseñanza primaria, don José Priego López, que la tituló *Palabras de Góngora*. Me entusiasmé tanto por su belleza que nunca me abandonó”⁶⁶. El académico siempre reconoció la poderosa



Portada del libro *Hilar la memoria de Góngora*.

⁶⁴ OCAÑA VERGARA, José María. *Loc. cit.*, p. 18.

⁶⁵ ORTIZ JUÁREZ, José María (1997): *Hilar la memoria de Góngora*. Córdoba. Publicaciones de la Obra Social y Cultural de Cajasur. Colección Torres Coronadas. Véase el discurso de José María Ocaña Vergara donde trata, entre otras muchas cuestiones, de este libro. *Loc. cit.*, p. 17.

⁶⁶ LUQUE, Rosa (1997). Entrevista. *Loc. cit.*

influencia de José Manuel Camacho Padilla, catedrático en el instituto Góngora, que fue decisiva en su formación del gusto literario y su admiración por el Barroco:

Yo tuve la fortuna de ser alumno de Camacho Padilla y al decir alumno va implícita la condición de amigo, salvadas las distancias de edad, saber y gobierno, porque, para Camacho, la amistad de sus alumnos era un método de enseñanza y de atracción a su asignatura, la Literatura, que enseñó durante muchos años en el único instituto que había en Córdoba, denominado entonces de Segunda Enseñanza⁶⁷.

José María no había hecho más que comenzar el camino de una incesante investigación que lo convertiría en el académico más experto en el universo gongorino. Ortiz Juárez comenzará a conocer los ensayos más fehacientes sobre el autor de las *Soledades*. González Francés, Camacho Padilla, Dámaso Alonso, Artigas, Jaén Morente, Molina Tenor, Ramírez de Arellano y Ramírez de las Casas Deza formarán parte de su riquísima bibliografía sobre Góngora, a la que ha se sumarse el profundo análisis de los *Cien documentos gongorinos* del historiador José de la Torre y del Cerro que, en 1927, coadyuvaron a descubrir aspectos inéditos del poeta cordobés⁶⁸.

Cuando el catedrático de Derecho Procesal de la Universidad de Córdoba, Manuel Peláez del Rosal, obtiene la dirección de la Real Academia de Córdoba tras la votación del 15 de diciembre de 1988, solicita encarecidamente a Ortiz Juárez que forme parte de su nueva junta rectora, lo que no aceptará aunque su amistad con los componentes de la junta era más que notoria, porque nunca fue amigo de cargos ni halagos⁶⁹. De hecho, se le ofreció la dirección de la Real Academia,

⁶⁷ ORTIZ JUÁREZ, José María, *apud* OCAÑA VERGARA, José María (1997), “Don José María Ortiz Juárez, un egregio humanista cordobés”. *Loc. cit.*, p. 18. Camacho Padilla escribió un texto de referencia para el estudio de la obra de Góngora: “La poesía religiosa de don Luis de Góngora”, recogido en DELGADO LEÓN, Feliciano; GAHETE JURADO, Manuel; CRUZ CASADO, Antonio (2005): *La poesía religiosa de Góngora*. Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, pp. 41-60. José Manuel Camacho Padilla fue también profesor del poeta cordobés Juan Morales Rojas.

⁶⁸ *Cfr.* OCAÑA, José María (1997): “Don José María Ortiz Juárez, un egregio humanista cordobés”. *Loc. cit.*, p. 26.

⁶⁹ José María Ortiz Juárez intervino asiduamente en los cursos de verano *El franciscanismo en Andalucía*, desarrollados en la ciudad de Priego, no solo por su amistad

sucediendo a Juan Gómez Crespo que la había ocupado durante muchos años, pero no la aceptó alegando que había muchas personas que podían realizar esa labor mejor que él⁷⁰. Lo que sí emprende José María en enero de 1989 es una tarea que amaba: la creación del Instituto de Estudios Gongorinos de la Real Academia de Córdoba, del que será su primer director⁷¹. No sería posible medir la cantidad de horas y la calidad de las gestiones previas que hicieron posible el nacimiento de esta actividad académica que sigue perdurando y se iniciaba gracias a su fervor por Góngora⁷². Su labor frente a este instituto es imponderable y así lo reconoce el pleno de la Real Academia y toda la Córdoba culta. Con su sobria agudeza, Antonio Ramos Espejo, exdirector del *Diario Córdoba*, lo denominaba “incansablemente gongorino”⁷³. Y Miguel Castillejo lo proclamaría en diferentes ocasiones como “uno de los grandes especialistas cordobeses en la obra gongorina”⁷⁴. Porque Góngora es el barroco, mal interpretado por la ignavia de algunos incapaces, luz en la oscuridad, como la propia Córdoba que nos asubia y nos desampara. Otro trío mágico (Córdoba, Góngora y la Real Academia), como nos explica Asunción Ortiz de Andrés, que José María había infiltrado en su sangre como un bálsamo o como un tóxico⁷⁵.

con la junta rectora sino sobre todo por la devoción que los temas religiosos provocaban en su ánimo.

⁷⁰ OCAÑA, José María (1997): “Don José María Ortiz Juárez, un egregio humanista cordobés”. *Loc. cit.* p. 25. Lo que sí está atestiguado es que fue vicebibliotecario de 1951 a 1980, casi siempre con Castejón, cargo de refuerzo o apoyo que nunca ha constituido la médula de la junta rectora pero sí se integra en el organigrama organizativo de la corporación.

⁷¹ José María Ortiz confesará en una de sus escasas declaraciones a la prensa que él protagonizó el traslado de los restos de Góngora dentro de la Catedral (Véase RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Antonio –25/4/1997–: “José María Ortiz Juárez asegura que Góngora es una lección viva de poesía práctica”, en *diario Córdoba*, Cultura).

⁷² A su muerte fue nombrado director del Instituto de Estudios Gongorinos el catedrático de la Universidad de Córdoba Feliciano Delgado León, a quien sucederá Manuel Gahete Jurado que ocupará este cargo desde 2002 a 2016, año en que, nombrado censor de la Real Academia, cede su puesto al catedrático de Literatura Española Antonio Cruz Casado.

⁷³ RAMOS ESPEJO, Antonio (1997): “El autor. Desde su altura iluminada”, en *Hilar la memoria de Góngora* de José María Ortiz Juárez. *Op. cit.*, p. 9.

⁷⁴ CASTILLEJO GORRAIZ, Miguel (1997) “La colección Torres de papel”, en *Hilar la memoria de Góngora* de José María Ortiz Juárez. *Op. cit.*, p. 8.

⁷⁵ ORTIZ DE ANDRÉS, María Asunción. *Loc. cit.*

Recordemos la obra *La Córdoba de Góngora*⁷⁶, que Ocaña Vergara califica como un estudio fundamental para el acervo de la ciudad, que “rezuma acierto en la expresión, profundidad en los contenidos y vitalidad en la comunicación, una cabal visión de la Córdoba gongorina”⁷⁷. No es descabellado pensar que su connatural ingenio se acentuara en el contacto con lo barroco y Góngora, quien marcó su vida profesional y personal, conduciéndolo a la amistad de Ricardo Molina y Dámaso Alonso en la tarea de facilitar al lector medio las obras más complejas del racionero cordobés⁷⁸. Una vez más, Salcedo Hierro capta *in profundis* la personalidad del ilustre catedrático:

Tal realidad⁷⁹ hacía que retuviera sus manifestaciones ante extraños y que sus comentarios estuvieran sellados, aunque no pudiera evitar que se le movieran los ojos con una chispa de matices irónicos que advertían su oculto regocijo interior. Tal su actitud. Estaba en posesión de un gratificante sentido del humor⁸⁰.

6. La proyección americanista

El fervor por América fue asimismo una constante en la producción ensayística de José María Ortiz Juárez. Las imágenes, los cuadros y,

⁷⁶ ORTIZ JUÁREZ, José María (1996): *La Córdoba de Góngora*. Edición del diario *Córdoba*, num. 6 de la “Colección Córdoba”.

⁷⁷ OCAÑA VERGARA, José María (1997): “Don José María Ortiz Juárez, un egregio humanista cordobés”. *Loc. cit.*, p. 25). En 2008, con motivo de *Córdoba 2016, Ciudad Europea de la Cultura*, y bajo la coordinación de Pedro Ruiz Pérez, se publica *La Córdoba de Góngora*, de la que son autores Francisco J. Álvarez Amo e Ignacio García Aguilar (2008, Ayuntamiento de Córdoba y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Colección “Ciudad escrita”). Sorprendentemente en la bibliografía que se cita no aparece la obra homónima anterior de José María Ortiz Juárez.

⁷⁸ Véase ALONSO, Dámaso (1991): “Vida y obra de Góngora”, en *Obras de don Luis de Góngora [Manuscrito Chacón]* (Real Academia Española / Caja de Ahorros de Ronda, Biblioteca de los Clásicos, pp. XV-LV); y MOLINA, Ricardo (1962): *Córdoba gongorina* (Córdoba, Servicio de publicaciones del Ayuntamiento), reeditado en *id.* (1995): *Córdoba en sus plazas. Córdoba gongorina* (Ayuntamiento de Córdoba, Colección Albolafia).

⁷⁹ Salcedo Hierro hace referencia al carácter sesudo y analítico de José María Ortiz, ajeno a alharacas y parafernalia.

⁸⁰ SALCEDO HIERRO, Miguel (2/12/2001): “En memoria de José María”. *Loc. cit.*

sobre todo, los libros que podían contemplarse en su domicilio eran el testimonio más palmario de esta admiración⁸¹.

En la obra *Córdoba en unas notas* aporta repetidas referencias al espacio americanista. El capítulo quinto y último del libro se dedica a la nación hermana, siempre desde la privativa visión del papel que representó Córdoba en el controvertido hito de la colonización⁸². Así lo manifiestan algunos de los títulos pertenecientes a esta compilación: “La obra americanista de don José de la Torre”, “El bibliófilo don Fernando Colón”, “Córdoba en la obra de la Hispanidad”, “La Virgen de Guadalupe, de México de Córdoba”, “Papeles del Inca”, “La crónica indiana de Ginés de Sepúlveda” o “La presencia de Córdoba en la gesta americana!”⁸³. También en *Hilar la memoria de Góngora*, Ortiz Juárez dedica el último capítulo a “La escuela gongorina en América”⁸⁴, mostrándonos la poderosa influencia del cordobés allende el inmenso océano, destacando la figura de Juan de Espinosa Medrano, “el mejor y más sabio de los poetas que forman en la América hispana la brillante escuela gongorina”⁸⁵. Notables son también los artículos “La Semana Santa de Córdoba y la Evangelización en América”, donde analiza pormenorizadamente las celebraciones religiosas en el Nuevo Continente; y “Un Cristo de América en nuestra Semana Santa”, en el que relaciona y estudia las diversas imágenes de Cristo Crucificado que llegaron a Córdoba y su provincia durante los siglos XVI y XVII⁸⁶. También en la revista *Alto Guadalquivir* ha dejado ejemplos de su pasión americanista: Así, en el espléndido artículo “La Cruz en la cristianización de América” nos evoca las Semanas Santas de aquellos primeros predicadores de la luz del Evangelio en el Nuevo Continente, el ímprobo trabajo desarrollado por el historiador Antonio Alcedo, cómo influían en los fieles indígenas las maravillosas apariciones de los Crucificados resucitados y hasta los relatos del escritor peruano, el Inca Garcilaso de la Vega, afincado primero en Montilla y más tarde en Córdoba, donde el escritor español e indiano exalta la predicación del

⁸¹ Para mayor información, véase LUQUE, Rosa (1997). Entrevista. *Loc. cit.*

⁸² Véase OCAÑA VERGARA, José María (1997): “Don José María Ortiz Juárez, un egregio humanista cordobés”. *Loc. cit.*, pp. 20-21.

⁸³ ORTIZ JUÁREZ, José María (1987): *Córdoba en unas notas*. *Op. cit.*

⁸⁴ *Id.* (1997): *Hilar la memoria de Góngora*. *Op. cit.*, pp. 182-185.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 185. Véase OCAÑA VERGARA, José María: *Loc. cit.*, p. 17.

⁸⁶ Entre ellos es destacable el Cristo de Gracia, que recorre la noche del Jueves Santo las calles de la ciudad de Córdoba. Véase OCAÑA VERGARA, José María: *Loc. cit.*, p. 20.

cristianismo en Perú durante el tiempo primero de la conquista⁸⁷. Imprescindible en este apartado es la extensa obra *Biografía de fray Juan de Almoguera, arzobispo de Lima*, donde se analiza la figura de este fraile cordobés, hombre sencillo y culto de innegable talento que realizará una crucial labor en Arequipa y Lima hasta el punto de que los indígenas lo equiparaban a Bartolomé de las Casas por la acérrima defensa de los indios y la salvaguarda de su cultura. Según opina el filólogo Manuel Cantero Lama, el libro, escrito con una extraordinaria profusión de datos, es de una gran amenidad porque se trata de un personaje olvidado a quien el autor rescata, en el tercer centenario de su muerte, de las catacumbas del silencio histórico⁸⁸.

7. El fervor por la Inmaculada: la íntima religiosidad de un caballero cristiano

Don heredado de su familia es, sin duda, el alto valor que prestaba a las cuestiones del espíritu, vertido en sus artículos y en sus pregones, pero sobre todo en el ejemplo de su propia vida, marcada por la humildad y el sacrificio. En sus escritos de la edad adulta no dudará en escribir sobre cómo la Semana Santa significaba un momento álgido de reflexión y confrontación entre la bondad de Jesucristo y las miserias de los hombres, sobre todo cuando veía desfilar delante de sus ojos las imágenes de Jesús en la oración del huerto o Jesús en la columna:

La proximidad de mi casa a la parroquia de San Francisco me hacía considerar aquella procesión como cosa propia. Después he pensado cómo aquellas imágenes representaban en los dolores de Cristo los dos tipos de sufrimiento que pueden amargar la existencia del hombre. El Huerto, el dolor moral con sus congojas y sus presentimientos; la Columna, el dolor físico con sus golpes y sus heridas⁸⁹.

Cuenta Salcedo Hierro que, estando su hija Asunción en América y coincidiendo la hora del *Ángelus*, lo rezaron los dos conjuntamente a través del cable telefónico. La oración atravesó el Océano Atlántico porque si había una devoción realmente íntima e intensa era la que

⁸⁷ *Id.*, p. 21.

⁸⁸ Véase CANTERO LAMA, Manuel, notas sueltas mecanografiadas.

⁸⁹ ORTIZ JUÁREZ, José María, "Recuerdos del Viernes Santo", en *Revista Alto Guadalquivir*, apud Ocaña Vergara, p. 22.

José María sintió siempre por la Inmaculada Concepción de María, no faltando nunca con su palabra sopesada y certera a la celebración mariana anual de la Real Academia celebrada en torno al 8 de diciembre, dedicándole apasionados escritos⁹⁰. Ángel Fernández Dueñas nos confirma que José María Ortiz Juárez fue durante mucho tiempo el verdadero mantenedor del culto a la Purísima Concepción en la Real Academia, siguiendo la tradición marcada, desde 1944, por Daniel Aguilera Camacho y José Priego López. El académico recuerda cómo José María, tras su última intervención mariana en la sesión de diciembre de 1999⁹¹, conociendo la gravedad de su estado, lo insta, junto al padre Segundo Gutiérrez, a perpetuar la anual conmemoración de la Inmaculada⁹².

Ricardo Molina, vecino y sobre todo gran amigo de José María, conocía a la perfección el cabal talante religioso de nuestro académico, perpetuando su nombre en una bellísima composición, titulada “La columna” que, *mutatis mutandis*, nos recuerda al espléndido soneto de Góngora “A Cristo en la cruz” (“Pender de un leño, traspasado el pecho”); y no menos al archiconocido de Lope de Vega “¿Qué tengo yo que mi amistad procura?”⁹³.

Por qué a los hombres, oh Señor, sonríes
mientras sollozan todos tus sentidos
y te azotan los cárdenos silbidos
que estampan las columnas de rubíes.

Cómo es posible que tu amor confíes
a los hombres, Señor, endurecidos,
y cómo por tus labios doloridos
el ámbar dulce del perdón deslíes.

⁹⁰ SALCEDO HIERRO, Miguel (2/12/2001): “En memoria de José María”. *Loc. cit.*

⁹¹ José María pensaba participar en la sesión del año 2000 pero no se lo permitió su enfermedad. María Asunción Ortiz de Andrés nos los recuerda así: “La invitación para la correspondiente al jueves anterior a la fiesta de la Inmaculada del año 2000 llegó a casa con su nombre y el título del tema elegido por él para ese año ‘Ave María’. Solamente, y por suerte, conservamos el guion que pensaba haber desarrollado” (Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *Loc. cit.*, p. 166.

⁹² Cfr. FERNÁNDEZ DUEÑAS, Ángel (2002): “Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *Loc. cit.*, p. 163 (162-164).

⁹³ Ortiz Juárez, en su libro *Cordobeses en unas notas*, manifiesta sentidas palabras de admiración y gratitud hacia el poeta pontanense, figura capital del grupo *Cántico* (Véase OCAÑA VERGARA, José María. *Loc. cit.*, p. 19).

Cómo piedad tan solo nos gobierna
si cuando tomas terrenal figura
no acierta el hombre ciego a conocerte.

Y cómo nos ofreces vida eterna
a los que te ofrecimos la amargura,
la hiel, los clavos, el dolor, la muerte (p. 137, t. II).

El poeta pontanense conocía bien la particular adhesión de José María a los escritores místicos, San Juan y Santa Teresa, y asimismo a los villancicos populares, pasión que compartía con su hermano mayor Dionisio, dedicándoles asimismo unos preciosos poemas relativos a esta celebración navideña⁹⁴. Joaquín Mellado Rodríguez, además de admirarlo por su riguroso conocimiento sobre autores latinos y la influencia de estos en nuestros clásicos, nos aporta una concluyente información sobre su fe y fervor inexpugnables:

La biblioteca de una persona estudiosa es un reflejo de su propia alma: entre la proliferación de títulos de las mejores ediciones de nuestros clásicos, se me iba dibujando la semblanza de un hombre de sólida formación literaria; pero las estanterías estaban también repletas de testimonios de una profunda religiosidad, como lo certifica la abundancia de vidas de santos, documentos pontificios y comentarios patrísticos (en latín) de libros bíblicos; se palpa la presencia del hombre en el que predominaban los valores propios del *mos maiorum* de los romanos: la *pietas* (respeto), la *fides* (lealtad), el amor a la patria, al hogar y la familia (la *domus*) y ¿cómo iba a faltar el testimonio de su acendrada devoción mariana?⁹⁵

Pero su profunda espiritualidad, mostrada y demostrada⁹⁶, no le impedía advertir los errores cometidos por la Iglesia y así lo declaraba

⁹⁴ OCAÑA VERGARA, José María. *Loc. cit.*, p. 19. José María Ortiz Juárez dictó la conferencia “Ascética y mística en la Andalucía del Barroco” el día 2 de agosto de 1985, con ocasión de los Cursos de Verano de la Universidad de Córdoba, donde realiza un documentado análisis de las múltiples manifestaciones que las dos principales tendencias religiosas españolas ejercieron en la región andaluza (*Ibid.*, pp. 23 y 24).

⁹⁵ MELLADO RODRÍGUEZ, Joaquín (2002): “Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *Loc. cit.*, p. 159.

⁹⁶ Su profunda religiosidad ha quedado plasmada en numerosos artículos esparcidos en el diario *Córdoba*, la revista *Alto Guadalquivir* y el libro *Córdoba, tiempo de*

cuando escribía, con más de ochenta años, un libro muy documentado sobre algunos cordobeses con obras incluidas en los índices del Santo Oficio⁹⁷: “Yo que soy una persona con firmes creencias religiosas, la Inquisición la tengo atravesada. Digo, como Menéndez Pelayo, no rehúyo consecuencia alguna de la fe que profeso pero tampoco convierto en dogma ningún pego ni mojigatería”⁹⁸.

Miguel Salcedo Hierro, que se honraba de ser su amigo, afirmaba en la sesión necrológica de la Real Academia celebrada en honor del académico fallecido que José María Ortiz Juárez fue sobre todas las cosas “un caballero cristiano en todos los momentos de su vida”. Pero no hubieran sido necesarios tales dones de amistad para dejarlo inscrito en la memoria porque Ortiz Juárez ya era –y seguirá siendo– una figura imprescindible en la insigne panoplia de nuestra ciudad milenaria⁹⁹.

8. Los últimos años

Tras su jubilación, José María siguió cultivándose y mostrándonos sus conocimientos durante dieciséis años de prolífica producción. Siempre fue un hombre trabajador e incansable; un intelectual inteligente y prolífico; un orador abundoso y, al mismo tiempo, mesurado; seguras cualidades a las que se sumaron sin medida la lealtad hacia sus amigos y su inmarcesible devoción por la Real Academia de

Pasión, editados estos últimos por el Servicio de Publicaciones de la Obra Social y Cultural de Cajasur.

⁹⁷ Rafael Vázquez Lesmes nos recordaba en la sesión cronológica la especialísima atención de Ortiz Juárez “a los problemas y estudio de las mentalidades, dentro del ámbito eclesiástico, singularmente los relacionados con la Inquisición. De ahí su interés desmedido en los Índices de los Libro Prohibidos (...). Y no por pura recreación, sino escudriñando la senda de aquellos escritores cordobeses incluidos en ellos por el Sto. Oficio. Este fue su último y gran planteamiento investigador (...) que, por desgracia ha quedado inconcluso” (VÁZQUEZ LESMES, Rafael (2002): “Intervención...”. *Loc. cit.*, p. 159).

⁹⁸ LUQUE, Rosa (1997): Entrevista. *Loc. cit.*

⁹⁹ También José María dedica palabras de admiración y gratitud al poeta pontanense Ricardo Molina, figura capital del grupo *Cántico*. En el libro *Cordobeses en unas notas*, José María nos relata cómo Molina, conociendo el fervor que aquel sentía por los temas navideños gongorinos, le dedicó a él y a su entrañable hermano Dionisio unos preciosos poemas relativos a tan señalada celebración religiosa. Véase OCAÑA VERGARA, José María (1997), “Don José María Ortiz Juárez, un egregio humanista cordobés”, en *I.E.S Luis de Góngora. Inauguración del Curso Académico 1997-1998*. Córdoba, p. 19.

Córdoba que mantuvo hasta el fin de sus días. Él nos enseñó a amarla, como nos instruyó de igual manera en el sendero de la cordialidad y del perdón, en la fortaleza de la unión y la virtualidad generosa de todas las opciones, pero, como afirmaba Calderón de la Barca, “mu-cha sabiduría trae consigo muchas desazones, quien acrecienta el sa-ber también acrecienta el trabajo”; y esa verdad la forjaba y compartía su esposa María Dolores, “aliento y estímulo en su trabajo”¹⁰⁰, quien no dejó de animarlo y acompañarlo, tras su jubilación, en cuantos pro-yectos se engolfaba o lo embarca-ban, manteniendo una constante actividad intelectual y ampliando sus saberes con la lectura y la in-vestigación, la obra de un verda-dero sabio dedicado en cuerpo y alma al conocimiento y la forja del espíritu. Porque, como expli-caba Rosa Luque, “no todos los jubilados de su edad se pasan el día en casa dedicados al estudio y la investigación y devorando cualquier publicación que se les ponga a tiro”¹⁰¹.

Cuando mermaban sus fuerzas, aquejado ya por la enfermedad y consciente de que su destino en esta tierra tenía los días contados, dejó entregados en la redacción del diario *Córdoba* –donde cola-boró durante años, de manera ininterrumpida, con una columna cultural– dos artículos que salieron a la luz poco después de su muerte¹⁰². Salcedo Hierro nos recordaba cómo sus artículos bien podrían superar los dos millares. El más anti-guo colaborador del diario *Córdoba* nunca faltó a su cita semanal con los lectores: “Necesitaba escribir y repartir los ingentes conocimientos



José María Ortiz Juárez con su esposa María Dolores de Andrés.

¹⁰⁰ Dedicatoria en *Cordobeses en unas notas. Op. cit.*

¹⁰¹ LUQUE, Rosa. Entrevista. *Loc. cit.*

¹⁰² ORTIZ DE ANDRÉS, María Asunción: “Semblanza...”. *Loc. cit.*

que atesoraba de la misma manera que respirar”¹⁰³. Y esto lo demostró hasta el último día. José María dejó en la vieja máquina de escribir *Patria*, que no quiso cambiar por una más moderna que le regalaron sus hijos, su último artículo, que transcribo aquí como testimonio de su voluntad inexpugnable y por lo premonitorio de lo que finalmente habría de ocurrir:

Sigamos el tiempo

Parece como si en estos últimos años del siglo XX, al hacer en lo posible una minuciosa recapitulación del pasado, la humanidad está más dedicada a redactar su testamento que a hacer balance del tiempo ya ido, para enfrentarse con más tranquila conciencia a la arriesgada tarea de encararse resueltamente con el tiempo venidero. No cabe duda de que un cierto fatalismo esté produciendo una conciencia de conformidad con el futuro hasta el punto de que, al menos hasta hoy, la literatura de tipo apocalíptico merece poco interés. Acaso con sensata razón, estemos haciendo caso al poeta Rubén Darío que aconseja: “abominad las bocas que predicen desgracias eternas y las manos que empuñan la tea y la daga suicida. Bastante tenemos con el sufrimiento nuestro de cada día para añadir a la inquietud presente la aditiva congoja del quebranto futuro”.

Lo curioso es que lo que ahora se discute más es la determinación del día en que comienza el nuevo siglo, ya que hay quienes estiman que será el primero de enero del año dos mil y, sin embargo, será el primer día del año 2001, y para confirmarlo habrá que recurrir al convincente recurso monetario: si tenemos que pagar dos mil pesetas, aquél a quien se las debemos difícilmente se conformará si le abonamos mil novecientas noventa y nueve, sólo se conformará si, con una moneda más, completamos hasta dos mil. Como dejemos resuelto este problema, así quedará para que los que vivan cien años más le den una estable y definitiva solución. También habrá que tener en cuenta las razones que, para defender opinión distinta, aleguen los discrepantes.

Los moralizadores y ascetas encontraban y encontrarán abundantes recursos que les sirvan para ejemplarizar sobre lo efímero y fugaz de la vida humana, que pasa como las naves, como las nubes, como las sombras, según se lamentaba Amado Nervo al insistir sobre una meditación de Kempis y achacaba el estar enfermo a la lectura del célebre libro, atribución a todas luces injusta que el sabio texto no dice más que la verdad por muy triste y desconsoladora

¹⁰³ SALCEDO HIERRO, Miguel (2/12/2001): “En memoria de José María”. *Loc. cit.*

que nos parezca, aunque los comentaristas del mentado asceta afirman y con razón que bien leído el libro, por lo trascendente de su contenido, es un claro ventanal abierto a la esperanza.

Innegablemente, no todas las transiciones de un siglo a otro habrán sido vistas con la misma incertidumbre y preocupación que la del siglo pasado que ahora está agotando sus tiempos finales.

La realidad de lo pasajero de la existencia humana y de la amenazadora presencia de la muerte, al tratarse de una evidencia tan incontrovertible, encontró en moralizadores y ascetas tan convincentes y paradigmáticos dechados que no se cansaban de proponer ejemplos y realidades capaces de conmover y reconducir a la conducta virtuosa el corazón más endurecido y de más obcecada contumacia en seguir el sendero de la culpa y el pecado.

Pero como a una idea, por muchos y pertinaces sean sus seguidores, se le opone otra de contrario, no falta quien esté convencido de que, durante la próxima centuria, habrá alcanzado la humanidad altas cotas de progreso y desarrollo, como jamás hasta ahora se habían conocido.

Cada siglo acumuló enseñanzas y experiencias que, por natural razón, transmitió al siguiente que, a su vez, enriqueció al venidero y así, en la continua cadena del devenir de la humanidad. No hace falta meterse en hondas cavilaciones para simplemente pensar todo lo que hace en nosotros el paso del tiempo, algo tan importante que hace que quienes éramos ayer no seamos hoy ni lo seremos mañana, ya que añadiremos a nuestro ser y nuestro vivir la experiencia de un día más. Pero en realidad lo importante no es filosofar sobre el pasado, que como sabemos es labor de meditabundos, sino encarar un futuro que a todas luces debemos ver lleno de optimista esperanza. En verdad, como afirmaba pasados días un comentarista con una divertida afirmación, tenemos experiencia del paso de un año a otro, cosa que con toda “naturalidad” realizamos cada treinta y uno de diciembre, pero aparte de algún que otro centenario, cuya vida guarde Dios muchos años, no podremos encontrar quien nos hable del siglo pasado como de una vivida experiencia.

Las personas sensatas cada primero de año se formulan el mismo proyecto, para los doce meses que se le avecinan: “año nuevo, vida nueva”, aunque después en realidad el año que entra siga lo mismo del que, cumplido su tiempo, se retira para dar paso a otro en el ritmo incontenible de horas, de días, de semanas...¹⁰⁴

¹⁰⁴ El último artículo inédito de José María Ortiz Juárez, dispuesto para dar la bienvenida al nuevo año que él ya no conoció. Texto cedido por Dionisio Ortiz de Andrés.

En el vasto sendero de nuestra leve vida encontramos compañeros de marcha que nos alumbran con su rastro sonoro; caminantes que dejan en el ánimo su música callada; seres humanos tocados por el aliento dable de una intuición mágica; hombres y mujeres que, sobre nuestra humanidad mudable, acunian perdurables presencias. A veces no existen razones explicables para interpretar por qué algunos individuos de esta especie común se acercan tanto a nuestra intimidad protegida y otros no logran traspasar nunca el tenue velo de la piel del alma. Son ciertamente misteriosas las relaciones entre las personas y entrañan un proceso de selección, criterio, oportunidad y avatares. La amistad y la afinidad no son estados duraderos pero en efecto se potencian con el tiempo y la cercanía. Séneca, nuestro ilustre filósofo, expresa su viva satisfacción por el cultivo de la amistad, señalando que en esta aspiración se trata de cumplir una tendencia innata en la naturaleza del hombre. Y esto lo sabía muy bien Ortiz Juárez que consideraba la amistad como uno de los grandes valores del hombre¹⁰⁵. El amigo solo busca la felicidad de su amigo, comparte sus éxitos y se conturba con sus aflicciones, sobre todo si hablamos de un hombre singularmente bueno, un ser humano tocado por la gracia de la humildad y el humanismo; un hombre que avanzaba hacia América desde el interior de su casa; que había recibido, entre otras muchas distinciones, la Cruz de Alfonso X el Sabio, aunque nunca se dejó dominar por la vanagloria ufana; que tenía como libro de cabecera el *Quijote*, el libro que escogeríamos entre los millones de libros escritos por la mano del hombre y Ortiz se sabía casi de memoria, aunque él nunca aceptó esta aserción que provenía de sus amigos más personales, Miguel Salcedo Hierro y José María Ocaña Vergara: “Hay quien afirma que me sé *El Quijote* de memoria, y ya ve usted... Yo podré decir que tal o cual párrafo del *Quijote* está en tal o cual sitio, siempre sujeto a error u omisión, pero de ahí a lo otro”¹⁰⁶. Sobre este asunto son concluyentes las palabras del maestro que su alumna Ana Capilla nos trae a la memoria: “Era de la opinión que cuando a alguien le gusta un poeta o un narrador, debía aprender y guardar en su memoria todos sus versos y todas sus páginas”¹⁰⁷.

A finales del año 2001, apenas atravesado el umbral del siglo XXI, fallecía un hombre al que adornaban todas las virtudes de los hombres sabios: la tolerancia en la diferencia, el compromiso de la libertad, el

¹⁰⁵ LUQUE, Rosa. Entrevista. *Loc. cit.*

¹⁰⁶ *Ibid.*

¹⁰⁷ Declaraciones de Ana Capilla. *Loc. cit.*

respeto a las leyes, el cultivo de la amistad, el vigor de la alegría, la esperanza de la inmortalidad. Según consta en el certificado médico de defunción, firmado por el doctor Pascasio Martín López, José María Ortiz falleció a las 1'40 horas del día 1 de diciembre de 2001, en el hospital de San Juan de Dios, por una parada cardiorespiratoria, producida por un edema agudo de pulmón, a la edad de ochenta y seis años¹⁰⁸. El párroco de la iglesia de la Inmaculada y San Alberto Magno, Manuel González Muñana, su director espiritual, ofició el funeral por el alma del académico a las 11'00 horas del domingo, 2 de diciembre de 2001¹⁰⁹. Mientras el racionero Góngora proclamaba ante la muerte: "Tome tierra, que es tierra el ser humano"¹¹⁰, Lope de Vega, mucho más ecléctico, escribía estos versos igualmente inmortales: "¡Oh humana condición, que nos advierte / que no hay seguro bien en esta vida, / porque se va camino de la muerte!"¹¹¹. José María conocía muy bien nuestro destino porque era, sobre todo, un eminente sabedor de nuestros clásicos, convirtiéndolo este hecho en el más avezado y experto degustador de la poesía contemporánea, tarea que alternaba con el amor de la literatura y la pasión por los hombres de la historia¹¹².

Salcedo Hierro ha dejado escrito que el día 21 de febrero de 2002 se entrevistaba con la alcaldesa de la ciudad, Rosa Aguilar Rivero, como cronista oficial más que como amigo, para que el Ayuntamiento rotulara con el nombre de José María Ortiz Juárez una calle de Córdoba. Pedía además que, si fuera posible, estuviera cerca de la que el Ayuntamiento le dedicó a él en 1994. Aunque la alcaldesa le respondió positivamente en ambas cuestiones, solo fue efectiva –seguro la más importante– la primera y así figura en el callejero de Córdoba una calle Académico José María Ortiz Juárez¹¹³.

¹⁰⁸ Certificado médico de defunción. Consejo General de Colegios Oficiales de Médicos de España. Clase 3ª. Serie B. nº 5885830.

¹⁰⁹ REDACCIÓN (2/12/2001): "Muere Ortiz Juárez, el último sabio cordobés", en diario *Córdoba*, Cultura, p. 55; y (3/12/2001): "Córdoba despide al humanista José María Ortiz Juárez", en diario *Córdoba*, p. 15.

¹¹⁰ GÓNGORA, Luis de (1991): *Obra de don Luis de Góngora. Manuscrito Chacón. Op. cit.*

¹¹¹ VEGA, Lope de (1983): *Antología poética*. Barcelona, Orbis, p. 205.

¹¹² Al estudio del Barroco, la Ascética, la Mística y, en general, la etapa brillantísima de nuestro Siglo de Oro, dedicó este ilustre profesor numerosas investigaciones, conferencias y artículos que han sido recogidos, básicamente, en diario *Córdoba* y en numerosas revistas nacionales.

¹¹³ Véase SALCEDO HIERRO, Miguel (2002): Sesión necrológica. *Loc. cit.*

He pasado muchas horas, sentado frente a frente, con este hombre medurado y culto que dedicó su vida a conocer y, en consecuencia, a conocerse; muchas horas, sobre todo en los postreros años de su longeva vida, sintiéndome aleccionado por su bravo carácter, impulsado por su ánimo fecundo, reconfortado por su confianza. Si me llamaba, acudía de inmediato, porque de inmediato él contestaba a mi ruego. No solo me tributó el inmerecido honor de celebrar oralmente y por escrito mi obra y mis versos¹¹⁴, también contaba conmigo para acometer la ardua tarea de la interpretación científica, como la sesión dedicada a la Generación del 27¹¹⁵; y para celebrar, en diferentes ocasiones, la festividad del patrón laico de nuestra Real Academia¹¹⁶. Llevo a gala el inmerecido honor del ocupar el vacío que don José María dejó en el ámbito secular de la Academia y esta distinción siempre me ha exigido un superior y denodado compromiso¹¹⁷.

Podría escribir páginas y más páginas enhebrando recuerdos semejantes. Desde el primer momento mi voluntad se rindió a su solicitud y su bonhomía. Fueron diez intensos años de colaboración y respeto, una mínima parte de los que dedicó a la Real Academia que tal vez nunca alcance a compensar tanto amor vertido, tanta sabiduría legada

¹¹⁴ Véase ORTIZ JUÁREZ, José María (28/12/1998): "La oscuridad luminosa", en diario *Córdoba*, p. 16. El artículo versaba sobre mi libro *La oscuridad luminosa: Góngora, Lorca y Aleixandre*, prologado por el entonces delegado de Educación, José Cosano Moyano, hoy director de la Real Academia de Córdoba, publicado en 1998 por la Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía.

¹¹⁵ Con el título "El amor oscuro de Federico García Lorca" participé en la *Sesión conmemorativa del LXX aniversario de la Generación del 27*, Real Academia de Córdoba, 27 de noviembre de 1997, texto publicado con el título "El amor oscuro de Lorca", en el *BRAC*, enero/junio 1998. Año LXIX-número 134, pp. 57-68; y posteriormente en <http://freehosting2.at.webjumps.com/0781d8f20/hw//hwebra-webjump/hwebra2/h.../amor.ht>.

¹¹⁶ Por su requerimiento, intervine en dos ocasiones para recitar mis poemas, en la capilla de San Bartolomé de la Mezquita Catedral de Córdoba, el Día de Góngora auspiciado por él en la Real Academia, conmemorando la efeméride del fallecimiento del poeta cordobés en mayo de 1627, una celebración que aún perdura. De ambas intervenciones, surgieron sendos libros: GAHETE, Manuel (1992): *Glosario del soneto a Córdoba*. Córdoba, Revista *Fuente del Rey*. Colección de Poesía "Paisaje", num. 2, con prólogo de Manuel Peláez del Rosal, director de la Real Academia a la sazón, dibujos de Antonio Ojeda, académico numerario, y la colaboración del Excmo. Ayuntamiento de Córdoba; e ídem (1999): *Casida de Trassierra*. Córdoba, Cajasur Publicaciones, Colección "Los Cuadernos de Sandua", num. 45.

¹¹⁷ GAHETE JURADO, Manuel (2002): "Intervención en la sesión necrológica a la memoria del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez", en *BRAC*. *Loc. cit.*

por un hombre extraordinario, un esposo intachable, un padre ejemplar y un verdadero amigo de sus amigos¹¹⁸.

Como dejó escrito Antonio Ramos Espejo, exdirector del diario *Córdoba*, y no podemos olvidar, “este hombre singular vive entre nosotros con la sencillez del sabio, dotado de mirada clara, de palabra juiciosa y de alma transparente”¹¹⁹. Un hombre, como lo describía Rafael Vázquez Lesmes:

Sabio hasta la infinitud, franciscano en su sencillez, inquebrantable en sus amistades, sin límites en su generosidad, cautivador con la palabra, socorredor de desvalidos preguntones, amante de todos los saberes, servicial hasta el extremo, Júpiter tonante en las adecuadas ocasiones, fustigador de la injusticia, ponderado en todos sus juicios, a veces irónico y socarrón, grandilocuente como Dios en el Sinaí, firme en sus convicciones religiosas, paradigma paternal en su familia y, sobre todo, trabajador incansable¹²⁰.

¹¹⁸ Intercalo aquí, como nota a pie de página y no en el interior del discurso, como quizás hubieran preferido los miembros de la familia, las palabras textuales que me dedican inmerecidamente y me honran por mor de la amistad y la admiración que sentía por el sabio patriarca: “Querido amigo Manuel, nadie mejor que tú para llevar a cabo este cometido que, de forma tan exquisita, has conseguido y por la que te agradecemos de todo corazón tu esfuerzo, sabiduría y creatividad, que unida a la grandeza de tu persona más tu amistad sincera con nuestro padre ha logrado dar el fruto de este gran documento. Quisiera que se recogiera de alguna manera el profundo agradecimiento que esta familia te tiene y te tendrá siempre por los años vividos y compartidos con nuestro padre desde la profunda amistad que os teníais, así como los muchos e intensos “momentos” vividos en esa tan querida Institución por la que luchó de forma y manera incansable. Gracias por tu gratuidad y calidad humana, y por todos esos ratos que en su último año de vida supiste acompañarlo, de forma y manera siempre oportuna y sincera, pues si se pudiera poner un nombre que definiera la expresión amistad seguro que mi padre pondría el tuyo. Podría seguir dándote todos los datos del mundo sobre mi padre, pero hay un aspecto que te rogaría apareciera en el documento que de forma tan magistral has conformado, y no es otro que el resaltar de manera patente y clara el sentido que de la amistad sincera y profunda te tenía nuestro padre. Sólo, buen amigo, darte un GRACIAS enorme por todo y de todos mis hermanos, decirte de todo corazón lo que nuestros padres nos enseñaron”.

¹¹⁹ RAMOS ESPEJO, Antonio (1997): “Desde su altura iluminada”, en *Hilar la memoria de Góngora*, op. cit., p. 10.

¹²⁰ VÁZQUEZ LESMES, Rafael (2002): “Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *Loc. cit.* p. 158. He sustituido los puntos y comas originales por comas, con permiso del autor.

Su magisterial estela –que nunca habrá de perderse– es tan luminosa que tanto más luce cuanto más insondable es la oscuridad¹²¹, porque –frente a todo desmán– la verdadera amistad siempre ilumina.

¹²¹ Los días 19 y 26 de noviembre de 2014 se celebraron en la Sala Góngora, organizadas por la Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Córdoba y la Diputación de Córdoba, las jornadas en memoria de José María Ortiz Juárez. Seis conferencias en torno a su persona y su aportación cultural que tuve el honor de coordinar. Fueron los conferenciantes Antonio Cruz Casado, Juana Toledano Molina, Joaquín Criado Costa, Carlos Clementson, María Asunción Ortiz de Andrés y Manuel Gahete, con la intervención institucional del entonces delegado de Cultura, el catedrático Juan Miguel Moreno Calderón. “Los días 19 y 26 de noviembre, la Casa Góngora acogerá unas sesiones sobre la figura del académico y catedrático de Literatura José María Ortiz Juárez, gran conocedor de la obra del autor de las *Soledades*, al que dedicaría el estudio *Hilar la memoria de Góngora*. El día 19 intervendrán Joaquín Criado Costa, presidente de Honor de la Real Asociación Española de Cronistas Oficiales (RAECO), que hablará de la faceta de académico del escritor, mientras que María Asunción Ortiz hará su semblanza humana y Carlos Clementson disertará sobre *La recensión de Góngora en la poesía actual*. El día 26, Manuel Gahete, cronista oficial de Fuente Obejuna, que pronunciará la conferencia *La plenitud del sabio*, Antonio Cruz Casado se dedicará a *Los estudios gongorinos de José María Ortiz Juárez* y Juana Toledano Molina hablará de *Escritores cordobeses decimonónicos en la obra de Ortiz Juárez*”. En la revista de la RAECO. Fuente: Carmen Lozano, en <http://www.diariocordoba.com/>. El párrafo último pertenece al final de mi “Intervención en la Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José María Ortiz Juárez”. *BRAC. Loc. cit.*, p. 158.

El libro
Académicos en el recuerdo 1,
primero de la colección “Francisco de Borja Pavón”,
se acabó de imprimir en Litopress
el 5 de diciembre de 2017,
víspera del Día de la Constitución.

El presente libro es el volumen inaugural de la colección *Francisco de Borja Pavón*, dedicada al recuerdo de nuestros académicos fallecidos a lo largo de los más de doscientos años de existencia de la Real Academia de Córdoba desde su fundación en 1810. Recoge diez biografías de académicos que vivieron en diferentes momentos de la misma, dispuestas por orden cronológico. Uno nace en el siglo XVIII, siete en el siglo XIX y dos en el XX. De ellos, tan solo dos mueren en la década decimonónica, seis en el siglo XX y dos en los primeros años del actual.

Tras una presentación a cargo de nuestro Director, José Cosano Moyano, y un prólogo de los coordinadores, comienza el libro con la figura del fundador de la Real Academia de Córdoba, Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820), escrito por Antonio Cruz Casado, y sigue con las semblanzas de Francisco de Borja Pavón y López (1814-1904), por José Manuel Escobar Camacho; Luis Maraver y Alfaro (1815-1886), por Manuel Peláez del Rosal; Ricardo de Montis y Romero (1871-1941), por Rosa Luque Reyes; Manuel Enríquez Barrios (1877-1956), por Juan Díez García; José María Rey Díaz (1891-1963), por Manuel Toribio García; Rafael Castejón y Martínez de Arizala (1893-1986), por Enrique Aguilar Gavilán; Juan Carandell y Pericay (1893-1937), por Julián García García; María Teresa García Moreno (1910-2003), por Juan Miguel Moreno Calderón, y José María Ortiz Juárez (1915-2001), por Manuel Gahete Jurado.

Son diez de los muchos "académicos en el recuerdo" que esmaltan la bicentennial trayectoria de la institución cultural más antigua de Córdoba, a los que seguirán, en próximos libros de la colección, otros muchos con biografías ejemplares que merecen ser recobradas como reconocimiento y ejemplo. Se trata en fin de una colección "dedicada a reactualizar la vida, obra y proyección social de nuestros académicos ya desaparecidos", como escribe en la presentación nuestro Director.

